

La Compañía Negra

El retorno de los soldados



GLEN COOK

Lectulandia

En los últimos cuatro años, ningún miembro de la Compañía Negra ha muerto en batalla. Matasanos cree que esta situación no durará mucho... Y esta es lo cierto. Todavía rondan muchos de sus viejos adversarios. Narayan Singh y su hija tienen la esperanza de que llegue el apocalíptico Año de los Cráneos. Otros viejos enemigos como Sombra Larga y Aullador también están listos para atacar, pero muchos miembros de la Compañía aún se están recuperando de los quince años que han pasado en un campo de estasis.

Entonces llegan noticias que avisan de otro adversario que ha vuelto a empuñar las armas. Los ataca en la Puerta de las Sombras, iniciando así una cadena de eventos que empujará a la Compañía al borde del colapso.

Glen Cook es el principal escritor actual de fantasía épica oscura. Con la serie de «La Compañía Negra» se ha consagrado como una de las plumas más versátiles y originales de la literatura fantástica.

Lectulandia

Glen Cook

El retorno de los soldados

La Compañía Negra 10

ePUB r1.3

epublector 01.08.13

Título original: *Soldiers Live*
Glen Cook, 2000
Traducción: David Cruz Acevedo, 2011

Editor digital: epublector
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Russell Galen, cuarenta años, tras un cuarto de siglo. No ha sido un matrimonio perfecto, pero lo suficientemente cerca de serlo como para que no deje de sonreír. Veamos si podemos llegar a las bodas de plata.

(¿Diamante? Bueno, lo que corresponda a cincuenta años juntos).

CAPÍTULO I

ΥΠΑ ΜΟΡΑΔΑ ΔΕ ΚΥΕΡΥΟΣ: ΣΥΑΠΔΟ ΠΙΠΓΎΠ ΗΟΜΒΡΕ ΜΟΡΪΑ

Pasaron cuatro años y nadie murió.

Al menos por causa violenta o azares del destino. El año pasado, Otto y Hagop murieron con unos días de diferencia por causas naturales asociadas a la vejez. Hace unas semanas, Tam Duc, recluta en entrenamiento, pereció por ese exceso de confianza tan propio de los jóvenes. Se cayó por una grieta cuando él y sus compañeros de armas se arrojaron con las mantas por la larga pendiente del glaciar Tien Myuen. Hubo algunos otros fallecidos, pero ni uno solo por mano enemiga.

Cuatro años; seguro que es un hecho inaudito, aunque no de los que se recuerdan en estos Anales.

Tanta paz es imposible de creer.

Una paz que, prolongada, cada vez es más seductora.

Muchos de nosotros estamos viejos y cansados y ya no nos queda el ardor de la juventud en las venas. Y los viejos tampoco estamos ya al mando. Aunque estemos preparados para olvidar el horror, este no se muestra tan condescendiente con nosotros.

En aquellos días, la Compañía solo era sierva de sí misma. No reconocíamos a ningún señor. Contábamos con los caudillos de Hsien como aliados. Nos temían. Eramos sobrenaturales, muchos habíamos vuelto de entre los muertos; los últimos Soldados de Piedra. Temían la posibilidad de que tomáramos parte en sus disputas por los restos de Hsien, ese otrora poderoso imperio que los nyueng bao recuerdan como la Tierra de las Sombras Desconocidas.

Los caudillos más idealistas tienen puestas sus esperanzas en nosotros. La misteriosa Fila de Nueve nos suministra armas y dinero y permite que reclutemos. Espera conseguir que los ayudemos a restaurar la edad dorada que existió antes de que los Maestros de las Sombras esclavizaran a su mundo de manera tan cruel que

sus habitantes aún se llaman a sí mismos los Hijos de los Muertos.

Es imposible que tomemos parte, pero dejamos que tengan esperanzas, que se hagan ilusiones. Hemos de fortalecernos. Tenemos nuestra propia misión.

Al detener nuestro avance ha surgido una ciudad. Lo que era un campamento caótico se ha organizado y ha adquirido nombres; Avanzada o Cabeza de Puente entre aquellos que vinieron más allá de la llanura y que se traduce por Morada de Cuervos entre los Hijos de los Muertos. El lugar sigue creciendo. Ha generado decenas de estructuras permanentes. La muralla está a punto de completarse. La calle principal está siendo pavimentada con adoquines.

A Dormilón le gusta mantener a todo el mundo ocupado. No soporta a los holgazanes. Los Hijos de los Muertos heredarán un tesoro cuando finalmente nos marchemos.

CAPÍTULO 2

UNA MORADA DE CUERVOS: CUANDO CAPTARON LOS BAOBHAS

¡Pum! ¡Pum! Alguien aporreaba mi puerta. Miré a Dama. Anoche se acostó tarde, por lo que se había quedado dormida esta tarde mientras estudiaba. Estaba decidida a descubrir todos los secretos de la magia Hsien y a ayudar a Tobo a controlar las abundantes y sorprendentes manifestaciones sobrenaturales de este mundo. No es que Tobo necesitase mucha ayuda.

Este mundo contiene más fantasmas reales y seres maravillosos, escondidos en los arbustos, tras rocas y árboles y en los límites de la noche, que los que podrían imaginar veinte generaciones de nuestros aterrorizados campesinos. Estos seres siguen a Tobo como si fuese una especie de mesías nocturno o quizá una mascota divertida.

¡Pum! ¡Pum! Tenía que levantar el culo. La caminata hasta la puerta me parecía larguísima.

¡Pum! ¡Pum!

—¡Vamos, Matasanos! ¡Despierta!

La puerta se abrió hacia adentro y mi visitante entró sin permiso. Se trataba del mismísimo demonio de mis pensamientos.

—Tobo...

—¿No has oído a los baobhas cantando?

—He oído cierto jaleo. Tus amigos siempre están armando escándalo por cualquier cosa. Ya no les presto atención.

—Cuando los baobhas cantan, es que alguien va a morir. Además, durante todo el día un viento muy frío ha estado soplando desde la llanura.

Orejas Grandes y Ojo Dorado han estado muy nerviosos y... se trata de Un Ojo, señor. Acabo de hablar con él. Parece que ha tenido otro ataque.

—Joder, deja que agarre mi bolsa.

No es ninguna sorpresa que Un Ojo sufra un ataque. Ese viejo chocho lleva años tratando de deshacerse de nosotros. No ha vuelto a ser el mismo desde que perdimos

a Goblin.

—¡Deprisa!

A pesar de que el viejo estaba siempre removiendo la mierda, el chico lo adoraba. A veces parecía querer ser como Un Ojo cuando fuese mayor. De hecho, Tobo veneraba a todos excepto a su propia madre, aunque a medida que se hacía mayor, disminuía la fricción entre los dos. Había madurado mucho desde mi última resurrección.

—Me doy toda la prisa que puedo, vucencia. Este decrepito cuerpo no tiene la soltura de antaño.

—Médico, cúrate a ti mismo.

—Créeme, muchacho, si pudiese, lo haría. Si de mí dependiera, tendría veintitrés años el resto de mi vida, que, por supuesto, duraría otros tres mil años.

—Al tío también le preocupa el viento que sopla de la llanura.

—A Doj siempre hay algo que le preocupa. ¿Qué dice tu padre?

—Papá y mamá están aún en Khang Phi, visitando al maestro Santaraksita.

A sus tiernos veinte años, Tobo ya es el hechicero más poderoso de este mundo. Dama dice que quizá podría ser un rival digno de ella en su juventud. Da miedo. Pero todavía llama a sus padres «papá» y «mamá». Tiene amigos a los que trata como a personas, no como a objetos. Respeta y honra a sus profesores, en lugar de devorarlos para demostrar que es más fuerte que ellos. Su madre lo crio bien, a pesar de haberlo hecho en el entorno de la Compañía Negra. Y aun con su rebeldía innata, espero que siga siendo un ser humano decente cuando alcance el punto máximo de sus poderes.

Mi mujer no cree que eso sea posible. Es pesimista en cuanto al carácter. Insiste en que el poder corrompe de manera inevitable. Solo tiene su propia historia para poder avalar sus opiniones. Y siempre ve el lado oscuro de todo. Incluso así, sigue siendo una de las profesoras de Tobo. Porque, a pesar de su dura apariencia externa, mantiene ese tontorrón carácter romántico que la atrajo hacia mí.

No intenté seguir el ritmo del muchacho. El tiempo me ha hecho más lento. Y cada uno de los miles de kilómetros por los que este viejo y gastado cadáver ha tenido que arrastrarse me ha dejado un dolor nuevo. El tiempo también me ha equipado con un talento para salirme del tema propio de la senectud.

El chico no dejaba de parlotear sobre Sabuesos Negros, hadas, hobs y hobyahs y otras criaturas de la noche que ni he visto ni quiero ver. Las pocas criaturas que había traído eran horrendas, fétidas, hoscas y se mostraban demasiado ansiosas por copular con humanos de cualquier género o inclinación sexual. Los Hijos de los Muertos afirman que ceder no es una buena idea. Hasta ahora la disciplina ha aguantado.

La noche era fría. Habían salido las dos lunas. Chiquillo estaba llena. El cielo estaba totalmente despejado excepto por un búho que daba vueltas perseguido por lo que parecían ser un par de grajos nocturnos. Uno de ellos, a su vez, era seguido por

un pájaro negro más pequeño que planeaba tras su estela, atacando cada poco en busca de represalias por alguna clase de transgresión córvida; o por diversión, tal y como lo haría mi cuñada.

Era probable que no fuesen realmente pájaros.

Algo enorme merodeaba detrás de la casa más cercana. Pareció estornudar y desapareció. Lo que pude ver se parecía vagamente a la cabeza de un pato gigante. Los primeros Maestros de las Sombras que conquistaron esta tierra tenían un extraño sentido del humor. Aquella cosa grande, lenta y torpe era un asesino. Otros igual de temibles eran un castor gigante, un cocodrilo de ocho patas y dos brazos, además de múltiples variaciones de depredadores de ganado, caballos y ponis, la mayoría de los cuales pasaban el día escondidos bajo el agua.

Los seres más extraños eran creados por el Maestro de las Sombras sin nombre que ahora es conocido como el Primero o el Maestro del Tiempo. Sus materias primas habían sido sombras de las lindes de la llanura reluciente, que en Hsien se les denomina la Hueste de los Muertos Irredentos. Es justo que Hsien sea conocida como Tierra de las Sombras Desconocidas.

Un largo rugido felino hendió la noche. Debía de ser Orejas Grandes o su hermana Gata Sith. Cuando llegué a la casa de Un Ojo, también los Sabuesos Negros habían comenzado a emitir sonidos.

La casa apenas tenía un año. Los amigos del pequeño mago la levantaron tras terminar las suyas. Antes de eso, Un Ojo y su novia, Gota, la abuela de Tobo, vivían en una horrenda y maloliente cabaña de ramas y barro. El nuevo lugar estaba hecho de piedra y argamasa. Tenía un techo de paja de primera sobre cuatro grandes habitaciones, una de las cuales ocultaba un alambique. Aunque Un Ojo sea demasiado viejo como para introducirse en el mercado negro local, estoy seguro de que seguirá destilando licores hasta que su propio espíritu parta de su marchita carne. El viejo es pura dedicación.

Gota tenía la casa limpiísima gracias al antiguo método de obligar con amenazas a que su hija Sahra hiciera las tareas domésticas. Gota, a la que los viejos aún llaman la Trol, estaba tan débil como Un Ojo. Eran tal para cual en su pasión por las bebidas fuertes. Cuando Un Ojo dé su último suspiro, estará sirviéndole un poco de aguardiente a su amorcito.

Tobo sacó la cabeza por la puerta.

—¡Aprisa!

—¿Sabes con quién estás hablando, muchacho? Con el antiguo dictador militar de todas las Taglias.

El chico sonrió, tan poco impresionado como cualquiera estos días. «Solía ser» no se merece ni el tiempo que se tarda en decirlo.

Tiendo a filosofar sobre este asunto, quizá demasiado. Hace tiempo, yo no era

nadie y no tenía ambición por ser alguien. Las circunstancias conspiraron para colocar en mis manos un inmenso poder. Podría haberle sacado las tripas a medio mundo si me hubiese apetecido hacerlo. Pero dejé que otras obsesiones se apoderaran de mí. Así que aquí estoy, al otro lado de la rueda, justo donde empecé, raspando heridas, colocando huesos y escribiendo historias que es probable que nadie lea. Solo que ahora soy mucho más viejo y cascarrabias. He enterrado a todos los amigos de la infancia excepto a Un Ojo...

Me agaché para entrar en la casa del viejo mago.

El calor era feroz. Un Ojo y Gota tenían problemas para calentarse incluso en verano. Aunque los veranos en el sur de Hsien apenas son calurosos.

Me quedé mirando.

—¿Estás seguro de que tiene problemas?

—Trató de decirme algo. No lo entendí, de modo que acudí a ti. Tenía miedo — dijo Tobo.

Él. Miedo.

Un Ojo estaba sentado en una silla destartada que había construido él mismo. No se movía, pero había seres que se agitaban en las esquinas de la sala, a menudo solo podía verlos con el rabillo del ojo. Por el suelo se amontonaban caparazones de caracoles. El padre de Tobo, Murgén, los llama duendes, por ciertos enanitos que recuerda de su juventud. Debía de haber veinte razas diferentes alrededor, desde algunos no mayores que un pulgar a otros que llegaban hasta la cintura. Realmente actuaban cuando nadie los miraba. Aquello volvía loca a Dormilón, pues la obligaba a devanarse los sesos pensando en nuevas tareas para que los villanos de la Compañía no se metieran en problemas.

La casa de Un Ojo estaba invadida por un poderoso hedor. Provenía de la malta en el alambique.

El viejo diablillo parecía una cabeza reducida que nadie se había molestado en separar del cuerpo. Un Ojo era pequeñajo. Ni siquiera en su mejor momento había sido grande. A la edad de doscientos y pico años, con ambas piernas y un brazo en la tumba, parecía más un mono arrugado que un ser humano.

—Me cuentan que otra vez te ha dado por llamar la atención, viejo —le dije.

Me arrodillé y el ojo de Un Ojo se abrió. Se centró en mí. El tiempo había sido benévolo en ese aspecto. Su visión seguía siendo buena.

Abrió su boca desdentada. Al principio no se oyó nada. Trató de alzar una mano que parecía una araña de caoba. No tenía fuerzas.

Tobo arrastró los pies y murmuró algo a los seres en las esquinas. Hay diez mil seres extraños que infestan Hsien y él los conoce a todos por su nombre. Y todos lo adoran. Para mí esta intersección con el mundo oculto ha sido lo más problemático de nuestra estancia en la Tierra de las Sombras Desconocidas.

Me gustaban más cuando seguían siendo desconocidas.

En el exterior, Llorón o Concha Negra, o algún otro Sabueso Negro, comenzó a armar jaleo. Otros contestaron. El alboroto se trasladó hacia el sur, hacia la Puerta de las Sombras. Quise que Tobo fuese a investigar.

Se quedó inmóvil, sin dejar de preguntar y de quejarse. Estaba a punto de convertirse en un auténtico dolor de muelas.

—¿Cómo está tu abuela? —pregunté.

Golpe preventivo.

—¿Por qué no vas a ver?

Gota no estaba en la habitación. A menudo andaba por la casa determinada a ayudar a Un Ojo, a pesar de estar tan débil como él.

Un Ojo emitió un ruido, movió la cabeza, intentó alzar una mano de nuevo. Vio que el chico salía de la habitación. Su boca se abrió. Consiguió hacer que las palabras brotaran a empujones.

—Matasanos. Este es el... último... Ha acabado. Lo percibo. Viene. Por fin.

No discutí con él, no lo cuestioné. Error mío. Habíamos pasado por escenas similares media docena de veces. Sus ataques nunca eran fatales. Parecía ser que el destino le tenía guardado un último papel que desempeñar en el gran designio del mundo.

A pesar de todo, tuvo que repetir su soliloquio habitual. De nuevo me advirtió contra el orgullo, pues no le entra en la cabeza que ya no soy el Libertador, el dictador militar de todas las Taglias. He abdicado de mi capitanía en la Compañía Negra. La Cautividad no me he dejado lo suficientemente racional como para asumir esa tarea. Tampoco mi suplente, Murgén, salió ileso. La carga ahora descansa sobre los toscos y pequeños hombros de Dormilón.

Para colmo, Un Ojo me pidió que me cuidara de Gota y de Tobo. Una y otra vez me recordaba que vigilara los malvados trucos de Goblin, a pesar de que lo habíamos perdido años atrás.

Sospecho que, si hay un más allá de alguna especie, esos dos se encontrarán unos seis segundos después de que Un Ojo estire la pata y entonces retomarán su disputa justo donde la dejaron en vida. De hecho, me sorprende que Goblin no ande por ahí rondando a Un Ojo. Amenazó con hacerlo cientos de veces.

Quizá es que Goblin no consigue encontrarlo. Algunos de los nyueng bao dicen que se sienten perdidos porque las sombras de sus ancestros no pueden encontrarlos para cuidar de ellos y darles consejos en los sueños.

Parece ser que Kina tampoco puede encontrarnos. Dama no ha tenido una pesadilla en años.

Quizá Goblin consiguió matarla.

Un Ojo me hizo un gesto con uno de sus dedos disecados.

—Más cerca.

Me arrodillé frente a él y abrí mi botiquín. No podía estar más cerca. Lo agarré de la muñeca. Tenía el pulso débil, acelerado e irregular. No me dio la impresión de que hubiera sufrido un infarto.

Murmuró:

—No soy... un idiota... que no sabe... dónde está... y qué ha pasado... ¡Escucha! Cuídate de... Goblin... Chiquilla y Tobo... No lo vi muerto... Lo dejé con... Madre del Engaño.

—¡Joder!

Nunca se me había ocurrido. No estuve allí. Aún era uno de los Tomados cuando Goblin ensartó a la diosa Durmiente con el estandarte. Solo Tobo y Dormilón habían sido testigos de ello. Y había que sospechar de cualquier cosa que supiesen. Kina era la reina de los impostores.

—Buena idea, viejo. Ahora, ¿qué tengo que hacer para que te levantes y me sirvas un trago?

Entonces me sobresalté al ver que algo parecido a un pequeño conejo negro me miraba desde debajo de la silla de Un Ojo. Aquello era nuevo. Podía llamar a Tobo, él sabría lo que era. Hay incontables variedades de estas cosas, enormes y pequeñas, algunas gentiles y otras no tanto. Siempre andan alrededor de Tobo. En pocos casos, casi siempre con los seres más desagradables, ha seguido el consejo de Dama y los ha ligado a su servicio personal.

Los Hijos de los Muertos se preocupan por Tobo. Tras cientos de años de sufrimiento bajo el pie de los Maestros de las Sombras se han vuelto paranoicos en lo concerniente a los hechiceros extranjeros.

Hasta ahora los caudillos han sido razonables. Ninguno de ellos quiere provocar la ira de los Soldados de la Oscuridad. Eso podría hacer que la Compañía se aliara con un rival. La Fila de Nueve cultiva con celo y primor el equilibrio de fuerzas, el statu quo. Un caos formidable siguió a la expulsión del último Maestro de las Sombras. Ninguno de los caudillos quiere que vuelva ese caos, aunque lo que ahora tiene Hsien se parece mucho a una anarquía ligeramente organizada. En cualquier caso, ninguno está dispuesto a ceder el más mínimo poder a otra autoridad.

Un Ojo sonrió revelando unas encías negras.

—No vas a engañarme... capitán.

—Ya no soy capitán. Me he jubilado. No soy más que un viejo que se rodea de papeles como excusa para seguir del lado de los vivos. Dormilón es quien manda.

—Aun así... la gestión.

—Estoy a punto de gestionarte ese viejo y arrugado culo que tienes... —Me quedé en silencio.

Su ojo se había cerrado. Dejó claras sus intenciones a base de ronquidos.

En el exterior se oyó otro grito seguido de aullidos, algunos próximos, otros cerca de la Puerta de las Sombras. Los caparazones de los caracoles crujieron, temblaron y, aunque no vi a nadie tocar nada, salieron disparados girando por la habitación. Entonces escuché el distante bramido de un cuerno.

Me alcé y me retiré sin dar la espalda a Un Ojo. Uno de sus placeres de toda la vida (aparte de estar todo el día borracho) era hacer que el incauto tropezara con su bastón.

Tobo volvió a aparecer. Tenía un aspecto espantoso.

—Capitán... Matasanos. Señor. No entendí bien lo que trataba de decirme.

—¿Qué?

—No era él. Se trata de la abuela Gota.

CAPÍTULO 3

UNA MORADA DE CUERVOS: UN TRABAJO DE AMOR

La abuela de Tobo, Ky Gota, murió feliz. Tan feliz como la Trol podía, es decir, más borracha que tres búhos ahogados en un barril de vino. Se había bebido una enorme cantidad de licor muy potente antes de marcharse.

—Si sirve de consuelo, es probable que no se enterara de nada —le dije al muchacho.

Aunque la evidencia sugería que había sabido exactamente lo que ocurría.

No conseguí engañarlo.

—Sabía que le estaba llegando. Los greylings estaban aquí.

Algo detrás del alambique gorjeó suavemente en respuesta al sonido de su voz. Al igual que los baobhas, los greylings, como muchos otros seres en Hsien, presagian la muerte. Es probable que algunas de las criaturas que habían estado aullando en el páramo también la hubiesen estado presagiando.

Dije lo que se les suele decir a los jóvenes.

—Probablemente, fue una bendición. Tenía dolores constantes y yo ya no podía hacer nada por ella.

El cuerpo le había supuesto a la anciana un tormento desde que la conocía. Los últimos años se habían convertido en un infierno.

Por un instante, Tobo pareció un muchacho triste que quisiese enterrar el rostro en la falda de su madre para llorar un rato. Al poco tiempo pareció de nuevo un joven que tenía todo bajo control.

—Tuvo una vida larga y plena, no importa lo mucho que se quejase. La familia le debe mucho a Un Ojo por ello.

Quejarse, sí que se había quejado, con frecuencia y a grandes gritos, a todos y sobre todo. Yo había tenido la fortuna de perderme gran parte de la era de Gota, ya que había estado enterrado vivo durante una década y media. Vaya tipo listo que estoy hecho.

—Hablando de la familia, tienes que buscar a Doj. Y será mejor que le des la

noticia a tu madre. Tan pronto como puedas, tendrás que darnos a conocer las disposiciones para el funeral.

Las costumbres funerarias de los nyueng bao son muy caprichosas. A veces entierran a los difuntos, otras veces los queman, o bien los envuelven y los cuelgan de los árboles. Las reglas no están claras.

—Doj llevará a cabo los preparativos. Estoy seguro de que la comunidad requerirá algo tradicional, en cuyo caso mi postura es la de mantenerme al margen.

La comunidad está compuesta por aquellos nyueng bao asociados a la Compañía Negra que no se han alistado formalmente y que aún no han desaparecido en los misteriosos confines de la Tierra de las Sombras Desconocidas.

—Sin duda.

La comunidad está orgullosa de Tobo, pero la costumbre requiere que lo miren con cierto desprecio por ser un mestizo y por su falta de respeto hacia la tradición.

—Es necesario que otros lo sepan. Será un momento de gran ceremonia. Tu abuela es la primera mujer de nuestro mundo que ha fallecido aquí. Eso sin contar al cuervo blanco.

La vieja Gota parecía menos formidable estando muerta.

Los pensamientos de Tobo se movían en dirección oblicua a los míos.

—Habrá otro cuervo, capitán. Siempre hay otro cuervo. Se sienten como en casa con la Compañía Negra.

Por tal motivo, los Hijos de los Muertos llaman a nuestro pueblo la Morada de Cuervos. Siempre hay cuervos, reales o ignotos.

—En el pasado siempre estaban gordos.

Las Sombras Desconocidas nos rodeaban. Yo mismo podía verlas fácilmente, aunque casi nunca con nitidez, ni por más de un instante. Los momentos de intensa emoción hacen que salgan de los caparzones donde Tobo les había enseñado a esconderse.

En el exterior se produjo un nuevo alboroto. Las pequeñas oscuridades se agitaron con nerviosismo, después se disgregaron hasta desaparecer sin revelar nunca su forma exacta.

—Los onironautas deben de estar al otro lado de la Puerta de las Sombras.

No opinaba lo mismo. Aquel jaleo nocturno era diferente.

De la habitación donde habíamos dejado a Un Ojo surgió un grito humano. Como me temía, el viejo había estado simulando los ronquidos.

—Será mejor que vea qué quiere. Ve a por Doj.

—Estás fingiendo.

El viejo estaba agitado. Estaba tan furioso que hablaba claramente, sin demasiadas toses o resoplidos. Alzó una mano. Un dedo arrugado y huesudo

apuntaba a algo que solo él podía ver.

—Se aproxima la fatalidad, Matasanos. Pronto. Puede que esta misma noche.

Algo en el exterior aulló como para reforzar su argumento, pero no lo oyó.

La mano cayó. Se quedó quieta varios segundos. Entonces se alzó de nuevo, uno de los dedos señalaba una lanza negra con ornamentos que descansaba de unos ganchos sobre la puerta.

—Está acabada.

Había estado trabajando en aquella herramienta mortal durante generaciones. Su poder mágico era lo bastante fuerte como para que yo lo notara cada vez que la miraba fijamente. Por lo general, soy sordo, mudo y ciego en cuestiones mágicas. Me casé con la mejor consejera que podía tener en dichos temas.

—Si te topas con... Goblin. Dale... la lanza.

—¿Se la paso sin más?

—También mi sombrero.

Un Ojo me lanzó una sonrisa desdentada. Durante todo el tiempo que había pasado con la Compañía, había llevado el sombrero de fieltro negro más grande, feo, sucio y vergonzoso que se pueda imaginar.

—Pero... tienes que hacerlo... bien.

Así que aún tenía una broma pesada guardada. El problema es que pretendía gastársela a un hombre muerto y, para cuando pudiese hacerse, él mismo llevaría mucho tiempo fallecido.

Hubo un rasgueo en la puerta. Alguien entró sin aguardar a ser invitado. Alcé los ojos. Era Doj, el viejo maestro de esgrima y sacerdote de la comunidad de los nyueng bao, que había estado asociado a la Compañía durante veinticinco años, pero sin formar parte de ella. A pesar del tiempo que ha pasado, sigo sin confiar del todo en él. De todas formas, parece que soy el único que tiene dudas.

—El chico dijo que Gota...

—Allí detrás —dije haciendo un gesto.

Asintió entendiendo. Tenía que centrarme en Un Ojo, pues no podía hacer nada por los muertos. Me temía que tampoco podía hacer mucho por Un Ojo.

—¿Dónde está Thai Dei? —preguntó Doj.

—Supongo que en Khang Phi, con Murgén y Sahra.

Gruñó.

—Enviaré a alguien.

—Deja que Tobo mande algunas de sus mascotas.

Así dejarían de ser un estorbo y tendría la consecuencia adicional de recordarle a la Fila de Nueve, el consejo general de caciques, que los Soldados de Piedra disfrutaban de recursos inusuales. Eso si eran capaces de detectar a tales entidades.

Doj se detuvo en la puerta que daba a la parte trasera.

—Algo pasa esta noche con esas criaturas. Actúan como monos cuando un leopardo está al acecho.

A los monos los conocemos bien. Los monos de las rocas, que dominan las ruinas que ocupan el lugar donde Kiaulune se alza en nuestro propio mundo, son tan molestos y numerosos como una plaga de langostas. Son tan astutos y diestros como para meterse en cualquier sitio que no esté sellado mágicamente y no le tienen miedo a nada. Tobo tiene demasiado buen corazón como para emplear a sus amigos sobrenaturales en un rápido ataque correctivo.

Doj desapareció por el umbral. Seguía estando muy ágil a pesar de que era más viejo que Gota. Aún repasaba sus rituales de esgrima cada mañana. Yo sabía, por observación directa, que con espadas de práctica era capaz de derrotar a todos excepto a unos pocos de sus discípulos. Sospecho que esos pocos se llevarían una desagradable sorpresa si el duelo fuese con acero real.

Tobo es el único con tanto talento como Doj. En realidad, Tobo puede hacer cualquier cosa, siempre con elegancia y ridícula facilidad. Tobo es el hijo que todos creemos merecer.

Me eché a reír.

Un Ojo murmuró.

—¿Qué?

—Estaba pensando cuánto creció mi bebé.

—¿Es eso gracioso?

—Como el mango roto de una escoba metido en el culo.

—Deberías... aprender a apreciar... las bromas pesadas... cósmicas.

—Yo...

El cosmos se libró de mi rencor. La puerta de la calle se abrió dando paso a alguien menos formal incluso que el tío Doj. Sauce Swan ni siquiera preguntó antes de entrar.

—¡Cierra! ¡Rápido! —le espeté—. Ese brillo de luna en tu cabeza me está cegando.

No pude resistirme. Lo recordaba de joven, con un bonito pelo largo y rubio, el rostro hermoso y una mal disimulada lujuria hacia mi mujer.

—Dormilón me ha enviado —dijo Swan—. Hay rumores.

—Quédate con Un Ojo. Yo mismo daré la noticia.

Swan si inclinó hacia adelante.

—¿Respira?

Con el ojo cerrado Un Ojo parecía estar muerto. En realidad, allí tumbado sobre la paja, esperaba poder agarrar a alguien con el bastón. Iba a ser un hijo de puta hasta el final.

—Por ahora no le ocurre nada. Quédate con él y dame un grito si hay algún

cambio.

Coloqué mis cosas en el maletín. Me apoyé en la silla de Un Ojo para poder levantarme y me crujieron las rodillas. Los dioses son crueles. Deberían dejar que la carne envejeciese al mismo ritmo que el espíritu. De ese modo algunos morirían de viejos en una semana. Otros disfrutarían de una juventud eterna y yo no tendría tantos dolores.

Salí de la casa de Un Ojo cojeando. Me dolía el pie.

Los seres ocultos correteaban de acá para allá sin que pudiera verlos del todo. La luz de la luna tampoco ayudaba mucho.

CAPÍTULO 4

LA ARBOLEDA DE LA CONDENA: CANCIONES NOCTURNAS

Los tambores comenzaron con el ocaso. Con suavidad, la oscura y susurrante promesa de la noche se acercaba. Ahora rugían sin freno. La verdadera noche había llegado. Ni siquiera había un mínimo rastro de luna. La temblorosa luz de cien fuegos hacía que las sombras danzasen. Parecía como si los árboles se hubiesen arrancado las raíces para participar.

Cien desenfrenados discípulos de la Madre de la Noche brincaban con ellos, cada vez con mayor pasión.

Cien prisioneros atados temblaban, lloraban y defecaban, el miedo destruía a algunos que se habían creído héroes. Sus súplicas caían en saco roto.

Una amenazante oscuridad emergió de la noche arrastrada por prisioneros que tiraban de las cuerdas con la vana esperanza de que, complaciendo a sus captores, pudiesen sobrevivir. La forma resultó ser la estatua de siete metros de altura de una mujer tan negra y brillante como el ébano pulido. Tenía cuatro brazos, rubíes en lugar de ojos y colmillos de cristal en vez de dientes. Llevaba un collar de calaveras y otro de penes cortados. Cada mano en forma de garra asía un símbolo de su poder sobre la humanidad. Los prisioneros solo vieron la soga.

El ritmo de los tambores se aceleró. El volumen aumentó. Los Hijos de Kina comenzaron a cantar un himno oscuro. Aquellos prisioneros que creían en algo comenzaron a rezar a sus dioses.

Un viejo huesudo observaba desde los escalones del templo que se alzaba en el corazón de la Arboleda de la Condena. Estaba sentado. Ya no se levantaba a menos que fuese necesario. Tenía la pierna derecha rota y el hueso no se había soldado bien. Caminar era doloroso y trabajoso. Incluso estar de pie era toda una hazaña.

Una maraña de andamios se alzaba detrás de él. El templo estaba siendo restaurado. De nuevo.

Sobre él, incapaz de quedarse quieta, había una hermosa joven. El anciano temía que su excitación fuese sensual, casi sexual. No era apropiado. Era la Hija de la

Noche. No existía para servir a sus propios placeres.

—¡Puedo sentirlo, Narayan! —dijo entusiasmada—. Es inminente. Este ritual va a reconectarme con mi madre.

—Quizá. —El viejo no estaba convencido.

No había habido conexiones con la diosa en cuatro años. Estaba preocupado. Su fe estaba siendo probada. De nuevo. Y aquella chiquilla se había convertido en una jovencita demasiado testaruda e independiente.

—Quizá consiga hacer caer sobre nosotros la ira de la protectora.

No insistió más. Llevaban discutiendo desde el instante en el que ella, tres años atrás, usó parte de su talento mágico, aún burdo e indisciplinado, para cegar a sus guardianes y así escapar de la custodia de la protectora.

El rostro de la chica se endureció. Por un instante adoptó la temible implacabilidad que se veía en el rostro del ídolo. Como siempre hacía cuando se sacaba el tema de la protectora, dijo:

—Se arrepentirá de habernos maltratado, Narayan. Su castigo no será olvidado aunque pasen mil años.

Narayan se había hecho viejo estando siempre perseguido. Era el orden natural de su existencia. Siempre procuraba que su culto sobreviviera a la ira de sus enemigos. La Hija de la Noche era joven y poderosa y poseía toda la impetuosidad y el descreimiento en su mortalidad propios de la juventud. ¡Era la hija de una diosa! La edad en la que la diosa gobernaría el mundo y lo cambiaría todo estaba a punto llegar. En el nuevo orden la Hija de la Noche se convertiría en diosa. ¿Qué motivo tenía para tener miedo? ¡Aquella loca en Taglios no era nadie!

La invencibilidad y la precaución: siempre en desacuerdo, pero siempre inseparables.

La Hija de la Noche creía con todo su corazón y alma que era la hija espiritual de una diosa. No tenía otro remedio, aunque hubiese nacido de hombre y mujer. Sobre su corazón, como una mancha, había una mota de humanidad. Necesitaba poseer a alguien.

Sus movimientos se acentuaron, cada vez más sensuales, menos controlados. Narayan hizo una mueca de disgusto. No debía forjar una conexión interna entre el placer y la muerte. En uno de sus avatares, la diosa era una destructora, pero no debían ofrecerse vidas en su nombre por razones tan livianas. Kina no aprobaría que su hija se rindiera al hedonismo. Si lo hacía, habría castigos. Los más duros sin duda recaerían sobre Narayan Singh.

Los sacerdotes estaban listos. Arrastraron a los prisioneros, que gimoteaban, para cumplir el gran propósito de sus vidas, ser parte de los ritos que consagrarían el templo de Kina. El segundo rito trataría de contactar con la diosa, que yacía encadenada en un sueño encantado, para que de nuevo la Hija de la Noche fuese

bendecida con la sabiduría y la visión certera de la Oscura Madre.

Era necesario hacer tales cosas. Pero Narayan Singh, el santo viviente de los Impostores, el gran héroe del culto de los Estranguladores, no era un hombre feliz. El control había desaparecido casi por completo. La chica había comenzado a alterar el culto para que reflejase su propio paisaje interior. Temía la posibilidad de que algunas de sus discusiones no sanaran por completo. Eso mismo había ocurrido con sus hijos reales. Le había jurado a Kina que criaría correctamente a la chica, que ambos conseguirían provocar el Año de los Cráneos. Pero si seguía siendo tan testaruda y egoísta...

No pudo contenerse más. Corrió a toda prisa escaleras abajo y arrancó un pañuelo estrangulador de uno de los sacerdotes.

Lo que entonces vio Narayan en el rostro de la chica solo lo había visto antes en el de su esposa, en mitad de la pasión. Hacía tanto tiempo de aquello que parecía haber ocurrido en un giro anterior de la rueda de la vida.

Entristecido, comprendió que cuando se iniciase el siguiente rito, se lanzaría a torturar a las víctimas. En su estado, cabía la posibilidad de que se involucrara demasiado y vertiese sangre, una ofensa que la diosa nunca perdonaría.

Narayan Singh estaba extremadamente preocupado.

Aún se preocupó más cuando divisó un cuervo en las ramas bifurcadas de un árbol que estaba justo detrás del mortal rito. Peor, el cuervo se dio cuenta de que lo estaba mirando. Se lanzó al aire con un grito de burla. Cientos de cuervos contestaron inmediatamente por encima del bosque.

¡La protectora lo sabía!

Narayan gritó a la chica. Demasiado sumida en lo que hacía, no lo oyó.

La agonía cruzó sus piernas al ponerse de pie. ¿En qué momento llegarían los soldados? ¿Podría correr de nuevo? ¿Cómo mantendría viva la esperanza de la diosa si su carne era tan frágil y su fe estaba tan desgastada?

CAPÍTULO 5

UNA MORADA DE CUERVOS: CUARTEL GENERAL

Puesto Avanzado era una tranquila ciudad de anchas calles y blancas paredes. Habíamos adoptado la costumbre nativa de blanquearlo todo excepto los techos de paja y la vegetación decorativa.

Durante los días festivos, algunos lugareños incluso se pintaban de blanco. El blanco había sido un gran símbolo de resistencia para los Maestros de las Sombras en tiempos pasados.

Nuestra ciudad era artificial y militar; llena de líneas rectas, limpia, tranquila. Excepto de noche, si a los amigos de Tobo les daba por pelearse entre ellos. Durante el día, el ruido estaba confinado a los terrenos de entrenamiento, donde el último grupo de nativos aspirantes a aventureros aprendía la forma de actuar de la Compañía Negra. Yo estaba alejado de todo eso, solo de vez en cuando tenía que remendar algunas heridas de entrenamiento. Nadie de los de mi época se involucraba ya en nada. Como Un Ojo, soy una reliquia de un tiempo distante, un icono viviente de esa historia que forma parte de la cohesión social que mantiene unida a la Compañía. Me hacen aparecer en ocasiones especiales para dar sermones que empiezan así: «En aquellos días, la Compañía estaba al servicio de...».

Era una noche espeluznante, las dos lunas iluminaban todo y creaban sombras conflictivas. Las mascotas de Tobo cada vez estaban más inquietas. Llegué a poder vislumbrar claramente a algunas de ellas, pues estaban tan distraídas como para olvidarse de seguir escondidas. En el fondo me daban pena.

El tumulto en la dirección de la Puerta de las Sombras se alzó para desaparecer de inmediato. Ahora también allí había luces. Un par de estrellas fugaces volaron antes de que llegara a mi destino. Comencé a inquietarme.

El cuartel general era un edificio de dos plantas en el centro de la ciudad. Dormilón lo había llenado de ayudantes, asociados y funcionarios que controlaban cada clavo de herradura y cada grano de arroz. Había convertido el mando en un ejercicio burocrático. No me gustaba. Evidentemente, yo no era más que un viejo

gruñón que siempre les recordaba cómo solían ser las cosas en los viejos tiempos. De la única manera posible; a mi manera.

En cualquier caso, no creo haber perdido mi sentido del humor. Aprecio la ironía que supone el haberme convertido en mi abuelo.

Me he echado a un lado. He pasado la antorcha a alguien más joven, más enérgico y, tácticamente, más brillante de lo que yo lo fui. Pero no he abandonado mi derecho a involucrarme, a contribuir, a criticar y, sobre todo, a quejarme. Es un trabajo que alguien tiene que hacer. Así que a veces me gusta poner de los nervios a los jóvenes. No les viene mal. Fortalece el carácter.

Deambulé por la planta baja donde Dormilón realiza tareas inútiles para aislarse del mundo. Día y noche, siempre hay un grupo de personas contando puntas de flecha o granos de arroz. Tengo que recordarle que salga al mundo de vez en cuando. Erigir barreras no es una protección ante los demonios que ya tiene dentro.

Casi era tan viejo como para poder hablar así.

Su rostro seco, oscuro, casi asexual, mostraba gran irritación cuando entré. Estaba orando. No lo entiendo. A pesar de todo por lo que ha pasado, de tantas cosas que echan por tierra la doctrina de Vehdna, sigue teniendo fe.

—Esperaré hasta que hayas acabado.

Lo irritante era que hubiese presenciado aquel rezo. Lo vergonzoso era la necesidad de creer a pesar de todas las evidencias.

Se levantó y plegó la alfombra de rezos.

—¿Está muy mal esta vez?

—Los rumores no eran ciertos. No se trataba de Un Ojo, sino de Gota. Ha muerto. Pero Un Ojo cree que va a ocurrir algo. Aunque se muestra muy elusivo al respecto. Los amigos de Tobo se comportan de forma más extraña de lo habitual, así que es posible que no todo sea producto de la imaginación de Un Ojo.

—Será mejor que envíe a alguien a por Sahra.

—Tobo se está ocupando de eso.

Dormilón me observó detenidamente. Puede que sea baja, pero tiene presencia y confianza en sí misma.

—¿En qué piensas?

—Percibo parte de lo que percibe Un Ojo. Quizá sea que no soporto la paz prolongada.

—¿Dama te está insistiendo otra vez en volver a casa?

—No. Está preocupada por la última comunión de Murgén con Shivetya.

Por decir algo. La historia moderna se ha tornado cruel en nuestro mundo nativo. El culto de los Impostores se recupera en nuestra ausencia, consiguiendo conversos por cientos. A la vez, Atrapa Almas atormentó los territorios taglios en un esfuerzo desesperado, y en gran parte vano, por desterrar a sus enemigos, la mayoría de los

cuales habían sido imaginarios hasta que ella y Mogaba los crearon gracias a su celo.

—No ha dicho nada, pero estoy bastante seguro de que teme que Booboo esté manipulando de algún modo a Atrapa Almas.

Dormilón no pudo reprimir una sonrisa.

—¿Booboo?

—Es culpa tuya. Lo vi en algo que escribiste.

—Es tu hija.

—De algún modo hay que llamarla.

—No me puedo creer que nunca eligieseis un nombre.

—Nació antes...

A mí me gusta «Ghana». Valió para mi abuela. Dama se habría negado. Se parecía demasiado a Kina.

Y aunque Booboo fuese una pesadilla al acecho, era hija de Dama y, en la tierra donde creció, las madres siempre elegían el nombre para las hijas. Siempre. Llegado el momento propicio.

Ese momento nunca llegará en este caso. La niña reniega de ambos. Afirma que nuestra carne dio vida a la suya, pero está animada por una convicción absoluta de que es la hija espiritual de la diosa Kina. Es la Hija de la Noche. Su existencia tiene como único fin precipitar el Año de los Cráneos, ese gran desastre humano que liberará a su durmiente madre espiritual para que siga propagando su maldad por el mundo. O, de hecho, por los mundos. Tal y como habíamos descubierto cuando, gracias a mi búsqueda de los antiguos orígenes de la Compañía, llegamos a la fortaleza azotada por el tiempo que se alza sobre la llanura de piedra reluciente que separa nuestro mundo de la Tierra de las Sombras Desconocidas.

El silencio se hizo entre nosotros. Dormilón había sido analista durante largo tiempo. Había llegado joven a la Compañía. Sus tradiciones significaban mucho para ella. En consecuencia, siempre se mostraba cortés con sus predecesores. Pero estoy seguro de que internamente se impacientaba con viejos chochos como yo. Sobre todo como yo. Me conocía bien. Siempre le hacía perder el tiempo tratando de averiguar qué se cocía. He empezado a poner tanto énfasis en los detalles que ahora no tengo otra cosa que hacer sino escribir.

—No te voy a dar consejos a menos que los pidas.

Eso la sorprendió.

—Es un truco que aprendí de Atrapa Almas. La gente se cree que lees la mente. A ella le sale mucho mejor.

—Estoy segura. Ha tenido mucho tiempo para practicar. —Resopló con las mejillas hinchadas—. Hace una semana que hablamos. Vamos a ver. Nada que informar sobre Shivetya. Murgén ha estado en Khang Phi con Sagra, de modo que no ha estado en contacto con el golem. Los informes de los que trabajan en la llanura

dicen que sufren continuas premoniciones de desastres.

—¿Sí? ¿Lo han dicho con esas palabras? —Tenía sus momentos pomposos.

—Más o menos.

—¿Cuál es la situación del tráfico?

—No hay.

Parecía desconcertada. La llanura no había sido cruzada por nadie durante generaciones antes de que la Compañía controlase el paso. Los últimos, anteriores a nosotros, habían sido los Maestros de las Sombras en su huida desde la Tierra de las Sombras Desconocidas hacia nuestro mundo, antes de que yo naciera.

—Pregunta equivocada, supongo. ¿Cómo vas con las preparaciones para nuestro regreso?

—¿Es una pregunta personal o profesional?

Con Dormilón todo eran negocios. Ni siquiera recuerdo haberla visto relajada. A veces eso me preocupa. Algo en su pasado, que se vislumbra en sus propios Anales, la había convencido de que era la única forma de estar a salvo.

—Ambas cosas.

Deseaba poder decirle a Dama que volveríamos pronto a casa. No le tenía aprecio alguno a la Tierra de las Sombras Desconocidas.

Estoy seguro de que, vayamos donde vayamos, no va a disfrutar del futuro. Estoy totalmente convencido de que los tiempos venideros no serán buenos. Creo que ella aún no lo entiende. Todavía tiene esperanza.

Incluso ella puede ser muy ingenua en algunas cosas.

—La respuesta corta es que probablemente podamos enviar una compañía de refuerzo el mes próximo. Eso si conseguimos el conocimiento necesario para usar las Puertas de las Sombras.

Cruzar la llanura es toda una empresa, ya que hay que transportar lo necesario para una semana. En ella no hay otra comida que piedra reluciente. La piedra tiene memoria, pero pocos valores nutricionales.

—¿Tú también vas?

—Pase lo que pase, voy a enviar exploradores y espías. Podemos usar las Puertas de las Sombras de nuestro mundo siempre que pasemos en pequeños grupos.

—¿No seguirás el consejo de Shivetya?

—El demonio tiene sus propios planes.

Ella debía de saberlo. Había estado en directa comunión con el Guardián Inquebrantable.

Lo que yo sabía de los designios del golem hacía que me preocupara por Dama. Shivetya, esa antigua deidad creada para controlar y vigilar la llanura (que en sí misma era un artefacto), quería morir. No podía hacerlo mientras Kina sobreviviese. Una de sus tareas es garantizar que la diosa Durmiente no despierta y escapa de su

prisión.

Cuando Kina deje de existir, el tenue control que tiene mi mujer de esos poderes mágicos tan importantes para su sensación de valor e identidad perecerá con ella. Los poderes de los que presumía Dama los había conseguido robándoselos a la diosa. Era un parásito.

—Y tú, creyéndote el dicho de la Compañía de que no tenemos amigos fuera de nuestro círculo, no valoras su amistad.

—Oh, es un ser maravilloso, Matasanos. Me salvó la vida. Pero no lo hizo porque sea guapa y porque mueva las zonas adecuadas del cuerpo cuando corro.

No era guapa. Tampoco me la podía imaginar moviéndose. Era una mujer que había engañado a todos durante años simulando ser un chico. En ella no había nada femenino. Tampoco nada masculino. No era un ser sexual, aunque por un tiempo hubo rumores de que ella y Swan se habían convertido en pareja de juegos nocturnos.

Resultó ser algo puramente platónico.

—Me reservaré el comentario. Me has sorprendido en otras ocasiones.

—¡Capitán!

A veces le costaba averiguar cuándo alguien estaba de broma o se mostraba sarcástico. A pesar de que su lengua era afilada como una navaja.

Comprendió que le estaba tomando el pelo.

—Entiendo. Entonces déjame que te sorprenda una vez más pidiéndote consejo.

—Oh, oh. Será como afilar patines en el infierno.

—Aullador y Sombra Larga. He de tomar una decisión.

—¿La Fila de Nueve te está dando otra vez problemas?

La Fila de Nueve («Fila» en su sentido militar) era un consejo de caciques cuyas identidades eran secretas y que formaba algo parecido a un organismo gobernante en Hsien. La monarquía y la aristocracia oficiales eran poco más que aspectos decorativos y, en general, demasiado cercanos a la pobreza como para conseguir nada si se lo proponían.

La Fila de Nueve tenía un poder limitado. Su existencia apenas servía para que la anarquía se convirtiese en un caos total. Los Nueve habrían sido más efectivos si no apreciases su anonimidad más que su supuesto poder.

—La Fila y el Tribunal de Todas las Estaciones. Los nobles jueces quieren a Sombra Larga.

La corte imperial de Hsien (que consiste en aristócratas con menos poder real que la Fila de Nueve, pero que disfrutaban de una mayor autoridad moral) estaba obsesionada con poseer a Sombra Larga. Al ser yo un viejo cínico, sospechaba que su ambición no era del todo moral. En cualquier caso, teníamos poco trato con ella. Su capital, Quang Ninh, estaba demasiado lejos.

Lo único que los habitantes de Hsien tenían en común, todo noble y campesino,

todo sacerdote y cacique, era una implacable y cruel sed de venganza contra los Maestros de las Sombras que antaño los habían invadido. Sombra Larga, aún atrapado en estasis bajo la llanura reluciente, representaba la última oportunidad de conseguir esa venganza catártica. El valor de Sombra Larga en nuestros tratos con los Hijos de los Muertos era totalmente desproporcionado.

El odio casi nunca se atiene a escalas racionales.

—Y apenas pasa un día —continuó Dormilón— en el que no tenga que escuchar a algún cacique menor rogándome que traiga a Sombra Larga. La forma en la que todos se ofrecen a ocuparse de él me hace concebir la secreta sospecha de que la mayoría de ellos no tienen motivaciones tan idealistas como la Fila de Nueve y el Tribunal de Todas las Estaciones.

—Sin duda sería una herramienta muy útil para cualquiera que quisiese ajustar el equilibrio de poder. Es decir, si hay alguien tan insensato como para creer que puede manipular a un Maestro de las Sombras como si fuese una marioneta.

A ningún mundo le faltan villanos confiados que crean que pueden conseguir un buen trato con la oscuridad. Yo me casé con alguien así. No estoy seguro de que haya aprendido la lección.

—¿Se ha ofrecido alguien a arreglar nuestra Puerta de las Sombras?

—El Tribunal está dispuesto a proporcionarnos a alguien. El problema es que no tienen a nadie con las destrezas necesarias para hacerlo. Es posible que nadie las posea. Pero el conocimiento está guardado en Khang Phi.

—¿Por qué no...?

—Estamos en ello. Mientras tanto, el Tribunal parece creer en nosotros. Es evidente que quieren algún tipo de venganza antes de que todas las víctimas de Sombra Larga que aún viven hayan sido reclamadas por la edad.

—¿Qué hay del Aullador?

—Tobo lo quiere. Dice que ahora es capaz de manejarlo.

—¿Hay alguien más que así lo crea —me refería a Dama— o es que está lleno de confianza?

Dormilón se encogió de hombros.

—Nadie me ha informado de que le queden muchas cosas por aprender.

También se refería a Dama, no a que Tobo sufriese de mala actitud adolescente. El muchacho no tenía problemas para admitir consejos y órdenes, siempre y cuando no viniesen de su madre.

Aun así, pregunté:

—¿Ni siquiera Dama?

—Creo que ella se guarda información sobre él.

—Puedes apostar a que sí.

Me casé con ella, pero no me hago ilusiones. Le encantaría volver a los viejos

tiempos en los que era malvada. La vida conmigo y con la Compañía no ha sido precisamente un «vivieron felices y comieron perdices». La realidad quema lentamente el romanticismo. Aunque nos llevamos muy bien.

—No puede ser de otro modo. Haz que te hable de su primer marido. Es un milagro que siga estando cuerda.

Para mí era un milagro diario. Siempre me asombraba que aquella mujer hubiese abandonado todo para escaparse conmigo. Bueno, algo por el estilo. Tampoco tenía mucho por entonces y su futuro era bastante negro.

—¿Qué demonios es eso?

—Cuernos de alarma.

Dormilón saltó del asiento como un rayo. Estaba bastante en forma para ser una mujer que abandonaba ya la mediana edad. Por otra parte, era tan baja que no tenía que movilizar demasiado peso.

—No he ordenado ningún ejercicio.

Tenía el feo hábito de sobresaltarse. Solo el traidor Mogaba, mientras permaneció con nosotros, tenía el mismo convencimiento de lo importante que era estar preparado.

Dormilón era demasiado seria.

Las Sombras Desconocidas de Tobo comenzaron a crear el mayor alboroto que nunca hubiésemos oído.

—¡Vamos! —me espetó Dormilón—. ¿Por qué no estás armado?

Ella lo estaba, siempre lo estaba, aunque nunca la he visto usar otra arma que la astucia.

—Estoy jubilado. No soy más que un burócrata.

—No te veo llevando una lápida por sombrero.

—En mi tiempo tuve también problemas de actitud, pero...

—Hablando del tema, quiero un discurso en el comedor de oficiales antes de apagar las luces. Algo que hable del vicio de la indolencia y de no estar preparados, o sobre el destino de los mercenarios comunes.

Se movía con prisa, hacia la salida principal, pasando entre empleados que no iban precisamente lentos.

—Haced sitio, muchachos. Haced sitio, voy para allá.

En el exterior, había personas señalando y murmurando. La luz de la luna y de un montón de fuegos iluminaba una columna de humo negro y espeso que se alzaba por debajo de la puerta en la llanura reluciente. Dije una obviedad.

—Ha ocurrido algo.

Qué sagaz soy.

—Suvin está allí. Es un chico sensato.

Suvin era un joven oficial que quizá adoraba demasiado a su capitán. Podías

estar seguro de que durante la guardia de Suvrin no habría accidentes o estúpidos errores.

Se reunieron unos cuantos para escuchar a Dormilón, que dio la única orden que podía dar hasta que supiésemos algo más: permaneced alerta. A pesar de tener a un hombre con el que creíamos que ningún problema podría venir de la llanura.

Aquello que sabes que es cierto es la mentira que te matará.

CAPÍTULO 6

ΥΠΑ ΜΟΡΑΔΑ ΔΕ ΚΥΕΡΥΟΣ: ΛΑΣ ΠΟΤΙΧΙΑΣ ΔΕ ΣΥΒΡΙΝ

Suvrin no llegó hasta después de medianoche. Para entonces, incluso los más tontos sabían que el nerviosismo de los seres escondidos y los cuervos, cuya presencia daba nombre a nuestro asentamiento, tenían algún significado. Se habían repartido armas. Sobre cada tejado había hombres con lanzadores de bolas de fuego. Tobo había advertido a sus sobrenaturales amigos que se alejasen de la ciudad por si la tensión humana se desataba en violencia hacia ellos.

Todos los que tenían posiciones de importancia se reunieron para esperar el informe de Suvrin. Un par de subalternos tomaron turnos corriendo hasta el tejado del cuartel general para comprobar el progreso de las antorchas que descendían por la larga pendiente desde la Puerta de las Sombras. Los muchachos locales parecían sentir que por fin había comenzado su gran aventura.

¡Qué insensatos!

Una aventura es arrastrarse por el barro y la nieve, sufrir a pie de trinchera tiña, disentería y hambre; es ser perseguido por aquellos que quieren matarte o hacerte algo peor. Yo lo he vivido. He sido perseguidor y perseguido. No lo recomiendo. Conténtate con una bonita granja o una tienda. Ten muchos niños y críalos para que sean buenas personas.

Si los jóvenes siguen ciegos a la realidad cuando partamos, garantizo que su ingenuidad no sobrevivirá al primer encuentro con mi cuñada, Atrapa Almas.

Por fin llegó Suvrin acompañado por el mensajero que Dormilón había enviado. Pareció sorprenderle la cantidad de gente que lo esperaba.

—Da un paso al frente y habla —le ordenó Dormilón.

Mi sucesora siempre era directa e iba al grano.

Se hizo el silencio. Suvrin miró alrededor con nerviosismo. Era bajo, oscuro, ligeramente relleno. Su familia formaba parte de la baja nobleza. Dormilón lo había hecho prisionero de guerra cuatro años atrás, justo antes de que la Compañía ascendiera a la llanura reluciente para dirigirnos aquí. Ahora comandaba un batallón

de infantería y parecía destinado para grandes cosas, pues la Compañía seguía creciendo.

—Algo ha atravesado la Puerta de las Sombras —nos dijo.

Murmullos y preguntas.

—No sé qué es. Uno de mis hombres vino a decirme que creía haber visto algo merodeando por las rocas al otro lado de la puerta. Fui a echar un vistazo. Como no ha ocurrido nada en cuatro años, supuse que sería una sombra o uno de los nef. Los onironautas nos visitan a todas horas. Estaba equivocado. No pude llegar a verlo con claridad, pero parecía ser un animal grande, negro y extremadamente veloz. No tan grande como Orejas Grandes o Gata Sith, pero más veloz. Fue capaz de pasar sin ayuda a través de la Puerta de las Sombras.

Sentí un escalofrío. Intenté rechazar mi primera sospecha. No era posible.

—Forvalaka —dije de todas formas.

—Tobo, ¿dónde estás? —solicitó Dormilón.

—Aquí.

Estaba sentado junto a varios Hijos de la Muerte, unos oficiales que estaban siendo adiestrados.

—Encuéntrala y atrápala. Si es lo que Matasanos cree, quiero que la mates.

—Es más fácil decirlo que hacerlo. Se ha enfrentado con los Sabuesos Negros y ha conseguido hacerlos retroceder. Ahora mismo están intentando seguir su rastro.

—Entonces máatala, Tobo.

Con esta capitana no valía eso de «intenta» o «haz lo que puedas».

—Pídele a Dama que te ayude —le dije—. Ella sabe de esas cosas. Pero antes de que nadie haga nada, necesitamos establecer algún tipo de protección para Un Ojo.

Si era una pantera humana comedora de hombres de nuestro mundo, solo podía tratarse de un monstruo. Y ese monstruo odiaba a Un Ojo con la más profunda y pertinaz pasión imaginable, ya que Un Ojo había matado al único mago capaz de ayudarla a recobrar su forma humana.

—¿De verdad crees que se trata de Lisa Bowalk? —preguntó Dormilón.

—Me huelo que sí, pese a que me dijiste que escapó de la llanura a través de la Puerta de Khatovar y que no podía volver.

Dormilón se encogió de hombros.

—Eso es lo que me mostró Shivetya. Es posible que fuese yo la que se inventó que no podía volver a la llanura.

—O quizá ha hecho nuevos amigos en el mundo del que procede.

La pequeña mujer se volvió y gritó:

—¡Suvrin!

—Todos están en alerta máxima —contestó Suvrin entendiéndolo al instante.

—Tobo tiene que revisar los sellos de la puerta —dije—. No es bueno que las

sombras consigan colarse porque algo o alguien haya logrado atravesarla.

Aunque el muchacho no podía hacer mucho para detener una inundación real. Ese honor correspondería a sus amigos ocultos. La razón principal por la que seguíamos residiendo en la Tierra de las Sombras Desconocidas era que carecíamos del conocimiento técnico necesario para reparar y usar las Puertas de las Sombras.

—Eso ya lo sé, Matasanos. ¿Puedo ponerme ya a trabajar?

Era un obstáculo. Es irritante que te consideren un inútil. Una condición que nos era familiar a la mayoría de los que Atrapa Almas había seducido, capturado y enterrado durante quince años. Nuestra Compañía había cambiado durante nuestro sueño. Incluso Dama y Murgen, que habían mantenido tenues conexiones con el mundo exterior, estaban ahora marginados. A Murgen no le importaba.

La cultura de la Compañía se ha convertido en algo bastante extraño. Ya no queda casi ningún elemento norteño. Tan solo algunas rarezas en cómo se hacen las cosas, además de mi propio y orgulloso legado, un interés en la higiene que es desconocido en estos climas.

Estos sureños no comprendían el horror que significaba la forvalaka. Insistían en pintarla como otro acechador nocturno, similar a Grandes Orejas o Pie Acolchado, a quienes consideran inofensivos porque sus víctimas rara vez sobreviven para llevarles la contraria.

—Una lectura del libro primero de Matasanos —le dije a la asamblea.

Era pasada la medianoche. No había habido alboroto por un tiempo. La Puerta de las Sombras no estaba dejando pasar a los Muertos Irredentos. Toba trataba de localizar a la intrusa, pero estaba teniendo dificultades. Se movía mucho, explorando, insegura de cómo afrontar el hecho de que había aparecido justo en mitad de nuestro campamento.

—En aquellos días la Compañía estaba al servicio del Sindicato de Berilio.

Les conté la historia de otra forvalaka que habitaba hace muchísimo tiempo en un mundo muy lejano y mucho más cruel de lo que jamás sería este. Quería que se preocuparan.

CAPÍTULO 7

ΥΠΑ ΜΟΡΑΔΑ ΔΕ ΚΥΕΡΥΟΣ: ΒΙΣΙΤΑΠΤΕ ΠΟΚΤΥΡΠΙΟ

Dama y yo nos sentamos junto a Un Ojo. A Gota la habían puesto en la misma sala. Rodeada de velas.

—No veo ningún cambio evidente en la mujer.

—¡Matasanos! ¡Calla!

—Sin embargo, sí que oigo una diferencia. No se ha quejado de nada desde que llegamos.

Haciéndose el sordo, Un Ojo dio un largo trago a su bebida, cerró el ojo y se quedó dormido.

—Es mejor que duerma —susurró Dama.

—Vaya cebo más aburrido.

—A esa cosa le atrae la carroña. Quiere matar algo que solo existe en su interior. Un Ojo no es más que un símbolo —dijo restregándose los ojos.

Hice una mueca de dolor. Qué vieja parecía mi amorcito. El pelo gris, las arrugas, la papada incipiente, el culo en expansión. El deterioro había sido muy veloz desde que Dormilón nos rescató.

Por suerte para mí, no había ningún espejo cerca. No me gusta nada mirar a ese tipo gordo, calvo y viejo que va por ahí diciendo que es Matasanos. Desde el principio de nuestra asociación con Taglios, las Sombras han sido causa de terror. Una Sombra en movimiento significaba que la muerte podría agarrarte en cualquier instante. Esos tristes pero crueles monstruos cerca de la llanura habían sido los letales instrumentos por los que los Maestros de las Sombras habían hecho cumplir su voluntad y se habían ganado su terrible fama. Sin embargo, en la Tierra de las Sombras Desconocidas, los seres ocultos que acechaban en la oscuridad eran tímidos y, si se les trataba con respeto, no resultaban especialmente hostiles. E incluso aquellas manifestaciones que tenían una historia de maldad y perversidad adoraban ahora a Tobo y no dañaban a ningún mortal asociado con la Compañía. A menos que ese mortal irritara de algún modo a Tobo.

El muchacho vivía tanto en el mundo de los seres ocultos como en el nuestro.

En la distancia, el gato espectral Orejas Grandes emitió su excepcional llamada. La leyenda nativa cuenta que solo las víctimas futuras de la criatura oyen ese escalofriante rugido. Un par de Sabuesos Negros aullaron. La leyenda sugiere que tampoco es bueno que oigas sus voces. Las entrevistas con los lugareños me hacen creer que, antes de que Tobo llegara, solo los campesinos más ignorantes realmente creían en tales peligros de la noche y el páramo. Los lugareños educados en Khang Phi y Quang Ninh se sorprendieron al ver lo que el chico había convocado de las Sombras.

Eché un vistazo a la lanza sobre la puerta. Un Ojo había trabajado en ella durante décadas. Era un arma y a la vez una obra de arte.

—Cariño, ¿un Ojo no empezó a tallar esa lanza por Bowalk?

Dejó de coser y alzó la vista hacia la lanza.

—Me parece que Murgen escribió que Un Ojo pretendía usarla contra uno de los Maestros de las Sombras, pero que, en lugar de eso, acabó clavándosela a Bowalk. Fue durante el asedio o...

Las rodillas me crujieron al levantarme.

—Bueno, por si acaso. —Bajé la lanza—. Maldita sea, pesa muchísimo.

—Si el monstruo llega hasta aquí, recuerda que es mejor atraparlo que matarlo.

—Lo sé, ha sido una de mis brillantes ideas.

De cuya idoneidad había empezado a dudar. Pensé que sería interesante ver qué pasa si podemos forzar a la bestia a transformarse en mujer; su forma original antes de quedar convertida en felino. Quería hacerle preguntas de Khatovar.

Siempre y cuando el monstruo que había atravesado la Puerta de las Sombras fuese la temible forvalaka, Lisa Deale Bowalk.

Me senté de nuevo.

—Dormilón dice que está preparada para enviar espías y exploradores para que crucen la llanura.

—¿Eh?

—Hemos estado ignorando los hechos durante demasiado tiempo.

Iba a ser difícil. Había tardado una era en estar listo.

—La chica... Nuestra hija...

—¿Booboo?

—¿Tú también?

—De algún modo hay que llamarla. La Hija de la Noche es un nombre tan serio. Booboo funciona y no supone un daño emocional.

—Tenemos que tomar algunas decisiones.

—Ella...

Los Sabuesos Negros, Gata Sith, Orejas Grandes y muchos otros seres ocultos

comenzaron a hacer ruido.

—Está dentro de la muralla —dije.

—Se encamina hacia aquí.

Apartó la costura.

La cabeza de Un Ojo se alzó.

La puerta explotó hacia adentro antes de que acabara de darme la vuelta hacia ella.

Una plancha flotó hacia mí a cámara lenta y me golpeó en el vientre con tal fuerza que me dejó sentado en el suelo. Algo enorme y negro con furiosos y brillantes ojos se abalanzó tras la plancha, pero perdió su interés en mí a mitad del salto. Aun cayendo de espaldas conseguí hundir la lanza de Un Ojo en su costado. La carne se abrió. Los huesos de las costillas aparecieron. Intenté penetrar en el vientre de la bestia, pero no pude hacer suficiente palanca. Chilló sin poder alterar su impulso.

Un dolor penetrante me invadió el hombro izquierdo, a unos centímetros del cuello. La forvalaka no era responsable. Era fuego amigo. Mi dulce esposa había descargado un proyectil de fuego mientras yo estaba entre ella y su objetivo. Aún quedaba bastante fuego en la bola cuando, con el vuelo alterado, alcanzó la cola de la pantera a cinco centímetros de su raíz.

El monstruo continuó chillando y lanzó la cabeza hacia atrás en mitad del vuelo. Toda su forma había adoptado la postura que la heráldica denomina rampante.

Consiguió golpear a Un Ojo.

El viejo no hizo esfuerzo alguno por defenderse. La silla quedó hecha astillas. Un Ojo resbaló por el mugriento suelo. La forvalaka se estrelló contra Gota, volcando la mesa donde estaba tumbada. Dama lanzó otra bola de fuego. No alcanzó su objetivo. Luché por ponerme a cuatro patas y colocar la punta de la lanza entre el monstruo y yo. El monstruo trató de ponerse de pie y darse la vuelta al mismo tiempo, de modo que chocó contra la pared más alejada. Coloqué los pies debajo del cuerpo y me tambaleé.

Dama volvió a fallar.

—¡No! —grité.

Mis pies se enredaron. Estuve a punto de volver a caer de bruces. Intenté hacer tres cosas a la vez y, naturalmente, no hice bien ninguna. Quise agarrar a Un Ojo, quise volver a alzar la lanza, quise salir cuanto antes de la casa.

Esta vez Dama no falló. Pero la bola de fuego era bastante insignificante, una calamidad. Solo golpeó al monstruo entre los ojos y rebotó tras arrancarle unos centímetros de piel. Parte del cráneo de la bestia quedó al descubierto.

La forvalaka volvió a chillar.

Entonces explotó el alambique de Un Ojo. Llevaba esperando que ocurriese desde el mismo instante en el que la bola de fuego de Dama atravesó la pared.

CAPÍTULO 8

†AGLIOS: CONTINÚAN LOS PROBLEMAS

Mogaba supo que había problemas segundos después de abandonar sus aposentos austeramente envuelto en usadas excusas. El personal del palacio se apartaba contra las paredes de los pasillos a su paso. Huían sin excepción de la Cámara del Consejo Real. Debían de haber oído rumores que aún no habían llegado a sus oídos. Unos rumores que seguro enfurecerían a la protectora. Sin duda, pronto le iba a hacer a otro la vida imposible. Era mejor estar lejos cuando eso sucediese.

—El orgullo —dijo con voz monótona a un joven mensajero grey que trataba de pasar por su lado sin llamar la atención—. El orgullo es lo que acabó conmigo.

—Sí, señor. —El color había abandonado el rostro del joven shadar que aún no tenía barba tras la que ocultarse—. Quiero decir... no, señor. Lo siento...

Mogaba se había marchado, indiferente ante aquel aprendiz de soldado. Incidentes similares ocurrían cada vez que pasaba por el palacio. Hablaba casi con todos. Aquellos que habían visto cómo se desarrollaba aquel hábito entendían que hablaba consigo mismo y que no esperaba respuesta alguna. Era un debate que mantenía con sus propias culpas y fantasmas (en otros momentos lanzaba proverbios y aforismos, la mayoría de significado obvio, pero unos cuantos complejos y oscuros; uno de los que más le gustaban era «La fortuna sonrío y después traiciona»). No podía meterse cómodamente en la cama sabiendo que era él quien la había hecho. Aún tenía dificultades en separar el «debería ser» de «tal y como son las cosas». No era un insensato. Sabía que tenía problemas.

No obstante, estaba seguro de estar más apegado a la realidad que su jefa.

Atrapa Almas, por su parte, creía ser un agente virtualmente libre y se negaba a plegarse ante realidad alguna. Ella creaba la suya propia haciendo reales sus imaginaciones.

Algunas eran una auténtica locura. Pocas, sin embargo, duraban más allá del furioso momento de su concepción.

Mogaba oyó que unos cuervos discutían más adelante. Los cuervos infestaban el

palacio aquellos días. A Atrapa Almas le gustan aquellos animales. No permitía que nadie los molestase o hiriese. Últimamente también los murciélagos se habían ganado su afecto.

Cuando los pájaros se pusieron a hablar, los pocos siervos aún a su alrededor comenzaron a moverse mucho más rápido. Cuervos infelices significaban noticias infelices. Las noticias infelices garantizaban una protectora muy infeliz. Cuando Atrapa Almas estaba infeliz no le importaba quién sufría las consecuencias. Alguien sin duda lo haría.

Mogaba entró en la Cámara del Consejo y esperó. Hablaría con él cuando estuviese lista. Ghopal Singh de los greys y Aridatha Singh de los batallones de la ciudad (no guardaban relación de parentesco pues Singh era el apellido más común en Taglios) ya estaban allí. Antes de que llegaran las malas noticias, Atrapa Almas sin duda debía de haber estado reprendiéndolos por su fracaso a la hora de eliminar enemigos suficientes.

Mogaba intercambió miradas con ambos. Igual que le pasaba a él, eran buenos hombres atrapados en unas circunstancias imposibles. Ghopal tenía talento para hacer cumplir la ley. Aridatha era igualmente apto para mantener la paz sin enfurecer al populacho. Ambos hombres estaban al cargo a pesar de Atrapa Almas, que amaba el caos y el despotismo e infligía ambos con brío y ferocidad, impulsada por los dictados del capricho.

La mujer pareció materializarse de repente. Era un don que utilizaba para desconcertar a seres inferiores. Un hombre con menos valía que Mogaba se habría quedado aturdido al verla. La mujer tenía un cuerpo cuyas bondades parecían resaltar en vez de quedar ocultas por el ceñido cuero negro que llevaba. La naturaleza la había bendecido con una materia prima excepcional. Su vanidad la había impulsado, siglo tras siglo, a seguir mejorando gracias a la brujería cosmética.

—No estoy contenta —anunció Atrapa Almas.

Su voz era petulante, la de una niña malcriada. Hoy su aspecto era más lozano de lo usual, como si quisiese prender la imaginación de los jóvenes. Aunque el cuervo que se acicalaba las plumas sobre el alto trono detrás de ella se convirtió en una distracción cuando esta se calmó.

—¿Puedo preguntar por qué? —preguntó Mogaba.

Su voz era calmada, despreocupada. La vida en el palacio de Taglios consistía en un desorganizado deambular de crisis en crisis. Ya no se involucraba emocionalmente. Atrapa Almas algún día iría a por él. Ya se había preparado para ello. Cuando llegase el momento, la encararía con calma. No merecía nada mejor.

—Hay un enorme festival de Impostores que se está celebrando en la Arboleda de la Condena. Justo ahora. Esta noche.

La voz que usaba ahora era fría, calmada, racional, masculina. Después de un

tiempo, te acostumbrabas a los cambios. Mogaba ya casi nunca los notaba. Aridatha Singh, que acababa de ser nombrado, aún encontraba desconcertante aquel coro impredecible. Singh era un sensato oficial y un buen soldado. Mogaba tenía la esperanza de que durase lo suficiente para acostumbrarse a los caprichos de la protectora. Aridatha merecía mucho más de lo que seguramente iba a recibir.

—Eso no son buenas noticias —concedió Mogaba—. Creo recordar que queríais cortar la madera de la arboleda y borrar toda traza del sagrado lugar. Selvas Gupta consiguió convencerlos de no hacerlo. Dijo que establecería un mal precedente.

Gupta había sido animado en secreto por el gran general, que no quería malgastar ni mano de obra ni tiempo despejando un bosque. Pero Mogaba odiaba a Selvas Gupta y su petulante y mojigata actitud de superioridad.

Gupta era el purohita actual, o capellán oficial de la corte y consejero religioso. El cargo de purohita había sido impuesto por los sacerdotes a la radisha Drah veinte años atrás, en una época en la que la princesa había sido demasiado débil como para desafiarlos. Atrapa Almas aún no lo había abolido, pero siempre había mostrado poca paciencia con los hombres que habían ocupado el cargo.

Selvas Gupta llevaba un año siendo purohita, un mandato que excedía el de todos sus predecesores desde el establecimiento del protectorado.

Mogaba estaba seguro de que la pequeña y escurridiza serpiente de Gupta no iba a acabar la semana.

Atrapa Almas lo miró como si estuviese escudriñando su interior, desentrañando sus secretos y motivos. Tras una pausa que indicaba que no conseguía engañarla, dijo:

—Consígueme un nuevo purohita. Mata al antiguo si lo discute.

Tenía la antigua costumbre de mostrarse desagradable ante los sacerdotes que la decepcionaban. Algo típico en la familia. Su hermana había matado a cientos en una sola masacre una generación anterior. Las ejemplares demostraciones de ambas hermanas, sin embargo, nunca parecían conseguir que los supervivientes se convencieran de abandonar sus maquinaciones.

El cuervo saltó sobre el hombro de Atrapa Almas, que alzó unos dedos enguantados para ofrecerle una exquisitez.

—¿Tenías alguna respuesta en mente? ¿Algo que ver con mis colegas?

Mogaba asintió hacia los Singh presentes. No tenía celos de aquellos hombres y los respetaba por sus habilidades. El tiempo y la permanente adversidad habían limado los ásperos filos de su otrora potente sentido de la autocrítica.

—Estos caballeros ya estaban aquí para tratar otro asunto antes de que llegaran las noticias de la Arboleda.

Atrapa Almas le ofreció otro bocado al cuervo.

Los ojos de Mogaba se entrecerraron de manera imperceptible. ¿No iba a ser

informado de aquel asunto?

Sí que iba a serlo. Atrapa Almas usó para ello un tono de voz ronco.

—Los greys han encontrado hoy diversas consignas pintadas en las paredes.

El cuervo graznó. En otros lugares, otros cuervos comenzaron a chillar.

—No es infrecuente —contestó Mogaba—. Cualquier idiota con una brocha, un bote de pintura y la educación suficiente para unir cinco letras parece dispuesto a escribir lo que le da la gana en las paredes.

—Estas eran consignas del pasado. —Aquella era la voz que la protectora usaba cuando se concentraba por completo en el asunto que trataba.

Una voz que, según imaginaba Mogaba, sonaba igual que la suya.

—Tres decían «Rajadharma».

—He oído que el culto bhodi está resurgiendo.

Ghopal Singh añadió:

—Dos decían «El agua duerme». Eso no es bhodi. Tampoco llevaban cuatro años escritos.

Un escalofrío, a medias de terror y a medias de nerviosismo, recorrió a Mogaba. Clavó los ojos en la protectora.

—Quiero saber quién lo está haciendo. Quiero saber por qué han decidido hacerlo justo ahora.

Mogaba creyó percibir que los dos Singh parecían cautelosamente encantados. Era como si estuviesen felices ante la posibilidad de tener enemigos reales que perseguir en lugar de simples personas enervantes que de otro modo eran indiferentes a palacio.

La Arboleda de la Condena estaba en las afueras de la ciudad. Todo lo que quedaba fuera de ella era jurisdicción de Mogaba.

—¿Hay alguna acción en particular que deseáis que tome con respecto a los Impostores?

Atrapa Almas sonrió. Cuando lo hacía de aquel modo cada minuto de sus muchos siglos aparecía con claridad.

—Nada. Nada en absoluto. Ya se están dispersando. Te haré saber cuándo. Atacaremos cuando no se encuentren preparados.

A pesar de ser fría, aquella voz rebosaba de su malvada sonrisa. Mogaba se preguntó si los Singh sabían lo raro que era que alguien viese a la protectora sin su máscara. Aquello significaba que pretendía involucrarlos en sus maquinaciones de tal manera que no pudieran escapar.

Mogaba asintió como un siervo dócil. Para la protectora todo era un juego. O varios. Quizá hacer que la vida fuese un juego era la única manera de sobrevivir espiritualmente en un mundo donde todo lo demás era efímero.

—Quiero que ayudes a cazar ratas —dijo Atrapa Almas—. Falta carroña. Mis

pequeños están hambrientos.

Le ofreció a su espía de ala negra otro trozo de comida. Se parecía sospechosamente a un ojo humano.

CAPÍTULO 9

ΥΠΑ ΜΟΡΑΔΑ ΔΕ ΚΥΕΡΥΟΣ: ΕΛ ΙΠΒΆΛΙΔΟ

—¿Estoy aún vivo?

No necesitaba preguntar. Lo estaba. El dolor descartaba la muerte. Me dolía cada centímetro de mi cuerpo.

—No te muevas —dijo Tobo— o te arrepentirás de haberlo hecho.

Deseaba no tener que respirar.

—¿Quémaduras?

—Muchas. También numerosos golpes.

—Parece que te hayan zurrado con un garrote de veinte kilos —brotó la voz de Murgen— y que después hubiesen asado lo que quedaba sobre una buena fogata.

—Creía que estabas en Khang Phi.

—Hemos vuelto a casa.

—Te hemos mantenido inconsciente cuatro días —dijo Tobo.

—¿Cómo está Dama?

—Está en la otra cama —me dijo Murgen—. Tiene mucho mejor aspecto que tú.

—Eso seguro. Yo no disparé contra ella. ¿Se le ha comido la lengua el gato?

—Está dormida.

—¿Qué hay de Un Ojo?

La respuesta de Tobo apenas fue audible.

—No lo consiguió, Matasanos.

Después de un rato, Murgen preguntó:

—¿Estás bien?

—Era el último.

—¿El último? ¿El último qué?

—El último de los que ya estaban aquí cuando me uní a la Compañía. —Ahora yo era el Viejo—. ¿Qué ha pasado con su lanza? Tengo que tenerla para acabar con todo esto.

—¿Qué lanza? —murmuró Murgen.

Tobo sabía qué lanza.

—La tengo en mi casa.

—¿Sufrió daños por el fuego?

—No demasiados, ¿por qué?

—Voy a matar a esa cosa. Algo que deberíamos haber hecho hace mucho tiempo.

No pierdas de vista esa lanza. La necesito. Aunque ahora mismo, voy a dormir un poco más.

Tenía que ir al lugar donde no hay dolor, un poco más. Sabía que Un Ojo nos iba a abandonar algún día. Pensaba que estaba preparado para ello. Me equivocaba.

Su fallecimiento era algo más que el fin de un viejo amigo. Señalaba el fin de una era.

Tobo dijo algo de la lanza. No lo entendí. La oscuridad se acercó antes de que recordase preguntar qué había ocurrido con la forvalaka. Si Dama la había atrapado o matado, había montado un escándalo por nada... Sabía que no podía ser tan fácil.

Tuve sueños. Recordé a todos los que se habían ido antes que yo. Recordé los lugares y las fechas. Lugares fríos, otros cálidos, otros extraños, siempre fueron momentos de tensión, cargados de infelicidad, dolor y miedo. Algunos murieron. Otros no. No tiene sentido cuando intentas buscárselo. Los soldados viven. Adivina por qué.

Oh, mi vida es la del soldado. ¡Oh, la aventura y la gloria!

Tardé más en recuperarme que aquella vez que casi me matan a las afueras de Dejagore. A pesar de que Tobo aplicaba sus mejores conjuros de curación, aprendidos de Un Ojo, y había dado órdenes a sus escurridizos amigos de que también aportaran lo suyo. Se suponía que algunos de ellos eran capaces de resucitar a un fósil. Me sentía como un fósil, como si no hubiera disfrutado de la ventaja de la estasis mientras estuvimos prisioneros bajo la llanura. En mi interior hay mucha confusión. Ya no puedo imaginar la edad que tengo. Creo que cincuenta y seis, año arriba, año abajo, además del tiempo bajo tierra. Y cincuenta y seis años, hermano, es un buen trecho (sobre todo para alguien de mi negocio). Debería apreciar cada segundo, incluso los dolorosos.

Los soldados viven. Adivina por qué.

CAPÍTULO 10

ΥΠΑ ΜΟΡΑΔΑ ΔΕ ΚΥΡΥΟΣ: ΡΕΚΥΠΕΡΑΚΙΟΝ

Habían pasado dos meses. Me sentía diez años más viejo, pero estaba de pie y me movía como un zombi. Me había asado por completo un chorro de alcohol casi puro que atravesó el agujero causado por la bola de fuego fallida de Dama. Todos me repetían lo mucho que debían amarme los dioses, pues era casi imposible que estuviese vivo. Insistían en que de no haber estado colocado tal y como estaba, con la forvalaka en posición para absorber gran parte de la explosión, de mí no habrían quedado nada más que huesos.

No estaba convencido del todo de que no hubiese sido ese el mejor resultado.

El dolor persistente hace poco por fortalecer el optimismo o elevar el estado de ánimo. Comencé a desarrollar cierta simpatía por las quejas de madre Gota.

Conseguí sonreír cuando Dama comenzó a frotarme con ungüentos sanadores.

—No hay mal que cien años dure —me dijo.

—Oh, sí, sí.

—Anda, mira eso. Parece que no eres tan viejo como piensas.

—Es todo por tu culpa, muchacha.

—A Dormilón le preocupa que quieras vengar a Un Ojo.

—Lo sé.

No tenía que decírmelo. Tuve que aguantar a gente como yo cuando era capitán.

—Quizá es mejor que lo olvides.

—Ha de hacerse. Voy a hacerlo. Dormilón tiene que entenderlo.

Dormilón es pura eficiencia. Su mundo no admite la indulgencia emocional.

Cree que quiero usar la muerte de Un Ojo como excusa para visitar la Puerta de las Sombras de Khatovar, y basa su juicio en el hecho de que me arrastré por el infierno durante una década tratando de llegar a ese lugar.

Esa mujer es difícil de engañar. Aunque a veces se apega a una idea y desecha el resto de posibilidades.

—No quiere crearse más enemigos.

—¿Más? No tenemos ninguno. Al menos aquí. Puede que no les gustemos demasiado, pero todos nos chupan el culo. Nos temen como a la muerte. Y su temor aumenta cada vez que otra Dama Blanca, u Hombre Azul, o witchlin o lo que sea salta de los cuentos populares para unirse a la cohorte de Tobo.

—Ya. ¿Te duele aquí? Anoche vi a una cosa que Tobo llama wowsey con los Sabuesos Negros.

Esa es mi niña. Puede ver las cosas con claridad, incluso aquí.

—Es grande como un hipopótamo, pero se parece a un escarabajo con la cabeza de un lagarto. Un lagarto de grandes dientes. Citando a Swan: «Parece que se haya caído del árbol de los horrores y se haya golpeado con todas las ramas al caer».

Sauce Swan parecía estar cultivándose una nueva imagen de viejo grosero aunque pintoresco.

Alguien tenía que ocupar el lugar de Un Ojo. La verdad es que había pensado recoger yo mismo el testigo.

—¿Qué sabemos de la forvalaka? —pregunté.

Había evitado preguntar nada específico. Sabía que aquella maldita cosa escapó. Era todo lo que necesitaba saber hasta que estuviese mentalmente preparado para comenzar a planear la conclusión de este cuento.

—Dejó atrás la cola. Sufrió graves quemaduras y varias heridas profundas y la cegué parcialmente con mi última bola de fuego. Perdió también varios dientes. Tobo ha creado una serie de fetiches con ellos y con otros trozos de carne arrancados por los Sabuesos Negros mientras huía hacia la Puerta de las Sombras.

—Pero le quedó lo suficiente para volver a Khatovar.

—Así es.

—Entonces va a ser tan difícil de matar como el Limper.

—Ya no. No con lo que tiene Tobo.

—¿Lo has estado ayudando?

—El arte de lo malvado es en mí longevo. ¿No escribiste algo así alguna vez?

—Sobre todo después de conocerte... ¡Ay! Bueno... si ser una chica mala implica hacer lo que estás haciendo justo ahora...

No recordaba haber escrito exactamente aquellas palabras, pero sé que expresé sentimientos similares mucho tiempo atrás. Sin exagerar.

—Voy a ir tras ella.

—Lo sé.

No discutió. Se estaban riendo de mí. Quería que estuviera tranquilo. Dormilón estaba metida en negociaciones peliagudas con la Fila de Nueve. El Tribunal de Todas las Estaciones y los monjes de Khang Phi nos apoyaban. Los caciques de la Fila siguen sin estar convencidos de que sea sabio darnos lo que queremos, a pesar incluso de que la Compañía ha crecido hasta el punto de convertirse en una seria

carga para la economía de Hsien. Además seríamos una amenaza real si la idea de conquista echa raíces. No veo a ningún cacique, ni siquiera a un grupo de caciques, que puedan aguantar más que el humo de un viento fuerte si la idea toma cuerpo. La mayoría de los caciques piensa lo mismo.

Aún desean desesperadamente cazar a Maricha Manthara Dhumraksha, el Maestro de las Sombras que conocemos como Sombra Larga. Su hambre de venganza raya con la obsesión. No dicen nada sobre los males que Sombra Larga vertió sobre sus antepasados, pero tenemos nuestras propias fuentes dentro de Khang Pi. Las crueldades de Sombra Larga fueron tan caprichosas como cualquiera de las maldades de Atrapa Almas, pero mucho más terribles para sus víctimas. La necesidad de llevar al Maestro de las Sombras ante un tribunal permeaba todas las consideraciones de los caciques, los tribunales legales y nobles, incluso diversas tradiciones espirituales de Hsien. Maricha Manthara Dhumraksha era el tema sobre el que todos coincidían. Nunca percibí señal alguna de que algún rufián fuese a tratar de controlar a Sombra Larga en un esfuerzo por ampliar su propio poder.

Dormilón no necesitaba a un antiguo capitán irascible y malhablado, aunque aún influyente, deambulando por ahí, mostrándose sarcástico y dogmático mientras trataba de sacar la última concesión que necesitaba de la Fila de Nueve. Confiaba en que nuestros años de buen comportamiento decantasen la balanza. Y si no era así, bueno, Dormilón es de esa clase de personas que siempre tienen un plan alternativo. De hecho, pertenecía a esa maravillosa clase de villanos para quienes la conspiración pública y visible puede ser un esfuerzo secundario que funcione como cortina de humo. Dormilón era una chiquilla malvada.

No hay grandes hechiceros en la Tierra de las Sombras Desconocidas. «Todo mal allí muere una muerte eterna», significa que han perseguido a todos los que han mostrado talento desde la huida de los Maestros de las Sombras. Pero Hsien no carece de sabiduría, ni la desprecia. Hay varios monasterios enormes (siendo el de Khang Phi, el mayor) dedicados a la conservación del conocimiento. Los monjes no lo dividen en conocimiento bueno o malo, como tampoco realizan juicios morales. Hacen suya la opinión de que ningún saber es malo hasta que alguien elija hacer el mal con él.

A pesar de que una espada haya sido diseñada para causar estragos en el cuerpo humano, estrictamente hablando no es más que metal inerte hasta que alguien la empuña para herir con ella. O elige no hacerlo.

Por supuesto, hay mil sofisterías que vomitan aquellos que desean negar a los individuos la oportunidad de elegir. Una arrogante presunción de proporciones divinas.

Esto ocurre cuando envejeces. Te pones a pensar. Peor, empiezas a contarles a todos lo que piensas.

Dormilón temía que expresase alguna desafortunada opinión delante de alguno de los Nueve, en cuyo caso, con grandes aspavientos, la parte ofendida abandonaría todo juicio e interés personal y nos negaría para siempre el conocimiento que necesitamos para reparar la Puerta de las Sombras que da acceso nuestro mundo nativo. La capitana malinterpreta mi habilidad para evocar respuestas hostiles.

Antes de que llegase la pantera podría haber metido la pata. Podría haber expresado ciertas opiniones sobre algún miembro de la Fila, entre los que se encuentran algunos de los generales más censurables que jamás haya conocido. Dudo que, si se les diera la oportunidad de gobernar sin ataduras, muchos de ellos se mostrasen más ilustrados que los odiados Maestros de las Sombras.

La gente es extraña. Los Hijos de la Muerte están entre los más extraños.

No voy a molestar a nadie. Apoyaré diligentemente cualquier política que Dormilón establezca. Quiero abandonar esta Tierra de las Sombras Desconocidas. Tengo cosas que hacer antes de entregar estos Anales definitivamente. Una de ellas es ajustarle las cuentas a Lisa Daele Bowalk, otra es ocuparme del gran general, Mogaba, el más oscuro traidor que jamás haya manchado la historia de la Compañía. Después está Narayan Singh. Dama tiene que ocuparse de Narayan y Atrapa Almas. Los dos tendremos que enfrentarnos a nuestra hija. Nuestra malvada hija.

—¿Hay algo más, aparte de Sombra Larga, que podamos ofrecer a la Fila de Nueve —pregunté— para que se ablande y se alinee con Khang Phi y el Tribunal de Todas las Estaciones?

Mi amorcito se encogió de hombros.

—No imagino qué —dijo sonriendo de manera benigna—. Pero puede que no importe.

No prestaba suficiente atención. A veces paso por alto las nuevas verdades. Estos días mi Compañía está regida por niños traviosos y viejas taimadas, no por hombres incondicionalmente francos como yo mismo y los hombres de mi época.

CAPÍTULO II

UNA MORADA DE CUERVOS: SESIÓN DE EJERCICIO

Tan pronto como hube sanado lo suficiente, le pedí al tío Doj que me permitiese continuar con los ejercicios de artes marciales que había abandonado hacía tantos años.

—¿Por qué te interesan ahora? —preguntó.

A veces creo que sospecha él más de mí que yo de él.

—Porque tengo tiempo. Y necesidad. Soy débil como un cachorro y quiero recuperar mi fuerza.

—Me echaste a patadas cuando me ofrecí.

—Entonces no tenía tiempo. Y eras mucho más desagradable.

—Ja. Eres muy amable.

—Tienes razón. Pero soy un príncipe.

—Un príncipe de la Oscuridad, Soldado de Piedra. —Sabía que aquello me cabrearía—. Pero un príncipe afortunado. —El viejo chocho se permitió una sonrisita—. Varios de tus contemporáneos se han acercado a mí recientemente, también motivados por cierta expectación ante los sufrimientos que nos aguardan en un tiempo no muy lejano.

¿Sabía algo que yo desconocía? Probablemente mucho.

—¿Cuándo y dónde?

Su sonrisa adquirió un aire malvado mostrando unos dientes podridos. Aquello hizo que me preguntara si Dormilón había encontrado a alguien para cubrir la plaza de dentista que había quedado libre con la muerte de Un Ojo. El viejo insensato nunca se preocupó por tener aprendices.

«Cuándo» sería al alba y «dónde», en la calle sin pavimentar cerca de la casa que Doj compartía con el tío de Tobo, Thai Dei y varios otros oficiales solteros locales. Mis compañeros de sufrimientos eran Sauce Swan, los hermanos Loftus y Cletus, que siguen siendo los principales arquitectos e ingenieros de la Compañía, y el príncipe y la princesa exiliados de Taglios, el prahbrindrah Drah y su hermana la radisha Drah.

No eran nombres, sino títulos. Tras décadas aún, no sé sus nombres de pila. Tampoco es que ellos quisieran revelarlos.

—¿Dónde está tu colega Blade? —le pregunté a Swan.

Por un tiempo, Blade había sido el enviado militar de Dormilón en la Fila de Nueve, pero había oído que lo había retirado tras la muerte de Un Ojo. Sin embargo, no lo veía por allí.

—El viejo Blade tiene demasiadas cosas que hacer como para venir.

Loftus y Cletus murmuraron algo ininteligible. Tampoco los había visto mucho últimamente. Supongo que estaban matándose a trabajar teniendo que construir una ciudad a partir de cero. Suvrin, que llegó justo a tiempo para oír lo que farfullaban, asintió vigorosamente.

—Nos va a matar a trabajar hasta que no quede otra cosa que manchas de grasa.

No las tengo todas conmigo con Suvrin. Me lo imagino deambulando por ahí mientras repite un mantra silencioso: «Cada día que pasa, me haré mejor soldado».

—Bueno, el viejo Blade nunca fue muy ambicioso —contestó Swan—. Excepto en lo que respecta a rajar a sacerdotes.

Parecía saber de qué estaba hablando a pesar de que para mí no era obvio.

—Si lo que nos cuenta Shivetya es verdad —dijo Clete—, habrá una nueva cosecha que recoger cuando lleguemos a casa.

El prahbrindrah Drah y su hermana se acercaron ansiosos por obtener noticias de casa. Dormilón no se molestaba en mantenerlos informados. No tenía mucha diplomacia. Será mejor que le recuerde que va a necesitar de su amistad tras cruzar la llanura.

No eran dos personas demasiado atractivas. La radisha parecía más la madre del príncipe que su hermana. Claro que él había estado bajo tierra conmigo mientras ella se ocupaba de gobernar Taglios e intentaba que Atrapa Almas no se hiciera con las riendas. Aquí intentaban no ser un estorbo: el príncipe, porque había sido nuestro enemigo activo en el campo de batalla; la princesa, porque nos atacó justo en el momento de nuestra victoria sobre los últimos Maestros de las Sombras.

Dormilón la reprendió por ello.

Técnicamente, la radisha era nuestra prisionera. Dormilón la había secuestrado. Ella y su hermano serán herramientas de la Compañía una vez que Dormilón organice nuestra vuelta. Todos están de acuerdo. Pero sospecho que los leales albergan reservas.

—Rajadhama —dije, inclinándome ligeramente.

No pude resistirme a hacer la broma, recordándoles a ambos que, al haber intentado traicionarnos, no habían conseguido cumplir sus obligaciones para con sus súbditos.

—Liberador. —La radisha devolvió la breve inclinación. Juro que la mujer es

cada vez más fea—. Parece ser que os estáis recuperando bastante bien.

—Tengo el don de volver siempre. Pero mi rebote sin duda no es ni tan rápido ni tan elevado como solía ser. Supongo que la vejez avanza. —Añadí mintiendo—: Vos también tenéis buen aspecto. Los dos lo tenéis. ¿Qué habéis estado haciendo? No os he visto en un tiempo.

El prahbrindrah Drah no dijo nada. Seguía siendo inescrutable. Se había mantenido silencioso y falto de expresión desde nuestra resurrección. En el pasado nos habíamos llevado bien. Pero los tiempos cambian. Ninguno de los dos éramos los mismos que durante las guerras contra los Maestros de las Sombras.

—Mentís como una comadreja —me dijo la radisha—. Soy vieja, fea y me avergüenzo de mí... Pero decís la mentira que mi alma quiere escuchar. Olvidaos de rajadharma. Tal acusación ya no me hace daño cuando viene de fuera. Aún me torturo. Sé lo que hice. En el momento pensé que era lo que debía hacer. La protectora me manipuló usando mi sentido de rajadharma. Una vez que volvamos nos veréis bajo una luz muy distinta.

Rajadharma se refiere a la obligación de un gobernante de servir a los gobernados. Cuando esta palabra se escupe ante la cara de un rey, o se usa como epíteto, es una grave acusación de fracaso.

La radisha es una mujercita testaruda y fuerte. Desafortunadamente, tendrá que vencer a una hechicera casi todopoderosa, demente, testaruda y fuerte si pretende estar a la altura de sus propias expectativas.

Miré a su hermano. La expresión del príncipe no había cambiado, pero percibí que apreciaba las dificultades más que su hermana.

El tío Doj golpeó algo con una espada de prácticas. El fuerte sonido interrumpió nuestra charla.

—Bastones, por favor. Cuando empiece a contar, ejecutad la kada grulla.

No se molestó en explicarle al tipo nuevo en qué consistía el ejercicio.

Dos décadas antes había observado y me uní por breve tiempo a los ejercicios nyueng bao. Murgen era entonces analista. Tenía a Gota, Doj y al hermano de su mujer Saha, Thai Dei, viviendo con él. Doj esperaba que pudiese recordarlos.

Todo lo que recordaba de la kada grulla era que constituía la primera de una docena de danzas de movimientos lentos que incorporaban todos los pasos formales y golpes de la escuela de esgrima de Doj. El viejo sacerdote dirigía desde el frente dándoles la espalda a los alumnos. Aunque era el mayor de todos nosotros, se movía con una precisión y elegancia que rayaban en la belleza. Cuando Thai Dei y Tobo se nos unieron brevemente más tarde, ambos consiguieron superar al anciano. Era difícil no detenerse para apreciar la maestría de Tobo.

El muchacho hacía que me sintiera torpe e inepto aun estando parado.

Todo era tan fácil para él.

Tenía todos los talentos y destrezas que podía necesitar. Si quedaba algo cuestionable, se refería a su carácter. Muchas buenas personas habían trabajado muy duro para asegurarse de que se convertía en un hombre recto y virtuoso. Y así parecía ser. Pero era una hoja que aún no había sido probada. La verdadera tentación todavía no le había susurrado en el oído.

Me perdí un paso y tropecé de mala manera. El tío Doj golpeó con fuerza con su bastón la parte trasera de mis pantalones, como si yo fuese un adolescente. Su rostro permaneció inexpresivo, pero sospeché que llevaba mucho tiempo queriendo hacer aquello.

Traté de concentrarme.

CAPÍTULO 12

PIEDRA RELUCIENTE: FIRME GUARDIÁN

El ser que se sienta en el enorme trono de madera situado en el corazón de la fortaleza emplazada en el centro de la llanura de piedra es un constructo.

Probablemente fue creado por los dioses que lucharon sus guerras sobre aquella llanura. O quizá sus creadores fueron los constructores de la llanura (si es que estos eran diferentes de los dioses). Las opiniones varían. Las historias abundan. El propio demonio Shivetya no está dispuesto a ser pródigo en los hechos, o, como mucho, se muestra inconsistente en su distribución. Ha mostrado a su reciente cronista varias versiones conflictivas de antiguos hechos. El viejo Baladitya ha abandonado toda esperanza de establecer una verdad exacta y, en lugar de ello, busca el significado más profundo que se oculta en lo que revela el golem. Baladitya entiende que, además de un territorio extraño, el pasado es, como la historia, una sala de espejos que refleja las necesidades del alma que observa desde el presente. Los hechos absolutos solo sacian el hambre de unas cuantas personas desconectadas; el símbolo y la fe al resto.

La historia de Baladitya en la Compañía es un duplicado de su vida anterior. Se dedica a escribir. Siendo copista en la biblioteca real tagliana también se dedicaba a escribir. En el presente, nominalmente, es un prisionero de guerra. Es posible que lo haya olvidado. En realidad, ahora es más libre de perseguir sus propios intereses que cuando estaba en la biblioteca.

El viejo erudito vive y trabaja a los pies del demonio. Una posición que debe de ser, para un historiador gunni, lo más parecido al paraíso. Siempre que dicho historiador no siga demasiado al pie de la letra la doctrina religiosa gunni.

Los motivos de Shivetya para negarse a realizar declaraciones categóricas pueden surgir de cierta amargura hacia su suerte. Según admite, se ha encontrado cara a cara con la mayoría de los dioses. Sus recuerdos de estos encuentros son incluso menos favorecedores que los que pueblan la mitología gunni, donde pocos dioses son ensalzados como modelos a seguir. Casi sin excepción las deidades gunni son crueles

y egoístas y no les afecta ninguna clase de rajadhama celestial.

Un hombre negro de gran estatura avanzó hacia la luz que emitían las lámparas de Baladitya.

—¿Has aprendido hoy algo emocionante, viejo?

Los gastos de combustible del copista son pródigos. Está muy mimado.

El viejo no respondió. Casi está sordo. Explota su dolencia todo lo que puede. Ni siquiera Blade insiste en que comparta las tareas rutinarias del campamento.

Blade volvió a preguntar, pero la nariz del copista siguió clavada en la página sobre la que escribía. Su escritura es ágil y precisa. Blade no puede descifrar el complicado alfabeto eclesiástico, excepto algunos caracteres que comparte con la escritura común más simple. Blade miró a los ojos del golem. Parecían tener el tamaño de un huevo de roc. El adjetivo «siniestro» le iba bien. Ni siquiera el viejo inocentón de Baladitya ha propuesto jamás que el demonio sea liberado del encierro que suponen las dagas que apuntalan sus miembros al trono. Tampoco el demonio ha alentado nunca a nadie a liberarlo. Ha soportado tal situación durante miles de años. Tiene la paciencia de la piedra.

Blade intentó otra estrategia.

—He hecho que venga un mensajero de la Morada de Cuervos.

Prefiere usar el nombre nativo de la base de la Compañía. Es mucho más dramático que Avanzada o Cabeza de Puente y Blade es un hombre dramático al que le encantan los gestos exagerados.

—El capitán dice que espera conseguir en breve el conocimiento necesario para reparar las Puertas de las Sombras. Algo va a ocurrir en Khang Phi. Quiere que me ponga a sacar más tesoros tan rápido como pueda. Quiere que acabes rápidamente con tu labor. Pronto se van a poner en marcha.

El copista gruñó.

—Se aburre con facilidad, ¿sabes?

—¿Qué?

Blade se sobresaltó, luego se puso furioso. El viejo no había oído una palabra.

—Nuestro anfitrión.

El viejo no alzó los ojos de la página pues tardaban demasiado tiempo en reajustarse.

—Se aburre con facilidad.

A Baladitya no le importaban los planes de la Compañía. Baladitya estaba en el paraíso.

—Lo normal sería pensar que somos un cambio en su existencia y que nuestra presencia debería distraerlo.

—Ha sido distraído miles de veces antes por parte de mortales. Él sigue aquí, pero no los mortales, excepto los recordados en piedra.

La propia llanura, aunque más vieja y mucho más lenta que Shivetya, podría tener mente propia. La piedra recuerda. La piedra llora.

—Sus imperios han sido olvidados. ¿Qué posibilidad hay de que sea diferente esta vez?

Baladitya sonaba un poco etéreo. No es sorprendente, pensó Blade, considerando el hecho de que siempre estaba contemplando el abismo temporal que representaba el demonio. ¡Todo un ejemplo de vanidad y correr tras el viento!

—Pero nos está ayudando. Más o menos.

—Eso es porque cree que somos las últimas efímeras que verá. Exceptuando a los Hijos de la Noche cuando se alcen de su Oscura Madre. Está convencido de que somos su última oportunidad de escapar.

—Y todo lo que tenemos que hacer, para conseguir su ayuda, es matar a la asquerosa diosa y después sacar su culo de ahí.

La mirada del demonio parecía atravesarlo.

—No es nada. Es pan comido, como solía decir Goblin. Aunque el dicho no tenga ningún sentido literal.

Blade alzó los dedos hasta la ceja saludando al demonio, cuyos ojos ahora parecían arder.

—Matar a un dios. Parece un trabajo perfecto para ti.

Blade no estaba seguro de si Baladitya había hablado o Shivetya había entrado en su mente. No le gustaba lo que implicaba aquella observación. Se parecía mucho a lo que Dormilón pensaba. Por tal motivo había abandonado su elegante trabajo en Khang Phi y estaba al cargo de las operaciones en la llanura. Había cambiado banquetes y reclinatorios por raciones de campaña y una cama hecha de fría y silenciosa piedra que compartía con infelices y marchitos sueños, un loco erudito, varios ladrones y un demonio lunático del tamaño de una casa y casi tan viejo como el propio tiempo.

Durante toda su vida adulta, Blade ha odiado la religión. Aborrece especialmente a los que la administran. Teniendo en cuenta su posición actual y su ocupación, es probable que deba controlar el impulso de compartir sus opiniones.

Blade casi pudo jurar que por un instante una sonrisa se dibujó en los rasgos del demonio.

Prefirió no hacer comentario alguno.

Es hombre de pocas palabras. Cree que los discursos están sobrevalorados y que el golem escucha sus pensamientos. A menos que esté tan aburrido de lo efímero que ya no preste atención.

De nuevo un signo de diversión. Blade debería saber bien que su suposición es falsa. Shivetya está interesado en cada suspiro de cada hermano de la Compañía Negra. Shivetya ha nombrado a estos hombres donadores de muerte.

—¿Necesitas algo antes de que baje? —le preguntó al anciano haciendo descansar brevemente una mano en su hombro.

El contacto es solo artificial, pero a Baladitya no le preocupa que el contacto sea genuino o no.

Tomó la pluma que tenía en la mano derecha con la izquierda y flexionó los dedos.

—Supongo que debería comer algo. No recuerdo cuándo fue la última vez que puse combustible en el fuego.

—Me aseguraré de que te den algo.

Sin duda sería arroz, especias y maná de golem. Si había algo que Blade despreciaba de su vida era haberla vivido en su mayor parte en zonas del mundo donde la población seguía una dieta vegetariana por motivos religiosos o se alimentaba sobre todo de pescado y pollo. Blade está deseando empezar a comerse un cerdo asado por uno de sus extremos y no detenerse hasta zampárselo del todo.

Las personas al cargo de Blade (los ladrones, los exploradores de la Compañía) incluyen a veintiséis de los jóvenes más brillantes y leales del grupo, todos Hijos de los Muertos. Han de ser tan inteligentes como leales, ya que Dormilón quiere explotar los tesoros de las cavernas bajo la llanura y tienen que entender que la llanura no los perdonará si hacen lo incorrecto. Shivetya ha extendido su favor. Shivetya lo ve todo y lo sabe todo dentro de las puertas de su universo. Shivetya es el alma de la llanura. Nadie va o viene sin la sanción de Shivetya o sin su indiferencia. Y en el improbable caso de que Shivetya se mantenga indiferente a un robo no autorizado, no hay lugar para que un ladrón huya, sino la Puerta de las Sombras que da acceso a la Tierra de las Sombras Desconocidas. Es la única Puerta de las Sombras bajo control y que funciona correctamente. Es la única Puerta de las Sombras que no supondría una muerte segura para el ladrón.

Requiere un largo paseo rodear el gran círculo que rodea el tosco trono. El suelo, por el contrario, es de todo menos tosco. Muestra una representación exacta de la llanura, excepto los monumentos de piedra que fueron añadidos en una edad tardía por pueblos que no tenían ni siquiera recuerdos mitológicos de los constructores. Se han gastado cientos de horas de trabajo en despejar la suciedad acumulada y el polvo de la superficie para que Shivetya pueda discernir con mayor claridad cada detalle de su reino. El trono de Shivetya descansa sobre una rueda alzada un octavo del tamaño de esta.

Hace décadas, las acciones de Atrapa Almas desencadenaron un terremoto que destruyó la fortaleza y abrió una vasta grieta en su suelo. En el exterior de la llanura el desastre destruyó ciudades y mató a miles. Hoy el único recuerdo del agujero que se abrió en el suelo, de doce metros de anchura y cientos de metros de profundidad, es una tira roja que serpentea ocultándose tras el trono y que disminuye cada día. Al

igual que Shivetya, el mecanismo que gobierna la llanura se cura a sí mismo.

La gran maqueta circular de la llanura se eleva medio metro sobre el resto del suelo, que está al mismo nivel que la llanura exterior.

Blade dejó caer el filo de la rueda y caminó hasta un agujero en el suelo donde empezaban unas escaleras descendentes. Estas escaleras se alargan durante kilómetros, a través de unas cavernas naturales y artificiales. La diosa Durmiente Kina yace en el nivel más profundo, aguardando pacientemente el Año de los Cráneos y el comienzo del ciclo Khadi que supondrá la destrucción del mundo. Kina, la diosa Herida.

Unas sombras se agitaron en la pared cercana. Blade se quedó inmóvil. ¿Quién? Era imposible que fuese su gente. ¿Qué, entonces?

Se vio sobrecogido por el miedo. Las sombras en movimiento a menudo presagiaban una muerte cruel y llena de alaridos. ¿Habían encontrado aquellos seres un modo de llegar a la fortaleza? Sus crueles festines eran un horror que no quería volver a ver. Sobre todo no quería ser su plato principal.

Los nef, se dijo Blade a sí mismo mientras tres formas humanoides emergían de la oscuridad. Los reconoció a pesar de no haberlos visto nunca antes. Casi nadie los había visto, excepto en sueños. O quizá pesadillas. Los nef eran asombrosamente horriblos, aunque quizá llevaban máscaras. Las diversas descripciones disponibles no concordaban en nada excepto en su fealdad. Los enumeró. «El washane, el washene, el washone». Nombres que Shivetya le había dado a Dormilón años atrás. ¿Qué significaban? ¿Significaban algo? ¿Cómo habían entrado? La respuesta podía ser crítica. Las sombras asesinas podían usar la misma apertura.

Como siempre hacían los nef, intentaron decir algo. En el pasado sus esfuerzos siempre fracasaban, pero esta vez su petición parecía obvia. No querían que Blade bajara por aquellas escaleras.

Dormilón, el maestro Santaraksita y otros que han estado en contacto con Shivetya creen que los nef son reproducciones artificiales de los seres que crearon la llanura. Shivetya los creó porque estaba solo y porque anhelaba tener una conexión con algo que se pareciera a aquellos que, gracias a sus habilidades, habían pergeñado el gran motor y los diversos caminos entre los mundos.

Shivetya ha perdido su voluntad de vivir. Si perece, todo lo que haya creado desaparecerá con él. Los nef aún no están preparados para abrazar el olvido, a pesar del horror sin fin y la tediosa existencia que la llanura impone.

Blade extendió las manos en los costados en un gesto de impotencia.

—Muchachos, necesitáis pulir un poco vuestras habilidades comunicativas.

Ningún sonido salió de los nef aunque su creciente frustración se hizo patente, como desde la primera vez que alguien soñó con ellos.

Blade clavó su mirada en ellos. Intentó entender. Pensó en lo irónico de las

aventuras de la Compañía Negra a través de la llanura reluciente. Él mismo era ateo y, sin embargo, su viaje lo había hecho encontrarse cara a cara con una completa ecología de entidades sobrenaturales. Además, Tobo y Dormilón, a quienes consideraba testigos fiables, afirmaban haber visto a la oscura diosa Kina, quien, como sugiere el mito, yace prisionera dos kilómetros bajo sus pies.

Dormilón ha pasado por algunas crisis de fe. Como devota vehdna monoteísta, nunca jamás ha encontrado sustento terrenal para sus creencias. Aunque las pruebas son débiles, la religión gunni sufre bajo el peso del conocimiento que hemos desenterrado. Los gunni son politeístas acostumbrados a que sus dioses adopten innumerables aspectos y avatares, formas y disfraces, de modo que, en algunos mitos, esos dioses parecen estar asesinándose o engañándose. Como el maestro Santarakcita, los gunni tienen la flexibilidad de, al contemplar cada descubrimiento, declarar que la nueva información es solo otra forma de proclamar las mismas verdades divinas.

Dios es dios, sin importar su nombre. Blade ha visto estas ideas grabadas en los azulejos de varios lugares de Khang Phi.

Siempre que alguien se aleja de Shivetya, una bola de un brillo marrón terroso lo acompaña y planea encima de uno de sus hombros. La bola no emite mucha luz, pero en un lugar de total oscuridad es suficiente. Estas bolas son obra del golem. Shivetya tiene poderes que ha olvidado cómo usar. De no estar clavado en aquel antiguo trono, quizá pudiese ser un dios menor.

Blade descendió unos mil escalones antes de encontrarse con alguien que ascendía. El soldado llevaba una pesada mochila.

—Sargento Vanh.

El soldado gruñó. Estaba sin aliento. Nadie hacía más de un viaje al día. Blade le dio a Vanh las malas noticias, pues era probable que no volviese a verlo en días.

—He recibido un mensaje de la capitana. Tenemos que redoblar los esfuerzos. Está casi lista para partir.

Vanh farfulló el típico comentario de soldado y continuó ascendiendo. Blade se preguntó cómo planeaba Dormilón transportar la montaña de tesoros que ya había acumulado. Seguro que aquello bastaba para financiar una buena guerra.

Siguió bajando escalones y repitiendo el mensaje de vez en cuando. Por fin abandonó la escalera en el nivel que todos llamaban la Cueva de los Antiguos debido a los ancianos allí enterrados. Blade siempre se paraba a visitar a su amigo Fibroso Mather. Era un ritual de respeto. Fibroso estaba muerto. La mayoría de los otros confinados en la cueva seguían vivos, inmersos en conjuros de estasis. De algún modo, durante el largo cautiverio, Mather se libró de los conjuros que lo confinaban, pero el éxito le costó la vida, pues no fue capaz de encontrar la salida.

La mayoría de los ancianos en la cueva no significaban nada para Blade o para la

Compañía. Solo Shivetya sabía quiénes fueron o por qué están enterrados. Sin duda habían irritado a alguien que tenía el poder suficiente para confinarlos. Sin embargo, varios de aquellos cadáveres habían sido, en vida, hermanos de la Compañía. Otros llevaban cautivos desde antes de que Atrapa Almas enterrase a la Compañía. Habían muerto porque, evidentemente, Fibroso Mather había tratado de despertarlos. Tocar a los Tomados sin precauciones hechiceras causa inevitablemente la muerte del tocado.

Blade resistió el impulso de patear al hechicero Sombra Larga. Ese lunático era un producto de incalculable valor en la Tierra de las Sombras Desconocidas. La Compañía se había hecho fuerte y rica gracias a él. Y continuaba prosperando.

—¿Cómo te va, Maestro de las Sombras? Parece que vas a seguir ahí por un tiempo.

Blade asumía que el hechicero no podía oírlo, ya que él no recordaba haber oído nada durante el tiempo que estuvo encantado. No recordaba haber sido consciente de nada, aunque Murgén decía que hubo momentos en los que parecía que los Tomados eran conscientes de su entorno.

—Todavía no han pujado lo suficientemente alto. Odio admitirlo, pero eres un tipo muy popular. A tu manera.

No era un hombre generoso o comprensivo, ni siquiera empático, Blade estaba de pie con las manos en la cintura contemplado a Sombra Larga. El hechicero parecía un esqueleto apenas cubierto por una piel enferma. Su rostro estaba congelado en un grito.

—Aún dicen: «Todo mal allí muere una muerte eterna». Sobre todo cuando hablan de ti.

No lejos de Sombra Larga está el otro hechicero demente de la Compañía, el Aullador. Este representa una mayor tentación. Blade no veía valor alguno en mantenerlo vivo. Aquel pedazo de mierda tenía una historia de traiciones larguísima y un carácter que difícilmente cambiaría por el cautiverio. Ya había sobrevivido a algo similar anteriormente. Aquello otro duró siglos.

Tobo no necesitaba aprender nada de la basura que aquel viejo le pudiese enseñar. Era precisamente esa educación la excusa que siempre se daba para dejar vivir a aquel perro.

Blade presentó sus más profundos respetos a Mather. Fibroso fue un buen amigo durante mucho tiempo. De hecho, Blade le debía la vida. Deseaba que aquella mala fortuna le hubiese acaecido a él. Cordy quería vivir y a Blade solo le quedaba seguir adelante por mera inercia.

Continuó su descenso pasando por las cavernas de tesoros que estaban siendo saqueadas para financiar la memorable y muy deseada vuelta a casa de la Compañía.

No era hombre muy dado a las emociones o a que el miedo lo atenazara.

Conservó la cabeza fría para sobrevivir durante años como agente de la Compañía dentro del campamento de Sombra Larga. Al adentrarse más y más en la tierra, comenzó a sudar y a temblar. Aflojó el paso. Atravesó la última caverna conocida. Nada había más abajo, sino el último enemigo, la propia Madre de la Noche. Era el enemigo que seguiría allí una vez que todos los otros adversarios menores hubiesen sido barridos o se hubiesen extinguido.

Para Kina, la Compañía Negra es un molesto zumbido en el oído, un mosquito que ha conseguido dar un trago o dos de su sangre y que no ha tenido el sentido común de huir a toda prisa.

Blade aflojó de nuevo el paso. La luz que lo seguía cada vez era más débil. Si antes podía ver veinte escalones por delante de él, ahora solo podía ver diez y los últimos cuatro parecían desvanecerse en una espesa niebla negra. La oscuridad parecía estar viva, como si se encontrase bajo una gran presión, al igual que el agua cuando te hundes bajo su superficie.

Cada vez le costaba más respirar. Se forzó a hacerlo profunda y rápidamente, y continuó en contra de lo que le decía su instinto. Un cáliz plateado surgió de la niebla cinco escalones por debajo, a una altura de medio metro. Era una simple copa alta hecha de noble metal. Blade la había colocado allí y marcaba el escalón más bajo que había sido capaz de alcanzar.

Ahora, cada paso que daba era como caminar en brea líquida. A cada segundo, la oscuridad lo aplastaba con mayor fuerza. La luz que lo seguía era demasiado débil para alcanzar ni siquiera un peldaño más allá del cáliz.

Blade solía hacer este esfuerzo con frecuencia. Para él es como un ejercicio de voluntad y valor. Cada vez que desciende y solo logra llegar hasta el cáliz, se enfada por no poder seguir más allá.

Esta vez trató de hacer algo diferente. Lanzó un puñado de monedas cogidas de una de las cuevas de tesoros. El brazo carecía de fuerza, pero la gravedad no había perdido su poder, tampoco el sonido había sido devorado por la oscuridad. Las monedas tintinearón alejándose por la escalera, pero no por mucho tiempo. Tras un instante, pareció que rodaran por un suelo. Entonces, el silencio. Al tiempo, una débil voz muy, muy lejana gritó: «Socorro».

CAPÍTULO 13

LA TIERRA DE LAS SOMBRAS DESCONOCIDAS: VIAJANDO POR HSIEH

La geografía física de la Tierra de las Sombras Desconocidas recuerda bastante a la de nuestro propio mundo. Las diferencias esenciales surgen del impacto del hombre.

Las topografías morales y culturales de los mundos son, sin embargo, diferentes por completo. Incluso los nyueng bao tienen problemas para conectar (a pesar del hecho de que ellos y los Hijos de los Muertos poseen ancestros comunes). Pero los nyueng bao escaparon de Maricha Manthara Dhumraksha y de sus familiares siglos atrás y después desarrollaron una isla cultural azotada continuamente por olas extranjeras.

Hsien propiamente dicho se extiende más o menos por los mismos territorios que en nuestro hogar eran conocidos como Lugar de las Sombras cuando las cosas les iban bien a los Maestros de Sombras. Los confines más alejados de Hsien, que ninguno de nosotros hemos visitado, están más poblados que la zona que ocupamos. En tiempos antiguos cada ciudad presumía de resistir a los Maestros de las Sombras. Pocos de aquellos grupos se comunicaban debido a restricciones en los viajes impuestas por la estirpe de los maestros. Aún, cuando llegó el alzamiento, hubo campeones locales suficientes para asegurar el éxito.

La huida de los últimos Maestros de las Sombras dejó un vacío de poder. Los jefes de la resistencia trataron de ocuparlo. Hsien sigue estando bajo custodia de los descendientes de estos jefes, decenas de caciques en conflicto constante y que no consiguen fortalecerse. Cualquiera que parezca que gana fuerza es destrozado por sus vecinos.

La Fila de Nueve es una asamblea anónima y flexible de antiguos caciques, cada uno salido de cada una de las nueve provincias de Hsien. Esto no es verdad, y nunca lo ha sido, aunque pocos fuera de los Nueve lo saben. Es otra ficción que ayuda a mantener vivo el actual estado de caos.

Popularmente, la Fila de Nueve es vista como un conciliábulo de maestros

secretos que controlan todo. A los Nueve les encantaría que eso fuera verdad, pero, en realidad, tienen muy poco poder. Su situación los deja con pocas herramientas que puedan usar para imponer su voluntad. Cualquier esfuerzo real por imponerse revelaría sus identidades. De modo que solo emiten bulas y simulan hablar en nombre de Hsien. A veces la gente los escucha, otras veces escuchan a los monjes de Khang Phi, o al Tribunal de Todas las Estaciones. De modo que todos deben ser cortejados.

La Compañía Negra es temida fundamentalmente porque es un comodín en la baraja de los caciques. No tiene alianza local. Podría saltar en cualquier dirección por cualquier extraña razón. Además, se cuenta que incluye a poderosos magos que asisten a diestros soldados que, a su vez, son conducidos por comandantes y sargentos competentes que no se ven impedidos por exceso de empatía o compasión.

La popularidad de la que disfruta la Compañía está inspirada por su capacidad para entregar al último Maestro de las Sombras a la justicia de Hsien. Los campesinos, por su parte, nos aprecian porque, mientras este impredecible monstruo agazapado se extiende rápidamente hacia el sur, las riñas entre los sensibles caciques han sido inexistentes.

Todos los señores y líderes de Hsien preferirían que la Compañía se marchase. Nuestra presencia coloca demasiada tensión sobre el estado de las cosas.

Me unía la delegación que se encaminaba hacia Khang Phi, a pesar incluso de que no estaba del todo recuperado. Nunca lo volveré a estar al cien por cien. Tenía la visión del ojo derecho emborronada y mostraba unas cicatrices realmente intimidatorias a causa de las quemaduras. Nunca recuperaría la total movilidad en los dedos de la mano derecha, pero estaba convencido de que podía ser un activo importante en las negociaciones que se iban a llevar a cabo para obtener los secretos de la Puerta de las Sombras.

Solo Sahra, que es nuestra ministra de exteriores, estaba de acuerdo conmigo. Solo ella tiene la paciencia y el tacto para tratar con una gente tan quisquillosa como la Fila de Nueve, parte de cuyos problemas con nosotros es que nuestras mujeres hacen algo más que cocinar y estar tumbadas.

Por supuesto, si tomamos a Dama, Dormilón, Sahra y la radisha, sospecho que solo Sahra puede calentar agua sin quemarla. Puede incluso que ya haya olvidado cómo hacerlo.

El avance de la Compañía, con destino al corazón intelectual de Hsien, era terrorífico de contemplar, a juzgar por la reacción de los campesinos del camino. A pesar del hecho de que nuestro grupo, guardias incluidos, solo contaba con veintiún... humanos.

Las sombras amigas de Tobo nos rodeaban en tal número que les era imposible permanecer sin ser vistos todo el tiempo. Viejos miedos y supersticiones surgían a nuestro paso y el terror avanzaba más rápido que nosotros. La gente se alejaba ante

nuestro avance. Era indiferente que los amigos nocturnos de Tobo se portasen bien. La superstición ganaba a cualquier prueba fáctica.

Si hubiésemos sido más numerosos no habríamos pasado por las puertas de Khang Phi. Incluso allí, entre supuestos intelectuales, el temor a las Sombras Desconocidas era tan fuerte que se notaba.

Sahra tuvo que acceder, mucho tiempo atrás, a que ni Dama, ni Un Ojo, ni Tobo entraran en el Remanso del Conocimiento. Los monjes eran muy paranoicos con respecto a los hechiceros. Hasta la fecha a Dormilón le había venido bien acceder a sus deseos. Y ninguno de ellos tres era parte de nuestro grupo cuando llegamos a la Puerta Inferior de Khang Phi.

Había una extraña joven entre nosotros. Usaba el nombre de Shikhandini, abreviado como Shiki. Podría excitar a cualquier hombre que no supiese que era Tobo disfrazado. Nadie se molestó en decirme qué tramaba Sahra. Tobo, obviamente, era una carta extra que llevaba en la manga. Sospechaba que varios de los Nueve albergaban malignas ambiciones que pronto florecerían.

¿Cómo? ¿Hombres poderosos con intenciones ocultas? ¡No! No parece posible.

Khang Phi es un centro de aprendizaje y espiritualidad. Es un depósito de sabiduría y conocimiento. Es muy antigua. Sobrevivió a los Maestros de las Sombras. Es respetada por todos los Hijos de los Muertos a lo largo y ancho de la Tierra de las Sombras Desconocidas. Es terreno neutral, un área que ningún señor de la guerra posee. Los viajeros que se dirigen a Khang Phi, o que vuelven a casa desde allí, son en teoría inmunes.

La teoría y la práctica a veces varían. Por lo tanto, nunca dejamos que Sahra viaje sin evidente protección.

Khang Phi está construida en las faldas de una montaña. Se alza trescientos metros encalados hacia las entrañas de unas nubes sempiternas. Las estructuras superiores no se ven desde abajo.

En ese mismo lugar, pero en nuestro mundo, un desfiladero yermo se alza sobre la entrada sur al único paso posible a través de las montañas conocidas como Dandha Presh.

Una vida malgastada en la guerra hizo que me preguntase si aquel lugar no habría comenzado siendo una fortaleza. Ciertamente comandaba un extremo del paso. Busqué los campos necesarios para alimentar a su población. Y allí estaban, aferrados a las faldas de las montañas en terrazas, como escalones para gigantes de grandes piernas. Los pueblos antiguos llevaban allí la tierra desde kilómetros de distancia, cesta a cesta, generación tras generación. Sin duda el trabajo sigue hoy en día.

El maestro Santaraksita, Murgén y Thai Dei se reunieron con nosotros en el exterior de la ornamentada Puerta Inferior. No los había visto en mucho tiempo. Aunque Murgén y Thai Dei asistieron a las ceremonias funerarias por Gota y Un Ojo,

yo me las perdí por estar inconsciente. El viejo y gordo maestro Santaraksita ya nunca iba a ningún sitio. Aquel anciano erudito se contentaba con acabar sus días en Khang Phi, simulando ser agente de la Compañía. Aquí estaba entre iguales, encontraba mil desafíos intelectuales, había gente ávida por aprender de él al igual que él estaba ávido por aprender de ellos. Era un hombre que había encontrado su hogar.

Dio la bienvenida a Dormilón con los brazos abiertos.

—¡Dorabee! Por fin.

Insistía en llamarla Dorabee porque era el primer nombre por el que la había conocido.

—Tienes que dejarme enseñarte la biblioteca central mientras estés aquí. Deja por los suelos aquella nimiedad que teníamos en Taglios.

Nos inspeccionó a los demás. La alegría lo abandonó. Dormilón había traído con ella a los horrendos. El tipo de hombres que según él usaban los libros para hacer fuego durante las noches frías. Tipos como yo, que tenían cicatrices y a los que les faltaban dedos y dientes y tenían un color de piel que no se veía en la Tierra de las Sombras Desconocidas.

—No he venido a pasar unas vacaciones entre anaqueles, Sri. De una forma u otra tengo que obtener la información necesaria sobre la Puerta de las Sombras. Las noticias que me llegan del otro lado no son alentadoras. Necesito poner a la Compañía en acción antes de que sea demasiado tarde.

Santaraksita asintió, miró alrededor para averiguar si alguien escuchaba, guiñó un ojo y volvió a asentir.

Sauce Swan se echó atrás, me miró y dijo:

—¿Crees que podrás llegar a lo alto?

—Dame unos cuantos días.

El caso es que estoy en mejor forma que aquella maldita noche. He perdido bastante peso y he desarrollado algunos músculos.

De todas maneras, aún me baten con facilidad.

—Miente todo lo que quieras, anciano.

Desmontó y le pasó las riendas a uno de los cada vez más numerosos jóvenes. Eran chicos entre ocho y doce años, tan callados que parecía que les hubiesen cortado las cuerdas vocales. Todos llevaban idénticas túnicas marrón claro. Los padres, al no poder mantenerlos, los donaban a Khang Phi siendo infantes. Estos habían superado un hito concreto en su camino hasta convertirse en monjes. Era improbable que los viésemos más jóvenes.

Swan recogió una piedra de cinco centímetros de diámetro.

—Voy a lanzarla cuando llegemos arriba. Quiero verla caer.

En parte, Swan nunca ha madurado del todo. Aún le gusta hacer saltar piedras en lagos y ríos. Intentó enseñarme ese arte de camino a Khang Phi. Mi mano y mis dedos ya no adoptan la forma necesaria para conseguir buenos saltos de rana. Hay muchas cosas que ya no pueden hacer. Ya es suficiente trabajo sostener la pluma para escribir.

Echo de menos a Un Ojo.

—Intenta no darle en la cabeza a ningún estúpido caudillo. La mayoría de ellos ya nos odian bastante.

Nos temían. Y no encontraban forma de manipularnos. Seguían ofreciéndonos provisiones y nos permitían reclutar con la esperanza de que finalmente nos iríamos y nos entregaríamos a Sombra Larga. Nunca les dijimos que no necesitábamos financiación local para nuestra campaña más allá de la llanura.

Tras cuatrocientos años, ha llegado a ser algo dado por supuesto: mantén a todos los que no son de tu bando un poco nerviosos y no les digas nada que no necesiten saber.

Sombra Larga. Maricha Manthara Dhumraksha. Tiene muchos otros nombres. Ninguno indicaba popularidad. Siempre que tengamos la posibilidad de entregarlo envuelto en cadenas, los caciques tolerarán casi todo. Veinte generaciones de ancestros claman justicia.

Sospecho que la maldad de Sombra Larga ha ido creciendo con cada nueva versión de su historia y que los héroes que lo expulsaron se han convertido ya en gigantes.

Aunque son guerreros, los caciques no nos entienden. No son capaces de reconocer que son soldados de una clase distinta, llamados a un destino menor.

CAPÍTULO 14

LA TIERRA DE LAS SOMBRAS

DESCONOCIDAS:

KHANG PHI

Swan y yo estábamos mirando por una ventana en el exterior de la sala de conferencias donde por fin íbamos a llevar a cabo las negociaciones con la Fila de Nueve. Había tardado bastante en entrar a hurtadillas en Khang Phi y cambiar sus disfraces para que sus identidades siguiesen siendo desconocidas. Abajo no se veía nada más que niebla. Swan no gastó la piedra.

—Creía que volvía a estar en forma —dije—. Me equivocaba. Me duele todo el cuerpo.

—Cuentan que aquí hay personas que pasan toda su vida sin salir de una o dos plantas tras finalizar el aprendizaje y asumir sus tareas.

—Son esa clase de personas necesarias para equilibrar a otros como tú y como yo —contesté.

Swan no había viajado tan lejos como yo, pero estando a un mundo de distancia de nuestro hogar, unos cuantos de miles de kilómetros de diferencia carecen de importancia. Intenté distinguir el terreno rocoso por el que habíamos pasado al acercarnos a Khang Phi. La niebla parecía oscurecerse al mirar hacia abajo.

—¿Estás pensando en tomar el camino más fácil hasta el suelo? —preguntó Swan.

—No. Estoy pensando en que este aislamiento proporciona una visión global muy limitada.

Por no hablar del efecto producido por la escasez de mujeres en Khang Phi. Las pocas que hay, viejas y enfermas, pertenecen a una orden de monjas célibes que cuidan de los huérfanos donados. La población restante está formada por monjes, todos los cuales hicieron voto de castidad. Los hermanos más fanáticos se provocan a sí mismos la incapacidad de ceder físicamente a la tentación. A la mayoría de mis hermanos les dan escalofríos y los consideran aún más extraños que a los misteriosos amigos de Tobo. A ningún soldado le gusta la idea de perder a su mejor amigo y a su

juguete favorito.

—Una visión estrecha puede ser tanto una virtud como una debilidad, Liberador —observó una voz detrás de nosotros.

Nos giramos. El amigo de Dormilón, Surendranath Santaraksita, se nos unía. El erudito se había vuelto un nativo, adoptando las prendas locales y el corte de pelo de Khang Phi (es decir, no llevar pelo alguno), pero solo un hombre ciego y sordo podría confundirlo con un monje local. Su tez es más morena y menos translúcida que la de los nativos y sus rasgos se parecen más a los míos y a los de Swan.

—Esa niebla y la estrechez de su visión permiten que los monjes no creen ataduras terrenales. De este modo, su neutralidad queda fuera de toda duda.

No mencioné la función pasada de Khang Phi como apologista y colaborador de los Maestros de las Sombras. Ese vergonzoso trozo de historia estaba siendo eliminado por los ácidos del tiempo y de la incesante mentira.

Santaraksita estaba feliz, convencido de que en este lugar los hombres sabios no tenían que prostituirse ante poderes temporales para proseguir con sus estudios. Incluso creía que la Fila de Nueve respetaba la sabiduría de los monjes más ancianos. Era incapaz de ver que si los Nueve adquirían más poder, la relación de Khang Phi con ellos pronto sería de sumisión. El maestro Santaraksita es brillante pero ingenuo.

—¿Cómo es eso? —le pregunté.

—Estos monjes son tan inocentes con respecto al mundo que no tratan de imponer nada sobre él.

—Aun así, la Fila de Nueve se atreve a hablar desde aquí.

La Fila disfruta del poder de emitir bulas que, a menudo, son ignoradas por la población y los caciques.

—Así es. Los Mayores así quieren que sea, con la esperanza de que alcanzarán cierta sabiduría antes de que su poder sea algo más que simbólico.

No dije nada sobre si era bueno dar oportunidades. No mencioné nada sobre si era sabio apoyar a un conciliábulo de maestros secretos antes que a un hombre fuerte o a la aristocracia del Tribunal de Todas las Estaciones.

—Parece que tratan de hacer lo mejor para Hsien —admití—. Pero no confío en nadie que ponga todas sus esperanzas en unos tipos que se esconden tras unas máscaras.

No hacía falta decirle que la Fila no tenía secretos para nosotros. Hay poco de lo que hacen o dicen que se les escape a los amigos de Tobo. Ninguna de sus identidades nos es desconocida.

Operamos bajo el supuesto de que tanto la Fila como los otros caciques han introducido espías entre nuestros reclutas. Lo cual explica por qué hay tan poca resistencia cuando reclutamos a Hijos de los Muertos.

No es difícil identificar a la mayoría de los espías. Dormilón les muestra lo que

quieren ver. Al ser el enemigo una bruja vengativa y rencorosa, estoy seguro de que planea usar a los espías de manera cruel más adelante.

Me preocupa. Tiene antiguos odios personales a los que enfrentarse, pero sus objetivos escaparon sin ser castigados hace mucho tiempo. Sin embargo, siempre existe la posibilidad de que elija a alguna otra persona para recibir el castigo y eso no resultaría ventajoso para la Compañía.

—¿Qué querías? —le pregunté a Santaraksita.

—Nada especial.

Su rostro no expresaba nada. Es amigo de Dormilón y conmigo se siente incómodo. Ha leído mis Anales. A pesar de todo por lo que ha pasado gracias a Dormilón, aún no es capaz de aceptar la cruel realidad de nuestra clase de vida. Estoy seguro de que no volverá a casa con nosotros.

—Esperaba ver a Dorabee de nuevo antes de que fueseis a la conferencia. Podría ser importante.

—No sé lo que ha pasado con ella. Shiki también se ha ausentado. Debíamos encontrarnos aquí.

Las costumbres locales hacían imposible que las mujeres compartieran dependencias con los hombres. Incluso Sahra y Murgén, a pesar de estar legalmente casados, permanecían en habitaciones separadas. La presencia de Shikhandini cargaba a Sahra con obligaciones especiales. Quería distraer a los santos varones, pero no volverlos locos. Solo lo justo, para que cedieran en algún punto sutil. Pero la distracción no era la principal misión de Shiki.

El maestro Santaraksita se retorció brevemente las manos y se cruzó de brazos. Sus manos desaparecieron en las mangas de la túnica. Estaba preocupado. Lo observé más de cerca. Sabía algo. Miré a Swan y se encogió de hombros.

Murgén y Thai Dei entraron en la sala.

—¿Dónde están? —demandó Murgén.

Thai Dei parecía preocupado, pero no dijo nada. El tipo apenas hablaba. Era una pena que su hermana no siguiese su ejemplo.

Thai Dei también parecía saber algo.

—Aún no han aparecido —dijo Swan.

—La Fila de Nueve estará furiosa —añadí—. ¿Están Dormilón y Sahra haciendo algún tipo de juego?

Santaraksita retrocedió nervioso.

—Tampoco han llegado los Desconocidos.

Mis compañeros eran un grupo heterogéneo. Una vez que Dormilón llegase, seríamos cinco razas. Seis si contábamos a Santaraksita. Dormilón cree que nuestra absoluta diversidad intimida a la Fila de Nueve.

Incluso alberga nociones aún más extravagantes.

No sé por qué creía que era útil intimidarlos. Lo que necesitábamos de ellos era su permiso para acceder al conocimiento que nos permitiría reparar y manipular las Puertas de las Sombras. Los monjes de Khang Phi estaban dispuestos a compartir ese saber. Cuanto más fuertes nos volvemos, más ansiosos están los monjes de que nos vayamos. Tienen más miedo de las herejías que propagamos que de los ejércitos que podríamos llegar a formar.

Esta última amenaza mantiene a los caciques en estado de nerviosismo. También ellos quieren que nos vayamos, porque cuanto más fuertes somos, más real e inmediata perciben la amenaza. No los culpo por pensar así. Yo también lo haría si estuviese en su lugar. La experiencia humana nos dice que hay que sospechar de los extranjeros armados.

Las mujeres por fin llegaron. Sauce Swan abrió los brazos y exclamó con dramatismo:

—¿Dónde habéis estado?

Compuso una segunda pose y repitió la frase usando otro tono. Entonces lo repitió una tercera vez a modo de broma.

—Tu hija no paraba de coquetear con los acólitos que nos hemos encontrado por el camino —le dijo Saha a Thai Dei.

Miré a Shiki y frunció el ceño. La chica parecía casi etérea, no seductora. Pestañeeé, pero la pátina borrosa no desapareció. Culpé de ello a mi ojo malo. La chica parecía más un fantasma distraído que un chico disfrazado que se lo estaba pasando en grande interpretando un papel.

A ojos de Hsien, Thai Dei era el padre de Shiki, pues era bien sabido que Saha tenía un hijo varón. Su hermano, Thai Dei, había conseguido ser tan reservado en todo que ni siquiera los lugareños de la Morada de Cuervos se dieron cuenta de que la apenas nunca vista Shikhandini tendría que haber nacido mientras su padre estaba enterrado bajo la llanura. Igualmente, nadie preguntó qué había ocurrido con la madre de la chica. Llegado el caso, la pregunta se despacharía con unos cuantos murmullos vagos y aspavientos.

Shiki era una cabeza hueca, un problema menor y solo representaba una amenaza para el equilibrio de las mentes de los jóvenes.

Se hizo más corpórea realizando un mohín.

—No estaba flirteando, padre. Solo hablaba.

A pesar de que sus palabras deberían haber sido defensivas sonaron planas, como recitadas de memoria.

—Se te dijo que no hablaras a los monjes. Es la ley.

—Pero padre...

La actuación nunca se detenía una vez iniciada ya que podía haber observadores. Pero no era más que eso, una actuación. Y una bastante buena, al menos para los que

no estábamos acostumbrados a tratar con mujeres muy jóvenes.

El maestro Santaraksita no paraba de susurrarle cosas a Dormilón. Debió de decir algo que ella quería escuchar, pues su rostro se iluminó como un sol. Sin embargo, no se molestó en informar al analista. Estos capitanes, con sus maneras furtivas, son todos iguales. Todos excepto yo, claro está. En mi tiempo fui un parangón de transparencia.

Thai Dei y su hija siguieron discutiendo hasta que él gritó «Diktat», en nyueng bao, y la dejó enfurruñada y en silencio.

CAPÍTULO 15

LA TIERRA DE LAS SOMBRAS DESCONOCIDAS: LOS MAESTROS SECRETOS

Un monje viejísimo abrió la puerta de la cámara de reuniones. La tarea le supuso un inmenso esfuerzo. Nos hizo pasar con el ademán de una frágil mano.

A pesar de ser mi primera visita a Khang Phi, lo reconocí por su túnica de color naranja oscuro con ribetes negros. Lo distinguía como uno de los cuatro o cinco más ancianos de Khang Phi. Su presencia dejaba claro que los monjes estaban muy interesados en el resultado de aquella reunión. De otro modo, algún sesentón de nivel medio habría abierto la puerta y después se habría quedado para dirigir a los acólitos que, se supone, nos asistirían a nosotros y a los Nueve. El maestro Santaraksita sonrió. Quizá él tuviese algo que ver con que se le hubiese dado tanta importancia a dicha reunión.

Sahra se acercó al anciano. Se inclinó y murmuró unas palabras. Él respondió. Se conocían y no la despreciaba por su sexo. Los monjes quizá fuesen más sabios de lo que yo pensaba.

Pronto supimos que le había preguntado si podían reducir la ceremonia que acompaña a todas las funciones de los Hijos de los Muertos. Las formalidades impregnan toda ocasión con elaborados rituales. Seguro que no tuvieron demasiado que hacer durante el reinado de los Maestros de las Sombras.

Nosotros, los bárbaros, no sabemos de formalidades. Los Hijos de los Muertos meten las narices en todos nuestros asuntos, pero suspiran aliviados porque los negocios incómodos se manejan rápidamente cuando la Compañía Negra está al otro lado de la mesa.

Nuestro anfitrión puso mala cara al ver a Shikhandini. Era viejo y amargado y estrecho de miras. Pero ¡vaya!, ni tan viejo, ni tan amargado, ni tan estrecho de miras como para que la deslumbrante sonrisa de una joven hermosa no consiguiera que le brillaran los ojos. Nunca se es demasiado viejo.

Desde el principio de los tiempos, nuestros enemigos nos han acusado de jugar

sucio, de ser traicioneros y tramposos. Y tienen razón. Toda la razón. No tenemos vergüenza. Y en este momento estábamos siendo lo más rastreros que podíamos haciendo que Tobo engañara a aquellos ancianos. Solo conocían a las mujeres de forma académica. Era más fácil que disparar a ciegos con flechas.

Apenas nos suponía esfuerzo. Shiki parecía flotar, sin estar del todo allí, sin prestar mucha atención, sin mostrar el regocijo que se esperaba de Tobo. ¿Qué hombre de su edad no disfruta riéndose de viejos sabios? Por lo que conocía a Tobo, sabía que estaba disfrutando de aquello más que la mayoría.

Me reconcomía la curiosidad. ¿Qué estaba ocurriendo?

Dormilón me aseguró que el chico estaba presente porque quería tener un mago a mano. Por si acaso. Por pura paranoia. Una vida llena de traiciones la habían vuelto de aquella manera. Y la ley de Khang Phi obligaba a dejar a Tobo fuera si se hubiese presentado tal y como es.

Insistió en que me creyera aquella versión.

Pero había algo más. Mucho más. Conozco a esa escurridiza bruja más de lo que sospecha. Y apruebo rotundamente su plan.

—Muévete —dijo Dormilón.

Se sentía incómoda en Khang Phi. El lugar está infestado de ceremonias de extrañas religiones.

La cámara a la que entramos sin duda tenía algún importante fin ceremonial cuando no era usada por la Fila de Nueve. El extremo donde aguardaban los caciques podía pasar por un altar y demás parafernalia. Los caciques se habían sentado por encima de nosotros, enfrente del posible altar, donde se situaban cinco grandes asientos de piedra. Siete de los Nueve estaban presentes. Se habían traído sillas para los otros dos, que eran los miembros más jóvenes del quorum. Los siete llevaban máscaras y disfraces, algo que parece usual entre los maestros secretos. Probablemente, se trataba de un legado de los Maestros de las Sombras, quienes gustaban de usar máscaras y disfraces. En este caso era un esfuerzo inútil. Pero no hacía falta que lo supieran. Todavía no.

Dama tiene talento para desenmascarar nombres e identidades verdaderos. Lo aprendió en una escuela infalible. Tobo, con lo aprendido de Dama y la ayuda de sus amigos sobrenaturales, ha conseguido desvelar las identidades de los miembros de la Fila. Saber a quién nos íbamos a encontrar en caso de que decidiésemos sorprender a todo el mundo podía resultar una valiosa herramienta de negociación.

Sahra ya había tratado antes con la Fila. Estaban acostumbrados a su impaciencia ante las ceremonias. Todos prestaron atención cuando dio un paso adelante.

El maestro Santaraksita la seguía tres pasos atrás. Haría las veces de traductor especialista. Aunque los Hijos de los Muertos y los nyueng bao hablaban la misma lengua en el pasado, la separación y las circunstancias habían conspirado para hacer

que hubiese frecuentes malentendidos. Santaraksita tendría que señalar aquellos momentos en los que las partes estuviesen usando la misma palabra con distintos significados.

Dormilón se adelantó unos pasos, pero se quedó más cerca del resto de nosotros que de los caciques.

Se puso a tararear. Estaba determinada a parecer animada a pesar de estar rodeada de infieles irredentos.

Sahra volvió a adelantarse.

—¿Está la Fila decidida a dejar de poner obstáculos a que la Compañía alcance el conocimiento que necesita para reparar las Puertas de las Sombras? Habéis de entender que no abandonaremos Hsien sin este conocimiento. Aún estamos preparados para entregar al criminal Dhumraksha.

Siempre se le había hecho la misma oferta a la Fila. Querían algo más, pero nunca lo expresaban. El espionaje sobrenatural había revelado que esperaban ganarse nuestra ayuda para ganar una posición mucho más fuerte. El problema era que no se atrevían a sugerirlo delante de los múltiples testigos que siempre hay cuando las negociaciones tienen lugar en Khang Phi.

Las máscaras se dirigieron hacia Sahra. Ninguno de los Desconocidos respondió. Podía percibirse su irritación. Ultimamente habían comenzado a creer, sin pruebas, que tenían algún tipo de poder sobre nosotros. Probablemente se debía a que no habíamos entrado en luchas con ninguno de nuestros vecinos que demostrasen la mortal diferencia entre sus fuerzas y las nuestras. Podíamos devorar a la mayoría de los ejércitos locales.

Dormilón pasó al lado de Santaraksita y se colocó junto a Sahra.

—Soy capitana de la Compañía Negra. Hablaré —dijo en un dialecto probablemente local.

Se encaró a un cacique enmascarado coronado por una cabeza de grulla y siguió hablando.

—Tran Thi Kim-Thoa, eres el último admitido en la Fila. —Los caciques se removieron—. Eres joven. Probablemente no conozcas a nadie cuya vida y dolor cobren significado si Maricha Manthara Dhumraksha viene aquí a expiar sus pecados. Lo entiendo. La juventud siempre es impaciente con el pasado de los mayores —incluso cuando ese pasado aplasta las espaldas de los jóvenes.

Se detuvo.

Siete culos envueltos en seda se removieron agitados, llenando el extenso silencio con suaves susurros. Todos los de la Compañía sonreímos mostrando nuestros colmillos igual que hacen los monos de las rocas alrededor del Puesto Avanzado cuando tratan de intimidarse.

Dormilón había nombrado al más reciente de los Nueve. Su identidad no sería un

secreto para los otro ocho. Lo habían elegido la última vez que hubo un puesto en el círculo. Él seguiría ignorando las identidades de los demás a menos que alguno de los caciques más viejos decidiese revelárselas. Normalmente cada cacique conocía la identidad de los que se integraban después de él. Al nombrar al último admitido, Dormilón planteaba una amenaza poniendo solo en peligro al nombrado.

Dormilón me hizo un gesto.

—Matasanos.

Me adelanté.

—Este es Matasanos. Fue capitán antes que yo y dictador de todas las Taglias. Matasanos, ante nosotros tenemos a Tran Huu Dung y a otros seis de la Fila de Nueve.

No especificó la posición del tal Tran. Sin embargo, su nombre causó más nerviosismo.

Llamó a Swan.

—Este es Sauce Swan, un socio antiguo de la Compañía Negra. Sauce, te presento a Tran Huu Nhan y a otros seis de la Fila de Nueve. Tran es un patronímico común en Hsien. Hay muchos Trans entre los Nueve, ninguno de ellos con relación de sangre.

El siguiente nombre que ofreció, tras presentar a Sauce Swan, fue el de Tran Huu Nhang. Comencé a preguntarme cómo se ordenaban. Quizá por el peso. Varios de la Fila tenían exceso de kilos.

Cuando Dormilón nombró al último de los Trans de la Fila, Tran Lan-Anh, su portavoz, el primero, la interrumpió pidiendo tiempo para hablar. Dormilón se inclinó y no ofreció más provocaciones. Sabíamos que era Pham Thi Ly de Ghu Phi, un excelente general con buena reputación entre sus tropas, creyente en un Hsien unificado, pero lo suficientemente viejo como para haber perdido su celo bélico. Con un ligerísimo movimiento de cabeza, Dormilón le hizo saber que tampoco su identidad era un secreto.

Dormilón anunció:

—No tenemos interés en volver a Hsien una vez que crucemos la llanura.

Tampoco es que fuera unpreciado secreto que hubiésemos albergado en nuestros corazones desde siempre. Cualquiera espía entre nosotros habría informado de que simplemente queríamos volver a casa.

—Como los nyueng bao que huyeron a nuestro mundo, vinimos aquí porque no teníamos otra elección.

Doj no habría aceptado tal afirmación histórica sobre los nuyeng bao. A sus ojos, sus ancestros inmigrantes habían sido una banda de aventureros similares a los antiguos hermanos de la Compañía Negra que salieron de Khatovar.

—Ahora somos fuertes. Estamos listos para volver a casa. Nuestros enemigos allí

se encogerán, aterrorizados por la noticia de nuestra vuelta.

No me creí aquello ni por un segundo. Atrapa Almas estaría encantada de vernos. Una buena pelea la aliviaría del tedio de su trabajo diario. Ser un gobernador todopoderoso elimina cualquier diversión de la vida. En el apogeo de su oscuro imperio, mi mujer también había hecho tal descubrimiento. La gestión de trivialidades te consume.

Dama lo odió tanto que abandonó. Pero ahora lo echa de menos.

—Nos falta tan solo el conocimiento necesario para reparar nuestra Puerta de las Sombras de modo que nuestro mundo no sea invadido por la Hueste de los Muertos Irredentos.

Nuestros portavoces nunca dejaban de insistir sobre ese punto. Sigue siendo esencial para toda afirmación de nuestros propósitos. Íbamos a agotar a los Nueve. Accederían para así no tener que escuchar aquello nunca más. Sin embargo, se mostraban extremadamente paranoicos ante el riesgo de sufrir otra invasión del exterior.

Si fuesen lo suficientemente cabezotas podrían quizá intentar ganarnos a cabezonería con la esperanza de que abandonáramos y volviésemos a casa para después dejar que la Puerta de las Sombras se derrumbase tras nuestra marcha. Eso acabaría para siempre con nuestra amenaza.

El poder de la Fila yace en la anonimía de sus miembros. Cuando los caciques se unen para conspirar se ven obstaculizados por la posibilidad de que entre ellos haya uno de los Nueve. La Fila publica cualquier conspiración que descubre, provocando por tanto la ira de los caciques no incluidos en ella. Es un sistema tosco, pero que ha conseguido limitar los conflictos durante generaciones, dificultando la forja de alianzas.

Dormilón podía dejar la Fila al descubierto. Si eran traicionados, el caos se apoderaría de todo. A pocos caciques les gusta que sus ambiciones sean controladas; aunque era necesario restringir a todos aquellos villanos.

Tampoco a los Desconocidos les gustaba ser atropellados. Aquellos cuyos nombres habían sido revelados pronto se enfadaron tanto que el anciano monje se colocó entre ambas partes recordándoles dónde se encontraban.

Como era un viejo soldado, comencé a realizar un rápido inventario de recursos disponibles para la lucha en caso de que algún cacique fuese lo suficientemente obtuso como para forzar una pelea. No estaba tranquilo. Faltaba nuestro mayor activo.

¿Adónde había ido Shiki? ¿Cuándo se fue? ¿Por qué?

Necesitaba estar más atento a mi entorno. Un desliz tan grande podría resultar fatal.

Uno de los caciques enmascarados se apartó de su silla, aulló y se golpeó el

trasero. Nos quedamos boquiabiertos. Se hizo el silencio. El hombre comenzó a recobrar su dignidad. Un murmullo de aguda risa iluminó el silencio. Un ser de alas diamantinas y cantarinas pasó a tal velocidad que fue imposible verlo con precisión. Abandonó la habitación antes de que cualquiera pudiese reaccionar.

—La mayor parte del reino oculto nos seguirá cuando partamos —observó Sahra—. Serán tan numerosos que quizá a Hsien ya no se la conozca como la Tierra de las Sombras Desconocidas.

El maestro Santaraksita murmuró en su oído. Aquello irritó tanto a los caciques como al viejo árbitro. El monje se mostraba particularmente infeliz, pues las damas seguían tejiendo aquellas veladas amenazas. Pero fue cauto. La Compañía tramaba algo nuevo. Era temible. ¿Se había agotado la paciencia de los extranjeros? Todo Hsien tiene miedo al tigre durmiente de la Morada de Cuervos. Y nosotros alentamos ese miedo.

Cuando volví a mirar a mi alrededor, allí estaba Shikhandini. ¿Cómo?...

Lo estudié esperando ver alguna maldad que quedase sugerida en su compostura o expresión. No había nada. El chico era de una indiferencia pétrea.

Sahra despidió a Santaraksita, se acercó a Dormilón y murmuró algo más. Dormilón asintió, pero no hizo nada. Parecía que el erudito estaba aterrorizado.

La desaparición y reaparición de Shiki hacía más evidente que nunca que algo ocurría. Al menos para el antiguo capitán. Y al antiguo capitán no le habían dicho nada de antemano.

Las damas estaban planeando algo. Y la auténtica razón por la que habían traído a Shiki era para introducir una inmensa cantidad de armas en el juego.

Me habían convencido de que querían tener la magia a mano en caso de que alguien se pusiese desagradable, cosa que sucede a menudo con nosotros.

La radisha y el prahbrindrah Drah aún lloran sus impulsos traicioneros.

—Todo esto era mucho más divertido cuando era yo el traicionero y misterioso —le comenté a Swan.

El primero de la Fila dijo:

—¿Nos concederéis la cortesía de retiraros un instante, capitán? ¿Embajador? Creo que estamos a punto de alcanzar un consenso.

Mientras esperábamos en la antecámara, Swan preguntó:

—¿Por qué se ha molestado en pedirnos que salgamos después de lo que ha ocurrido? ¿Realmente cree que no vamos a saber lo que sucede ahí dentro?

Algo se movió en la periferia de mi visión. Hilos de sombras se arrastraron por las paredes hasta que traté de mirar directamente. Entonces, por supuesto, no pude ver nada.

—Probablemente no ha entendido lo que implica nuestra postura.

Siempre habría alguien escuchando lo que dijese hasta que la Compañía Negra abandonase la Tierra de las Sombras Desconocidas. En aquel momento, todo lo que intentase iba a ser un esfuerzo baldío.

—Vamos —dijo Dormilón—. Moveos. Matasanos. Swan. Dejad de parlotear y poneos en marcha.

—¿En marcha adonde? —pregunté.

—Abajo. A casa. Moveos.

—Pero...

No era lo que esperaba. Los buenos trucos de la Compañía Negra acaban con fuego y sangre sobre nuestros enemigos.

Dormilón gruñó. Fue un sonido puramente animal.

—Si soy capitán, soy capitán. No voy a discutir o debatir con los viejos, ni a pedir su aprobación. Moveos.

Tenía razón. Yo mismo actuaba así cuando ostentaba su cargo. Tenía que dar ejemplo.

Marché.

—Buena suerte —le dijo Dormilón a Sahra.

Avanzó hasta la escalera más cercana. La seguí. Presumiblemente mejor entrenados por el predecesor de Dormilón, los otros ya estaban bajando con gran ruido por las antiguas escaleras. Solo Sahra y el maestro Santaraksita se quedaron atrás. Shiki revoloteó alrededor de Sahra un instante, como queriendo darle un abrazo de despedida.

—Interesante —observó Dormilón—. Es un imitador tan bueno que casi lo olvida.

Hablaba consigo misma, no con el capitán emérito, quien ya no necesitaba más explicaciones. Había visto planes similares anteriormente. Las damas iban a obtener la información que necesitábamos. Santaraksita la había localizado, la había etiquetado y nuestra gente estaba en proceso de recogerla. Tobo estaba en algún otro lado, trabajando. Uno de sus espeluznantes amigos se hacía pasar por Shikhandini.

Todo aquello significaba que Dormilón estaba más preparada para viajar de lo que había supuesto.

Te pierdes un montón de cosas estando convaleciente.

Los seres seguían agitándose en los rincones. Los movimientos persistían en el rabillo del ojo. Nunca conseguía ver nada si miraba directamente.

Sin embargo...

Khang Phi había sido conquistada. Esa fortaleza de conocimiento irreductible había sido tomada y sus ocupantes aún no lo sabían. La mayoría nunca lo sabría (si asumimos que el Shikhandini real completaba la misión que Dormilón y Sahra habían confiado a Tobo).

Era difícil pensar mientras la carrera escaleras abajo me dejaba sin resuello. Lo intenté. Las escaleras descendían sin fin, era un trecho mucho mayor que cuando las ascendí a paso más tranquilo. Comencé a sentir calambres. Detrás de mí, Sahra y Dormilón no paraban de chillar, burlarse y empujar como si no tuviesen casi la misma edad que yo.

Pasé un buen rato preguntándome qué me había impulsado a acompañarlas. Era demasiado viejo para aquella mierda. Los Anales no necesitaban contener cada pequeño detalle. Podía haberlo hecho a la manera de Un Ojo. «Fueron a Khang Phi y consiguieron el conocimiento que necesitábamos para reparar las Puertas de las Sombras».

Una voz profunda resonó desde lo alto. Nadie tenía aliento para explicaciones, aunque era innecesario. Sonaba una alarma.

¿Culpa nuestra?

¿De quién si no? Era posible imaginarme situaciones en las que la Fila de Nueve pudiese ser culpable de intentar sofocar a los dirigentes de la Compañía.

No importaba. Me recordé a mí mismo que Khang Phi carece de armas, que los monjes aborrecen la violencia, que siempre ceden ante la fuerza y que después la seducen con razonamientos y sabiduría.

Sí, a veces lleva un tiempo.

No me sentía tranquilo. Paso demasiado tiempo con tipos como yo.

El aire comenzó a susurrar y a resonar, como una leve brisa de otoño. El sonido comenzó en la penumbra más abajo. Se alzó hacia nosotros, nos pasó y siguió hacia arriba antes de que tuviese oportunidad de tener miedo. Tuve la leve impresión de pasar por unas formas translúcidas, negras y bidimensionales acompañadas por un roce frío y el hedor del moho, entonces aquel aire otoñal continuó aventurándose hacia los pisos superiores.

A veces la escalera pasaba por detrás de la cara externa de Khang Phi. En aquellos tramos había ventanas que ofrecían la misma vista exquisita de niebla gris. Las formas se movían más allá de la grisura, nunca definidas. No necesitaban definición; sabía que no me interesaba conocer a unos seres a los que no les importaba tener más de trescientos metros de aire húmedo bajo sus pies.

Varias veces observé a Shikhandini flotar hacia abajo o ascender a través de la niebla. En una ocasión me vio, se detuvo, sonrió y mostró tres delgados dedos a modo de delicado saludo.

Al Tobo genuino no le faltaban dedos.

Lo que no descubrí durante nuestro descenso fue a algún miembro de la comunidad de Khang Phi. Todos tenían asuntos que atender en cualquier otra parte.

—¿Cuánto queda? —resollé, pensando que me venía bien haber perdido peso durante la convalecencia.

No recibí respuesta. Nadie quería gastar el aliento.

Resultó quedar más de lo que esperaba. Siempre pasa lo mismo cuando huyes.

La Shikhandini de diez dedos esperaba con los caballos y el resto de nuestra banda cuando salimos a trompicones por la Puerta Inferior, que carecía de vigilancia. Los animales y acompañantes estaban listos para viajar. Todo lo que teníamos que hacer era montar y marcharnos.

Tobo seguiría con el papel de Shiki hasta que hubiésemos vuelto a casa. Los Hijos de los Muertos no necesitaban saber que él era ella.

—Sri Santaraksita se negó a venir —le dijo a su madre.

—Ya suponía que iba a ser así. Está bien. Hizo su parte. Será más feliz aquí cuando nos hayamos ido.

Dormilón estuvo de acuerdo.

—Ha encontrado su paraíso.

—Disculpad —jadeé.

Hicieron falta tres intentos y el empujón de un útil asistente para que subiera a la silla de montar.

—¿Qué acabamos de hacer?

—Hemos robado —me dijo Dormilón—. La idea era simular que íbamos de nuevo a rogar el permiso de la Fila de Nueve. Los descentramos totalmente al decir algunos de sus nombres. De este modo, pudimos robar los libros que contienen la información que necesitamos para volver sanos y salvos a casa.

—Aún no lo saben —dijo Tobo—. Siguen sin saber qué ha ocurrido. Pero no durará mucho. Los dobles que he dejado detrás se desvanecerán pronto. Esos seres son incapaces de centrarse en nada serio.

—Entonces, deja de parlotear y galopa —gruñó Dormilón.

Por el amor de Dios, la mujer había sido analista durante quince años. Debería de tener más comprensión con las necesidades de alguien en tal posición.

La niebla, extrañamente densa, nos rodeaba y parecía moverse con nosotros. Probablemente era obra de Tobo. Las formas se movían en el exterior, pero no se acercaban demasiado. Hasta que miré atrás.

Khang Phi ya se había desvanecido. Podía estar a mil kilómetros o nunca haber existido. En su lugar vi cosas que preferiría no ver, incluyendo varios Sabuesos Negros, grandes como ponis, con hombros altos y enormes como los de las hienas. Por un instante, al comenzar a perder forma y nitidez, una bestia aún más grande, con la cabeza de un leopardo, pero verde, surgió de la niebla entre ellos. La Gata Sith. También ella se desvaneció de la realidad como un espejismo provocado por el intenso calor. El brillo de sus dientes fue lo último que contemplé.

Con la ayuda de Tobo nos evaporamos en el paisaje.

CAPÍTULO 16

TIERRAS BALDÍAS: LOS HIJOS DE LA NOCHE

Narayan Singh dejó de apretar el rumel, el pañuelo asesino sagrado de un Estrangulador. Sus manos se habían convertido en dos doloridas garras artríticas. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Se alegraba de que la oscuridad las escondiese de la chica.

—Nunca había cobrado un animal —susurró, apartándose del frío cadáver del perro.

La Hija de la Noche no contestó. Tenía que concentrarse en busca de sus toscos talentos y así confundir a los murciélagos y búhos que los buscaban. La caza había durado semanas. Habían caído decenas de conversos. El resto se había esparcido como en otras ocasiones. Volverían a reunirse cuando los cazadores perdieran el interés. Algo que ocurrió pronto, pues la bruja de Taglios parecía determinada a echar el guante a la Hija de la Noche y al santo viviente de los Impostores.

La chica suspiró relajada.

—Creo que se han ido hacia el sur.

Su susurro no contenía trazas de triunfo.

—Este debería ser el último perro.

Narayan tampoco tenía sensación alguna de éxito. Extendió el brazo y rozó a la chica. Ella no se desembarazó de él.

—Nunca antes habían usado perros.

Estaba cansado. Cansado de correr, de tener dolor.

—¿Qué ha ocurrido, Narayan? ¿Qué ha cambiado? ¿Por qué no me responde mi madre? Lo he hecho todo bien. Pero no puedo sentir que esté cerca.

Quizá no lo estuviese, pensó el lado herético de Narayan.

—Quizá no pueda. Tiene enemigos entre los dioses, así como entre los hombres. Uno de ellos quizá...

La mano de la chica le cubrió la boca. Contuvo la respiración. Algunos búhos tenían un oído tan bueno como para captar su aliento. Podían atrapar a la chica con la

defensa baja.

Retiró la mano.

—Se ha dado la vuelta. ¿Cómo la alcanzaremos, Narayan?

—Ojalá lo supiese, chiquilla. Ojalá lo supiese. Estoy destrozado. Necesito a alguien que me diga qué hacer. Cuando eras pequeña, pensaba que a estas alturas ya serías la reina del mundo. Que habríamos pasado por el Año de los Cráneos y el triunfo de Kina y que yo estaría disfrutando de la recompensa de mi persistente fe.

—No empieces tú también.

—¿Empezar?

—Dudando. Vacilando. Necesito que seas mi roca, Narayan. En el pasado, cuando todo lo demás se había convertido en polvo en mis manos, siempre estaba el granito de papá Narayan.

Por una vez no parecía estar manipulándolo.

Se acurrucaron como prisioneros de la desesperación. La noche, que en una ocasión había pertenecido a Kina, pertenecía ahora a la protectora y a sus adláteres. Pero se veían impelidos a viajar bajo un manto de oscuridad. De día los reconocían muy fácilmente, ella con su palidísima piel y él con sus discapacidades físicas. La recompensa por su captura era grande y el país era pobre.

Su huida los conducía al sur, hacia las tierras baldías deshabitadas que se aferraban a las faldas norteñas de Dandha Presh. Las tierras pobladas eran demasiado peligrosas en aquel momento. Todos estaban en su contra. Pero tampoco había certeza de que las tierras baldías fuesen a ser más amistosas. Allí sería más fácil que los cazadores diesen con ellos.

—Quizá deberíamos exiliarnos hasta que la protectora nos olvide —musitó Narayan.

Lo haría. Sus pasiones eran furiosamente intensas, pero no duraban mucho.

La chica no contestó. Contemplaba las estrellas, probablemente en busca de una señal. La propuesta de Narayan era imposible y ambos lo sabían. Habían sido tocados por la diosa. Tenían que hacer su trabajo. Debían cumplir sus destinos, por mi infeliz que fuese el camino. Debían provocar el Año de los Cráneos, por muchos sufrimientos que hubiesen de pasar. El paraíso estaba más allá de la aflicción.

—Narayan, mira el cielo hacia el sur.

El viejo Impostor alzó los ojos. De inmediato vio a qué se refería. Un pequeño trozo de cielo, al sur, muy bajo, aleteaba y temblaba. El temblor se detuvo unos segundos y una extraña constelación comenzó a brillar.

—El Lazo —susurró Singh—. No es posible.

—¿Qué?

—La constelación se llama el Lazo. No deberíamos poder verla.

No desde aquel mundo. Narayan sabía de ella porque había sido prisionero de la

Compañía Negra en una época en la que la constelación había sido objeto de intensas discusiones. Tenía alguna conexión con la llanura reluciente bajo la cual se hallaba presa Kina.

—Quizá sea nuestra señal.

Estaba listo para aferrarse a cualquier cosa. Consiguió enderezar su cansado cuerpo colocándose la muleta bajo el brazo.

—Hacia el sur, entonces. Allí podremos viajar de día porque no habrá nadie que nos vea.

—No quiero viajar más, Narayan —dijo la chica.

Pero también se levantó. Viajaron, día tras mes tras año, porque solo en movimiento podrían escapar de los males que obstaculizaban el cumplimiento de sus sagrados destinos.

Un búho chilló en algún lugar lejano. Narayan lo ignoró. Por enésima vez reflexionó sobre el repentino cambio de fortuna que había sufrido tras tanto tiempo de buena suerte. Toda su vida había sido así, un brusco cambio tras otro. Si pudiese aferrarse a los andrajos de su fe, si pudiese perseverar, pronto la fortuna volvería a sonreírle. Era un santo viviente. Sus pruebas y sufrimientos debían medirse por tal patrón.

Pero estaba tan cansado. Y tenía tantos dolores.

Intentó no preguntarse por qué no percibía la presencia de Kina en el mundo. Intentó concentrarse en cubrir los siguientes cien metros. Con esa victoria en la mano, se concentraría en los siguientes cien.

CAPÍTULO 17

LA TIERRA DE LAS SOMBRAS DESCONOCIDAS: LA MORADA DE CUERVOS

Tobo tardó diez días en aprender todo lo necesario para convertirse en un maestro de las Puertas de las Sombras. Aquellos diez días parecieron mucho más largos para algunos de nosotros porque la Fila de Nueve, desafiando los deseos expresos de los ancianos de Khang Phi y los señores del Tribunal de Todas las Estaciones, emitió una bula declarando que la Compañía Negra era enemiga de los Hijos de los Muertos. Animaba a todos los caciques a reunir sus fuerzas y a marchar contra nosotros.

Ese problema se desarrollaba lentamente. Los caciques de nuestro alrededor sabían demasiado de nosotros como para intentar nada. Los que estaban más lejos se hallaban dispuestos a esperar hasta que alguien más se moviera primero. La mayoría no se preocupó por reunir a las tropas. Y, característico de la política de Hsien, nunca se redujo la corriente de voluntarios, dinero y materiales que nos ayudaba a convertirnos en una amenaza aún mayor para los Hijos de los Muertos.

Tobo acabó el trabajo en la Puerta de las Sombras, del lado de Hsien, catorce días después de nuestro regreso de Khang Phi. A pesar de las nubes de guerra, Dormilón no tenía prisa alguna. Sagra le aseguró que pasarían meses antes de que alguien avanzara hacia nosotros (si es que lo hacían alguna vez). Afirmaba que los caciques no podían ponerse de acuerdo tan rápido ni moverse tan deprisa. No había que apresurarse. Las prisas provocan errores. Los errores cometidos te torturan durante toda la vida.

—Siempre que haces algo bien, ten seguro que te va a costar caro —le dije a Suvin.

El joven lugareño de las sombras acababa de ser informado de su más reciente honor. Iba a cruzar la llanura reluciente para, tras ser formado por Tobo, explorar y reparar la Puerta de las Sombras de nuestro hogar. Tobo no iba a ir, pues no quería separarse de sus mascotas.

—¿Tienes dotes para la escritura? —le dije con astucia rastrera.

Se me quedó mirando unos segundos, unos ojos grandes, redondos y marrones hundidos en un gran rostro pardo.

—No. Ni hablar. Me gusta estar en la Compañía, pero no quiero pasar en ella toda mi vida. Es una experiencia de aprendizaje. No es más que formación. No me convertiré en señor de mercenarios.

Me sorprendía, de varias formas. Nunca había oído a nadie expresarse de aquella manera sobre el tiempo pasado en la Compañía, aunque es verdad que muchos se unen a ella con la intención de desertar tan pronto como estén a salvo del problema que les ha hecho alistarse. Tampoco había visto nunca a nadie asimilar tan velozmente lo que a la larga podía significar convertirse en aprendiz de analista.

La carrera de analista podía ser el primer paso antes de convertirse en capitán algún día.

Le estaba tomando el pelo, pero Dormilón tenía a Suvrin en muy alta estima. La sugerencia quizá no fuese un chiste para ella.

—Diviértete en el otro lado y ten cuidado. Allí donde Atrapa Almas anda metida, nunca se toman las precauciones necesarias.

Seguí hablando sin parar. Su paciente expresión ausente y los ojos brillantes me decían que ya lo había oído antes.

—Y lo oirás cien veces más antes de que te vayas. La Vieja probablemente lo escribirá todo en un pergamino que tendrás que llevar contigo y leer cada mañana antes del desayuno.

Suvrin sonrió de manera débil y ladina.

—¿La Vieja?

—Se me ha ocurrido intentar imponerlo, pero tengo la sensación de que no va a funcionar.

—Puedes estar seguro de ello.

No esperaba cruzar mi camino con Suvrin de nuevo a este lado de la llanura. Estaba equivocado. Minutos después de separarnos pensé que podía ser útil ver cómo aprendía a usar la Puerta de las Sombras.

Sabía que debía pedir permiso al capitán, pero fui capaz de resistirme a la tentación.

Dama decidió que también era bueno ampliar sus conocimientos.

CAPÍTULO 18

LA TIERRA DE LAS SOMBRAS DESCONOCIDAS: RUMBO AL SUR

Unos fuegos ardían en las lejanas pendientes frente al Puesto Avanzado. Los molestos monos de las rocas habían emigrado. Las bandadas de cuervos se extendían. Oí que en algún lugar los llamaban Electores de los Muertos. La Fila de Nueve había conseguido reunir un endeble ejército mucho más rápido de lo que creía nuestra desconcertada ministra de exteriores.

—Llegó el momento —le dije a Murgén mientras compartíamos una jarra recién descubierta de revientacráneos—. Por Un Ojo.

Aquella bebida no desaparecía del todo. Hacíamos lo que podíamos para asegurarnos de que no caía en manos de los soldados. En sus manos, los licores fuertes causaban indisciplina.

—Tu mujer hablaba como si fuesen a tardar un año o un siglo en intentar atacar.

El advenimiento de fuerzas hostiles no era una sorpresa. Lo habíamos sabido gracias a los servicios de inteligencia de Tobo.

—Por Un Ojo. Ya se sabe que a veces ella también falla, capitán —comenzaba a arrastrar las palabras pues no aguantaba la bebida—. En raras ocasiones.

Murgén alzó la copa a modo de brindis.

—Por Un Ojo. —Después agitó la cabeza—. Amo mucho a esa mujer, capitán.

—Um.

Oh, oh. No quería que se pusiera sensiblero, pero entendía su problema. Ella había envejecido. Nosotros habíamos pasado quince años en estasis sin envejecer ni un minuto. Una pequeña compensación de los dioses por jugar tan sucio el resto del tiempo. Pero Sagra, que había significado para Murgén más que la vida misma y que era la madre de su hijo, no había sido una de los Tomados. Fue una suerte para nosotros, ya que se dedicó a liberar a Murgén y, una vez conseguido, nos liberó a mí, a mi mujer y a la mayoría de los Tomados. Pero había envejecido, había cambiado mucho aquellos quince años. Además su hijo había crecido. Y ahora, cuatro años

después de nuestra resurrección, Murgén no se había acostumbrado por completo.

—Te las arreglarás —le dije—. Bendito sea Un Ojo. Sácatelo de la cabeza. Disfruta del presente. No te preocupes por el pasado. Eso es lo que hago yo.

En términos de experiencia, mi mujer había vivido siglos antes de que yo naciera.

—Conseguiste ser el fantasma que viajaba con ella y que compartió su vida, a pesar de que no pudieras tocarla.

Yo vivo con diez mil fantasmas del pasado de mi mujer. Nunca se habla de ellos pues no le gusta hablar de sus días pasados.

Murgén resopló y murmuró algo sobre Un Ojo. Tenía problemas para entenderme a pesar de que estaba vocalizando con especial precisión.

—Nunca fuiste un gran bebedor, ¿verdad, capitán?

—No. Pero siempre he sido un buen soldado. Siempre he hecho lo que había que hacer.

—Cierto.

Estábamos a cielo abierto, contemplando las estrellas fugaces y las constelaciones de fuegos que señalaban el campamento del enemigo. Parecía haber un buen número de fogatas. Muchas más de las que debería haber, según los informes. Algún cacique estaba tramando algo.

—No van a venir —dijo Murgén—. Se van a quedar allí sentados. Lo hacen por el bien de los Nueve. No es más que teatro.

Bendije a Un Ojo y bebí otro trago, preguntándome si Murgén repetía las suposiciones de su mujer o de su hijo. Giré la cabeza para ver mejor por mi ojo bueno. Mi visión nocturna es cuestionable incluso cuando estoy sobrio.

—No creo que puedas imaginar el miedo que sienten allí ahora mismo —dijo Murgén—. El chico los aterroriza cada noche. No ha herido ni a uno de los piojos que tienen en la cabeza, pero no son estúpidos. Han entendido el mensaje.

Si tienes a los Sabuesos Negros rondando el campamento, comiendo de tus cacerolas o meándose en ellas, y a docenas de seres nocturnos menores levantando tiendas o iniciando fuegos y robando botas y tesoros, es seguro que tendrás problemas con la moral. Los soldados no se van a creer las historias que les cuentas para calmarlos, por muy listo que te consideres.

—La cosa es que si el mando decide que va a haber guerra, avanzarán.

Lo sabía. Llevo en la Compañía desde siempre. He visto a hombres luchar bajo condiciones extremadamente malas. Y, admitámoslo, he visto a hombres perder el valor en condiciones que parecían ideales.

—Por Un Ojo. Era el pegamento que nos mantenía unidos.

—Un Ojo. ¿Sabes que el Cuarto Batallón sube hoy?

—¿Sube?

—A la llanura. Probablemente estén saliendo ahora mismo.

—Es imposible que Suvrin tenga ya lista la Puerta de las Sombras.

Murgen se encogió de hombros.

—Solo digo lo que he oído. Sahra se lo ha dicho a Tobo. Lo oyó de Dormilón.

De nuevo el analista no había sido incluido en la planificación y toma de decisiones. El analista estaba irritado. En una vida anterior había ganado mucha experiencia planeando campañas y gestionando grandes grupos de rebeldes. El analista aún puede aportar algo.

En un momento de claridad entendí por qué me estaban dejando fuera. Se trataba del monstruo que había matado a Un Ojo. La venganza no era importante para Dormilón. No quería malgastar tiempo y recursos en ello. Sobre todo, no quería perder tiempo discutiendo conmigo y con aquellos que piensan como yo.

Reflexioné.

—Quizá no deba intentar vengar a Un Ojo.

A Murgen no le importó aquel inexplicable cambio de tema. De todas formas, parecía escuchar tan solo a su alma.

—¿De qué hablas? Tienes que hacerlo.

Así que estaba de acuerdo conmigo. Recordé que él había conocido a Un Ojo durante más tiempo que cualquier otro, excepto yo mismo. Para mí aún era el chico nuevo, pues fue uno de los últimos en unírseos cuando estábamos al servicio de Dama. Todo aquello había ocurrido en un mundo tan lejano y antiguo que había momentos en los que casi tenía nostalgia de aquellos días tan horribles.

—Una más por Un Ojo. Me gustaría saber cuándo vamos a poder disfrutar de unas cuantas jornadas buenas.

—Ya lo hacemos, capitán. De vez en cuando, solo que no nos damos cuenta.

Recordaba una o dos. Pero solo conseguí pensar en lo que podía haber sido de haber resultado todo diferente. Pensaba en Booboo. Y cuando mezclo licores fuertes con pensamientos sobre mi hija todo lo veo negro. Con la vejez cada vez lo veo todo más negro.

—¿Tienes idea de cuál es la estrategia de Dormilón? —pregunté.

Seguro que tenía una. La maquinación y la confabulación son su fuerte. Tanto como para haber sido más astuta que la radisha y mi cuñada.

—Ni idea. Me enteraba de más cosas cuando era un fantasma.

—¿Ya no te abandona tu cuerpo?

—Estoy curado. Al menos en este mundo.

Me temía que no era bueno. Su débil unión a la carne había sido durante años el arma más potente de la Compañía. ¿Qué haríamos si ya no podíamos ver lo que ocurría en aquellos lugares donde no estábamos?

Me emborracho realmente rápido.

Algo chirrió en la oscuridad. Por un instante, pensé que algo se estaba burlando

de mí. Entonces una enorme bola de fuego ascendió a través del valle. En realidad, los seres ocultos se estaban divirtiendo a costa de los soldados.

—La jarra está vacía —dije mientras me tumbaba y jugueteaba con el último trago en mi garganta—. Voy a ver si encuentro otra en el lugar donde encontramos esta.

CAPÍTULO 19

PIEDRA RELUCIENTE: A HURTADILLAS

Doj asintió ligeramente mientras Dama y yo cabalgábamos cerca de su casa. Cuando miré atrás un minuto más tarde, lo vi en la calle con varios secuaces nyueng bao. Llevaba la espada, Varita de Fresno. Thai Dei, cuñado y guardaespaldas de Murgén, caminaba al frente. Iba también armado. Si se iba a venir, Murgén seguro que también lo haría.

No dejaba de mirar a mi espalda. Todo tenía que hacerse antes de que Dormilón se enterase y diese órdenes prohibiéndolo. No podía negarme a unas órdenes directas.

Ella y Sahra estaban en el valle. Tran Huu Nhang había aparecido con una bandera de tregua. Tenía la sensación de que anunciaría que la Fila de Nueve había decidido aceptar la realidad. Nunca lo admitirían, pero su ejército había sido derrotado sin entrar en el campo de batalla. Se evaporaba. Los soldados rasos no estaban dispuestos a soportar las persistentes atenciones de las Sombras Desconocidas.

Todo era bastante divertido (siempre que no fueses uno de los Nueve con intenciones de ganar reputación o un cuervo con ganas de engordar). Divertido pero útil. Estaba cansado de aguardar la oportunidad de escapar. Mi necesidad de ajustar cuentas con el monstruo Bowalk era muy poderosa, aunque la escondía bien. Hay unas cuantas obsesiones que nunca muestro.

Oficialmente, el Undécimo Batallón hacía guardia en la Puerta de las Sombras. En realidad, iba a avanzar hasta la fortaleza en el corazón de la llanura después del ocaso. Mi banda estaría allí mucho antes, moviéndose rápidamente para que Dormilón no tuviese oportunidad de ordenar nuestro regreso. Tobo cubriría nuestras huellas.

Hice una señal esperando que fuera vista y continué. Necesitábamos movernos más rápido. Dormilón es una bruja llena de recursos. Si había forma de vencerme, quizá ya la habría descubierto.

Parecía que nadie estaba de acuerdo con ella en la cuestión de Bowalk. Un Ojo

tenía muchos más amigos muerto que los que había tenido en vida.

Tobo estaba en la Puerta de las Sombras, pero se suponía que tenía vigilada a su madre y a la capitana. Sin embargo, antes de que yo pudiera decir nada, me habló:

—Están a salvo. La reunión es una argucia de los Nueve para salvar el honor. Han comprendido que lo que hicieron es estúpido. Habrá mucha ceremonia, pero no se admitirá nada, ni siquiera que han traído un ejército para causarnos mal, y antes de haber acabado le darán a mamá una bula concediéndole permiso a la Compañía para encontrar y usar los secretos de las Puertas de las Sombras. —Sonrió con emoción—. No creo que hayan dormido lo suficiente.

—Y ¿por qué estás aquí?

—Tengo familiares implicados en esto, ¿no?

Claro que sí. Yo estaba con los nervios de punta.

—Sigamos.

Con los nyueng bao, los viejos hombres de la Compañía, mi mujer y demás, tenía unos cuarenta hombres en mi partida de caza. Por el momento. Si nos estirábamos demasiado, quizá no fuese capaz de mantenerlos unidos.

—Acampa en el primer círculo, aunque creas que puedes cubrir más terreno, antes de que oscurezca —me dijo Tobo.

Se dirigió después a Dama:

—Es importante. Mantenlo a raya. El primer círculo, así podré alcanzaros cuando consiga escabullirme.

—Oye, Matasanos —gritó Sauce Swan—. Si te quedas justo aquí y miras por el rabillo del ojo, podrás ver a los nef a plena luz del día.

Swan estaba al otro lado de la Puerta de las Sombras de Hsien. Su voz tenía una cualidad húmeda y distante.

Le dediqué un ceño fruncido.

—No te olvides de la disciplina.

Puede que Shivetya fuese nuestro aliado y el alma de la llanura, pero allí había peligros que ni siquiera él podía dominar. Los Muertos Irredentos seguían estando sedientos de vida. Solo las carreteras y los círculos eran lugares seguros. Había que tener extremo cuidado y evitar perforar los límites protectores. Sus conjuros maestros los repararían si así hacías, pero no vivirías para disfrutar del resultado. Todo lo que quedaría de ti sería una cáscara disecada tras morir entre alaridos.

Últimamente parecía haber menos actividad de las sombras que en el pasado. Probablemente Shivetya había encontrado la forma de controlarlas. Quizá incluso de destruirlas. Eran una adición tardía. No le servían de nada. Le encantaría librarse de ellas.

Su desaparición sería tan maravillosa para aquellas tristes, aunque mortíferas criaturas, como para nosotros. Al menos así alcanzarían la liberación de la muerte.

Una liberación que Shivetya entendía pues él también la anhelaba para sí.

Comencé a gritarle a la gente.

—¡Sacad ese equipo de ahí y seguid moviéndooos! ¿Dónde están las mulas? Pensé que las había enviado aquí la semana pasada.

Cuando mucha gente te da la razón, puedes mover grandes cantidades de materiales sin atraer demasiada atención. Había comenzado a trabajar en este plan tan pronto como supe que Dormilón no estaba dispuesta a llevarlo a cabo.

—Calma —me dijo Tobo.

Así hice. Estaba desorientado. Un chico diciendo tal cosa a un veterano y con razón.

—Ven aquí. Dama, tú también.

Se salió del camino y fue hasta a una tosca caja de madera que guardaba un precario equilibrio sobre una piedra dentada.

—Esta misma roca se halla en nuestro mundo —dije—. Tu padre tenía una carbonera donde ese matojo. ¿Qué tienes?

La caja contenía algo parecido a cuatro cilindros de cristal negro de treinta centímetros de largo y cinco de diámetro, equipados con asas de metal en un extremo.

—Son llaves. Al igual que la Lanza de la Pasión. Con estas puedes entrar y salir de la llanura. He hecho unas nuevas. No es difícil si tienes las instrucciones. Blade tiene una llave. Suvrin tiene dos. Una está colocada en esta puerta de aquí. La quitaremos cuando nos marchemos. Un par de comandantes de batallón, que ya han ascendido a la llanura, tienen dos más. Tú te vas a llevar dos. Por si acaso.

Me pasó un cilindro y le dio el otro a Dama. El mío era más pesado de lo que aparentaba a simple vista. El asa era de plata.

—Simplemente se deja caer en el agujero de la planicie, ¿no?

—Exacto. ¿Recuerdas las clases que di sobre cómo repararlas?

Encaré a Dama al preguntarlo. Yo fui a las clases, pero mi mujer entendió mucho mejor el proceso. Solo en caso de extrema emergencia podíamos confiar en mí para hacer algo ligeramente parecido a la magia.

Una hilera de mulas y hombres pasaron a través de la Puerta de las Sombras. Cada uno fue revisado por un sargento que seguro pasó sus años de formación en el cuartel general de Dormilón. Quería tomar nota de cada hombre, cada animal, cada lanzador de bolas de fuego y de toda clase de equipamiento pesado o armas. Los nyueng bao, al no pertenecer realmente a la Compañía, se mostraron groseros con él. Yo también.

—Lo está jorobando todo, sargento. Márchese o le pediré a Tobo que le azuce a uno de los Sabuesos Negros.

La manada no estaba lejos. Nadie podía verlos, claro está, pero armaban bastante jaleo cuando luchaban entre sí. Y las luchas eran constantes.

Mi amenaza tuvo el efecto deseado. El encargado del inventario se marchó tan aprisa que casi se oyó un zumbido. Presentaría una queja formal. Pero quedaría muy abajo en la lista de mis crímenes.

Tobo me dio alcance. La mayoría de mis hombres ya había pasado. El chico se inclinó ante su padre con formal educación. El y Murgen tenían un problema mutuo. Ninguno de los dos sabía cómo salvar el vacío dejado por el enterramiento de Murgen durante los años de formación de Tobo.

El chico me dijo, con un tono propicio para que lo oyera su padre:

—Será mejor que avancéis. Mamá acaba de oír lo que estáis haciendo. Va a mantener la boca cerrada por Gota. Por ahora. Pero cuando oiga que papá está metido en esto, se va a poner como una furia e irá directamente a la capitana.

Le dirigí a Murgen una fea mirada. No le dijiste a la señora que te ibas con los colegas, ¿eh?

¿Cómo sabía Tobo lo que acababa de descubrir su madre?

El chico chasqueó los dedos, hizo gestos con las manos y dijo algo ininteligible, aparentemente al vacío.

Un par de sombras salieron a toda prisa por la pendiente que se inclinaba hacia el suroeste. Se dirigían directamente hacia nosotros. No vi qué era lo que las proyectaba. Entonces, de repente, sentí unas alas batiéndome en el rostro, un peso en los hombros y lo que parecían ser espolones de dragón intentando arrancarme la carne de las clavículas.

Cuervos.

—Parecen grajos —dijo Tobo—. Nunca olvides que no lo son.

Me estremecí. Había vivido con aquellas cosas alrededor década tras década, pero estar expuesto no las hacía menos espeluznantes.

—Han acordado adoptar este aspecto a petición mía —me dijo Tobo—. Serán vuestros ojos y oídos allí donde tengáis que actuar sin mí. No tienen la capacidad estratégica a la que estabas acostumbrado con papá, pero pueden cubrir unos cientos de kilómetros con rapidez y te proporcionarán una poderosa ventaja táctica. Además de explorar pueden llevar mensajes. Asegúrate de expresarlos con cuidado, claridad y sin ambigüedad, e intenta que sean breves. Dales una dirección muy clara. Da nombres y asegúrate de que sepan a quién pertenecen estos.

Giré la cabeza a izquierda y derecha, vi algo a ambos lados. Era desconcertante tener aquellos crueles picos tan cerca. Los ojos es lo primero que atacan los Electores de los Muertos en el campo de batalla.

Un ave era negra, la otra blanca. Eran mayores que los cuervos locales.

Y el blanco no tenía la forma habitual. Parecería como si uno de sus padres hubiese sido una paloma asustada en lugar de un cuervo.

—Si por lo que sea no puedo alcanzaros y necesitáis ponerte en contacto, ellos me

encontrarán fácilmente.

Estaba seguro de que mi aspecto era siniestro.

Con una sonrisa, Tobo me dijo:

—Pensé que le irían genial a tu disfraz. Mamá me dice que siempre llevabas cuervos en los hombros cuando años atrás hacías de Tomavidas.

Suspiré.

—Eran cuervos auténticos y pertenecían a Atrapa Almas. Los dos teníamos una especie de acuerdo por entonces. Del tipo de los enemigos de mis enemigos...

—Has traído la armadura del Tomavidas, ¿verdad? ¿Y la lanza de Un Ojo? Ya sabes que no puedes volver si te dejas algo.

—Sí, sí. Lo tengo.

La armadura disfraz de Tomavidas no era la misma que había llevado décadas atrás. Aquella se había perdido durante las guerras de Kiaulune de Dormilón y Sagra. Atrapa Almas probablemente la tenía en su cámara de trofeos. Esta armadura, aunque era principalmente para espectáculos, venía de las mejores armerías de Hsien y tenía un sabor nativo evidente. Su negra superficie lacada como de quitina contaba con símbolos incrustados de oro y plata que Hsien asociaba con la brujería, el mal y la oscuridad. Algunos reproducían caracteres arcanos de poder en una ocasión ligados a los Maestros de las Sombras. Otros se retrotraían a una época en la que el culto de Kina, ahora extinto, enviaba compañías de Impostores a las cruzadas. Todos los símbolos eran dolorosos, al menos en el mundo donde por primera vez fueron imaginados.

La armadura de Creaviudas, reconstituida por Dama, era más fea que la mía. El material del exterior estaba menos definido y era mucho más espeluznante, ya que había insistido en involucrarse en su diseño y creación. Tiene la mente llena de arañas.

Ella no contaba con falsos Electores de los Muertos. Llevaba varias cajas de teca ornamentadas y una pequeña bolsa de hojas de ese extraño papel de arroz que adoran los monjes de Khang Phi.

—Has de irte. Me ocuparé de que no envíen mensajeros a ordenarte que vuelvas.

Solté un gruñido. Excepto por tío Doj, que se detuvo para murmurarle algo a Tobo, fui el último de mi banda en atravesar la Puerta de las Sombras de Hsien. Dama me apretó la mano cuando me uní a ella en el otro lado.

—De nuevo en marcha, cariño.

Parecía emocionada.

—De nuevo.

No pude recordar haberme emocionado nunca al ponerme en marcha.

—¿Quieres mostrar ya el estandarte? —preguntó Murgén.

—No hasta que no estemos en la llanura. Aquí somos renegados. No hay que

dejar mal a Dormilón.

Tenía una idea. Si pudiese encontrar el material necesario... podríamos izar el viejo estandarte de la Compañía. En el pasado habíamos adoptado el cráneo de Atrapa Almas escupiendo fuego.

—Bien —me dijo Doj al pasar por la puerta—. Un poco de sensatez. Eso está bien.

Comencé a ascender a la llanura un tanto atolondrado al comprender que era el único miembro vivo de la compañía que recordaba el pendón original. No era más alegre que el actual, pero sí mucho más abigarrado. Un campo escarlata con nueve hombres ahorcados de negro y seis dagas amarillas en los cuadrantes superior izquierdo e inferior derecho, respectivamente; en el cuadrante superior derecho había un cráneo destrozado y en el inferior izquierdo se mostraba un ave a horcajadas sobre una cabeza cortada. Quizá era un cuervo. O un águila.

No había nada en los Anales que sugiriera cuándo o por qué se había adoptado aquella bandera.

CAPÍTULO 20

LA PIEDRA RELUCIENTE: CAMINOS MÍSTICOS

—Hay unas estrellas diferentes esta noche —dijo Sauce Swan mientras se reclinaba y observaba el cielo.

—Todo es diferente —contestó Murgen—. Trata de encontrar el Muchacho o el Ojo del Dragón.

No había luna. Siempre hay luna en la Tierra de las Sombras Desconocidas.

El cielo en la llanura... es cambiante. No suele mostrar las mismas constelaciones dos noches seguidas.

El clima es a menudo benigno. Aunque frío, por supuesto. Pero casi nunca llueve u otras cosas peores. Al menos en mi experiencia. Sin embargo, no me preocupaban la lluvia o la nieve, sino el comportamiento de las sombras.

Las dieciséis Puertas de las Sombras están a distancias iguales alrededor del perímetro de la llanura. De cada una sale un camino de piedra de colores diferentes, como radios en la rueda de un carromato, hacia la fortaleza sin nombre en el centro. Solo había visto dos de esos caminos. Uno era más oscuro que la llanura, el otro ligeramente más claro. A intervalos de nueve kilómetros a lo largo de los radios hay grandes círculos de un material del mismo color. Solían usarse como campamentos, aunque puede que esa no fuese su función original. La llanura ha cambiado con el tiempo. Los hombres no dejan nada en paz. En una ocasión las carreteras fueron rutas místicas entre los mundos. Ahora son el único lugar seguro cuando se pone el sol. Cuando cae la oscuridad, las sombras asesinas abandonan sus escondrijos. Mientras nos tragábamos nuestra burda cena, la poca luz que generaban las brasas reveló docenas de manchas negras que pululaban por la cúpula invisible que protegía el círculo.

—Las Babosas de la Perdición —dijo Murgen mientras tragaba un trozo de pan y saludaba a una sombra cercana—. Mucho mejor que la Hueste de los Muertos Irredentos.

—De repente tienes sentido del humor —dijo Cletus—. Me preocupas.

—Aterraos, aterraos —dijo su hermano Loftus—. Los últimos días están sobre nosotros.

—¿Estás diciendo que el Año de los Cráneos no es más que un mal chiste?

—Si así fuera —contesté—, habríamos muerto hace veinte años y lo único que verías allí arriba sería el feo rostro de Kina.

—Hablando de feos —señaló Dama.

Habíamos acordonado con estacas unos pocos metros cuadrados de hierba al borde del círculo, donde comenzaba la carretera hacia el corazón de la llanura. Había colocado la llave que me había dado Tobo en el hueco de la piedra emplazada donde el círculo y la carretera se unían. Todos los círculos tenían un hueco. La llave sellaba la carretera. De este modo aquellas sombras, capaces de traspasar las barreras protectoras, se mantendrían alejadas de nosotros.

—Los nef —dijo Murgén.

Podían verse tres criaturas claramente en la barrera. Eran bípedos, pero las cabezas eran de tal fealdad que otros analistas habían expresado el convencimiento de que se trataban de máscaras. Podía comprender por qué. Sin embargo, al verlos, tuve una poderosa sensación de déjà vu. Quizá me había encontrado con ellos en uno de los muchos sueños que tuve estando enterrado.

—Los conoces, Murgén —dije—. Mira a ver si puedes hablar con ellos.

—Sí y después voy a volar hasta el sol.

Nadie hasta entonces había podido comunicarse con los nef, aunque era obvio que las criaturas querían hablar de manera desesperada. Somos tan ajenos unos de otros que la comunicación es imposible.

—Deberíamos poder entenderlos mejor, pues los vemos estando despiertos. Estamos despiertos, ¿no?

Históricamente, los nef solo se aparecían en sueños. Solo en el último año los guardias de la Puerta de las Sombras informan de haberlos vislumbrado del mismo modo que pueden ver a las mascotas de Tobo.

Murgén se acercó cansado. Observé lo que ocurría echando un ojo a los cuervos. Hasta la caída de la noche casi se habían mostrado soñolientos, indiferentes por completo al mundo. La aparición de las sombras en la barrera los volvió intranquilos, incluso belicosos. Sisearon y tosieron y emitieron todo tipo de sonidos poco cívicos. Se estaba produciendo algún tipo de comunicación, ya que las sombras contestaron, aunque de manera nítida, no como los cuervos.

Las Sombras Desconocidas de Hsien compartían ancestros comunes con la Hueste de los Muertos Irredentos.

Murgén estaba maravillado.

—Creo que entiendo lo que tratan de decirme.

—¿Qué es?

Mi mujer, vi, miraba fijamente a los nef. ¿Podría también entenderlos? ¡Pero si no tenía experiencia previa con los onironautas! A no ser que los hubiese tratado mientras estuvimos enterrados, en un estado cercano al de los propios nef.

No, debía de ser cosa de ellos. Nos habían estudiado lo suficiente como para haber averiguado cómo hacerse comprender.

—Quieren que no sigamos avanzando hacia el centro de la llanura —dijo Murgén—. Dicen que deberíamos tomar la otra carretera.

—Basándonos en lo que aparece en los Anales, creo que, desde la primera vez que alguien soñó con ellos, siempre intentan que hagamos algo distinto a lo que queremos, aunque nunca han podido dejar claro qué es.

—Creo que fui yo el que escribió eso —dijo Murgén—. Tienes razón. Lo que nunca he averiguado es si intentan evitarnos problemas o si siguen sus propios intereses. Me parece que se trata de las dos cosas a la vez.

Del cuervo negro salió un leve siseo. Una advertencia. Me giré. Tío Doj había aparecido dos pasos detrás de Murgén, totalmente armado, con la mirada fija en los nef. Tras observarlos durante un minuto, rodeó un cuarto del círculo hacia la derecha. Entonces se movió adelante y atrás, se puso en cuclillas y después de puntillas.

La Dama fue hasta donde él estaba y comprobó lo que veía desde diferentes ángulos.

—Hay una carretera fantasma, Matasanos.

Volvió y sacó la llave que Tobo le había dado. La seguí. En la superficie de piedra había aparecido un hueco para la llave mientras nadie miraba. Había rastreado todo el perímetro antes de instalarnos y no había estado allí antes.

—El chico me dijo que no te dejara perder el tiempo tratando de ganarlo —dijo Doj—. Quizá se refería a esto.

—Murgén, ¿sabes si hay atajos y carreteras secundarias en la llanura?

—Supuestamente existen. Dormilón las descubrió.

Vagamente conseguí recordar algo de mi propio paso por la llanura.

Dama quería meter su llave. La contuve.

—Está bien —dije—. Si crees que es lo correcto. ¿Doj? ¿Qué piensas? ¿Es seguro?

Era lo más parecido a un mago que teníamos.

—No parece que esté mal.

No era una afirmación muy rotunda, pero suficiente.

Dama colocó la llave en su lugar. En un instante, la carretera fantasma se volvió más sustancial, y comenzó a dar la impresión de poseer un brillo dorado que no estaba allí cuando intentabas mirarlo directamente. Mis ornamentos en los hombros no estaban contentos. Sisearon y escupieron y se retiraron al extremo opuesto del círculo, donde comenzaron a luchar con algo grande y oscuro que se arrastraba por la

superficie de nuestra protección.

—Creo que desean entrar en el círculo, capitán —dijo Murgen—. Me parece que quieren atravesarlo.

—¿Sí?

La carretera auxiliar se veía ahora más claramente que la principal.

—Quizá podamos atravesar el primer círculo justo detrás de la Puerta de las Sombras de Khatovar.

Comencé a recoger mi equipo.

—No antes de la mañana —me dijo Doj—. Toba te dijo que tenemos que quedarnos aquí toda la noche.

Miré a mi alrededor. Obviamente, la única forma de conseguir que todos se movieran aquella noche era haciendo que me odiaran.

Khatovar llevaba allí años. Seguiría estándolo con la salida del sol. Mi interés en Lisa Deale Bowalk era más antiguo que mi interés por aquel lugar. Su origen estaba en una ciudad llamada Juniper, antes de que ella conociese a uno de los Tomados llamado Cambiaformas. Si la justicia se retrasaba unas horas más, el universo no iba a desmoronarse.

Suspiré, dejé caer mis cosas y me encogí de hombros.

—Después del desayuno, entonces.

—Déjalos pasar —dijo Dama.

—¿A los nef? ¿Estás de broma?

—Doj y yo podemos manejarlos.

Su confianza era interesante pero insensata. No sabía nada de los nef, a no ser que se los hubiese encontrado en sueños.

Evité problemas creando un paso despejado.

—¿Todos listos? Saca la llave entonces, Murgen.

Iba a ser entretenido comprobar si la llanura se lo permitía.

Doj colocó delante de él a Varita de Fresno, exponiendo veinte centímetros de hoja.

La llave salió del hueco, Murgen saltó hacia atrás, los nef entraron en el círculo y lo atravesaron hasta la carretera lateral, por donde caminaron sin desviar la vista.

—Eso sí que es extraño —dijo Sauce Swan.

Los onironautas iban rápido, pero nadie mengua tan deprisa. No es normal tampoco que se transparenten al alejarse.

—Se deslizan de nuevo en la tierra de los sueños.

—¿Crees que me desvanecería en la tierra de los sueños si caminase por esa carretera?

El propio camino comenzó a desaparecer.

Nadie estuvo en desacuerdo. Doj meditó:

—Tobo dijo que no nos moviéramos.

Mitad de la noche. Algo me despertó. Sentí como un leve terremoto. Las estrellas estaban bailando. Tras otra sacudida, descansaron. Y ya no eran las estrellas que habían estado allí al dormirme. Se trataba de un cielo completamente diferente.

—¡Por allí! —insistía Doj.

Era por la mañana, estábamos en pie y Doj insistía en volver por donde habíamos venido.

—La fortaleza es hacia ahí.

—No queremos ir a la fortaleza —me recordó Dama—. Queremos ir a Khatovar.

—Que tampoco está en esa dirección..., ¿a que no?

Tobo no nos había dado alcance. No estaba contento.

—Puedes ir a mirar, Matasanos —sugirió Sauce Swan—. No te llevará mucho.

Estaba cansado de discutir, sobre todo frente al grupo. No quería que mi derecho a ser el líder se viera más cuestionado de lo que ya estaba. Todos portábamos culpas en el corazón. Yo más que ninguno, porque me había tragado la mística de la Compañía en mayor grado.

—Aceptaré el consejo de Swan —señalé eligiendo a mis compañeros—. Vosotros os venís conmigo. Montad. Vamos.

De modo que nos pusimos a hacer carreras con las mulas.

—No me lo creo.

No. No podía. Mis ojos eran unos mentirosos.

Al borde la llanura reluciente contemplaba otro paisaje con una topografía semejante a Kiaulune y la Morada de Cuervos. Pero aquí no había una Kiaulune bulliciosa en recuperación. No había una fortaleza Atalaya derrumbada, antiguamente equipada con torres desde las que Sombra Larga podía observar la llanura reluciente y ver qué venía a por él. Tampoco había una ciudad militar encalada con nítidos banales en las pendientes bajo ella. Aquella tierra estaba asilvestrada. Era mucho más húmeda que las otras dos. Arbustos y ralos árboles avanzaban hasta pocos metros de la derruida Puerta de las Sombras. Las obras que la rodeaban eran el único rastro humano visible aparte de las ruinas.

—Quédate agachado —me aconsejó Doj cuando comencé a alzarme exponiéndome a que mi silueta se recortara contra el cielo.

Sabía lo que me hacía. La gente que sabe lo que se hace normalmente muere en el momento en que lo olvida. Por eso insistimos en ello una y otra vez.

—Que haya una jungla no significa que no haya ojos atentos.

—Tienes razón. Casi cometo una estupidez. ¿Alguien se atreve a adivinar la edad

de esos escombros de abajo? Diría que tienen entre quince y veinte años, más cerca de los veinte que de los quince.

Murgen preguntó:

—¿Qué más da?

—La forvalaka atravesó en su huida esta Puerta de Sombra hace unos diecinueve años. Atrapa Almas estaba demasiado ocupado enterrando nuestros culos como para perseguirla, las sombras fueron tras ella...

—Claro, claro. No se marchó sola.

—Eso creo. Las sombras fueron tras ella y arrasaron todo lo que vemos.

Murgen refunfuñó. Dama y Doj estaban de acuerdo.

Khatovar. Mi destino durante una edad completa. Mi obsesión. Destruida porque no habíamos tenido el juicio suficiente como para cortarle el cuello a una joven en un tiempo y lugar muy lejanos.

La compasión me ha conferido un papel demasiado agrio en el teatro de mi propia desesperación.

Aunque es verdad que por entonces no parecía importante y estábamos demasiado ocupados tratando de escapar con nuestro pellejo intacto.

CAPÍTULO 21

†AGLIOS:

EL GRAN GENERAL

Mogaba se reclinó sonriendo.

—No puedo evitar seguir deseándole buena suerte a Narayan Singh.

Relajado, satisfecho por primera vez en años, la vida le parecía excelente. La protectora estaba en las provincias, entregada a su pasión por las persecuciones religiosas. Por lo tanto, no estaba en palacio haciéndole la vida imposible a aquellas que, de hecho, tenían las riendas, aquellas que dominaban al tigre a la par que trataban de llevar a cabo el trabajo mundano del gobierno local.

La mención del santo vivo hizo que Aridatha Singh se estremeciera. Fue sutil, aunque evidente y extraña. Otros Singhs no reaccionaban ante aquel nombre, nada más que quizá con una maldición obligatoria. Aquello exigía una investigación más profunda.

—¿Algún problema en el exterior? —preguntó Mogaba.

—Está tranquilo —contestó Aridatha—. Siempre que la protectora se encuentre fuera de la ciudad sin realizar peticiones absurdas todo se calma. La gente está demasiado ocupada ganándose la vida como para dar guerra.

Ghopal no era tan optimista. Los greys estaban en las calles y callejones todos los días.

—Cada vez aparecen más pintadas. La más frecuente: «El agua duerme».

—¿Y? —preguntó Mogaba.

Su voz era suave pero intensa, sus ojos, entornados.

—Siguen apareciendo las provocaciones tradicionales. «Todos sus días están contados». «Rajadharma».

—¿Y? —Mogaba parecía haber cambiado de personaje, como hacía Atrapa Almas.

Quizá imitaba su estilo.

—También hay otro. «Mi irredento hermano».

De nuevo esa dura acusación. La acusación que siempre molestaba el sueño

intranquilo de la parte de él que se sentía culpable por haber traicionado a la Compañía Negra y haber perseguido sus propias ambiciones. Nada bueno había surgido de ello. Su vida había quedado esclavizada. Su castigo era ir de un villano a otro, sirviendo siempre a la maldad, como una mujer casquivana que va de hombre en hombre en un largo declive.

Aridatha Singh, ansioso por alejar la conversación de Narayan Singh y los Impostores, intervino.

—Uno de mis oficiales informó ayer de uno nuevo. «Thi Kim se acerca».

—¿Thi Kim? ¿Qué es eso? ¿O quién?

—Parece nyueng bao —indicó Ghopal.

—Hoy en día no vemos mucho a ese pueblo.

—Desde que se llevaron a la radisha del palacio...

Ghopal se calló. Mogaba hacía comenzado a irritarse de nuevo, aunque ese fracaso era culpa de los greys, no del ejército. Pero por entonces él ya estaba en el territorio.

—Así que siguen apareciendo todas las viejas consignas. Pero la Compañía huyó a través de la Puerta de las Sombras y pereció al otro lado. Nunca se les ha vuelto a ver.

Ghopal sabía poco del mundo que había más allá de sus propias calles estrechas y apestosas.

—Quizá algunos sobrevivieron y no lo sabemos.

—No. No ha sido así. Habríamos recibido noticias. La protectora ha tenido a gente allí abajo cosechando sombras desde que partieron.

Gente que había sido atraída a su servicio por medio de promesas cruelmente falsas. Se les aseguró que aprenderían sus secretos y que iban a ser capitanes en su gran empresa secreta.

Ninguno de aquellos colaboradores sobrevivió mucho tiempo. Las sombras eran astutas y persistentes. Unos pocos encontraron la forma de escapar y destruir a sus torturadores, muriendo en el intento.

Atrapa Almas siempre se aseguraba de que, de una manera u otra, todo acabase en desastre.

Mogaba cerró los ojos, se reclinó de nuevo y alzó sus oscuros dedos.

—Me encanta que la protectora no ande por aquí.

Era difícil conseguir que aquellas palabras sonasen sin importancia. Tenía la garganta seca. El pecho parecía estar aprisionado por un gran peso. Tenía miedo. Atrapa Almas lo aterrizzaba. Y la odiaba por ello. Y se despreciaba por lo mismo. El era Mogaba, el gran general, el guerrero nar más puro, inteligente y fuerte producido por Gea-Xle. Para él, el miedo no era más que una herramienta con la que controlar a los débiles. Se suponía que no lo conocía.

En silencio, por dentro, Mogaba repitió los mantras del guerrero, hábitos enraizados desde el nacimiento que mantenían el miedo a raya.

Ghopal Singh era un funcionario. Muy bueno manejando a los greys, pero no era un conspirador por naturaleza. Era uno de los atributos que le habían agradado a la protectora. No comprendía el mensaje que se escondía tras las palabras del gran general. Aridatha Singh, de alguna manera, era tan inocente como hermoso. Pero entendía que Mogaba mascullaba algo que podría ser un gran momento en sus vidas.

Mogaba había apoyado el ascenso de Aridatha por su inocencia con respecto a los complejos motivos de los demás y por su entusiasta idealismo. Rajadhama era una palanca que sin duda movería a Aridatha Singh.

El inocente Singh miraba a su alrededor con nerviosismo. Había oído el viejo dicho de que en el palacio las paredes oían.

Mogaba se inclinó hacia adelante, encendió una barata vela de sebo en una lámpara y llevó la llama hasta un cuenco de piedra que contenía un oscuro líquido. Ghopal se mordió la lengua, aunque el producto animal ofendía a su religiosidad.

Los contenidos del cuenco resultaron ser inflamables, y antes que generar una llama o una luz, produjeron un humo negro y apestoso que se extendió por el techo, bajó por las paredes y comenzó a salir por las puertas de la sala. Su progreso estaba marcado por los chillidos y quejas de un cuervo invisible.

—Puede que tengamos que tumbarnos en el suelo unos minutos hasta que el humo se disipe —dijo Mogaba.

—¿Estás proponiendo lo que creo? —preguntó Aridatha.

—Puede que tú no tengas las mismas razones que yo —murmuró Mogaba—, pero creo que todos estaríamos mejor si la protectora no ocupara su puesto. Sobre todo el pueblo tagliano. ¿Qué opinas?

Mogaba tenía la seguridad de que Aridatha estaría de acuerdo de inmediato. El soldado creía en su obligación para con el pueblo al que servía. Efectivamente, asintió.

Ghopal Singh era su mayor preocupación, pues no tenía razones obvias para querer el cambio. Los greys eran todos miembros de la religión shadar, tradicionalmente con poca influencia en el gobierno. Su alianza con la protectora les había dado a sus huestes un poder desproporcionado. Se mostrarían reacios a perder ese poder.

Ghopal miró a su alrededor nervioso, sin notar el intenso examen de los ojos de Mogaba.

—Tiene que marcharse —farfulló en un susurro—. Los greys lo han creído así durante mucho tiempo. El Año de los Cráneos no puede ser mucho más terrible que lo que hemos sufrido con ella. Pero no sabemos cómo librarnos de Atrapa Almas. Es demasiado poderosa e inteligente.

Mogaba se relajó. De modo que los greys no estaban enamorados de su benefactora. Interesante. Excelente.

—Nunca nos libraremos de ella. Siempre sabe lo que piensan los que la rodean. El terror hará que sea imposible evitar pensar en ello en su presencia. Se lo olerá en diez segundos. Somos muertos andantes por el mero hecho de haber pensado en ello.

—Entonces saca a tu familia de la ciudad ahora mismo —le dijo Mogaba.

Atrapa Almas tenía la costumbre de exterminar por completo a sus enemigos.

—He estado dándole muchas vueltas a este asunto. Creo que la única forma de hacerlo es tener todo preparado y atacar antes de que tenga tiempo de mirar a su alrededor y atar cabos. Podríamos ingeniárnoslas para que llegue exhausta. Eso nos daría la ventaja que necesitamos.

—Sea lo que sea —musitó Aridatha—, tendrá que ser repentino, grandioso, y totalmente por sorpresa.

—Comenzará a sospechar —dijo Ghopal—. Hay demasiada gente que le es leal, porque sin ella estarían muertos. La avisarán.

—No si no se lo decimos a nadie. Si solo nosotros tres sabemos lo que ocurre. Ahora mismo estamos a cargo de todo y podemos dar las órdenes que nos plazcan. Nadie nos cuestionará. Hay problemas en las calles que van en aumento. La gente espera que hagamos algo. Muchos otros odian a la protectora. Se sentirán libres para actuar mientras permanezca lejos. Eso nos da una excusa para hacer casi lo que nos venga en gana. Si usamos a personas que sean leales totalmente a la protectora, y dejamos que hagan casi todo el trabajo y lleven los mensajes, no habrá razón para que sospeche nada hasta que sea demasiado tarde.

Ghopal lo miró como si todo fuese una especulación. Quizá así fuese.

—He hablado —dijo—. Me he comprometido y no tengo adonde huir.

Ellos eran nativos. Podían desaparecer en los territorios. Él, sin embargo, no podía esconderse en ningún sitio. El retorno a Gea-Xle había sido imposible durante veinticinco años. Los nar sabían lo que había hecho.

—En todo momento deberemos hacer nuestro trabajo por el bien de la protectora —meditó Aridatha—, hasta que creemos una trampa para ratas que podamos cerrar así.

Y batió las manos.

—Solo tendremos una oportunidad —dijo Mogaba—. Cinco segundos después de que fracasemos, estaremos rezando por estar muertos.

Esperó un instante para comprobar cómo estaba el humo. Su utilidad casi se había extinguido.

—¿Estáis dentro?

Ambos Singh asintieron, pero ninguno mostraba un gran entusiasmo. La verdad era que no apostaba a que ninguno fuese a sobrevivir a aquella aventura.

Mogaba se sentaba en sus aposentos contemplando la luna llena. Se preguntaba si había sido demasiado fácil. ¿Estaban los Singh genuinamente interesados en librar a Taglios de la protectora? ¿O habían jugado con él todo el rato percibiendo que era la amenaza más mortal que había?

Si no estaban comprometidos, sabría la verdad en cuando Atrapa Almas le hundiese los dientes en el cuello.

El miedo iba a ser su compañero durante mucho tiempo.

CAPÍTULO 22

ΚΗΑΤΟΒΑΡ:

ΙΠΒΑΣΙÓΠ

Swan se ofreció voluntario para deslizarse conmigo por la Puerta de las Sombras. Yo no las tenía todas conmigo.

—Creo que me voy a llevar a mi cariñito. No tenemos muchas oportunidades de escaparnos juntos.

Además ella tendría una mano más calmada que la mía para trabajar en la Puerta de las Sombras que, desde lo alto de la pendiente, era evidente que necesitaba reparaciones.

Tras examinar la Puerta de las Sombras desde cerca, le dije a mi amada:

—Bowalk la destrozó del todo al pasar.

—Tenía sombras que la perseguían. Dormilón dice que Shivetya se lo mostró. ¿Si esas cosas te estuviesen persiguiendo te pararías a ser delicado o darías un portazo al salir?

—No quiero ni pensarlo. ¿Estamos seguros? ¿Hay algo ahí fuera?

—No lo sé.

—¿Qué?

—Tengo cierto poder aquí en la llanura. Una centésima parte del que solía tener. Pero fuera de las Puertas de las Sombras es lo mismo que si fuese sorda, muda y ciega. No puedo hacer otra cosa que simular.

—Entonces, ¿Kina está viva?

—Probablemente. Si no es así, entonces estoy sintiendo a Shivetya o algún otro poder residual. La llanura es un lugar de extrañas energías que se cuelan de diversos mundos.

—Sin embargo, piensas que de nuevo estás consiguiendo poder de Kina, ¿verdad?

—Si es así, no está durmiendo sino en coma.

—¡Allí!

—Allí, ¿qué?

—Creía haber visto algo moverse.

—No es más que la brisa agitando las ramas.
—¿Eso crees? No quiero asumir riesgos.
—Mantente en guardia —dijo la mordaz bruja—. Yo trabajaré en la puerta.
Si así fue, no pude decirlo. Estaba menos activa de lo que yo habría estado.

Habíamos pasado y estábamos en Khatovar. No me sentía como si hubiese encontrado el camino hacia el paraíso. No me sentía como si hubiese vuelto a casa. Sentía la decepción que había esperado casi desde el instante en el que fui consciente de que mi pasión por encontrar Khatovar me la habían impuesto desde fuera. La Puerta de Khadi era un erial.

Clete y Loftus comenzaron a levantar el campamento muy cerca de la puerta para poder escapar rápidamente si era necesario. Yo aún estaba en la puerta misma, contemplando el mundo donde nació la Compañía Negra.

Era justo la decepción que había imaginado. Quizá peor.

Algo removi6 el vello de mi nuca. Me giré. No vi nada, pero tuve la vaga sensación de que algo había atravesado la Puerta de las Sombras.

Percibí movimientos con el rabillo del ojo. Algo oscuro. Una forma grande y fea.

Uno de los Sabuesos Negros.

La nuca se me enfrió.

Quizá Tobo llegaría después de todo.

El más oscuro de los dos cuervos se posó en una roca cercana. Tras una lluvia de siseos a nadie en particular, me dirigió un gran ojo amarillo y dijo:

—No hay moradas humanas ocupadas en ochenta kilómetros. Las ruinas de una ciudad yacen bajo los árboles, a los pies de la prominencia rocosa al noreste. Hay signos de que son ocasionalmente visitadas por humanos.

Me quedé boquiabierto. El maldito pájaro hablaba mejor que la mayoría de mis compañeros. Pero antes de que pudiese conversar con él, remontó de nuevo el vuelo.

De modo que había gente en este mundo. Sin embargo, las personas más cercanas se hallaban al menos a tres días de distancia.

El promontorio que mencionó el pájaro era el lugar donde la fortaleza Atalaya se alzaba en nuestro mundo. Probablemente las ruinas ocupaban el mismo lugar que Kiaulune.

Otro escalofrió por la nuca. Las Sombras Desconocidas continuaban pasando.

Bajé al campamento. Los hermanos ingenieros eran viejos pero eficientes. Si no llovía, se podría vivir en él.

La lluvia no tardaría en llegar, pues era evidente que aquí era un visitante frecuente.

Se hicieron fuegos. Alguien había matado un cerdo salvaje. Olía a asado que era una delicia. Estaban levantando cabañas. Había centinelas apostados. Tío Doj se

había nombrado sargento de la guardia y estaba pasando revista a los cuatro centinelas.

Esperé hasta que Murgén encontró algo con qué ocuparlo, y llamé a Swan y a Dama.

—Pensemos en lo que vamos a hacer ahora.

Miré a mi mujer a los ojos. Entendió lo que quería saber. Agitó la cabeza.

No había fuente de poder mágico khatovariano que pudiese parasitar.

—No esperaba torres de perlas y rubíes junto a calles de oro, pero esto es ridículo.

Eché un vistazo a Doj y a Murgén. Seguían sin mostrar interés en nosotros.

—Uvas amargas —escupió Swan lanzándose al meollo del asunto—. Hay todo un mundo aquí. Casi vacío, por lo que parece. ¿Cómo esperas encontrar a un monstruo asesino desquiciado?

—Estuve pensando en eso mientras permanecía allí arriba observando todo esto. Y creo que he tenido una epifanía maligna.

Dama contribuyó a los Anales e intentaba mantenerse a la altura de sus sucesores. Agitó la cabeza.

—No hay mucho en lo que ella escribió.

Swan miró a su alrededor. No había nadie cerca.

—No habrá estado escribiendo ella las historias desde que volviste, ¿verdad? —dijo en voz baja.

—¿Qué significa eso? —pregunté.

—Durante años, Tobo, Suvrin y algunos de sus colegas han visitado la mayoría de las Puertas de las Sombras. De hecho, visitaron la Puerta de Khatovar varias veces.

—¿Cómo lo sabes?

—Voy por ahí enterándome de cosas. Escucho lo que se supone que no debo escuchar. Sé que Suvrin y Tobo vinieron aquí mientras estuviste herido. Solos, los dos. Y luego, mientras estábamos en Khang Phi, Suvrin volvió a venir. Solo.

—Entonces tengo razón. Nos la han jugado. ¿Por qué no lo has mencionado antes?

—Como era un asunto que tenía que ver con Khatovar creí que estabas enterado de lo que estaba sucediendo.

Dama hizo un sonido ronco como de risa que me indicó que había descubierto parte de la verdad.

—Esa bruja taimada. ¿Lo crees de verdad?

—¿Qué me estoy perdiendo? —preguntó Swan.

—Creo que estamos aquí, asaltando Khatovar, no porque sea condenadamente listo, sino porque Dormilón quiere que los viejos seniles estemos lejos en el momento en el que entre en nuestro mundo. Apuesto a que el puñetero contingente al completo está ahora mismo en marcha. De ese modo, Dormilón no tendrá a ninguno de

nosotros a su alrededor haciendo preguntas, dándole consejos o tratando de hacer las cosas a nuestra manera.

Swan pensó en ello por un tiempo. Entonces se detuvo a contemplar al grupo que había elegido para desafiar las órdenes de la autoridad y perseguir la venganza del asesino de Un Ojo.

—O es una zorra astuta o hemos tratado con tanta gente taimada que vemos maquinaciones por todos lados.

—Tobo lo sabía —dije.

A la fuerza tenía que formar parte de todo aquello y aun así permitió que su padre y el tío Doj vinieran hasta aquí...

—¿Sabes? Estoy tan paranoico que voy a poner una guardia al otro lado de la puerta. Les voy a contar que puede que un demonio con el aspecto de uno de los nuestros trate de sabotear la puerta para que no podamos salir de Khatovar.

Ni Swan ni Dama protestaron.

—Sí que estás paranoico —señaló Swan—. ¿Crees que Sahra dejaría a Dormilón que se saliese con la suya abandonando a Thai Dei, Murgén y a Doj aquí fuera?

—Lo que creo es que este es un universo desquiciado y que puede ocurrir casi todo lo que cualquiera pueda imaginar. Incluso el pecado más cruel y oscuro.

—Y, ¿qué vas a hacer? —preguntó Dama.

—Voy a matar a la forvalaka.

—Murgén se ha dado cuenta de que ocurre algo. Viene para acá —dijo Swan.

—Voy a hacerme el loco. Tobo ha enviado a un grupo de mascotas tras nosotros. Asegurémonos de que no pueden volver a menos que las dejemos marchar. Las usaremos para encontrar y matar a Bowalk.

CAPÍTULO 23

PIEDRA RELUCIENTE: LA FORTALEZA SIN POMBRE

Dormilón alcanzó la fortaleza en el corazón de la llanura mediante el recurso de negarse a cambiar de rumbo. Los útiles atajos de Shivetya no iban a evitar que examinara la base de su plan de conquista.

Había un poder temporal mayor que la más poderosa de las magias. La codicia. Y ella poseía una avalancha de aquello que más adoraban los codiciosos: oro, además de plata, gemas y perlas.

Durante miles de años, fugitivos de muchos mundos habían escondido sus tesoros en las cavernas bajo el trono de Shivetya. ¿Quién sabía porqué? Probablemente Shivetya. Pero Shivetya no contaba cuentos (a no ser que lo ayudaran en su causa). Shivetya tenía la mente y el alma de una araña inmortal. Shivetya no albergaba remordimientos ni compasión, solo conocía su tarea y su voluntad para finalizarla. Era aliado de la Compañía, pero no era amigo de ella. Podía destruir a la Compañía de inmediato por el bien de un propósito distinto si le venía en gana.

Dormilón quería cubrirse las espaldas.

—¿Dónde está Blade? —le preguntó a Baladitya.

Baladitya había comenzado a compartir todos los descubrimientos que había hecho desde que se le había encomendado su misión. Dormilón sintió una pizca de culpa. Recordó la emoción de Baladitya, hacía mucho tiempo en un lugar muy lejano. Pero ser responsable de miles de personas, en una empresa que dejaba poco margen para la demora, no permitía disfrutar de los placeres más sencillos. Eso la hacía a veces gruñona y seca.

—Está allí abajo. Ya no sale mucho.

Irritada, Dormilón miró a su alrededor buscando a alguien joven para que se adentrara a toda prisa dos kilómetros hacia el interior de la tierra. Vio que Tobo y Saha discutían. No era del todo inusual, pero últimamente tampoco ocurría tan a menudo. Habían estado peleándose desde que Tobo entró en la pubertad.

Uno de los djinn de Tobo podría bajar más rápido que las piernas más jóvenes.

—¡Tobo! —gritó Dormilón.

La exasperación cruzó el rostro del chico. Todos querían algo de él.

Respondió sin mostrar desafío. Nunca lo hacía. Su calmado rostro mestizo ofreció una perfecta falta de expresión. Tampoco su compostura traicionaba lo que podía estar pensando. Dormilón nunca se había encontrado con algo tan inescrutable. Y aun así, era tan joven.

Se quedó esperando a que le dijera qué quería.

—Blade está en algún lugar ahí abajo. Envía a uno de tus mensajeros para decirle que quiero que suba.

—No puedo hacerlo.

—¿Por qué no?

—No tengo ninguno conmigo. Lo he explicado antes. Las Sombras Desconocidas odian la llanura. Es muy difícil conseguir que vengan hasta aquí. La mayoría de las que lo hacen, se niegan a mezclarse con los asuntos de los hombres y yo tampoco quiero que lo hagan. Eso las pone de muy mal humor. Tienes un regimiento completo aquí. Ha de haber alguien que no tenga nada que hacer.

Infiel sarcástico. Había mil doscientos hombres con los brazos cruzados alrededor de la fortaleza a la espera de conducir el convoy de tesoros.

—Buscaba algo un poco más rápido.

Una vez que la Compañía se adentrara en la desnuda llanura, y aunque Shivetya obrara maravillas, no había tiempo que perder.

Tampoco ha habido noticias por parte de Suvrin. Tobo debería haber ido con él. O Doj o Dama. Alguien mejor equipado para lidiar con las Sombras Desconocidas. Deberían haberse producido noticias de que se había establecido una posición avanzada.

—Será mejor que vayas tú misma allí abajo —dijo Baladitya—. No va a responder ante una autoridad menor.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Porque oye voces que le llaman. Trata de averiguar qué contestar.

—¡Maldita sea! —Dormilón explotó en lo que para ella era un abrasador insulto—. ¡Ese comebarro hijo de lechuza! Voy a...

Tobo y Baladitya sonrieron. Dormilón se calló. Recordaba los tiempos en los que sus hermanos de la Compañía la incordiaban para ver lo creativa que podía llegar a ser antes de utilizar alguna expresión soez.

—Debería haberos descrito tal y como realmente sois. Tú no, Baladitya. Tú eres un ser humano —clavó la mirada en Tobo—. Tu caso me lo estoy comenzando a cuestionar.

—No está mal para ser un no creyente —dijo de sí mismo Baladitya.

—Sí. Bueno. Hay más almas perdidas como la tuya que aquellas que conocen la

verdad. He de ser el faro de Dios en la tierra de nuestros pesares.

Baladitya frunció el ceño y después entendió. Dormilón estaba riéndose de la actitud de su religión hacia aquellos que estaban fuera de ella, todos los no creyentes que conformaban la población de la tierra de nuestros pesares que, en una era anterior, cuando los vehdna eran más numerosos y se mostraban más dispuestos a salvar de la condenación a los infieles, había sido llamado el Reino de la Guerra.

Solo los creyentes vivían en el Reino de la Paz.

—Tobo —espetó Dormilón—, deja de intentar escabullirte. Vas a bajar conmigo por si realmente está escuchando voces.

—Una razón fantástica para que nadie quiera bajar.

—Tobo.

—Detrás de ti, capitana, así nadie te atacará por la espalda.

Dormilón refunfuñó. No se acostumbraba a la informalidad y a la irreverencia tan consustanciales a la cultura de la Compañía desde mucho antes de su ingreso.

Los soldados se burlaban de todo y se quejaban de lo demás. Sin embargo, hacían su trabajo.

Dormilón reclutó a media docena más de compañeros mientras se apresuraba escaleras abajo. Todos de Hsien. Se maravilló de los espléndidos resultados del entrenamiento sin descanso. Muchos de los que se habían unido a la Compañía eran desechos de la Tierra de las Sombras Desconocidas: criminales y fugitivos, bandidos y desertores de las fuerzas de los caudillos, e insensatos que pensaban que marchar con los Soldados de la Oscuridad era toda una aventura. Ahora, tras meses de intensa preparación, eran todo un espectáculo de pulcritud, fuerza y confianza. El uso del acero, que seguramente estaba más cerca de lo que esperaban, sería su prueba final.

Mientras descendía, Dormilón pasó por docenas de hombres que aún portaban tesoros a la superficie.

—¿Estás segura de que no te estás pasando con el robo de las tumbas? —preguntó Tobo desde la retaguardia—. Ya tenemos suficiente para que todo el regimiento sea rico.

Un hecho que no se les escapa a algunos reclutas de proveniencia oscura. Pero la tentación era fácil de resistir cuando sabías que solo tu capitana podía sacarte de la llanura vivo y que las Sombras Desconocidas te acosarían sin piedad si intentabas algo una vez fuera de ella.

—No podemos derrotar a la protectora con ocho mil hombres, Tobo. Necesitamos armas secretas y multiplicadores de fuerza. El oro sirve para ambas cosas.

A veces a Tobo le preocupaba su capitana. En algún momento, durante su abundante tiempo libre, se había empapado de demasiada teoría militar. A veces tendía a regurgitar nociones como «centro estratégico de gravedad» y «multiplicadores de fuerza» para dejar a sus oyentes confusos y preocupados.

A Tobo también le preocupaba que los viejos, veteranos como Matasanos, Dama y los demás, aprobaran aquello. Eso significaba que había algo que no entendía.

—Vamos a tomarnos aquí un respiro —dijo Dormilón cuando alcanzaron el nivel de las cavernas de hielo donde habían sido enclaustrados los Tomados—. Vosotros —les dijo a los demás—, quiero que cuatro hombres lleven a la superficie a un par de durmientes: Sombra Larga y el Aullador. Este último viajará con nosotros, con Tobo. Un grupo de trabajo llevará a Sombra Larga hasta Hsien para que sea juzgado. Vosotros dos, quedaos con nosotros.

Las cavernas de hielo parecían atemporales e inmutables. La escarcha pronto oscurecía los pequeños signos de cualquier tráfico. No se distinguían a los muertos de los encantados excepto al ser examinados de cerca por alguien que tuviese ciertos conocimientos.

Dormilón continuó:

—Entrad cuando os llamemos. Se puede matar a cualquiera de los durmientes con tan solo respirar sobre ellos.

Una catástrofe que había ocurrido antes si se examinaban las figuras más de cerca. Los cadáveres incluían varios de los Tomados, así como a un puñado de antiguos misteriosos cuya presencia Shivetya aún tenía que explicar.

El demonio compartía más bien poco.

—Queremos que estos dos suban arriba sin despertar —le dijo Dormilón a Tobo.

—Necesito romper la estasis. De otro modo, morirán tan pronto como los toquemos.

—Lo entiendo. Pero los quiero en tal condición que no puedan causar problemas. No habrá nadie que controle a Sombra Larga si se despierta del todo.

—Déjame trabajar.

Qué susceptible. Dormilón se colocó entre el muchacho mago y la entrada de la caverna, por si la curiosidad ganaba al sentido común de los soldados. Se maravilló por lo rápido que el hielo se reafirmaba y por lo delicado de algunas estructuras como telarañas que rodeaban a los ancianos durmientes. Al otro lado de Aullador, había pocas muestras de lo que había sufrido el lugar cuando fueron liberados los Tomados. El suelo de la caverna ascendía allí detrás, giraba y la propia cueva se estrechaba tanto como para que un explorador tuviese que arrastrarse. Si profundizabas lo suficiente llegabas a un lugar donde la mayoría de las reliquias sagradas del culto de los Impostores habían sido ocultadas durante una antigua persecución. La Compañía las había destruido, prestando especial atención a los poderosos Libros de los Muertos.

Dormilón se quedó en silencio por un tiempo después de enviar a los dos hechiceros durmientes a la superficie. Ella, Tobo y dos jóvenes Guerreros de Hueso siguieron

descendiendo hacia el interior de la tierra. Dormilón tenía dos cosas en mente. La primera era el origen de la pálida luz azul que se colaba a través del hielo de la caverna de los ancianos y que iluminaba el tesoro. La otra:

—¿Cuál es el centro de gravedad del imperio tagliano?

Estaba más interesada en esto último. Lo primero era simple curiosidad. No era importante. Probablemente la luz provenía de otro mundo.

—Atrapa Almas —contestó Tobo—. No es ningún secreto. Si matas a la protectora el reino será como una gran serpiente decapitada. La radisha y el prahbrindrah Draah aparecerán retomando el poder y todo habrá acabado.

Sonaba sencillo.

—Excepto que habrá que dar caza al gran general.

—Y a Narayan Singh. Y a la Hija de la Noche. Pero la protectora es la única a la que no podemos manejar con los Sabuesos Negros.

A Dormilón no se le escapó como la voz del muchacho sonaba a hueca al mencionar a la Hija de la Noche. Tobo había conocido a la bruja siendo prisionera de la Compañía, antes de la huida a la Tierra de las Sombras Desconocidas, y Dormilón había notado el impacto que había tenido entonces la chica.

A la capitana se le escapaba muy poco, no olvidaba nada y casi nunca cometía un error.

Pero haber engañado a los viejos quitándolos de su camino para que no estuviesen constantemente cuestionándola resultaba ser un error de primer orden.

La capitana encontró a Blade de pie, delante de una pared de oscuridad, rígido, con una lámpara colgándole de la mano izquierda. Era obvio que llevaba mucho tiempo allí. En las escaleras yacían unos contenedores de combustible vacíos. El combustible estaba destinado a Baladitya y los exploradores que excavaban los tesoros ocultos.

La capitana estaba molesta.

—¡Blade! ¿Qué...?

Blade le hizo un gesto para que se callara.

—Escucha —susurró.

—¿El qué?

—Solo escucha. —Y cuando Dormilón había casi agotado sus reservas de paciencia, añadió—: Eso.

Se oyó un débil, remoto, aunque evidente, grito de socorro.

Tobo también lo oyó y dio un respingo.

—Capitana...

—Convoca a tu Gata Sith. O a uno de los Sabuesos Negros.

—No puedo hacerlo.

No estaba dispuesto a decirle que se había excedido cumpliendo las órdenes al

enviar a la mayoría de las Sombras Desconocidas en ayuda de Matasanos y Dama.

—¿Por qué no?

—Se negarían a entrar aquí.

—Oblígalos.

—No puedo. Son compañeros, no esclavos.

Dormilón murmuró una maldición entre dientes.

—No se puede avanzar más —dijo Blade contestando a una pregunta que nadie había hecho—. Lo he intentado miles de veces. No hay suficiente fuerza de voluntad en la Compañía para avanzar otro escalón. Ni siquiera puedo lanzar una de estas jarras de aceite.

—¿Hay alguna llena? —preguntó Dormilón.

—Allí.

Dormilón recogió tres vasijas llenas, dejó caer dos a los pies de Blade y le dijo:

—Retrocede.

El aceite de las jarras rotas no podía ser intimidado por una oscuridad sobrenatural.

—Ahora enciéndelo.

—¿Qué?

—Préndele fuego.

Con bastante mala gana, Blade inclinó la lámpara y dejó caer unas gotas de aceite ardiendo.

La escalera se llenó de llamas.

—¡Maldita sea! —gritó Tobo—. ¿Para qué has hecho eso?

—¿Puedes ver ahora?

Dormilón tenía un brazo elevado para protegerse el rostro del calor.

La negrura no había sido capaz de vencer a las llamas.

—Dos escalones más abajo hay un suelo —le dijo Tobo—. Hay monedas desperdigadas por él.

Dormilón bajó el brazo y pasó por el lado de Blade. Tobo la siguió. Aturdido, Blade trató de avanzar y tropezó. Ya no había resistencia alguna.

¿Por qué no?

Blade estaba seguro de que no se habría producido ningún cambio si él mismo hubiese iniciado el fuego.

—Capitana. Yo tendría mucho cuidado.

La oscuridad había estado esperando.

—¡Socorro!

La voz se hacía más sonora e insistente. Y tan clara como para ser reconocida.

Tobo repitió las palabras de Blade.

—Capitana, ten mucho cuidado. No es posible. Ese hombre tiene que estar

muerto.

—¡Socorro!

Las quejas de Goblin sonaban cada vez más urgentes.

CAPÍTULO 24

KHATOVAR: LA TIERRA PROFANA

Habíamos estado en la tierra sagrada de mi imaginación durante cuatro días. No se había ganado nada. Se había perdido algo. Un viejo hombre de la Compañía, Spiff, estaba muerto. También Cho Dai Cho, alias JoJo, el nyueng bao que había hecho de indiferente guardaespaldas de Un Ojo durante tanto tiempo.

Las sombras los habían atacado el primer día. Las sombras asesinas que escaparon de la llanura reluciente después de que la huida de la forvalaka dañara la Puerta de las Sombras de Khatovar. Las sombras habían despoblado la parte del país donde nos encontrábamos.

Una vez que supimos que estaban allí, fue fácil atraerlas y destruirlas. Teníamos sobrada experiencia. Pero el método era terriblemente desagradable.

Podría haber sido peor. La devastación de la región puso a todos en estado de alerta.

Durante las siguientes noches eliminamos un total de nueve sombras. Esperaba que aquello fuese un buen augurio para el resto de este mundo. Esperaba que ahora fuesen así de infrecuentes.

Los Sabuesos Negros ayudaron a destruir a las sombras. Odiaban a sus primos salvajes de la llanura. Y los temían. Aunque estas sombras parecían mucho menos agresivas que las que nos habíamos encontrado en el pasado.

También nos ayudaron a rastrear y no hallaron personas vivas al sur de lo que en nuestro mundo era el Dandha Presh. De la forvalaka encontraron pocos signos, aunque fueron capaces de descubrir su rastro. Era tan evidente que mis cuervos sospechaban que había sido dejado aposta.

—¿Realmente quieres volver a cruzar esas montañas? —preguntó Swan.

—Pareces exhausto y aún no hemos dado ni un paso —señaló Dama.

—Este sería un gran momento para tener unas de esas alfombras voladoras — admití.

—Hay muchas cosas que nos vendrían bien. Varios sementales de Hechizo serían

muy útiles. Así como un centenar de lanzadores de bolas de fuego. ¿No habrás robado el caballo de Dormilón?

—No podía. Es el último que queda y habría notado su ausencia.

—Sin embargo, no nota tu ausencia, o la mía, o la del resto de estas boñigas bajo la percha de los grajos del obtuso ingenio.

—Vaya imagen más cuca —dijo Swan—. Aquí vienen los líderes de la bandada.

Murgen, Thai Dei y tío Doj se acercaban. Como los demás, querían saber «Y ahora, ¿qué?», y les había prometido que se lo diría esta tarde.

—¿Qué vamos a hacer, jefe? —preguntó Murgen.

—Ir a por ella. No podemos quedarnos aquí. Las sombras han limpiado casi toda la caza.

Las sombras matan. Matan incluso a insectos si se dejan llevar por la pasión. Ignoran a los grandes animales solo cuando tienen la oportunidad de chuparles la vida a los humanos.

—¿Crees que es por eso por lo que no se quedó por aquí? —preguntó Murgen.

Tan solo en parte.

—Tiene que comer.

Una mirada a mi alrededor me reveló que el fuego de la venganza ya no ardía tan fuerte en sus estómagos.

—Pero aquí hay comida —dijo Doj— y no es difícil de encontrar. He visto cerdos salvajes y una especie de ciervos en miniatura que no reconocí. También he visto conejos y varias clases de pequeños roedores. Me atrevería a decir que hay suficiente comida, si eso es lo que la forvalaka buscaba. Parece que las sombras llevan mucho sin estar activas por aquí. De otro modo, no habría tantos animales. El monstruo tenía que reunirse con sus aliados y las sombras fueron enviadas a espiarnos.

—Continúa —dije.

—He pensado en diferentes alternativas según las pruebas. Quizá no sea nada más que algo muy simple. El ataque de una monstruosidad diabólica. Pero me parece demasiado sencillo. Creo que hay más. La locura y la venganza como motivos no parecen del todo convincentes. Pero si está trabajando con alguien local...

Lo había supuesto casi desde el instante en el que salí del coma. Pero no tenía información suficiente para apoyar mis suposiciones.

Escupí.

—El monstruo sabía que iba a ser perseguido. Los Soldados de la Oscuridad tienen su reputación y ya lo han intentado matar antes, por una provocación mucho menor.

—Según recuerdo, Goblin trató de ayudarla. Algo que ella le pagó atacándole antes de poder hacerlo.

Doj continuó:

—Tuvo que pasar por dos Puertas de las Sombras para llegar a Hsien. Donde, de algún modo, sabía que podría encontrar a Un Ojo. También sabía que ambas Puertas de las Sombras estaban dañadas. De modo que aunque estuviese a salvo en las carreteras, suponía que sería vulnerable en las puertas. Pero no fue herida. Además, la distancia entre las puertas es demasiado grande si no cuenta con ayuda de Shivetya. No tenemos razones para creer que la ayudó. Según me parece, era un viaje demasiado largo, peligroso y penoso como para tener pocas esperanzas de matar a Un Ojo.

Me giré hacia Dama, después volví a mirar a Doj. Era tan astuto como yo.

—Entiendo. No podría haberlo conseguido sin ayuda. Tendría problemas con las sombras y, sobre todo, con la comida, ya que no tenía posibilidad de alimentarse mientras estuvo en Hsien. Los Sabuesos estaban tras ella constantemente.

Dama intervino.

—Entonces, tuvo ayuda de alguien que esperaba una buena recompensa. ¿Qué podría ser?

—Quizá lo mismo que hemos estado tratando de conseguir durante cuatro años en la Tierra de las Sombras Desconocidas —dijo Murgén—. Los secretos de las Puertas de las Sombras.

Asentimos.

—¿Cómo lo sabían? Y, ¿por qué lo querían? —pregunté—. ¿Para que esta puerta no tuviese escapes? ¿No dijo Shivetya que siempre se reparan hasta ese nivel? Toba y Suvrin no encontraron ninguna que estuviese abierta, ¿verdad?

Asumí que Doj estaría familiarizado con las aventuras de Toba.

Todos los ojos me miraban.

—Esto es Khatovar —sugirió Murgén—. Origen de las Compañías Libres.

—Hace más de cuatrocientos años. Casi quinientos ya. Quizá ni siquiera lo recuerden.

—Probablemente no.

—Debían de tener algún conocimiento de las Puertas de las Sombras, pues consiguieron que Bowalk pasara por esta, entrara y saliera de Hsien y volviera a entrar sin destruir nada.

—Otra cosa que podemos inferir —dijo Dama— es que alguien aquí sabe cómo controlar a las sombras.

—¿Seguro?

—Queda implícito en el hecho de que Bowalk consiguiera llegar a Hsien y volviera. Así como en el hecho de que debería haber más sombras a las que enfrentarse si una horda de ellas consiguió entrar y devastar este mundo la primera vez que Bowalk cruzó la puerta. Según dice Doj, hay caza. Si las que destruimos hubieran sido sombras salvajes, habrían matado a todos los animales. Esas cosas

estaban aquí para vigilarnos.

Resoplé.

—¡Maldita sea! Murgén, durante el tiempo que pasaste en Khang Phi, ¿oíste alguna vez de algún Maestro de las Sombras que no estuviese localizado? ¿No tendremos que luchar contra la madre de Sombra Larga, desaparecida durante largo tiempo?

—Todos están controlados. Si hay uno, ha debido de surgir aquí mismo.

Era posible. Eso mismo había sucedido con dos de los tres que destruimos en nuestro mundo. Una había sido sicaria de Dama, que creíamos muerta, pero que en realidad había huido.

Según la conversación, habíamos sido atraídos hasta Khatovar de manera específica para sacarnos todo el saber que poseyésemos.

Dama seguía siendo una gran depositaria de información arcana.

Me marché solo con mis compañeros córvidos. A uno le dije que se llevara a las Sombras Desconocidas a explorar, extendiéndose lo que fuese necesario hasta encontrar a los nativos más cercanos. Al otro lo envié en busca de Tobo. Portaba un informe detallado y sincero, como si Dormilón nos hubiera enviado a Khatovar y esperara informes regulares.

Esperaba que Tobo nos diese algunas sugerencias. Esperaba que supiera más sobre Khatovar de lo que aseguraba.

Ni Dama ni yo pudimos dormir. El cuervo blanco no tardó mucho en encontrar gente. Un ejército se dirigía hacia nosotros, aunque aún estaba en el extremo más alejado de las montañas. La forvalaka estaba allí, acompañando a una familia de magos que, según los informes de Tobo, eran los señores indiscutidos de la Khatovar moderna.

La fuente de Tobo era indirecta. Había consultado al erudito Baladitya y este llevó nuestras preguntas al demonio Shivetya, quien reconoció tácitamente su habilidad para observar sucesos en los mundos conectados a la llanura reluciente.

Los regentes de Khatovar eran un clan expansionista, camorrista y turbulento de magos conocidos por su apellido común, los Voroshk. La talentosa sangre del padre fundador había engendrado vástagos dignos de él con mucha frecuencia. Había sido un hombre de apetitos inmensos. Hoy en día había varios cientos de Voroshk. Su régimen era cruel y su único fin era enriquecer y ganar poder para la familia. Siguiendo el desastre causado por la irrupción de la forvalaka en Khatovar, los Voroshk habían aprendido a manejar a las sombras. Eran ellos los que habían enviado las sombras que habíamos destruido.

Kina, o Khadi, ya no era venerada en el mundo que portaba el nombre de la Puerta de Khadi. Los Voroshk habían exterminado a los Hijos de Kina.

Sin embargo, una vez al año, durante el momento en el que los Impostores

celebraban su Festival de las Luces, alguien conseguía estrangular a un miembro de la familia y escapar.

Era muy posible que los Voroshk conociesen tan bien su historia como para recordar a las Compañías Libres de Khatovar, que habían marchado como misioneras en nombre de la Madre de la Noche. Bien podían temer la vuelta de la Reina de la Oscuridad.

Mis propios aliados sobrenaturales tenían instrucciones de evitar ser notados, excepto en los casos en los que las sombras de Khatovar pudiesen ser cazadas sin riesgo de que quedase revelada nuestra fuerza secreta.

Con el rostro contra mi pecho, Dama murmuró:

—Estos Voroshk parecen ser malvados, cariño. Tanto como los más malvados con los que te hayas topado en tu vida.

—¿Incluyéndote a ti?

—Nadie es tan malvado como yo. Pero has de preocuparte. Son una familia numerosa. Y no riñen entre ellos. No demasiado. Incluso cuando tuve a los Diez bien controlados, siempre estaban intentando apuñalarse por la espalda.

Bajo su jugueteo, había escondido un mensaje. La sostuve y le dije:

—Antes me retiraría a la llanura que arriesgarme a una confrontación. Siempre podemos volver en otra ocasión.

Pero no me gustaría tener que dejar escapar de nuevo a Bowalk.

Medité sobre qué pensarían los Voroshk. Pensé en este mundo misterioso del que habían partido hacía tanto tiempo nuestros ancestrales hermanos hacia una cruzada que se había perdido. ¿Eran los Voroshk peones inconscientes de Kina? ¿Serían otro engaño mediante el que la Madre Oscura intentaba provocar el Año de los Cráneos?

—No —dijo Dama cuando lo sugerí en voz alta—. Ya sabemos quién tiene esa función.

—No quiero pensar en Booboo, cariño. Solo quiero dormir.

CAPÍTULO 25

LA PIEDRA RELUCIENTE: EL RESUCITADO

Goblin no negaba nada.

—De algún modo, me mantuvo vivo. Pretendía usarme. Pero nunca me hizo nada. Pasé durmiendo la mayor parte del tiempo. Soñando pesadillas. Probablemente eran de ella.

La voz del menudo mago era apenas un susurro. Ronca. Parecía estar permanentemente al borde de las lágrimas. El espíritu incontenible del antiguo Goblin parecía haberse evaporado.

Su audiencia no hizo nada para que se sintiese bienvenido o querido, pues no lo era. Había pasado cuatro años durmiendo con la Reina de la Noche, Madre de los Impostores.

—Vive en el lugar más horroroso que podáis imaginar. Todo es muerte y corrupción.

—Y locura —añadió Sahra sin alzar los ojos de los pantalones que estaba enmendando.

—¿Dónde está la Lanza? —preguntó Tobo.

Ya se lo habían preguntado antes a Goblin. La Lanza de la Pasión era el alma de la Compañía. Al igual que los Anales, ataba el pasado y el presente. Era tan antigua como el éxodo de la Compañía de Khatovar. Tenía un poder simbólico y otro real. Era una llave de las Puertas de las Sombras y podía causar un terrible dolor a una diosa.

Goblin suspiró.

—No queda nada más que su cabeza. Está dentro de ella, desde que la apuñalé. La ha hecho moverse dentro de su carne y la alberga en su seno.

La capitana, evidentemente incómoda con aquella charla impía, le espetó:

—¿Os molestaría a alguno de vosotros, infieles, explicar todo esto? ¿Tobo?

—No sé nada de religión, capitana. Por lo menos en lo concerniente a temas prácticos.

—¿Alguien?

A ninguno de los infieles se le ocurría nada.

A Dormilón se le ocurrían unas cuantas cosas. Una era que Kina no era realmente una diosa. No era más que un monstruo increíblemente poderoso. Solo había un Dios... Siguió con la mirada clavada en Goblin, preguntándose si merecía la pena creerle, preguntándose si lo mejor era matarlo. El silencio se alargó. Goblin estaba inmensamente incómodo. Así debía ser considerando las circunstancias y su limitada habilidad para explicar lo que le había sucedido.

No había forma de poder confiar en él.

—Tengo una idea, Tobo —dijo la capitana.

De nuevo se hizo el silencio. Tobo esperaba que ella dijera algo y Dormilón que él preguntara cuál era esa idea. Estupidez de adultos.

—¿Por qué no hacemos que Goblin ayude a Matasanos en Khatovar? —dijo Sahra—. Se sentirá aún más incómodo con sus viejos amigos.

Dormilón la miró de mala manera, después Tobo. Sahra sonrió, mordió el hilo que usaba y apartó la aguja.

—Ya está hecho.

El rostro de sapo de Goblin había perdido el poco color que le quedaba de su encierro bajo tierra. Perdió toda expresión. El hombre dentro de él trataba de seguir siendo ilegible. Al intentarlo dejó escapar el hecho de que no quería unirse a la expedición a Khatovar.

Quizá temía volver a enfrentarse a la forvalaka.

—Creo que es una idea maravillosa —dijo la capitana con frialdad—. Matasanos envió un cuervo rogando ayuda. Hay un montón de soldados y hechiceros impredecibles que van a atacarlo. Goblin, aún tienes tu don, ¿verdad? ¿Te queda magia? ¿No habrás perdido la chispa?

El triste y pequeño mago agitó la cabeza lentamente.

—No lo sé. Tendría que intentarlo. No es que sirviese de mucho contra un talento real, ni siquiera en mi esplendor. Nunca fui muy dotado.

—Está decidido. Tomarás el camino de Khatovar. Todos los demás hemos acabado. Nos marchamos. Tobo, encuentra a los hermanos Chu Ming. Van a acompañar a Goblin.

La noticia de que la marcha era inminente se extendió rápidamente. Las tropas que quedaban se alegraron al oír aquello. Habían estado en aquel extraño y aterrador lugar demasiado tiempo mientras los peces gordos discutían menudencias. Las raciones cada vez eran más escasas, a pesar de los años de preparación.

CAPÍTULO 26

KHAŦOVAR;

AGACHADOS

Volví de las consultas con el cuervo blanco.

—Han alcanzado la ladera descendente del paso.

—Entonces avanzan rápido —observó Dama.

—Se huelen que sospechamos algo. Comienzan a preguntarse por qué tan pocas de sus sombras exploradores han vuelto y por qué las pocas que lo hacen no han conseguido acercarse a nosotros. De modo que han dejado a su infantería y caballería detrás en un esfuerzo por llegar aquí antes de que podamos prepararnos, si es que esperamos tener problemas. El pájaro me cuenta que están tramando algún tipo de sorpresa, pero no pudo acercarse lo suficiente como para averiguar cuál es.

—No entiendo por qué no se quedaron aquí esperándonos —dijo Swan con un bufido.

—Probablemente porque no hay mucho aquí que comer. Esto está muy lejos de los lugares que controlan y no podían saber cuándo llegaríamos.

Y aunque lo supiesen, tienen un imperio al norte que regir. Si hubiesen acampado aquí, habría sido muy probable que no hubiésemos salido de la llanura. También, me imagino que esperaban que fuéramos a seguir a la forvalaka una vez que entendiésemos qué había pasado aquí. De ese modo nos hubiesen podido atrapar al norte de Dandha Presh, en territorio conocido, más cerca de casa. Algo que sin duda yo habría hecho si no tuviese a los Sabuesos Negros y otros seres explorando.

—Además de la distancia, hay muchas supersticiones sobre esta tierra. Ha habido un cambio en el liderazgo de la familia Voroshk. Alguien llamado el Viejo murió inesperadamente al tiempo que ascendimos a la llanura. Su reemplazo parece ser alguien más inclinado hacia la acción.

—¿Y toda esa información la has obtenido de los cuervos?

—Son unos pájaros muy listos, Swan. Más listos que muchas personas. Son unos exploradores excelentes.

—¿Cuál es ahora nuestra estrategia? —preguntó Doj.

—Nos quedaremos quietos. Esperaremos. Dejaremos que actúen los Sabuesos Negros. Les gusta hacer rabiar a los caballos.

Todos me miraron con esa expresión exasperada que recordaba de cuando era capitán y jugaba mis cartas sin mostrarlas. Me entró un escalofrío y meforcé a explicarme un poco más.

—Han separado una pequeña fuerza de caballería para avanzar más rápido. Las Sombras Desconocidas comenzarán a atormentar a los caballos tras caer la noche. De manera sutil, claro está. No queremos perderlas. Las más grandes se ocuparán de la forvalaka, haciendo que las vea como si fuesen el fantasma de Un Ojo. Espero que salga en cabeza corriendo hacia aquí. Así podremos matarla e irnos antes de que lleguen.

Ya estaba, me había abierto.

Me sentí fatal. Me sentí como si algo fuese a ir mal al haber hablado de ello.

Silencio. Más silencio. Hasta que por fin Murgen preguntó:

—¿Funcionará?

—¿Cómo coño voy a saberlo? Pregúntame mañana a esta misma hora.

—¿Qué vamos a hacer con Goblin? —preguntó Dama.

—Mantenerlo vigilado. No dejar que se acerque a la lanza de Un Ojo.

Me parecía algo evidente.

De nuevo un largo silencio.

—Una idea —dijo finalmente Swan—. ¿Por qué no dejamos a Goblin aquí cuando nos marchemos?

—Creí que era tu amigo —le espeté.

—Goblin lo era. Pero ya hemos decidido que ese no puede ser el Goblin que conocíamos.

—Pero hay una posibilidad de que el Goblin que conocíamos esté todavía dentro de él esperando a que lo liberemos. Igual que el resto de nosotros cuando estuvimos enterrados bajo la llanura.

—Los que no pasamos por el trance, tuvimos problemas para fiarnos de vosotros.

—Quizá haya desarrollado una vena blanda. Lo trataremos como a Goblin hasta que haga algo que nos obligue a querer colgarlo. Entonces le ajustaremos las cuentas.

Tenía que hacer algunas poses. Se esperaba de mí.

—La capitana aún está resolviendo sus problemas de personal exiliando a Khatovar a aquellos que son cuestionables —observó Murgen.

—¿Y eso te parece divertido?

Estaba sonriendo.

—Claro que sí. Ni tú ni yo ni Dama habríamos pensado en hacer algo así cuando estábamos al mando.

—A todo el mundo le ha dado por la crítica social sarcástica —le dije a Dama—.

Deja claro cuando llegue que puedes mandarlo a Hsien de una patada en el culo. Trataré de mantenerlo tan ocupado que no tendrá tiempo de meterse en problemas. Pero será útil que crea que está en la cuerda floja.

—No habrá que convencerlo. No es estúpido.

—¿Cuánto tiempo más vas a necesitarlos? —preguntó Swan.

Había comenzado a barajar un mazo de cartas. Murgen y Thai Dei parecían ansiosos por unirse a él en un pasatiempo pasado que había vuelto a parecer durante nuestra estancia en la Tierra de las Sombras Desconocidas.

—Adelante. No nos queda otra cosa que hacer que esperar y observar a tío Doj deambular por ahí con esos caparazones de caracoles como si creyese que nadie puede darse cuenta.

Así era como las Sombras Desconocidas habían cruzado la llanura y habían llegado hasta aquí. De modo que, ¿quién de mi equipo estaba conchabado con Tobo y la capitana?

No podía esperar eternamente. Tampoco tenía la intención de enfrentarme a ningún soldado Voroshk. Mi única lucha con los Voroshk nacía de su presunción de que la Compañía tan solo era un recurso aún sin explotar.

Deploraba esa actitud siempre que me topaba con ella.

Aquella noche había luna llena en Khatovar. Fui a pasear bajo la luz de la luna. Mis cuervos iban y venían. Viajaban como el rayo siempre que no los mirara directamente.

Las Sombras Desconocidas son tan malvadas y peligrosas como indica el folclore de Hsien. Era demasiado fácil para ellas atraer a la forvalaka lejos de la protección que le ofrecían los hechiceros Voroshk.

CAPÍTULO 27

TIERRAS DE SOMBRAS:

FUGA

La capitana se colocó junto a Suvrin y alzó la cabeza lo suficiente como para poder ver la Puerta de las Sombras que separaba la llanura de su mundo.

—Estamos tan solo a cincuenta kilómetros de donde naciste, Suvrin.

Durante años había pensado en un apodo mejor que Suvrin, que significaba subalterno en sangal, su lengua materna, pero no había encontrado nada más exótico que encajase.

—Menos de cincuenta. Me pregunto si alguien me recordará.

Detrás de ellos había miles que esperaban ansiosamente. Hambrientos. Se había desperdiciado demasiado tiempo cruzando la llanura. Dormilón se deshizo de una punzada de culpa.

—¿Cuántos hay allí? —preguntó.

Había un campamento justo bajo la Puerta de las Sombras, construido sobre los restos de viejos campamentos de la Compañía. Parecía llevar allí mucho tiempo. Sus refugios tenían un aspecto improvisado, aunque a la vez permanente. Eran parte de la miseria que caracterizaba a todo lo militar bajo el mandato de la protectora.

—Hay cincuenta y seis personas. Incluyendo a nueve mujeres y veinticuatro niños.

—No son suficientes para evitar un intento de fuga.

—No están ahí por nosotros. Están armados, pero no son soldados reales. No prestan atención a la carretera o a la puerta. Durante el día, la mayor parte de ellos trabajan en los campos.

Varios tristes ejemplos de agricultura primitiva tachonaban las orillas del arroyo, en el fondo de la colina.

—Estuve a punto de atacarlos, pero decidí que era mejor esperar a Tobo para que echara un vistazo. Creo que en realidad están ahí por las sombras.

—Enviaremos comandos cuando se ponga el sol. Los rodearemos antes de que se den cuenta de lo que está pasando.

La capitana no estaba contenta con la indecisión de su protegido.

—Es mejor que Tobo les eche un vistazo. De verdad. Siempre se muestran más activos con la oscuridad.

—¿Disculpa?

—Casi ha oscurecido. Espera. Verás a qué me refiero.

—No me hagas esperar toda la noche, Suvrin.

Dormilón se retrasó. Cuando pudo ascender sin que la vieran desde abajo, se levantó y caminó hasta los soldados que la esperaban.

—Hay una guarnición en nuestro camino. No es grande. No debería haber problemas porque no parecen esperar nada. Quiero asegurarme de que ninguno escapa una vez nos pongamos en marcha. Runmust. Iqbal.

—Retroceded por la carretera. Que todos rompan filas, pero manteniendo la disciplina. Decidles que coman, que tengan listas las armas. No se permiten fuegos. No queremos que vean luces o humo. Puede que no avancemos hasta después de medianoche, pero quiero que todo el mundo esté listo para moverse en cuanto sea el momento adecuado.

Relevos de mensajeros llevaron las órdenes a lo largo de la columna.

—Ahí. Mira. A eso me refiero —dijo Suvrin señalando.

Tobo y la capitana estaban a cada lado de él. La guarnición abajo comenzó un examen exhaustivo del área alrededor de la Puerta de las Sombras, iluminando la zona desde diversas direcciones y usando distintas fuentes de luz.

—Obviamente, buscan fugas. Se pondrá más interesante en un instante.

Poco después, un equipo de tres hombres trajo una tabla de madera sobre la que había una jarra de barro de cuello delgado de unos cuatro litros de capacidad. Colocaron el tablón contra la barrera mágica que prevenía que las sombras, los Muertos Irredentos, salieran de la llanura.

La iluminación era brillante, aunque no lo suficientemente buena para que ni siquiera la aguda visión de Tobo discerniera claramente lo que ocurría pero, tramasen lo que tramasen, aquellas personas actuaban con extrema precaución.

—¡Lo tengo! —dijo Tobo tras observar durante diez minutos—. Intentan capturar sombras. Tienen un pequeño agujero a través de la barrera y esperan a que una sombra se cuele por él y entre en la jarra.

—Trabajan para Atrapa Almas —dijo Dormilón, quizá para sofocar el entusiasmo del muchacho.

Ahora entendía por qué Suvrin había sido tan cauteloso.

—Por supuesto. ¿Qué otra cosa si no? Necesitamos pensar bien qué hacer. Si tienen a un grupo de sombras bajo su control...

—Es demasiado tarde como para darnos la vuelta.

Lo dijo como si hubiera sugerido algo por el estilo. Dormilón se giró sobre su espalda, y se frotó la frente con la mano izquierda. Las estrellas eran las mismas de su juventud. Llevaba mucho tiempo sin verlas.

—Echaba de menos nuestras estrellas.

—Yo también —dijo Suvrin—. He pasado mucho tiempo disfrutando de ellas.

—¿Aún no has enviado ni siquiera a un explorador?

—No he tenido oportunidad. No quería comprometerte a nada. En cualquier caso, tenía que arreglar la puerta antes de hacer cualquier otra cosa, y no he dormido más que una hora por noche mientras trabajaba en ella.

—Pero está lista, ¿no? Tengo a doce mil hombres aquí. No me digas que tenemos que esperar más.

—Puedes pasar por ella cuando quieras.

—Los nef —gruñó Tobo.

Dormilón rodó sobre su estómago. Los onironautas habían aparecido junto a los lugareños. Permanecían transparentes. Saltaron y gesticularon. Los trabajadores más allá de la barrera los ignoraron.

—No pueden verlos —dijo Tobo.

Los nef abandonaron sus esfuerzos por comunicarse con los cazadores de sombras y ascendieron la pendiente para hablar con los que observaban al borde de la llanura.

—¿Qué tratan de decirnos? —preguntó Dormilón.

—No lo sé —contestó Tobo—. A veces escucho un susurro, pero no puedo entenderlos. Si papá estuviera aquí... Casi era un onironauta. Creo que podría entenderlos un poco.

—Se puede asumir que hay algo que no quieren que hagamos. Ese ha sido siempre el mensaje. Pero siempre hemos hecho lo que nos ha dado la gana, ¿no?

La espera se alargó.

—Siempre pasa lo mismo —dijo Suvrin dándose media vuelta—. ¿Por qué no buscamos estrellas fugaces?

—Voy a bajar —dijo Tobo—. Quiero oír qué están diciendo.

—Aparte del hecho de que te verán, ¿cuándo has aprendido a hablar sangel? —preguntó Dormilón.

—Sé unas cuantas palabras gracias a Suvrin. Algo teníamos que hacer durante aquellos tediosos viajes a las Puertas de las Sombras. Aunque no creo que esos tipos estén hablando otra cosa que tagliano. Seguro que son personas en las que confía la protectora. Es decir, personas cuyas familias están donde ella pueda devorarlas si se siente defraudada con el comportamiento de alguno de ellos. No van a verme.

Doj le había enseñado bien. Sin usar magia alguna, conseguía ser casi invisible al descender la pendiente. Los cazadores de sombras no notaron nada. Pero sí los

onironautas. Se pusieron nerviosos. Entonces, también comenzaron a correr de cobijo en cobijo, de manera errática, las pocas sombras en la vecindad que no se agolpaban con los suyos más allá de la carretera y que esperaban a que algún soldado rompiera de manera estúpida la barrera protectora. Una se lanzó a través del agujero y cayó en la jarra de barro.

Los cazadores de sombras se felicitaron. En un momento tuvieron sellada la jarra y la barrera, esta última con un trozo de bambú casi invisible. Tobo percibió poderosos conjuros en su madera. Atrapa Almas no quería que las sombras más potentes atravesaran aquella válvula.

La captura de una sola sombra satisfizo a los cazadores, pues recogieron y dieron la noche por acabada.

—¿Eso es todo? —preguntó Dormilón.

—Es la primera vez que los veo atrapar una —contestó Suvrin—. Supongo que no ocurre muy a menudo.

Momentos más tarde, los cazadores de sombras se marcharon. Tobo pasó por la Puerta de las Sombras al mundo donde había nacido. Suvrin había hecho bien las reparaciones.

El chico respiró profundamente y escuchó el suave ruido de los comandos descendiendo desde la llanura. No había habido alarma alguna al atravesar la puerta ni tampoco cuando los comandos comenzaron a atravesarla. Era evidente que la protectora no temía el sur. Aunque ella misma se había levantado de su tumba en alguna ocasión, no anticipaba un comportamiento tan obstinado por parte de sus enemigos.

—El agua duerme —le dijo Tobo a la noche y comenzó a lanzar un conjuro que haría que la gente de Atrapa Almas durmiera profundamente.

Lo había aprendido de Un Ojo, que lo había robado de Goblin cien años atrás.

Siempre sus pensamientos volvían a Goblin.

Kina era la Madre de los Impostores. Supongamos que no le hubiera hecho nada al pequeño mago. Nadie podía creérselo. Nunca nadie confiaría en él. Se iban a desperdiciar toneladas de tiempo y recursos manteniéndolo vigilado.

¿Eso era todo? ¿Era Goblin tan solo una distracción? ¿Había manera de averiguarlo?

Se suponía que estaba lleno de la genialidad creativa propia de la juventud. Debería ser capaz de pergeñar algo que funcionase.

Los prisioneros miraron con ojos desorbitados el avance de batallón tras batallón desde la llanura. No se había visto un ejército de aquel tamaño desde las guerras de Kiaulune. Atrapa Almas había ganado los laureles aquella vez porque la Compañía había sido sobrepasada de manera irremediable en cuestiones de hechicería.

El radisha Drah y el prahbrindrah Drah tenían lugares destacados en el desfile. Vestidos con lujo imperial, acompañados por docenas de leales estandartes taglianos, su presencia era una declaración que Dormilón quería hacer cuanto antes.

Una declaración que allí no valía nada, ya que ninguno de aquellos testigos podría llevar las noticias del avance de la fuerza invasora. Pero Dormilón pensaba que era una buena idea que la princesa y el príncipe comenzaran a practicar asumiendo de nuevo sus históricas funciones.

Suvrin ya se había marchado, así como decenas de piquetes, exploradores y soldados de reconocimiento. Los Soldados de la Oscuridad habían roto filas. El pobre Suvrin de nuevo tenía que cabalgar por delante, con la misión de cerrar el extremo sur del paso a través del Dandha Presh. Un trabajo para el que no necesitaba ninguna preparación especial. Había actuado igual cuando Dormilón lo hizo prisionero, mientras ella iba de camino a liberar a los pobres Cautivos de nuestro sufrimiento bajo la llanura.

Una vez que Suvrin estuvo seguro de que el paso no podría ser usado por chismosos del lado sur, se suponía que debía seguir y asumir las maniobras militares en Charandaprash. Una población que sin duda carecería de plaza fuerte, considerando la actitud de Atrapa Almas hacia sus propias fuerzas armadas.

Suvrin sabía las fuerzas del lugar antes de llegar allí. Toba se había traído sacos y más sacos de conchas de caracol de la llanura una vez que el camino estuvo despejado. Una marea invisible había comenzado a extenderse por la región una vez conocida como Lugar de las Sombras. Toba se enteraría de todo lo que sus criaturas averiguasen. Toba haría que aquellas criaturas llevaran las noticias a todo aquel que necesitase conocerlas.

La tensión era muy alta y continuaba ascendiendo. Aquellos que conocían a Atrapa Almas sabían que finalmente se enteraría de la invasión. Su respuesta sería sin duda violenta y espectacular, rápida e impredecible y nadie querría sufrirla.

CAPÍTULO 28

LOS TERRITORIOS TAGLIANOS: LAS CIEGAS MEDIDAS DE LA DESESPERACIÓN

Narayan gruñó cuando la chica lo despertó. Sin embargo, pronto recuperó el control. La protectora estaba en algún lugar, más cerca que en los últimos dos días. Los valientes esfuerzos de la Hija de la Noche, que había usado talentos que no entendía, habían sido suficientes para evitar su captura. Pero cada día estaba más cercana. El juego no podría durar mucho más. A él y a la chica no les quedaba nada. Si la protectora traía algunas de las sombras que controlaba...

—¿Qué ocurre? —susurró.

Luchaba contra el dolor que le acompañaba cada día.

—Algo ha ocurrido. Algo grande. Lo puedo sentir. Es... no lo sé. Es como si mi madre hubiese despertado, hubiese mirado a su alrededor y después hubiese vuelto a dormir.

Narayan no entendía y se lo hizo saber.

—Era ella. Lo sé. Me tocó. —La chica pasó rápidamente de la confusión a la confianza y la seguridad—. Quiso que supiera que aún sigue ahí. Quiere que siga. Quiere que sepa que todo va a mejorar pronto.

Narayan, que había conocido bien a la madre real de la chica, sospechaba que se parecía mucho más a su tía, la protectora. La protectora era voluble. El humor de la Hija de la Noche cambiaba como la brisa. Deseaba que fuese más estable, como su madre. Aunque Dama podía obsesionarse con facilidad. Por ejemplo, estaba determinada a ajustar cuentas con él y con el culto de los Impostores. Había sido la herramienta de Kina, pero no tenía respeto o amor por la diosa.

—¿Me has oído, Narayan? ¡Está allí! Ya no va a permanecer escondida mucho más tiempo.

—Te he oído y estoy tan emocionado como tú. Pero hay milagros y milagros. Aún tenemos que escapar de la protectora.

Señaló el cielo hacia el oeste. Los cuervos abundaban a menos de un kilómetro al

final de una larga pendiente llena de arbustos.

Atrapa Almas también tenía sus obsesiones. Aquella persecución era inacabable, sin que ninguna de las dos partes hubiese conseguido nada hasta entonces. ¿No tenía la protectora otra cosa que hacer? ¿Quién dirigía Taglios y sus territorios? La maldad sin duda florecería en su ausencia.

Desde el principio de la persecución, Narayan había confiado en que Atrapa Almas se aburriría y se ocuparía de algo distinto. Siempre actuaba igual.

Pero esta vez no. Esta vez se estaba mostrando obstinada.

¿Por qué?

Era imposible de deducir. Quizá hubiese tenido una visión del futuro. Quizá era incapaz de pensar en una afición más entretenida. Por dentro era retorcida. Sus motivos quizá no siempre tenían sentido, ni siquiera para ella.

Los cuervos comenzaron a desplegarse hacia el norte de lo que debía de ser la posición de Atrapa Almas. Parecían estar interesados en una media luna. Se dejaron llevar por la brisa, sin esforzarse, alejándose lentamente. Narayan y la Hija de la Noche observaron sin moverse. Los cuervos tenían una aguda visión. Si los dos Impostores más sagrados podían verlos, entonces los cuervos también podían ver a los Impostores sí el talento errático de la chica fallaba un instante.

Un solo pájaro planeó hacia el sureste, como borracho, pensó Narayan. Pronto no podía verse ningún ave negra.

—Continuemos —dijo Narayan—. Mientras podamos. Creo que aquella neblina hacia el sur podría ser el Dandha Presh. Estaremos en las montañas dentro de una semana. Allí no tendrá esperanza de atraparnos.

No era más que una hipótesis. Y ambos lo sabían.

La Hija de la Noche lideraba la marcha. Se podía mover mucho mejor que Narayan. Frecuentemente se impacientaba con la incapacidad de Narayan para seguir su ritmo. A veces lo maldecía y golpeaba. Sospechaba que lo abandonaría si tuviese otro recurso. Pero sus horizontes nunca se extendían más allá del culto y entendía que el santo viviente tenía mucha más influencia sobre los Impostores que cualquier mesías femenina mal instruida, cuyo estatus era aceptado solo porque llevaba la marca de autenticidad del santo viviente.

El retraso de Narayan de hecho los salvó. La chica estaba agachada en un arbusto mirando hacia atrás con irritación mal disimulada.

—Hay un claro. Es grande. No hay mucho donde ponerse a cubierto. ¿Esperamos hasta que se haga de noche? ¿O lo rodeamos?

Era demasiado difícil para ella mantenerlos invisibles en campo abierto.

Narayan a veces se preguntaba qué habría sido de ella si hubiese crecido con su madre de nacimiento. Dama la habría convertido en un oscuro terror, estaba seguro.

Ni por primera, ni por centésima vez deseó que Kina le hubiese permitido sacrificar a Dama el día que fue a reclamar a la recién nacida Hija de la Noche. Su vida habría sido mucho más fácil si la mujer hubiese muerto.

—Déjame mirar.

Narayan se agachó. El dolor le atenazó la pierna mala como si se la estuviesen cortando con un cuchillo romo. Miró y vio un erial pedregoso, casi ausente de vida, excepto por un tocón atrofiado y raquítrico que estaba clavado en el medio. Tenía metro y medio. Le resultaba familiar. No lo había visto antes, pero sabía que debía reconocerlo.

—No te muevas —le dijo a la Hija de la Noche—. Ni siquiera respires. Hay algo ahí que no anda bien.

Se quedó inmóvil. La chica también. Nunca lo cuestionaba en aquellas cosas. Siempre tenía razón.

Finalmente comprendió.

—Ese tocón es la protectora envuelta en una ilusión —susurró—. Ya ha usado antes ese truco. Lo oí cuando estuve prisionero con la Compañía Negra. Era una de las artimañas que usaba cuando los perseguía. Se pasaban la voz unos a otros para que se cuidaran de ella. Mira fijamente la raíz de aquella rama que se dobla dos veces y finaliza en un grupo de ramitas. ¿Ves el cuervo que allí se oculta?

—Sí.

—Retrocede con cuidado. Lentamente. ¿Qué...? ¡Quieta!

La chica se quedó inmóvil. Permaneció así durante varios minutos hasta que Narayan comenzó a relajarse.

—¿Qué era? —murmuró.

Ni el tocón ni el cuervo habían hecho nada alarmante.

—Había algo...

Pero ya no estaba seguro. Lo había visto con el rabillo del ojo por un instante, pero al mirar directamente, nada.

—Allí, sobre aquella piedra roja.

—¡Calla! —La chica miró en otra dirección—. Creo... Allí. Algo... No puedo ver nada, pero puedo sentirlo. Creo que está vigilando el árbol.

¡Grrr!

Ambos sintieron, más que oyeron, el gruñido detrás de ellos.

Tal era su disciplina después de años escapando que ninguno de los dos se sobresaltó. Algo grande y oscuro, y que no estaba allí del todo, pasó trotando. La boca del santo viviente se abrió, pero de ella no salió ningún grito. La chica se acercó a él sin hacer movimientos bruscos.

Lo que parecía una gran silueta de un extraño animal parpadeó a campo abierto. No se parecía a un perro. Tenía demasiados miembros. Pero en aquel breve instante,

alzó una pata trasera junto al tronco y dejó caer un chorro.

Y entonces, claro está, ya no estaba allí. Atrapa Almas, sin embargo, había recuperado su forma y estaba absolutamente furiosa.

—Algo ha cambiado —jadeó Narayan a través de su dolor.

—Algo más aparte de Madre.

Algo más aparte de la Madre de la Noche.

Algo que, desde aquel momento en adelante, los dejó sintiéndose como si estuvieran siendo observados en todo momento, incluso cuando no podían ver nada a su alrededor.

CAPÍTULO 29

KHATOVAR:

LOS SEÑORES DEL AIRE SUPERIOR

Mis cuervos trabajaron duro. En una hora supe que Dormilón había entrado en nuestro mundo y que la forvalaka había abandonado a los Voroshk y corría hacia nosotros. Comencé a dar órdenes de inmediato. Bowalk no llegaría en horas, pero quería asegurarme de que todos mis recursos pudiesen actuar de manera inmediata.

Sauce Swan seguía recordándome que casi todo el jaleo que estaba armando era exactamente la clase de estúpida rigidez que yo odiaba de Dormilón.

—¿Quieres establecer tu hogar futuro en Khatovar, Swan?

—Oye, no mates al mensajero.

Gruñí sin alegría y fui a recoger a mi amada.

—Es hora de que nos vistamos. Prepárate para el baile.

—¡Oh! —dijo—. Siempre he tenido debilidad por los hombres vestidos de negro con pájaros en los hombros.

Nuestras preparaciones acabaron. Los doce lanzadores de bolas de fuego que habían sobrevivido estaban en posición perfecta para saturar con fuego a la forvalaka cuando me atacase. Si eso no la destruía, sí la conduciría hasta mí, a la lanza negra de Un Ojo. Deseaba nuestro encuentro. Algo inusual en mí. No soy de los que disfrutan con la parte criminal del negocio.

Los cuervos tenían al monstruo a una hora de camino. La gente tomaba una última comida para apagar los fuegos antes de que llegara. Doj había matado un cerdo, que desapareció pronto. No hay muchos vegetarianos en mi compañía.

Murgen se nos unió a Dama y a mí mientras jugábamos a piedra, papel o cuchillo con Sauce Swan.

—Ha llegado Goblin. Acaba de cruzar el borde de la llanura. Hay dos tipos con él. Pintan bien las cosas para ti.

Aún no había visto en acción la nueva armadura Tomavidas.

—Bendita sea la capitana y su infinita sabiduría —escupí—. Qué rapidez. Mantengamos vigilado al mierda.

Tampoco hacía falta repetirlo.

—¿Lo pongo a trabajar? —le pregunté a Dama.

—Por supuesto. En el frente. Un Ojo era su mejor amigo, ¿no?

—Murgen, cuando llegue aquí, después de que hablemos con él, lo quiero colocado allí abajo, donde puse la pareja de petardos. No sabemos si les queda algo. Después haz que los otros dos retrocedan para cubrir la marcha hacia la Puerta de las Sombras. Tú y Thai Dei os quedáis con Goblin.

Murgen me miró sin expresión.

—Pégale si es necesario. O dale un buen revolcón si te da motivos.

—¿Qué serían?

—No sé. Eres un adulto inteligente. ¿No crees que puedes saber cuándo alguien necesita una buena paliza?

—¿Crees que para eso son esos tipos que van con él?

No pensaba en nada semejante. Parecía probable.

—¿Son hombres que conozcamos tan bien como para fiarnos totalmente?

—No pude distinguir quiénes eran.

—Entonces la orden prevalece.

Estudí a Goblin minuciosamente. No lo había visto desde antes de que me enterrasen. Había envejecido mucho.

—Lo último que supe de ti es que habías desertado.

—Estoy seguro de que Un Ojo lo explicó todo.

La voz era la misma, pero había una diferencia en aquel tipo que no podía definir, quizá tuviese más que ver con el tiempo y las traiciones de la memoria que con algún nuevo mal en su interior, pero nunca me he equivocado mostrándome suspicaz.

La estatura de Goblin se aproximaba a lo mínimo para un ser humano normal. Era ancho, a pesar de no haber comido bien en los últimos años. Casi no tenía pelo. Tampoco sonreía mucho. Parecía infinitamente cansado, como si trabajase bajo un peso de cansancio que se extendía hasta la antigüedad.

—Mi larga siesta en esa cueva de los ancianos tampoco ha servido de mucho descanso.

—Un Ojo era un famoso embustero. Según oí, quince años después, fue todo idea tuya y él no pudo hacer nada.

—La capitana estaba satisfecha.

No discutía y no lo buscaba. Era la última pista que necesitaba. En aquel Goblin no quedaba humor alguno. Ese era el gran cambio.

—Bien por ella. Has llegado justo a tiempo. ¿No habrás perdido tus habilidades

mientras estuviste atrapado?

Algo se removió en el fondo de sus ojos. Parecía algo frío y furioso. No debía de ser más que irritación porque tantos pares de ojos lo mirasen de repente tan intensamente.

—¿Capitán?

Debía de tratarse de uno de los más antiguos. Todos los demás habían abandonado el hábito, aunque muchos aún llamaban a Dama «teniente», ya que Dormilón nunca ocupó ese cargo oficialmente. Sahra hacía gran parte del trabajo, a pesar de su estatus oficial de extranjera.

¿Cómo podíamos ser tan serios en distinciones tan nimias?

—¿Qué?

—Hay movimiento ahí fuera. Probablemente los Sabuesos Negros están acorralando a la forvalaka, lo que significa que el monstruo se acerca.

—Alerta máxima. Murgen, muéstrale a Goblin su posición.

Al moverme, la armadura no paraba de sonar. A pesar de ser un disfraz, los materiales eran auténticos y pesaban.

—¡Capitán! —Desde más lejos—. ¡Aquí!

Un hombre salió de su escondite señalando algo.

Me quedé boquiabierto.

—Mierda —explotó Dama—. ¿Por qué tus cuervos no nos han dicho nada de esto?

Se puso a cubierto.

Tres objetos voladores se dirigían a nosotros desde el oeste en formación de uve. Mi hombre los había visto desde tan lejos que, a pesar de su velocidad, tuvimos tiempo de observar su avance. Había un tipo con ojos de águila que se merecía una bonificación.

Los voladores cometieron el error de acercarse a una altitud calculada para evitar que las Sombras Desconocidas se dieran cuenta. Eso los dejaba en una posición vulnerable a ser detectados a simple vista, pues se recortaban contra el claro cielo azul justo el día en el que el tiempo eligió no estar nublado ni lluvioso.

—Cariño, tú concéntrate en la cambia formas —me espetó Dama—. Eso no es más que una distracción. Yo me ocupo.

Gritó órdenes, y yo hice lo propio.

Por supuesto, estaba equivocada. La forvalaka era la distracción para aquellos Voroshk voladores, aunque Bowalk estaba convencida de que en realidad era al contrario. Una vez que se acercaron, los hechiceros aéreos parecían bultos temblorosos aferrados a largos postes. Estaban envueltos en largas telas que parecían ser seda negra.

Seguramente tenían alguna razón para pensar que no los veríamos. No hacían

esfuerzo por permanecer ocultos.

Cuando ralentizaron su avance, sospeché de manera inmediata que querían coordinarse con la forvalaka... y estaba en lo cierto.

A escasos cien metros de nuestro puesto avanzado surgió una erupción de gritos y negra furia. Las Sombras Desconocidas estaban encima de la forvalaka, exactamente donde se suponía que tenían que estar.

En el momento en el que Bowalk se detuvo para despedazar a los demonios, desaparecieron.

Era una diana perfecta.

Los lanzadores de fuego, dispararon.

Desafortunadamente, la mayoría de los que funcionaban lanzaron sus ardientes e impredecibles misiles hacia los hechiceros khatovarianos. Solo dos ligeros trozos de bambú se quedaron prendidos sobre el monstruo. Uno explotó tras proyectar una biliosa bola verde que voló de manera errática, a sacudidas, y raspó los flancos de la bestia allí donde conservaba las cicatrices de nuestro último encuentro. El otro proyector la golpeó directamente en el hombro.

Emitió un alarido.

No aparté la mirada. Dama seguía hablando, informándome. Me dijo que los voladores se habían visto totalmente sorprendidos. Eso me hizo sospechar que no había habido mucha honestidad entre Lisa Daele Bowalk y los hechiceros Voroshk.

Deberían haber aprendido la lección. Todos ellos.

Los Voroshk no estaban faltos de preparación ante los problemas. Se habían rodeado con conjuros de protección que repelían las bolas de fuego más pequeñas, a menudo se apartaban del paso del líder para alcanzar a los dos que le seguían. Pero aquellos conjuros no podían protegerlos de todo y se debilitaron rápidamente.

Me preparaba para recibir la carga de la forvalaka cuando uno de los voladores pasó por delante de mí, detrás de Bowalk, envuelto en llamas. Su grito se desvaneció abruptamente al impactar contra el suelo, a mi derecha.

Mi estrategia era canalizar a la forvalaka hacia mí y hacia la lanza de Un Ojo, hiriéndola todo lo posible con su avance. Había montado la lanza negra al final de un poste de cuatro metros de bambú para conseguir un poco de alcance extra. Una vez que Bowalk estuviese pinchada, los de las bolas de fuego podrían acabar con ella. Siempre y cuando la lanza no hubiese perdido su poder al morir Un Ojo.

También había que esperar a que los encargados de las bolas de fuego no estuviesen ocupados con la distracción que sobrevolaba nuestras cabezas. Me arriesgué a echar un vistazo. El volador en cabeza daba media vuelta. No había conseguido lo que se proponía, pues se había visto obligado a concentrarse en sus defensas. Los restantes Voroshk se habían detenido a cien metros al este de nosotros, humeando, vagando con la brisa, aún vivos, aunque por poco. Antes de que volviese

mi atención hacia la forvalaka noté que el volador ganaba altura lentamente.

Una lluvia de jabalinas y flechas cayó alrededor de la mujer pantera. Los dardos estaban todos envenenados, por si alguno traspasaba su piel.

¡Maravilla de maravillas! Muchas de las flechas se quedaron clavadas. Una especie de niebla negra parecía cubrir al monstruo, haciendo que el límite entre ella y el resto del universo quedase poco definido.

Dama gritaba. Mucho. La disciplina del fuego era crítica. No podríamos crear más postes de bambú que escupieran fuego hasta estar de nuevo a salvo en nuestro mundo. La mitad de los que habíamos usado para la lucha ya estaban inutilizados. Los chicos hacía mucho que no habían estado en una verdadera batalla, pero recordaban cómo iba la cosa. Las bolas de fuego dejaron de ascender antes incluso de que mi mujer empezase a gritar de nuevo. Varios hombres aprovecharon la oportunidad para lanzar bolas contra la forvalaka. La pobre Lisa no tenía amigos.

No era tan invulnerable como había supuesto. Comenzó a deambular como borracha mucho antes de que actuase el veneno. La resistencia de su clase era legendaria y, según nuestra experiencia, tan solo la superaba la feroz vitalidad de los hechiceros que habían pertenecido al círculo conocido como los Diez que Fueron Tomados, cuyos últimos integrantes eran Atrapa Almas y Aullador, aunque por poco tiempo.

Estaba convencido. Tenía una lista de personas que iban a marcharse ardiendo al infierno.

El monstruo estaba de nuevo en pie, deshaciéndose de los efectos de los misiles, las bolas de fuego y los productos químicos. Se preparaba para cargar y colocarse entre nosotros, librándose de nuestras armas más peligrosas con sus garras y colmillos.

No sé lo que intentaban hacer los Voroshk. Sé que las bolas de fuego volvieron a salir volando. La tierra tembló como si algo la hubiese golpeado a unos metros con un martillo de cinco mil kilos y la forvalaka se lanzó hacia mí con un salto débil y titubeante, arrastrando por el suelo la pata trasera. El humo le salía de doce sitios distintos. El hedor a carne quemada la precedía.

Vislumbré al último Voroshk surcando el cielo detrás del monstruo. Iba dando volteretas.

Bowalk golpeó mi pica improvisada al abalanzarse sobre mí. Su esfuerzo fue débil y lento. La cabeza de la lanza de Un Ojo penetró y atravesó la carne del hombro derecho, que ya de por sí estaba gravemente herido. Sentí que rebotaba en el hueso. Gritó. Su peso me arrancó el arma de las manos a pesar de que tenía el extremo del poste de bambú firmemente apoyado en el suelo.

Debido al impulso, la bestia giró sobre sí misma. Consiguió golpearme con una pezuña y mandarme de culo por el aire antes de aterrizar y tratar de desembarazarse

de la lanza negra. Mi armadura aguantó sus garras. Por un instante estuve desorientado, aunque mantuve la cabeza unida al cuello.

Recuperé el poste de bambú, pero no la lanza. La forvalaka se retorció, gritando, gruñendo y golpeando la lanza mientras mis camaradas se preocupaban por apartarse de su camino. Cuando no había riesgo de fallar, le lanzaban alguna jabalina o flecha.

Los Voroshk seguían fuera de juego. Uno se quemaba por la pendiente que había al este. Otro se elevaba más y más dejando hilos de humo. El último daba círculos precavido o buscando alguna oportunidad para atacar. Quizá solo estaba observando. Cada vez que se lanzaba hacia abajo, un grupo de postes de bambú apuntaban hacia él, ofreciéndole una cálida bienvenida. Sospecho que la mayoría eran inservibles. Pero él solo podía averiguarlo a las bravas.

Con el disfraz de Tomavidas, venía una enorme espada negra de un diseño similar a la Varita de Fresno de Doj. La desenvainé al ver que la forvalaka trataba de venir a por mí. Me sentí casi estúpido por el nerviosismo y el miedo. Habían pasado décadas desde la última vez que había usado una espada, aparte de los ejercicios con Doj. Esta no la conocía en absoluto. Quizá no fuese más que una pieza de museo. Podría partirse en el instante de golpear con ella.

La cambia formas avanzó tambaleándose. Alguien le lanzó una deslumbrante bola de fuego. Las jabalinas y las flechas seguían cayendo. Fue golpeada en la herida donde se alzaba la lanza de Un Ojo. Las saetas finalmente se desprendieron, pero no la lanza negra que cada vez se hundía más y más.

Avancé y golpeé. La punta de la espada penetró varios centímetros en el hombro izquierdo del felino. Apenas se movió. La herida sangró unos segundos y después se cerró, sanando frente a mis ojos.

Golpeé de nuevo en el mismo lugar. Y otra vez. Sin desesperar. Su vitalidad no me sorprendía. Pero las heridas ya no sanaban tan rápido como antes. Además, la lanza cada vez se hundía más en su carne. Parecía perder la voluntad de luchar.

¡Gritos!

El Voroshk sano se lanzaba hacia mí velozmente, su protección rechazó primero las bolas de fuego que lo atacaron, luego las flechas y saetas. Me puse a corretear y me preparé para saltar cuando estuviese cerca. Alzó una mano como para lanzar algo, pero, antes de que pudiera hacerlo, mi cuervo blanco apareció de la nada y lo golpeó en la cabeza desde atrás. Su barbilla golpeó contra el pecho.

Dudaba que hubiese sufrido daño alguno, pero por un instante se olvidó de mí. Se abalanzó contra el cuervo. El pájaro fantasmal se había aferrado a su hombro e intentaba desgarrarle los ojos.

Yo me aparté, pero calculé mal la velocidad del Voroshk. Mi hoja se hundió en el poste sobre el que montaba, treinta centímetros por detrás de su trasero, y salió despedida de mis manos. Entonces, el Voroshk golpeó el suelo. Aullando, rebotó

hacia el cielo y se alejó dibujando una tenue curva hacia el norte, dando vueltas alrededor del eje del poste volador. La túnica o capa o lo que fuese aleteaba en el cielo. Había jirones que se desgarraban y caían a tierra.

La forvalaka seguía debilitándose. Con cuidado, algunos hombres salieron de las defensas y rodearon a la bestia. Dama y Doj se reunieron conmigo a distancia de poder golpear. Cada uno llevaba uno de los fetiches de debilitación que Tobo había creado usando la cola y partes de la piel que Bowalk se había dejado cuando mató a Un Ojo. Dama le había enseñado qué hacer. Los fetiches eran particularmente efectivos, pues Dama y Tobo contaban para realizar el trabajo con el verdadero nombre de Lisa Daele Bowalk.

—Swan —dije—, toma un escuadrón para alcanzar al que se quema. Ten cuidado. Murgen, mantén vigilados a los otros dos.

El Voroshk que había caído dando tumbos había recuperado de nuevo el control y se dirigía a nosotros lentamente, ganando altitud, acercándose al que quedaba en el aire, y seguía elevándose. El otro había comenzado a planear con la brisa y mostraba signos de estar ardiendo.

—Cariño —le consulté a mi esposa—, ¿hay posibilidades de que vigiles a Goblin?

Nuestro hermano misteriosamente resucitado había estado extrañamente silencioso durante el intercambio de saludos entre la familia Voroshk y la Compañía Negra. A menos que me hubiese perdido algo mientras me ocupaba de la forvalaka.

—Ahora mismo hay dos postes de bambú de los que funcionan apuntándole.

—Excelente. Podrás hacer más cacharros de esos cuando volvamos a casa, ¿verdad? Son las mejores armas que hemos tenido jamás.

—Haré algunas. Si hay tiempo. Una vez que mi hermana sepa que hemos vuelto, vamos a estar muy ocupados.

Una luz de yema de huevo de repente inundó el mundo. Desapareció antes de que mirase hacia arriba y viese una nube con forma de estrella de mar con mil brazos que se extendía allí donde el Voroshk chamuscado estaba flotando.

El otro Voroshk se dirigía de nuevo al norte, esta vez girando. Además alguien caía hacia nosotros, vastas extensiones de tela negra aleteando detrás y despidiendo humo. No había signos del poste que había estado montando el Voroshk. Su caída parecía terriblemente lenta.

Mientras tanto, concentrado en su tarea, Sauce Swan bramaba a través de la pendiente. Quería una camilla.

—Ese está todavía vivo —observó Dama.

—Tenemos un rehén. Que alguien ensarte a esa cosa con una pica. Probablemente se esté haciendo la muerta.

La forvalaka había dejado de luchar. Estaba tumbada, ladeada ligeramente, con

las manos agarrando el palo de la lanza de Un Ojo.

—Manos —dijo Murgen mientras Thai Dei tentaba al monstruo con uno de los proyectores de fuego más largos.

—Manos —dije yo también.

Se estaba produciendo el cambio. El cambio que había anhelado desde que matáramos a su maestro y amante Cambiaformas, durante nuestro primer asalto a Dei agoré.

—Se muere —dijo Dama.

Sonaba desconcertada y un tanto decepcionada.

CAPÍTULO 30

ΚΗΑΤΟVAR:

ΕΠΤΟΠCES COMIENZA EL FUEGO

Un chillido agudo surgió del cielo. El Voroshk, agitándose, cayó de lo alto atravesando el techo de paja de un refugio. Los chillidos cesaron. Los trozos del tejado salieron volando.

—Murgen, ve a atender a ese —dije.

Cuando volví a mirar a la forvalaka, descubrí que Goblin se nos había unido. Atravesó el grupo a empujones y se quedó observando al monstruo. Estaba a medio transformar, los brazos y las piernas eran los de una mujer desnuda mutilada de manera horrible. Estaba lo suficientemente consciente como para reconocer a Goblin.

El hombrecillo con cara de sapo dijo:

—Intentamos ayudarte, pero no nos dejaste. Podríamos haberte salvado, pero nos diste la espalda. Ahora te toca pagar. Si te metes con la Compañía, siempre pagas.

Comenzó a extender un brazo hacia la lanza de Un Ojo.

Los hombres saltaron sobre él desde todos lados. Media docena de postes de bambú se giraron hacia Goblin. Las ballestas se prepararon para disparar.

La boca del pequeño mago se abrió y cerró en varias ocasiones. Entonces retiró la mano lentamente.

Supongo que las noticias de las últimas palabras de Un Ojo se habían extendido.

—Quizá no deberíais haberme rescatado —gimió Goblin.

—No lo hicimos —le dijo Dama sin extenderse más.

Me apartó a un lado.

—Tiene algo que ver con que Bowalk haya muerto tan fácilmente.

Miré hacia el monstruo.

—Aún no ha muerto.

—Podría haber sido mucho más difícil.

—¿Incluso teniendo en cuenta los fetiches y la lanza de Un Ojo?

Se quedó pensando.

—Quizá. Cuando haya muerto, será mejor que te asegures de que no sea fácil

conseguir esa cosa. No me gusta la mirada de Goblin cuando está en su presencia.

La mirada estaba allí de nuevo, aunque el pequeño mago no mostraba inclinación alguna a hacer nada que inspirase una respuesta rápida y violenta.

Swan se acercaba con cuatro hombres en las esquinas de una litera improvisada. Venía dando grandes resoplidos, trotando al frente.

—Espera a echarle un vistazo a esto, Matasanos. No vas a creerlo.

En el mismo instante, Murgén pidió otra camilla. El otro Voroshk también había sobrevivido.

Swan estaba en lo cierto. La chica que había en la camilla era increíble. De unos dieciséis años, era tan hermosa como la fantasía de cualquier muchacho.

—Cariño, ¿es esto real? —le pregunté a mi mujer.

Y a Swan:

—Buen trabajo, Sauce.

Había atado y amordazado a la chica para evitar los trucos más simples de un hechicero.

—Los hombres, que se retiren —dijo Dama.

No quedaba mucho de la ropa de la joven. Y algunos de los muchachos no tendrían problemas en aprovecharse de su belleza por haber intentado atacarnos. Algunos incluso le darían el mismo tratamiento si el prisionero fuese un hombre. Podían ser mis hermanos, pero eso no los hacía menos crueles.

Dama le dijo a Swan:

—Llévate a Doj a allí y recoged cualquier cosa que le pertenezca. Su ropa y sobre todo esa cosa sobre la que iba montada. —Después se giró hacia mí—: Sí, cariño, es real, excepto por cierto maquillaje. Ya la odio. ¡Goblin! Ven aquí y quédate donde pueda verte.

Miré la chica Voroshk sin centrarme en la lujuria y frescura de su cuerpo, sino en su blancura y belleza. Había leído todos los Anales, desde el primer volumen (aunque, lo admito, en una copia que había pasado por varias generaciones de distorsiones) que comenzaba antes de que nuestros antepasados abandonaran Khatovar. Aquellos hombres no eran altos, blancos y rubios. ¿Podían ser los Voroshk otra plaga de un mundo exterior como los Maestros de las Sombras lo fueron del mío y de Hsien?

En el momento en el que Dama se quitó el yelmo, me amenazó por estar mirando y me di cuenta de que ella misma era bastante blanca, aunque no rubia.

¿Por qué esperar que la gente de Khatovar fuese más homogénea que la de mi propio mundo?

Murgén y su grupo vinieron corriendo transportando otro cuerpo en otra tosca litera. La primera había escapado de la mayor parte de los efectos del impacto y del fuego. No se podía decir lo mismo de esta segunda.

—Otra chica —observé.

Era difícil de ignorar pues era aún más evidente que en la primera.

—Más joven que la otra.

—Pero igual de bien formada.

—Mejor, desde donde yo la veo.

—Son hermanas —gruñó Dama—. ¿Tenéis idea de lo que esto significa?

—Probablemente que los Voroshk nos tenían tan poco respeto que enviaron a unos chicos para que practicasen. Pero después de lo que ha ocurrido, papaíto y abuelito se lo van a tomar más en serio —reconocí—. Venid, caballeros.

Una vez que todos los que no tenían nada que hacer se acercaron, dije:

—Dentro de muy poco vamos a tener el cielo lleno de compañía hostil. Quiero que comencéis a levantar el campamento y a pasar por la puerta a los animales y el equipo. Ya.

—¿Crees que el tercero llegará hasta el ejército Voroshk? —preguntó Dama.

—No voy a apostar en contra. Los hijos optimistas de mi madre llevan muertos cincuenta años.

Miré a la forvalaka. Casi se había convertido por entero en Lisa Bowalk. Excepto la cabeza.

—Parece una bestia mitológica, ¿verdad?

Aún no estaba muerta. Tenía los ojos abiertos. Ya no eran los ojos de un felino. Estaban suplicando. No quería morir.

—No parece más vieja que la última vez que la vimos —le dije a Dama.

Aún era joven y atractiva para alguien cuyos años de formación habían pasado sobreviviendo en el peor estercolero de una ciudad horrenda.

—Oye, Cratch. Agarra a Slobo. Quiero que traigáis toda la leña que haya y que la apiléis sobre esta cosa.

—Yo ayudaré —dijo Goblin.

—Te diré qué, mequetrefe, si quieres un trabajo, puedes construirme un par de buenas camillas para llevarnos a nuestras nuevas amigas.

—¿Están bien como para viajar? —preguntó Dama.

—La mayor quizá podría levantarse y andar sola si estuviese consciente. Necesitaré inspeccionarla antes de decir qué tal está esta otra.

—Cuidado con lo que aprietas o tientas, vejstorio.

—Pensaba que a tu edad habrías desarrollado un poco más de sentido del humor, anciana. ¿No entiendes que toda profesión tiene sus beneficios? Un cirujano tiene que tentar y apretar.

—Igual que una esposa.

—Sabía que olvidaba algo cuando hicimos aquel ceremonial. Un abogado. ¡Cratch! Que nadie toque la lanza hasta que encendamos el fuego. Yo soy el único

que la toca. ¿Dónde están mis pájaros? Tengo que llamar a los Sabuesos Negros.

No podíamos dejarlos allí. Serían armas fundamentales en la guerra contra Atrapa Almas. Seguro que Dormilón ya los estaba echando de menos. Desesperadamente.

Swan y otros tres se acercaron luchando por llevar el poste que la chica mayor montaba. Swan resoplaba.

—Esta maldita cosa pesa una tonelada.

Los cuatro hombres comenzaron a soltarlo.

—¡No! —ladró Dama—. ¡Con cuidado! ¿Recordáis lo que le pasó al otro?

El humo, polvo o lo que fuese aún ensuciaba el cielo. Aún había algunos relámpagos dentro de la nube.

—Así, sí. ¡Goblin! ¡Doj! Venid a echarle un vistazo a este cacharro.

—Mira esta ropa —dijo Swan ofreciéndome un trozo de tela negra.

Parecía seda, pero no pesaba nada. Se extendía cuando tirabas de ella sin rajarse o volverse más delgada. O eso parecía.

—Ahora mira esto.

Swan apuñaló la tela con su cuchillo y no la penetró. Tampoco la cortó al asestarle un tajo.

—¡Vaya truquito más útil! Por suerte teníamos el bambú. Cariño, mira esto. Muéstraselo, Swan. Vosotros, llevad el poste ese al otro lado de la puerta. ¡En marcha, gente! Estos pueden volar. El próximo grupo que aparezca no será tan amistoso.

Nadie necesitaba mi ánimo. Una sólida hilera de hombres, animales y equipo se estaba moviendo colina arriba. La chica Voroshk mayor se dirigía hacia arriba, atada a la primera litera de Goblin.

Cuando Swan terminó de mostrarle la tela a Dama, le dije:

—Mira a ver si puedes encontrar un tronco o poste en una de las chozas que, desde lejos, se pueda parecer a esa cosa voladora.

Dama, Goblin y Swan se quedaron mirándome. Esta vez me hice el fuerte y no di explicaciones. Tenía la corazonada de que los Voroshk no querrían perder el poste. Era algo que mis camaradas sin duda entenderían, pero si lo decía, harían preguntas para que me explicara más.

—Esta tiene huesos rotos, quemaduras graves, punciones, cortes y abrasiones, y probablemente heridas internas.

—¿Y? —preguntó Dama.

—De modo que creo que no nos será de mucha ayuda. Probablemente muera. Voy a hacer por ella todo lo que pueda y después se la dejaré a su gente.

—¿Te estás ablandando con la edad?

—Como he dicho, nos causaría demasiados problemas. Además, la hermana debería estar en pie y recuperada en breve. De modo que si lo hago bien con la que

deje aquí, los Voroshk podrían estar menos inclinados a perseguirnos para vengarse.

—¿Qué van a hacer?

—No lo sé. No quiero saberlo. Hay que tener en cuenta el hecho de que fueron capaces de llevar a Bowalk a la llanura y de vuelta sin arruinar ninguna Puerta de las Sombras. Espero que no tengan lo que hay que tener para movilizar un ejército.

—No necesitarían agarrarnos si lo hiciesen. Es bastante probable que el viaje de Bowalk fuese posible por ser quien era y por haberlas atravesado antes por la fuerza.

Miré a la forvalaka. Ahora incluso la cabeza era la de Lisa Daele Bowalk. La misma Lisa Bowalk que arruinó Marrón Shed mil años atrás. Tenía los ojos cerrados, pero aún respiraba.

Teníamos que solucionarlo.

—Córtale primero la cabeza —me dijo Dama—. Después quémala.

CAPÍTULO 31

KHATOVAR: LA PUERTA ABIERTA

Los Voroshk no eran discretos. Venían por el noroeste como un furioso enjambre ansioso por atraparnos. La primera ola estaba compuesta por veinticinco al menos.

Mi gente se emplazaba en la parte superior de la Puerta de las Sombras, pero muchas de las Sombras Desconocidas no habían vuelto. Había dejado conchas de caracoles en los bosques para que tuviesen algo donde ocultarse. Las recuperaría más tarde, cuando el alboroto hubiese acabado.

El enjambre atacaba con grandes telas de seda aleteando. A pesar de que podían ver que estábamos al otro lado de la Puerta de las Sombras y que nuestro cuerpo principal ya estaba en la llanura, ellos cayeron arrasando nuestro campamento vacío, esparciendo una lluvia de diminutos objetos que transformaban pequeñas zonas del suelo en charcos de lava, haciendo que la vegetación ardiera de manera inmediata. No sobrevivió ninguno de nuestros cobijos o corrales. Pero la chica herida y la pira funeraria de la forvalaka quedaron intactas.

—Me alegra no tener que correr bajo esa lluvia —dije.

Un par de los Voroshk habían intentado darme tal tratamiento, pero la barrera entre Khatovar y la llanura repelió sus misiles con facilidad y se tragó la magia, pues no se activaron ni siquiera cuando cayeron al suelo.

—También son muchachos —dijo Dama.

Los miembros del enjambre parecían hacer lo que les venía en gana, actuando por su cuenta, sin chocar entre sí. Cuando vieron que el asalto no dio resultado, la mayoría bajó a tierra rodeando a la chica herida.

En mi lado de la Puerta de las Sombras nos apoyamos en los postes de bambú y observamos.

La segunda oleada estaba formada por un trío. Aparecieron varios minutos después de la primera bandada.

—Esos son los líderes —dijo Dama—. Son más precavidos que los jóvenes.

Unas telas negras todavía más largas aleteaban alrededor de aquellos tres.

—Sí, son los miembros de rango más alto de la familia —asentí—. Seguro que son muchos, teniendo en cuenta el tamaño del ejército que han traído.

Sin contar los propios Voroshk, mis espías estimaron que la fuerza que se aproximaba era de unos ochocientos. Era muy probable que pudiésemos derrotarlos si no tuviesen todos aquellos jinetes en el cielo cuidando de ellos.

Cuando aterrizaron, los Voroshk voladores posaron su medio de transporte sobre un extremo, como postes de una valla, y no parecían volcarse a menos que una mano humana los empujara.

Los mayores dieron unos cuantos círculos más antes de aterrizar. Entonces, se tomaron su tiempo examinando a la chica inconsciente antes de prestarnos atención.

Hice una pequeña señal con la mano tan pronto como estuvimos preparados. Los hombres en la pendiente que se habían quedado boquiabiertos siguieron avanzando. Los jefes Voroshk pudieron ver a la otra chica y a cuatro hombres transportando un poste volador capturado. Mientras, mi cariñito y yo posábamos al otro lado de la puerta con nuestros estupendos disfraces de asesinos. Había una gran sonrisa dentro de mi yelmo.

Entre los Voroshk, hasta entonces ignorada, pero no olvidada, el cadáver decapitado de nuestro antiguo enemigo chisporroteaba y restallaba dentro de un fuego rugiente. Deseaba tener una la Lanza de la Pasión para mostrársela a aquellos tipos. Mis cuervos no habían sido capaces de averiguar si los Voroshk eran conscientes de quiénes éramos.

—El pasado siempre vuelve —dije saludando—. Creo que es buena idea que nos marchemos ya. Sus buenos sentimientos por haber cuidado de esa chica no van a durar.

—Quizá te hayas pasado demasiado haciendo tanto espectáculo.

Comenzó a subir la cuesta. No tenía mal aspecto con aquella armadura. Para ser una chica tan mayor andaba con mucha energía.

Pronto todos los hechiceros voladores miraban colina arriba señalándonos y parloteando entre ellos. Parecían más preocupados porque nos lleváramos el poste volador que a la chica. Quizá ella ya no fuese importante. O quizá pensaban que ya podía cuidar de sí misma.

Uno de los mayores salió del grupo de figuras negras. En la mano llevaba un librito. Pasó un par de páginas, encontró la que buscaba y recorrió las líneas con un dedo mientras leía. Un segundo asintió y aparentemente repitió lo que el otro decía acompañándolo con gestos. Tras un instante un tercero se les unió, con gestos similares, pero no en sincronía con los otros dos.

—Es una serie —le dije a Dama.

Habíamos alcanzado a los más lentos de los nuestros.

—Vamos, vamos, vamos. —Yo mismo me puse a hacer gestos—. No hagáis nada

de lo que os podáis arrepentir.

Los Voroshk se giraron y nos dieron la espalda.

El fogonazo fue tan brillante que me cegó un instante. Cuando recuperé la visión se había materializado otra de aquellas estrellas de mar de humo gris con cientos de brazos. Esta no se encontraba en el cielo. Apareció justo donde se hallaba la Puerta de las Sombras. En el lugar donde había ocultado el poste volador, bajo algunas tiendas «abandonadas».

—Te lo advertí —murmuré.

—¿Cómo lo sabías? —preguntó Dama.

—No estoy seguro, una corazonada, supongo. Intuición.

—Acaban de matarse. —Casi había un destello de compasión en su voz—. No podrán detener el avance de las sombras desde la llanura.

Algunos de los Voroshk ya habían reconocido la magnitud del desastre que se estaba desarrollando. Unas formas negras desperdigadas como cucarachas quedaron de repente expuestas a la luz. Los postes voladores se alzaron y salieron hacia el norte con tanta violencia que algunos jirones de la tela negra salieron despedidos cayendo como oscuras hojas otoñales.

Los tres mayores mantuvieron sus posiciones. Nos miraban. Me preguntaba qué se les estaba pasando por la cabeza. Seguramente no reconocían el hecho de que el desastre fuese consecuencia directa de la magnitud de la arrogancia de los Voroshk. Nunca me he encontrado a ninguno de los de su clase que admitiese cualquier clase de falibilidad.

Estaba seguro de que habría grandes discusiones para averiguar a quién echarla culpa durante el tiempo que les quedaba. La naturaleza humana en su máxima expresión.

—¿En qué piensas? —preguntó Dama.

Me di cuenta de que no me movía, tan solo observaba cómo me miraban los Voroshk.

—Estoy pensando por qué esto no me preocupa como me habría preocupado años atrás. Por qué ahora me es más fácil reconocer el dolor, pero no me afecta tanto.

—¿Sabes lo que Un Ojo solía decir de ti? Que piensas demasiado. Tenía razón. Ya no tienes con él más obligaciones. Volvamos a nuestro mundo, démosle unos azotes a nuestra niña y hagamos que mi hermanita entre en razón. —Su voz cambió radicalmente—. Solo exijo una cosa. Narayan Singh. Lo quiero. Es mío.

Hice una mueca de dolor dentro del yelmo. Pobre Narayan.

—Aún me queda hacer una cosa aquí.

—¿Qué? —me espetó.

—Después de que se marchen esos tres, tengo que recuperar a los amigos de Tobo.

Gruñó y siguió caminando. Tenía que asegurarse de que la carretera que cruzaba la llanura quedase cerrada detrás de nosotros para no convertirnos también en víctimas de la explosión.

CAPÍTULO 32

LAS TIERRAS DE LAS SOMBRAS: LA PROTECTORA DE TODAS LAS TAGLIAS

Los instintos de supervivencia de Atrapa Almas estaban afilados como una cuchilla tras siglos de aventuras entre personas que consideraban una desventaja su continua buena salud. Percibió un cambio en el mundo mucho antes de que tuviese idea de qué podía ser tal cambio, bueno o malo o indiferente, y siglos antes de que se atreviese a averiguar su causa.

Al principio fue tan solo esa sensación. Entonces, gradualmente, se convirtió en la presión de mil ojos. Pero no podía descubrir nada. Sus cuervos no encontraban nada, aparte de los destellos ocasionales e impredecibles de su presa, los dos Impostores. No eran noticias nuevas.

Atrapa Almas abandonó la cacería de inmediato. No sería difícil acercarse de nuevo a los Impostores.

No supo nada antes de que llegara la noche —excepto que sus cuervos estaban muy nerviosos, cada vez más inquietos, menos tratables y saltaban ante cualquier sombra—. No podían averiguar la causa de su malestar porque no la entendían.

Eso quedó cada vez más claro con la llegada de la noche. Los mensajeros interrumpieron las meditaciones de Atrapa Almas para informarla de que varios de los asesinados habían caído presa de una repentina enfermedad.

—Mostrádmelo.

No hizo esfuerzo por ocultarse mientras seguía a sus aves hasta el cadáver emplumado más cercano. Lo recogió, y le dio vueltas con cuidado en sus enguantadas manos.

Era obvio lo que había matado al cuervo. No era una enfermedad, sino una sombra asesina. Ningún cadáver se parecía a aquel que era asesinado por una sombra. Pero eso no podía ser. Aún había luz. Sus sombras domesticadas estaban ocultas y ya no había sombras traicioneras. Tampoco las sombras salvajes se habrían preocupado por un cuervo cuando había humanos en las proximidades. Debería de haber escuchado a Narayan Singh y a su maldita sobrina gritando mucho antes que a

cualquier pájaro... El ave no había producido ningún sonido. Como tampoco la media docena de los demás que también sabía que habían desaparecido. Los supervivientes tenían mucho que decir. Y dejaron bien claro que no iban a apartarse de su protección.

—¿Cómo puedo luchar contra esto si no sé lo que es? ¿Si no lo averiguáis?

Los cuervos no podían ser amenazados o engatusados. Eran genios entre las aves. Es decir, eran tan inteligentes como para haberse dado cuenta de que cada uno de los muertos había estado solo cuando el mal se había arrojado sobre ellos.

Atrapa Almas los maldijo, después se calmó y convenció a los pájaros más valientes de que tenían que explorar en grupos de tres o cuatro hasta que la oscuridad llegase por completo. En ese momento tendría a búhos y murciélagos y a sus propias sombras para hacer el trabajo.

Llegó la oscuridad. Como los Impostores observan correctamente, la oscuridad siempre llega.

Con la noche llegó una silenciosa aunque horrible y malvada guerra con Atrapa Almas en el ojo de la tormenta.

Inicialmente tuvo que soportar a la desesperada el ataque de enemigos desconocidos hasta que sus propias sombras pudieron traer suficientes refuerzos. Entonces, gastando sombras pródigamente, tomó la ofensiva. Una vez llegó el alba, y al no quedarle casi aliados sobrenaturales, se dejó llevar por el cansancio. Había conseguido al menos averiguar parte de la verdad: la Compañía Negra había vuelto, con nuevas formaciones, nuevos aliados, nueva magia, y aún sin gota de piedad en sus corazones. No era la Compañía que había conocido en sus años de juventud, pero se trataba de los hijos espirituales de los fríos asesinos de los tiempos antiguos. No importaba lo que intentases, solo conseguías matar hombres. El ideal sobrevivía.

¡Ja! Se acercaba el fin de un imperio de aburrimiento.

Las pretensiones y la bravuconería no ocultaban el miedo inexplicable. Habían huido a la llanura y ahora regresaban. Ahí había algo más implícito. Necesitaba interrogar a las sombras que habían existido en la piedra reluciente durante aquellos años silenciosos. Cuando hubiese tiempo. Antes de poder tomar medidas, tenía que hacer aquello que tan bien se le daba: sobrevivir.

Estaba a cientos de kilómetros de cualquier ayuda. La asediaban seres que no cederían ante su voluntad o magia y que podía detectar, parecía ser, solo a través de sus propias sombras o cuando una de ellas la atacaba directamente. Eran fieras como sombras, pero más extrañas. Eran más sobrenaturales que sus esclavos espirituales y parecían poseer un orden superior de inteligencia.

Cada una que extinguía personalmente la infectaba con una vasta pena y con la certeza de que estaba batallando con las más débiles de su clase. Siempre había un

poderoso presentimiento de demonios o semidioses venideros.

Lo que no podía comprender era por qué todo esto la asustaba tanto. No había allí nada más mortal, o amenazador, o extraño que mil peligros a los que se había enfrentado antes. Nada allí igualaba la oscura amenaza del Dominador en su tiempo.

Había momentos infrecuentes en los que aún anhelaba aquellos tiempos antiguos y oscuros. El Dominador la había tomado, y a sus hermanas, a una de ellas la había hecho su esposa y a la otra su amante...

El Dominador había sido un hombre fuerte, duro, cruel. Su imperio había sido de barbarie y acero. Y Atrapa Almas se había deleitado en su pompa y oscura gloria. Nunca perdonaría a su rival, su última hermana superviviente, por haber hecho que todo aquello acabase. Podían culpar a la Rosa Blanca de la muerte del Dominador. Atrapa Almas sabía la verdad. El Dominador nunca habría caído si su mujer, una virgen quejosa, no hubiese ayudado a su destrucción.

¿Y quién había luchado y conspirado tanto después de su resurrección para mantener al Dominador a raya? ¡Su amantísima esposa!

Ella volvería. Estaría allí donde la Compañía Negra se estuviese escondiendo. Aún no estaba aquí, pero lo estaría pronto. Haber sido enterrada viva de nuevo no sería impedimento para lo inevitable, ese oscuro momento en el que ajustarían cuentas cara a cara.

Atrapa Almas podía estar ciega en algunos aspectos a pesar de siglos de experiencia cínica. No veía que la fortuna podía ser tan errática y descarriada como ella misma.

Los poderes de recuperación de Atrapa Almas eran tremendos. Tras unas horas de descanso se levantó y comenzó a caminar hacia el norte, con largos y confiados pasos. Esta noche reuniría un ejército de sus propias sombras. Nunca más se vería tan amenazada como lo había estado la noche anterior.

Eso se dijo.

Hacia el final de la tarde su confianza estaba de nuevo por todo lo alto y había partes de su mente que miraban más allá de la crisis de aquel día explorando qué podría hacerse para esculpir el futuro.

Atrapa Almas hacía mucho que pensaba que había cosas horribles que podían ocurrirle, y así era, pero siempre había disfrutado de la certeza de que sobreviviría a todo.

CAPÍTULO 33

KHAŦOVAR;

DESPEDIDA

—Parece limpio —dijo Swan.

Murgen y Thai Dei estuvieron de acuerdo con un bufido. Asentí hacia el nyueng bao. Su opinión era aquí importante. Sus ojos eran aún tan finos como los de un muchacho de quince años. Yo estaba casi ciego de uno y por el otro no podía ver nada.

—¿Doj? ¿Qué piensas? ¿Huyeron? ¿O se volvieron por si lo hacíamos nosotros?

Como el elemento sorpresa ya no estaba de mi parte, no quería toparme de nuevo con los Voroshk. Sobre todo con los más mayores. Estarían enrabetados y podían arrastrarme a un infierno con ellos.

—Se han marchado. Han ido a prepararse para la matanza. Saben que en su camino hay horror y desesperación, pero también saben que son fuertes como para capearlo todo si se mantienen en calma y trabajan duro.

Creo que me quedé boquiabierto.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Es cuestión de ejercicio mental. Piensa en todo lo que sabemos sobre ellos, sobre los hechiceros como clase y sobre los seres humanos en general, y lo demás cae por su propio peso. Ya han pasado por esto antes, aunque en menor medida. Han averiguado qué hacer si ocurre de nuevo. Toda esta región vacía, desde aquí hasta el otro lado del Dandha Presh, realizará la misma función que el terreno despejado que rodea una fortaleza esperando a ser sitiada.

—Me has convencido. Esperemos que no estén tan preparados como para haber averiguado cómo venir a por nosotros después de solucionar su problema con la plaga.

Tal y como habían quedado la Puerta de las Sombras y la barrera vecina no confiaba en que los Voroshk tuviesen mucha energía de sobra durante generaciones.

—Por un minuto yo también me lo he tragado —dijo Swan—. Pero aquí está el argumento que prueba algo que siempre supe: el tío Doj es un mentiroso de mierda.

Media docena de formas negras como nubes habían emergido de la vegetación más abajo de la pendiente. Caminaban muy despacio, de dos en dos, con las manos extendidas en los costados, los postes voladores los acompañaban detrás a la altura de la cintura.

—No sé qué coño está pasando, pero quiero a Goblin y a Doj listos para cualquier cosa. Murgen, tú y Thai Dei desplegaos para que podamos atacarles con bolas de fuego desde el frente y desde los costados.

Yo y mis tres compañeros teníamos tres lanzadores aún en funcionamiento, literalmente toda nuestra banda se había marchado. Dama dijo que con suerte habría seis bolas de fuego utilizables entre los tres. Al menos eso esperaba.

Una por cada Voroshk.

—¿Estás seguro de que necesitamos recuperar a esos espectros? La vida sería mucho más fácil...

—Aquí y ahora. Pero ¿qué ocurrirá cuando, una vez en casa, Atrapa Almas venga a por nosotros y cuando le gritemos a Tobo que deje atacar a los Sabuesos Negros no haya malditos Sabuesos Negros por ningún lado? ¿Y cuando el resto de las Sombras Desconocidas digan «¡Qué se jodan! No voy a dejar que me machaquen por unos tipos que ni siquiera se han molestado en sacar a los Sabuesos Negros de Khatovar»?

Swan gruñó. Goblin se puso desdeñoso.

—¿Un poco de pasión, capitán? Pensé que la habías perdido por completo.

—Cuando quiera que me jodas con tus comentarios, mequetrefe, te avisaré. ¿Qué acaba de decir?

Los Voroshk se habían detenido. Uno había hablado y, oh, maravilla, parecía que podía entender sus palabras.

—Repíte eso, colega.

El hechicero captó la idea. Volvió a hablar más alto y despacio, como se hace con los duros de oído, los obtusos de mente y los extranjeros.

—¿Qué es ese ruido? —pregunté—. Sé que ahí hay palabras que debería reconocer.

—¿Recuerdas Juniper? —dijo Goblin—. Suena a que está intentando hablar la lengua que se usaba allí.

—Tiene sentido. Bowalk venía de Juniper. Escuchad.

Goblin también había servido en Juniper. Muchísimo tiempo atrás. Se me dan bien los idiomas. ¿Podía entender este bastante rápido para sacarle provecho? No nos quedaban muchas horas de luz.

Algo comenzó a entenderse a pesar de que el Voroshk tenía un acento horrible y su gramática era atroz. Destrozaba los tiempos verbales e invertía los verbos y sujetos.

Goblin y yo comparábamos notas sobre la marcha. El pequeño mago nunca

consiguió hablar bien el idioma, pero no tenía problemas para entenderlo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Swan.

Sostenía uno de los postes de bambú. Era muy pesado.

—Parece que quieren que los llevemos con nosotros. Creen que se aproxima el fin del mundo y no quieren que les pille.

Goblin estaba de acuerdo y asintió. Sin embargo, tenía un pero.

—No me fiaría de ellos ni por un segundo. Creo que han sido enviados para espiarnos.

—Sí —dijo—. Es algo que haría con cualquiera.

Goblin ignoró la puñalada.

—Haz que se desnuden. Totalmente. Doj y yo podemos inspeccionar sus ropas como si buscáramos liendres.

—De acuerdo. Pero me llevo conmigo a Doj para recoger los caparzones de caracoles.

Comencé a decirle al Voroshk lo que tenían que hacer si realmente querían venir con nosotros. No les gustó. Querían comenzar una discusión. No se lo permití, aunque quería echarle el guante a uno o dos postes voladores para que Dama y Tobo los estudiaran. Maldita sea, sería muy útil tener algunos de aquellos cacharros.

—Si no veo cuerpos desnudos, lo único que quiero ver es vuestras espaldas mientras os alejáis —le dije al Voroshk—. El que no haga alguna de estas dos cosas después de que cuente cincuenta morirá donde está ahora mismo.

El idioma me surgió con bastante facilidad, aunque no dejé tan clara mi posición. Los dos Voroshk que quizá eran los más inteligentes comenzaron a desnudarse de inmediato. Resultaron ser tan pálidos y rubios como las chicas que habíamos visto, aunque estaban rojos por la vergüenza y se agitaban llenos de furia. Observé atentamente, pero sin mostrar demasiado interés en sus cuerpos. La determinación que pusiesen en algo tan humillante me daría pistas sobre su sinceridad.

Fue demasiado para una de las jóvenes. Había llegado hasta el punto en el que su verdadero sexo se hizo evidente y descubrió que no podía acabar.

—Será mejor que corras, muchacha —dije.

Y así hizo. Saltó a su tronco volador y salió pitando.

Su desertión tuvo un impacto evidente en uno de los jóvenes, que cambió de idea a pesar de que ya estaba desnudo. No le metí prisa mientras se vestía.

Eso dejaba a cuatro, tres chicos y una chica, todos adolescentes.

Saludé colina arriba, confiando en que Dama estaría mirando y que adivinaría lo que necesitaba. En eso es muy astuta. Poco después, un par de tipos bajaban por la colina cargando fardos de ropa para vestir a los prisioneros.

Aún no entendían su nuevo estatus.

Los pasé por la Puerta de las Sombras de uno en uno, observando con cuidado.

No esperaba que intentasen nada, pero sigo vivo a mi edad porque tengo el hábito de estar listo si surgen problemas justo cuando parecen menos probables.

—¿Alguien tiene una razón para pensar que cualquiera que salga por la puerta se va a meter en problemas? —pregunté.

Para mayor humillación, los chicos Voroshk se vieron con las manos atadas a la espalda tan pronto como estuvieron vestidos.

El tipo que hablaba a duras penas la jerga de Juniper protestó ante aquella indignidad.

—Es solo temporal —le aseguré—. Mientras estamos en el exterior.

Cambié a tagliano.

—Murgen, Swan, Thai Dei, mantened a estos bien vigilados.

Los postes de bambú cortaron el aire. A pesar de la edad (y del cinismo que va asociado con ella), aquellos tipos podían mostrar bastante entusiasmo. Fingido, claro está.

—Si algo te ocurre —me aseguró Swan—, no quedará de ellos más que manchas de grasa y uñas de los pies.

—Eres un buen hombre, Swan. Doj, tú primero.

El anciano nyueng bao desenvainó la espada Varita de Fresno, entró por la Puerta de las Sombras dañada hacia Khatovar y tomó posiciones.

—Tu turno, Goblin.

Mediante una seña con la mano le dije a Murgen que no se contuviera si tenía que lanzar una bola de fuego a los objetivos que apareciesen por sorpresa.

Lo que siguió fue antinatural. Llevé un saco por todos los lugares donde recordaba que había desperdigado las conchas de caracol y las fui recogiendo. Las que tenían algo escondido dentro proporcionaban una sensación muy precisa.

Mis cuervos volvieron mientras estaba con la recolección. Informaron de que los Voroshk se preparaban fervorosamente para la noche. Creían que nuestros desertores eran genuinos. El terror y el pánico se extendían por el mundo tan rápido como volaban los mensajeros Voroshk.

Los pájaros facilitaron mucho la recogida de nuestras sombras compañeras. Me hacían ver qué caparazones eran una pérdida de tiempo y dónde encontrar los que había olvidado. Todos cruzamos la Puerta de las Sombras una hora antes del anochecer.

Goblin aún examinaba la ropa que les habíamos quitado a los muchachos Voroshk.

—Este material es sorprendente, Matasanos —dijo el pequeño mago con voz de pito—. Creo que podría ser sensible a los pensamientos del que lo lleva.

—¿Es seguro?

—Creo que pierde las propiedades cuando no permanece en contacto con aquel

que está destinado a llevarlo.

—Algo más para Tobo con lo que jugar durante el tiempo libre que tenga en mitad de la guerra. Cárgalo. Ponlo en una mula al frente de la columna. Hay que marcharse.

Cambié de idioma y les dije a los infelices jóvenes:

—Ahora os voy a liberar. Voy a traeros de uno en uno para que podáis recoger vuestros postes. No podréis montarlos. Viajaréis en la retaguardia de la columna.

Les conté los peligros de la llanura mientras cumplían las órdenes. El temor a las sombras me hizo fácil mantener su atención. Intenté hacerles entender que una metedura de pata en la llanura no solo mataría al que la ha cagado, sino a todo el grupo, de modo que no debían esperar que mi gente fuese amable si su comportamiento era inaceptable.

Fui el último de la Compañía en abandonar el suelo de Khatovar. Antes de irme, me permití una pequeña ceremonia de despedida, o quizá de exorcismo.

El joven capaz de algún tipo de comunicación quiso saber:

—¿Cuál es el significado de lo que acabas de hacer?

Intenté explicárselo. No lo entendió. Con el tiempo, concluí que nunca había oído hablar de las Compañías Libres de Khatovar. Que apenas sabía nada de la historia de su mundo antes de que sus ancestros tomaran el poder. Que, además, no le importaba.

Parecía un joven bastante superficial. Sin duda, sus compañeros eran similares.

La Compañía iba a ser para ellos toda una revelación.

Dama y yo nos quedamos al final de la carretera, esperando a asegurarnos de que habíamos sellado la puerta bien contra las incursiones de las sombras. Con la llegada de la oscuridad, la sensación que se percibe cuando una gran cantidad de sombras asesinas se reúne se hizo más poderosa. Una creciente excitación informaba de tal presencia, como si la Hueste de los Muertos Irredentos supiese que, a pesar de no poder salir a explorar durante el día, se había producido un cambio.

Los cielos seguían claros sobre Khatovar. La luna se alzó justo antes del ocaso, de modo que había abundante luz plateada como para verse la etapa inicial de la invasión de las sombras. Un hilillo de pequeños exploradores comenzó a colarse por la frontera destrozada. El grito de un cerdo moribundo llegó hasta nosotros. Más sombras descendían por la pendiente. Aunque no parecían comunicarse entre sí, sombras cada vez más grandes se nos unían.

—Mira allí —dijo Dama.

Una línea de Voroshk voladores había comenzado a pasar cerca de la luna. Al poco tiempo, pequeñas bolas de luz burbujearon dentro de la densa vegetación al fondo de la pendiente.

—Quizá sea algo parecido a nuestras bolas de fuego.

Las bolas de fuego habían sido creadas originalmente para destruir las mareas de oscuridad que los Maestros de las Sombras insistían en lanzar sobre nosotros.

—Van a dar guerra. Mira eso.

Eso eran los nef.

—¿Los onironautas salen? Me pregunto por qué.

—Es una pena que no pudiésemos dejar salir a todas las sombras y después cerrar la puerta de golpe tras ellas.

Incluso Shivetya estaría de acuerdo, supuse. No estaba contento con algunos de los avances hechos en su llanura durante el último milenio.

—Deberíamos ponernos en marcha —dijo Dama—. Quizá te venga bien pensar qué vamos a hacer con nuestros nuevos niños una vez que llegemos al otro extremo y se vean tentados a huir.

Sí. Iba a hacerlo. No necesitábamos más hechiceros psicóticos a nuestro alrededor.

CAPÍTULO 34

LAS TIERRAS DE LAS SOMBRAS: LAS TAREAS DE TOBO

Tobo acabó de interrogar al cuervo negro, que no era realmente un ave, y lo envió de nuevo con Matasanos. Encontró a su madre y a Dormilón con otros compañeros de viaje estudiando un mapa de los territorios del norte del Dandha Presh. Trataban de determinar la ruta más favorable hacia el norte, una vez que las fuerzas acabaran de cruzar las montañas. Pequeñas manchas de color representaban las últimas posiciones conocidas de la protectora y de Narayan Singh.

—¿Noticias de Matasanos? —preguntó Dormilón.

—Ya ha acabado. Está de camino. Aunque resultó más extraño de lo que esperaba.

Le dio el informe completo.

—Tendrás que volver —le dijo Dormilón—. No podemos arriesgarnos a tener otra banda de hechiceros descontrolados.

—Supongo —Tobo no mostró ningún entusiasmo.

—No me gusta. ¿Porqué no los mató después de conseguir sus objetos voladores y esa ropa tan extraordinaria?

—Porque no es así como hace las cosas.

Por no mencionar el hecho de que los muertos no cooperan mucho a la hora de compartir lo que saben.

—No. Deja que la gente se escape y después los caza treinta años más tarde. —Soltó un gruñido—. ¿Cómo puedo avanzar si no te tengo aquí?

—Si Matasanos está en este lado, todas las Sombras Desconocidas también lo estarán. Los Sabuesos Negros estarán corriendo en el frente de un momento a otro. Un día o dos más tarde podremos ver qué ocurre allá donde queramos.

Dormilón necesitaba tranquilidad. Le preocupaba que sucediesen cosas allí donde no podía ver. No ayudaba nada a mejorar su temperamento que recordase que la mayoría de la gente, incluidos los capitanes, pasaban vidas enteras mucho más ciegos de lo que lo había estado ella.

Dormilón estaba malacostumbrada. Durante su asociación con la Compañía, de un modo u otro, se logró cierta habilidad para saber lo que ocurría lejos de nosotros. Cuando alguien posee algo durante algún tiempo, pronto lo considera un derecho de nacimiento. Dormilón no era ninguna excepción a esta regla.

—Entiendo que necesites que Tobo esté aquí antes de dejar que los prisioneros abandonen la llanura —graznó Goblin—. Pero ¿por qué no podemos avanzar el resto? No hacemos nada útil aquí sentados.

—Harás lo que yo quiera que hagas. Ahora silencio. O te amordazo.

Yo también me impacientaba esperando a que Tobo apareciera. Estaba sujeto a las limitaciones del viaje normal. No teníamos alfombras voladoras, aunque había esperanzas de que el Aullador pudiese crear algunas cuando despertase. (Aún nadie lo ha intentado). Y ahora estaba la posibilidad de desentrañar los secretos de los postes voladores de los Voroshk.

Tobo venía a lomos del extraordinario caballo que se había conseguido Dormilón. Criados originalmente para servir a la Dama de la Torre en el norte, un número de ellos había ido al sur con la Compañía. Aquel era el último superviviente conocido.

—¿Cuánto viven esas cosas, cariño? —le pregunté a Dama mientras se acercaba Tobo.

—Quizá cuarenta años. Como mucho. Este está pasándose de la raya.

—Parece bastante ágil.

A pesar de haber corrido cuarenta millas el animal parecía estar fresco.

—En aquellos días hice bastantes cosas buenas.

—¿Los echas de menos?

—Sí.

A mí no me mentía. No me amaba menos por echar de menos ser lo que había sido en una ocasión. Por lo que puedo decir, no se arrepiente de nada de lo que ha hecho, sea bueno o malo. Ojalá yo fuese igual.

Tobo desmontó justo fuera de la Puerta de las Sombras. Le hice pasar. Fue directo al grano, aunque antes sonrió y saludó a su padre y al tío Doj.

—¿Tienes cinco prisioneros? ¿Son todos magos mayores?

—De eso no estoy seguro. Por lo que sé, podrían carecer de talento. Pero sí iban por ahí volando sobre postes y llevando una especie de supertejido que Goblin dice que puede ser manipulado por los pensamientos. Lo que significa: «Ten cuidado, Matasanos».

—¿Podemos comunicarnos con ellos?

—Tenemos a dos hermanos cuyo padre estudió y pudo controlar a Bowalk mientras estaba en Khatovar. El padre forzaba a Bowalk a asumir una forma humana a veces durante una hora o dos, pero no conseguía que siguiera en ese estado. Pensó

que el problema era un bucle de hombre muerto que Cambiaformas incluyó en los conjuros de mutación. Cambiaformas no se fiaba de ella. El bucle se activó cuando Un Ojo lo mató.

»En cualquier caso, estos chicos Voroshk aprendieron algo de la lengua nativa de Bowalk a fuerza de estar a su alrededor durante toda su vida. Cuando los Voroshk hicieron explotar la Puerta de las Sombras uno de ellos tuvo la brillante idea de convencernos de llevarlos a algún lugar seguro. Reunió a otros amigos tan asustados como él y vinieron a nosotros. Asumió que todos hablábamos la misma lengua que la forvalaka. Tenía la extraña idea de que reconoceríamos la superioridad innata de los Voroshk y tomaríamos a su grupo como honorables invitados. No podía imaginarse que fuese a ser de otro modo pues así había de ser en Khatovar. Es estúpido, vanidoso y arrogante. Así lo parecen todos. El otro hermano aún más. Se niega a hablar.

Tobo sonrió con desagrado, quizá recordando actitudes similares entre los caciques de Hsien.

—Supongo que han sufrido un desengaño tras otro.

—Cierto. La vida se ha convertido para estos chicos en un infierno inimaginable. Tengo que recordarles una y otra vez que aún están vivos.

—Vayamos a verlos.

El chico parecía estar nervioso ante el desafío.

Al acercarnos a los refugiados le advertí a Tobo:

—Son muy hermosos, pero no creo que lleguen a reunir un cerebro entre todos. Al menos muestran los típicos signos de ser alumnos muy lentos.

Nos detuvimos a varios metros de los hijos abandonados de Khatovar. Se arrebujaban juntos al lado de la carretera mientras hombres y mulas de la Compañía Negra pasaban por la Puerta de las Sombras. Solo una de las chicas tuvo la ambición suficiente como para alzar la vista. La pequeña. La que habíamos hecho prisionera.

Se quedó mirando a Tobo medio minuto. Entonces murmuró algo a sus compañeros. Todos alzaron la vista. Solo el líder y su hermano mostraron su arrogancia innata. Y eso que no había sido un viaje largo y arduo.

Parecían percibir algo en Tobo que no era para mí aparente. Despertaba la esperanza. Hicieron varias preguntas en su propio idioma.

—Cuando dejen de farfullar díles quién soy. No creo que tengas que ser totalmente honesto.

—Exagerar un poco no hace daño a nadie.

—En absoluto.

La entrevista duró más de lo que había anticipado. Tobo era sorprendentemente paciente para su edad. Trabajó duro para conseguir que los Voroshk entendieran que ya no estaban en la tierra de sus padres, que aquí no importaba quiénes eran o quiénes habían sido sus padres. En nuestro mundo tendrían que trabajar para ganarse la vida.

Hicimos una pausa para comer algo. Los Voroshk y sus guardianes eran los únicos que quedaban en el lado de la llanura de la Puerta de las Sombras.

—Admiro tu paciencia —le dije a Tobo.

—Yo también. Estoy deseando patear a alguno. De todas formas, no se trata de paciencia. Intento aprender algo de ellos analizando lo que no dicen y lo que dejan caer. Tienes razón. No parecen muy listos. Aunque comienzo a sospechar que se debe tanto a la forma en la que fueron educados como a una estupidez natural. No tienen ni idea de su pasado. ¡Ni idea! No han oído hablar de las Compañías Libres. Tampoco de la Lanza de la Pasión. No sabían que unos magos poderosos de Khatovar erigieron las piedras que se alzan por toda la llanura con gran peligro de ser atacados por las sombras. Ni siquiera reconocían el nombre Khatovar, aunque Khadi les suena vagamente como un demonio antiguo que ya no importa a nadie.

—¿Cómo sabes eso? ¿Lo de las piedras conmemorativas?

—Baladitya lo aprendió de Shivetya. ¿Has notado que las runas en los troncos voladores son casi idénticas a las que hay en los monolitos?

—No, no me había dado cuenta. He estado muy ocupado vigilando a Goblin. El mierda habla un poco de su idioma. Ha estado charlando con ellos a escondidas.

Tobo asintió y se quedó pensando.

—¿Le has preguntado?

—No, no confío en él, Tobo. Antes de morir, Un Ojo me advirtió que no lo hiciera.

—Nadie va a confiar en Goblin durante un buen tiempo, Matasanos. Y él lo sabe tan bien como los demás. Se mostrará tan precavido como nunca. No vas a poder reconocerlo.

—Estamos hablando de Goblin, no podrá evitar ser él mismo.

—Se metió en lo que se metió porque fue Un Ojo el que lo arrastró a ello. Piénsalo, Matasanos. Si se ha convertido en instrumento de Kina, su tarea será a largo plazo. Algo parecido a provocar la venida del Año de los Cráneos. No va a permitir que lo maten por algo trivial.

Refunfuñé. Aquello tenía sentido a un nivel racional, pero no me convencía del todo. Goblin era Goblin. Lo conocía desde hacía mucho tiempo. Lo que hacía no siempre tenía sentido, ni siquiera para él.

—¿Qué hacemos con los Voroshk? —pregunté.

—Voy a educarlos.

¡Maldita sea! No me gustó la forma en la que lo dijo.

Reemplazó los guardias por sus colegas, taglianos dirigidos por un sargento mayor llamado Andarríos. Todos los guardias hablaban la lengua de Hsien con fluidez y se defendían en nyueng bao, un pariente próximo del idioma que se habla en la Tierra de las Sombras Desconocidas.

Tobo instruyó a los guardianes, después a los prisioneros (a través de mí), explicándoles cómo era la vida.

—Estos hombres serán vuestros profesores. Os enseñarán los idiomas y las destrezas que necesitaréis para sobrevivir en este mundo. Os enseñarán nuestras religiones y leyes y cómo nos comportamos unos con otros.

El chico que traducía comenzó a protestar.

Andarríos le propinó un golpe en la nuca capaz de arrojarlo al suelo.

—Tenéis que entender que sois invitados —continuó Tobo—. Gracias a vuestro conocimiento habéis conseguido que os saquemos de Khatovar. Vuestras vidas serán tan cómodas como podamos, siempre que cooperéis. Pero estamos en guerra con unos enemigos ancestrales y poderosos. No nos mostraremos muy pacientes con aquellos que no cooperen. Nuestra paciencia será especialmente inexistente con aquellos que consideremos peligrosos. ¿Entendéis?

Tobo esperó a que yo terminara de traducir. Pedí un poco de tiempo para que los chicos asimilaran la gravedad de la situación. Los jóvenes no comprenden fácilmente que puedan sufrir la crueldad y la muerte en sus propias carnes. También tienden a conceder lo que sea con tal de no ser sermoneados.

—Tenéis el resto del día de hoy y la noche para descansar. Mañana comenzaréis una educación intensiva en tagliano. Mientras nos apresuramos a alcanzar al resto del ejército viajaré con vosotros y os ayudaré en todo lo que pueda.

El jefecillo quiso volver a protestar. No había escuchado con la suficiente atención lo que estaba traduciendo. Andarríos volvió a golpearlo.

—Ese va a ser problemático —me dijo Tobo.

—Es posible que todos lo sean. No se soportaban en su tierra natal.

Seguramente eran unos inadaptados.

—Si os convertís en un problema mayor que vuestra utilidad, estos tipos os matarán —les dije a los chicos cambiando de idioma—. Vamos. Creo que hay comida esperándonos.

Una de las chicas dijo algo en su lengua. La cautiva, no la que había venido con los chicos.

Contesté a la queja.

—Dile que no puede volverse a casa. Es muy tarde para eso.

Mientras tanto, Tobo señaló:

—Todos aquí huyen de algo.

—Casi todos —estipulé—. ¿Cuándo crees que tendremos oportunidad de sentarnos? Tengo un montón de cosas que escribir y voy retrasado.

Tobo se rio.

—Si te quieres sentar, mejor que des un golpe de estado. Dormilón no va a dar descanso hasta que los cadáveres se amontonen tanto como para formar una muralla.

Los Voroshk parecieron disfrutar de su cena. Estaban tan hambrientos como para tragarse cualquier cosa. Comenzamos a enseñarles sustantivos taglianos. Toba los estuvo estudiando y también a las maravillas que los acompañaban. Pareció menos impresionado por los postes voladores que por las ropas que ya no se les permitía llevar.

—Esos postes parecen variaciones de la misma magia que usa Aullador para hacer funcionar las alfombras voladoras. Creo que podré averiguar cómo funcionan. Eso si puedo aprender algún conjuro para que se destruyan en caso de que caigan en las manos equivocadas.

Le conté lo de las dos que había visto explotar.

—Una autodestrucción bastante potente, por lo que veo. Tendré cuidado.

—Ten cuidado también con las chicas. Creo que la más joven te ha echado el ojo.

Por la mañana el jefecillo no podía despertar. Estaba vivo, pero no conseguíamos que despabilara.

—¿Qué has hecho? —le pregunté a Toba entre susurros.

Había llegado a la conclusión de que Toba quería al problemático fuera de su camino sin perder su poste y ropa.

—No tengo nada que ver con esto.

Dama examinó al muchacho.

—Se parece mucho al coma que Humo sufrió durante largo tiempo.

Estuve de acuerdo. Pero Atrapa Almas era la responsable de lo de Humo. Así lo creíamos. Esto no podía deberse a ella. Las Sombras Desconocidas conocían todos sus movimientos y expulsaban a los monstruos que enviaba.

—¿Estuvo por aquí anoche alguno de tus amigos invisibles? —pregunté en voz alta—. Quizá vieran algo.

—Lo comprobaré.

A fuerza de insistencia conseguí que el hermano del chico inconsciente admitiera que podía comunicarse. Le hice entender que necesitaban atar a su hermano a uno de los postes. De otro modo, lo dejaríamos atrás en cuanto nos pusiéramos en marcha.

Los chicos estaban aterrorizados.

—Vaya desastre más útil —señaló Dama.

—Sí, pero ¿para quién?

CAPÍTULO 35

†AGLIOS: EL MENSAJE

Mogaba perjuró en voz baja, pero con virulencia, vileza y sin cesar. Habían estado llegando cuervos durante una hora, cada pájaro portando un fragmento de un largo mensaje de la protectora. Al tener el cerebro propio de un ave, ningún cuervo podía memorizar nada demasiado extenso. Y como eran vulnerables a mil infortunios, cada fragmento había de enviarse una y otra vez.

El gran general odiaba recomponer aquellos rompecabezas, y este era el peor de todos con diferencia. No podía haber tantos cuervos en el mundo.

Tenía a veinte escribas trabajando en el mensaje.

Algunos puntos estuvieron claros rápidamente.

Envió a buscar a Aridatha Singh y a Ghopal Singh. El mensaje les afectaría a todos.

Para cuando llegaron, el rompecabezas estaba claro en los detalles que más importaban a Mogaba.

—Han vuelto.

Aridatha se sobresaltó, sorprendido por la intensidad de Mogaba.

—¿Vuelto? ¿Quién ha vuelto?

—La Compañía Negra. La protectora los destruyó. De raíz. Pero ahora dice que han vuelto. Están recomponiendo su mensaje en la sala contigua.

—¿De qué hablas? —preguntó Ghopal.

—Está llegando un mensaje larguísimo de nuestra jefa. Ha abandonado su búsqueda. Se dirige aquí a toda velocidad. La Compañía Negra está atravesando la Puerta de las Sombras. Miles y fuertes. Bien armados, bien protegidos, bien entrenados. Con la bendición de la radisha y el prahbrindrah Drah. Y no tenemos grandes defensas en su camino en cientos de kilómetros. Ella viene para acá. Cree que pronto perderá la habilidad de observarlos. Tienen alguna ayuda sobrenatural desconocida que viene con ellos de la llanura. Seres que se parecen de manera evidente a las sombras, pero más peligrosos, pues son más astutos.

—Parece una información bastante precisa para provenir de alguien que huye de un enemigo que conoce sus capacidades —observó Aridatha.

El hermoso rostro de Singh había perdido parte de su color. Su voz era ronca.

—Había pensado en eso. Es la Atrapa Almas, después de todo. Por otra parte, no puede saber nada si no hay nada que ver.

Aridatha y Gophal asintieron. En todos los aspectos, salvo en sus corazones, seguían siendo dedicados siervos de su protectora.

—Ya que el enemigo conoce las capacidades de la protectora —dijo Mogaba—, intentarán sustraérselas. No sabemos quién está al mando, pero la doctrina es la doctrina. Primero tratarán de cegarla, después tratarán de evitar que se comunique. No podrían haber llegado en mejor momento para ellos. Está a cientos de kilómetros de ninguna parte. Sus noticias viajan a la misma rapidez que los simples rumores. Y sabéis que la noticia de que la radisha y su hermano han vuelto correrá como la pólvora.

—Voy a sellar esta parte del palacio —dijo Ghopal—. No nos conviene que los escribas vayan a sus templos o a cualquier otra parte contando lo que han transcrito y que alguien la use como herramienta contra nosotros.

—Hazlo.

Les parecería una idea estupenda a los espías invisibles de la protectora. Pero, por otro lado, podría ser muy útil hacer que parte de las noticias salieran fuera. Taglios podría caer en el caos y con él llegarían las oportunidades. El caos podía ser muy útil. El caos podía ser un camuflaje estupendo.

Quizá cuando la protectora estuviese más cerca de Taglios.

Justo ahora era necesario prepararse para el advenimiento de la Compañía. Algo que todas las partes esperarían que se hiciese.

¿Dónde habían encontrado a tantos hombres? ¿Y aquellas sombras propias? ¿Qué otras cartas tenían en la manga?

Sin duda tenían algo. Esa era su naturaleza.

—Tenemos que filtrar parte de las noticias —dijo Mogaba—. Nos guste o no. Hemos de prepararnos para la guerra. Nos encaminamos a una lucha. A menos que nos entreguemos sin oponer resistencia y no planeo hacer tal cosa. No podría soportar las consecuencias.

Los Singh intercambiaron miradas. El gran general mostraba sentido del humor. Era algo excepcional.

—La gente teme a la Compañía Negra —dijo Ghopal.

—Claro que sí. Pero ¿cuándo fue la última vez que vencieron? Los machacamos una y otra vez durante las guerras de Kiaulune.

Mogaba estaba orgulloso de su trabajo. Sus pensamientos y su planificación habían contribuido a cada uno de los triunfos taglianos.

—Pero no conseguimos eliminarlos. El problema con la Compañía Negra es que si dejas tan solo uno vivo, no tardan en volver a por ti.

«Mi irredento hermano». El eslogan martirizaba a Mogaba en sus pesadillas. Tenía sus propios fantasmas.

—¿Cuándo esperamos que llegue la protectora? —preguntó Ghopal—. He de ultimar los preparativos.

—Iba a pie cuando envié su mensaje —dijo Mogaba—, pero en algún momento llegará a una estación de mensajeros. Entonces avanzará más rápido. No creo que tengamos más de dos o tres días si se mueve muy deprisa.

Ghopal resopló infeliz.

Mogaba asintió. Nada era nunca fácil.

—¿Atrapó a los Impostores? —preguntó Aridatha.

De nuevo Mogaba pensó que aquel tipo mostraba un curioso interés sesgado. Probablemente fuese algo personal.

—No. Ya te lo he dicho, en el mensaje dice que ha abandonado la persecución. Basta. Todos sabemos lo que hemos de hacer. Aridatha, quiero que el batallón entero de mensajeros esté aquí tan pronto como sea posible. Necesitamos avisar a los comandantes de guarniciones. Te haré saber de inmediato si llega alguna noticia importante.

Mientras observaba cómo el mensaje tomaba su forma definitiva, el gran general pasó revista a sus comandantes de unidades y comprobó la presteza y fiabilidad de sus mandos. Estaba preocupado. A primera vista parecía que pudiese controlar los recursos de un imperio. Pero la protectora no se había preocupado del mantenimiento de sus fuerzas armadas al no verse directamente amenazada. Como nunca había sido muy popular, tampoco lo había deseado. Prefería gobernar usando la fuerza pura.

La vuelta del prahbrindrah Drah y su hermana era algo especialmente problemático. En su era habían sido muy populares y con el paso del tiempo habían incluso alcanzado las primeras fases de santificación. Algunos los saludarían como unos libertadores. Diablos, si Matasanos aún estaba vivo quizá les concediesen su antiguo puesto.

Habría desertiones, tanto en los altos mandos como entre la tropa. Mogaba estaba más preocupado por las tropas. La nobleza y los altos sacerdotes, que le debían su posición a la protectora, actuarían con cautela. Taglios había recibido dolorosas lecciones con respecto al precio a pagar por traicionar a la protectora.

¿Cuál sería el mejor lugar para entablar batalla contra la Compañía? Y ¿cómo podía forzar una batalla contra ellos si no deseaban atreverse a un peligroso encuentro?

Estaba seguro de que su mejor oportunidad era provocar una confrontación

temprana, antes de que las fuerzas con las que contaba comenzasen a evaporarse.

CAPÍTULO 36

LOS TERRITORIOS TAGLIANOS

INFERIORES:

LOS ERIALES

Atrapa Almas se apresuraba a lo largo de la orilla de un riachuelo, que casi era tan tranquilo y profundo como un canal, en busca de un lugar por donde cruzar. Se había equivocado eligiendo atravesar aquellos pantanales y colinas para llegar hasta la destartalada fortaleza de Nijha. Quedarse en el camino habría supuesto un paseo más largo, pero los puentes eran mucho más numerosos.

Cuando se encontraba con obstáculos como aquel, no tenía otra opción que adivinar hacia dónde girar. No conocía aquellas tierras. Estaba ciega. No había murciélagos o búhos que exploraran. Aquella noche no había sombras. Las había enviado a todas a un lugar seguro junto con sus cuervos. Sabía que era capaz de tratar ella sola con los duendes que la seguían.

Algo se alzó del agua detrás de ella. Tenía la forma de un caballo. Una voz le susurró al oído que se acercara y lo montara. Apenas lo miró y si lo hizo fue con desprecio absoluto. Quizá aquellas cosas eran más listas que las sombras, pero no por mucho. ¿Tan estúpida creían que era? No le hacía falta conocer el folclore de Hsien para entender que el caballo de agua la arrastraría hasta el fondo.

Ignoró al monstruo, si saber que era un afanc con forma de centauro antes que de equino. Media hora más tarde ignoró a uno de sus primos, que tomó el aspecto de un castor gigante. Después hubo uno que se parecía a un cocodrilo, a pesar de que el arroyo estaba a más de seiscientos kilómetros de algún lugar cálido para albergar a aquellos reptiles gigantes. Todos le susurraban. Algunos incluso sabían su verdadero nombre.

Encontró un tablón que hacía las veces de puente y que, con toda seguridad, había sido colocado por los nativos y ladrones de caballos que poblaban aquellas tierras altas. Al comenzar a cruzarlo, algo le susurró desde debajo. No entendió las palabras, pero la amenaza era evidente.

—No quieres que cruce, ven aquí y haz algo al respecto.

La voz que eligió fue la de una niña pequeña tremendamente irritada, pero no asustada.

Y algo ascendió. Era enorme, oscuro y horrendo. En algunos puntos brillaba con una leprosa luz interior. Tenía numerosos dientes que sobresalían de su boca en multitud de ángulos. No debía de ser cómodo comer con aquella dentadura.

Todos los dientes y las garras se abrieron cuando el monstruo se preparó para abalanzarse.

Atrapa Almas extendió la mano derecha enguantada. Un chorro de polvo brillante flotó hacia el espíritu malvado.

Se oyó un alarido.

Atrapa Almas saltó del puente un instante antes de que se convirtiera en astillas. Retrocedió y vio al enemigo derretirse y quedar destrozado. Desde detrás de su máscara salió la melodía de una canción de saltar a la comba cuyo estribillo decía «Fue divertido verte morir».

CAPÍTULO 37

LOS TERRITORIOS TAGLIANOS: EN ALGÚN LUGAR AL NORTE DEL CHARANDAPRASH

La Hija de la Noche parecía crecer en fuerza ahora que la protectora ya no los acechaba. Narayan estaba preocupado.

—Siempre estás preocupado —le dijo sonriendo.

La chica estaba feliz. Su voz era musical. La luz de la fogata hacía que sus ojos chispearan, a veces brillando muy rojos.

—Si alguien nos persigue, te preocupas por si nos atrapan. Si estamos a salvo, te preocupas porque no soy una réplica perfecta de la imagen de la Hija de la Noche que has inventado en tu cabeza. Narayan, Narayan... Papá Narayan, lo que quiero más que nada en este mundo es que no tengas que hacer esto nunca más. Has estado cuidándome tanto tiempo... Te mereces dejarlo todo y relajarte.

Narayan sabía que eso no era posible. Nunca lo sería. Pero no discutió.

—Hagamos que llegue el Año de los Cráneos. Cuando vuelva Kina, podremos haraganear el resto de nuestras vidas.

La chica tembló, parecía confusa. Entonces le entró un escalofrío y se puso aún más pálida, algo que a Narayan le parecía imposible pues siempre estaba pálida como la muerte. Contemplaba la noche con evidente preocupación.

Narayan comenzó a echar tierra (apilada para tal propósito) en el fuego.

—Es demasiado tarde —dijo la chica.

Una enorme forma se alzó detrás de ella y desapareció como si se la hubiese llevado el viento.

—La chica tiene razón, viejo —dijo una voz que Singh no había escuchado en años y que volvía a escuchar mucho antes de lo que había esperado.

Iqbal y Runmust Singh (sin relación alguna con Narayan) aparecieron en el límite de la luz de la fogata, agitándose, como si fuesen producto de la niebla. Tras ellos aparecieron más hombres, soldados con armaduras que Narayan nunca había visto. Entre los soldados observó babeantes bestias de ojos rojos de especies que

desconocía.

El corazón de Singh redobló sus fuertes latidos.

—Ahora sabemos por qué mi tía dejó de perseguirnos —señaló la chica.

—Ahora lo sabéis —dijo Runmust Singh asintiendo—. La Compañía Negra ha vuelto. Y no estamos nada contentos.

Runmust era un gran shadar desgarrado cuyo tamaño era opresivo.

Iqbal Singh sonrió mostrando unos dientes perfectos que brillaron en mitad de su espesa barba.

—Esta vez tendrás que vértelas con tu madre y tu padre.

Iqbal era tan greñudo y casi tan grande como su hermano, pero resultaba menos intimidante. La chica recordaba que tenía mujer y varios hijos. Pero... ¿se refería a su madre de nacimiento? ¿A su padre natural? Se suponía que habían muerto.

Las rodillas le temblaban. Nunca había visto a sus padres naturales.

El santo viviente era incapaz de mantenerse de pie. Kina iba a ponerlo de nuevo a prueba. Y no le quedaba energía para luchar por su fe. Era demasiado viejo y débil y su fe estaba muy desgastada.

Runmust hizo un gesto. Los soldados se acercaron. Eran hombres cuidadosos que evitaron interponerse entre los cautivos y las ballestas que los amenazaban. Metieron las manos de la chica en bolsas llenas de lana y le ataron las muñecas a la espalda. La amordazaron con delicadeza y después le cubrieron la cabeza con un saco con lana. Eran conscientes de que podía realizar algún acto de magia.

A Narayan lo colocaron sobre un caballo y lo ataron a la silla de montar. No lo trataron con mucha amabilidad. Tenían prisa. Irían demasiado lentos si lo hacían caminar tras ellos. Fueron más gentiles con la chica, pero su destino inmediato fue idéntico.

Sus captores no eran gratuitamente crueles, pero la chica estaba segura de que aquello cambiaría cuando tuviesen tiempo de sobra. Los extraños y jóvenes soldados con resonantes armaduras negras parecían muy intrigados con lo que habían visto de su pálida belleza.

No era como se había imaginado que se convertiría en mujer. Y su imaginación había estado muy activa en los últimos años.

CAPÍTULO 38

LOS TERRITORIOS TAGLIAPOS: EL DΑΠDHA PRESH

Las noticias llegaron cuando nos encontrábamos cruzando el paso del Dandha Presh. El obsesivo cansancio que arrastraban mis antiguos huesos abandonó mi mente. Iba a la cabeza de la columna. Me detuve, me aparté y observé el cansino y lento paso de mulas y hombres. Todos esperábamos que la fuerza principal no hubiese acabado con la comida y el forraje de Charandaprash.

Los Voroshk estaban profundamente desesperados y cansados. Toba viajaba con ellos, hablando todo el tiempo, intentando enseñarles a través del dolor y la apatía. Los chicos nunca antes habían tenido que ir caminando a ningún sitio.

Los troncos voladores venían detrás.

Finalmente nos alcanzó Dama y me puse a su lado. Vi que ya le había llegado el rumor, a pesar de que nadie parecía tener aliento como para malgastarlo en charlas. Los rumores son mágicos, quizá incluso sobrenaturales.

—Runmust e Iqbal han capturado a Narayan y a Booboo —le dije de todas formas—. Siguieron acercándose a nosotros después de que Atrapa Almas abandonara la persecución.

—Lo he oído.

—¿Estás tan nerviosa como yo?

—Probablemente más.

Avanzamos con dificultad durante un tiempo más, entonces ella dijo:

—Nunca he tenido la oportunidad de ser madre. Nunca tuve la oportunidad de aprender cómo serlo. Después de que Narayan la raptara, simplemente volví a ser yo misma.

—Lo sé. Lo sé. Tenemos que recordar que no es bueno ponerse emotivos, pues ella no piensa en nosotros como en papá y mamá.

—No quiero que nos odie y sé que lo hará. Ser la Hija de la Noche es toda su vida.

Pensé en ello y finalmente dije:

—En una ocasión tu vida entera suponía ser la Dama de Hechizo, pero aquí estás.

—Aquí estoy.

Su falta de entusiasmo habría descorazonado a un hombre sin mi temperamento.

Ella y yo estábamos en una edad en la que pasamos mucho tiempo pensando en cómo habrían sido las cosas si hubiésemos hecho diferentes elecciones.

Yo me arrepentía de muchas cosas. Seguro que ella de más. Había dejado tantas cosas atrás.

Sauce Swan pasó resollando y diciendo algo sobre que los viejos hacían que todos fuesen más lentos.

—¿Estáis vigilando a Goblin? —le pregunté.

—No se tira un pedo sin que nosotros lo sepamos.

—Eso no hace falta ni decirlo. Se entera todo el país.

—No va a hacer ninguna triquiñuela, Matasanos.

No estaba tan seguro de ello. Goblin era un bastardo astuto. Si tuviese tiempo, yo mismo lo estaría acompañando paso a paso.

—Goblin no ha hecho nada sospechoso —dijo Dama.

—Lo sé. Pero lo hará.

—Esa actitud empieza a ganarle amigos. Creo que deberías saberlo.

—Lo sé. Pero no me olvido de la advertencia de Un Ojo.

—Tú mismo dijiste que Un Ojo, incluso desde la tumba, trataría de quedarse por encima de él.

—Sí, sí. Me lo tomaré con más calma.

—Tenemos que movernos más aprisa.

La guardia trasera casi nos había alcanzado.

—Quizá podamos retrasarnos un poco y escaparnos a las rocas un tiempcito.

—Entonces, quizá no estás tan cansado como piensas. Muévete. —Y añadió al instante—: Hablaremos de eso esta noche.

Al fin un poco de motivación.

CAPÍTULO 39

‡AGLIOS: EL GRAN GENERAL.

Hasta ahora Mogaba había evitado la peor reacción posible a la bullente olla de rumores en la que se había convertido Taglios. Su herramienta más útil eran las medias verdades bien calculadas. Sus representantes no negaban que algo grande y peligroso pasaba en el sur.

Sin embargo, sugerían que era un levantamiento parecido al de los problemáticos Lugareños de las Sombras que habían apoyado a la Compañía Negra durante las guerras de Kiaulune. Estaban aprovechando esa conexión del pasado, tratando de intimidar a los oponentes y animar a los amigos. Ya no existía la Compañía Negra.

Los rumores aún no hablaban del prahbrindrah Drah y de su hermana. En cuanto la historia comenzase a circular, Mogaba diría que aquellas personas eran impostores.

—Va mejor de lo que esperaba —le dijo el gran general a Aridatha Singh—. Ninguno de los comandantes de plazas fuertes se ha negado a las órdenes de ponerse en marcha. Solo un puñado de altos sacerdotes y de líderes ha tratado de simular neutralidad.

—Me pregunto si ese estado persistiría si perdiésemos a la protectora.

Mogaba había estado tratando de descubrirlo. El prahbrindrah Drah aún tenía que producir un heredero. Su único familiar con vida era su hermana, que había gobernado de facto, cuando no nominalmente, Taglios y sus dependencias durante años. En un punto llegó a proclamarse sucesora de su hermano. Aunque la cultura militaba en contra de las mujeres gobernantes, podrían permitirle ostentar el cargo si su hermano moría antes que ella. Nadie sabía qué sucedería si los dos hermanos morían, como creía que iba a ocurrir la mayor parte de la población.

La cuestión era un ejercicio enteramente intelectual. El poder en Taglios pertenecía a la protectora de manera casi exclusiva.

Mogaba nunca perseguía aquellos pensamientos más allá de lo puramente especulativo. Ninguno de sus apelados sospechaba un propósito más profundo. Ninguno se ofreció voluntario para participar en un esfuerzo por librarse de la

protectora, aunque no era un secreto que la mayoría de los taglianos prefería estar sin la protección de Atrapa Almas.

Las comunicaciones con Atrapa Almas habían cesado. La población de cuervos había sido gravemente diezmada, ya fuese por enfermedades o por acción enemiga. No estaba claro. Su número había decrecido durante décadas de tal forma que ya apenas se sabía de los asesinatos de los páramos. Los murciélagos no podían transportar mensajes importantes. Los búhos se negaban. Y no había nadie en Taglios capacitado para controlar y comunicarse con las sombras. Era un talento único y la Compañía Negra había exterminado a la hermandad que lo poseía.

Atrapa Almas había explorado minuciosamente el Lugar de las Sombras de donde habían salido aquellas personas. Descubrió algunas ancianas y algunos niños muy jóvenes que habían sobrevivido a todas las guerras y purgas. Parecía ser un pueblo sin relación con ningún otro del sur. No se les había visto por allí antes de la llegada de los Maestros de las Sombras y, según su tradición oral, habían venido de un mundo totalmente distinto. Aquellas viejas, y aún más los bebés, carecían de conocimientos o talentos útiles.

Cuando sus obligaciones le concedían tiempo, Mogaba caminaba por la ruta principal desde el palacio a la entrada sur de la ciudad. Las murallas habían estado en construcción durante décadas y seguían sin estar acabadas a excepción del complejo sur, el más importante, que había sido finalizado y puesto en funcionamiento años atrás. Mediante la canalización del tráfico a través de su cuello de botella, el Estado conseguía imponer impuestos a todos los viajeros entrantes.

Buscaba el lugar perfecto para acabar con el protectorado. En cuatro exploraciones aún no lo había descubierto. Los lugares más obvios eran simplemente eso: obvios. Atrapa Almas estaría alerta. Conocía lo suficiente la naturaleza humana como para comprender que los rumores alimentados por la crisis en el sur volverían a despertar la oposición a su gobierno.

No parecía haber modo de hacerlo en las calles. Y cuanto más se retrasase, más sospecharía de sus capitanes. Sería imposible que ocultaran su nerviosismo.

Tendría que ser de manera instantánea, en cuanto llegase o cuando entrase al palacio. Entonces o nunca.

También podían olvidarse de todo, seguir siendo perros serviles y esperar junto a ella los desastres que venían del sur.

Cuando Mogaba pensaba en la Compañía le entraban escalofríos y se veía más tentado a abandonar la trama contra la protectora. Atrapa Almas sería un arma poderosa en la guerra.

La puerta. La Puerta Sur. Tenía que ser allí. El complejo había sido ideado para ese tipo de cosas, aunque a mucha mayor escala.

Cuando volvió al palacio encontró a Aridatha Singh esperando.

—Ha llegado un mensajero, general. La protectora ha llegado a Dejagore. Se tomó un tiempo para pasar revista a las tropas allí reunidas, aunque parece ser que el enemigo no se encuentra tan lejos.

Mogaba hizo una mueca.

—No nos queda mucho tiempo. No se retrasará mucho detrás de nuestros emisarios.

No dicho, aunque sobreentendido, estaba el hecho de que se quedaban sin tiempo para elegir su último compromiso.

Entonces Mogaba soltó un bufido. De repente comprendió que la protectora podía arrancar aquella oportunidad de sus manos. Tan fácil como chasquear los dedos.

CAPÍTULO 40

LOS TERRITORIOS TAGLIANOS: BAJO EL LAGO TANJI

Alcanzamos a Dormilón en las colinas más allá de la orilla norte del lago Tanji. Dama avanzaba en cabeza. Sabía que no le convenía, pero no pudo aguantarse.

Los exploradores de Runmust Singh aún estaban por delante de la fuerza principal, pero ya se veían las fogatas de los campamentos a lo largo de las altas montañas. Las lluvias recientes habían anegado las grietas y arroyos, por eso habíamos alcanzado tan pronto a Dormilón. Las inundaciones la habían retrasado.

—Si no sigue lloviendo, no nos retrasaremos demasiado —nos dijo—. Estos aguaceros se secan rápido.

Lo sabía. Había luchado contra los Maestros de las Sombras en aquellas colinas hace muchos años.

Mi mujer estaba exasperada. Se giró hacia Tobo, quien, junto con su padre, renovaba relaciones con Sahra.

—¿Cuándo vas a aprender lo suficiente de esos malditos postes para que podamos usarlos?

Una pequeña inundación no nos retrasaría si pudiésemos volar.

Tobo le dijo a Dama justo aquello que no quería escuchar, la verdad.

—Podrían pasar meses, incluso años. Si estamos tan ansiosos por avanzar, ¿por qué no despertamos a Aullador y hacemos un trato para que nos haga unas cuantas alfombras voladoras?

El debate se estableció de inmediato y de manera acalorada, pues todos se creían con la obligación de dar su opinión: Goblin, Doj, Dama, Tobo, Sahra, Sauce Swan, Murgén, Goblin otra vez. Incluso Thai Dei parecía tener un punto de vista, aunque se lo guardó para sí.

Me di cuenta de que Dormilón no había hablado. De hecho, sus ojos estaban empañados. Estaba muy, muy lejos. Su intensidad era perturbadora.

Uno a uno, se quedaron en silencio. Una oscuridad emocional llena de anticipación lo invadió todo. Busqué Sombras Desconocidas, pero no vi nada. ¿Qué

estaba pasando?

Tobo habló primero.

—¿Capitana? ¿Qué ocurre?

Dormilón comenzaba a perder el color. Me levanté en busca de mi maletín médico.

Dormilón salió del ensimismamiento.

—Tobo —su voz era tan intensa que se guardó un absoluto silencio—, ¿te acordaste de restaurar la Puerta de las Sombras para que no se destruya si muere Sombra Larga?

El silencio se hizo aún más profundo. De repente, todos contuvimos el aliento mientras mirábamos a Tobo. Conocíamos la respuesta, a pesar de no haber estado allí. No queríamos aceptarla.

—Lo han tenido en Hsien desde que llegamos aquí —dijo Dormilón—. Es un hombre frágil. No durará.

Sin decir una palabra, Tobo comenzó a prepararse para viajar. Con un resoplido, me puse en pie y comencé a recoger mis cosas. Tobo les explicó a su padre y a tío Doj cómo manejar a los Voroshk.

—Tenéis que mantenerlos ocupados. Que intenten aprender. Mantenedlos alejados de Goblin. Tendréis que alimentar a la fuerza al que está enfermo. No creo que vaya a durar mucho.

No estaba seguro de haber oído aquel último comentario. Hablaba en voz muy baja.

Tenía razón. El chico se moría. Yo no podía hacer nada.

Miré fijamente a Dama, que no mostraba signos de prepararse para hacer lo que había que hacer.

—Tienes que venir —le dije—. Después de Tobo tú eres nuestra mejor mecánica de puertas.

Le ofrecí una mano.

Vi que Murgén no prestaba atención a las órdenes de su hijo. También se estaba preparando para viajar.

La expresión de Dama se endureció. Aceptó mi mano y clavó la mirada en el norte. Los fuegos del campamento de Runmust ya no eran visibles. La lluvia caía entre nosotros y ellos.

Algunos otros, incluyendo a Sauce Swan, comenzaron también a prepararse para el viaje en silencio. No se dijeron nombres, no se dieron órdenes. Aquellos que necesitaban ir o pensaban que su presencia sería de ayuda se pusieron a empaquetar sus cosas. Nadie gruñó. Nadie dijo nada de nada. Estábamos demasiado cansados como para malgastar energías en algo que debía hacerse.

Tampoco hubo dedos acusadores. No hacía falta ser un genio para entender que a

Tobo le había sobrepasado la cantidad de trabajo que le tocaba hacer, pues todos le requerían para una cosa u otra a cada instante. Dormilón soportaba la responsabilidad más pesada. Era su trabajo comprobar que todo se llevaba a cabo de manera correcta. Debería haber llevado una lista. Pero se había obcecado en su deseo de ir más rápido que la resistencia que se congregaba por delante.

No podía culpársele de nada. La Compañía aún no había luchado, aunque casi un cuarto del imperio tagliano podía contarse como desarmado. Era el área más remota y menos poblada, pero la estrategia seguía siendo lógica.

La riqueza que Dormilón había traído de la llanura le permitiría explotar los territorios en nuestro poder de manera más efectiva que la capacidad de Atrapa Almas para generar terror y emplear los recursos que poseía.

Por supuesto, si la Puerta de las Sombras se derrumbaba, todo eso sería una nimiedad. Nuestro mundo estaría en mayor peligro que Khatovar. A diferencia de los Voroshk, nosotros no podríamos defendernos.

Tobo no se molestó en recoger los pocos lanzadores de bambú que quedaban. Si llegábamos a estar tan desesperados como para necesitarlos, unos pocos no servirían de mucho.

Éramos ocho. Tobo y su padre, yo, Dama, Sauce Swan y Thai Dei, pues Murgen nunca se alejaba a más de tiro de piedra del tío de Tobo. También había dos tipos duros de Hsien, veteranos que habían luchado en los conflictos entre los caudillos. A uno lo conocíamos como Hombre Panda, pues su nombre real sonaba igual. El otro era Espectro. Lo llamábamos así porque tenía los ojos verdes. En Hsien, los demonios y los fantasmas se supone que tienen los ojos verdes.

Las Sombras Desconocidas no se ajustan a la regla. Cada uno de los diferentes espectros que he visto tiene los ojos rojos o amarillos. Algo más tradicional.

Muchas de las Sombras Desconocidas viajaban con nosotros. De noche, cuando la luna hacía una de sus infrecuentes y tímidas apariciones, parecíamos estar rodeados por un mar en movimiento. A las mascotas de Tobo no les importaba ahora ser vistas.

Pronto mis dos cuervos se reunieron conmigo. No los había visto desde poco después de abandonar la Puerta de las Sombras.

—He enviado exploradores por delante —me dijo Tobo—. Me voy a adelantar yo también un poco. —Iba montado en el caballo fuera de serie de Dormilón—. Los demás, seguidme todo lo rápido que podáis.

Se abalanzó hacia adelante. La mayor parte de la bulliciosa oscuridad fue con él, aunque retuvimos los suficientes escoltas sombríos como para que no nos sobresaltase peligro alguno.

—Lo siento —dijo Dama.

—Esta vez no ha sido culpa tuya.

No estaba feliz, a pesar de ello.

—¿Has conseguido ya obtener algo de Kina?

—No. Nada, sino infrecuentes roces cuando estábamos allí con Dormilón. Eran muy leves y probablemente se debían a que estábamos cerca de Booboo.

Maldición.

—¿Crees que podemos llegar a la puerta a tiempo?

—¿Crees que Sombra Larga luchará por su vida sabiendo que lo único que puede conseguir es salvar a aquellos que lo derrocaron y lo entregaron a sus enemigos más antiguos?

No era la respuesta que quería oír.

CAPÍTULO 41

LOS TERRITORIOS INFERIORES

TAGLIANOS:

HOJAS DE INFORTUNIO

Runmust e Iqbal cabalgaban hacia el norte lentamente, a un paso que todo el grupo encontraba cómodo. La vida no se pondría realmente dura hasta que la capitana los alcanzara. Estaría molesta porque el equipo de reconocimiento no se había encontrado con ella tan pronto como le fue posible. Lo superaría.

A los prisioneros, aunque no se les torturaba directamente, se les daban pocas oportunidades de disfrutar de la vida. Los Singh no habrían tolerado tal cosa a pesar de saber que a Dormilón no le importaba.

No había acuerdo formal entre los Singh y los oscuros espíritus fuera de Hsien, pero las Sombras Desconocidas los seguían continuamente. Las comunicaciones seguían siendo toscas. Runmust tenía sensaciones horribles cada vez que debía montar guardia. Era su problema. Un defecto religioso. No se le permitía la reunión con demonios. Su tendencia humana hacia la racionalización aún no había exonerado a las Sombras Desconocidas de ser la prole de la oscuridad.

Runmust comenzó a tener una de aquellas malas sensaciones. Pronto se hizo peor. La inquietud de Iqbal le decía que él también había sido tocado. Incluso algunos de los soldados se mostraban preocupados.

Hizo unos rápidos gestos con las manos. El equipo de reconocimiento se detuvo. Todos desmontaron. Los exploradores se arrastraron mientras los hombres de guardia comenzaban a llevarse a los caballos y prisioneros hacia un barranco fuera del camino.

Los guerreros de Hsien podían ser notablemente silenciosos y pacientes. Runmust admiraba su habilidad para usar la cobertura disponible en el terreno: matorrales, rocas y barrancos. Él no podía hacer lo que ellos. Claro que era el doble de grande que el mayor de ellos y una década más viejo que el más viejo de ellos.

Minh Bhu, uno de los mejores, lo interceptó en su lento avance tras indicarle absoluto silencio.

Minh apartó las hojas y alisó un trozo de suelo. Usó un dedo para dibujar en el suelo las posiciones aproximadas para una emboscada perfecta.

Runmust señaló retirada general. Buscó cuervos u otras criaturas tradicionalmente asociadas con el enemigo. No vio nada.

—¿Cómo pueden saber que veníamos? —preguntó, alejándose para poder susurrar—. ¿Cuántos hay?

Minh se encogió de hombros.

—Tampoco vamos a ponernos a contar. Hay muchos más de ellos que de nosotros. En lo que respecta a cómo lo supieron, desde esa cumbre se puede ver todo el terreno que hemos cruzado en los últimos dos días. Probablemente fueron enviados a ver si esta era la ruta norte que elegía la capitana.

Señaló hacia el sur. El polvo y el brillo de la fuerza principal eran evidentes.

—¿Por qué una emboscada?

—Pueden ver que no somos muchos. Quizá les parezca una buena oportunidad para hacer prisioneros.

—Uhm.

Runmust escudriñó la pendiente. ¿Podría conseguir girar las tornas? Deseaba haber desarrollado una relación más íntima con las Sombras Desconocidas.

—Iqba. Háblame.

—Nos superan en número, deberíamos retroceder. No hay razón para entablar batalla. Ni siquiera para hacer contacto. Tenemos prisioneros importantes que hay que proteger. De modo que alejémonos y esperemos a la capitana.

Iqbal era un hombre casado. No estaba en disposición de asumir grandes riesgos.

A pesar de ello, tenía razón. La retirada era la única opción que no era una locura.

—¿Qué harían si cayéramos en su trampa? —preguntó Runmust.

Deseaba atrapar a un par de ellos. Unas cuantas respuestas servirían para conocer algo de los planes del enemigo y saber lo que la otra parte pensaba de la situación.

—Pueden ver que Dormilón se acerca, se marcharán muy rápido.

—¿Por qué estoy cada vez más nervioso?

Runmust sabía que las Sombras Desconocidas querían que supiese algo, pero no estaba escuchando.

En las colinas que tenían por delante, unos caballos comenzaron a piafar. Los hombres maldecían. Varias docenas de flechas se alzaron en el aire y cayeron donde el enemigo creía que se ocultaban los exploradores. Ninguna de las flechas se acercó.

Runmust hizo un gesto a sus hombres para que retrocedieran mientras murmuraba maldiciones. Comenzaron a retirarse. A lo largo de toda la pendiente cayeron flechas muy veloces.

—Idiotas —murmuró Runmust—. Reconocimiento por fuego.

Los soldados de la protectora cargarían ante cualquier grito o ante cualquier otra

reacción obvia. Esperaban una oportunidad para asestar un golpe mortal.

Un soldado tagliano saltó a menos de tres metros de donde estaba Runmust gritando de dolor y dándose manotazos en el culo. Runmust se quedó inmóvil, esperando que el tagliano estuviese demasiado preocupado como para verlo. Ahora podía oír a otros taglianos avanzando por los matorrales secos y supo que no podría escapar lo suficientemente rápido como para salir indemne.

Iqbal llevaba un lanzador de bolas de fuego. Se suponía que lo usaría como señal de emergencia, no como arma. Se creía que contenía simplemente una carga. Era muy viejo. No había garantías de que funcionase.

Iqbal, sin ser visto por el hombre que ahora había vislumbrado a Runmust, rotó el gatillo manual del trozo de bambú.

Una bola intensamente amarilla golpeó de lleno al hombre de la protectora y serpenteó por los arbustos que tenía detrás. En segundos, se alzaron docenas de incendios.

Runmust e Iqbal salieron corriendo. No había motivo para hacer nada más.

Casi habían llegado al barranco donde se ocultaban los animales y los prisioneros, cuando una flecha perdida encontró la carne desprotegida del muslo derecho de Runmust. Singh se echó hacia adelante en un salto incontrolado. Su barba le protegió el rostro al caer a través de los arbustos, pero dejó detrás de sí grandes mechones de pelo. Se retorció por el inesperado dolor. Iqbal se detuvo para ayudarlo.

—¡Sal de aquí! —gruñó Runmust—. Tienes a Suruvhija y los niños.

Pero aquello no consiguió que Iqbal se marchase.

Las tropas taglianas se abalanzaron por la pendiente de la colina, desperdigadas, sin orden, sin disciplina ni pensamiento. Ni los oficiales, ni los sargentos, ni los hombres rasos tenían experiencia práctica o suficiente entrenamiento. Habían salido de la fortaleza Nijha porque Atrapa Almas les había dicho que podrían conseguir un sorprendente éxito. Pero, una vez que la situación sobre el terreno se desvió de lo esperado, quedaron perdidos.

Tambaleándose, arrastrando la pierna con la flecha aún clavada, Runmust se aferró a Iqbal. Ambos hombres oyeron a los exultantes soldados taglianos lanzarse a través de los arbustos tras ellos, atrayendo de manera rápida lo inevitable.

Los soldados eran hombres escogidos de entre los que habían estado en batallas con los caudillos de Hsien y que entendían y aceptaban la doctrina de la Compañía. Habían preparado una emboscada por su parte. Los taglianos cayeron en ella como guiados por demonios maliciosos.

El resultado fue un baño de sangre, un triunfo táctico de la Compañía Negra. No estuvo del todo ausente de malas noticias. Al final, en el calor del momento, los guerreros no siguieron del todo la doctrina. No desaparecieron mientras los taglianos estaban confusos y asustados. Mantuvieron el contacto con la esperanza de que

Runmust e Iqbar escaparan.

Los hermanos Singh sobrevivieron, pero cuando la caballería ligera (que Dormilón había lanzado al reconocer la señal de alarma) llegó al lugar encontró a la mayoría de los soldados o heridos o muertos tras haber sido superados en número. Los jinetes persiguieron a los taglianos que huían y mataron a la mayor parte de los enemigos heridos o perdidos.

Tristemente, no consiguieron volver a capturar a la Hija de la Noche.

Un oficial tagliano particularmente brillante había reconocido aquello con lo que se habían tropezado y puso a la chica en la retaguardia de inmediato. Su color de piel la había delatado.

Cuando se puso el sol aquel día, era imposible decidir qué bando podía considerar el encuentro como un desastre mayor. La Compañía había perdido un enorme tesoro y a algunos de sus hombres más valiosos, al menos por el momento. Los taglianos habían sufrido una gran masacre y el único trofeo que mostrar tras tanta muerte era una joven exhausta, pálida, exóticamente hermosa y sucia.

CAPÍTULO 42

LOS TERRITORIOS INFERIORES

TAGLIANOS: TRAS LA BATALLA

La propia capitana llegó a la escena de la lucha una hora después de su conclusión. Daba vueltas nerviosa. Acosaba a los supervivientes con preguntas. Habían sobrevivido la mayoría de los exploradores, pero solo dos habían escapado sin sufrir heridas serias. Dormilón interrogó a los prisioneros con aún más energía. La caballería había tenido el sentido común suficiente como para capturar a unos cuantos taglianos que se habían rendido asumiendo que seguirían cooperando para salvar el pellejo.

Ninguno de los prisioneros sabía nada de la Hija de la Noche. Ni siquiera habían oído aquel nombre.

Los paseos de la capitana la llevaron cerca de Narayan Singh. Pateó al viejo tullido.

—Prole del infierno —se giró bramando—. ¿Por qué no hemos sabido de esta emboscada antes de tiempo?

Algún alma audaz le dijo la verdad.

—Las Sombras Desconocidas probablemente lo sabían, pero nadie les preguntó. Tobo es el que sabe cómo hablar con ellas para que espíen.

Dormilón gruñó. Pateó de nuevo a Narayan Singh. Dio unos pasos.

—¿Qué sabemos de este fuerte?

Blade se adelantó para salvar a los demás. Normalmente la ira de Dormilón no se cebaba con él. Algunos pensaban que a la capitana le asustaba un poco Blade. De hecho, no se fiaba de él, a pesar de que llevaba en la Compañía más tiempo que ella. Al igual que Swan y Sahra, no era un hermano jurado de la Compañía. Pero siempre estaba cuando se le necesitaba y siempre se involucraba.

—Lo estableció el viejo capitán —dijo Blade—. Se trata de una estación remota para el primer puesto de mensajeros. Se añadió una muralla porque los nativos trataban una y otra vez de robar los caballos. Atrapa Almas expandió el fuerte y la

compañía durante las guerras de Kiaulune pues quería aquí una mayor presencia en caso de que sus enemigos trataran de colarse hacia el norte por este camino. Si asumimos que hizo aquí lo mismo que en otras partes, se habrá olvidado del lugar tan pronto como acabaron las luchas. La guardia podría estar compuesta por ciento cincuenta o doscientos individuos. Además de eventuales.

—Un grupo bastante grande para un lugar tan remoto.

—Es un territorio grande y la mitad de ellos están ahora sin trabajo.

—¿Cómo son las fortificaciones?

—Nunca he estado en persona. He oído que apenas bastan para detener a los ladrones de caballos, así que no serán muy impresionantes. Quizá una muralla de piedra, pues es el único material disponible en los alrededores. También he oído que hay un foso, pero que nunca fue acabado. ¿No pasasteis por aquí en la huida hacia el sur? ¿No lo visteis?

—Tomamos una ruta al oeste de este lugar. El viejo camino comercial. Evitamos las rutas de los mensajeros.

—Deberías enviar a la caballería a que rodee el lugar antes de que puedan sacar a la chica.

—Probablemente sea muy tarde para evitar que griten socorro —añadió Dormilón.

—No creo que tengas que preocuparte de que se fuguen —dijo Blade—. En este momento Atrapa Almas tiene a todo el imperio tagliano alerta.

Dormilón soltó un bufido y mandó buscar a los oficiales de caballería. Tras enviarlos por delante visitó a Runmust e Iqbal. Habían sido amigos íntimos durante décadas.

—¿Qué ha dicho el médico? —le preguntó a Suruvhija, la mujer de Iqbal.

—Se recuperarán. Son shadar. Son fuertes. Lucharon bien. Dios cuidará de ellos.

Dormilón miró a Sahra, que atendía a los heridos, y esta asintió, indicando que no eran ilusiones de Suruvhija.

—Los incluiré en mis plegarias.

Dormilón apretó el hombro de Suruvhija para reconfortarla, pensando que aquella mujer era demasiado perfecta para ser real. Al menos para la visión que tenían los hombres de las esposas. Pero ella era shadar, era creyente, y las funciones de todos los miembros de la familia estaban claramente definidas en su religión.

Dormilón se tomó su tiempo hablando con los hijos de Iqbal. Crecían llenos de valor tal y como se esperaba de ellos. Seguían siendo shadar a pesar de las extrañas tierras y sociedades que habían visto.

Estando allí con los hijos de Iqbal, Dormilón se arrepintió por un instante de haber abandonado su condición de mujer. Pero aquel sentimiento no duró más que unos pocos segundos.

—Blade. Corre la voz. Quiero que, si es posible, todo el grupo esté en el fuerte antes del anochecer. Cuando vean nuestras huestes se rendirán.

—Sabes que tendrás que detenerte pronto —le dijo Blade—. Los animales necesitan pastar y recuperarse. Además llevamos una cola de rezagados que debe llegar hasta Charandaprash.

La gente sufría heridas o enfermaba o simplemente no podía mantener el paso. Aquello molestaba a Dormilón, pero era un hecho de la vida. Su fortaleza ya había sido reducida en, al menos, mil hombres. La sangría empeoraría rápidamente si continuaba avanzando tan aprisa.

—Cuando lleguen aquí, los más exhaustos pueden quedarse como guarnición.

Una táctica tan antigua como el arte de la guerra.

No iba a admitirlo, pero ella misma necesitaba descansar. Sin embargo, no sabía cuándo podría hacerlo.

CAPÍTULO 43

EL LUGAR DE LAS SOMBRAS DE TAGLIOS: LA PUERTA DE LAS SOMBRAS

—¿Crees que es importante que arrastre mi cansado cuerpo hasta aquí? —le pregunté a Dama.

Había la luz justa para ver el tenue contorno de la pendiente que ascendía hasta la Puerta de las Sombras que se encontraba a muchos kilómetros de donde habíamos pasado la noche. Era una parte del viaje en la que no querías mirar adelante, pues al hacerlo siempre parecía que solo te hubieses acercado a la meta unos pocos metros. Hacia nuestra izquierda una niebla como de humo ocultaba la Nueva Ciudad y la mitad inferior de las ruinas de Atalaya. Muchos recuerdos desagradables estaban ligados a aquellos lugares.

—¿A qué te refieres?

Mi amada estaba tan cansada y de tan mal humor mañanero como yo.

Y sus huesos eran mucho más viejos que los míos.

—Bueno, no nos mataron anoche. Eso significa que la puerta no ha sido destruida aún. El viejo Sombra Larga aún aguanta.

—Evidentemente.

—¿No significa eso que Tobo tiene todo bajo control? ¿Por qué entonces nos estamos matando por llegar hasta allí?

Dama me miró con una sonrisita. No tenía que decírmelo. Cruzaríamos el valle porque, al fin y al cabo, querría verlo todo con mis propios ojos.

Porque querría incluir cada detalle en los Anales. Se había burlado de mí cincuenta veces durante nuestro viaje al sur porque había tratado de idear una forma de escribir a caballo. Me cundiría todo mucho si pudiese trabajar a la vez que viajaba.

—Te estás haciendo viejo —dijo alegremente.

—¿Qué?

—Un signo de vejez. Comienzas a obsesionarte por aquello que tienes que acabar antes de que se te agote el tiempo.

Carraspeé unas cuantas veces, pero no discutí. Aquella forma de pensar me era familiar. Otro signo era ser incapaz de dormir porque vigilaba mis pulsaciones por si algo iba mal.

Podría pensarse que un tipo de mi profesión habría hecho las paces con la muerte a una edad temprana.

Nos cruzamos con varios nativos mientras atravesábamos el valle, cuya parte más baja contenía suelo fértil para las granjas y el ganado. No recibimos ni un saludo amistoso. No vi ni una sonrisa de bienvenida. Nadie alzó una mano desafiante, pero pude percibir el resentimiento de una nación atormentada. No había habido luchas serias en aquella zona durante años, pero la población adulta había sobrevivido a unos tiempos horribles. Se trataba de nativos o inmigrantes que habían venido a poblar las tierras deshabitadas y a escapar de los horrores más acentuados en otras partes. No querían que volvieran los males del pasado.

Aquella tierra había sufrido grotescamente bajo Sombra Larga, el Maestro de las Sombras, y había continuado sufriendo tras su derrota. Las guerras de Kiaulune habían devorado casi todo lo que Sombra Larga y los Maestros de las Sombras habían dejado atrás. Y ahora la Compañía Negra había regresado del lugar de la piedra reluciente y la morada de demonios. Parecía que volvía a acercarse una temporada de desesperación.

—No los culpo —le dije a Dama.

—¿Qué?

Se lo expliqué.

—Oh.

Indiferencia. Hay rasgos que nunca se marchitan. Había pasado mucho más tiempo siendo una poderosa señora que enterrada en el seno del mundo. La compasión no es una de las cualidades que me hicieron enamorarme de ella.

Tobo se impacientó con nuestra parsimonia.

—Veo que la vieja sigue en su lugar —dije de la Puerta de las Sombras.

Dama y yo sacamos nuestras llaves y dejamos que el grupo cruzara. Murgen fue el primero, pues deseaba asegurarse de que su chico seguía conservando todos sus brazos, piernas y dedos.

—Así es —confesó el niño prodigio—. Pero quizá se deba a que Sombra Larga aún no ha abandonado la llanura.

—¿Qué? —Dama estaba irritada—. Hicimos promesas. Se lo debemos a los Hijos de los Muertos.

—Así es —dijo Tobo—. Pero no van a permitir nuestra muerte. Shivetya sabía que habíamos olvidado desarmar la trampa de Sombra Larga, de modo que evitó que Sombra Larga se marchase.

—¿Cómo lo sabes?

—He enviado mensajeros. Esas han sido las noticias que me han traído.

El humor de Dama no mejoró.

—La Fila de Nueve estará que echa humo. No los necesitamos como enemigos. Puede que tengamos que huir de nuevo a la Tierra de las Sombras Desconocidas.

—Shivetya liberará a Sombra Larga en cuanto acabemos de restaurar nuestra puerta.

Mis compañeros parecían nerviosos. Sauce Swan estaba pálido, sudoroso, incapaz de mantenerse quieto por el nerviosismo y, sobre todo, silencioso, algo nada propio de Swan. De hecho, no había hablado en todo el día.

Pensar en las sombras te hace caer en ese estado si has presenciado sus ataques.

—¿Preparados para trabajar? —preguntó Tobo.

—¿Estás de broma? —dije negando con la cabeza.

—No —dijo Dama.

—No puedo acabar esto yo solo —nos dijo.

—Y no puedes acabarlo con ayudantes tan cansados. Es muy probable que cometamos errores. Mira, acabo de tener una premonición. Sombra Larga va a aguantar hasta mañana.

Tobo asintió. Shivetya se ocuparía de ello, pero lo hizo de mala gana.

—Montemos el campamento —dijo Dama.

Era lo que Murgén, Swan y los otros debían de haber estado haciendo en lugar de temblar de miedo.

—¿Por qué tiene Tobo tanta prisa? —preguntó Dama una vez que cruzamos la barrera.

Me eché a reír.

—Creo que tiene algo que ver con Booboo. No la ha visto en mucho tiempo. Dormilón dice que el chico estaba totalmente embobado.

Mientras hablaba la expresión de Dama pasó de la curiosidad a un completo horror.

—Espero que no sea así.

—Había dos chicas Voroshk bastante atractivas —sugirió Murgén—. Una de ellas pueda que tenga algo que ver con eso.

CAPÍTULO 44

LUGAR DE LAS SOMBRAS: LA REPARACIÓN DE LA PUERTA

Los onironautas llegaron durante la noche. Su presencia fue tan poderosa que incluso Swan, Hombre Panda y Espectro los vieron. Los oí hablar claramente, aunque no entendí ni una palabra.

Dama y Tobo sí consiguieron entender algo.

Contrastaron sus impresiones durante el desayuno. Decidieron que los nef querían advertirnos sobre algo.

—¿Eso crees? —dije con sorna—. Vaya noticia.

—¡Escucha! —me reprendió Tobo—. Tiene que ver con Khatovar.

—¿El qué?

El joven se encogió de hombros.

—Lo que puedas imaginar será más preciso que lo que yo piense, nunca he estado allí.

—La última vez que vimos a los onironautas se dirigían a Khatovar en medio de todas las sombras de la llanura. ¿Crees que vieron algo que quieren que sepamos?

—Efectivamente. ¿Alguna idea de qué puede ser?

—¿Has intentado que tus Sombras Desconocidas hablen con los nef? —preguntó Dama.

—Sí, pero no funciona. Los nef tampoco pueden comunicarse con las sombras de la llanura.

—Entonces, ¿cuál era el problema de las Sombras Desconocidas anoche? Los Sabuesos Negros se pelearon tanto que me despertaron en varias ocasiones.

—¿Ah, sí? —Tobo estaba desconcertado—. No me di cuenta.

Tampoco yo. Pero yo soy ciego y sordo ante casi todo lo sobrenatural. Además, por una vez, no estuve despierto escuchando los latidos de mi corazón.

—Pongámonos a trabajar.

—Booboo no va a ir a ninguna parte, chico.

Tobo frunció el ceño. Al rato lo entendió. No se avergonzó ni se puso a la

defensiva.

—¿Oh? ¿No lo sabéis? Ya no está. Se ha producido una batalla con la guarnición de Nijha. Las tropas de Runmust estaban en inferioridad. Los taglianos capturaron a la Hija de la Noche. Dormilón ha enviado a la caballería para intentar atraparlos.

Agité la cabeza y resoplé.

—No le va a servir de nada. Ahora ni un millón de caballos serán suficientes.

—Qué pesimista.

—Tiene razón —dijo Dama.

Habló en un viejo idioma norteño que no había oído desde que era joven y que nunca comprendí completamente. Parecía estar recitando una canción o un poema. Tenía un estribillo que era algo parecido a «Así conspira el hado».

Estábamos dentro de la Puerta de las Sombras, dándole duro. Tobo hacía pequeños y elegantes ajustes a los filamentos y capas de magia que constituían el portal mágico. La formación que yo había recibido me había elevado a la categoría de albañil casi especializado. Comparado conmigo, Tobo era el tipo de maestro artesano que creaba los tapices panorámicos tejiéndolos en lugar de bordándolos. Yo no era nada más que el tejedor principal en el equipo de los nudos.

Incluso Dama era poco más que una mula de carga en aquel trabajo. Pero también se necesitan mulas de carga.

—Gracias por el cumplido —dijo Tobo después de que intentara mis símiles—. Pero no hago más que bordar y atar nudos a la vieja manera con los hilos que están rotos. Había zonas en este tapiz que estaban totalmente destrozadas. Nunca estará reparado del todo, aunque quedará más fuerte que al principio.

—Pero ¿puedes evitar la absurda trampa de Sombra Larga?

—Es como lanzar un forúnculo y limpiarlo, pero sí. De hecho, hizo un trabajo bastante burdo. Obviamente, no sabía mucho de Puertas de las Sombras. Tenía claro que no había nadie en nuestro mundo que supiese más que él, pero desconocía que hubiera más llaves.

—Claro que lo sabía —dije—. Por eso envió a Ashutosh Yaksha, su aprendiz, a infiltrarse entre los sacerdotes nyueng bao en el templo de Ghanghesha.

Tobo parecía descentrado, como cuando no recordaba una historia.

—Sabía que tenían una llave y la quería para así poder volver a Hsien. Si no conoces esa historia, será mejor que le preguntes a tu tío. Eso es lo que le contó a Dormilón.

Tobo sonrió levemente.

—Bueno, quizá, supongo.

—¿Qué quieres decir con supones?

Dama dejó de trabajar.

—Tobo, no le sigas el juego a Doj, pues no me engañas. Yo estaba allí en forma de cuervo blanco. Sé lo que dijo.

—Puede ser. Doj le contó a Dormilón muchas historias. Algunas quizá fuesen verdad, otras no. Había historias que creía que eran verdad porque sonaban plausibles según lo que él sabía. El maestro Santaraksita pasó años buscando los registros en Khang Phi. La historia de los nyueng bao de nuestro mundo no se parece a lo que quiere Doj que penséis.

—¿Qué fue entonces? —medité en voz alta—. ¿Mentía o se lo inventaba?

He conocido a multitud de personas que son incapaces de admitir ignorancia ni en las situaciones más obvias.

—El maestro Santaraksita dice que nuestros ancestros abandonaron Hsien como fugitivos, huyendo como serpientes, portando llaves creadas en secreto. Intentaban escapar de los Maestros de las Sombras. Supuestamente iba a haber una evacuación progresiva y regular a través de la llanura. Como eran fugitivos seguidores de Khadi favorecían el tipo de estructura organizativa que hemos visto en otros grupos de creyentes, pero aquellas personas no eran mercenarios ni tampoco misioneros. No eran una Compañía Libre. No eran una banda de Estranguladores. Simplemente huían porque los Maestros de las Sombras insistían en que abandonaran su religión. El maestro Santaraksita dice que los sacerdotes quizá inventaron una historia más espectacular una vez se asentaron en el delta del río, tras varias generaciones vagando. Antes de su llegada, las únicas personas en el pantanal eran fugitivos taglianos y criminales, y unos pocos descendientes remotos de los Impostores que Rhaydreynek trató de eliminar. Quizá los nyueng bao quisieron impresionarlos.

Las manos de Tobo no paraban de moverse mientras hablaba, pero sus movimientos no tenían nada que ver con lo que decía. Reparaba cosas que yo no podía ver.

—¿Cuánto mintió Doj?

Estaba determinado a echárselo en cara. Nunca me había fiado de aquel viejo.

—Esa es la parte intrigante. No lo sé. No creo que él lo sepa. Me contó que mucho de lo que le contó a Dormilón lo dijo porque sonaba creíble y porque ella parecía querer escucharlo. Bien mirado, excepto por su destreza con Varita de Fresno, Doj es un fraude mucho más grande que la mayoría de los sacerdotes, pues al menos ellos creen en lo que predicán.

—Suenas igualito que Blade —dijo Dama.

Tobo continuó.

—La llave que mis ancestros usaron para cruzar la llanura fue creada secretamente en Khang Phi y volvió a Hsien para que el siguiente grupo de fugitivos pudiese usarla, pero ellos nunca tuvieron la oportunidad de hacerlo.

—Pero sí tenían la piqueta dorada.

Que era la llave que Dormilón finalmente encontró y usó para llegar a la llanura y así liberarnos a los Cautivos de las entrañas de la fortaleza de Shivetya.

—Esa debió de ser la llave perteneciente a los Impostores que escondieron el Libro de los Muertos en la época de Rhaydreynek. Con toda seguridad escondieron la piqueta bajo el templo de Ghanghesha. El mismo templo tiene una larga historia. Comenzó siendo un santuario de Janaka. Los gunni se hicieron con él y lo usaron como lugar de retiro. Entonces los supervivientes del pogromo de Rhaydreynek persiguieron a los gunni, pero desaparecieron. El folclore nyueng bao habla de una lucha doctrinaria encarnizada en aquellos primeros días. Un siglo más tarde, los hombres sagrados gunni del culto de Ghanghesha comenzaron a volver al pantanal. Finalmente, la mayoría de los nyueng bao olvidaron a Khadi y adoptaron a Ghanghesha. Unas cuantas generaciones atrás la piqueta volvió a aparecer cuando el templo estaba siendo reparado y alguien comprendió que era una reliquia importante. No fue hasta épocas más recientes cuando Sombra Larga, y más tarde Atrapa Almas, supieron de ella y entendieron su importancia.

—¿Qué hay de las peregrinaciones?

—Originalmente la gente de Hsien se suponía que se encontraría con nuestro pueblo en la Puerta de las Sombras con noticias de casa y de los refugiados, pero los Maestros de las Sombras se enteraron. Además, a este lado del mundo mis ancestros perdieron contacto con el pasado. Al contrario que en la leyenda, y a diferencia de como son las cosas ahora, no había mucha presión externa. Apegarse a viejas costumbres y creencias no era tan importante para mantener la identidad de los nyueng bao.

»Diga lo que diga Doj, la mayoría de los nyueng bao no son devotos de la tradición y de mantener las viejas costumbres. La mayoría no recuerda nada. Lo visteis cuando estuvisteis en Hsien. Los nyueng bao no son como la gente que vive allí.

Dama y yo intercambiamos miradas. Ninguno de los dos pensábamos que Tobo estuviese siendo más sincero que Doj, aunque el chico no tenía por qué estar mintiendo conscientemente. Miré a Thai Dei. No delataba nada.

—Me he preguntando a menudo por qué Doj nunca encontró a ningún miembro del Camino de la Espada allí.

—Es fácil. Los Maestros de las Sombras los masacraron. Eran la casta guerrera. Siguieron luchando hasta que no quedó ni uno de ellos.

Durante años me había preguntado cómo un culto que veneraba las espadas podía formar parte de un pueblo que descendía de un grupo de adoradores de Kina. En mi mundo, estos no creían en el derramamiento de sangre. Seguía sin saberlo, pero sí estaba convencido de que seguramente nadie conocía la respuesta.

—Me sorprende —le dije a Dama— que Dormilón nunca se haya dado cuenta de

que el supuesto sacerdote de esta banda de nyueng bao fuese por ahí fileteando a la gente.

—Es más, fileteando a Impostores —añadió—. Los mató por centenares en Charandaprash.

Tobo es un joven astuto y entendió que no encontrábamos su versión de la historia más convincente que la de Doj.

Aún no estaba seguro de si se creía lo que decía.

No importaba.

Dama me dio un codazo.

—Murgen y Sauce Swan han atraído mi atención hacia un fenómeno interesante —me susurró—. Querrás verlo por ti mismo. Tobo, deja lo que estás haciendo y echa tú también un vistazo.

Estaba seguro de que sería algo que no quería ver. Thai Dei, Murgen y los otros debatían los mejores lugares para parapetarnos.

Me giré. Dama señalaba algo. Un trío de voladores Voroshk, que no parecían mayores que un grano de arena, sobrevolaba el borde de la llanura. Volaban muy alto y muy lejos, sin moverse.

—¿Alguien quiere adivinar si nos ven bien? —pregunté.

—Saben que estamos aquí, pero nada más —dijo Dama—. A menos que tengan un instrumento para ver a larga distancia.

—¿Qué hacen?

—Supongo que explorar. Ahora que su puerta ha desaparecido pueden acceder a la llanura siempre que quieran. Durante el día están seguros, siempre que no toquen el suelo. Y no tendrán muchos problemas con las sombras, incluso de noche, si se quedan muy arriba. Nunca hemos visto a ninguna sombra ascender más de cuatro o cinco metros sobre la superficie de la protección.

—¿Crees que nos están buscando o solo miran?

—Probablemente ambas cosas. Querrán venganza. También un nuevo mundo que sea seguro.

Los Voroshk no se movían mientras hablábamos. Me imaginé a tríos similares explorando todos los puntos de la llanura, quizá con la esperanza de abrirse camino sin nosotros.

—Tobo, ¿pueden salir de la llanura?

—No lo sé. Hasta aquí no podrán llegar. No sin una de mis llaves. Instalaré algo que los mate si lo intentan.

Admiraba su confianza.

—Supongamos que tienen a alguien tan astuto como tú. ¿Qué los retendrá a la hora de deshacer tus conjuros como estás deshaciendo los de Sombra Larga?

—Falta de formación. Falta del conocimiento que obtuvimos en Khang Phi.

Tienes que saber un poco de estas cosas para poder rehacerlas.

—¿Pueden atravesar la puerta hacia Hsien? —preguntó Dama.

Allí es donde se encontraba el conocimiento.

—No lo sé. Consiguieron que pasase la forvalaka. Quizá puedan meter a su gente de uno en uno. Nunca antes lo han intentado. Pero nunca antes han estado tan desesperados. Y el tiempo está de su lado.

—¿Qué hay de Shivetya? ¿Cuál es su parte en todo esto?

—Lo averiguaré. Enviaré un mensajero en un minuto.

Uno de los soldados de Hsien, creo que Hombre Panda, preguntó:

—¿Qué hay de los que están con Sombra Larga? Si no ha abandonado la llanura, uno es mi primo.

Tobo tomó aire lentamente.

—Mi trabajo nunca se acaba.

—Si vas a hacer algo, mejor que sea de prisa —dijo Dama—. Tienen una llave. Está en riesgo.

—¡Joder! Tienes razón. Capitán, voy a tomar prestado uno de tus cuervos. Dama, asómate por la puerta y grita para que vengan Orejas Grandes y Gata Singh. Te oirán. Diles que los quiero aquí. Es una emergencia.

—Una maldita desgracia tras otra —gruñí—. Esto nunca para.

—Pero estás vivo —dijo Swan.

—No te pongas a dar saltos de alegría.

Nos divertimos con una pelea amistosa mientras Tobo enviaba mensajeros sobrenaturales a Shivetya, los guardias en la Puerta de las Sombras de Hsien, los guardianes de Sombra Larga y nuestra gente en el norte.

Mientras tanto Murgén le preguntó a su hijo:

—¿Qué va a evitar que esos tipos de ahí arriba salgan de la llanura volando? Recuerdo la época en la que los cuervos iban y venían.

Él mismo solía hacerlo todo el tiempo.

—Podían hacerlo porque venían de nuestro mundo. Nunca se ven cuervos provenientes de cualquier otro mundo. Aunque estén en la llanura. Sí, los Voroshk pueden salir volando cuando quieran, pero al hacerlo acabarán siempre en Khatovar. Si quieren salir de la llanura hacia otro mundo, deberán entrar en él a través de la Puerta de las Sombras y abandonarlo a través de otra. Shivetya lo reestructuró de ese modo.

Puede ser confuso. Supongo que ocurre cuando las realidades se solapan y hay un semidiós inmortal en el centro que se siente inclinado a dificultar que la especie humana asimile su más oscuro potencial.

CAPÍTULO 45

НИЖА:

LA FORTALEZA SUCUMBE

Eran menos de cincuenta soldados los que defendían las murallas de Nijha, la mayoría de ellos ya estaban heridos y todos aterrorizados tras haber soportado una noche acosados por las Sombras Desconocidas.

Se les concedió a los defensores los honores de la guerra y se les permitió marcharse sin armas, llevándose a sus familias y las posesiones que pudiesen transportar. También se les advirtió que salieran del camino siempre que pasara la Compañía Negra.

Si la fortaleza de Nijha se hubiese rendido un poco antes, Dormilón habría sospechado que estaba entrando en una trampa. El caso era que envió primero a Doj para asegurarse de que Atrapa Almas no le había dejado ningún regalo especial.

No era el caso.

—Pon a Narayan en algún lugar donde no pueda avergonzarme —ordenó Dormilón después de que se declarara que la fortaleza estaba asegurada—. Decidiré qué hacer con él en un día o dos. —Habría preferido entregárselo a Dama y a Matasanos de inmediato—. Los comandantes de batallón, de regimiento y de brigada y todo el personal mayor han de reunirse en el edificio del cuartel general local en una hora.

—¿Crees que habrá espacio? —preguntó Sahra—. Creía que este lugar era más grande.

—Yo también, a pesar de saber que era una estación de refresco con pretensiones. Dios, ojalá Tobo estuviese aquí.

—Eso mismo deseo yo.

Sahra odiaba que toda su familia estuviera lejos. Se había acostumbrado a tener durante nuestros años una familia de verdad en Hsien.

—He estado pensando, ¿no sería razonable evitar que Tobo y Murgén vayan a sitios peligrosos?

—¿Cómo la Puerta de las Sombras?

—Como ese o cualquier otro sitio donde puedan morir los dos en un ataque.

Dormilón entendía la agonía de Sahra. Había perdido dos hijos y un marido en manos de la mala fortuna. El marido no le preocupaba mucho.

Su ausencia le había mejorado la vida. Pero es raro encontrar a una madre que no sufra por siempre la falta de sus pequeños.

Aquello formaba parte de la cruel experiencia del sitio de Jaicur, o Dejagore, que ha malogrado a tantos miembros de la Compañía y los ha cargado con debilidades y obsesiones que atormentarán sus mentes y almas por tanto tiempo como vivan.

—Es buena idea —dijo Dormilón—. Aunque puedes contar con que se resistirán a ello ¿Puedes imaginar a Runmust y a Iqbal aceptando de buena gana ir a cualquier parte donde no estén codo con codo?

Sahra suspiró y agitó la cabeza lentamente.

—Si los gunni tienen razón en cuanto a la rueda de la vida, entonces he debido de ser algo mucho más malvado que un Maestro de las Sombras en una vida anterior, pues en esta no dejo de recibir castigos.

—Déjame decirte que es mucho peor ser vehdna. No tienes otras vidas a las que culpar. Simplemente te vuelves loca averiguando por qué Dios está tan enfadado contigo.

Sahra asintió. El momento había pasado. Recuperó el control.

—Lo normal sería que ya me hubiese acostumbrado a esta clase vida.

Dormilón pensó que se había acostumbrado todo lo que podía, pero no dijo nada. No quería que Sahra se pusiese a pensar en su situación. Podía ser muy aburrido.

—Tenemos una reunión de alto nivel. Quiero tu ayuda. Quiero que pienses sin restricciones. Estoy replanteando mi estrategia. Las distancias resultan ser demasiado grandes como para un ataque precipitado. Nos debilitamos mientras nuestros enemigos se fortalecen. Quiero que pienses en diferentes alternativas.

—Estaré bien. He de pasar por este tipo de periodos de vez en cuando para poder seguir adelante.

CAPÍTULO 46

НИЖА:

LA OSCURIDAD SIEMPRE LLEGA

La oscuridad llegó a Nijha y con ella sobrevino un silencio casi sobrenatural. Dentro de las toscas murallas, los altos comandantes estaban encerrados con Dormilón y Sahra. En el exterior, los soldados cocinaban, reparaban los arneses y el equipo o, en su mayor parte, dormían exhaustos. Una noche de descanso nunca era suficiente para recuperarse de un duro día de marcha. El cansancio se acumulaba sobre todo cuando una fuerza tenía que cubrir muchos kilómetros a toda prisa.

Por primera vez desde su liberación, Goblin se encontró sin ser supervisado, se hallaba ignorado, olvidado. Durante unos instantes, no se fio de aquello. Aquellas personas eran ladinas. Probablemente lo estuvieran poniendo a prueba.

Al fin, fue evidente que estaba libre, que no lo vigilaban. Era demasiado pronto y estaba demasiado lejos, pero no tendría una mejor oportunidad.

Narayan se removi6 cansado, aunque su desesperación era tal que ni siquiera se preocupaba por su propio bienestar. Era la ocasión en la que había estado más lejos y separado por más tiempo de la Hija de la Noche desde su nacimiento. Si la perdía, no habría razón para continuar. Sería hora de ir a casa con Kina. No habría más que hacer. Y, de todas formas, parecían quedarle pocas oportunidades. Estaba vivo porque aquellas personas lo reservaban como juguete para los padres naturales de la chica. Otra vez.

Sus días y horas estaban contados y de nuevo su fe estaba siendo puesta a prueba duramente.

Oyó un leve sonido entrecortado que le parecía vagamente familiar. Así debe ser, pensó. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Era un signo de reconocimiento entre Impostores que usaban en horas de oscuridad como aquella, donde las señales con las manos no podían funcionar. Murmuró otras señas. El esfuerzo hizo que le diera un ataque de tos.

El intercambio continuó hasta que Narayan estuvo convencido de que había sido localizado por un hermano de fe.

—¿Por qué has venido? —preguntó—. No es posible rescatarme.

Usó la jerga secreta de los Impostores. La prueba definitiva. Al menos le diría algo sobre el estatus del visitante. No muchos conversos estaban tan avanzados en sus estudios.

—La propia diosa me ha enviado para transmitir su amor y su estima y su apreciación por todos tus sacrificios. Me ha pedido que te asegure que tu recompensa será grande. Quiere que entiendas que su resurrección está más cerca de lo que cualquier no creyente cree. Quiere que sepas que tus esfuerzos y sufrimientos y tu fe inquebrantable son importantes. Quiere que sepas que sus enemigos pronto serán abrumados y devorados. Quiere que sepas que te cuida y que estarás a su lado cuando celebremos el Año de los Cráneos. Quiere que sepas que de entre todos aquellos que la han servido, incluso de entre sus muchos santos, tú eres el más querido.

CAPÍTULO 47

LA PUERTA DE LAS SOMBRAS: LOS REPARADORES

El campamento bajo la Puerta de las Sombras se convirtió en el centro de una marea de Sombras Desconocidas mientras Tobo trataba de prevenir la amenaza Voroshk. Estaba especialmente preocupado por los guardianes de Sombra Larga hasta que Shivetya de algún modo le aseguró que eran invisibles a ojos de los Voroshk.

—¿Confías en él? —preguntó Dama.

Ella era la más paranoica de todos los que estábamos en la Puerta de las Sombras.

—Quizá intente hacer un trato mejor con los Voroshk.

—¿Qué trato mejor? Vamos a darle lo que quiere sin intentar controlarlo o pedir mucho a cambio.

—Entonces seguro que cree que somos demasiado buenos como para ser verdad. Estaba de mal humor.

—¿Qué ocurrió con la piqueta dorada —pregunté—, la llave de los Impostores para la Puerta de las Sombras?

Tras una pausa para decidir qué admitir, Tobo dijo:

—La dejé con Shivetya. Puede que la volvamos a necesitar cuando llegue la hora de matar a Kina. No se me ocurrió un lugar mejor donde alejarla de sus seguidores.

Parecía preocupado mientras nos miraba. Estaba pensando que quizá hubiera sido mejor no decir aquello. La piqueta dorada es una reliquia de los Estranguladores, de elevada sacralidad, que también podía usarse para liberar a Kina.

Temía que al menos uno de nosotros le contara a alguien lo que acabábamos de oír.

Fue una larga noche seguida por lo que prometía ser un día aún más largo.

Para los miembros desocupados del grupo fueron momentos duros. No había nada que hacer excepto jugar a las cartas y preguntarse si la gente de la Nueva Ciudad estaría tan loca como para atacarnos.

Hombre Panda y Espectro miraban la partida. No se les daba bien jugar. El tonk es, en cuanto a normas, uno de los juegos más simples jamás inventados, pero gran parte de él consiste en lo que se dice mientras se recogen, se descartan y se muestran las cartas. Un grupo de jugadores que se conocen resulta algo completamente diferente a otro donde los jugadores apenas hablen el mismo idioma. Siempre que la compañía se detiene por quince minutos se inicia un juego de tonk. La tradición comenzó años antes de mi tiempo y persistirá mucho después de que me haya marchado.

Marchado. Traté de imaginar cómo habría sido la vida si hubiese abandonado la Compañía en el pasado. Mi imaginación no estaba preparada para tal tarea. Lo confieso. No tengo la personalidad adecuada para abandonar todo lo que conozco, aunque no sea más que un camino tortuoso e infeliz que, demasiado a menudo, deambula por las fronteras del infierno.

La mayor parte del tiempo era un zombi que le llevaba el capacho a mi joven albañil mientras mi mente estaba en otro sitio, aventurándose con audacia por los campos de lo que podría haber sido.

—Probablemente debería decirte esto más a menudo —le dije en un momento de la tarde a Dama—. Te quiero y me alegra que el hado haya conspirado para reunir nuestras vidas.

La dejé tan sorprendida que se quedó en silencio. Sé que Swan y Murgén se quedaron boquiabiertos y durante un tiempo estuvieron intentando averiguar si creía que me estaba muriendo.

Los Voroshk no nos habían pasado por alto. Eran precavidos. Se mostraron brevemente varias veces durante el día. Su usual arrogancia parecía haber desaparecido.

—¿Qué crees que traman? —le pregunté a Tobo una vez que dejé atrás mis propias preocupaciones.

Habíamos hablado de ello antes, pero nunca me siento cómodo dando por hecho los motivos de un hechicero.

—Buscan esperanza. O algo que les dé ventaja. Supongo que ahora mismo su mundo se parece más al infierno que cualquier otra cosa que jamás haya imaginado un sacerdote. La mayoría de las sombras supervivientes de la llanura deben de estar allí campando a sus anchas. Una familia de hechiceros, por muy maravillosas que sean sus armas, no tiene posibilidad de detener lo que está ocurriendo. No antes de que la devastación alcance una escala tal como para acabar con el mundo.

En otro tiempo me habría sentido mal por los Voroshk y por la gente de Khatovar. Ahora, al examinar mi alma, no encontré otra cosa que indiferencia.

—¿Cuánto falta para que acabes de realizar todas las modificaciones? —preguntó

Dama.

Estaba deseando dirigirse al norte. Gracias a ciertos comentarios indirectos pude deducir que quería reunirse con la fuerza principal antes de que el desastre la golpease. Desconocía yo qué podía hacer para evitar el desastre. Actualmente no tenía magia suficiente ni para prender un fuego sin añadir a la mezcla pedernal y acero.

—Como mucho, diez minutos —contestó Tobo—. Hay un último hilo trenzado que tengo que volver a tejer y entonces no solo tendremos una Puerta de las Sombras en condiciones óptimas, sino que será la más resistente que jamás haya habido, tanto como para que no pueda ocurrir lo que con la Puerta de Khatovar. De hecho, ya es muy resistente. Lo que esta soga conjuro va a hacer es crear un pequeño bolsillo de oscuridad, invisible desde el exterior, para que las sombras asesinas puedan convertirse en centinelas invisibles, listos para saltar sobre cualquiera que intente pasar y que no haya sido aprobado por nosotros o Shivetya.

—Impresionante —dije.

Dama frunció el ceño. Creía que poníamos demasiada confianza en el golem.

Parecía incapaz de reconocer que la confianza no formaba parte de la ecuación.

—Vamos a tener compañía en un minuto —dijo.

Alcé los ojos. Dos hechiceros Voroshk bajaban por la pendiente siguiendo la vieja carretera, dentro de lo que habría sido una protección si no hubiesen volado su propia Puerta de las Sombras. El tercer jinete siguió siendo un punto en el horizonte, un testigo remoto.

—¿Crees que han causado más daños al atravesar la barrera y salir a la carretera? —pregunté.

Tras una sola mirada Tobo dijo:

—No. Creo que entraron por el otro extremo y han volado hasta aquí siguiendo los caminos. El otro los guió desde lo alto.

Una estupidez admirable, pensé. Los del suelo no tenían oportunidad de volver antes de la oscuridad. ¿Creían que los protegeríamos de la noche? Eran unos ilusos si lo pensaban.

Los Voroshk desmontaron a unos cien metros y caminaron hacia nosotros como si andar fuese algo desconocido para ellos. Cabalgar sobre el poste volador debía de ser un símbolo de poder enorme en Khatovar. Tan grande que nunca se andaba donde pudieran verte subalternos.

—¿Cuánto falta? —le preguntó Dama a Tobo.

—Quince segundos y me pondré a simular un poco. Después retrocederemos a través de la puerta. ¿Están papá y los otros alerta?

«Alerta» no era una palabra con suficiente fuerza para describir la situación. Había dispuesta una ingente cantidad de proyectiles, además de un proyector de bolas

de fuego que no íbamos a usar mientras los Voroshk permaneciesen en la llanura. Las barreras podían ser destruidas por las bolas de fuego. Sin embargo, las flechas y las ballestas las atravesaban, sanándose las heridas inmediatamente.

En cualquier caso, las flechas iban a conseguir poco contra aquellos viejos fornidos.

Parecían tener sobrepeso, pues proyectaban un aire de gordura tras el constante movimiento de las capas negras.

—Vale. Creo que eso valdrá —dijo Tobo.

Clic. Clic. Clic. Los tres retrocedimos rápidamente a través de la Puerta de las Sombras hasta nuestro mundo. Tobo selló el camino. Esperamos.

—Seguro que uno de esos es el padre de los dos alborotadores —dijo el chico.

Probablemente. Los Voroshk parecieron interesados en comunicarse. Sabían que alguien de nuestro bando hablaba el idioma de la forvalaka.

Tenían suerte. De todos los miembros de la Compañía Negra que podían haber estado con Tobo, nos encontrábamos Dama y yo.

Aunque tampoco se iban a quedar muy contentos. Los de su clase me caían fatal. No les iba a poner las cosas fáciles.

CAPÍTULO 48

LA PUERTA DE LAS SOMBRAS: LOS CACIQUES DEL AIRE

Aquellos Voroshk, que de hecho se presentaron como Nashun el Investigador y el Primer Padre, hablaban el idioma de Juniper. Nashun el Investigador lo hablaba mucho mejor que el otro. Ninguno tenía esas maneras educadas que tanto les gustan a las madres. Estaba claro que la demostración de modales hacia las personas que no pertenecían a la familia era un ejercicio que no practicaban.

Tras las introducciones expuse lo obvio.

—Estáis en un buen problema.

Podía percibirse que los Voroshk cerraban los ojos y suspiraban dentro de todo aquel material negro.

—Sobreviviremos —declaró el jefe Voroshk.

Luchaba por mantener la voz libre de furia y arrogancia. Tuvo menos éxito con la confianza, lo cual hizo preguntarme si no hablaba en serio.

—Sin duda. Lo que he visto de las capacidades de tu familia me ha impresionado. Pero honestamente, comprendes que la supervivencia de tu familia consiste en algo más que en protegerse de las sombras.

Nashun hizo un gesto de desprecio con una mano enguantada.

—Venimos a vosotros porque queremos que nuestros hijos vuelvan.

Hablaba clara y lentamente, de modo que incluso Dama lo entendió. De hecho hizo un ruidito de sorpresa que bien pudo ser una risita.

—Mala suerte. Puede que nos sean útiles. Nos faltan incentivos para devolvéroslos.

Su furia parecía una fuerza palpable.

Tobo la sintió.

—Adviérteles de que cualquier poder que usen para intentar entrar les rebotará. Diles que cuanto más lo intenten, más daño se harán.

Lo traduje. Nuestros visitantes no estaban impresionados por nada de lo que decía aquel muchacho. Tampoco tentaron a la suerte, pues recordaban los sucesos de su

Puerta de las Sombras.

—Estamos listos para hacer un intercambio —dijo el Investigador.

—¿Qué tenéis para comerciar?

—Aún hay gente vuestra en esta llanura.

—Id a por ellos. Están cubiertos. Cuando el polvo se asiente tendréis que recoger a los familiares muertos.

De eso estaba seguro, pues Tobo confiaba en Shivetya completamente.

—Sois poderosos pero ignorantes. Igualitos que un buey. No conocéis la llanura. Está viva. Es nuestra aliada.

Casi podía verse el humo saliendo de sus oídos. Goblin conseguía hacerlo en los viejos tiempos. Pero aquellos hombres no tenían sentido del humor.

Su desesperación fue mayor que su ira.

—Explícate —bufó Nashun.

—No sabéis nada de la llanura, pero sois tan arrogantes que creéis que vuestro poder será suficiente en el reino de los dioses. Ni siquiera conocéis la historia de vuestro propio mundo. La gente a la que os enfrentáis, a los que creéis que podéis amenazar, son descendientes espirituales de los soldados que salieron de Khatovar hace quinientos años.

—Lo que ocurrió antes de los Voroshk no significa nada. Sin embargo, también vosotros demostráis ignorancia.

—Es importante. Queréis algo de la última Compañía Libre de Khatovar y no tenéis nada que ofrecer a modo de intercambio. Excepto, quizá, esa historia insignificante y un poco de conocimiento contemporáneo.

Ningún hombre dijo nada.

—Pregúntales por qué quieren recuperar a sus chicos. Están a salvo aquí —me dijo Dama.

Les pregunté.

—Son nuestra familia —dijo el Primer Padre.

Su voz tenía una cualidad que hacía que aquello no solo fuese plausible, sino incluso quizá verdadero.

—Están muy lejos —dije—. Han estado viajando al norte desde que llegaron. Uno está mortalmente enfermo.

—Tienen sus rheigeistiden. Pueden llegar aquí en unas horas.

—Creo que este tipo habla en serio —le dije a Dama—. Tiene la extraña idea de que les voy a dar a esos chicos, sus juguetes y a dejarlos marchar, simplemente porque él lo diga. Estoy seguro de que en Khatovar no tienen que trabajar para sobrevivir.

El Investigador no entendió ni una palabra.

—Antes mencioné tu ignorancia. Escucha, extranjero. Khatovar no es nuestro

mundo. Khatovar era una ciudad de oscuridad donde las almas malditas adoraban a una diosa de la noche. Aquella malvada ciudad fue eliminada de la tierra antes de que los Voroshk surgiesen. Su gente fue perseguida y exterminada. Han sido olvidados. Y seguirán estando olvidados. Ningún Soldado de la Oscuridad volverá jamás.

En el pasado, un día sin nada que hacer, años antes de que se hubiese convertido en la vasija que era, Goblin me había contado que nunca llegaría a Khatovar. Nunca. Que seguiría estando por siempre más allá del horizonte. Me podría acercar cada vez más, pero nunca llegaría a ella. Así que había imaginado pisar Khatovar. Cuando en realidad había estado en el mundo donde en el pasado había existido Khatovar.

—El tiempo lo ha igualado todo. Aquello que Khatovar expulsó ha vuelto. Y el mundo que mató a Khatovar morirá.

—¿Has comprendido eso? —preguntó Dama.

—¿Eh? ¿Comprender qué?

—Ha usado la palabra malvado. No oímos esa palabra mucho en esta parte del mundo. La gente no cree en ella.

—Estos tipos no son de esta parte del mundo.

Volví a usar el idioma de Juniper.

—Si nos dais un desglose completo, y que funcione, de la construcción y operación de vuestros troncos voladores y del material del que están hechas vuestras ropas, supongo que os podríamos dar lo que queréis.

Dama hacía lo que podía por mantener a los otros informados de lo que se decía. No siempre lo entendían bien.

Nashun el Investigador no comprendió la enormidad de mi demanda. Intentó hablar en tres ocasiones, no pudo y terminó por volverse hacia el Primer Padre en una súplica muda. Estaba seguro de que su rostro oculto estaba surcado por la desesperación.

—Podría ser bueno alejarnos de la Puerta de las Sombras —les dije a mis chicos—. A esta gente se le está agotando la paciencia.

Me sentía maravillosamente malvado. Siempre me pasa cuando frustró a tipos poderosos que no son responsables ante nadie y que piensan que toda la creación se ideó para su placer y uso.

—Pronto será de noche —les dije a los Voroshk—. Las sombras saldrán. —Mientras los Voroshk intercambiaban miradas, tomé prestado algo de Narayan Singh—. Cuando tratas con la Compañía Negra, hay que recordar algo: la oscuridad siempre llega.

El rostro de Dama expresaba una aprobación completa cuando me giré.

—Podría haber ido mejor.

—He dejado que mis sentimientos se entrometan. Debería ser más inteligente. Pero de todas formas la conversación no conducía a ningún lado. Son muy orgullosos

y nos menosprecian.

—Entonces abandonas el sueño de volver a Khatovar.

Los Voroshk hicieron el primer intento furioso por atravesar la Puerta de las Sombras.

Les había advertido.

No quisieron escuchar.

Fue peor de lo que había imaginado.

Fue peor de lo que Tobo había predicho.

La explosión de la contramagia lanzó a ambos hechiceros rebotando y dando vueltas colina arriba hasta el borde de la llanura. Por algún milagro, ninguno rompió la barrera protectora del camino. Quizá Shivetya estaba cuidando de ellos.

Uno aún no había mostrado signos de recuperación cuando dejé de mirar.

—Creo que ya es hora de irnos —le dije a Tobo—. Esos tipos ya han captado el mensaje.

No miré atrás. Los problemas a los que se enfrentaban los Voroshk me hicieron confiar en que no llegarían a ser un problema para mi mundo.

Mientras ascendíamos la colina pregunté:

—¿Cree alguien que podría haber una conexión entre los Maestros de las Sombras y los Voroshk? Parecen haber surgido en el momento oportuno. Además, los Maestros de las Sombras trataron de cortar todas las conexiones con el pasado en Hsien. Era un trabajo demasiado grande. Me pregunto qué encontraríamos si habláramos con algún granjero del otro lado.

—Puedo preguntarle a Shivetya —dijo Tobo—. Y a los prisioneros.

Pero no sonaba particularmente motivado.

CAPÍTULO 49

ΠΙΪΗΑ:

LUGAR DE LOS MUERTOS

Sahra seguía pidiendo más antorchas. Como si traer las suficientes fuese a anular el desastre. Cuando llegó la capitana había ya más de cincuenta antorchas, lámparas y linternas iluminando lo que había sido un establo antes de que llegara la Compañía.

—¿Estrangulado? —preguntó Dormilón.

—Estrangulado.

—Estoy tentada a usar la palabra «irónico», pero me temo que no hay ironía en esto. Doj, el cuervo blanco de Matasanos andaba por ahí fuera. Encuéntralo. No había mucha gente por aquí, algunos supuestamente vigilaban a Singh. Quiero saber qué han visto.

Dormilón se hacía una idea de lo que le iban a contar las Sombras Desconocidas. Sería una variación de los informes que había tenido antes.

—Quiero enviar también las noticias al sur —dijo.

Nada ocurría alrededor de la Compañía Negra sin que un hobyah fuese testigo de ello. Los soldados de Hsien entendían eso perfectamente. Lo daban por hecho. Tendían a comportarse bien. Pero alguien sin experiencia de la vida en Hsien no se tomaría tan en serio a las Sombras Desconocidas.

—¿Alguien ha visto a Goblin? —preguntó Dormilón un minuto más tarde—. Supongo que nadie sabe quién se suponía que tenía que estar vigilándolo.

—Ha estado justo allí hasta hace un minuto —dijo Andarríos.

Dormilón miró y se quedó pensativa.

—Sin duda fue hasta el minuto en el que decidí consultar a las Sombras Desconocidas sobre qué habían visto.

Que debió de ser el mismo instante en el que comprendió que su historia reciente no era un misterio para nadie. El instante en el que comprendió que Dormilón había estado preparando la soga del ahorcado mientras trataba de sonsacarle información.

—¿Quieres que lo traigamos? ¿De una pieza?

—No.

Ahora no. No ahora que el mejor mago que tenía era un vejstorio cuyas habilidades, aparte de manejar una espada, eran demasiado débiles como para ni siquiera echar maleficios a animales y personas.

—Pero no me importaría saber dónde está.

Doj podía hacerlo. Las Sombras Desconocidas se comunicaban con él. A veces. Cuando estaban de buen humor.

—Lo que hay que hacer ahora mismo es poner guardias extras con los Voroshk. Goblin mostró mucho interés en ellos mientras viajábamos. No quiero que les ocurra nada y no quiero que se escapen.

No se le ocurrió reforzar la compañía del hechicero comatoso Aullador. Pero la fortuna estaba de su parte en ese asunto.

Resultó que Goblin había agarrado un par de caballos rápidos y algunas provisiones y se había escapado de Nijha, hacia el norte, todo ello sin levantar sospechas. Dormilón casi cayó en el insulto cuando recibió el informe. Alguien señaló que el pequeño mago siempre había tenido esa habilidad. Dormilón soltó un resoplido.

—Entonces alguien debía de haber estado vigilándolo.

—No puedo detenerlo o controlarlo pero puedo hacerle la vida miserable —dijo tío Doj.

—¿Cómo?

—Sus caballos. Los Sabuesos Negros pueden divertirse mucho con ellos. Y cuando intente llevarlos al agua...

Se echó a reír con maldad.

—Envíalos —Dormilón llamó a Sahra—. Durante la reunión barajaba ambas opciones buscando un signo. Acabo de tenerlo. No nos vamos a apresurar más. Avanzaremos lentamente, en una región más hospitalaria, y nos detendremos donde nos podamos sustentar sin demasiados problemas. Esperaremos hasta que todos se reúnan con nosotros. Emite un llamamiento de voluntarios deseosos de apoyar al prahbrindrah Drah y a la radisha.

Si es que alguien los recordaba.

—Espera específicamente a mi hijo. Sí.

Sahra estaba furiosa e insatisfecha, pero demasiado cansada para luchar.

—Ahora que Murgen ya no es la herramienta fundamental.

—Especialmente a Tobo, sí. Esta noche ha quedado claro que sin Tobo estamos en graves problemas.

Sahra no dijo nada más. Estaba cansada de luchar una batalla en la que incluso los hombres que quería proteger se negaban a honrar su preocupación.

CAPÍTULO 50

LOS TERRITORIOS TAGLIANOS: EL PALACIO

El ejército de campo tagliano se reunió lentamente a ambos lados del Camino de la Roca, en una región apenas habitada entre Dejagore y los cruces fortificados sobre el río Principal en Ghoja. Otra fuerza menos poderosa, compuesta por tropas de las provincias del sur, se reunió a las afueras de Dejagore. Y una tercera en la propia Taglios. No parecía haber razón para sospechar que la fuerza de Dejagore tuviese problema alguno en rechazar a una fuerza como la que traía la Compañía Negra. Mogaba esperaba que sus enemigos virasen al oeste una vez que descendieran de las tierras altas, avanzando probablemente hasta el río Naghir, que podrían seguir hacia el norte para luego girar al este de nuevo e intentar cruzar el Principal en uno de los vados menores. Pretendía dejarlos marchar y agotarse. Pretendía dejarles hacer lo que quisiesen hasta cerrar las puertas tras de ellos. Una vez que los tuviese al norte del Principal, podría rodearlos y estrangularlos lentamente.

El gran general se sentía bastante positivo. Taglios estaba intranquila, pero no revuelta. Incluso los comandantes de las guarniciones más remotas traían soldados a los puntos de reunión con las unidades casi al completo, a pesar de que la cosecha comenzaría en el lejano sur antes de final del mes.

La estación de la cosecha precipitaría inevitablemente unos índices más elevados de deserciones.

Lo mejor de todo, la protectora estaba fuera. Sus interferencias e incordios hacían sus tareas más dificultosas. Y, por supuesto, siempre cargaba la culpa a otro cuando un mal plan fracasaba.

El gran general reunió a su plana mayor y a su círculo más íntimo, que incluía a una docena de generales además de Ghopal y Aridatha Singh.

—El plan parece ir a la perfección. Con un par de ataques y de retiradas programadas creo que los podemos conducir hasta el vado en Vehdna-Bota. Me gustaría tener mejor comunicación con la protectora. Pero ya no encuentra suficientes cuervos. Alguna plaga los está exterminando. Apenas sé nada de ella más que una

vez al día. Y usualmente pierde el tiempo hablando del tiempo o de una epidemia de gripe en Prehbehlbed.

No había ninguna sombra alrededor, ni ninguno de los espías menores de la protectora. Mogaba no lo mencionó. Los taglianos eran conspiradores consumados. Que siguiesen pensando que podía haber ojos espiándolos.

Solo su conspiración necesitaba seguir adelante.

El gran general tenía más preocupaciones que cómo aislar y destruir al enemigo. Sospechaba que había aún un problema crítico sobre la identidad del enemigo más peligroso de Taglios.

Había algo en aquella encarnación de la Compañía Negra que tenía tan preocupada a Atrapa Almas que había centrado en ella toda su atención. Había algo en aquella encarnación de la Compañía Negra que había afectado a casi todo lo importante en el imperio tagliano, aunque las noticias de su vuelta apenas se habían extendido y no había disponibles informes de testigos. La acostumbrada enemistad y fricciones internas parecían disminuir en un momento en el que, normalmente, las facciones deberían abundar mientras los viejos antagonistas trataban de aprovecharse de la situación.

Mogaba había descubierto que pensaba cada vez menos en lo práctico de eliminar a la protectora, y más obsesivamente en destruir a la Compañía Negra. No tanto derrotarlos como borrarlos de la existencia. Hasta el último hombre, mujer, niño, caballo, mula, piojo y liendre.

Tras décadas de desgraciada fortuna, Mogaba estaba naturalmente cansado de todo, incluyendo su propio estado emocional.

Había comenzado a escribir un diario personal el día que tomó la decisión de traicionar a Atrapa Almas, para así hacer un seguimiento de sus pensamientos y emociones durante los días tensos que le esperaban. Era un diario que abría solo a la luz del sol. Era un diario que destruiría antes de tomar acciones contra la protectora, pues había nombres que no quería traicionar si fracasaba y era lo suficientemente afortunado como para morir antes de que lo capturaran.

Ultimamente había notado una evolución en su pensamiento sobre la Compañía. Una evolución en aceleración. Una evolución aterradora.

Se había vuelto sospechoso de su propia razón.

Después de una reunión general sobre la política del imperio, el gran general se reunió con los hombres responsables de la capital.

—Kina está de nuevo activa —murmuró Mogaba.

Ghopal y Aridatha escucharon educadamente. Se refería a hechos anteriores a su tiempo que conocían solo por su reputación.

—Está consiguiendo cambiar los prejuicios de todos.

Lo miraron sin expresión.

—No sois aficionados a la historia, ¿eh? —explicó Mogaba—. Lo más raro es que nadie se preguntara por qué estaban aterrados. No recordaban que tres años antes no habían oído hablar de la Compañía Negra.

—Lo que dices es que la diosa Estranguladora tiene miedo de la Compañía Negra y quiere que el mundo entero vaya a por ellos a destruirlos. Aunque haya que derramar sangre.

—¿No es acaso un dilema interesante? —intervino Aridatha—. Si podemos vencer a la Compañía Negra, aún tendremos que lidiar con la protectora. Si la derrocamos, entonces tendremos que manejar a los Estranguladores y a Kina para prevenir el Año de los Cráneos. Ola tras ola. Sin fin.

—Sin fin —concedió Mogaba—. Y me estoy convirtiendo en un viejo.

Había comenzado a abrigar una noción alocada casi tan pronto como determinó que lo estaban manipulando.

—Hay un par de antiguos informes que deseo comprobar. Os quiero de vuelta aquí mañana a la misma hora.

Al gran general no le faltaba valor. A la tarde siguiente condujo a Ghopal y a Aridatha a una habitación totalmente iluminada. Presentó un caso más convincente de su creencia de que Kina había despertado y lo argumentó poderosamente con extractos de los Anales de la Compañía Negra que residían en la biblioteca nacional.

—Te creo —dijo Aridatha Singh—. Simplemente me pregunto qué ha ocurrido para que vuelva a despertar.

—¿Ghopal?

—No estoy seguro de entender. Pero no creo que tenga que hacerlo. Aridatha lo hace. Confío en su sabiduría.

—Entonces hablaré con Aridatha. Pero escucha —dijo Mogaba con una risita.

Aridatha escuchó su idea, el razonamiento que había tras ella, con el ceño fruncido todo el tiempo. Ghopal parecía horrorizado, pero mantuvo la boca cerrada. Aridatha vagó en sus pensamientos. Tras un tiempo, asintió de mala gana y dijo:

—Tengo un hermano en De jagore. Encontraré una razón para visitarlo. Conozco a personas que podrían escuchar lo que tienes que decir si soy yo el que habla.

—¿Qué?

—¿Recuerdas unos años atrás cuando la Compañía comenzó a raptar a gente? —preguntó Aridatha—. ¿Sauce Swan, el purohita y los demás? Yo fui uno de los que raptaron.

Ghopal quiso saber por qué y Mogaba preguntó cómo había escapado.

—Me escapé porque me dejaron marchar. Solo me eligieron porque querían mostrarme a alguien que ya retenían. —Aridatha respiró profundamente y reveló su gran secreto—. Mi padre. Narayan Singh. Estaban demostrándole su poder.

—¿Narayan Singh? ¿El Narayan Singh? ¿El Estrangulador? —preguntó Ghopal.

—El Narayan Singh. No lo sabía. No hasta entonces. Nuestra madre nos dijo que nuestro padre estaba muerto. Creo que ella así lo creía. Los Maestros de las Sombras lo reclutaron para sus batallones de trabajo durante su primera invasión, antes de que la Compañía Negra llegara del norte. Yo era el menor de cuatro hijos. Estoy bastante seguro de que los mayores sabían la verdad. Mi hermano Sugriva se mudó a De jagore y se cambió el nombre. Mi hermana Khaditya también se cambió el suyo. Su marido moriría mortificado si lo supiese.

—Nunca antes has mencionado esto.

—Creo que puedes entender por qué.

—Así es. Es una carga muy cruel.

Mogaba ya respondía a la conexión con los Impostores con el mismo miedo paranoico que todos mostraban. Era inevitable.

—Me pregunto cómo pueden fiarse esos tipos unos de otros —dijo en voz alta.

—Supongo que tendrías que estar dentro y formar parte de todo ello para entenderlo —contestó Aridatha—. Creo que en su mayor parte se debe a su fe en la diosa.

El gran general miró a Ghopal Singh.

—Si los greys tienen objeciones, necesito conocerlas ahora mismo.

Ghopal agitó la cabeza.

—Solo un grey va a saber esto. Por ahora. Los otros no lo entenderían.

—Aridatha, ¿hay alguien en quien confíes para que asuma tu puesto mientras estás fuera?

Los batallones de la ciudad no conocían su parte en la conspiración para liberar a Taglios de su protectora. Era necesario mantener un firme control.

—Sí, pero nadie que sepa lo nuestro. Si tienes alguna petición inusual tendrás que justificarla basándote en lo que ocurra en la ciudad.

Los soldados entendían que su función era mantener la paz si la población se alborotaba mucho para que los greys la controlaran.

—¿Hay provocaciones suficientes para hacer que las excusas suenen auténticas? —preguntó Mogaba.

Ghopal mostró sus grandes dientes. Los shadar estaban orgullosos de sus dientes bien cuidados.

—Es casi divertido. Desde que llegaron las noticias a la calle de que la Compañía Negra ha habido menos pintadas relacionadas. Como si los auténticos simpatizantes de la Compañía no quisiesen correr el riesgo de ser identificados y los vándalos contrarios a la Compañía, responsables de la mayor parte de ellas, de repente no quisiesen ser identificados con un terror que es real.

—¿Terror?

—Tenías razón en lo que dijiste anoche. Hay un miedo creciente a la Compañía. Como dijiste, todo ocurrió hace mucho tiempo. No entiendo, pero está ayudando a mantener la paz en lugar de crear más problemas.

—Si necesitas provocaciones y villanos, no se los des, siéntete libre de crearlos. Aridatha, ya sabes lo que hay que hacer. Hazlo. Tan rápido como te sea posible. Antes de que los sucesos ocurran con tal velocidad que nos quiten más posibilidades.

Aunque podía suceder casi de inmediato, Mogaba había abandonado toda esperanza de coger a la protectora desprevenida cuando volviese la ciudad.

Por el momento parecía que no planeaba regresar hasta que la invasión de la Compañía se hubiese solucionado.

CAPÍTULO 51

LOS TERRITORIOS TAGLIANOS: EL PUNTO MEDIO

Atrapa Almas, toda de cuero y llena cólera, acechó el perímetro del campamento a medio camino entre Ghoja y Dejagore. Una docena de oficiales asustados la seguían, cada uno suplicando piedad en silencio a su dios o dioses. La protectora enfurecida era un desastre que nadie quería experimentar. Sus excesos no tenían más sentido que los de un tornado.

—No se han movido. Llevan seis días sin apenas dar un paso después de lanzarse hacia el norte como una tormenta, tan rápido que nos matábamos por encontrar algo que pudiese detenerlos. ¿Qué hacen? ¿Qué ha cambiado tan de repente?

Como siempre cuando se encontraba ansiosa, Atrapa Almas era un alboroto de voces contradictorias. Aquello se añadía a la intranquilidad de los hombres que la seguían. Ninguno había tenido experiencia alguna con ella antes de que llegara al campamento. La realidad era más enervante que lo que predecían las historias. Parecía tan cruel y caprichosa como cualquier dios. Varias tumbas más allá del perímetro daban fe de la violencia de su temperamento.

Estos sicofantes nunca lo averiguarían, pero aquellos que murieron habían sido elegidos tras un considerable espionaje sobrenatural. Ninguno había sido un devoto siervo del protectorado. Cada uno lo había dicho en voz alta. Además, ninguno había resultado ser un líder especialmente competente y eso había quedado claro para los soldados y compatriotas. Habían conseguido sus puestos a través del nepotismo o el amiguismo, no por sus habilidades.

Atrapa Almas estaba seleccionando a su cuerpo de oficiales. Se sentía decepcionada, pues la necesidad evitaba que actuara de otro modo. El cuerpo era horrible. Por supuesto, no iba a aceptar ninguna responsabilidad en tal hecho.

¿Cómo habría sido sin los esfuerzos del gran general? Probablemente un horrible y feo chiste sin gracia. Sin la dedicación de Mogaba no habría mucho que reunir.

¿Cómo mantenerlo? El índice de desertión era aún soportable, pero había signos de que iba en aumento. ¿Era esa la estrategia del enemigo? ¿Esperar hasta que el

ejército tagliano se disolviese debido a las demandas de la próxima cosecha? ¿Volverían entonces a dirigirse al norte? Parecía algo típico de la Compañía Negra. Según los indicios tenían dinero para mantener una fuerza en el campo de batalla durante mucho tiempo.

Los mensajes de Mogaba indicaban que él también sospechaba una estrategia similar. Estaba confeccionando su propio plan para que el enemigo escogiese el camino más largo hacia una trampa.

Atrapa Almas no creía que hubiese posibilidad de atrapar a la Compañía Negra. Sus recursos de inteligencia eran demasiado extraordinarios. Mientras que los suyos continuaban desapareciendo. Todas las especies de cuervos estaban en peligro. Los ratones, murciélagos, ratas, búhos, esa clase de criaturas no tenían el suficiente alcance. No parecía haber fuentes modernas de cristal de calidad o mercurio digno con el que crear una bola de cristal. Las sombras que aún controlaba eran escasas y estaban débiles y asustadas, y se negaba a arriesgarlas en territorio enemigo, a menudo porque, cada vez que lo hacía, solo unas pocas nunca volvían. Y por ahora estaba lejos de su única fuente de reemplazos.

Miró hacia el cielo, vio buitres planeando en círculos en el norte, sobre unos bosques que discurrían de derecha a izquierda hasta perderse en lontananza. Al macizo le seguía un arroyo poco profundo. Su hermana había ganado una pequeña victoria sobre los Maestros de las Sombras allí, años atrás, poco después de que la Compañía Negra sufriera el desastre que condujo al sitio de Dejagore.

—Voy a caminar hasta allí y ver qué encuentran tan interesante aquellos buitres.

Nadie protestó.

Quizá los buitres se la cenasen a ella.

—No hace falta que vengáis conmigo.

El alivio se hizo evidente.

CAPÍTULO 52

LOS TERRITORIOS INFERIORES

TAGLIANOS:

DAMA SUELTA ESPUMARAJOS

Dama estaba furiosa. No recordaba haberla visto tan cerca de perder el control.

—¿Cómo coño han permitido que eso ocurra? ¡Se suponía que alguien debía estar encima de ese mierda a cada instante!

Nadie se molestó en contestar. No quería respuestas. La verdad era que no. Quería a alguien a quien hacer daño.

Tobo estaba ocupado hablando tranquilamente a seres que solo se veían justo cuando apartabas la mirada. Seres grandes, otros pequeños, algunos con forma humana y otros que habían escapado de las pesadillas de un lunático. Había que encontrar a Goblin. Íbamos a rastrear, acosar y herir, si era posible, a Goblin durante todo el tiempo. En lo que tenía que ver con este fragmento de la Compañía, Goblin iba a ser la misión principal desde este día en adelante. Íbamos a cazarlo y a exorcizarlo (o exterminarlo) antes de que pudiese maquinarse más desastres en nombre de Kina.

Aunque había perdido la práctica y el hábito mucho tiempo atrás, Dama lanzó un conjuro mortal a un inofensivo arbusto. El árbol comenzó a marchitarse casi de inmediato.

—¿Qué coño ha sido eso? —exigí una explicación—. Creía que no podías...

—Calla. Déjame pensar.

Dama estaba tan asombrada que olvidó la furia hacia Goblin.

Yo estaba callado. Le di para pensar todo el tiempo que cualquier chica desea.

¿Había un rayo de luz en nuestra negra fortuna reciente?

Mi, por el momento, no muy afortunada esposa dijo:

—Tobo, en el próximo mensaje que envíes al norte, pregunta si el pedazo de mierda se escapó con una de las llaves de las puertas o alguna otra cosa inusual.

Tobo hizo pequeños gestos al aire y después contestó:

—Ya he comprobado eso. Se escapó solo con dos caballos y una silla. Ni siquiera

una salchicha. Probablemente esté comiendo insectos. Lo único inusual es que nadie se dio cuenta de nada. Un hecho que casi con toda seguridad tiene un origen artificial.

—¿Porque...?

—Porque es muy difícil saber nada de él en este instante. Los Sabuesos Negros no deberían tener problemas en encontrarlo y seguirlo. Pero los están teniendo. Es tan esquivo como un fantasma. Cada vez que hacen contacto es porque sigue el camino sin desviarse y pueden esperar a que aparezca.

—Siguiendo el camino, ¿adónde?

—Al norte. Hacia el cruce con el Camino de la Roca. Aunque como no habla, sus planes no están claros.

Tobo aún tenía sentido del humor.

—¿Cómo has conseguido matar a ese arbusto? —le pregunté a Dama.

—Buena pregunta —dijo pensativa—. Sin una buena respuesta. No he sentido la afilada presencia de Kina.

—¿Crees que tiene que ver con Goblin? Sabemos que Kina ha debido de poner un poco de ella en su cuerpo o no estaría ni siquiera vivo.

—Habría percibido algo antes. Creo. Tobo, ¿percibiste algo raro en Goblin?

—Por supuesto.

El chico fue cortante. Intentaba trabajar. Los viejos no dejaban de entretenerlo.

—Ya no era el tío Goblin, pero tampoco era más poderoso que antes.

—Quizá fue algo que no salió hasta que tuvo la oportunidad de matar a Narayan —dije.

El debate sobre el porqué se centró cada vez más en el hecho de que ese viejo lisiado de Narayan no había estado en forma como para correr o hacer nada en nombre de su diosa, por lo que, de haber caído en nuestras manos, habría sido obligado a revelar lo que supiese. Aunque la mayoría de nosotros vería su asesinato como una traición de su diosa, lo que sabíamos de la doctrina de los Impostores sugería que él podría verlo como una recompensa. Al ser estrangulado por la diosa, Narayan iría directamente al paraíso de los Impostores donde, sin duda, su recompensa sería proporcional a su servicio.

En lo que respecta a la religión, siempre tiendo a adoptar una visión cínica.

Tras un silencio tan largo que pensé que no estaba escuchando, mi amada contestó.

—Puede que seas más listo de lo que pareces. Ella seguro que esperaba que fuésemos tan suspicaces como para vigilar cada movimiento de Goblin, de modo que quiso que pareciera todo lo normal posible hasta conseguir una buena oportunidad para escapar. —Comenzó a caminar—. Pobre Goblin. Debió de ser él mismo casi todo el tiempo, quizá incluso intentó ayudar a sus viejos amigos cuanto pudo. Seguro que en él aún queda parte del viejo Goblin, aunque prisionero en su propio cuerpo.

El vacío en su voz indicaba que podría haber pasado por tal trance ella misma, hacía mucho tiempo.

—Pero eso no nos dice nada de su propósito. O del de Kina.

—La diosa está encarcelada y quiere salir. Eso no es difícil de averiguar.

—Pero debe haber un plan maestro. El viejo Goblin no dejó que se comieran su alma para poder ir rebotando por el pantano del mundo como una piedra. Va a ir a algún sitio y va a hacer algo, y si se sale con la suya, los demás vamos a acabar sintiéndolo.

Dama soltó un bufido. Estaba todavía muy enfadada.

—Se dirigió al norte —dije yo—. ¿Qué hay allí que le pueda interesar a Kina?

Tobo interrumpió la dulce charla con sus mascotas.

—Booboo —sonó tan infeliz como yo me sentía—. Va a hacer el papel de Narayan y cuidar de la Hija de la Noche.

—Sí. Solo que en él hay un buen pedazo de diosa, de modo que será mucho más peligroso de lo que jamás lo fue Narayan.

Dama miró con furia a su alrededor con una expresión que me hizo pensar que no tenía problemas para ver a los amigos de Tobo.

—¿Crees que puedes conseguir que mi hermana escuche a uno de esos?

Se podría haber oído una pila de cacerolas cayendo. Incluso los animales guardaron silencio.

—¿Tienes algo en mente? —pregunté.

—Sí. Le enviaremos un mensaje. Dile lo que pasa con Goblin. A ella le interesa tanto detenerlo como a nosotros.

—Y ella tiene un interés personal —nos recordó Tobo.

Entendí inmediatamente, pero Dama necesitó explicarse.

—A causa de Goblin, Atrapa Almas tiene una pierna defectuosa.

—Oh, claro, ahora recuerdo.

Debería. Ella estaba allí espiándolo todo a través de los ojos de un cuervo blanco durante el secuestro de la radisha. La misma noche que Goblin consiguió engañar a Atrapa Almas para que pisara una trampa. El resultado fue un daño grave e irreversible en su talón derecho.

—Ahora camina bastante bien —dijo Tobo—. Lleva una bota especial y un soporte, y además la sustentan varios conjuros especializados. Solo cojea cuando está muy cansada.

—Ah. Entonces seguro que quiere charlar con Goblin. Siempre ha tenido muy mal perder.

—Solo una cosa —dije—. ¿Qué ocurre si Atrapa Almas convierte a Goblin, y quizá también a Booboo, en su propia versión de los Tomados? Se dice que hubo ocasiones en las que mostró poderes propios bastante considerables.

—¿Hacer esclava a una diosa?

Dama se mostró incrédula. Alcé una ceja. Ella protestó.

—Lo que hice no fue lo mismo. En mi caso fue puro parasitismo. Me colé en su interior para que no pudiese sacarme sin herirse a ella misma.

—¿Y ahora estás recibiendo parte su poder?

—No es la misma sensación. Tobo, ¿puedes enviar un mensaje a mi hermana o no?

—Puedo intentarlo. De hecho, puedo hacerlo. Es muy fácil. El problema real es si va a escuchar o no.

—O escucha o le doy una patada en el culo.

Tardamos un instante en comprender que estaba de broma. Lo hacía en muy contadas ocasiones.

Tobo comenzó a concentrarse en la tarea de llevarle un largo mensaje a Atrapa Almas.

—Esto es arriesgado —volví a advertir.

Dama solo soltó uno de sus ruidos malhumorados. Se estaba volviendo una vieja cascarrabias.

CAPÍTULO 53

LOS TERRITORIOS TAGLIANOS: VII BOSQUE ENCAPTADO

Atrapa Almas miró hacia atrás antes de entrar en el bosque.

—¿Dónde están todos? —exigió en una firme voz de hombre—. ¿Qué ha pasado con todos los lamedores?

—¿Es que nadie está dispuesto a lamerme el culo? —dijo con otra voz.

—Siempre lo hacen, ¿no? —preguntó una voz desorientada.

—¿Estamos perdiendo el norte?

—No me gusta.

—Ya no es divertido —replicó con voz de niña malcriada y petulante.

—La mayor parte de las veces repetimos las mismas acciones. No hay ya desafíos aquí.

—Incluso cuando los hay, es casi imposible apasionarse lo suficiente como para que te importe.

La mayoría de las voces sonaban serias aunque ajadas.

—Es difícil mantenerse alimentada a base de pura venganza.

—Es difícil estar sola, punto.

Tal comentario trajo un largo silencio. Atrapa Almas no tenía voz que expresara los costes emocionales de ser quien era. No en voz alta. Los hechiceros feroces, asesinos y dementes no lloriquean porque nadie les quiera.

El bosque a lo largo del arroyo tenía una linde muy definida. En otro tiempo, la tierra debió de haber estado domada por la mano del hombre. Atrapa Almas escuchó. El bosque, que tenía poco más de dos kilómetros de ancho, estaba envuelto en un silencio notable. Debería de haber ruidos de partidas de trabajo recolectando leña y madera para usar en el campamento. Pero no había nada. No recordaba haber autorizado un día de vacaciones. Algo había asustado a los soldados.

El caso es que no percibía peligro alguno.

Tras unos instantes, detectó una presencia sobrenatural.

Miró hacia arriba. Aquellos buitres seguían describiendo círculos. Ahora volaban

más bajo. Parecían estar siguiendo la presencia que ella percibía.

Cansada, se adentró aún más en lo profundo. Tenía los sentidos bien afilados cuando se preocupaba en concentrarse.

Aquella presencia no se parecía a nada que hubiese experimentado antes. Era parecido a una sombra poderosa, pero con una inteligencia asociada. No era un demonio o alguna otra entidad de otro mundo. Era algo que parecía ser parte de la naturaleza, pero a la vez tenía trazas de no pertenecer a este mundo. Pero ¿cómo? ¿No era de este mundo y no parecía sobrenatural?... Era algo muy poderoso, pero que no estaba impelido por la malicia. Por el momento. Algo atemporal, acostumbrado a la paciencia, ligeramente impaciente ahora, de nuevo una sombra inteligente como las que la habían acechado en el sur.

Atrapa Almas extendió sus sentidos al máximo. Aquella cosa la esperaba. A ella sola. Había repelido a todos excepto a aquellos buitres. Debía tener cuidado. A pesar de su hastío no quería provocar una emboscada fatal.

No había nada.

Avanzó.

Lo hizo mientras reunía un carcaj de hechizos mortales y repentinos. Arrugó los ojos tras la máscara, buscando aquel ser que quería verla.

Se hizo más fuerte, pero menos concentrada mientras avanzaba hacia él. Por un instante pareció rodearla, aunque estaba en algún lugar por delante de ella. Cuando llegó donde sus sentidos le decían que debía estar, no vio nada.

El lugar era un pequeño claro cerca del Camino de la Roca, a través del pequeño arroyo. Vio varias lápidas vehdna y unos cuantos postes ceremoniales gunni con ruedas de oración carcomidas por el tiempo. Allí debió ser donde su hermana luchó contra la caballería de los Lugareños de las Sombras durante su huida de Dejagore. En aquel tiempo tan lejano, aún creía que Narayan Singh era su amigo y paladín.

La luz del sol se colaba a través de las hojas en lo alto y moteaba el claro. Atrapa Almas se sentó sobre un tronco podrido que sobresalía de lo que en una ocasión debió de ser un terraplén.

—Estoy aquí. Esperando.

Algo grande se movió en la periferia de su visión. Tuvo la impresión de que era un felino negro. Pero al girarse no vio nada.

—De modo que va a ser de este modo, ¿eh?

—Así ha de ser. Siempre.

La respuesta no parecía venir de ningún lugar concreto y no estaba claro si la oyó con sus oídos o con su mente.

—¿Qué quieres de mí? —Atrapa Almas usó una profunda voz masculina llena de amenaza.

La presencia se mostraba divertida, pero no intimidada.

—Traigo un mensaje de tu viejo amigo, Matasanos.

Matasanos no era su amigo. De hecho, estaba especialmente resentida con aquel hombre. No había cooperado cuando intentó seducirle y se había negado a quedarse enterrado tras intentar matarlo. Aun así, era la razón por la que todavía tenía la cabeza sobre los hombros. Y esa debía de ser la razón por la que el mensaje venía en su nombre.

—Adelante.

Fuera lo que fuese hizo lo que le dijo. Al escuchar, husmeó alrededor para tratar de averiguar su auténtica naturaleza.

Percibió lo que ella hacía. Le divertía. No era problema. No estaba asustado. No estaba inclinado a reaccionar. Solamente divertido.

Atrapa Almas revisó la historia cuidadosamente una vez que el espectro acabó de relatarla. Sonaba plausible. Aunque incompleta. Pero ¿por qué esperar de ellos que fuesen directos, dada la situación?

Por mucho que lo intentaba, no encontraba trampa evidente. Sonaban preocupados. Aquella noticia podía explicar su repentino cambio de estrategia.

Goblin poseído por Kina. Narayan Singh muerto. La Hija de la Noche huida. ¡Huida! ¡No! En manos de sus tropas, en el Camino de la Roca, en algún lugar al sur de De jagore, muy probablemente buscando una oportunidad para escaparse.

Goblin podría conseguirlo.

Saltó del tronco podrido, el hastío había desaparecido.

—Dile a Matasanos que puede considerar que la comunicación está abierta. Tomaré medidas para ocuparme de la situación. ¡Vete! ¡Vete!

Un parpadeo. Como una sombra que pasa y huye a la vez. Dejó un escalofrío evidente y la incierta visión de una forma felina de tamaño imposible alejándose a velocidad inaudita.

Desde el cercano Camino de la Roca llegó el traqueteo y ruido de una gran compañía dirigiéndose al sur. Parecía haber camellos. Eso significaba que eran civiles. No había camellos en su ejército. Odiaba los camellos. Eran unos animales asquerosos con un temperamento insoportable incluso en sus mejores días.

Saltó a través del arroyo y corrió hasta la linde del bosque emergiendo a treinta metros de la caravana. Eran civiles, pero la mayor parte de las carretas y camellos y muías iban a descargar el cargamento en su campamento.

Los integrantes de la caravana la miraron. Estaban sobresaltados. Y asustados.

Su sangre se movía de nuevo. Siempre disfrutaba del impacto que causaba cuando aparecía sin ser esperada.

Mientras se giraba para alzar la mirada hacia los buitres circundantes pensó ver un rostro familiar entre los mercaderes y carreteros. ¿Aridatha Singh? ¿Aquí? ¿Cómo? ¿Por qué? Pero cuando miró más atentamente no vio a Aridatha. Quizá fuese

alguien que se parecía a Singh. Quizá fuese su celo reanimado recordándole que hacía mucho que no disfrutaba de un hombre. Aridatha Singh tenía un evidente encanto masculino. Pocas mujeres lo ignoraban, aunque él mismo parecía ser inconsciente del efecto que provocaba.

Habría tiempo suficiente para pensar en ello después de alertar a Dejagore y conseguir caballería para rodear a aquella niña difícil y testaruda que era su sobrina.

Debía de haber algún modo de controlarla y añadir sus talentos al arsenal del protectorado. Podría incluso usar a Goblin, a pesar de estar poseído.

Goblin nunca había sido un gran mago.

Qué dulce era la venganza cuando llegaba tras un largo retraso.

¡Deja a esa zorra de Ardath y a todos sus perros avanzar! Hay muchas deudas antiguas que van a ser saldadas.

Al acercarse al foso del campamento volvió la mirada para observar de nuevo a los buitres.

Los carroñeros habían roto el círculo. Solo quedaban unos pocos, navegando por el cielo en busca de algo hediondo y asqueroso.

Atrapa Almas encontró una voz que no había usado desde su juventud. Con ella comenzó a cantar una canción sobre la primavera y el amor juvenil en una lengua que recordaba de su juventud, cuando el amor aún habitaba en el mundo.

Los centinelas estaban extremadamente aterrados.

CAPÍTULO 54

LOS TERRITORIOS TAGLIANOS: EL SER EN LA CLOACA

—Tengo una pregunta —dijo Murgén.

La fortaleza en Nijha estaba a la vista.

—¿Quién va a decirle a Dormilón que estamos encamados con la protectora?

—No creo que nadie tenga que hacerlo —dijo—. Al menos, no hay que ponerlo de ese modo.

—Es una mujer razonable —opinó Dama—. Entenderá lo que hicimos y por qué.

Tobo se echó a reír. Murgén tan solo sonrió débilmente.

—O no has estado prestando atención —dijo el joven mago— o has confundido a la Dormilón que conozco con alguna otra persona.

—Lo superará —dijo—. ¿Qué tal le va a Atrapa Almas con lo de Booboo?

—Tiene piquetes en una línea al sur de Dejagore. La línea se extiende cada vez más a cada lado de la carretera de la Roca. No confía en mí en cuanto a la información. Y yo tampoco le doy toda la que tengo porque no quiero que averigüe hasta dónde puedo tenerla vigilada. No habla del tema con sus capitanes, por cierto. Creo que teme empezar a perderlos si se preocupan por Kina.

Vaya grupete más audaz estábamos hechos. Cuando llegó por primera vez la Compañía a los territorios taglianos, una costumbre estricta de la cultura tagliana era que la diosa nunca se nombrara por sí con ello se atraía su atención. Si había que usar un nombre, la gente usaba el avatar atenuado de la mitología gunni, Khadi.

El hecho de que el nombre Kina sea ahora usado comúnmente en el lenguaje diario es una indicación más del gran impacto que la Compañía ha tenido en unas pocas décadas.

Quizá los viejos del lugar tuviesen razón al sentirse aterrorizados ante nosotros. Hemos alterado una civilización desde sus cimientos. Y su futuro no parece muy halagüeño.

Lo estaban pidiendo. Todo lo que queríamos era pasar de largo.

—Quedan unos días para que tengamos que lidiar con Dormilón —nos dijo Tobo

—. Sale de las tierras altas hacia la llanura siguiendo la orilla sur del Viliwash justo en este momento. Solo se mueve unas pocas millas al día. Aquella región tiene suficiente riqueza como para darles sustento fácilmente. Ha comenzado a tratar de reclutar gente en nombre del prahbrindrah Drah. El príncipe y su hermana van mostrándose claramente.

Tenía la sensación de que no conseguirían muchos apoyos en aquella área. Era un territorio que había sido conquistado por la Compañía Negra en nombre de Taglios.

—¿Qué hay de Booboo?

—Casi ha llegado a la línea de piquetes de la protectora. Sigue por la Carretera de la Roca. Los Sabuesos Negros tienen instrucciones de asegurarse de que la atrapan.

Dama hizo una mueca.

—Creí que ya estaba atrapada. Que era prisionera.

—Eso es verdad. Pero ahora mismo parece estar contenta de estar como está. Entiendo que sus guardias no están tan atentos a su seguridad como deberían estarlo.

Como había leído los Anales de Dormilón, no me extrañaba. Booboo parecía capaz de tener un impacto «entumecedor» en los machos que la rodeaban.

—Tienes que hacérselo saber a mi hermana. De otro modo podría llevarse una sorpresa que nos dejaría a todos bastante apenados.

Nos acercábamos a las murallas de Nijha.

—Vosotros, los expertos, deberíais echarle un vistazo a este lugar —dije—. Comprobar si nuestro pequeño amigo ha dejado alguna pista.

Aquello me atrajo malas miradas y desprecios. Allí había una oportunidad para descansar y yo me ponía a hablar de más trabajo. No para mí, sino para ellos. Cambié de tema y le pregunté a Dama:

—¿Dijiste que Dormilón había quemado los Libros de los Muertos? ¿Los auténticos? ¿Fuiste testigo directo?

—Lo vi a través del cuervo blanco. Quemó los tres. Shivetya tiene las cenizas. Ha hecho que Baladitya se deshaga de ellas, poco a poco, llevándose un puñado todo aquel que viaja fuera de la llanura.

—Yo saqué una buena parte cuando Suvrin y yo estábamos explorando la llanura. ¿Qué ocurre?

—La curiosidad natural de un anciano, supongo. Todos, además de los Impostores, parecen estar de acuerdo en que la Hija de la Noche (o quien tome el cargo si ella fracasa) tendrá que poseer los Libros de los Muertos para completar los rituales del Año de los Cráneos. Sin libros no hay resurrección, ¿no?

No obtuve respuesta. Nadie podía dar ninguna. El hecho es que nadie lo sabía a ciencia cierta. Probablemente, ni siquiera mi aturdida hija o el pobre Impostor decrepito Narayan Singh, que ahora estaba muerto.

—La vieja bruja sigue intentándolo, ¿no es verdad? —soltó Dama.

—¿No es verdad?

Dama y Tobo no encontraron nada de interés en el puesto de Nijha. Goblin no había mudado de piel o había dejado signos maléficos secretos de los Impostores. Simplemente se había puesto a correr cuando vio una buena ocasión, tan pronto como alguien comprendió que podía ser responsable del asesinato de Narayan.

Tío Doj se reunió con nosotros en la ciudad, así como algunos de los rezagados que se habían acumulado allí. Dormilón no tendría muchos problemas de deserciones. Aquellos hombres no conocían a nadie fuera de la Compañía Negra y no hablaban ni una palabra de tagliano u otra lengua local.

Junto con los rezagados, seríamos más de cien los que continuamos el viaje. Del grupo original solo faltaban Espectro y Hombre Panda, quienes habían recibido el dudoso honor de quedarse atrás para vigilar la Puerta de las Sombras.

Una vez que hubo acabado de buscar pistas, Dama interpeló a Doj:

—¿Dónde está el cuerpo?

—¿Eh? —El viejo maestro de esgrima estaba perplejo.

—Narayan Singh. ¿Qué hicisteis con el cadáver?

Tobo y yo intercambiamos miradas. Aquella pregunta no se nos había ocurrido a ninguno de los dos. Podría ser una buena idea asegurarnos bien de quién había muerto. Narayan Singh había sido un verdadero príncipe de Impostores, amado por Kina.

Uno de los heridos dejados a atrás para defender Nijha se ofreció voluntario.

—Lo arrojaron a la vieja fosa séptica, después la llenaron con tierra y rocas de la nueva letrina, señora, que fue construida de acuerdo con sus especificaciones, señor.

He tenido reputación de rigorista en tales asuntos desde que me uní a la Compañía. Cuando la salud, la higiene y el trato de residuos se manejan a mi manera, la Compañía tiende a experimentar muchas menos enfermedades que aquellos que no hacen las cosas tal y como indico. Sigue siendo imposible razonar con algunos hombres, así que simplemente doy órdenes y me aseguro de que se cumplen.

—Desenterradlo —ordenó Dama.

Y al ver que nadie se apresuraba a agarrar picos y palas comenzó a brillar de modo oscuro, a hincharse, incluso le salieron garras.

Fue entonces cuando todos se pusieron a buscar herramientas.

—Interesante —le dije.

—He estado trabajando en ello desde que me sorprendí a mí misma con lo de aquel árbol. No requiere de mucho esfuerzo o poder, pero seguro que es visualmente impactante.

—Sobre todo eso.

La exhumación satisfizo a Dama. Había un cadáver. Se parecía a Narayan Singh, incluso en lo de la pierna defectuosa. Y estaba preservado de manera poco natural a pesar del lugar en el que había sido enterrado.

—¿Y bien? —pregunté después de que incluso abriera el cuerpo en canal.

No sé qué esperaba encontrar.

—Parece ser él. Considerando a quién servía, la que supuestamente parecía amarlo, estaba casi segura de que no habría cadáver. O que no sería Narayan si aparecía un cuerpo.

La verdad era que deseaba que no hubiese sido Narayan. No me gustaba que Singh hubiese escapado de su venganza tan fácilmente.

—No hay unidad dramática en la vida real —le dije—. Guárdatelo y descarga tu furia contra Goblin.

Me miró con malicia.

—Me refiero a la cosa que ha poseído a Goblin.

El Goblin real era el más viejo de mis amigos que aún sobrevivían.

Hizo pedacitos el cuerpo de Narayan. Dejó un rastro de los pedazos para que se los comieran los insectos y los buitres en los días siguientes. Pero la cabeza del hombre, el corazón y las manos, los conservó en salmuera en un tarro.

No pregunté por qué o si tenía un plan. El hecho de que Narayan se hubiese librado la había puesto de un humor demasiado negro como para querer hablar.

En un par de ocasiones la escuché maldecir el hecho de que no quedasen grandes nigromantes en el mundo.

Era capaz de convocar a Narayan desde el paraíso o el infierno para hacerle pagar por haberse llevado a su hija.

La chica menor Voroshk, la cautiva, vino a vernos. En un tagliano aceptable nos dijo:

—Sedvod acaba de morir.

Miraba a Tobo todo el tiempo.

Fui a ver. Así era, el chico enfermo había fallecido. Y aún no sabía por qué.

Me imaginé que aquello que había apresado a Goblin tenía la culpa.

CAPÍTULO 55

LOS TERRITORIOS INFERIORES

TAGLIANOS:

A LO LARGO DEL VILIWASH

Dormilón nos sorprendió a todos. Estaba irritada por el hecho de que hubiésemos tratado con Atrapa Almas, pero no armó demasiado escándalo.

—No es una situación para la que me haya preparado. Tobo, confío en que hayas tomado medidas para evitar que la protectora observe lo que estamos haciendo.

—Ve lo que nosotros queremos que vea. O sea que no ve qué estamos haciendo, solo lo que hacen nuestros enemigos mutuos.

En el caso de Booboo no hacía demasiado. A pesar de sus esfuerzos por esfumarse por la noche después de que sus captores se encontraran con los piquetes de Atrapa Almas, siguió estando cautiva. Sería entregada a Atrapa Almas en unos pocos días.

Goblin, más rápido que los captores de la muchacha, había ganado terreno a gran velocidad y Tobo lo colocaba a tan solo cincuenta kilómetros detrás. Sugerí que causaría más problemas a Atrapa Almas que Booboo.

—Me pregunto si así es como comienzan los mitos —medité en voz alta.

Me miraron como si no estuviesen seguros de querer saber de qué estaba hablando.

—Tenemos a un grupo de personas visitando lugares extraños a los que la mayoría no podrían llegar aunque quisieran. Tenemos a familiares luchando, incluso queriendo matarse unos a otros.

—Eso es ir bastante lejos —dijo Murgén.

—Me gusta —intervino Tobo—. Dentro de mil años me recordarán como el dios de las tormentas o algo por el estilo.

—¿O algo por el estilo? —le preguntó su padre—. ¿Qué te parece el pequeño dios que convertía pequeñas rocas en otras aún más pequeñas?

Antes a Tobo le había dado por hacer explotar piedras. Lo había hecho por el mero regocijo de ver cómo se rompían y los pequeños fragmentos salían despedidos

en mil direcciones. Estaba avergonzado. Pero hay que divertirse de vez en cuando. La Compañía de ahora no es ni la mitad de divertida que cuando yo era joven.

—Marchábamos setenta kilómetros todos los días —dije de broma—. Siempre cuesta arriba. En mitad de la nieve. Eso cuando no estábamos atravesando ciénagas.

—¿Qué?

—Estaba intentando practicar para cuando esté muy viejo. ¿Cómo haces para que exploten las rocas?

—Oh. Es sencillo. Es como sentir de qué están hechas en su interior. Hay que encontrar el agua. Haces que se caliente y la roca explota.

Encontrar el agua dentro de una roca y la roca explota. Perfecto. Tenía que preguntar. Cambié de tema.

—¿Qué tal les va a los jóvenes Voroshk?

A pesar de todo lo que tenía que hacer, Tobo encontraba tiempo para estar con nuestros prisioneros.

Era sorprendente lo que podía hacer el chico en un día.

Podía recordar cuando la vida era así para mí. El tiempo en el que marchamos por todas aquellas colinas, con los pies fríos y mojados.

—Tío Doj ha conseguido que hablen tagliano como si hubiesen nacido en el delta, a la sombra del templo de Ghanghesha.

—Excelente. —Por supuesto, estaba de broma.

—Están aprendiendo el idioma. Shukrat y Magadan podrían ya soltarse. Arkana tiene problemas, pero no va mal. Ninguno de ellos llora a Sedvod. Gromovol, el hermano, se muestra tozudo. No le gusta dejar de ser el único conducto de comunicación. Le gusta tener el control. De cualquier cosa. Pero incluso él hace progresos.

—Entonces ¿Gromovol es el que nos da problemas? ¿Quién es quién? No había oído esos nombres antes.

—Eso es porque no han perdido la esperanza de que su familia los rescate de su estúpido error. Incluso más que los gunni, creen que los nombres pueden ser usados en su contra, que tienen una conexión con sus almas.

—Lo cual significa que Shukra y Magadan y los demás no son nombres auténticos.

—Son nombres reales, pero públicos. Nombres de trabajo. No los originales.

—Nunca he entendido ese concepto, pero he aprendido a vivir con él. ¿Quién es quién?

—Shukrat es la chica más baja. La que se estrelló.

—La que está coladita por ti.

Tobo me ignoró. La habilidad para ignorar parece estar unida al talento mágico.

—Arkana es la reina de hielo. Que no me importaría derretir. Magadan es el chico

callado.

Magadan, según mi estimación, era el peligroso. Si se ponía a ello. Observaba, estudiaba, se preparaba. No se jactaba de nada ni invocaba los poderes de un mundo lejano.

—¿Les has contado lo que ocurrió en la Puerta de las Sombras?

—No querían creerme, pero me creyeron y quisieron presentarse. Concluyeron que van a formar parte de nuestro mundo durante mucho tiempo.

—¿Les recordaste que eso es precisamente lo que se les pide?

—Claro. Shukrat incluso bromeó sobre ello. Tiene un gran sentido del humor. Para ser una chica que no pidió estar aquí.

Al pensar en las mujeres de su vida, podía entender por qué consideraba que el sentido del humor era una característica asociada al sexo. Solo la mujer de Iqbal Singh sonreía y hacía bromas. Y la suerte de Suruvhija era la peor de todas las mujeres asociadas a la Compañía.

—Todo lo que veo son largas piernas, pelo rubio, grandes ojos azules y un enorme par de melones.

Una vez que nos estableciésemos, había que buscarle al chico una puta. Veinte años y nunca se había acostado con una mujer.

Por otro lado, era muy recomendable controlar toda esa energía tal y como lo estábamos haciendo. Nos adentrábamos en una era en la que no podíamos permitir que nuestro mago más talentoso se distrajera por los instintos de la naturaleza.

Quizá debiéramos encontrarle un compañero de viaje.

Podía imaginarme lo que su madre diría.

—Por el futuro —dije alzando la mano como si sostuviese una bebida—. Tenemos que conseguir que Swan y Blade se establezcan en el negocio de los licores.

—Eso es lo que más echo de menos de Un Ojo —dijo Murgan.

—Aquí va una idea. Quizá Goblin llegue a estar tan sediento que se libere de Kina y monte una destilería.

Tenía que mencionar a Goblin. Aquello le quitó toda la alegría al momento.

Todos los que recordaban al viejo Goblin tenían que vérselas con tales recuerdos cada vez que se mencionaba su nombre. Aquellos recuerdos nos podrían traicionar si alguna vez teníamos que enfrentarnos a aquel zombi. Aunque solo fuese un instante de duda.

Si teníamos que ir a por Goblin, sería mejor enviar a la gente de Hsien. No se mostrarían sentimentales. Solo habían oído rumores.

No quería que aquel día llegase pronto.

—Tobo —pregunté—, ahora que vamos más lentos, ¿qué vamos a hacer con el Aullador?

Una compañía de infantería entera había estado cargando a aquel hechicero

durmiente desde el día en el que él y Sombra Larga fueron sacados del interior de la tierra. Aquella compañía no tenía otra obligación que transportar y proteger al Aullador.

—Algo habrá que hacer. Si no lo despierta y hacemos un trato, será mejor matarlo antes de que Atrapa Almas averigüe que lo tenemos y lo robe para usarlo ella misma.

Me preocupaba que Dormilón no se estuviese tomando bastante en serio al Aullador. No tenía experiencia con él. No la suficiente para entender lo peligroso que podía ser, tan peligroso como Atrapa Almas. Y él estaba más loco que ella.

El Aullador no era enemigo nuestro, aunque había trabajado contra nosotros en más ocasiones que a favor. Su naturaleza parecía convertirlo en un seguidor. Gravitaba hacia donde parecía haber fuerza. Era tan poderoso que prefería tenerlo con nosotros. Si no era así, mejor verlo muerto.

—Hay bastante controversia. Dormilón preferiría dejárselo a los chacales. Mamá también, solo que sigue teniendo premoniciones. Ya sabes cómo son las premoniciones en las mujeres de la familia Ky.

—Una hizo que se juntasen tu madre y tu padre.

—Es inútil quejarse por lo que ya ha pasado —dijo Sauce Swan—. ¿Por qué no le dice alguien a Dormilón que ya que no tiene que ir corriendo a ningún sitio? ¿Por qué no nos paramos un tiempo? Es un dolor de muelas tener que montar el campamento para después levantarlo cada día si no vamos a ir a ninguna parte.

Nuestra deriva hacia el norte nos proporcionaba mucho tiempo de campamento. Yo lo usaba para trabajar en estos Anales. Dama para recoger varias carretas de postes de bambú y empezar a fabricar una nueva generación de lanzadores de bolas de fuego. Tobo lo usaba para enseñar a los chicos Voroshk. A veces me unía a él. Magadan parecía tener condiciones sanadoras. Teníamos que potenciar esa cualidad.

Arkana seguía siendo la reina de hielo. Shukrat cada vez estaba más relajada con nosotros. Y Gromovol decidió que quería ser mi colega, como parte de cualquier conspiración que se estuviese fraguando en su mente.

Aunque no lo difundió, Tobo averiguó finalmente lo esencial de los postes voladores de los Voroshk. Al menos, de un poste en particular. Sospecho que Shukrat lo ayudó. Fue su poste el que sustrajo en mitad de la noche para dejarse llevar por las ganas de aventuras propias de un joven.

CAPÍTULO 56

LOS TERRITORIOS INFERIORES

TAGLIANOS:

LA MANSIÓN DE GHARHAWNES

Tras diez días a través del Amble en el Viliwash habíamos viajado apenas setenta kilómetros. Una tercera parte la cubrimos en un solo día cuando se hizo evidente, para sorpresa de todos, que había gente en los territorios taglianos que no se veía inclinada a celebrar su liberación del reino de la protectora. Una coalición de nobles y sacerdotes regionales intentaron resistirse y después trataron de esconderse en una mansión sólida llamada Gharhawnes. En el campo de batalla Tobo usó sus talentos para debilitar su voluntad de resistencia antes de que los soldados tuviesen una buena oportunidad de echarse sobre ellos.

Cercamos la mansión al anochecer. Los fuegos comenzaron a arder. La muralla exterior de la mansión parecía hervir con una oscura niebla mientras las Sombras Desconocidas asolaban el lugar.

Los resultados no fueron obvios tras unas horas. Los amigos de Tobo preferían ser indirectos. Y preferían el amparo de la oscuridad.

Teníamos el lugar rodeado. Nuestras fogatas enviaban sombras inofensivas contra las murallas de la mansión.

—Este lugar parece cómodo, capitana. No tenemos prisa. Podemos quedarnos por aquí un tiempo. Tanto como para aprendernos su nombre.

Se sintió muy poco impresionada por la sugerencia.

—Gharhawnes.

—Salud.

—Gharhawnes es el nombre del lugar, estúpido.

—Y es el mejor lugar que hemos visto. Quizá debiéramos establecer aquí al príncipe y a su hermana. Para devolverles a la dinámica de la realeza.

Los dioses sabían que con nosotros, salvajes, no había modo. Los arrastrábamos de acá para allá como si fuesen mercancía, por si algún día nos eran de ayuda.

—¿No tienes que escribir? ¿O que sajar algún forúnculo?

—Ahora mismo no. Soy todo tuyo y estoy lleno de buenos consejos.

Mientras componía una buena respuesta sin usar insultos, un grupo de varios hombres salió del castillo llevando con ellos mujeres y niños.

Tuve la sensación de que nuestro campamento parecía bastante impresionante.

Se suponía que tenía que parecer que una horda estaba en marcha.

Tobo y sus padres aparecieron.

—Los espectros causan efecto más rápido de lo que imaginé —dijo el chico.

Extendió un brazo con la palma hacia abajo, después susurró algo en lo que parecía ser la lengua de Hsien. Un momento después, un grito de furia surgió de una de las altas ventanas de la mansión donde un par de arqueros estaban a punto de disparar contra los desertores. Uno de ellos se las arregló para caer a través de la apertura.

—Las criaturas han comenzado a susurrar que quien se rinda antes del alba podrá llevarse con él sus posesiones —dijo la capitana—. Incluso podrán irse a casa desarmados si juran lealtad al prahbrindrah Drah. Los que sean capturados después del alba serán destinados a nuestros batallones de trabajos forzados.

No teníamos batallones de trabajos forzados. Pero sí formaban parte del arte de los sitios y a menudo era el destino de los prisioneros de guerra y de los campesinos que no eran lo suficientemente ligeros de movimientos.

La amenaza era plausible y la Compañía Negra tenía una larga reputación de permanecer impasible ante castillo, noble cuna o estatus sacerdotal.

Una vez que estuvo claro que proporcionábamos cobertura contra los misiles a los que desertaban, comenzaron a salir a riadas. Los soldados destacados para evitar que los desertores usaran las puertas fueron los primeros en salir.

La gente que ideaba la resistencia no era popular entre sus reclutas.

De manera que algunas personas querían que el protectorado continuara, pero los que tenían que hacer el trabajo no estaban interesados. Los pocos a los que pude hacer hablar no se mostraron muy convencidos. Quién mandase les resultaba indiferente en sus vidas. Pero se acercaba la época de la cosecha.

Una de las grandes verdades comenzaba a ver la luz.

Nuestros hombres entraron en la mansión a primera hora de la mañana. Yo todavía dormía. Las mascotas de Tobo extendieron la confusión. Nuestros hombres hicieron limpieza tras de ellas. No murió ni uno solo de los nuestros. Pocos fueron heridos de importancia. Dormilón se sentía magnánimo. Entregó a la radisha y a su hermano la mayoría de los hombres de posición para que los juzgaran. Solo aquellos que Tobo identificó como criaturas irredentas de la protectora se enfrentaron a la justicia de la Compañía.

—Haz que las noticias vuelen —le dijo Dormilón a Tobo—. Haz que todo suene más grande de lo que en realidad ha sido.

—Esta noche unos pequeños seres susurrarán en los oídos de los durmientes por toda la región en trescientos kilómetros a la redonda.

CAPÍTULO 57

LOS TERRITORIOS INFERIORES

TAGLIANOS:

LA RESURRECCIÓN

Aquella lejana provincia tagliana compartía religiones con el resto de los territorios taglianos, siendo en su gran mayoría gunni. Su idioma era muy parecido al que se habla alrededor de Dejagore. Dormilón pudo controlar el dialecto con un poco de práctica.

Lo que había llamado una mansión era en realidad más como un pueblo totalmente encerrado dentro de una sola estructura de piedra. El principal material de construcción era un ladrillo sin cocer, cuidadosamente enlucido para que no se disolviera con la lluvia. Dentro había una plaza central abierta con cisternas y un buen pozo. Los establos y talleres se encontraban en torno a ella. El resto de la estructura era una madriguera de salas y habitaciones donde obviamente la gente vivía y trabajaba, regentaba tiendas y obraba como si el lugar fuese de hecho una especie de ciudad.

—Es una termitera —me dijo Murgén.

—El príncipe y su hermana seguro que se sienten como en casa. Es tan horrendo como el palacio tagliano en miniatura.

—Quiero saber qué comen. El olor es abrumador.

Los olores a especias atestaban todos los pasillos. Pero eso ocurría en todas las ciudades taglianas. Aquellos olores tan solo eran una mezcla desconocida.

Thai Dei nos alcanzó. Había permitido que Murgén desapareciera de su vista durante unos minutos. Quizá se estuviese volviendo lento. Traía un mensaje.

—Tobo dice que os diga que Dormilón ha decidido arriesgarse a despertar al Aullador.

Se podía ver que Thai Dei estaba preocupado, pues ese fue uno de los discursos más largos que jamás le había oído.

Dormilón eligió llevar a cabo el despertar con toda la pompa, la ceremonia y la teatralidad necesarios. Tras una cena, nos reunimos en lo que había sido un salón del templo, ya descansados, alimentados y supuestamente relajados. El lugar de culto estaba pobremente iluminado y se veían demasiados ídolos de múltiples cabezas y brazos en las esquinas como para considerarlo benigno.

Ninguno de los ídolos representaba a Khadi, pero todas las deidades gunni me hacían sentir incómodo.

Yo estaba presente en un papel de semidiós. Aparecía como la espeluznante criatura armada Tomavidas. No me gusta el papel.

Mi amada, por otra parte, adora cualquier excusa para disfrazarse de Creaviudas. Durante unas horas puede llevar la fea armadura y simular que aún son los viejos tiempos, cuando era mucho más que malvada que la Creaviudas.

Nuestra función en los procedimientos era sentarnos en la oscuridad con coloridos gusanos de magia arrastrándose sobre nosotros dos. Se suponía que debíamos de parecer intimidatorios mientras otros hacían el trabajo de verdad.

Tobo apareció como Tobo. Joder, ni siquiera se preocupó por ponerse una camisa limpia y unos pantalones. Sí trajo a sus estudiantes Voroshk.

El resto de la audiencia consistía en oficiales mayores y notables regionales que habían venido, principalmente, a evaluar al prahbrindrah Drah y a descubrir qué necesitaban hacer para atenuar nuestra presencia.

Los conquistadores vienen y van.

La sala estaba atestada. Todos aquellos cuerpos producían mucho calor.

Y yo estaba dentro de aquella armadura, sin moverme, viendo la acción desde la barrera, con la negra lanza de Un Ojo en la mano derecha. Ese se suponía que iba a ser todo mi papel.

Lo fundamental era no desmayarme delante de testigos.

Dormilón había montado la escena muy bien, con poca luz y rumores previos para que la audiencia entendiese que el Aullador era un loco que escupía espuma y aun así un hechicero tan poderoso como la protectora.

Pobre Aullador. A pesar de su papel en las guerras contra los Maestros de las Sombras, casi había sido olvidado.

Los Voroshk, pude ver, se sentaron delante. Tobo los trataba como a buenos amigos, sobre todo a la desarrollada y pecosa rubita. Charló con ella hasta que Dormilón gruñó y le dijo que se pusiese serio.

Incluso yo me sentí un poco defraudado con el despertar. Tobo se puso a soltar palabrejas y no hizo nada de espectáculo. Sentía que su papel era igual de emocionante que trabajar en el establo.

Pero su esfuerzo era más impresionante para las mentes pensativas. Unas pocas

personas, quizá las adecuadas, entendieron que Tobo era tan bueno que conseguía que algo tan importante pareciese rutinario.

Pensé que sus esfuerzos decían mucho de su propio carácter. No se necesitaba alimentar mucho su ego.

Percibí que tres de los cuatro Voroshk lo entendieron de inmediato. Gromovol lo entendió también, pero tenía un problema de soberbia.

Tobo liberó a Aullador de su largo trance en cuestión de minutos.

No conozco toda la historia. Siempre es así con esa clase de personas. Pero sí sé que Aullador es mucho más viejo que Dama. Él fue uno de los hombres que ayudó a su primer marido, el Dominador, a construir la Dominación, un imperio que se derrumbó en el polvo norteño en la época en la que la Compañía Negra original llegó procedente de Khatovar. El dolor y la deformidad de Aullador son un legado de ese tiempo. Como la forma de pensar que condujo a Atrapa Almas a proclamarse protectora.

La mujer no tiene la concentración obsesiva y la fuerza de voluntad necesarios para crear una verdadera réplica de aquel antiguo imperio de oscuridad.

Nunca he visto a Aullador desprovisto de los andrajos que llevaba. Unos andrajos que ha cambiado tan pocas veces que se ha desarrollado toda una ecología entre la piel del Aullador y el mundo circundante. Incluye a numerosos invertebrados, moho, hongos y una variedad de plantas verdes.

El Aullador es más pequeño que Goblin o Un Ojo, pero Dama insiste en que no siempre fue así.

Cuando Tobo acabó, el andrajo casi amorfo respiró profundamente y a continuación dejó escapar uno de los chillidos que le daban nombre. Parecía una mezcla perfecta de agonía y desesperación. Temblé a pesar del calor. Había pasado mucho tiempo desde la última vez que oí uno de aquellos chillidos. No me habría importado esperar un tiempo más para volverlos a oír.

El pequeño mago se incorporó.

Sonó el metal de las espadas. Las lanzas se alzaron. Varios de la media docena de lanzadores de bolas de fuego recién creados apuntaron en dirección a Aullador.

Pero no hizo nada. Estaba tan desorientado como el resto de nosotros cuando despertamos.

Tobo realizó una señal. Un hombre avanzó con una jarra de agua. Aullador debía de estar terriblemente sediento. Bebería tanto como se le permitiese los siguientes dos días. Los primeros que fuimos despertados cuatro años atrás nos pusimos enfermos de tanto beber agua.

Aprendimos a racionarla.

Aullador quería también litros y litros.

No se le concedió.

Abrió la boca. Un terrible aullido salió de ella. No podía controlar aquel espeluznante hábito.

Mientras el raciocinio volvía al pequeño mago, miró alrededor y no le gustó la situación. No reconoció a nadie de inmediato.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —preguntó.

Usó una lengua del norte tan antigua que nadie excepto Dama la hablaba. Tradujo a la lengua de Hsien, añadiendo:

—Ahora mismo cree que ha resucitado en una era completamente nueva.

—Rompedle el corazón rápidamente —sugerí—. No tenemos tiempo que perder.

Aullador siguió haciendo preguntas en una serie de idiomas intentando provocar una respuesta comprensible.

Lo vi entristecerse al pensar que había dormido tanto que las naciones de su época habían sido olvidadas. Pero no estaba mentalmente aturdido. Aunque no eran iguales a las originales, pronto reconoció la armadura de Dama y la mía. Y recordó quién era quién. Se dirigió a Creaviudas. La lengua que usó era una antigua que ambos habían compartido tiempo atrás. En una época, había podido escribirla y leerla, pero en su forma hablada era para mí casi incomprensible.

Cuando todos comenzaron a relajarse dejó escapar otro aullido escalofriante.

—Aullador comprende la situación general —anunció Dama—. Una vez que se le haya explicado todo con más detalle creo que se sentirá inclinado a aliarse con nosotros.

Usé para responder la lengua de Hsien.

—Aullador ha sido parte de mi vida durante casi toda ella. Y siempre ha sido uno de los que querían matarme. No creo que pueda sentirme cómodo del todo teniéndolo de mi lado.

—Eso sería estúpido, ¿no crees? No tenemos por qué confiar en él, cariño. Las Sombras Desconocidas conseguirán hacerlo.

Por supuesto.

—Y además recuerdas su verdadero nombre, que podrías pasárselo a Tobo.

—Si tengo que hacerlo.

Asentí, pensando que sería una idea fantástica que se lo revelara a Tobo de inmediato. Porque Aullador no era de los que se mostraban tímidos, lentos o remolones cuando tenía que eliminar una amenaza.

El mago dejó escapar otro terrible grito.

Dormilón había comenzado a irritarse porque no sabía qué estaba ocurriendo.

Dama hablaba a Aullador sobre nuestra situación mientras yo le contaba a la capitana qué ocurría.

De nuevo el aullido. Había pasión en su grito. No le gustaba para nada la

situación. Pero ya había estado en situaciones similares y mi amorcito fue tan directa como para dejar claro que solo había otra alternativa.

Una razón por la que el Aullador se convirtió en el Aullador era su poderosa aversión a la muerte. Tampoco tenía razón alguna para amar a Atrapa Almas, que lo había enterrado con la esperanza de que aquello durara para siempre y que había jugado con él cruelmente en una o dos ocasiones en el pasado.

El pequeño hechicero aulló de nuevo.

Pregunté en voz alta en la lengua de Hsien:

—Tobo, ¿crees que Shivetya tiene el poder de curar los gritos de este mierdecilla? Realmente era un hábito irritante.

—Probablemente —dijo Tobo, encogiéndose de hombros sin prestar demasiada atención—. Puedo averiguarlo.

Trataba de escuchar lo que Andarríos le susurraba a Dormilón. Andarríos había sido llamado a acudir a otra parte unos minutos antes. Había ahora vuelto con Suvrin y un oficial de caballería llamado Tea Nung. Las tropas de Nung estaban de guardia, de modo que supuse que fuera había ocurrido algo importante.

Dormilón asintió y dijo algo afirmativo. Río, Suvrin y Tea Nung se retiraron. Dormilón comenzó a decirles algo, pero fuese lo que fuese lo dijo demasiado tarde. No parecía estar totalmente concentrada. Había desarrollado una serie de gestos nerviosos y parecía alegrarse de algo.

Se inclinó para susurrarle algo a Sahra.

Sahra se sorprendió. Entonces comenzó a sonreír y adoptar un aire conspirativo, casi burlón.

La capitana parecía estar avergonzada.

Dama tosió de manera poco discreta para indicarme que era el momento de que Tomavidas hablase a nuestro líder.

—Capitana —dije—, el Aullador se sentiría honrado de formar parte de la Compañía Negra. Creará alfombras voladoras para nosotros y nos ayudará con nuestro programa de armas. En cualquier caso, no me fiaría de él y lo mantendría alejado de los Voroshk.

Todo esto lo dije en la lengua de Hsien, para que el pequeño hechicero no entendiera nada.

Los jóvenes se quedaron en su infeliz grupo, tratando de entender. La pequeña Shukrat sabía casi el tagliano necesario para mantener a sus compañeros informados de lo que se decía en tal idioma.

Andarríos y Suvrin volvieron. Los acompañaba un hombre alto y atractivo. Estaba polvoriento y agotado, pero alerta. Miró a todos de manera inquisitoria. Pareció reconocer a varios. Incluso se inclinó ligeramente ante la radisha.

Dormilón se alzó para saludarlo. En sus modales había cierta deferencia que no

había visto antes, aunque era tan sutil como para parecer casi imaginaria. Obviamente aquel era alguien a quien conocía. Pero no alguien que se mereciese ser presentado. Tras estrecharse las manos de manera tentativa ella, Sahra, Andarríos y otros cuantos, incluyendo a la radisha, se marcharon.

Me pregunté inmediatamente si no habían hecho algo estúpido al traer al hombre a una sala atestada cuando la reunión con él debía de ser privada. Sin embargo, al mirar a mi alrededor vi que nadie comentaba nada. Excepto los amigos de Dormilón de sus años bajo tierra en Taglios.

¿Podría ser el visitante algún hermano de la Compañía que se había quedado atrás? ¿O algún aliado del pasado?

La mirada a mi alrededor también me mostró que los ídolos gunni aparentemente temblaban. Aquello había comenzado a distraer la atención del público. Tobo estaba concentrado por completo. Sus espectrales aliados estaban trabajando duro.

Aquel hermoso muchacho debía de ser alguien especial.

Unos momentos más tarde, Tomavidas se movió por primera vez durante las festividades. De repente se levantó. La punta de su lanza cayó de repente rajando los andrajos del Aullador, que había conseguido sofocar sus gritos y estaba comenzando a desentumecerse.

La gran espada negra de Creaviudas cayó un instante más tarde, bloqueando su línea de visión.

CAPÍTULO 58

Gharhawpes: EL GENERAL TRAÍDOR

Era lo profundo de la noche cuando un Runmust Singh renqueante me sacó de la cama. De una cama real. Habían pasado años. Y aquella iba acompañada de una mujer real. Runmust insistió en que ella también se levantase. La capitana nos quería a los dos.

Dama masculló algo sobre reestructurar la cadena de mando cuando abandonamos nuestro cubículo. Nos encontramos de inmediato con Murgén. Esperaba a Thai Dei, que no había recibido una llamada personalizada. A Sahra no se la veía por ningún lado.

—¿Cuándo vais a solucionar lo vuestro para que cada uno pueda seguir su camino? —le pregunté.

Thai Dei era uno de los pocos nyueng bao que aún se dedicaba a ser guardaespaldas.

—No creo que eso llegue a ocurrir —dijo Murgén—. No tiene a nadie más desde que murió Narayan.

—Ah.

El hijo de Thai Dei había sido asesinado por los Estranguladores. Thai Dei era otro de los que habían estado esperando a ajustar cuentas.

La obligación de proteger a Murgén se había convertido en una ficción muy cómoda para ambos hombres. Debería haberlo reconocido hace mucho tiempo. Yo, que había dado tanta importancia a la hermandad durante tantos años.

Thai Dei apareció. Fuimos tras Runmust.

—Singh, deberías dejarme echarle un vistazo a esa pierna. Debería haberse curado mucho más rápido.

—Se curará estupendamente cuando consiga descansar algo, caballero. Creo que vamos a quedarnos aquí un tiempo.

¿De qué serviría eso si el tipo se negaba a aprovechar la oportunidad de descansar?

Podría hacer que Tobo le provocara un coma.

Runmust nos condujo hasta una habitación apenas grande como para contener a una docena de personas. Dormilón y Suvrin, el prahbrindrah Drah y su hermana, Tobo y Sahra ya estaban allí. Así como el atractivo forastero.

—Sentaos —dijo Dormilón.

Entonces fue directa al grano.

—Este es Aridatha Singh.

Junto a mí, Dama hizo una mueca, reconociendo el nombre y pensando en sus trofeos.

—Aridatha comanda los batallones de la ciudad en Taglios. Él, el gran general y Ghopal Singh, que comanda a los greys, forman el triunvirato que gobierna Taglios en ausencia de la protectora. Aridatha me ha contado que él y los demás (los secuaces de alto nivel de la protectora) han decidido que necesitan librarse de ella.

Desde uno de los laterales en la parte trasera, Sauce Swan carraspeó.

—¿Ghopal Singh es ahora general? No era más que un maldito sargento cuando trabajaba para mí.

Aridatha respondió:

—La protectora se enorgullece de su habilidad para reconocer el talento.

Un chiste muy particular pasó entre los dos. Supongo que tenías que haber formado parte de la situación para entenderlo.

Mientras nos sentábamos boquiabiertos, tratando de parecer inteligentes, Dormilón le dijo al forastero:

—Esta gente está aquí para dar consejo. Ese es Matasanos. Fue el Liberador, hace un tiempo. Esa es Dama. Ese es Murgén. Todos lideraron la Compañía en un momento u otro. A los otros los recordarás de la última vez que nos reunimos.

Se saltó a Thai Dei, confiriéndole un aire de misterio, tampoco presentó al prahbrindrah Drah.

—¿Te ha enviado Mogaba? —pregunté.

—Me ofrecí voluntario, pues tu capitana me conocía. Y porque tu Compañía no tiene queja personal contra mí.

Dama se removió. Estaba dispuesta a inventar una.

—Parece ser que hay límites que incluso Mogaba se niega a sobrepasar —dijo Dormilón—. Y Atrapa Almas ha conseguido descubrirlos.

—Vosotros tenéis disputas antiguas con el gran general —dijo Aridatha—. Quiero que sepas que no es un hombre malvado, tan solo obsesionado, aunque su obsesión ha envejecido con la edad. Ha comprendido que la historia no registrará su nombre en el pergamino de los grandes conquistadores. Ya no hay tiempo. No ha hecho las paces totalmente con esa verdad, pero comprende que es culpa suya. Debido a su inoportuna huida durante el sitio de Dejagore se ha visto forzado a servir a una

procesión de amos trastornados e incompetentes. Pero eso ahora no importa.

»Entre él, Ghopal, y yo hemos concluido que Taglios debería evitar más sufrimiento por parte de la protectora. Es como una putrefacción mortal. Lo destruye todo lentamente. Incluso nuestras religiones y cultura. Y la única fuerza capaz de poner fin a ello es la Compañía Negra.

—Podíais haberla destronado vosotros —sugirió Murgen—. No es inmortal. Y confía en vosotros. Tanto como en cualquier otra persona. Eso os hace estar lo suficientemente cerca...

—Tal era el plan incluso antes de que surgieseis. Pero ha estado alejada de la ciudad desde el comienzo de la crisis. Sus mensajes al gran general afirman su determinación de ir tras vosotros hasta haber ajustado las cuentas con cada miembro de la Compañía Negra personalmente. Se decepcionó muchísimo al ver que unas personas que, se suponía estaban muertas, comenzaron a aparecer vivitas y coleando.

—Créeme —dijo Dama—, sé lo exasperante que es eso. Durante veinte años he perseguido al Impostor Narayan Singh. Tenía más vidas que un gato.

Aridatha se dio cuenta del uso del pasado.

—¿Ha recibido entonces su recompensa el santo viviente de los Impostores?

—Se escapó de mí gracias a la única salida que tenía.

Dama sonaba extremadamente amargada. Como si pensase que Singh le había ganado mediante el engaño. Su odio hacia Narayan era mucho mayor de lo que había imaginado.

—Entonces esa es una distracción que ya no nos preocupa.

—Incorrecto —dijo Dormilón retomando el control—. La Hija de la Noche aún anda ahí fuera. Y Kina todavía espera provocar el Año de los Cráneos. Pase lo que pase, Kina y sus seguidores tienen que ser controlados. Diles a mis asociados por qué hemos de fiarnos de lo que dices, Aridatha.

—Por supuesto. Me veo condenado a andar a la sombra de un hombre al que vi una vez en mi vida, cuando ya era adulto, y tan solo durante unos minutos, hace unos años, en vuestra presencia. Ese es el legado de los Impostores. El culto destruye la confianza. Mi respuesta es que todos los hombres deberían ser juzgados por una norma: su comportamiento. Sus hechos. El gesto de buena fe que tengo que hacer en esta ocasión es, creo, generoso.

Dormilón lo interrumpió.

—Aridatha tiene un hermano que vive en Jaicur, bajo un nombre falso. Este hermano, cuyo nombre real es Sugriva, nos va a ayudar a tomar la ciudad. Vigilará la mejor puerta para que entremos en mitad de la noche. Lo usaremos para entrar y tomar el control antes de que nadie pueda comenzar a luchar.

Abrí la boca para discutir, pero me detuve antes de decir algo estúpido. La mente de Dormilón estaba decidida. Todo lo que podía hacer era concentrarme en asegurar

que todo salía bien.

—Atrapa Almas tiene un ejército entre este lugar y Jaicur. Según sé, es superior al nuestro.

—Y según Aridatha es poco menos que chusma. Algunos de los soldados más pobres están armados con martillos, horcas, hoces, etc.

—Uno se marcha unas cuantas décadas y todo se va al carajo —dije—. En el pasado tenía a todos aquellos que alcanzaban las manos de sus madres armados hasta los dientes. ¿Qué ha ocurrido con todas esas armas?

—Cuando la protectora tomó el poder —explicó Andarríos—, la situación se puso tan mal que la gente vendió todo lo que tenía. Las armas abundaban en el mercado y el hierro fue fundido para fabricar otros objetos.

—Y a la protectora no le importó —dijo Aridatha—. El gran general finalmente dejó de esforzarse porque entendiera la importancia de mantener reservas de armas en tiempos de paz. No creo que pase mucho tiempo antes de que comprenda la razón por la que insistía tanto.

—No es necesario fiarse de Aridatha o de Mogaba para probar las defensas de Jaicur —nos dijo Dormilón—. Se espera que giremos al oeste hacia el río Naghir. Daremos todo un espectáculo. Pero Blade, con la caballería ligera, se separará de la retaguardia de la columna y girará hacia el este. Los seres ocultos encontrarán una ruta que los jinetes puedan seguir hacia Jaicur sin ser vistos. Mientras tanto, la fuerza principal girará de nuevo y se dirigirá hacia Camino de la Roca al norte de Jaicur. Eso debería agitar un nido de hormigas. Y conseguiremos que Atrapa Almas se olvide de Jaicur durante unos días.

¿Por qué se había molestado Dormilón en llamarnos al resto? Ya lo tenía todo planeado. Y de manera bastante firme, pensé.

—Tenemos un problema más inmediato que ese, Dormilón —intervino Tobo—. Hiciste que el general Singh apareciera durante la ceremonia de reanimación. Además lo han visto por el campamento. Es inevitable que algunos de nuestros visitantes del exterior sean criaturas de Atrapa Almas. Y es posible que una de ellas lo haya reconocido.

—No pensé con suficiente rapidez —admitió Dormilón—. Estoy abierta a medidas correctoras.

—Ya estoy trabajando en eso. Pero quiero advertiros. No creo poder estar cien por cien seguro de identificarlos y frustrarlos.

—Entonces será mejor que pienses cuál es la mejor forma de advertir a los otros conspiradores en Taglios.

—Ghopal y el gran general no estarán desprevenidos —dijo Aridatha—. La protectora no tiene forma de viajar más rápido que el rumor de su llegada. Cuando se dirija a Taglios lo sabrán antes de que llegue. Y lo que traiga con ella dejará traslucir

sus intenciones.

Asentí. El razonamiento parecía lógico. Y hacía falta ser realmente astuto para engañar a Mogaba. Atrapa Almas no se portaba de forma astuta. Había desarrollado el hábito de ir de frente porque era la más poderosa del lugar.

Por las órdenes de Dormilón, parecía que fuésemos a detenernos allí a descansar. En realidad Tobo exploró la región al norte de Gharhawnes en mayor detalle, a veces incluso yendo en persona, cuando volaba con Shukrat.

Los dos se estaban haciendo muy amigos.

—Esto se está volviendo muy extraño —dije en privado—. Somos aliados de Atrapa Almas contra nuestra hija y Kina. Somos aliados del traidor Mogaba contra tu hermana. Somos aliados de un semidiós cuyo precio por apoyarnos es que lo asesinemos.

Dama se echó a reír en voz baja.

—Dijiste que todo esto tiene aires míticos.

—¿Sabes algo? Me tiene asustado.

Miraba el vacío, esperando a que me explicara.

—Asustado en general, no como cuando estamos en una batalla. Asustado de la forma que puede adoptar el futuro.

Tenía una sensación horrible. Pues en la superficie todo parecía demasiado maravilloso para la Compañía Negra.

CAPÍTULO 59

CON EL EJÉRCITO MEDIO: LLEGAN INVITADOS

La criatura Goblin resultó difícil de atrapar. Lo que debería haber durado tan solo unos días duró dos semanas y, al final, necesitó de la intervención directa de Atrapa Almas (guiada, para su pesar, por la criatura felina de las sombras que nunca podía ver del todo, ni emboscar para atarla a su servicio personal).

Mientras tanto se distrajo con la chica.

La Hija de la Noche estaba presa en una jaula dentro de la tienda de Atrapa Almas. Era la tienda más grande y ostentosa del campamento intermedio. La chica estaba desnuda y había sido decorada con una serie de cadenas y encantamientos. No podía ser custodiada ni acercársele ningún hombre. Atrapa Almas sabía demasiado bien que los hombres podían ser manipulados por las mujeres de su sangre.

Aunque la chica no parecía interesada en escuchar, Atrapa Almas dijo:

—Hasta hoy no he estado segura de cómo tú y el viejo ese conseguisteis escapar de mí. Pero tengo algunas sospechas. Y no ocurrirá de nuevo. Eres demasiado importante para tu madre como para que andes suelta.

La voz que eligió Atrapa Almas era de una pedantería muy irritante.

La chica no contestó. Estaba sola en su propia realidad. No era la primera vez que se encontraba prisionera de alguien que quería usarla. Podía ser paciente. Llegaría su momento. Alguien aparecería. Un guardia impresionable sería asignado. Algo. En algún lugar, en algún instante, tendría una oportunidad para engañar a alguien y que la amara lo suficiente como para querer liberarla.

La continua indiferencia de la chica animó a Atrapa Almas a intentar herirla con noticias que había querido reservar.

—Está muerto, ya sabes. Narayan Singh. Fue estrangulado. Arrojaron su cuerpo a un pozo ciego.

Aquello surtió efecto. Sin embargo, tras una mueca inicial y una breve mirada desesperada, la Hija de la Noche bajó los ojos y volvió a su pose de paciente indiferencia.

Atrapa Almas se echó a reír.

—Tu esperpéntica diosa te ha abandonado.

A lo que la chica respondió por primera vez desde su captura.

—Todos sus días están contados.

Aquello fue como dar una bofetada al rostro de Atrapa Almas. Era una de esas consignas que los seguidores de la Compañía Negra habían usado para burlarse de ella durante años.

Atrapa Almas agitó un látigo sin hacerle a la chica demasiado daño. La jaula misma lo previno.

Alguien desde la puerta de la tienda llamó la atención de Atrapa Almas. A ese respecto, sus soldados estaban bien entrenados. No la molestaban con banalidades.

Al acudir, Atrapa Almas se encontró con un grupo de soldados y un hombre muerto sobre una tosca camilla. El cadáver estaba retorcido. Sus rasgos estaban severamente deformados. Gotas de lluvia corrían sobre su destrozado rostro como lágrimas.

—Tú —dijo eligiendo a un hombre—, habla.

Era un soldado de caballería cubierto de barro, debía de haber estado en el piquete.

—Este hombre vino del sur. Hizo las señales adecuadas. Nos dijo que traía noticias importantes sobre ciertos traidores, pero no dijo nada más.

—¿Llegó sano? ¿Cómo ha quedado de este modo?

—Justo antes de llegar al campamento se alzó sobre los estribos y gritó. El caballo se encabritó y lo lanzó por el aire. Antes de que cayera al suelo se puso a temblar y a retorcerse y profirió sonidos guturales mientras trataba de gritar. Entonces murió.

—¿Traidores?

Sin duda habría muchos que pagarían por ello antes de que todo acabara. Estas situaciones los hacían salir de cada roca y arbusto.

—Eso es todo lo que dijo, señora.

—Traedlo adentro. Es probable que aún pueda sonsacarle algo. Cuidado dónde pisáis con todo ese barro.

Se apartó, incluso sostuvo la puerta de tela para que pasasen los soldados. De mala gana, unos cuantos se armaron de valor para entrar con el cadáver. Los soldados de Atrapa Almas compartían la opinión de que no era bueno mirar a la protectora a los ojos. Aquellos entraron con cuidado, dejando tan poco barro y humedad como pudieron.

—Seguro que todos tenéis madre —dijo Atrapa Almas con voz joven y animada.

Atrapa Almas tenía el cadáver parcialmente desnudo y deshacía sus vestiduras hilo a

hilo, cuando se produjo otro jaleo ante la puerta de su tienda. Irritada, acudió, esperando que fuesen las noticias que llevaba tanto tiempo esperando: que Goblin por fin había sido capturado.

Justo cuando estaba a punto de abrir captó un movimiento con el rabillo del ojo. Se dio media vuelta. Por un instante pensó vislumbrar un hombre pequeño, quizá de veinte centímetros, colocándose debajo del cadáver.

En el exterior el ruido era insistente.

No eran las noticias que esperaba. Los soldados (siempre acudían en grupo) empujaron a uno de los suyos.

—Acaba de llegar un mensajero, señora. El enemigo vuelve a moverse. Hacia el oeste.

Mogaba había tenido razón entonces.

—¿Cuándo empezó?

—El mensajero estará con usted en un minuto, señora. Con despachos. Tenía ciertas necesidades físicas que no podía posponer antes de verla. Pero el personal de mando insistió en que obtuviese la noticia principal inmediatamente.

—La llovizna parece remitir —dijo Atrapa Almas en el tono más indiferente posible.

—Sí, señora.

—Traed a ese mensajero aquí cuanto antes.

—Sí, señora.

Los informes del sur contaban que la Compañía Negra, una vez descansada, se movía hacia el oeste, pero no por el camino anticipado. Parte del viaje tendría que hacerse sin los beneficios de los caminos, sobre terreno áspero.

—Han de dirigirse a Balichore por la ruta más corta. ¿Por qué? ¿Alguien puede decirme qué hay de especial en Balichore?

Atrapa Almas controlaba un imperio en expansión del que sabía muy poco.

Tras un extenso silencio, alguien sugirió tentativamente:

—Es el lugar más alejado río arriba al que llega el tráfico fluvial pesado. Los cargamentos han de ser portados o cargados en botes más pequeños o en carretas.

—Hay un problema de rocas en el río —recordó otro—. La cosa esa. La catarata. El Liberador ordenó en una ocasión que se construyera un canal a su alrededor, pero el proyecto fue abandonado...

Un par de codazos en las costillas bastaron para que el que hablaba recordara quién era la responsable de la reciente negligencia en las obras públicas.

Sin embargo, Atrapa Almas no contestó. Se concentraba en la idea del transporte.

Una gran porción de la Compañía había avanzado por el río Naghir tras huir de Taglios cinco años atrás. ¿Acaso se estaba anquilosando esta nueva capitana? ¿O

pensaba que podía someter Taglios por sorpresa, desde el río, donde no había murallas ni obras de defensa? Además las gentes de aquellos barrios más pobres tendían a tener recuerdos nostálgicos del prahbrindrah Drah, la radisha e incluso del Liberador.

—¿Alguien sabe cuánto se tarda en llevar una barcaza por el Naghir, a través de los canales del delta, y río arriba hasta Taglios? —preguntó Atrapa Almas.

Sabía que las barcazas tripuladas por marineros veteranos viajaban día y noche, a diferencia de los soldados a pie o a caballo.

Otro jaleo en la puerta surgió antes de que nadie ofreciese una respuesta fiable.

Descubrió que la llovizna había cesado, pero los hombres que demandaban atención estaban cubiertos de barro. Le habían traído un regalo.

—¿Para mí? Pero si no es mi cumpleaños.

Goblin era el mejor regalo posible. Estaba atado y amordazado. Tenía la cabeza y las manos también envueltas en harapos. Sus captores habían decidido no arriesgarse.

Atrapa Almas se regodeó.

—Cayó en una de mis trampas, ¿no es así?

—Así fue, señora.

Había cientos de ellas en muy diversas formas. Atrapa Almas había comenzado a colocarlas tan pronto como fue evidente que el nuevo Goblin mejorado podía evadir los esfuerzos de sus soldados.

—Aún está vivo.

Si estaba muerto, la preocupación de que se hubiera permitido ser capturado habría sido la menor de todas.

—Sus instrucciones eran muy claras, señora.

Atrapa Almas memorizó el rostro de aquel hombre. Se burlaba de ella tras una máscara de rectitud. Prefería que la desafiaran abiertamente para poder aplastarlo sin dejar a nadie perplejo.

—Quítale la máscara y la mordaza. Ponlo allí.

La Hija de la Noche, percibió Atrapa Almas, estaba demasiado interesada como para ocultarlo.

No podía saber el significado del pequeño mago.

No. Imposible. La chica hacía lo de siempre cuando algo ocurría en la tienda. Prestaba atención para intentar aprender algo útil.

Atrapa Almas esperó hasta que juzgó que Goblin se había recuperado lo suficiente.

—A tus antiguos hermanos no les gustan los chaqueteros, ¿eh? —le dijo.

Goblin le clavó unos ojos fríos, más profundos y remotos que los de la Hija de la Noche. No contestó.

Ella se le acercó más. Su máscara estaba a treinta centímetros del rostro de

Goblin.

—Acudieron a mí para hacerte pagar.

Goblin se removió, pero siguió en silencio. Intentó mirar a su alrededor.

Sonrió al ver a la Hija de la Noche.

—Me lo han contado todo, hombrecillo —dijo Atrapa Almas—. Me contaron lo que eres ahora. Suponen que te voy a matar por lo que le hiciste a mi pie. Están deseando verte muerto. —Se frotó las manos—. Pero creo que voy a ser bastante más cruel.

Soltó una risita.

—Todos sus días están contados —susurró Goblin.

La voz que usó se parecía vagamente a la del hombre que había penetrado en la tierra para desafiar a la Madre Oscura.

—Los de algunos más que los de otros. —La voz de Atrapa Almas era vieja y sin emociones.

Su mano derecha salió como un relámpago azotando el rostro de Goblin. Unas hojas de un centímetro en las yemas de los dedos le destrozaron los ojos y el puente de la nariz. Soltó un chillido, tanto por la sorpresa como por el dolor.

La protectora se giró hacia los hombres que habían traído al prisionero.

—Traedme otra jaula como esa en la que tenemos encerrada a la chiquilla.

La jaula ya había sido hecha. Tal había sido su certeza de que atraparía a Goblin.

El herrero tenía órdenes de crear tres más, adaptadas para albergar a su hermana, al marido de su hermana y al traicionero de Sauce Swan.

Más tarde, en Taglios, pretendía trabajar con un soplador de vidrio para embotellarlos a todos y así ser mostrados a la entrada del palacio. Serían mantenidos vivos y alimentados hasta que se ahogasen en su propia inmundicia.

Tal era el destino que el Dominador a menudo concedía a sus enemigos más importantes en su tiempo.

CAPÍTULO 60

Gharhawnes: Tobo y los Voroshk

El Aullador ciertamente se mantenía ocupado. Completó la primera alfombra voladora para cuatro personas de manera que estuvo preparada dos días después de que los soldados marcharan hacia el oeste. Gharhawnes parecía desierta, aunque había suficientes soldados nuestros como para destrozarnos unas cuantas caras la mañana que los anteriores ocupantes tuvieron la idea de recuperar su hogar.

Dormilón había solicitado una docena de alfombras: desde pequeñas para una sola persona hasta otras monstruosas capaces de transportar a veinte soldados. No sabía quién se suponía que iba a conducirlos. Solo Aullador y Tobo (y probablemente los Voroshk) tenían el poder suficiente para controlar aquellas cosas.

Insistí en tener primero dos alfombras de tamaño modesto. No se tardaría mucho en hacerlas y serían del tamaño más útil en aquel momento. Y ya que estaba a cargo de los que nos quedábamos atrás y del asalto a Dejavore, tuve lo que quería. Bueno, obtuve una alfombra.

Tobo también había conseguido averiguar el funcionamiento de los postes voladores. Tanto Shukrat como Arkana parecían deseosas de colaborar. O la una o la otra prestaban a Tobo su poste siempre que quería para ir a visitar a Dormilón, algo que hacía de noche para no ser visto desde tierra. Nunca me sentía cómodo cuando lo hacía. Teníamos a demasiados amigos potencialmente peligrosos aquí, en la mansión. Incluyendo a un grupo de rehenes de las familias más prominentes de la región.

Tanto Magadan como Gromovol estaban cada vez más decididos a no ser conquistados, cada uno por razones propias.

—Estaría tentado a enviaros a vosotros dos a vuestra casa para así no tener que preocuparme de lo que ocurre a mis espaldas —le dije a Magadan.

En realidad no estaba preocupado. Los amigos sobrenaturales de Tobo lo veían todo.

—No quiero irme a casa —dijo Magadan—. Ese lugar ya no existe. Solo quiero ser libre.

—Claro. Ya mostrasteis lo que podéis hacer estando libres. Me he pasado la vida matando a gente como vosotros. Gente que cree que es su destino esclavizar a otros como yo. Estoy en guerra con alguien así en este momento. No estoy dispuesto a dejarte marchar para que te pongas a hacerles la vida imposible a otras personas.

Nada de eso era del todo verdad, pero sonaba bien. Y Magadan se lo tragó. Al menos parte. La parte que era verdad. Que lo mataría antes que dejarlo libre.

Ese fue el instante en el que decidió que quizá fuese mejor volver a casa después de todo. Desde entonces siempre sacaba la posibilidad cada vez que nos cruzábamos. Los seres ocultos decían que era sincero. Trataba de conseguir que los otros chicos compartieran lo que sabían para volver al lugar de la piedra reluciente.

Dama no lo creía. Pensaba que debíamos aplastarlo a él y a Gromovol por las molestias que podían causar.

Mi amorcito tiene un enfoque muy directo a la hora de resolver problemas.

A veces pienso que la poca conciencia que me queda es un obstáculo execrable.

Aullador, sin embargo, consiguió escalar a las primeras plazas de mi lista negra. El ruego de Tobo a Shivetya había resultado en una respuesta del golem diciendo que tenía la habilidad de intervenir en los problemas vocales de Aullador. Shivetya no tenía reputación de ser un mentiroso, de modo que incluso Aullador lo creyó. Tras lo cual, el pequeño mago apestoso cooperó todo lo que pudo.

Aunque aún no teníamos motivos para confiar en sus intenciones a largo plazo, tampoco él podía fiarse de nosotros.

Dama acorraló a Tobo.

—Tenemos una situación peligrosa. Y al igual que una cobra mascota, nos morderá algún día. Tenemos que hacer algo.

El chico parecía desconcertado.

—¿De qué hablas? ¿Algo sobre qué?

—Sobre los Voroshk. No son tan fuertes ni tan listos como pensamos en un principio, pero son cuatro y tú estás solo.

—Pero no van a...

—Perdón por ser un viejo cínico —dije—. Magadan no para de decirme, con estas palabras, que quiere estar en cualquier lugar que no sea este, con nosotros. Se puede inferir que hará lo que haga falta si no lo ayudamos a volver a casa. Además, Gromovol va a causar sin duda problemas porque así se lo exige su personalidad. Cada vez que te vas a visitar a Dormilón o a volar, el resto nos quedamos aquí, sin otra ayuda que el Aullador.

—Y hablando de volar —dij o Dama—. Nunca salgas por ahí con las dos chicas a la vez. ¡Silencio! Solo conoces a las mujeres con las que te has criado. Te lo digo porque Arkana es igual que Magadan. Pero ella posee un arma más poderosa que

pretende usar para nublarle la mente.

—Pero...

—De Shukrat no estoy segura. Es posible que sea tal y como parece que es.

Estaba de acuerdo. La chica era simpática. Y según Tobo los seres ocultos también lo creían así. No había razón para no confiar en ella.

Tobo no estaba acostumbrado a discutir con nadie que no fuese su madre, incluso cuando creía tener razón. No quería pensar mal de Arkana, pero no deseaba discutir con nosotros.

—¿Cómo nos aseguramos de que no son una amenaza? —preguntó Dama—. Tienes que pensar en algo antes de que atacemos Dejagore. Estaremos dispersos, distraídos y extremadamente vulnerables. Y como pasas tiempo con las chicas, al estar allí con nosotros, los cuatro sabrán lo que ocurre. Podrán hacer planes.

De nuevo Tobo no entendió ni una palabra.

—Es lo que yo haría —dije.

—Nunca has sido prisionero —le recordó Dama.

—Eso sí que es gracioso. Nací siendo prisionero. Prisionero de una profecía de una vieja que había muerto años antes de que yo naciera. Prisionero de las expectativas de todos vosotros. Dioses, ojalá Hong Tray hubiese estado equivocada y pudiese haber sido un chico normal.

—No hay chicos normales, Tobo —le dije—. Solo chicos que simulan mejor que otros.

—Y ese nombre. Tobo. Era mi nombre de bebé. ¿Por qué me llama así todo el mundo? ¿Por qué no hubo ni siquiera una ceremonia para darme un nombre de adulto?

Los nyueng bao lo hacen. Y Tobo había sobrepasado por mucho la edad de nombramiento.

—Eso se lo tendrás que decir a tío Doj —dijo Dama—. Mientras tanto, lo otro ha de solucionarse ahora mismo. Blade ya está en marcha. En otros tres días Dormilón girará hacia el noreste y será demasiado tarde para detener nada. Quiero estar segura de que no nos apuñalarán por la espalda justo cuando las cosas se pongan interesantes.

Una hora más tarde hicimos que Tobo le sugiriera a Shukrat dar un paseo por el aire. Tomó prestado el poste de Arkana, a la que no le gustó aquello ni un pelo. Una hora más tarde me contó que Magadan había dicho que no le importaba que se llevara su poste para acompañar a Shukrat y a Tobo.

—A mí sí me importa —le dije—. Si tienes que hablar con Tobo, hazlo cuando regrese.

Arkana era la más inteligente de los Voroshk. Reconocía que las cosas se estaban

poniendo tensas.

Cuando Tobo volvió se quedó lo justo para reunirse con Magadan y se lo llevó a volar. Era la primera vez que Magadan volaba desde que quedó a nuestro cuidado. No parecía muy emocionado. No me extrañaba.

Volvieron en media hora. Las ropas que Magadan había tomado prestadas de los anteriores ocupantes de Gharhawnes estaban destrozadas. Parecía haber estado en una pelea y que el otro tipo le hubiese dado una buena tunda.

Tobo dio instrucciones para que aislaran a Magadan, después se encontró con Arkana y se la llevó a volar.

La reina de hielo, percibí, había cambiado las túnicas confiscadas por ropas nativas que realzaban su impacto visual.

—¡Chico, abajo! —dijo Dama.

—Menos mal que no me la encontré antes de conocerte, ¿eh?

El comentario hizo que me ganase un manotazo no del todo juguetón.

Arkana volvió con peor aspecto que Magadan. Y no sonreía.

Tobo ordenó que la encerrasen junto al chico. Llamó a Gromovol.

Gromovol no estaba interesado en ir a ningún sitio con Tobo. Tobo insistió. No estuvieron fuera mucho tiempo. Una vez que volvieron Tobo hizo que los Voroshk volvieran a sus aposentos. Reunió los postes voladores en la sala principal. Dama y yo nos unimos a él.

—¿Qué ha sido todo eso? —pregunté.

—Me los llevé y los reté a un duelo. Excepto a Shukrat.

Detuve a Dama antes de que explicara, probablemente durante largo tiempo, lo poco inteligente que había sido tal cosa. A veces podía ser tan incordio como Sahra.

—Estoy seguro de que había una razón —dije.

—Quería descubrir cuánto miedo debemos tenerles realmente.

—¿Y?

—Son unos fraudes. El único poder que tienen es el que obtienen de sus postes y ropas. Sin ellos ni siquiera Shukrat es tan poderosa como Un Ojo de viejo. Gromovol está a la altura de tío Doj. Dama, incluso con lo débil que eres ahora mismo, podrías con cualquiera de ellos, a excepción de Shukrat.

Me eché a reír.

—Supongo que por eso el padre de Gromovol estaba tan ansioso por recuperar a los chicos. ¿Estarían la mayoría de los Voroshk limitados en cuanto a talento? ¿Estarían la mayoría dirigidos por unos cuantos miembros fuertes del clan?

—Creo que es probable que así sea. Sin embargo, el asunto es que ahora mismo es más probable que nuestros Voroshk nos ataquen con navajas que con magia. — Nos miró y vio que no estábamos muy dispuestos a admitir su teoría—. ¿No pensáis que si tuviesen algún poder real lo habrían usado para intentar escapar?

Me di cuenta de que estaba molesto. Parecía ser que estaba trabando amistad con los Voroshk. Nuestras preocupaciones le habían conducido a poner a prueba su amistad y había descubierto que sus amigos no eran tan buenos como esperaba.

—Nos estás diciendo que no tenemos que matarlos para estar a salvo —dijo Dama.

—Eso también.

—¿Tienes a tu cargo las Sombras Desconocidas y no has descubierto eso hasta hoy?

Dama siempre encuentra asuntos sobre los que sospechar. Alguna vez he pensado en sugerir que nos retiremos y nos establezcamos en algún lugar donde no tengamos que estar todo el día preocupados, pero sospecharía de mis motivos reales.

—Lo he considerado mucho —admitió alicaído—. Me temo que los seres ocultos no pueden informar de aquello que no oyen. Los Voroshk no hablan de sus debilidades. Ni de casi nada más, de hecho. Debido a su situación actual, ya nadie se fía de nadie.

—De todas formas yo no quería matarlos —dije—. Quizá darle una buena paliza a Gromovol de vez en cuando, pero...

—Bueno, está solucionado. Demonios, suéltalos si quieres. Una vez que hayan tenido una buena dosis de realidad, volverán. Mientras tanto, dejadme trabajar en estas cosas.

—¿Has averiguado finalmente su secreto? —preguntó Dama—. ¿Puedes fabricar más?

—He aprendido cómo conseguir que te reconozcan como su amo. Ninguno de los Voroshk sabe cómo se fabrican los postes. Ni siquiera están seguros de la teoría que hay detrás de ellos. Yo sé más simplemente porque los he estudiado. Aún no sé de dónde sacan su poder mágico. Tampoco sé cómo fabricarlos. Algún día lo sabré. Pero el proceso será largo, lento y peligroso. Es como una bomba trampa.

—La vida es una bomba trampa, chico —le dije.

Al dejar el pasillo, Dama se preguntó si los Voroshk originales habían inventado sus objetos mágicos o si los habían robado de algún predecesor ingenioso y distraído. A mí no me importaba, con tal de que ningún Voroshk me hiciera la vida más difícil de lo que ya de por sí era.

CAPÍTULO 6I

LOS TERRITORIOS TAGLIANOS: VOLADORES ΠΟΚΤΥΡΠΟΣ ΕΠΙ ΔΕΪΑΓΟΡΕ

Tres postes voladores componían una formación de bandada de gansos. Tobo iba en la punta y Sauce Swan de paquete. Swan estaba sufriendo un ataque severo de fe, murmurando continuamente oraciones de una sola palabra polisilábica. Conociendo su pavor a las alturas, seguro que le provocaba moratones a Tobo de lo fuerte que lo agarraba. Seguro que tenía los ojos tan cerrados que tendría agujetas hasta en los tobillos.

Dama y Shukrat volaban en los otros postes. Dama llevaba detrás a Aridatha Singh. Shukrat llevaba a tío Doj.

Murgen, Thai Dei y yo compartíamos la alfombra voladora con el Aullador, cuyos chillidos los conteníamos dentro de una especie de gran cuenco de cristal que Dama le había colocado en la cabeza. Funcionaba lo suficiente como para evitarnos problemas con aquellos que no sabían que nos acercábamos.

Murgen y Thai Dei venían simplemente por aplacar a Sahra. No quería que su niño encarase el peligro solo. Todo el mundo estaba enfadado porque el padre y el tío del muchacho habían tenido que ir a Gharhawnes antes de que comenzase el ataque. Pero Sahra se había mostrado tozuda y gritona, de modo que Dormilón accedió antes que perder a una amiga.

Los recuerdos y miedos de Sahra sobre Dejagore eran perdurables.

Yo esperaba que Murgen y Thai Dei lo llevaran mejor, aunque al despegar Murgen estaba sudoroso, pálido, tembloroso como si tuviese problemas para respirar. Thai Dei, por su parte, parecía más absorto que nunca.

Hablé a solas con cada uno de ellos para decirles que contaba con que se vigilarían y cuidarían mutuamente si las emociones eran demasiado poderosas. He descubierto que asignar responsabilidades externas importantes, como esas, ayuda a mis hermanos en momentos de gran tensión emocional.

Aullador mantenía la alfombra en la retaguardia de la formación. Nos dirigimos al norte a tal ritmo que el fuerte viento frío que me golpeaba el rostro me hacía llorar.

Murgen y yo ocupábamos las esquinas traseras de la alfombra.

—Había olvidado lo poco que me gusta esto —le dije—. ¿Por qué no habré enviado a uno de esos jóvenes y dispuestos muchachos de Hsien?

—Porque eres igual que todos los capitanes recientes de la Compañía. Tienes que meter tu gran nariz en todo para asegurarte de que las cosas se hacen a tu manera.

Arriba, Tobo alzó la pantalla que cubría una linterna roja e hizo que la luz parpadeara varias veces. Hubo una señal de respuesta desde tierra, a kilómetros de nuestro camino y mucho más adelantada de lo que esperaba.

Blade y la caballería habían avanzado rápido y ya estaban en el anillo de montañas que rodeaban Dejagore. La luna se alzaría en una hora. Proporcionaría la luz necesaria para filtrarnos por las colinas y descender por su cara interna.

Sobrevolamos las cimas y divisamos las luces desperdigadas de Dejagore. Entonces redujimos la marcha. Los postes voladores se reunieron. Aridatha trató de explicarle a Tobo dónde teníamos que ir.

—Deberías haber ido con Tobo —le dije a Murgen—. Conoces Dejagore mejor que nadie.

—La Dejagore de hace veinticinco años, quizá. Se ha convertido en una ciudad totalmente distinta. Aridatha está bien donde está. Hace semanas que estuvo allí.

A la luz de las estrellas se distinguían pocos detalles, pero, al acercarnos, las murallas y los edificios principales coincidían casi exactamente con mis recuerdos.

Los troncos formaron una fila a popa con Dama y Aridatha al frente. Aullador se quedó atrás. Volvimos a movernos.

Diez minutos más tarde estábamos en tierra. Y cinco minutos más tarde Aridatha nos introdujo en la tienda de su hermano.

Sugriva Singh parecía una versión más baja y vieja de Aridatha. Tenía toda la planta baja de un edificio dedicado a su negocio y la parte superior a la familia (pero no los vimos en todo el tiempo).

La pasada buena fortuna de Sugriva aseguró su profundo desagrado por nuestra invasión. De repente tenía a diez villanos entre sus verduras y solo su hermano y la abundante rubita parecían no estar dispuestos a asarlo por menos de una broma. Tenía mucho que perder. Y quizá aún más si no cooperaba. El culto de Estranguladores era muy odiado en Dejagore. Un simple susurro sobre su relación con el santo viviente de los Impostores lo destruiría y a todos los que hubiesen hablado con él.

Aridatha pasó por alto las presentaciones. Sugriva no necesitaba conocer a los visitantes. Era posible que, en cualquier caso, nos reconociera a varios de nosotros.

—Nuestro padre está muerto —le dijo Aridatha a su hermano—. Fue asesinado hace unas semanas. Estrangulado.

Sugriva era el hermano mayor por una década. Recordaba al Narayan Singh que había vendido verduras y adoraba a sus hijos antes de la invasión de los Maestros de

las Sombras. Se quedó afectado de un modo muy diferente a Aridatha.

—No debería sorprenderme. ¿Es eso lo que quieres decir? —dijo Sugriva a través de unas lágrimas que podían deberse tanto a la furia como al dolor.

Necesitó unos minutos para recomponerse.

Hay que concederle a Sugriva Singh que no clamó contra lo inevitable. Entendió exactamente que estaba siendo obligado y, aunque los eventos no iban a producirse como Aridatha le había hecho creer durante su visita anterior, eligió cooperar. Quería que aquello se acabase tan pronto como fuese posible, entonces rezaría para que la nueva administración se mostrase tan indiferente hacia él como lo era la actual.

Las cosas no se estaban produciendo exactamente del modo que Aridatha había esperado.

—No has elegido la mejor noche para actuar —dijo Sugriva—. La luna descubrirá a cualquiera que se mueva hacia la ciudad desde el exterior.

Tobo soltó una risita.

—A lo mejor te sorprendes. La noche es nuestra amiga, hermano Sugriva.

—Creo que descubrirías que mi padre creía lo mismo, joven.

¿Y el padre de su hijo? Sugriva se había mostrado triste, incluso enfadado, cuando aparecimos, pero no sorprendido. ¿Qué clase de verdulero no se sorprendía al ser despertado en mitad de la noche dentro de una ciudad que cierra sus puertas con devoción fanática cuando el sol roza las cumbres occidentales?

¿Podía ser el hermano mayor de Aridatha un pillín?

—La razón por la que te molestamos —le dijo Aridatha a su hermano— es porque no sabemos cómo se vigilan las puertas.

—Me lo dijiste antes. Lo he investigado. Hay una compañía de soldados asignada a cada puerta. La puerta occidental es la más vigilada, pues tiene más tráfico que las otras tres juntas.

Una de las singularidades de Dejagore era que la mayoría de los caminos que llegaban a la ciudad confluían fuera de sus murallas al oeste, de modo que no había mucho tráfico en las demás. Las puertas norte y sur solo eran usadas por personas dedicadas a la agricultura y sus productos.

—La puerta oriental parece la más fácil de conquistar y controlar —dijo Sugriva.

Una auténtica carretera conectaba con la puerta oriental, pero por allí había poco más que unos pueblos distantes entre sí.

—Los guardias son más débiles en todos los sentidos. Ninguno de ellos es nativo. Ninguno es lo suficientemente viejo para recordar la última vez que Jaicur fue atacada.

Sugriva había adoptado el acento y el nombre local de la ciudad, aunque él tenía un nombre de Dejagore.

El problema con la puerta oriental era que Blade estaba al oeste de la ciudad. Pero

iba muy adelantado, había tiempo antes del alba, si se apresuraba.

—Dama —sugirió Tobo—, ¿por qué no vas a decirle a Blade que tiene que ser la puerta oriental?

—Porque me voy a vestir.

Creaviudas y Tomavidas se iban a unir a la fiesta. Había estado alejado demasiado tiempo.

—Creo que es hora de comprobar si de verdad puedes confiar en mí, Tobo —dijo Shukrat medio minuto más tarde.

Me entrometí antes de que el chico pudiese contestar.

—Eso creo. Dile a Blade que no pierda tiempo. Necesitamos aprovechar la noche lo más que podamos. No pasaremos desapercibidos por mucho tiempo una vez que comience todo. Dile que le estaremos esperando cuando llegue a la puerta.

Una sonrisa apareció en el rostro pecoso, casi regordete, de Shukrat. Se puso de puntillas y le dio un beso a Tobo en la mejilla. Descarada, muy descarada para las costumbres de este mundo. Seguramente actúan de modo diferente entre los Voroshk.

Salió dando botecitos. Tobo se había ruborizado. Sonreí hasta que Dama me dio un codazo en las costillas. Era evidente que yo estaba disfrutando demasiado de aquellos saltitos.

—Sugiero que nos pongamos a trabajar, muchachos —dijo Murgen—. No quiero permanecer dentro de estas murallas más de lo imprescindible.

Estaba controlándose, pero la tensión era evidente.

Thai Dei también estaba rendido y aún con más razón. Mucha gente cercana a él había muerto durante el sitio. No importa lo duro que un hombre pretenda ser, tales pérdidas corren el alma. A menos que no seas humano.

—Tienes razón —dije—. Preparaos.

Dama y yo teníamos mucho que hacer. Teníamos que montar un buen espectáculo. Nos retiramos a una pequeña habitación separada, más fría que la tienda principal. Mientras nos esforzábamos por convertirnos en pesadillas andantes pregunté:

—Cariño, ¿has averiguado de verdad cómo funciona eso de montar los postes voladores?

—No es tan difícil. Excepto en lo de no caerse, cualquier idiota puede hacerlo. Hay unas palitos negros y unos instrumentos que se deslizan que hay que mover. Ascendes o bajas, vas más rápido o más lento, dependiendo de cómo los muevas. ¿Por qué?

—Se me ocurre que sería mejor para nosotros y para él si llevamos a Aridatha de vuelta a Taglios. Ha estado fuera mucho tiempo. Mogaba necesita que regrese antes de que se extiendan las noticias de esta noche.

No dejó de colocarse la armadura de Creaviudas, pero sí me miró de una forma

inusual. Era como si mirase directamente a través de mí, a todos los lugares secretos en mi interior. A veces era aterrador.

—De acuerdo. Tendremos que movernos rápido si hay que volar antes del alba.

—¿Llegará tan lejos ese poste?

Sin saber cómo funcionaban aquellos cacharros, no sabía si había que alimentarlos como a un caballo. Los postes parecían funcionar sobre un principio diferente a las alfombras voladoras de Aullador, que requerían la fuerte voluntad de un poderoso hechicero para manejarlas. Demandaban su total atención cada vez que ascendían.

—Estoy segura de que sí. ¿Qué quieres que le diga a Mogaba?

La burla antigua «Mi irredento hermano» me vino ala mente, junto con «Todos sus días están contados». Pero no era el momento.

CAPÍTULO 62

DEJAGORE: LA OCUPACIÓN

Mi intención original había sido hacer todo un espectáculo con nuestra invasión. Me encanta el drama, los relámpagos, los truenos, los fuegos artificiales. Pero esperé a tener la puerta abierta para comenzar con ello.

Antes hubo alarmas en la muralla sur cuando una marea de oscuridad y de susurros pasó por allí. Ningún centinela vio jinete alguno. Solo vieron vagas formas que removían miedos secretos de seres más oscuros y crueles que cualquier soldado enemigo.

La ciudad estaba revuelta y preocupada, pero siguió siendo inconsciente de nuestra presencia. Sí percibía que se acercaba un cambio.

Los truenos y los relámpagos se produjeron después de que los hombres de Blade llegaran a la puerta. Eran seiscientos hombres vestidos con la extraña armadura de Hsien, bajo órdenes estrictas de no dejar relucir su humanidad hasta que la ciudad fuese capturada. La mayoría de los habitantes de Dejagore eran gunni. Los gunni creían en demonios que podían adoptar forma humana para luchar contra los hombres. La mayoría de los hombres de los territorios taglianos circundantes había oído hablar de que la Compañía estaba aliada con fantasmas y diablos.

Cada soldado tenía un poste de bambú en la espalda que portaba un pendón. El color del pendón declaraba la unidad de ese hombre mientras que los caracteres pintados en él anunciaban el eslogan marcial de su unidad. Creavidas y Tomavidas cabalgaban al frente de la columna invasora. Ella llevaba una espada en llamas. Tomavidas la lanza de Un Ojo, que estaba rodeada de gusanos de luz. En sus hombros llevaba un par de cuervos enormes color sal y pimienta.

A pesar de todo, la mayor parte de la ciudad dormía.

Unos feos gusanos de luz reptaban por nuestras aterradoras armaduras. Los portaestandartes marchaban en cabeza agitando grandes banderas que supuestamente eran nuestras insignias personales.

Los testigos, atraídos por la luz, las explosiones y el ruido de los caballos,

recordaron viejas historias y salieron corriendo envueltos en lágrimas.

Pero la mayor parte de la ciudad dormía.

Doj, Murgén, Thai Dei y Swan se quedaron en la puerta con los rehenes que habían atrapado. Aridatha se mantuvo oculto en la casa de su hermano. Aullador, Tobo y Shukrat describían círculos en lo alto. El cuenco de cristal de Aullador seguía conteniendo sus chillidos. Esperábamos que siguiese en secreto por un tiempo.

Los fuegos artificiales de verdad comenzaron cuando llegamos a la ciudadela, donde el gobernador de la protectora, aún somnoliento, se engañó pensando que podía negarse a rendirse y vencer.

Las bolas de fuego volaban. La puerta de la ciudadela explotó. En sus muros se abrieron agujeros. La gente de dentro comenzó a gritar.

Cada oscuro lugar en las calles se llenó de seres agitándose, cientos de ellos, algunos vagamente familiares en aquellos instantes en los que podía discernirse algo claramente.

Entraron torrencialmente por la puerta rota de la ciudadela. Se colaron por los agujeros en sus muros.

Tomavidas y Creaviudas los siguieron instantes después.

Los aterrorizados habitantes de la torre no presentaron batalla. La única herida fue un brazo roto de un imbécil que tropezó con sus zapatones y rodó por las escaleras.

Dama y yo llegamos a lo alto de la ciudadela. La ciudad, más abajo, aún no era totalmente consciente de que había sido conquistada.

—Ha sido menos doloroso llegar hasta aquí esta noche que la última vez —dije.

—Fue la noche que creamos a nuestra Bobo, a Pupa.

—Y vaya pupa que resultó ser.

—No es gracioso.

—Fue la noche en la que Un Ojo se creó el enemigo que nos ha estado acechando durante veinte años.

—Esta vez haremos unos nuevos. Tengo que irme si quiero introducir a Aridatha en Taglios sin que nadie se dé cuenta.

—Esta noche no creo que puedas. Tendrías que volar tan rápido que el viento te arrancaría la piel a tiras.

—Veré lo que puede hacer Tobo.

Fue difícil darle un beso de despedida. Aún llevábamos la armadura.

CAPÍTULO 63

LOS TERRITORIOS TAGLIANOS: EL EJÉRCITO MEDIO

Las tropas de reconocimiento de la protectora le habían advertido de que algo inusual estaba tomando forma. La advertencia confirmó sus sospechas. Sus espías no humanos no habían tenido suerte siguiendo al enemigo. Lo cual significaba que el enemigo estaba esforzándose por ser menos visible.

Atrapa Almas estableció el estado de alerta e intensificó el entrenamiento. Además redobló su propia preparación personal.

Cuando llegaron las noticias del desastre de Dejagore (un solo jinete consiguió llegar para contarlas) ya sabían desde hacía catorce horas que la fuerza principal de la Compañía había abandonado su camino hacia el oeste y comenzaba a apresurarse por una línea que pasaría entre su Ejército Medio y la fuerza huérfana al exterior de Dejagore.

Presumía que tal fuerza se evaporaría en días. Muchos de los soldados procedían de la propia ciudad (un número desproporcionado de oficiales), mientras que el resto oírían ahora mucho más fuerte la llamada de la cosecha.

¿Qué demonios había ocurrido allí? Los mensajeros habían ofrecido pocos detalles, solo que la ciudad se había despertado y había descubierto que estaba ocupada. Los invasores habían sido rápidos y exhaustivos. Parecían tener un servicio de inteligencia sobresaliente. Podía estar involucrada una magia muy poderosa.

—La próxima batalla no será tan desigual, se tendrán que enfrentar conmigo — les prometió a sus oficiales—. Me verán como no me han visto en muchísimo tiempo.

Estaba furiosa y despierta y ya no la obstaculizada un manto de aburrimiento. Se sentía más viva y llena de odio y amargura que nunca en la última generación.

En horas, su nuevo estado electrificó a todos los que la rodeaban.

Los oficiales que no se sintieron electrizados pronto fueron reemplazados.

CAPÍTULO 64

DEJAGORE: EL EJÉRCITO HUÉRFAÑO

Tras perder su base en Dejagore, los generales del confuso y menguante ejército trataron de manera inepta que aquello no acabara en un desastre económico. Entonces, seis días después de la derrota, llegaron noticias de que la fuerza principal del enemigo se abalanzaba sobre ellos.

Se habían producido escaramuzas con la caballería que ocupaba Dejagore. No habían resultado exitosas para los locales. Y ahora un contingente diez veces mayor de asesinos bien disciplinados, entrenados y armados iba a caer sobre ellos.

Un tercio del ejército volvió a casa cubierto por la oscuridad de la noche tras la llegada de las noticias. Los que se quedaron sufrían continuos tormentos psicológicos por seres que no podían ver.

El ejército asesino del sur nunca se materializaba. No fue necesario. Los guerreros de Dejagore que formaban la fuerza tagliana desertaron. Los soldados de caballería que ocupaban Dejagore ahuyentaron el núcleo del ejército sin ayuda externa.

CAPÍTULO 65

†AGLIOS: EL PALACIO

El nivel de incomodidad de Mogaba (no pensaba en la palabra «miedo») había crecido sustancialmente desde el regreso de Aridatha. Cada vez había más en juego. Cada vez más riesgos. Dama había sido vista por algunos sirvientes de palacio. Habían creído que se trataba de la protectora, cuyas idas y venidas eran secretas e impredecibles. Algún día Atrapa Almas oiría alguna mención y sabría que no podía haber estado en dos sitios a la vez. Tampoco iba a creerse que la manifestación era uno de los espectros que ahora se veían a menudo en el laberinto de pasillos por el que el palacio era famoso.

—Estoy tentado a dejarlo todo y salir corriendo —les dijo Mogaba a Ghopal y a Aridatha.

—¿Sí? —preguntó Ghopal—. ¿Adónde irías?

Puede que no fuese tan personal, pero su condena era tan segura como la de Mogaba si la Compañía Negra reconquistaba Taglios y restauraba a la familia real. La vida podría volverse cruel para cualquier shadar que hubiese pertenecido a los greys.

—Exacto.

Mogaba se pasó la palma de la mano por la cabeza. Mantenerla afeitada cada vez costaba menos.

—Tengo que recordarme qué requiere el honor.

Aridatha dijo poco. No había hablado mucho desde su vuelta. Mogaba lo comprendía. Singh había visto cosas sobre lo que estaba en juego que lo dejaban paralizado y lleno de indecisión. No parecía haber un camino hacia la luz. Allí donde se girase veía otro rostro de la oscuridad.

Era importante para Aridatha hacer aquello que creyese que era lo correcto.

La visita de Singh a su hermano había provocado en él una determinación a contrarrestar parte del mal que su padre había causado.

Aridatha era de fe gunni, pero su carácter se adaptaba mucho más a la religión vehdna. Pensaba que esta era la vida en la que había que corregir los errores.

—Las noticias del sur son desastrosas —dijo Mogaba—. La Compañía Negra se está encontrando con muy poca resistencia. Tienen una hechicería superior, así como armas, tropas, equipamiento y liderazgo. Por no hablar de una inteligencia tan buena que estamos perdiendo el tiempo en intentar mantener secretos. Parece que nuestros destinos dependen de lo rápido que puedan llegar aquí. La protectora no los detendrá. Le tocarán la fibra del ego, atacarán su orgullo, y justo cuando piense que está lista para matar, la golpearán en la nuca con un martillo que no habrá visto venir. Has de ser algo más que poderoso para tratar con tales personas. Has de ser algo más que listo y traicionero. Has de ser un médium.

—Entonces —intervino Ghopal—, ¿por qué no vamos hasta allí a hacernos con el mando?

Hizo una mueca.

—No es divertido. Dos razones. Primero, no quiere que lo haga. Aún cree que podemos cazarlos entre los dos. No sé cómo. Y, más importante, si me acercase a ella no podría ocultar mis pensamientos y no habría oportunidad de ponerlos en marcha antes de protegerme. Vosotros dos podríais tener más suerte.

—La ciudad está en notable calma a pesar de las noticias —señaló Ghopal.

Las noticias de la caída de Dejagore circulaban por todas partes, pero casi nadie sentía que la protectora estuviese en peligro alguno. Por lo tanto no había desórdenes. Las pintadas eran cada vez más frecuentes. La mayoría mostraba las burlas de siempre, aunque «Rajadhama» era cada vez más común. Entonces, surgió una nueva: «Yaceréis entre cenizas diez mil años alimentándoos del viento». Y había reaparecido una que llevaba años sin verse: «Thi Kim se acerca».

Nadie sabía qué significaba. Quizá ni siquiera los que la habían escrito. Algunos creían que «Thi Kim» era una frase nyueng bao. En cuyo caso el nombre significaría algo así como «Asesinato Andante».

Si no era nyueng bao, entonces tenía aún menos sentido. O ninguno.

—Si no hacemos nada para apoyarla y la derrotan, ¿cómo nos defenderemos? —preguntó Aridatha.

—Te lo voy a decir ahora mismo —contestó Mogaba—. Tú no vas a tener problemas a menos que la protectora venza. La Compañía y los leales no tienen disputas contigo. Has hecho un buen trabajo dirigiendo los batallones de la ciudad. Si te quedas sin hacer nada probablemente acabes heredando mi trabajo.

Aridatha se encogió de hombros.

—Deberías haber hablado de estas cosas cuando ella estaba aquí.

—Oh, sí. Dijo que nadie me perseguiría por mucho tiempo si tenía el sentido común de largarme antes de que ocuparan la ciudad.

—¿Tan confiados están que pueden descontar tu ayuda? —preguntó Ghopal—. ¿Qué hay de mí?

—Así de confiados andan. Quizá demasiado. No dijo nada de ti. No sabía quién eras. Sugirió que si crees tener razones para temer la vuelta de la familia real, te unieras a mí y saqueáramos todos los tesoros que pudiéramos antes de salir corriendo.

—Un shadar no abandona sus promesas de servicio.

Aridatha, con poco miedo a la derrota, sugirió:

—Hagamos nuestro trabajo como siempre lo hemos hecho. Y veamos qué oportunidades nos coloca en las manos la fortuna.

—Por supuesto —contestó Ghopal con sarcasmo—. Puede que la Compañía Negra y la protectora acaben destruyéndose mutuamente. Como un par de carneros con los cuernos entrelazados.

Una consideración que dejó a los tres hombres pensativos. Mogaba en particular reflexionaba sobre cómo el destino podía escribir un chiste con un final tan inesperado.

CAPÍTULO 66

LOS TERRITORIOS TAGLIAPOS: A MEDIO CAMINO

Oh, qué buen aspecto teníamos, diez mil fuertes, todos alineados como para un desfile. Cada hombre llevaba su armadura. Cada hombre tenía su pendón personal agitándose en la brisa. Cada batallón llevaba su propio color de armadura. Cada arma estaba perfectamente cuidada y pulida. Cada caballo cepillado y guarnecido como para pasar revista. Cada estandarte en su lugar y gloriosamente nuevo. Hermosos y peligrosos, éramos el sueño húmedo de cualquier general.

La banda con la que nos enfrentábamos, aunque nos sobrepasaba en tres a uno, no parecía ser un gran desafío. Aún había algunos buscando su lugar entre las filas.

Aunque la situación parecía fácil, todavía tenía mis dudas sobre lo acertado de presentar batalla, por muy confiados que estuviesen nuestros muchachos y por muy poca confianza que tuviesen los enemigos. Pero Dormilón quería aplastarlos de manera rápida y hacer que Atrapa Almas retrocediese a Taglios donde, al verse presionada, no estaría tan pendiente como para evitar la emboscada por parte de Mogaba y sus secuaces.

Asumía que todo nos saldría de maravilla. Cuando las cosas van bien es cuando de verdad tienes que cuidar tu espalda.

Pero yo no era el capitán. Solo podía dar consejos y representar mi papel en el espectáculo una vez que se hubiese tomado una decisión.

Tobo estaba más confiado que Dormilón. Creía que el enemigo únicamente necesitaba un golpe para quebrarse. Un ataque maligno y se derrumbarían. Lo garantizaba.

Sonaron trompetas declarando que todo estaba listo. Comenzaron a hablar los tambores señalando la cadencia del avance. Mil hombres se quedaban en la reserva. Detrás de ellos, a gran distancia, estaban los reclutas que habíamos adquirido. Rodeaban a la radisha y a su hermano, formando nominalmente la guardia real. Solo serían usados en caso de desesperación.

Las trompetas sonaron. Las filas salieron, uniformadas, en perfecta cadencia,

todas las armas alineadas. Posicionados al frente de cada ala, de Tomavidas y Creaviudas emanaban fogonazos cegadores con el avance. Pero se detuvieron antes de que los misiles pudiesen alcanzarlos.

Desde ese lugar de ventaja, pude ver que Atrapa Almas había formado sus tropas en tres fuerzas sucesivas separadas por cien metros. La línea del frente era la más numerosa, pero la de peor calidad. La segunda formación parecía mucho más sólida.

Era una estrategia que conocía, pues había usado variaciones de ella. Pero tienes que confiar en que tus soldados buenos no se dejen llevar por el pánico al ver a la carne de cañón huir.

Había algo más tras la tercera línea de Atrapa Almas, pero estaban demasiado lejos como para vislumbrar qué era.

Entonces el avance de los soldados hizo más difícil distinguir nada. La siguiente oleada de encantamientos, que me ocultaron de los ojos de los enemigos, hizo imposible que divisara nada más.

CAPÍTULO 67

LOS TERRITORIOS TAGLIANOS: DENTRO DEL EJÉRCITO MEDIO

—Esto va a ser delicado —les recordó Atrapa Almas a los oficiales, obligados a fiarse de su genio.

Su anterior demostración, durante las guerras de Kiaulune, se había producido en un tiempo que no habían conocido.

Las trompetas del enemigo llamaban a prepararse. Sus tambores comenzaron a redoblar.

—Una vez que toquen a avance estarán demasiado ocupados como para espiarnos —dijo Atrapa Almas.

El toque de avance sonó.

—Quiero que por la segunda línea corra la noticia de que es parte de mi plan que la primera línea caiga. Decidles que es algo deliberado. No quiero que nadie eche a correr porque lo haga la vanguardia. Decidles que cualquiera que salga corriendo será comida de gusanos. Entonces decidles a la tercera línea lo mismo sobre la primera y la segunda líneas. Quiero que crean que estoy atrayendo al enemigo para poder destrozarlo con hechicería. También quiero que los reservas retrocedan hasta la linde del bosque. Ahora mismo.

—Pero eso significa...

—Olvidad el campamento. Si no ganamos esta batalla, dará igual lo que pase con el campamento. Quiero que los reservas se extiendan por la linde del bosque para poder recoger y organizar a los que huyan. Pero antes de hacerlo, han de llevarse a mis invitados a la orilla norte del arroyo.

Todos la miraron con ojos de incomprensión.

Su voz se llenó de furia. Una furia que haría que el cementerio a las afueras del campamento se atestase de cadáveres. Cuando Atrapa Almas estaba tan furiosa no permitía que los gunni quemasen para purificar los cadáveres de aquellos a quienes había matado.

—¡Formadlos en la linde del bosque! ¡Listos para matar a cualquier cobarde! —

entonces con voz calmada, casi beatífica, añadió—: Si los soldados no consiguen volver a formar y hacer que el enemigo retroceda, sus generales no sobrevivirán a la derrota.

Atrapa Almas tenía fuertes convicciones de cómo debía de llevarse aquella refriega.

—De hecho, cualquier general que se considere sabio debería hacer planes para no sobrevivir a sus portaestandartes. De ese modo, su muerte será mucho menos dolorosa.

Se había estado preparando durante días, pero se veía obligada a luchar con armas defectuosas. Había de ejercer un control muy estricto.

—¡A trabajar!

Pasó entre los oficiales, abandonó la tienda y ascendió a un estrado desde donde poder ver la acción. Mientras se colocaba en posición el enemigo, con la precisión de un equipo de instrucción, chocó contra sus unidades avanzadas.

La carnicería fue menor de lo que había anticipado. El enemigo parecía contentarse con destruir las formaciones enemigas. No las perseguían. Se detuvieron, retiraron a los heridos, recompusieron las filas y repararon los equipos tomándose el tiempo necesario. Aquello agradó a la protectora. Significaba más tiempo para que las compañías derrotadas se reunieran en la linde del bosque.

Atrapa Almas miró hacia atrás mientras los hombres sacaban las jaulas de prisioneros de su tienda. Goblin, con los ojos ya regenerados, le ofreció un saludo burlón. La chica la miró directamente y sonrió.

Si volvía a ocurrir, dejaría a la mocosa durante dos horas con los soldados. Aquello le bajaría los humos.

Los soldados ocupados del traslado parecían calmados, a pesar de los guerreros aterrados que comenzaban a llegar al campamento.

Atrapa Almas estaba irritada consigo misma por haber pasado por alto la posibilidad de que los soldados no huyesen hacia el bosque. Debería haber hecho que demolieran la empalizada.

No importaba. Solo unos pocos se refugiarían allí.

Dio órdenes de sellar las puertas.

El enemigo volvió a avanzar.

La segunda línea ofreció más resistencia, pero el resultado fue idéntico. Las tropas se derrumbaron sin hacer demasiado daño al enemigo.

Esta vez ninguno de los soldados en estampida llegó al campamento.

Una vez más el enemigo se detuvo para ocuparse de sus heridos, recomponer las líneas y reparar las armaduras. La caballería que controlaba los flancos del adversario tenía problemas conteniéndolo. Atrapa Almas adivinó que la disciplina se derrumbaría una vez que la tercera línea tagliana cayese.

Más les valía a aquellos idiotas estar preparados en el bosque.

La protectora abandonó su lugar cuando el enemigo tocó de nuevo a avance.

—Muy eficiente esta nueva capitana. Pero ¿qué tal improvisa?

Atrapa Almas se retiró al bosque donde comenzó a escupir nuevas órdenes a sus oficiales antes de retirarse a la gran tienda que le habían preparado en el bosque como escondite y como lugar donde podría encontrarse con los mensajeros de los aliados que ahora intentaban matarla. Goblin y la Hija de la Noche habían sido depositados allí.

Ambos prisioneros parecían divertidos ante su llegada. Como si hubiesen compartido algún chiste especialmente hilarante a su entera costa, justo un instante antes de que apareciera.

No les prestó atención. Estaba mucho más preocupada sobre lo que podría pensar su hermana al ver que no había usado magia en la batalla. Si nadie se volvía demasiado suspicaz en los siguientes quince minutos...

CAPÍTULO 68

LOS TERRITORIOS TAGLIANOS: FUEGO EN EL ESPACIO INTERMEDIO

Tras la brillante niebla de luz que enmascaraba a Tomavidas, bajé del caballo y me monté en uno de los postes voladores de los Voroshk que iba a compartir con mi antiguo suplente, Murgén. El poste tenía pintado el nombre de Magadan en su escritura nativa. Sobre la izquierda, Creaviudas también se preparaba para volar con aquel famoso devoto de las alturas, Sauce Swan. Todos los postes voladores estaban listos para despegar, cada uno rodeado por absurdos mimbres y una estructura de bambú portando numerosos implementos improvisados.

Atrás, donde no podía verlos, Tobo y Aullador se preparaban para volar sobre una alfombra bajo el peso de instrumentos bélicos. El mago chillón aún farfullaba por haber tenido que revelar sus secretos de vuelo a Tobo.

Iban a volar con un gran cantidad de artefactos mortales para poder lanzarlos cuando Atrapa Almas revelase su posición o cuando nuestro ataque comenzase a empantanarse.

Esto último no ocurrió. La evaporación del frente tagliano fue como un sueño hecho realidad. La segunda línea duró poco más. La tercera línea, evidentemente compuesta por las mejores y más motivadas tropas de la protectora, resultó más resistente. Como había pasado mucho tiempo cerca de Atrapa Almas, podía imaginarme por qué la tercera fuerza podría tener algo de motivación extra. Atrapa Almas no era una comandante considerada y dada a olvidar.

Sin embargo, había que concederle algo. No esperaba amor o perdón de nadie superior a ella. En el mundo en el que había crecido, esa había sido la norma. Ese mundo, el de la dominación, había demandado crueldad e inflexibilidad. En él no se perdonaban ni la bondad ni la compasión.

La tozudez de la tercera línea fracasó a la hora de resistir la precisión y confianza de nuestros hombres. Los de corazón débil comenzaron a huir y a correr hacia la distante línea de árboles, donde alguien parecía estar reuniendo a los supervivientes.

La derrota era inminente cuando una cúpula de luz cardinal surgió brevemente

justo por delante y volvió a desaparecer. Trataba torpemente de ganar altura cuando una segunda cúpula de luz, esta vez color carmín, apareció y desapareció a mi izquierda.

Se produjeron media docena de fogonazos, todos de color rojo. Cuando creí estar lo bastante alto, me atreví a abandonar los controles del poste lo suficiente para escuchar lo que Murgen había estado farfullando desde que comenzamos el ascenso.

La hechicería parecía haber ennegrecido toda la tierra. Sobre la superficie seguían apareciendo flores rojas que se extendían a partir de un puntito en un abrir y cerrar de ojos. Eran casi negras en el centro, pero se tornaban amarillas por el fuego, conformando un círculo de unos doce metros de diámetro. Desde la altura no se veía nada sino los repentinos crisantemos rojos que brotaban al azar. La tierra parecía un oscuro tablero de juegos sobre el que florecía un jardín de flores muertas que se marchitaba gradualmente.

Lo que quiera que estuviese sucediendo, era algo pasivo. No nos atacaba directamente. La brujería había sido colocada previamente y estaba siendo accionada por nuestros soldados al avanzar. No nos estaba yendo demasiado bien.

Atrapa Almas no aparecía por ningún lado.

A mi izquierda, Dama y Sauce desaparecieron tras el humo mientras todos los lanzadores de bolas de fuego adjuntos a su poste rociaban el campamento tagliano. Docenas de fuegos surgieron allí abajo, pero los círculos rojos seguían floreciendo entre nuestros soldados.

Avancé con el poste medio kilómetro.

—Satura el bosque —le dije a Murgen—. Está ahí metida. ¿Dónde demonios se han metido mis cuervos? Nunca aparecen cuando los necesito.

Habían desaparecido durante mi ascenso a las alturas. Quizá no les gustaba alejarse demasiado de la superficie de la tierra.

No había signos de las Sombras Desconocidas por ningún lado. Pero era algo que esperaba. Tobo había alejado a la mayoría de los seres ocultos la noche anterior por su propia seguridad.

Percibes cosas extrañas en momentos de tensión. Yo percibí la ausencia de cuervos en el campo de batalla. Una extraña ausencia que nunca antes había visto. Los buitres sí comenzaban a hacer círculos sobre el bosque.

Murgen gritó que el enemigo cobraba valor ante nuestro infortunio.

—Lanza las bolas de fuego a lo largo de la línea de árboles —dije.

En realidad, era tarea mía, ya que tenía que dirigir el poste Voroshk hacia el lugar donde quería que fuesen las bolas.

Shukrat, mejor instruida en el manejo de los postes, llegó desde el este volando bajo y lanzando fuego sobre la línea tagliana. Apenas malgastaba una sola bola.

Nuestro avance por tierra se detuvo. Dormilón no se retiró, pero tampoco estaba

dispuesta a enfrentarse a más magia asesina.

No podría ver el daño causado hasta que volviese a tierra. No tardé mucho en hacerlo, ya que una vez que gastamos las bolas de fuego no había nada más que Murgen y yo pudiésemos hacer desde arriba.

Podía imaginarme a Atrapa Almas en aquellos bosques riéndose hasta reventar por el daño que nos había causado.

Los taglianos lanzaron un contraataque descoordinado e ineficaz que resultó desastroso y tuvieron que volver a huir. La brujería de Atrapa Almas no distinguía entre amigos y enemigos, solo entre direcciones del movimiento.

Fuimos a retaguardia. Volví a montar en mi caballo y avancé. La brujería de Atrapa Almas habría resultado terrible. El lugar donde cada flor de luz había surgido seguía siendo de un rojo tan oscuro que casi era negro. La oscuridad se desvanecía en los bordes y la hierba pisoteada parecía brotes de trigo invernal. Pero cosechas más extrañas surgían dentro de los círculos.

Había hombres hundidos en la tierra, algunos solo hasta los tobillos, otros hasta la cintura y aún más. Quedaron detenidos en mitad del avance, aún en formación. Las armaduras no contenían ni siquiera un fantasma de vida.

Alguien había tratado de abrir varias armaduras. Dentro no había nada más que carne y huesos carbonizados. Un rápido cálculo sugirió que habíamos perdido cuatrocientos o quinientos hombres en un horror que había sido casi más rápido de lo que se tarda en contar.

—Algo va mal —dije—. Atrapa Almas ha parado.

—¿Qué? —preguntó Murgen.

Estaba tanteando un círculo mortal. Descubrí que ahora estaba frío y que la superficie visible no era más gruesa que una uña.

—¿Qué es eso?

Más tarde, cuando recogimos a los muertos, supimos que no se habían hundido en la tierra. La supuesta porción hundida no estaba allí cuando excavamos. Probablemente se habían derretido.

—Atrapa Almas ha dejado de jugar con nosotros. Debía de haber estado controlando esos círculos de algún modo. De otra manera, habría matado a sus soldados la primera vez que se retiraron. Pero ya no funciona. ¿Qué ha cambiado? ¿Qué ha ocurrido?

De repente, los cuervos sobre el bosque bajaron rápidamente en espiral, como si planearan atacar algo.

—Veamos qué se propone Dormilón —dije.

Dormilón estaba enviando exploradores a los límites de donde procedía el peligro. Hasta entonces, las flores mortales habían surgido en los flancos.

Los buitres detuvieron su descenso justo en las copas de los árboles, pero

continuaron pareciendo más depredadores que carroñeros. Uno sufrió el impulso de bajar un poco más.

Una banda color dorado oscuro surgió como una gigantesca lengua de un sapo. Un fogonazo de luz rodeó al animal. Parecía un inmenso buitre recortable. El recortable se convirtió en cientos de fragmentos que cayeron como hojas revoloteando.

Los buitres restantes eligieron seguir con lo suyo en otra parte.

Nadie excepto yo pareció darse cuenta de lo que ocurría.

¿Dónde estaban mis malditos cuervos? Podría enviarlos a ver qué ocurría mientras mantenía el culo a salvo. ¿Cuál era la ventaja de interpretar un personaje mítico si no hacía nada mítico?

Momentos más tarde, Tobo y Aullador estaban sobre el bosque dejando caer prosaicas bombas de fuego sobre las fuerzas taglianas.

Dama se nos unió antes de que los exploradores de Dormilón hubiesen decidido si podíamos escapar a salvo de la zona de muerte. Tenía un mapa que enseñó a la capitana. Un vistazo me bastó para saber que mi amorcito no había perdido el tiempo allí arriba. Había señalado los círculos mortales y había un patrón que se hizo aparente. Las posiciones de aquellos que aún no habían sido activados eran evidentes. A menos que Atrapa Almas hubiese sido consciente de nuestra capacidad aérea. Si ese era el caso, los círculos de la muerte estaban allí tan solo para dirigirnos hacia algo mucho más cruel y aterrador.

Dormilón convocó a los comandantes de batallones inmediatamente.

CAPÍTULO 69

A MEDIO CAMINO: LO IMPERADO

Los soldados de Atrapa Almas lucharon tozudamente por un tiempo a lo largo de la linde del bosque, pero habían sufrido demasiado como para resistir mucho ante un ataque continuo por parte de nuestros sanguinarios profesionales.

La mayoría de los taglianos no deseaban ver a sus mujeres y niños perder a sus padres y maridos. Dormilón dio orden de dejar marchar a cualquiera que depusiese las armas.

La economía que heredase el prahbrindrah Drah sería mejor si no se veía dañada por una gran mortandad de los hombres del imperio (ahora que se estaba recuperando de las bajas provocadas por las guerras de los Maestros de las Sombras y de Kiaulune).

—No ha sido una victoria tan aplastante como esperaba, pero la acepto —dijo Dormilón—. A pesar de nuestras bajas puede que hayamos ganado hoy esta guerra.

Aquello generó multitud de miradas atónitas e incrédulas. Atrapa Almas aún estaba allí y de un humor de perros. Podían esperarse más sorpresas desagradables.

—Si seguimos tras ella se distraerá cuando llegue a Taglios.

Los planes de Mogaba eran poco seguros y así lo expresé.

—Por mucho que su conciencia le dijese una cosa hace unos meses, se preocupará más de salvar su pellejo que de mantener sus promesas cuando sus viejos enemigos estén a las puertas de la ciudad.

Dormilón comenzó a decir algo sobre Aridatha Singh, pero se lo pensó mejor.

Un fognazo carmín apareció sobre el terreno mortal. Usando el mapa de Dama, Tobo había accionado una trampa bombardeándola desde la alfombra voladora de Aullador.

—Una vez que Tobo haya acabado, quiero que pases a algunos prisioneros por esa área —le dijo Dormilón a Runmust Singh—. No deseo dejar ni uno de esos artefactos activos. Podría pasar por ahí un chiquillo y matarse.

Como si el campo estuviera lleno de niños estúpidos.

—Estaría más contento si pudiésemos agarrar algunos de esos cacharros para nuestro propio uso —dije—. Si Mogaba contase con algo así, tendría alguna oportunidad de matar a Atrapa Almas.

Dama me arruinó la diversión.

—Se lo olería. Ella ha creado esos artefactos. Seguro que tienen medidas de seguridad para que no sean empleados contra ella.

En los bosques se alzaron muchos gritos. Tobo y Shukrat se dirigían hacia allí por si los soldados necesitaban ayuda. Momentos más tarde, la alfombra de Aullador volvió hacia nosotros.

Tobo no se molestó en desmontar, sino que habló desde ella:

—Han encontrado a la Hija de la Noche. La tienen en una jaula. Atrapa Almas ha huido y la ha dejado atrás.

Dama y yo nos miramos. Parecía algo improbable. A menos que la chica fuese el cebo de una trampa realmente mortal. Podía ser. Atrapa Almas había sembrado el campo de muerte y había consumido a nuestros soldados sin que las Sombras Desconocidas se dieran cuenta de ello.

CAPÍTULO 70

A MEDIO CAMINO: LA CAPTURA

La jaula estaba en mitad de una tienda a medio derrumbar. Varias bolas de fuego la habían rajado, pero no consiguieron prenderle fuego.

—Tened extremo cuidado —les dije a todos—. Si hay un instante en el que Atrapa Almas intentaría atacarnos, es este.

Dormilón hizo que sus secuaces apartaran a los soldados curiosos. Estábamos más cerca de la tienda de lo que quería Dama (aunque eso tenía que ver tanto con a quién se esperaba encontrar como con su preocupación por alguna trampa mágica).

Nadie había sido capaz de percibir nada activo.

—Repasa todo tres veces más —le dijo Dama a Tobo—. Después vuelve a revisarlo. Aullador, tú haz lo mismo.

—¿Dónde está Goblin? —preguntó en voz alta.

Como no recibió respuesta, se giró hacia los hombres que habían encontrado la tienda. Todos estaban en perfecto estado de salud, a pesar de haber tenido tiempo de merodear antes de informar del hallazgo.

—¿Dónde está el hombrecillo? El que se escapó en Nijha.

Se encogieron de hombros. A lo mejor no sabían de qué estaba hablando.

—Ahí abajo hay otra jaula —dijo un alma valerosa—. Está volcada y rota. Quizá se escapó.

Dama y yo nos miramos. ¿Por qué se marcharía Goblin sin la chica?

Era imposible que hiciese algo así.

—Aquí no hay peligro —anunció Tobo.

Aullador trató de estar de acuerdo, pero su voz se ahogó en un grito.

—Algo no va bien —dije—. Tobo, envía a tus colegas invisibles a que exploren. Necesitamos sobre todo saber dónde están Goblin y Atrapa Almas. Tan pronto como podamos. Tenemos que seguirles el rastro.

Dormilón asintió irritada.

Dama y yo nos acercamos con cuidado a la tienda.

Hay muchas clases de trampas mortales.

Como nos habían avisado, había una jaula rota vacía. La otra descansaba sobre un costado, con la puerta hacia abajo. Una mujer atractiva, totalmente desnuda, yacía tumbada dentro.

Dama me sorprendió cuando dijo algo sobre su pobre niñita e intentó echar a correr hacia ella. La agarré del brazo.

—Tranquila.

El cuerpo parecía haber sido colocado así adrede. Atrapa Almas se moriría de risa durante décadas si conseguía matarnos gracias a una hija que sentía por nosotros lo mismo que por los caballos, el ganado y todo aquello que había pasado por su vida.

Dama se detuvo, pero la paciencia le duró poco.

—¿Qué?

—Esa no es Booboo. No lo creo.

Pero aquella carne desnuda no podía ser una ilusión, ¿o sí? Goblin solía hacer ese tipo de cosas... Sin embargo, Tobo decía que no había magia en acción.

Me puse en cuclillas, gruñendo con el crujir de mis rodillas, alargué un brazo por entre los barrotes y retiré el pelo oscuro de la nuca de la mujer.

Hice que Dama se agachara a mi lado. Sus rodillas crujieron tanto como las mías.

—Mira. Hago bien mi trabajo, ¿eh? Apenas se ven cicatrices.

Exageraba. Las cicatrices eran horrorosas. Pero no tanto como para ser alguien a quien le habían cosido la cabeza tras cortársela.

—Comprueba el pie. ¿Qué pie fue herido? El derecho, ¿verdad?

Descubrí el pie derecho de la mujer. La herida, hecha por la trampa de Goblin y los burdos intentos de Atrapa Almas de curársela, fueron visibles de inmediato.

—La odio incluso más que antes —dijo Dama—. Excepto por el pie y las cicatrices, aún parece tan hermosa como en su decimonoveno cumpleaños. ¿Qué le pasa?

—Desde aquí no sabría decir —contesté—. Pero no me voy a acercar más hasta que sepa que es seguro. ¿Adónde han ido Tobo y Aullador? Tráelos.

Seguía siendo una situación potencialmente peligrosa, aunque no hubiese activa brujería alguna. Atrapa Almas estaría de un humor terrible cuando recuperase el conocimiento.

—La niña debe de tener una opinión bastante baja de nuestros métodos de inteligencia si creía que nos iba a engañar así —dijo Dama.

Me lo pregunté. Quizá aparecimos antes de que la trampa estuviese completa.

—La Gata Sith acaba de ver a Atrapa Almas en el linde norteño del bosque —nos dijo Tobo cuando volvió—. Lleva a Goblin de una correa. Ha reunido a unos cuantos soldados y los tiene construyendo terraplenes.

Cada vez estaba más distraído contemplando a mi cuñada.

Vaya, qué desarrollos más curiosos.

—¿La Hija de la Noche simula ser Atrapa Almas? —balbució.

Tobo casi se cayó de espaldas al darse cuenta de que estaba babeando por una mujer que era quinientas años más vieja que él.

Dama, siempre defensora de las acciones rápidas y decisivas cuando estaba al mando, insistió:

—Necesitamos perseguirla. Esté quien esté al mando. Cada segundo que consiga significarán más bajas y más dificultades más tarde.

Dormilón no estaba en desacuerdo. Era difícil discutir la verdad. Se marchó a restablecer el orden y a continuar el avance. Era extraño que los taglianos, vencidos dos veces y sin entrenamiento o motivación, se estuviesen reuniendo. Pero Tobo insistió en que así hacían y él no estaba sujeto a fantasías. Al menos de esa clase.

Parecía improbable que los taglianos estuviesen bien armados. La mayoría de los soldados habían lanzado sus armas la primera vez que huyeron.

Dama me agarró la mano un instante.

—¿Crees que llegaremos de verdad a verla?

—Comienzas a preguntarte si está más cerca o es más real que Khatovar, ¿verdad?

Sauce Swan apareció dando saltos.

—¿Es cierto? ¿Hemos atrapado de nuevo a Atrapa Almas?

—Las noticias vuelan —dije—. Sí, es ella. Estoy seguro. Eres bienvenido a unirme a mí mientras la examino. Para asegurarnos.

Se había acercado a ella más de lo que yo lo había hecho jamás; y eso que había sido su médico y cirujano. Tendría una mejor oportunidad de encontrar pruebas físicas que nos dijese si era uno de los elaborados trucos de Atrapa Almas. Si recordaba algo después de cinco años alejado.

Yo no creía que fuese un truco. Había algo que no iba bien con la hermana pequeña de mi amorcito. Lo sentí antes de acercarme más.

Swan la examinó y gruñó. No tenía buenos recuerdos de cómo lo había usado en el pasado Atrapa Almas. Pero tampoco le impulsaba odio alguno.

—Mantén en mente lo que esta mujer te hizo, Sauce Swan —dijo Dormilón—. No quiero que vuelva a ocurrir. Y si me lo huelo, ten por seguro que te partiré las piernas antes de que hagas nada.

Swan quiso protestar, mostrarse furioso y afirmar que no había forma de que aquella bruja volviese a meterse en su cabeza. Pero no lo hizo. Era de carne y hueso, y reconoció que la carne era incapaz de pensamientos racionales cuando estaba cerca de una mujer que compartía la sangre familiar de Atrapa Almas.

Su experiencia hablaba por sí misma.

—Entonces, ¿por qué no la matamos sin más? —preguntó con el orgullo herido

—. Aquí mismo. Justo ahora. Mientras tenemos la mejor oportunidad que vamos a tener jamás. Acabar con todo.

—No lo vamos a hacer porque no sabemos lo que Goblin y Booboo le han hecho.

Dama se mostraba extrañamente renuente a decepcionar a un tipo cuya pasión se había fijado originalmente en ella. ¿No estaría desarrollando cierto sentido de la compasión últimamente? ¿O de familia? Ella y su hermana eran enemigas ancestrales, las más antiguas que les quedaban a ambas.

—Atrapa Almas no nos ayudará más de lo necesario, pero algo nos ayudará. Por un tiempo.

Dama asintió. Su hermana estaba loca, pero su demencia era pragmática.

La hermana Atrapa Almas no mostraba signos de recuperación.

No lo dije, pero mis palabras no eran más que un intento de poner al mal tiempo buena cara. Cada vez estaba más seguro de que algo no marchaba con Atrapa Almas. Temía que se estuviera muriendo. Era lo mismo que se había llevado a Sedvod al lugar de donde no se vuelve.

Los otros encontraban demasiado nerviosos con la idea de tenerla a nuestra merced.

CAPÍTULO 71

A MEDIO CAMINO: UNA VERDAD DESAGRADABLE

Durante un tiempo Dama y Swan se preocuparon por el hecho de despertar a Atrapa Almas para que consiguiera entender la situación y comenzara a sufrir por sus circunstancias. Murgen y Thai Dei, Sahra y tío Doj se les unieron. Con el tiempo se propusieron forzar a Atrapa Almas a que nos ayudara, pero antes querían regodearse a gusto.

Atrapa Almas no cooperó. Se quedó totalmente inconsciente, igual que había hecho Sedvod.

El jaleo de las escaramuzas aparecía y desaparecía en la distancia, sin ser nunca demasiado intenso. Nuestros muchachos no sonaban más impulsivos que nuestros enemigos. No los culpaba por no querer morir cuando el resultado de la batalla ya estaba fijado.

Andarríos apareció corriendo.

—Saludos de la capitana, ¿podrías venir todos a ayudarla? Tiene cierto problema. Le gustaría que le dierais consejo.

—Maldita sea —dij e—. Justo cuando crees que no te queda nada por ver...

—¿Qué tipo de problema? —preguntó Murgen.

No estaba distraído a causa de Atrapa Almas. Sabía que cuando la palabra «problema» se usaba de aquella manera, era sinónimo de que su hijo estaba a punto de tener que hacer algo peligroso.

—Tenemos problemas para controlar lo que queda del enemigo.

—¿Por qué no dejarlos en paz? —sugerí—. Están huyendo.

Andarríos me ignoró.

—A unos cien metros los soldados pierden interés. Los pocos que consiguen seguir y acercarse a cincuenta metros dicen que se ponen a pensar en lo malvados que son por interferir en los asuntos de ella y que deberían estar ayudándole a cumplir su sagrado destino. Ese «ella» está sin definir, pero creen que piensan en la protectora, ya que la protectora es el mal que conocen y al que supuestamente deberían estar

persiguiendo.

Dama me hizo un gesto para que me acercara.

—Manejaré este extremo —me susurró—. Toma la alfombra y los postes y bombardea el mando tagliano desde fuera del alcance de los conjuros.

—Casi nos hemos quedado sin bolas de fuego.

—Pues tira piedras. O ramas ardiendo. O cualquier cosa que la haga concentrarse en evitar el ataque. Cuanto más se aleje de sus tropas, más disminuirá el encantamiento. Entonces comprenderán la situación y saldrán corriendo.

Su confiado consejo sugería que hacía tiempo que conocía aquel encantamiento.

—Lo primero que tenemos que hacer es cargar las flechas —les dije a todos—. Las dejaremos caer desde un lugar al que ella no pueda llegar. Desde unos ciento cincuenta metros serán mortales.

Tenía el estómago hecho un nudo. Estaba hablando de bombardear a carne de mi carne.

Pero una parte de mí estaba segura de que la chica evitaría cualquier daño personal. Y otra parte creía que la confrontación había sido inevitable desde el momento en el que Narayan Singh arrancó a nuestro bebé de brazos de Dama.

Funcionó. La chica, con el disfraz de su tía, salió corriendo de un lado a otro seguida por Goblin. Gastamos las últimas bolas de fuego y bombas. Su infalible falta de puntería refrescó mi cínica opinión sobre nuestra posibilidad de conseguir un respiro.

La pareja intentó contraatacar. Siempre que un volador descendía hasta cierto nivel, una hilera de luces color orina ascendía hacia él. Pero los manteníamos demasiado ocupados tratando de librarse de los proyectiles como para concentrarse en su puntería. No sabía quién era la fuente de las mortales luces.

La chica parecía no ser consciente de que el tipo en lo alto con el horroroso disfraz era su querido papá.

Nuestros soldados comprendieron la situación rápidamente y aprovecharon la oportunidad que les ofrecía el cambiante perímetro alrededor de las fuerzas taglianas.

La Hija de la Noche no era muy buen soldado, pero era rápida y decidida y le daba consejos un hombre que había pasado luchando más de un siglo.

Goblin le dijo que atacara, que usara las tropas que tenía encandiladas lo mejor que pudiese. Atacó en dirección a Dormilón ignorando los misiles que caían a su alrededor. Nuestra gente no tenía otra elección que huir de ella mientras intentaban debilitarla desde lejana distancia. Cualquiera que se acercaba demasiado sufría un repentino cambio de idea y tomaba armas a favor de la mesías Impostora, sin entender qué ocurría.

Como se mostraba indiferente ante la muerte de los suyos, Booboo fue capaz de correr por todas partes, desbaratando todo antes de que se organizara, ganando

reclutas por cada dos o tres que perdía, haciendo que para nuestros arqueros fuese realmente difícil lanzar misiles a los soldados que habían sido sus camaradas hacía poco tiempo. La chica llegó incluso casi a atrapar a Atrapa Almas.

Entonces Tobo la cagó.

Asumió que su fuerza, combinada con la de Aullador, sería suficiente para doblegar a una chica sin entrenamiento si la atacaban de repente, desde una dirección inesperada. Y quizá tuviese razón. Pero olvidó que su compañero no era el Goblin con el que había crecido. Aquel Goblin estaba infectado por una diosa.

Las luces color orina golpearon la alfombra voladora justo antes de que Tobo y el Aullador soltaran lo mejor que tenían. Un trozo de la alfombra quedó reducido a hilachos negros. Aullador, Tobo y el resto de la alfombra salieron despedidos hacia adelante, a salvo de los conjuros, pero no de un golpe brutal contra las ramas de los árboles en las que se hundieron. El Aullador soltó un par de chillidos de dolor.

La barra de luz color orina consiguió eliminar de un plumazo a los dos hechiceros; el joven y el viejo. Sus conjuros hicieron daño a los defensores de Booboo. Incluso consiguieron inutilizar a sus objetivos. Pero, debido a que los hechiceros estaban rebotando por los árboles y no informándonos de lo sucedido, el resto no tuvimos oportunidad de aprovecharnos de ello.

CAPÍTULO 72

A MEDIO CAMINO: LOS RESCATADORES

Tuvimos una especie de pausa. No pudimos llegar a Goblin y a la Hija de la Noche cuando estaban más vulnerables. Sus matones no sabían que habíamos perdido nuestras armas más potentes, al menos por un tiempo. Mis cuervos, que habían vuelto justo cuando les llegó la hora de actuar de portavoces de Tobo, me informaron de que Aullador y Tobo habían sobrevivido, pero que estaban heridos. Estaban escondidos en los bosques, a unos cuantos metros de donde se agazapaban, jadeando por el cansancio, la Hija de la Noche y Goblin.

Intenté que Dormilón se enterara sin levantar revuelo, pero Sahra estaba atenta. En unos instantes se puso en tal estado que ni siquiera Murgén pudo aplacarla.

—¡Tienes que hacer algo! —chillaba.

—La Hija de la Noche te va a oír —gruñó Murgén.

—¡Tienes que sacarlo de ahí!

—¡Silencio!

Yo estaba de acuerdo. Alguien tenía que hacer algo. Ese alguien podía ser yo. Pero la única ayuda útil que tenía eran mis dos ayudantes córvidos. Por turnos informaban de que Tobo estaba inconsciente o delirante. No podían obtener órdenes fiables de él. Se negaron a ser usados para dar órdenes a las otras Sombras Desconocidas. Se reunían en tal número que era imposible no atisbarlas cuando te girabas o te movías repentinamente.

—No podemos acercarnos —le dijo Murgén a Sahra.

La zarandeó. No escuchaba, pues si lo hacía tendría que soportar verdades incómodas.

Shukrat dio un paso.

—Puedo traerlo —nos dijo.

Sahra se calló. Incluso Dormilón dejó de reunir lo que quedaba del ejército y puso atención.

—Necesitaré que me deis mi ropa —nos dijo Shukrat.

Tenía poco acento.

—El encantamiento no me tocará si voy protegida por mi ropa.

Su uso del tagliano era perfecto.

La histeria de Sahra amainó inmediatamente. Nunca entenderé a esa mujer. Apostaba a que iba a ponerse peor.

El resto nos miramos. No podíamos sobrevivir sin Tobo. No en este mundo. Ni con nuestros enemigos. Teníamos que sacarlo de allí antes de que la Hija de la Noche descubriera la oportunidad que la fortuna había puesto a sus pies.

—Alguna vez tendréis que confiar en mí —dijo Shukrat—. Esta podría ser vuestra oportunidad.

Quizá no fuese tan tonta como parecía.

Tobo confiaba en ella.

Miré por encima de su cabeza al lugar donde Dormilón continuaba protestando hecha una furia con Iqbal Singh y un oficial con una armadura estilo Hsien, seriamente dañada. Lo había oído. Hizo una señal con la mano y asintió para indicar que la decisión era mía. Conocía a los chicos Voroshk mejor que ella.

—De acuerdo —le dije a Shukrat—. Pero yo voy contigo.

—¿Cómo?

—Me pondré la ropa de Gromovol...

Estaba más divertida que alarmada, aunque también preocupada. Muy preocupada por Tobo.

Debido a mi obsesión por las lealtades y las hermandades y a mi fe en el pasado, me resulta difícil creer que otras personas puedan ser tan flexibles en situaciones cambiantes. Yo no podría haber asumido un cambio tan radical de las circunstancias.

—No funcionará, ¿verdad?

—No. Las ropas son creadas específicamente para cada uno de nosotros. De manera individual.

Tenía un ligerísimo acento, no mayor que el mío, pero le faltaba vocabulario. Sus palabras eran más sencillas de lo que podrían haber sido.

—Aunque pueden ser ajustadas por un sastre de habilidades suficientes. Pero estas habilidades se tardan en aprender veinte años.

—De acuerdo. ¿Dónde está escondido el material? ¿En la carreta de Tobo?

El chico llevaba tantos trastos que necesitaba una carreta propia y animales para tirar de ella. La carreta contenía cosas tan diversas como chucherías y otros objetos milagrosos. Eran cacharros que había acumulado durante toda su vida y que no quería dejar atrás.

—Vamos.

Tenía la esperanza de que no hubiese dejado conjuros de proyectiles para proteger la carreta, en cuyo caso no podríamos acceder a las herramientas necesarias para

salvar el pellejo de aquel desaliñado granuja.

CAPÍTULO 73

A MEDIO CAMINO: EL RESCATE

Totalmente vestida con el uniforme familiar, Shukrat parecía mucho más formidable que aquel rostro bonito y pecoso que siempre estaba junto a Tobo. Sus vestiduras parecían tener vida, estar nerviosas por haberse reunido con ella. La tela negra se le enrollaba sin descanso. Se parecía a una Sombra Ignota que hubiese elegido ser vista. Sus ojos azules brillaban. Sospechaba que se lo estaba pasando en grande.

—El padre de Tobo y yo iremos contigo hasta donde podamos —le dije.

Aunque no parecía necesitar ayuda, entendió que llevar a Murgén significaba que también estaría Thai Dei, quien no se fiaba en absoluto de ella.

Nuestros tejemanejes a veces extraños no le interesaban a Shukrat. Tampoco iba a hablar de ello con un viejo chocho como yo.

Shukrat olvidó que llevaba aquellas mismas ropas el día en el que cayó en nuestras manos. Cuando no estaba sola. Olvidó que no era invencible.

A los hechiceros nunca les falta confianza en sí mismos. Sobre todo a los jóvenes. Aquellos cuya confianza es justificada llegan a viejos.

Un pelotón de guerreros de élite vendría por detrás, lo suficientemente lejos como para no herirle su orgullo, pero tan cerca como para salvarle su bonito trasero si su confianza no estaba del todo justificada.

Por el bien de Tobo trataría de asegurarme de que aquella chica llegaba algún día a ser una hechicera anciana, al menos durante un día más.

Murgén recogió varios proyectores de bolas de fuego para él y para Thai Dei. Tío Doj se recogió a sí mismo y a Varita de Fresno y se invitó al juego. Podía ser más viejo que la tierra, pero aún era más ágil que yo. Él y sus discípulos pasaron por el bosque maltrecho en un silencio tan absoluto que me pregunté si había perdido el oído. Mis viejos huesos cooperaban menos y acabé en la retaguardia. Todo mi cuerpo insistía en recordarme que recibí una herida crítica no hace mucho. Aunque así era casi cada día.

Llevaba la armadura de Tomavidas. Aunque la reproducción de Hsien era más silenciosa que el metal original creado por Atrapa Almas, sonaba como una cacharrería andante.

Llevaba la lanza de Un Ojo, en contra del consejo de Dama.

El poste volador de Shukrat aleteaba tras de ella. Mis cuervos lo montaban, uno indicaba las direcciones, el otro estaba preparado para dar noticias o avisos inesperados a la retaguardia.

En algún lugar del mundo era fiesta. Y el destino me ofrecía una visión de Goblin, ajeno a aquel seguimiento, en la distancia. Me recordó a cuando ponía esa excusa para emborracharse diariamente. Sopesé la lanza.

También vi a la chica. Se movía, pero lo hacía como una borracha a punto de desmayarse. Me recordó a otro tiempo, mucho más lejano, cuando un hermano llamado Cuervo y yo emboscamos a una hechicera llamada Susurro siguiendo órdenes de Atrapa Almas. Los círculos de la fortuna. La mujer loca en otra ocasión fue nuestra jefa. Ahora trabajaba para nosotros. O se le daría la oportunidad de trabajar para nosotros si podía mantenerla viva. Era una tarea difícil.

Viendo a la chica y a mi viejo amigo heridos deseaba tener un arma para poder acabar con todo.

La lanza de Un Ojo pareció girar en mi mano.

Señalé lo que veía a Murgen y a Thai Dei.

—Al salir. Una vez tengamos a Tobo y Aullador —susurré.

Señalé los postes de bambú.

Murgen se esforzó por mantenerse impertérrito. Thai Dei no tuvo que esforzarse. Su rostro, por lo que yo había visto, no tenía expresiones faciales. Tío Doj asintió. Sabía lo que eran las necesidades desagradables.

—Lo haré si tú no puedes —le dije a Murgen.

A veces tienes que blindarte el corazón.

Unos pasos más adelante nos encontramos con el fenómeno emocional del que habían informado los soldados. Pero con la chica conmocionada no pudo vencer a la razón. Solo tuve que concentrarme en no dejarme vencer por el amor hacia la Hija de la Noche.

Me preguntaba cómo habría sido si hubiese tenido el control de sus facultades.

Llegamos hasta Tobo sin incidentes. Aullador estaba a menos de tres metros, milagrosamente en silencio. Los dioses tienen unos juegos sorprendentes.

Examiné a Tobo antes de que nadie lo moviese. Su pulso era fuerte y regular, pero estaba lleno de cortes y abrasiones y tenía muchos huesos rotos. No iba a ser muy útil durante un larga temporada.

—No le habría pasado nada si hubiese llevado esto —dijo Shukrat señalando su ropa.

Parecía estar a prueba de conjuros. Tal y como prometió, no sufría efecto alguno por las emanaciones de la Hija de la Noche.

Para el resto era una lucha constante y cada vez era más difícil, pues Booboo iba recobrando la consciencia.

Pusimos a Tobo sobre una tosca camilla que colgamos debajo del poste volador. A Aullador lo colocamos sobre el mismo poste y lo atamos hasta que quedó quieto. No estaba malherido, sino simplemente inconsciente. Sus harapos le habían sido más útiles que una armadura.

Necesitaba encontrar una chabola y conseguirse algunos trapos. Necesitaba imperiosamente ropa nueva. Lo que llevaba ya no se podían llamar ni siquiera harapos.

Les pedí a Thai Dei y a Murgén que recogieran todas las partes de la alfombra voladora que pudieran, sin alarmar a los taglianos con nuestra presencia. Quizá pudiésemos aprender algo de ellos. No nos hacía falta que a Goblin y Booboo se les ocurriera algo brillante con lo que mejorar su movilidad.

Aullador eligió ese momento para despertarse, se estiró y saludó al mundo con un buen grito. Le puse una mano enguantada sobre la boca, pero actué demasiado tarde.

Los hombres de Booboo comenzaron a aproximarse. Goblin se despertó y miró a su alrededor con aparente confusión. Alguien se lanzó ansiosamente contra la Hija de la Noche. Golpeó con violencia a la chica, haciéndola caer y dejándola más aturdida de lo que ya estaba.

El hechizo «Ámame» se debilitó considerablemente.

Se materializaron media docena de soldados taglianos. Los primeros dos se detuvieron de inmediato cuando nos vieron a mí y a Shukrat. Los que venían detrás chocaron con ellos.

Doj se abalanzó como un hombre de un tercio de su edad. Varita de Fresno brilló en una danza mortal.

Aparecieron más soldados. Muchos más. Murgén y Thai Dei vaciaron los proyectores de bolas de fuego que llevaban, después desenvainaron las espadas y se unieron a Doj tejiendo un tapiz de acero.

—Vete. Ahora —me dijo Shukrat—. Tan solo empuja el rheitgeistide. Irá delante de ti.

Descubrí al instante que avanzaba tan solo en línea recta, a menos que un par de personas empujaran y tiraran fuerte para que cambiase de dirección.

No tenía a nadie que me ayudara. Los parientes masculinos de Tobo estaban ocupados convirtiendo al ejército tagliano en pedazos de carne para los cuervos. Shukrat jugaba con un grupo de arqueros taglianos.

Cuando las flechas la alcanzaban parecía perder definición momentáneamente. La capa se arremolinaba a su alrededor, como una nube. Nada la tocaba.

Una nube de miles de copos brillantes, como de obsidiana, burbujeaba alrededor de Shukrat. A pesar de la brisa que soplaba en nuestros rostros, la nube se dirigía hacia los taglianos. En unos instantes, los soldados enemigos comenzaron a perjurarse, golpeándose entre ellos, olvidándose de mí.

Excelente.

Había visto a Un Ojo y Goblin realizar trucos similares con abejas y avispas. En una ocasión uno de ellos conjuró un ejército de hormigas para que atacase al otro. En vida, la mayor parte de su creatividad la usaron para hacerse la vida imposible el uno al otro.

A pesar de los pesares, echaba de menos a aquellos idiotas.

No era un buen momento para ser un tagliano devoto de la mesías de los Impostores, voluntariamente o no. La familia de Tobo lo rociaba todo de sangre.

Aquel maldito Goblin explotó como un vampiro hambriento recién salido de su tumba y aterrizó entre sus soldados. Tres o cuatro cayeron. Doj, Thai Dei y Murgén salieron despedidos como si no pesasen nada. Sus espadas parecían incapaces de hacer daño alguno. Los golpes más fieros sonaban como si estuviesen golpeando un tronco hundido en el agua. Y hacían el mismo daño.

Recordé los últimos momentos de Un Ojo. Y me puse en movimiento. La lanza negra comenzó a alargarse en mi brazo derecho y la punta comenzó a brillar.

Goblin se hizo a un lado con rapidez, evitando ser ensartado. Sin embargo, sufrió un corte tan profundo como para necesitar puntos si hubiese sido el Goblin verdadero.

Su carne parecía más dura que un jamón curado.

El rostro de Goblin mostró sorpresa y también dolor. La lanza relampagueaba y humeaba en mi mano. El pequeño mago chilló. Por un instante vi a su ser auténtico asomarse a través de aquellos atormentados ojos.

Luché por mantener el equilibrio e intenté alcanzarle con una lanzada más decidida.

No conseguí acertarle. Salió corriendo, aterrado por el arma. Parecía que la herida ya se había gangrenado.

Todo esto sucedió en pocos segundos. Las tropas que había pedido que vinieran por detrás no perdieron tiempo en acudir en mi ayuda. Aún en el suelo, Booboo no irradiaba el suficiente «amor» como para inferir en su habilidad para la lucha. Comenzaron a asirnos y a sacarnos de allí.

—¡Puedo andar! —les espeté.

Aunque apenas me quedaban fuerzas. Agarré el poste volador y comencé a empujarlo.

Los soldados se llevaron a Doj y a Thai Dei. Murgén echó el brazo sobre el hombro de otro soldado que había conseguido salir herido.

No parecía que fuese a acabar bien para la familia Ky.

Más hombres nuestros llegaron.

Me apoyé en el tronco. Intenté no preocuparme. Detrás de mí, la escaramuza se hizo más ruidosa. Más hombres llegaban de ambos bandos. La fortuna cambiaba cuando la chica recobraba las fuerzas o las perdía. Evidentemente, usar el encantamiento de «amor» la dejaba debilitada.

—Odio este tipo de batallas —le dije a Dormilón cuando vino para ver cómo les iba a los supervivientes.

Dio la espalda a las filas de caídos.

Aullador ya estaba en pie. Yo tenía a un equipo entero trabajando con Tobo. Murgén iba a conseguirlo. Solo necesitaba tiempo. Pero el tiempo se había agotado para Doj y Thai Dei. Los soldados viven.

Seguí haciendo lo que pude por Atrapa Almas, siempre que mi mujer no miraba.

—Puedes perder a muchos hombres y no conseguir nada.

Lo dije como una sutil sugerencia.

—Ya han comprendido que no pueden ganar. Han comenzado a moverse hacia el norte antes de poder rodearlos. —No oí nada en su voz que denotase decepción—. ¿Qué tal está Tobo?

—No tan mal como su tío y Doj.

—Matasanos.

—Lo siento. Estamos inutilizados. Quizá por mucho tiempo. Si Tobo tiene un hueso que no esté roto, no puedo encontrarlo.

Exageraba, pero no demasiado. El chico tenía la pierna, un dedo y un brazo rotos (por dos sitios), una conmoción y toda una hilera de costillas golpeadas o fracturadas.

—A no ser que quieras enfrentarte a Mogaba sin él.

—¿Superados en número por las mejores tropas que podemos enfrentar, comandadas por el único comandante inteligente que quizá nos encontremos? —Un general al que se había enfrentado durante las guerras Kiaulune, pero al que nunca había derrotado—. ¿Contando con que Aullador haga todo lo posible? Creo que no.

Miraba a Atrapa Almas.

—Entonces será mejor que nos retiremos a Dejagore y nos pongamos cómodos, o avancemos hasta Ghoja.

—Ghoja —decidió al instante—. Tenemos que controlar el paso del río y la barrera.

—No es probable que Mogaba salga de inmediato. Querrá saber qué ocurre antes de decidirse. Demonios, puede que no salga en absoluto si le notificamos lo que ocurre con la Hija de la Noche.

Estuvo de acuerdo.

—Si le avisamos, puede que tenga la oportunidad de hacer algo que nos beneficie a todos. Haz que obtenga la información adecuada.

¿Cómo se suponía que debía hacerlo?

No pregunté.

Me arrodillé junto a Atrapa Almas. Su respiración era entrecortada. Parecía debilitarse.

—¿Cómo está Sahra? —pregunté.

—Se pondrá bien. Ha vivido con la idea durante años. Sabe que nadie sale vivo de aquí. Aunque no tengan esas condecoraciones plateadas. Te haré saber lo que decida sobre los preparativos para el funeral.

Solté un bufido.

Me dejó con un último aviso.

—No dejes que muera su chico. La cosa podría ponerse fea.

CAPÍTULO 74

A MEDIO CAMINO: ARTISTAS DEL ESCAPE

Los chicos Voroshk decidieron huir en algún momento de confusión. Antes de salir corriendo, tuvieron que decidir cómo hacerlo y quién estaría al mando después de conseguirlo, y así siguieron discutiendo mientras el resto estábamos ocupados primero con Atrapa Almas y después con Booboo.

Nada quedó decidido. Tras el ocaso, sorprendieron a sus guardianes usando conjuros de desorientación. Gromovol mató a varios soldados, especialmente porque Magadan le dijo que no lo hiciera. Tan pronto como estuvieron libres, Gromovol se puso a buscar su poste volador. Arkana y Magadan creyeron que era más importante encontrar la ropa. Sin ella eran inofensivos. Le ganaron la partida a Gromovol. Conocían tanto a la Compañía Negra como para querer distanciarse del destino que les deparaba el futuro.

—Hemos de llevarnos una de esas llaves para la Puerta de las Sombras —le dijo Arkana a Magadan—. De otro modo, nunca llegaremos a nuestro mundo.

—Si tenemos la oportunidad, eso es lo que haremos. Pero lo principal es alejarnos de estos dementes.

Tras varios meses, Magadan seguía sin entender lo que ocurría en este mundo. Era demasiado extraño. Nada tenía sentido.

En su mundo no había habido guerras desde que sus ancestros accedieron al poder.

A doscientos metros, Gromovol hizo algo estúpido y se delató al intentar robar el poste volador. Sonó una alarma. En unos minutos la ira asoló el campamento. Los guardias asesinados habían sido encontrados.

Arkana perjuró.

—¿Ese idiota? Será mejor que nos rindamos ante alguien importante. Si seguimos corriendo, los soldados que nos atrapen no oirán nuestras explicaciones.

—Shukrat...

—Shukrat se ha hecho nativa. Shukrat ha supuesto que no hay manera de volver a

casa, de modo que ha decidido hacerse la vida lo más cómoda posible aquí. Quizá sea debido a su madre.

—¿Qué?

—Su madre. Shukrat ha estado muy rara desde que el Primer Padre apartó a su madre por esa mujer, Saltireva. Además, está encaprichada de Tobo.

—Es una monada, ¿no te parece?

—¡Magadan! Bueno, sí, exótico diría yo.

—He oído que su madre fue una de las más bellas de este mundo cuando era joven. Pero su padre me parece que no venía de la misma cepa.

Mientras hablaban, Magadan iba olvidando su nerviosismo. No tenía destino en mente, pero tampoco tenía intención de abandonar. No dispondrían de otra oportunidad como aquella.

—Puede que Shukrat tenga razón —dijo Arkana.

—¿Qué?

—Supon que no se ha acostumbrado realmente a esto. Supon que lo único que está haciendo es ganarse su confianza. Quizá algún día salga con una de sus llaves y abandone este mundo.

—Maldita sea.

—Shukrat no hará eso. Pero podríamos adoptar la estrategia.

Shukrat no había tardado mucho en recuperar su poste y su ropa. Se estaba convirtiendo en parte importante de la Compañía Negra.

—¿Por qué no hemos pensado antes en eso? —gruñó Magdan.

—Porque somos casi tan estúpidos como Gromovol —contestó Arkana—. Estamos ciegos a todo lo que no sea igual que casa. Shukrat no es brillante. Pero sí comprende que esto no es nuestro hogar ni nunca lo será. Me vuelvo. Haced lo que queráis. Cuando todo cese, quiero que me encuentren en el mismo lugar donde me dejaron. Yo me negué a huir. Todo fue idea del idiota de Gromovol.

Pero, querida princesa de hielo, ¿no entiendes que nunca estás realmente sola en la Compañía Negra?

Los Voroshk nunca comprendieron del todo que las Sombras Desconocidas se hallan con nosotros en todo momento. Si Tobo quisiese, podría catalogar cada una de sus respiraciones. Los seres ocultos interceptan las emociones. Aprenden a entender lo que se dice mucho más rápido que aquellos a los que se les dan bien los idiomas, como yo. Los Voroshk ya no tenían secretos.

A veces el infortunio se introduce en nuestras jugadas.

—Hazlo —le dijo Magadan a Arkana—. Muéstrate amable. Haz lo que ha hecho Shukrat. Cuando consigas la llave, ven a buscarme. Te llevaré a casa.

—Ven conmigo.

—No puedo. Me culparán por lo que hizo Gromovol.

El diablo nombrado apareció de repente, corriendo directamente hacia ellos, la luz de las fogatas exageraba el terror que le deformaba el rostro. Gromovol esperaba poder abrir de par en par la puerta hacia la libertad, pero había descubierto que se trataba de la puerta hacia el infierno y nadie en el otro lado se preocupaba lo más mínimo por quién era.

Antes de que todo se solucionase y las tropas se calmaran, mataron a Magadan, Gromovol quedó gravemente herido y Arkana fue violada en repetidas ocasiones. Cuando la inspeccioné, también tenía varias costillas rotas y una pierna fracturada. Con el tiempo supe todos los detalles gracias a mis cuervos, que parecían más inclinados a ser comunicativos cuando Tobo estaba fuera de acción.

Los soldados cuyos amigos han sido asesinados no son nada amables. En una Compañía sin Dama y sin capitana no habría habido medidas disciplinarias. Pero tal y como estaban las cosas, la disciplina fue liviana y dirigida fundamentalmente hacia aquellos que atacaron sexualmente a Arkana. Una cosa así no podía ser ignorada.

CAPÍTULO 75

†AGLIOS: EL PALACIO

Mogaba aún no era consciente del desastre que había acaecido al Ejército Medio cuando se encontró con las dos mujeres en sus aposentos. A Dama la reconoció. A la joven rubia, no. Seguramente debía de ser otra hechicera, o así pensaba. El terror le aferró el estómago. Sus latidos se redoblaron. Pero en el exterior no mostró signo alguno. Había tenido que enmascarar sus emociones en presencia de locos y de una demente durante décadas. Los locos habían desaparecido. Con suerte, otro tanto ocurriría con la demente. Él, sin embargo, seguiría allí.

Se inclinó ligeramente.

—Dama. ¿A qué debo este inesperado honor?

—A desastres. Por supuesto.

El gran general miró a la joven. Era totalmente exótica, como ninguna otra mujer que hubiese visto.

Aunque era blanca y rubia no se parecía en nada a Sauce Swan. En ella había cierto aire extranjero.

Debía de provenir del lugar donde se había estado ocultando la Compañía Negra los últimos años.

—Estoy seguro de que no has venido hasta aquí para quedarte ahí con cara de misterio —dijo.

—La Hija de la Noche y la cosa que está en el interior de Goblin consiguieron vencer a la protectora. La chica se puso la ropa de Atrapa Almas. Simula ser ella. Ha despilfarrado el noventa y cinco por ciento del Ejército Medio. Se dirige hacia aquí. No estamos en condiciones de perseguirla. Mi marido pensó que debías saberlo. Quiere que te recuerde que la Hija de la Noche tan solo existe para provocar la venida del Año de los Cráneos. Quiero que sepas que Kina es real. Puedes dudar de cualquiera de los otros dioses, pero no de esta. Sigue ahí fuera. La hemos visto. Y si se libera ninguna de nuestras disputas importará lo más mínimo.

No hacía falta recordarle a Mogaba que el Año de los Cráneos sería una atrocidad

mucho mayor que cualquiera de las azarosas barbaridades de Atrapa Almas. La protectora era el caos. Kina era la destrucción.

—Tenemos un plan para manejar a Atrapa Almas. Debería funcionar contra cualquiera que se haga pasar por ella. Quizá mejor.

No preguntó qué había ocurrido con Atrapa Almas. Se contentaba con esperar que aquella fase de su vida hubiese acabado.

—La chica no tiene los poderes tan precisos de Atrapa Almas, pero sí tiene mucho talento en bruto. De algún modo se ha rodeado de un aura que provoca que cualquiera que esté a treinta metros se enamore de ella y haga todo lo que le plazca. Se ha manifestado de manera leve, pero me temo que podemos esperar que crezca cuando lo entienda y lo practique.

—Eso no es bueno. No es nada bueno. Eso complica la posibilidad de matarla. ¿Alguna forma de evitarlo?

Al ver el ligero sobresalto de la rubia cuando Dama contestó «No que sepamos», Mogaba dedujo que no estaba siendo del todo sincera. Pero él también se habría reservado algo en su lugar. Era evidente que si tenían algo, no era muy efectivo o ya lo habrían usado.

—Gracias por el aviso —dijo el gran general—. Haremos uso de él. ¿Algo más?

En el fondo alimentaba una leve esperanza de que pudiese haber una reconciliación. Una esperanza que, como bien sabía, no era realista. Pero todo el mundo alimenta sueños imposibles. Incluso los dioses perseguían lo imposible.

Mogaba expuso los hechos tal y como se los habían contado. Dejándolo todo meridianamente claro.

—No somos sus amigos. Simplemente quieren que alguien asuma parte del coste de eliminar los enemigos por los que tienen que pasar para llegar hasta nosotros.

—¿Qué hay de la veracidad del informe? —preguntó Ghopal Singh—. ¿Nos están intentando engañar para que ataquemos a la protectora? Si consiguen que ataquemos justo en el momento en el que estén cerca de Atrapa Almas y fracasamos, alcanzarán las puertas de la ciudad con Taglios sumida en el caos.

—Nosotros acudimos a ellos, Ghopal —intervino Aridatha—. ¿Recuerdas que tuve que cruzar medio mundo a la carrera para decirles que íbamos a tratar de librarnos de la protectora? ¿Recuerdas que los ayudé a tomar Dejagore como muestra de buena fe?

—Las circunstancias han cambiado.

—Ghopal —intervino Mogaba—, he pensado mucho en esto. Creo que es verdad. La protectora se encuentra fuera de juego. Quizá sea momentáneamente. Demonios, quizá así sea. Ya ha tenido recuperaciones increíbles en el pasado. Lo que me duele, por supuesto, es que esa gente parezca no estar preocupada por tener que enfrentarse

con nosotros en el momento decisivo.

—Una idea que no es descabellada si se piensa fríamente —carraspeó Aridatha.

—¿También estás seguro de que el Ejército Medio ha sido destruido? —preguntó Ghopal.

Ni siquiera los altos cargos del ejército habían digerido las noticias sobre las pérdidas de Dejagore y del Ejército del Sur que se quedó fuera de la ciudad. Mucha gente aún esperaba oír cómo respondía Dejagore al cambio de amos.

La naturaleza de tal respuesta tendría repercusiones en todo el imperio tagliano.

¿Sería celebrada la vuelta de la monarquía? ¿O se vería con malos ojos? La respuesta de Dejagore sin duda establecería el patrón para todas las ciudades y pueblos que cayesen en manos de la Compañía.

—Estoy seguro de ello —le dijo Mogaba a Ghopal—. Pero estoy menos seguro de la condición actual de los invasores. Tengo la sensación de que la victoria ante el Ejército Medio no fue ni fácil ni gratuita.

—Necesitamos mejores servicios de inteligencia —repuso Aridatha.

Mogaba se tomó un instante para evitar el sarcasmo antes de confesar:

—Estoy abierto a nuevas ideas. A cualquiera.

No surgió ninguna inspiración espontánea.

—Siempre podemos hacer algo mítico —intervino Aridatha—. Como condenarnos trayendo un aliado peor que nuestro enemigo. Uno que nos devore después de que realice lo que ha venido a hacer.

Mogaba y Ghopal reconocieron el esfuerzo, pero no entendieron el chiste de Aridatha.

—Es una alusión, o una parábola, o algo así —explicó Aridatha—. Como las historias sobre Kina. Los Señores de la Luz la crearon o la trajeron para la guerra de demonios de la llanura. Y probablemente habría sido mejor si los rakshasas hubiesen ganado.

Mogaba tenía sentido del humor, pero aquella noche no lo llevaba consigo.

—Supongo que tenías que estar allí. En cualquier caso, no hay nadie a quien podamos traer. Estamos solos. De modo que se requieren sugerencias. Las prácticas son bienvenidas.

Pretendía ser un chiste, de modo que quizá sí que se había traído su sentido del humor.

—Lo único que podemos hacer es enviar más espías y establecer más puestos de remonte para que puedan traernos sus noticias más rápido —dijo Ghopal.

—Solo tenemos un batallón de mensajeros.

Mogaba se quedó callado durante medio minuto y al cabo dijo:

—¿Qué apoyo tenemos entre los sacerdotes y la burguesía? Han tenido tiempo para pensar sobre la vuelta de la familia real. ¿Planean abandonarnos?

—Somos para ellos el mal conocido —contestó Ghopal—. La protectora ha sido su benefactora. Y solo unos pocos de los más sibilinos tienen esperanzas de salir beneficiados si somos derrocados. Hemos trabajado duro para eliminar a los amigos de la radisha cuando ya no podíamos ocultar el hecho de que la princesa se había marchado, y que sentíamos pena por ella.

—Intentemos la misma estrategia —propuso el gran general—. Hagamos creer que no hemos perdido a la protectora. Aridatha. Pareces distraído.

—Sigo pensando en la chica. La Hija de la Noche.

—¿Y?

—La vi en una ocasión. Hace cinco años. Hay algo en ella... Te dan ganas de arrojarla al suelo y a la vez adorarla. Te hace sentir como si tuvieses que hacer todo lo posible por complacerla. Es espeluznante una vez que te apartas y comprendes lo que ha pasado.

—Es toda una mujer en ese sentido. —Mogaba explicó los sucesos que, según Dama, habían ocurrido en el sur—. Esa chica ha hecho que maten a cientos de hombres. Tendremos que asesinarla desde lejos. Mirad a ver si se puede pergeñar algún instrumento mecánico.

—Tengo una pregunta —dijo Ghopal.

—Adelante.

—¿Qué es eso con lo que jugueteas? Has estado sobándolo desde que llegaste aquí.

—Oh, es una especie de concha de caracol. Están por todo el palacio. Nadie sabe de dónde provienen. Nadie de hecho ha visto a ninguno arrastrarse. Es relajante hacerla girar con los dedos.

Ambos Singh miraron al gran general como si pensasen que su comportamiento era muy extraño.

—Con respecto a la Hija de la Noche —dijo Ghopal—, podemos considerar el veneno. Hay algunos envenenadores muy talentosos en Chor Bagan, el mercado de los ladrones.

Los años habían cambiado a Mogaba. No rechazó de inmediato la sugerencia por ser indigna de hombres de honor.

CAPÍTULO 76

LOS TERRITORIOS TAGLIAPOS: OTRA HISTORIA DE ORÍGENES

—¿Qué tal un ataque que podamos lanzar desde fuera de su influencia? —sugerí—. Demonios, si ascendemos con los postes y las alfombras lo suficiente, podremos lanzar rocas hasta que la alcancemos.

Un poco de optimismo no hacía daño. El hecho es que no nos quedaba ni una alfombra desde que Booboo derribó a Aullador y a Tobo. Lo que teníamos eran trozos y fragmentos de media docena de alfombras en las que Aullador había estado trabajando cuando no tenía otra cosa que hacer.

Dama me clavó la mirada de tal forma que comencé a preguntarme cuándo me iba a derretir.

Matar a Booboo aún no estaba en su lista de opciones. Sus emociones eran mucho más profundas que las mías, aunque el problema de la chica era también para mí un tormento.

Mi dificultad estribaba en la idea de la chica en sí más que con que fuese mi hija.

Dama quería engañarse y creer que había manera de redimir a Booboo.

—Estás perdiendo el tiempo —dijo el prahbrindrah Drah.

La caída del Ejército Medio de Atrapa Almas lo había devuelto a la vida. De repente consideraba que su restauración era cuestión de marchar hasta Taglios y gritar: «¡He vuelto!». Había caído en las garras del autoengaño.

No era el único.

Murgen se unió a la conferencia cuando el príncipe comenzó a discutir con Dormilón sobre sus planes, una situación que seguro no iba a durar mucho. Dormilón le haría saber quién dirigía el espectáculo.

—Acabo de terminar de leer un mensaje muy largo de Baladitya —anunció Murgen—. Está bien y disfruta de cada minuto de su nueva vida. Muchas gracias, Dormilón. Esto lo ha repetido varias veces.

—¿Qué haces recibiendo correo de ese viejo memo?

—No me escribía a mí. No me conoce. El mensaje estaba dirigido a Tobo.

Dormilón, que estaba de muy mal humor porque nada marchaba como ella esperaba, espetó:

—Estoy segura de que vas a compartir con nosotros cada estúpido detalle, a pesar de que lo que realmente necesitamos es dormir.

—Si insistes.

Murgen sonrió. No tenía trabajo asignado mientras se recuperaba, de modo que podía hacer aquello que quería.

—La carta trataba sobre todo de los prisioneros que Shivetya mantiene allí. El Primer Padre y el papá de Gromovol, a quien Shivetya acogió inicialmente para protegerlos de las sombras, de las que ya apenas queda ninguna. Las sombras y los Voroshk casi se han aniquilado mutuamente. Lo siento.

Dio palmaditas a Shukrat en el hombro. Nadie se perdió aquel gesto. Murgen aprobaba a la novia de Tobo (si eso era lo que significaba).

Me pregunté qué hacía trayendo a Shukrat a una reunión de mando.

Sahra, por supuesto, se puso como un erizo. No había chicas nyueng bao disponibles en trescientos kilómetros y ella se había casado con un extranjero, Murgen, por cabezonería, en contra de la voluntad de gran parte de su familia, pero ¿qué tenía que ver aquello con el presente?

Ahora Sahra era capaz de contenerse en público en la mayoría de las ocasiones, siempre que Murgen estuviese para calmarla y recordarle que Tobo ya no era un bebé. Pero ahora se encontraba bajo una tensión adicional tremenda, pues toda su familia estaba muerta o herida. Aún no se había recompuesto lo suficiente como para tomar decisiones con respecto a los funerales de su hermano y de tío Doj. La frenó ahora con un suave roce.

—¿Estás tratando de decir algo? —dijo Dormilón—. ¿O puedo volver al trabajo de averiguar cómo sacarnos de este embrollo de la forma más conveniente?

Swan murmuró algo sobre la necesidad de una buena dosis de hombre para relajarla. Dormilón gruñó.

—¿Me he ofrecido voluntario? —le espetó Swan—. No, ¿verdad? Al menos últimamente, así que no me jodas.

Murgen nos dijo a toda velocidad:

—Escuchad, Shivetya ha obtenido otra versión del origen de Kina. Lo ha obtenido de los Voroshk. Parece que les gusta hablar de historia cuando se aburren. En esta versión, el marido de Kina la puso a dormir al ver que seguía pavoneándose tras ganar la guerra de la llanura de los demonios chupándoles la sangre a todos los monstruos. Esta versión de la diosa tiene diez brazos en lugar de cuatro. Su esposo, conocido como Chevi en el mundo de los Voroshk, tiene cuatro brazos y se parece mucho a la Kina que conocemos. A veces también se le llama el Destructor. Pero se le puede engatusar o seducir para que se calme. Esto no pasa con Kina.

Se produjeron murmullos entre la audiencia. En algunas historias Khadi, una de las formas más bondadosas de Kina entre los gunni, tenía un marido, Bhima, que también era conocido como el Destructor, entre otros muchos nombres.

Todos los dioses gunni tienen varios nombres. Es a veces difícil para un extranjero seguirles el rastro ya que, cuando cambian de nombre, también cambian sus atributos. Se vuelve todo bastante confuso cuando hay dos aspectos del mismo dios partiéndose la cara entre sí.

—¿Y qué tiene que ver este Chevi con los orígenes de Kina? —solicitó Dormilón.

—Oh, es el que le hizo tantas cosas malvadas, como trocearla y desperdigar sus pedazos por el mundo. Pero ella también lo mata y después le devuelve la vida.

—Murgen, estoy pensando en enviarte de vuelta a los taglianos para que trabajes un poco más en la versión.

—Vale, Chevi tiene más de una esposa, pero originalmente solo había una. Era Camundamari, que tiene otros nombres, naturalmente. Camundamari era de piel muy oscura. Los otros dioses se burlaban de ella y la llamaban Negrita.

Interesante. Tanto Khadi como Kina pueden significar «negro» en algunos usos del tagliano, aunque «syam» es la palabra de uso común.

—Cuando el propio Chevi comenzó a burlarse de ella le entró una furia terrible, se arrancó la piel y se convirtió en Ghowrhi, la Lechosa. La piel despojada se convirtió en Kalikausiki, que se rellenó de la sangre chupada a los demonios y se convirtió en Khat-hi, la Negra.

—¡Kina es una mudadora de piel! —gritó Suvrin, sobresaltando a todo el mundo.

Los mudadores de piel eran terrores demoníacos poco conocidos fuera del país de Suvrin. Los mudadores mataban a un hombre, chupaban su carne y sus huesos, se ponían su piel y le robaban la vida. Los detalles son bastante cruentos. El folclore de los mudadores de piel me parece la forma en la que los ignorantes explican cambios radicales y extraños en la personalidad de los individuos. Creo que estos cambios se deben a enfermedades apenas entendidas. O quizá se deba a la vejez.

Murgen se sobresaltó con la exclamación de Suvrin, que a mí también me pareció excesiva.

—No es una mudadora de piel de esa clase —dijo Murgen.

¿Había algo en el pasado de Suvrin?

El concepto de un monstruo capaz de robar la identidad de alguien de tal modo es particularmente grotesco. He visto cosas extremadamente extrañas y horribles. Los seres ocultos de Tobo son los últimos de una larga lista. Pero los mudadores de piel son un horror demasiado aterrador como para ser verdad.

Al igual que entre los propios dioses, últimamente no ha habido manifestaciones ante testigos fiables. Esta noche parecía que íbamos a hablar de leyendas antiguas. Suvrin había sacado una de las más oscuras.

—Créeme, Suvrin —dije—, si hubiese mudadores de piel, como tú dices, los Maestros de las Sombras los habrían descubierto y los habrían usado. Vaya arma, ¿eh?

—Supongo —admitió Suvrin de mala gana.

—Maravilloso —bufó Dormilón—. Se acabó la hora de contar historias de miedo, chicos. Dejemos que Murgen termine. Porque vas a acabar, ¿no? Quiero volver al tema que se supone que hay que tratar en esta reunión. —Agitó un dedo mortal—. Ni se te ocurra soltar otra gracia, Sauce.

Swan hizo una mueca. Tenía la munición preparada, pero no el objetivo. Entonces sonrió. Ya llegaría el momento.

—¿Murgen? —dije.

—No hay mucho más. Baladitya dice que la mayoría de los momentos álgidos de la mitología coinciden. Su naturaleza allí es más la de una diosa de muerte. Siempre se dice que vive en un cementerio.

—Eso es lo que hace aquí, ¿no? —pregunté—. Cuando Dormilón, Dama y tú, sobre todo tú, habláis sobre vuestras pesadillas, el lugar donde acabas con todos los demás huesos, quizá sea un cementerio al estilo gunni.

Los gunni queman a sus muertos para purificarlos antes de que sus almas se pongan en fila para la asignación de la vida siguiente. Sin embargo, los fuegos nunca son tan fuertes como para consumir los huesos más grandes. Si el lugar de la pira está cerca de un gran río entonces las sobras quedan allí depositadas. Pero muchos lugares no están cerca de un río grande. Y algunos no están cerca de fuentes de leña. Además, algunas familias nunca ahorran lo suficiente para comprar madera disponible.

Los huesos se apilan.

Estos lugares no son vistos por nadie, solo por los sacerdotes que acuden a ellos, los hombres de amarillo que reverencian a Majayama, pero que siempre andan mirando a sus espaldas porque Kina y su manada de demonios viven supuestamente debajo de las pilas de huesos, a pesar de que se sabe que Kina está encadenada bajo la llanura reluciente hasta la llegada del Año de los Cráneos.

—Ultimamente tengo mucho tiempo para pensar —dije—, una de las cosas sobre las que he estado meditando es por qué hay tantas historias diferentes sobre Kina. Y creo haberlo solucionado.

Mi ego experimentó un repunte. Incluso Dormilón parecía interesada, a pesar de ella misma. Mi mujer, quizá menos maravillada, dijo:

—Continúa —como diciendo que sabía que no había manera de pararme.

—En aquellos días la Compañía...

—¡Matasanos!

—Lo siento. Simplemente comprobaba si estabais escuchando. Lo que me dio la pista fue el hecho de que no haya una doctrina gunni uniforme. No hay jerarquía

entre los sacerdotes gunni, excepto de manera local. No hay árbitro central que diga qué es aceptable o inaceptable desde el punto de vista del dogma. Kina no es la única, hay de cientos de mitos conflictivos. El panteón está lleno de ellos. Escoged cualquier dios. Cuando viajas de pueblo en pueblo, ves que tienen diversos nombres, diversos mitos, que se mezclan con los de otros dioses, y así. Nosotros vemos la confusión porque somos nómadas. Pero hasta la guerra de los Maestros de las Sombras casi nadie en estas partes del mundo iba a ningún sitio. Generación tras generación, siglo tras siglo, la gente nacía, vivía y moría en los mismos pocos kilómetros cuadrados. Solo se movían los escasos comerciantes de gemas y los Estranguladores. Con ellos no viajaban las ideas. De modo que cada mito muta gradualmente de acuerdo con la experiencia y prejuicios locales. Primero los Maestros de las Sombras y ahora nosotros aterrizamos en mitad de todo esto...

¿Nosotros? Una mirada a mi alrededor me mostró a solo tres otras personas que no hubiesen crecido en esta parte del mundo. Por un instante me sentí antiguo y fuera de lugar y recordé un viejo poema que decía algo al efecto: «Los soldados viven. Imagina por qué». En definitiva, ¿por qué soy el único, de todos aquellos que marcharon con la Compañía cuando yo era joven, que aún está vivo y coleando? No lo merezco más que cualquiera de los otros hombres. Quizá menos que algunos.

Siempre te sientes un poco culpable cuando piensas en algo así. Y también contento porque sea otro, y no tú.

—Eso es. Somos nómadas. Por eso todo parece extraño y contradictorio. Allá donde estemos, la mayoría somos forasteros. A pesar de que pertenezcamos a la religión mayoritaria. —Una mirada me mostró que casi nadie de mi audiencia era gunni—. Bueno, eso es lo que tengo que decir.

—Muy bien —dijo Dormilón—, volvamos a problemas prácticos. ¿Qué vamos a hacer con la Hija de la Noche y con Goblin?

—Es prácticamente lo mismo que un mudador de piel —dijo Suvrin—. Kina se lo ha puesto como si fuese ropa.

Esta noche el cerebro de Suvrin estaba lleno de mudadores de piel.

—¡La Hija de la Noche! —bramó Dormilón—. Quiero oír algo sobre la Hija de la Noche, no sobre Kina, no sobre mudadores de piel, no sobre viejos hechiceros Voroshk, no sobre viejos bibliotecarios y no sobre nada más. Y, Dama, si no quieres que la chica muera, entonces aporta una idea para desarmarla que sea mejor que quitarla de en medio. Porque eres la única aquí que está dejando que las emociones se interpongan en nuestro camino.

CAPÍTULO 77

POR ENCIMA DE GHOJA:

EN BUSCA DEL ÚNICO LUGAR SEGURO

Goblin y la chica cabalgaban, aunque las monturas se mostraban nerviosas y asustadas y la de Goblin tenía que llevar anteojeras para que no viese a su jinete. A ningún animal le permitían mirar atrás. El propio Goblin llevaba un andrajo para proteger sus ojos dañados. En cualquier caso, le faltaba poco para estar curado.

El puñado de soldados que se unieron en su huida del terreno medio se quedó atrás rápidamente. Impulsados por el conjuro «Ámame» daban todo lo que tenían, pero finalmente todos los hombres salieron de la influencia del conjuro y se esfumaron de inmediato.

Solo los dos tocados por Kina cruzaron el puente en Ghoja. Alcanzaron la orilla norte justo cuando el alba comenzaba a colorear el cielo oriental. Era la mañana tras la destrucción del Ejército Medio tagliano. Habían matado a varios caballos de postas, pero a pesar de ello no se habían adelantado a los rumores del desastre de los soldados taglianos.

—Nuestros enemigos han estado aquí antes que nosotros —dijo el ser Goblin.

Quería ser llamado Khadivas, es decir, esclavo de Khadi. La chica se negaba a llamarlo así.

—Esta gente ha sido advertida y amenazada, pero no alzarán armas contra ti gracias a quien creen que eres.

No por quien era ella.

La Hija de la Noche interpretaba a la protectora con una mezcla de arrogancia y estrechez de miras muy diferente a su tía, pero los comandantes de guarniciones la encontraron suficientemente convincente. Ella sufría constantemente, pues estaba claro que aquellos incrédulos nunca se someterían al servicio de la Madre Oscura. Sabía que habrían tratado de destruirla si hubiesen sabido que no era su tía. Este mundo merecía el Año de los Cráneos.

El aura que la chica irradiaba la hizo sobreponerse a las breves confrontaciones.

—Estoy exhausta —se quejó a Goblin—. No estoy acostumbrada a cabalgar.

—No podemos detenernos aquí.

—No puedo continuar.

—Lo harás. Hasta que estés a salvo. —La voz del Khadidas no dejaba dudas sobre quién, según él, estaba al mando—. Hay un lugar sagrado a no muchas leguas de distancia. Iremos allí.

—La Arboleda de la Condena. —No había entusiasmo en la respuesta de la chica—. No quiero ir allí. No me gusta el lugar.

—Allí seremos más fuertes.

—Será el primer lugar donde nos buscarán. Si es que no tienen soldados allí esperándonos.

Sabía que era improbable. Aquella gente aún no estaba preparada para decirles a sus soldados que la mujer dentro del cuero negro no era la protectora, pero sí tenían la capacidad de mover sus piezas hasta lugares lejanos. Parecían capaces de frustrar a la diosa cuando quisiesen.

—Ya saben lo que vamos a hacer —dijo ella—. Ya hemos hablado de ello.

—Vamos a la Arboleda. Allí seré mucho más poderoso.

No había discusión posible.

La Hija de la Noche no era menos devota de su madre espiritual, pero no le gustaba aquella criatura que llevaba en su interior un fragmento de Kina. Era difícil reconocerlo, pero echaba de menos a Narayan. Lo echaba de menos porque él la había amado. Y ella, de manera egoísta, lo había amado de tal manera que ahora su vida era un sendero infinito de soledad y desolación... que conducía ¿adónde? Aquel nuevo instrumento de la diosa parecía incapaz de otra emoción que no fuese la ira.

Y se negaba en redondo a permitirle nada, ni siquiera reconocía su humanidad.

Ella era un instrumento. El hecho de que fuese un ser vivo con necesidades y emociones propias era una molestia, un obstáculo, un inconveniente. Había una implicación aún mayor de que debía abandonar aquellas cualidades que resultaban distracciones. O si no, ¿qué?

—Necesitamos un lugar donde podamos estar a salvo y nuestro poder se fortalezca, pues hay mucho que hacer antes de que comencemos el rito de la resurrección.

La Hija de la Noche entendió que se refería a provocar el Año de los Cráneos.

Estuvo atenta a pesar de su inclinación a mostrarse rebelde. Parecía que el Khadidas iba a difundir por fin información real. Hasta entonces, el hombrecillo poseído no había hecho nada más que ofrecer palabras de buena fe para después decirle a ella lo que tenía que hacer. Habían estado juntos solo unos pocos días, pero durante ellos se había mostrado totalmente esquivo.

—¿Cómo podemos provocar la venida del Año de los Cráneos? Nuestro culto ha sido exterminado. Dudo que haya cien fieles devotos en todo el mundo.

—Habrá brazos suficientes para llevar a cabo la sagrada tarea. Narayan Singh lo hizo muy bien durante sus últimos años. Pero antes de reunirlos hemos de recobrar los Libros de los Muertos.

La Hija de la Noche tuvo que comunicar la cruel verdad que habían usado para atormentarla mientras estuvo cautiva de la Compa a Negra.

—Los Libros de los Muertos ya no existen. La mujer que comanda a nuestros más crueles enemigos los quem  personalmente. No sobrevivió ni un fragmento. El monstruo que yace en el lugar de la piedra reluciente, y que evita que mi madre se alce, hizo que se esparcieran las cenizas por todos los reinos que tocan la llanura de los demonios.

—Es verdad. —El Khadidas sonrió con maldad—. Pero los libros son conocimiento. El conocimiento contenido en los Libros de los Muertos no est  perdido. El conocimiento también reside dentro de la diosa. Y aquello que estaba dentro de ella, que era necesario traer a este mundo, lo colocó en mi interior antes de enviarme.

— Te sabes los Libros de los Muertos de memoria?

—Así es. Por eso hemos de encontrar un lugar seguro. Las escrituras no deben de estar en mi interior, han de ser sacadas, puestas por escrito, para que asuman su verdadero poder. Han de estar all  para que los sacerdotes cantores puedan cantarlas mientras dure la resurrección. Vamos. Hemos de viajar más rápido.

La Hija de la Noche apresur  el paso, su cansancio se había retirado momentáneamente por las sorprendentes implicaciones de lo que acababa de oír.

 Los libros sagrados no estaban perdidos!

Se sentía avergonzada por haber sentido la más mínima crisis de fe.

CAPÍTULO 78

A MEDIO CAMINO: MALAS NOTICIAS

La gente comenzó a corretear por todas partes como atacados por el pánico. Conocía aquellos síntomas. Habían llegado malas noticias. Sospechaba que la caballería enviada a tantear las defensas de Ghoja había sufrido un infortunio tremendo.

Me dirigí a la tienda de Dormilón sin haber sido convocado. Para cuando conseguí entrar en cuclillas había escuchado media docena de rumores, ninguno de ellos tranquilizador. Generar rumores es algo que la más inepta de las fuerzas armadas hace excelentemente bien.

Dormilón estaba conversando con Suvrin y Runmust, Andarríos y varios comandantes de brigadas de Hsien. Tobo estaba allí, pero adormecido por los analgésicos. Aullador y Shukrat no estaban presentes. Tobo parecía un poco fastidiado. Supuse que se debía a que él mismo había dado la noticia, pero no podía hacer mucho más.

Yo ya no insistía más con él. Si se empeñaba en viajar sobre un poste lleno de moratones y escayolas, era su problema. Ya tenía a una madre medio loca para regañarle.

Dormilón me miró y por un segundo reveló una irritación absoluta que se tornó en resignación al ver a los otros antiguos capitanes entrando detrás de mí. Incluso Sauce Swan se autoinvitó.

Dormilón se enfrentaba a un desafío realmente único. Ningún otro capitán en la historia de la Compañía había tenido tal conciliábulo de excapitanes mirándola por encima del hombro. Aunque ninguno nos entrometemos ni ofrecemos consejos no pedidos, las inseguridades de Dormilón hacían que se sintiera juzgada cada vez que tomaba decisiones delante de nosotros. Y eso hacíamos, juzgarla, aunque como buenas ancianitas, siempre a sus espaldas.

—Ya que todo el mundo, excepto los cocineros y los mozos de cuadra, están aquí, supongo que será mejor que empiece... No. Tobo está aquí. Él puede contarlo mejor que yo.

Delegó en el chico en cuanto lo avistó. La miré con enfado. No tenía derecho a ponerlo...

Los ojos de Tobo se centraron, los cerró, respiró profundamente, y comenzó a hablar.

—Los seres ocultos han estado siguiendo a Goblin y a Booboo lo mejor que han podido, aunque es difícil incluso cuando sabemos la ruta que van a seguir. —No intimidaba demasiado atado sobre un poste Voroshk y tan cubierto de vendas y escayolas que apenas podía usar una mano—. Viajan dentro de una niebla de, por falta de una descripción mejor, oscuridad y confusión divinas. Sin embargo, como sabía su ruta, pude hacer que los Sabuesos Negros llenaran el camino de conchas de caracoles... Tuve suerte. Uno de los seres ocultos escuchó una discusión entre Goblin y la chica.

Las palabras salieron como un chorro suave y susurrante que obligaba a su audiencia a permanecer callada e inclinada hacia adelante.

Tobo se detuvo. En circunstancias normales habría sospechado que no era más que un efecto. Al chico le encantaba el drama.

Por fin, hizo el tenebroso anuncio:

—El ser dentro de Goblin se sabe los Libros de los Muertos de memoria. Una vez que la Hija de la Noche los transcriba planean comenzar con los ritos asociados al inicio del Año de los Cráneos.

El zorro dentro del gallinero, ¡oh, cielos!

Hicieron falta varios minutos para que Dormilón consiguiese que todos se calmaran. Mientras tanto, Tobo aprovechó para relajarse. Cuando la calma se hizo más evidente continuó:

—No es tan malo como suena. Recordad que solo hay dos personas involucradas. Si matásemos a una de ellas, la resurrección será un fracaso que durará un siglo y aún más. Y, como cualquiera que haya trabajado en los Anales os dirá en detalle, se tarda mucho tiempo en escribir un libro. Aunque solo lo estés copiando. Vi los Libros de los Muertos antes de que Dormilón los destruyera. Eran enormes. Y la Hija de la Noche tendrá que transcribirlos sin errores. De modo que no nos enfrentamos a una crisis inmediata aunque este sea un problema que nunca anticipamos.

—Si tenías a una de tus criaturas lo suficientemente cerca como para enterarse de todo eso —intervine—, entonces es probable que sepas dónde están. Podemos montar una especie de emboscada.

Se suponía que Dama y Aullador se habían estado quebrando sus viejas cabezas por recordar alguna antigua estratagema para que Goblin y la chica pudiesen ser distraídos, desorientados, incordiados y destruidos. O simplemente desarmados, en el caso de mi señora. Aunque era realista y pragmática, Dama alimentaba cierto autoengaño en cuanto a convertir a Booboo. Aunque nunca lo iba admitir, claro está.

—De acuerdo, maestro estratega, arquitecto de la destrucción del mal de los Maestros de las Sombras —soltó Tobo—, dime cómo emboscar a alguien del que te enamoras antes de poder lanzarle flechas a distancia.

—El chico tiene razón —dijo Dama con expectación.

—Tu merodeador del caparazón de caracol no se enamoró de ella, ¿verdad? Solo se agazapó, escuchó y decidió venir corriendo a contarte el chisme.

—¿Y?

—De modo que a las Sombras Desconocidas no les afecta la Hija de la Noche. ¿Es lo contrario correcto?

—No podrían causarle gran daño físico.

—¿Llorón? ¿Concha Negra? ¿Esa cosa enorme con forma de pato que salta? Estás de broma.

—No, es verdad.

—Bueno, tampoco haría falta eso. Simplemente tendrían que acosarla. Interferir en sus sueños. Volverla loca. Tironearle del codo cada vez que se pusiese a escribir. Ser realmente culpables de todas las molestias de las que eran acusados en Hsien. Podrían mearse en su tintero. Podrían esconderle las plumas. Podrían verter algo sobre lo que escribiese. Podrían hacer que la comida se pudriese y que la leche se agriase.

—Podrían hacer que su marido no funcionase en la noche de bodas —me espetó Dormilón—. Te adelantas demasiado al futuro, Matasanos. Y quizá estás apuntando a la víctima equivocada. El ser Goblin es el que tiene los Libros de la Muerte dentro de su melón, de modo que podría conseguirlo sin la Hija de la Noche. Sin embargo, estoy bastante segura de que ella no puede conseguirlo sin él.

Había que considerar aquello.

—Esos dos no son más que herramientas efímeras —anunció Sahra con voz resonante de oráculo—. Con el tiempo, ambos pueden ser reemplazados siempre que la propia Kina siga viva, amenazando desde la llanura reluciente.

Aquello aguló la fiesta por completo.

Todo el mundo clavó los ojos en la madre de Tobo, incluso su hijo herido. En ella había cierta sensación espeluznante, como si algo la controlase y hablase por su boca.

Murgen dijo más tarde que Sahra tenía el mismo aspecto y sonaba igual que su abuela, Hong Tray, siempre que anunciaba sus profecías décadas atrás.

Aquello consiguió que Murgen y Tobo se cagaran de miedo y usaron toda la energía posible en convencernos de que la preocupación de Dormilón con Goblin y la Hija de la Noche aún no era crítica.

CAPÍTULO 79

LOS TERRITORIOS TAGLIANOS:

ΕΠ ΜΑΡΧΑ

Dormilón se reafirmó en su determinación de viajar al norte. Avanzamos renqueantes, al ritmo de los heridos. No encontramos resistencia directa en Ghoja, aunque las fuerzas leales a la protectora habían dañado el tramo principal del gran puente sobre el río Principal. Nuestros ingenieros tardaron más de una semana en reparar el puente. Durante esa semana el prahbrindrah Drah y su hermana sermonearon a la gente y soldados de Ghoja. Consiguieron ganarse sus corazones y la alianza de la mayoría.

El príncipe era bastante bueno tratando a la gente cuando se lo permitíamos. Promulgaba su propia restauración con pasión evangélica. Sobre todo se ganó el favor de los viejos nostálgicos del estatismo tranquilo que había caracterizado el mundo de su juventud, antes de la llegada de los Maestros de las Sombras y de la Compañía Negra.

Excepto por un pequeño prado conmemorativo, donde la lucha había sido más sangrienta, el campo de batalla de la ribera norte, donde la Compañía había ganado una victoria señera en lo que parecía haber sido otra vida, se había reconstruido totalmente. En el pasado solía haber un caserío y una torre de vigilancia en la orilla sur, junto a un vado que solo podía cruzarse durante la mitad del año. Ahora Ghoja amenazaba con convertirse en una ciudad. El puente, comenzado por sugerencia mía hace años, era una gema estratégica tanto desde el punto de vista comercial como militar. Ahora había fuertes y grandes mercados en ambas orillas. La chica y el ser Goblin debieron haber hecho algo más por evitar que cruzáramos.

Acampamos doce millas al norte del puente, en una región áspera y desnuda que aún no había sido reclamada por los campesinos. Dudo que fuese buena para otra cosa que para pasto. Una tierra baldía para los vegetarianos. A pesar de ello, dudo que muchos granjeros hubiesen emigrado, aunque la tierra hubiese sido mejor. Estaba demasiado cerca del gran lugar sagrado de los Impostores, la Arboleda de la Condena.

Dejamos al príncipe y a su hermana en Ghoja, junto con muchos reclutas nativos.

Dormilón creyó que era hora de que la familia real probase lo que era la independencia. Confiaba en que no conspirarían contra la Compañía de nuevo. Habían sido incluidos en nuestros concilios lo suficiente como para saber que los seres ocultos de Tobo siempre estarían cerca.

Diez horas después de montar el campamento, en mitad de la noche, Dormilón cambió de opinión. Quería acercarse más a Taglios, para quedarse entre la ciudad y la Arboleda de la Condena.

Yo estaba despierto, escribiendo a la luz de una lámpara y con un ojo en los heridos, cuando Andarríos trajo la noticia. Algunos no habían soportado bien el viaje. Estaba especialmente preocupado por Atrapa Almas.

El cambio de planes no me irritó tanto como a Dama. Tuve que despertarla de un sueño muy profundo. Por la manera en la que se puso a gruñir y a amenazarme con grandes males me hizo pensar que de nuevo sufría pesadillas.

—Me adelanto —murmuró Andarríos.

—Corre, Ríos, corre. Necesitarás cada metro que avances.

Dama me miró de tal modo que me pregunté si no debía gritarle que se detuviera.

Montamos el nuevo campamento en una densa arboleda que, según supe, rodeaba y ocultaba un gran cementerio de Lugareños de las Sombras, y que se alzaba desde la primera incursión de los Maestros de las Sombras en los territorios taglianos. Era de antes de la llegada de la Compañía. Casi nadie lo sabía. Yo tampoco, y eso que había batallado en la región. De toda la hueste, solo Suvrin mostró interés. Creía que podía tener a uno o dos familiares allí enterrados.

Contaría con muchas oportunidades de visitar tumbas y sepulcros. Dormilón planeaba establecerse allí, reclutar y formar nuevos soldados y hostigar las lindes de la Arboleda de la Condena mientras Tobo y otras bajas se recuperaban. El problema con el cementerio era que el tiempo había maltratado la mayoría de las chapuceras lápidas de los Lugareños de las Sombras.

El ser Goblin y la Hija de la Noche también se detuvieron y no hicieron nada más que estar sentados. No comenzaron a transcribir los Libros de los Muertos, pues no tenían provisiones. Tampoco consultaron a los Impostores que peregrinaban a la Arboleda Sagrada. Dejamos a aquellos hombres en paz, cada paso futuro sería perseguido por las Sombras Desconocidas para poder seguir sus rutinas una vez que volvieran a sus lugares de origen. No quedaban muchos Estranguladores vivos. De este modo, podríamos averiguar quiénes eran.

Por muy útil que sea, lleva un tiempo acostumbrarse a ser capaz de ver lo que deseas.

La Arboleda de la Condena siempre fue un lugar cruel y malvado, lleno de antigua oscuridad. Los seres ocultos lo odiaban, pero soportaban entrar en ella por el

bien de Tobo. Su devoción hacia el chico es realmente espeluznante cuando lo pienso fríamente.

Gromovol y Arkana se curaban al mismo ritmo que Tobo, algo asombroso, aunque no mágico. La arrogancia de Gromovol seguía sin disminuir, a pesar de su desgracia. Arkana se mostraba comprensiblemente retraída.

Atrapa Almas cada vez me preocupaba más. No solo no mostraba mejora, sino que parecía estar cada vez más débil. Se encaminaba por el triste sendero que Sedvod había abierto.

La gente pensaba que debíamos dejarla continuar en su caída, y quizá encaminar también a Gromovol por ese oscuro sendero mientras dormía. La sentencia seguía pendiente sobre Arkana, aunque los seres ocultos la habían exculpado de todo menos de manipulación y conspiración. Había momentos, muy esporádicos, en los que sentía pena por la chica.

Recordaba la soledad.

Yo era el único que hablaba con ella, excepto Gromovol. Le daba la espalda cada vez que él intentaba acercarse. Durante nuestras reticentes charlas intenté saber más sobre su mundo y, especialmente, sobre Khatovar. Pero no decía mucho. No sabía nada. Estaba llena de esa indiferencia propia de los jóvenes hacia el pasado.

Shukrat evitaba a Arkana por completo.

Estaba tan deseosa por encajar que era casi patético. Shukrat quería ser una más. Tengo la fuerte sensación de que antes de unirse a nosotros había sido una inadaptada, al contrario que Arkana, y que por eso la odiaba.

CAPÍTULO 80

LOS TERRITORIOS TAGLIANOS: ΕΠ ΕΛ ΚΑΜΠΑΜΕΝΤΟ

La vida no es nunca como el agua que fluye suavemente a través de un canal recto y predecible. Se parece más a un arroyo de montaña, haciendo quiebros continuos, chocando contra todo, a veces casi en paz antes de dar un giro inesperado y turbulento.

Estaba explicando algo por el estilo a Dama y a Shukrat mientras examinaba a Tobo para ver si se atrevía a poner peso sobre la pierna rota. Creyó sentirse mejor y cada vez estaba más inquieto, un signo de que el paciente ciertamente está mejorando, pero que no está tan recuperado como él cree. Nos encontrábamos en mi hospital para personalidades. Atrapa Almas y Arkana también estaban presentes. Shukrat estaba montando todo un espectáculo con sus mimos hacia Tobo, ignorando de manera flagrante a Arkana. Dama estaba de rodillas junto a la camilla de su hermana, con las manos sobre los muslos, quieta. Había estado así durante una hora. Por un tiempo creí que meditaba o que estaba en alguna clase de trance. Ahora comenzaba a preocuparme.

Parecían más una madre y su hija que hermanas. Pobre Dama.

Los seres humanos guerreamos en vano contra los años. Y últimamente, el tiempo ha sido particularmente cruel con mi amada.

Ahora que nos habíamos asentado y teníamos poco que hacer, excepto esperar a que la gente se curara, Dama pasaba mucho tiempo con Atrapa Almas cada día. No podía explicárselo. Finalmente se dio la vuelta, miró hacia atrás e hizo la pregunta que la atormentaba.

—Se está muriendo, ¿no?

—Creo que sí —admití—. Y no sé por qué. Parece ser lo mismo que le entró al chico Voroshk. No sé cómo revenirlo, Aullador tampoco.

Aunque el hechicero aullador nunca había sido famoso por sus destrezas como curandero.

—Goblin debe haberle hecho algo diferente a la brujería —añadí—. Nadie sabe

qué es. Tampoco es ninguna de las enfermedades que se ven por aquí.

En la mayoría de los ejércitos, los soldados mueren de disentería antes de caer en manos del enemigo. Estoy orgulloso de que eso nunca haya sido lo común en mi ejército.

Dama asintió. Se puso de nuevo a mirar a su hermana.

—Me preguntó qué es lo que le hizo Goblin. Tendríamos que despertarla para averiguarlo, ¿verdad? —Se detuvo un instante y dijo—: Ese cabrón tenía razón cuando Sedvod se puso enfermo.

—Me temo que sí. —Hice que Shukrat se ocupara de Tobo—. Con cuidado, chiquilla, o tendremos que llevarte a una tienda aparte.

Tobo se ruborizó. Shukrat sonrió. Me giré a Arkana.

—¿Crees que estás lista para retomar tu carrera como bailarina?

—¿Para ti no hay nada serio?

Me cogió por sorpresa. La frivolidad no era un crimen que a menudo se asociase a mi persona.

—Por supuesto. Ninguno de nosotros vamos a salir vivo de esta, así que mejor reírnos mientras podamos. —Eso solía afirmar Un Ojo—. ¿Un poquito gruñona esta mañana? —Me incliné y susurré—: Yo también lo estaría. Los huesos rotos no son divertidos. Lo sé. He tenido unos cuantos. Pero intenta sonreír, ya has pasado lo peor.

Puso un gran ceño fruncido. Lo peor aún estaba en su cabeza. Quizá nunca se recobrase emocionalmente. No había sido criada en un lugar o clase social donde tales horrores fuesen ni siquiera concebibles.

—Míralo de este modo, niña. No importa lo mal que creas que está todo, siempre se puede poner peor. He estado en este negocio mucho tiempo y te lo prometo, es una ley natural.

—¿Cómo podría ser mi vida peor que esto?

—Piensa en ello. Podrías estar en casa, muerta. Además habrías pasado por un infierno antes de morir. O podrías ser una prisionera, en lugar de mi invitada. Entonces cada día sería igual que aquel día malo que pasaste. Hay muchos tipos por aquí que quieren que te dejemos escapar con poco. Algo que me recuerda otra ley natural. Una vez que estás fuera del círculo de personas que creen que eres especial, no eres más que otro cuerpo humano. Y esa situación casi nunca es buena para una mujer. De hecho estás mucho mejor aquí, donde las mujeres se encuentran al mando, que en cualquier otro sitio.

Arkana se quedó ensimismada, pensando que era una amenaza. No era así. Tan solo pensaba en voz alta. Divagaba. Es lo que hacen los viejos.

—Necesitas desahogarte con alguien —le dije—. Pon a Gromovol en la cabeza de la lista.

—Es la única conexión que me queda con el noventa por ciento de mi vida —dijo

Dama—. La única conexión con mi familia.

El arroyo sufre cambios constantes.

—Como hagas algo para salvarla, lo primero que hará cuando se reponga será cortarte las rodillas y hacerte bailar sobre los muñones.

Tobo comenzó a decir algo. Le di un codazo. Lo habíamos discutido en varias ocasiones. Su opinión era fastidiosa.

—Lo sé. Lo sé. Pero cada vez que me doy la vuelta alguien más desaparece y cada vez somos más extraños...

—Lo entiendo. Me he sentido totalmente desajustado desde que Un Ojo murió. No queda casi nada de mi pasado.

Lo más parecido a Un Ojo era Murgén, que llegó más tarde. Dama y yo habíamos elegido el camino... ahora éramos refugiados de nuestro propio lugar y tiempo. Aunque, ¿por qué debería sorprenderme? Así fue siempre la Compañía: la reunión de los sin tierra, sin esperanza, los fugitivos, los parias.

Suspiré. ¿Estaba a punto de comenzar a crear un pasado que me sirviese como muleta emocional?

—No creo que dure más de una semana —dije arrodillándome junto a Dama—. Tengo problemas consiguiendo que coma. Y aún más consiguiendo que no vomite. Pero he pensado en algo que podemos hacer para evitar su muerte y quizá incluso obtener un diagnóstico lógico.

Dama me miró de forma tan intensa que sentí un escalofrío y recordé tiempos pasados, cuando yo era un cautivo en la torre de Dama, en Hechizo, a punto de enfrentarme al Ojo de la Verdad.

—Escucho.

Vi que ni siquiera tocaba a su hermana. Había un gran componente egoísta en sus emociones. Quería salvar a aquella hermana malvada solo por su propio bien.

—Podemos llevarla a Shivetya. Sabemos que puede curar a Aullador...

—Dice que puede. Nos dice lo que queremos oír.

Lo que Aullador quería oír. Yo no tenía ningún interés en el bienestar de aquel mequetrefe. Pensaba que el mundo mejoraría con su supresión.

El tono de Dama no se correspondía con sus palabras. Se había encendido una luz esperanzadora.

—Hagamos que Aullador componga otra alfombra voladora, después nos escaparemos a la llanura reluciente, lo sanaremos y veremos qué puede hacer Shivetya por Atrapa Almas. Si no puede hacer nada, la podemos ocultar en la caverna de hielo hasta que tengamos tiempo para investigar qué le ocurre. Eso sería todo un desafío para Tobo.

Ese era el curso que yo prefería. Me imaginaba que una vez que instalásemos a Atrapa Almas en la caverna de los antiguos, Dama perdería el interés. El efecto en el

mundo sería similar a matarla, mientras que Dama podría tenerla bien amarrada con el pretexto de que podría ir a resucitar a su hermana algún día.

—Me gusta la idea —dijo Dama—. Veré en cuánto tiempo Aullador puede tener lista una alfombra.

—De acuerdo.

Retiré uno de los párpados de Atrapa Almas. Lo que vi no era nada prometedor. Tuve la sensación de que su esencia estaba ausente, vagando, perdida. Venganza, diría Murgen, si fuese verdad.

—¿Tienes en mente algo aparte de lo que le has dicho? —preguntó Tobo en cuanto ella se marchó.

—¿Yo? —Me encogí de hombros—. Barajo diversas consideraciones. Algunas quizá tenga que aclararlas con la capitana.

Shukrat dijo entonces algo que hizo que se esfumase su imagen de rubia tonta.

—¿Sabéis que el motivo por el que Atrapa Almas os siguió hasta aquí desde el norte es el mismo por el que Dama quiere ahora salvarla? Estoy segura de que, de haberlo querido, os habría matado a todos al instante.

Me quedé con los ojos como platos. Miré a Tobo. Seguí atónito.

Shukrat se ruborizó.

—Ninguna de ellas ha aprendido cómo decir «Te quiero» —murmuró.

Entendí. Era lo mismo que había pasado siempre entre Goblin y Un Ojo, a un nivel menos letal, cuando estaban sobrios. Es algo que veo constantemente entre mis hermanos, que no pueden, o creen no poder, expresar sus verdaderos sentimientos.

—Solo que esas dos ni siquiera saben que necesitan decirlo —añadí.

CAPÍTULO 81

EL CEMENTERIO MILITAR DE LOS LUGAREÑOS DE LAS SOMBRAS: DESCANSO ETERNO

Sauce Swan metió la cabeza en la tienda.

—Matasanos, Murgen, cualquiera que esté interesado; Sahra está lista para el funeral de Thai Dei y tío Doj.

Ya era hora, pensé, pero sin decirlo. Últimamente había momentos en los que deseaba poner en fila a toda la comunidad nyueng bao para darles unos buenos azotes.

Habían arrastrado los dos cadáveres doscientos cincuenta kilómetros mientras discutían amargamente qué hacer con ellos. Mantuve la boca cerrada, aunque lo que quería era gritar: «¡Ya no les importa! ¡Haced algo! Huelen. ¡Y muy mal!».

Claro que no es algo que harías con los familiares de un fallecido. A menos que creas que te estás quedando sin enemigos.

Los nyueng bao habían preparado un par de ghats en un lugar prominente, cerca del centro del cementerio militar de los Lugareños de las Sombras. Aunque quedaban con nosotros pocos del pueblo de los pantanos, los supervivientes se reunieron en camarillas, según la opción funeral que creían mejor para honrar a los muertos.

¿Quién iba a pensar que un funeral fuese tan salvajemente político? La gente puede encontrar casi cualquier razón para discutir.

La despedida de Thai Dei era, por supuesto, menos controvertida. No había creído nunca en mucho, salvo en su propio honor. El pasaje ritual por la llama purificadora de un guerrero que no se doblegaba ante nada preocupaba tan solo a unos pocos conservadores de los viejos tiempos, los cuales pensaban que la ceremonia era demasiado extranjera. Tío Doj era el núcleo de la discusión.

Se suponía que debía de ser la despedida adecuada de un alto sacerdote del Camino de la Espada, aunque nadie podía decir cómo, por qué o cuándo había surgido tal idea.

Ninguno de los hombres de Hsien, algunos de los cuales habían crecido en

monasterios de artes marciales del país, sabía nada de tal práctica. La gente de Hsien enterraba a sus muertos. Los colegas de Doj insistían en que sus predecesores habían estado expuestos tal y como ellos querían hacer ahora con él.

Al marchar por los ghats, lanzando cada uno un paquete de hierbas y un trozo de papel doblado con una oración que el fuego consumiría junto con el cadáver, Suvrin sugirió:

—Quizá adoptaron la costumbre cuando pasaron por mi país. Algunos de los pueblos de mi país exponían los cadáveres que temían podrían ser sustraídos por los mudadores de piel.

Mudadores de piel otra vez. Uno de esos monstruos que nadie ha visto jamás, como los vampiros o los hombres lobo. Con todos los monstruos reales que había en el mundo, vistos y sufridos a menudo, ¿por qué había tanta gente que se preocupaba por cosas que ningún testigo de fiar había experimentado?

—¿No funcionaba el fuego?

—El fuego no es aceptable. Ni siquiera ahora en tiempos modernos, a pesar de que muchos norteños han llegado a través del Dandha Presh.

Solté un bufido. Seguro que estaba relacionado con la religión, y la religión nunca había tenido sentido para mí.

—La gente común, los pobres, cualquiera... es improbable que atraiga a un mudador de piel, por lo que tiene un enterramiento normal. Como aquí. —Indicó las tumbas que nos rodeaban—. Aquellos que pueden atraer a uno de esos demonios son expuestos para que no haya un buen traje de piel que robar. —Hizo un gesto—. Las tumbas sobre la tierra han de contener a sacerdotes y capitanes almacenados temporalmente hasta que pudiesen ser expuestos. Seguro que su ejército tenía cosas más urgentes que hacer, pues nunca volvieron para resolver el asunto.

De hecho, podían verse varias colecciones de postes caídos con trozos de harapos y huesos entre piedras que en otra ocasión debían de haber sido plataformas.

—Parece que tus mudadores de piel nunca llegaron aquí para aprovecharse.

Aquello hizo que me ganase un ceño fruncido.

No estaba del todo seguro de por qué Suvrin era el sucesor designado y favorito de Dormilón. Pero tampoco nunca entendí por qué Murgén eligió a Dormilón. Aunque había elegido bien. Había guiado a la Compañía a través de las guerras de Kiaulune y la era del cautiverio. También se produjeron muchas dudas cuando elegí a Murgén como analista. Murgén lo había conseguido a pesar de no estar nunca del todo seguro de su cordura.

Dormilón había visto algo en él.

Suvrin no estaba de acuerdo. Suvrin insistía en que iba a dejarnos. Pero me daba cuenta de que había dejado pasar algunas oportunidades estupendas para hacerlo.

Tal y como era su derecho, al ser el familiar superviviente de Thai Dei más

cercano, Sahra pidió a Murgén que se uniera a ella y a Tobo para colocar las antorchas en la pira.

Pensé que era apropiado, aunque los viejos se quejasen. Murgén y Thai Dei habían sido como hermanos durante muchísimo tiempo.

Sahra solo le pidió a Tobo que trajese el fuego para Doj.

Incluso yo saludé al viejo maestro de esgrima, aunque en vida nunca me fie de él.

Dama se apoyó contra mí.

—Supongo que ahora tendrás que admitir que era de fiar.

Me había leído la mente.

—No tengo que admitir nada. Simplemente la palmó antes de que pudiese jodernos.

—No hay insensato como un viejo insensato.

Dejé de discutir. Ganaría cada debate a fuerza de sobrevivirme. Cambié de tema.

—¿Aún sientes que te estás haciendo más fuerte?

Durante una edad apenas había podido robarle poder alguno a Kina. Pero mucho tiempo antes había sido capaz de parasitar tal poder como para llegar a ser casi una igual de Atrapa Almas. Suponía que el ataque de Goblin a la diosa era la razón por la que había poco poder que robar.

Parecía razonable que la vuelta de Goblin como herramienta de Kina significase una nueva reserva de poder. Pero las cosas no funcionaban así. Hacía falta que Goblin y la chica entraran en la Arboleda de la Condena.

—Sigue viniendo, poco a poco. —Sonaba como si le gustase la espera—. Ahora puedo hacer algunos trucos de salón.

Conociéndola, aquello podía significar que estaba limitada a destruir pequeños pueblos con un solo parpadeo.

—Necesito acercarme para ver qué puede mejorarlo.

No entendía. Podía sentir su nerviosismo. Lo ocultaba bien, pero si la dejaba soltarse me volvería loco con cosas que estaban más allá de mis conocimientos.

Yo también era así, con mis teorías sobre enfermedades o sobre la historia de la Compañía.

Sin duda, una unión celestial.

—¿Por qué no vas a ver a Aullador tan pronto como acabemos de dar el pésame? —le dije—. Intenta averiguar si mi idea cuaja y se pone con las alfombras cuanto antes.

—Si le das lo que quiere ahora, no tendrá incentivos para quedarse con nosotros.

—¿Adónde va a huir?

—Encontrará algún lugar, como siempre.

Un lugar que solía oponerse a nuestras intenciones.

—Espero poder presionarlo lo suficiente como para que nos haga dos o tres

alfombras. Tú podrías jugar a ser aprendiz mientras las hace, hermana Shukrat.

—¡Puaj! ¡Ni de lejos! Me pone los pelos de punta. Apesta. Y tiene más manos que algunos de esos dioses gunni de cuatro brazos.

—Es pequeño —dijo Tobo desde la silla que habíamos traído para que descansara entre funerales—. Dale una buena.

—A lo mejor es lo que quiere.

—Haz que alguien me lleve y voy contigo —le dijo Tobo a Shukrat—. Pongo nervioso al Aullador. Matasanos, ¿cómo lo llamaremos si Shivetya consigue que deje de gritar?

—Apestoso podría funcionar. O el Apestador, para ocasiones más formales.

Las llamas de las piras funerarias se alzaron. Ahora Tobo me ignoraba. Yo también me quedé en silencio. Hora de decir adiós, viejo. Nunca tomaron el juramento, pero Thai Dei y Doj eran hermanos en el corazón. Sus historias eran parte integral del tapiz de la Compañía.

CAPÍTULO 82

СОН LA COMPAÑÍA: HACIA EL SUR

Dormilón siempre veía la ociosidad como un vacío que debía ser rellenado. De ningún modo iba a soportar que diez mil hombres deambularan empleando quizá una o dos horas de entrenamiento al día. Eso si se sentían especialmente ambiciosos. A unos pocos kilómetros había un bosque horrible que esperaba ser talado con premura.

Si pones a un montón de gente a trabajar en un lugar así, comenzando desde el exterior y trabajando hacia el interior, asegurándote de que cortas incluso cada ramita y tallo, puedes construir unas buenas hogueras. La tarde del segundo día los soldados tenían todo un horizonte oculto tras murallas de humo.

Dormilón desafiaba a Goblin y a la chica a mostrar lo que tenían.

Yo tenía dudas de si era una acción sabia. Dormilón no estaba impresionada con el hecho de que Goblin tuviese una tajada de Kina en su interior.

Y la reputación de hija de puta de Kina era totalmente merecida.

Pero yo no era el jefe. Podía aconsejar, pero no podía obligar a nadie a que me escuchara. Mis preocupaciones no me reportaron otra cosa que una de las típicas sonrisas enigmáticas de Dormilón.

—¿Listo para volar? —preguntó Dama—. Aullador ya tiene una alfombra.

—¿Tienes prisa?

—Me dijiste que a Sileth le quedaba una semana. Eso fue hace tres días.

—Así es. ¿Cómo es de grande la alfombra?

—Lo suficiente.

—Lo digo en serio, corazón. Tienen que caber seis personas.

Se quedó mirándome. Tras varios segundos, dijo:

—Creo que no voy ni a preguntar nada. Bueno sí, quién.

—Tú y Atrapa Almas. Aullador. Gromovol. Arkana si quiere.

—¿Aún andas con los jueguecitos, cariño?

—Nada de juegos. Progreso. Perdimos al chico más prometedor de los Voroshk cuando mataron a Magadan. Fue un mal avance profesional en su carrera. Gromovol

es tan inútil como que las tetas de un toro. Lo mismo lo mato. Pero si se lo devolvemos a los viejos demonios Voroshk, que Shivetya tiene retenidos allí abajo, puede que nos marquemos un tanto o dos.

Frunció el ceño.

—Pensé que eras el gran manipulador del mayor imperio...

Hizo un gesto con el dedo y una aguja de zurcir invisible comenzó a coserme los labios. Estaba recuperando el poder.

—Me voy a explicar, ¿de acuerdo?

—Ese es el hombre con el que me casé.

Gilipolleces. Pero no iba a discutir.

—Conseguimos encerrar a los dos jefes Voroshk en la llanura. Ya no tienen hogar, según sabemos. Al menos así dice Shivetya. No tienen futuro ni lugar al que ir. Un acto aparente de bondad podría añadir a dos pesos pesados a nuestras filas justo en un momento en el que nos vendrían bien.

—Eres un demonio.

—Lo intento. Déjame chuparle el culo a Arkana.

—Como lo hagas, te vas a despertar por la mañana preguntándote cuánto falta para tu primer sofoco.

Bueno, bueno. Quizá eso explicaba la antipatía reciente. La suya. La mía era causada por la obstinación férrea, ciega de aquellas personas que insistían en ponerme obstáculos. Bueno, eso era harina de otro costal.

Fui a chuparle el culo a Arkana. Verbalmente.

—No voy a darle opciones a Gromovol —le dije a Arkana—. Esta es una oportunidad para quizá hacer las paces con su viejo. Por otra parte, es lo único bueno que puedo sacar de ese idiota. Si lo dejo aquí, finalmente hará algo más estúpido de lo que ya ha hecho. Te lo he dicho antes, llevo en este negocio mucho tiempo. Cuando te topas con un problema tan grande como Gromovol, tratas de encontrar alguna manera de sacarle provecho. O si no, lo matas. Y me estoy ablandando con la vejez.

Su expresión escéptica me decía que había vendido muy bien aquel cuento de hadas.

—Tú, tú eres especial. Tú tienes opciones. Puedes volver si quieres. Puedes hacer la visita y quedarte con nosotros cuando hayamos acabado. O puedes quedarte por aquí y no marcharte.

—Oh, me iré. No hay modo de que no lo haga. Decidiré qué necesito hacer una vez lleguemos allí.

Nos elevamos en mitad de la noche, bajo la luz de la luna llena, con Dama, Atrapa Almas, Gromovol y Arkana a bordo de la nueva alfombra de Aullador. Tobo, Shukrat, Murgén y yo viajamos en postes voladores. A pesar de las objeciones de Dormilón, y los dolores de Tobo, insistió en acompañarnos, pues Shukrat venía. Murgén se vino conmigo porque Sahra se negó a volar. Los jovencitos revoloteaban sin miedo, en mitad de una especie de ritual de apareamiento de libélulas.

Murgén y yo nos detuvimos por poco tiempo en Dejagore. Dormilón insistió en que visitáramos a Blade y a su fuerza de ocupación.

Mientras planeábamos hacia la ciudadela pregunté:

—¿Crees que Sahra ha estado teniendo visiones o algo así?

—¿Eh? —Los pensamientos de Murgén estaban en otra parte.

—Ese rollo de madre histérica. Juro que cada vez va a peor. Pensé que quizá hayas notado que tenía ataques psíquicos.

—No habla de ello. Si es que los tiene.

—¿Tú qué crees?

—Creo que si no los está teniendo, está asustada de que pueda comenzar a tenerlos.

—¿Sí?

—Cuando éramos jóvenes, estaba preocupada con convertirse en su madre.

—A veces refunfuña demasiado.

—Pero no es Gota la Trol. No le duele el cuerpo lo suficiente. Así que ahora está aterrada con convertirse en Hong Tray. Su abuela.

—¿Y?

—Y quizá lo haga. Comienza a parecerse a la vieja. Siempre que comienza a discutir sobre el tema le recuerdo lo calmada y comprensiva que era Hong Tray. Como una roca en un río revuelto.

—No funciona, ¿verdad?

—Ni por un instante. Bueno. Alguien ha debido oler nuestra llegada.

Aún no nos habíamos posado sobre la cima de la torre de la ciudadela, pero Blade y su teniente general estaban allí para saludarnos.

—Esperábamos a Tobo —gritó Blade—, por cómo estaban de asustadas las sombras.

—Habéis tenido suerte. El chico está herido, así que os han tocado los viejos chochos. La capitana quiere que comprobemos cómo va todo por aquí. Así que danos un par de buenas bebidas y le diremos que estás haciendo un trabajo de puta madre, para que no tenga que pensar en vosotros.

—Creo que eso puedo hacerlo.

CAPÍTULO 83

†AGLIOS: DECISIÓN

El espía más avezado puede ser engañado o confundido si sabes que está observando. Habiendo estado en la Compañía, y tras haber sido víctima de ella en varias ocasiones, el gran general entendía su política de engaño. Su comprensión le había ido bien durante las guerras de Kiaulune, donde las artimañas casi nunca le afectaron. Él y Aridatha Singh seguían las instrucciones a gran escala desde la muralla de una fortaleza que se asentaba sobre una colina al sur de Taglios. Los soldados habían comenzado a mostrar interés en sus habilidades. La cercanía del poderoso enemigo era un motivador fabuloso.

—¿Fueron todos? —preguntó el gran general.

—Me han informado dos fuentes independientes en la última hora. Partieron después de que saliera la luna. Una alfombra voladora y tres postes. Se dirigieron al sur. Pasaron lo suficientemente cerca del árbol de Haband como para que identificaran a Aullador, Dama, Matasanos, Murgén, el muchacho mago y tres de esos niños magos blancos que vi cuando los visité. No están preocupados por nosotros.

—Habrá más de esos.

—Estoy seguro de que el rumor es cierto. Lo he confirmado en diversas ocasiones. Están muertos.

El gran general se negaba a aceptar las apariencias en lo que concernía a la Compañía.

—¿Adónde iban?

—Quizá haya ocurrido algo en Dejagore o más al sur.

Más al sur debía de ser al otro lado del Dhanda Presh. El apoyo a la protectora se había evaporado fuera de aquellos territorios que no estaban directamente bajo el control del gran general, según habían confirmado sus agentes, aunque tampoco había habido estallidos de alegría ante el retorno de la monarquía. El estado de ánimo del imperio era de indiferencia, excepto entre aquellos que podían beneficiarse de un

modo u otro.

Igual que siempre ha sido, pensó Mogaba.

Mogaba jugueteaba con un caparazón de caracol mientras hablaba. Parecía haber adquirido un tic. Sin embargo, sorprendió a Aridatha al echar el brazo hacia atrás y lanzar el caparazón tan lejos como pudo.

—Es hora de un ejercicio de campo a gran escala. Veamos lo buenos que son sus servicios de inteligencia cuando no está el chico prodigio.

Aridatha hizo algunas preguntas. Aquellos días comandaba la división que formaría el ala izquierda del ejército de Mogaba. La espina dorsal la integraban sus batallones de la ciudad.

—Dispon todas las preparaciones que harías si fuésemos a luchar —dijo el gran general—. Proporciona las raciones necesarias. Pero haz los preparativos de manera relajada. Solo queremos comprobar lo preparados que están para así saber dónde tenemos que trabajar más. No permitas preguntas. Y de ahora en adelante quiero ver personalmente a nuestros espías cuando nos traigan noticias.

Aridatha se alejó preguntándose qué tendría en mente Mogaba.

El gran general mandó reunir al resto de su personal y comandantes. Pasó mucho tiempo a pleno sol del mediodía charlando con sus capitanes de caballería.

CAPÍTULO 84

¡UNTO AL CEMENTERIO: CONFUSIÓN

Sauce Swan metió la cabeza en la cabaña de Dormilón, que había sido construida con los mejores troncos recogidos de la Arboleda de la Condena.

—Otro contacto con la caballería de Mogaba. Cinco kilómetros al oeste de la carretera de la Roca.

Ocurría periódicamente. Era una de las formas con las que el gran general mantenía controlado al enemigo. Las investigaciones se hacían más numerosas cuando Mogaba quería generar una respuesta. Dormilón gruñó despreocupada.

—Estoy un poco inquieto —le dijo Swan—. Esta vez están provocando más de la cuenta. Como no hay forma de saber nada de los seres ocultos que no salieron corriendo tras Tobo, no tenemos ni idea de lo que Mogaba está haciendo. Estamos tan ciegos como él.

—¿Está maniobrando su fuerza principal tras la pantalla de la caballería?

—Tengo esa impresión.

—Entonces intenta que nos entre de nuevo el pánico.

Ya en dos ocasiones las fuerzas taglianas habían venido al sur y habían provocado la respuesta de Dormilón, que se había retirado inmediatamente. Mogaba trataba de proporcionar a sus vírgenes experiencias que les dieran confianza bajo la tensión de una batalla cercana. Sin duda en esta ocasión haría que se acercaran más.

—Que una brigada vaya detrás de los piquetes y que haga mucho ruido. Mantén otra brigada en el campamento. Todos los demás, que continúen con sus asuntos. Creo que pronto tendremos una reacción de la Hija de la Noche.

Su campaña contra la mesías de los Impostores y el ser Goblin se parecía mucho a la del general contra ella.

—Ya hay títulos Impostores oficiales para esos dos —le recordó Swan.

Un hecho que uno de los seres ocultos había descubierto, cómo no, en la lejana Asharan, justo antes de la partida de Tobo. Asharan era una pequeña ciudad, muy al sur, que apenas podía tener impacto alguno excepto por su banda de Impostores.

—Khadidas. Khadidasa.

Esclavo de Khadi, o de Kina.

—¿Es uno o los dos?

—Son las formas masculina y femenina. Una para cada uno de ellos.

—Sauce, a esa chica nadie la va a llamar esclava. Tiene la misma sangre que su madre y su tía. La Hija de la Noche le va de perlas.

Swan se encogió de hombros y se marchó. Tobo había dicho que la chica y el Khadidas no se apreciaban demasiado. Que, de hecho, solían discutir. Que incluso la chica parecía haber comenzado a desilusionarse.

La caballería del gran general continuó hostigando a los piquetes y exploradores de Dormilón. Se producían escaramuzas por doquier. El tráfico comercial se redujo en la carretera de la Roca. Unas tropas proporcionales probaron la brigada desplegada para proteger la fuerza de la Compañía. Casi todos eran vehdna. Los vehdna tradicionalmente eran excelentes jinetes. Lo hicieron bastante bien ante la infantería profesional de Hsien.

Dormilón sacó del campamento a la otra brigada y cedió la función de apoyo a los reclutas nativos.

—Me estoy preocupando —le dijo Swan a Dormilón.

—Parece que va en aumento. Antes solo estabas inquieto.

—Me refiero a que por qué está Mogaba intentando hacernos creer que va a efectuar un ataque directo. ¿Por qué trata de forzar una respuesta?

—Porque quiere ver qué hacemos. A no ser que esté tratando de distraernos de otra cosa. ¿Hay alguna posibilidad de que haya hecho algún trato con los Impostores?

—El hijo de Narayan Singh es uno de sus compinches.

Aquello prendió la mecha.

—¡Aridatha Singh no es un Impostor! Y tampoco es un títere de los Impostores.

—De acuerdo, no te pongas así.

Sin embargo, un poco más tarde quedó claro que era el momento de que todo el mundo se pusiese nervioso, ya que ocurrió algo inesperado y mortal.

La caballería de Mogaba desapareció. Fue reemplazada por la infantería de la segunda división territorial, que era tan numerosa como todo el ejército de Dormilón. Los taglianos cargaron directamente contra la fuerza defensiva, haciéndola retroceder, mientras que la caballería comenzó a colarse por los extremos de la línea amiga.

Dormilón tenía mensajeros volando y cuernos resonando antes de que quedase meridianamente claro que esta vez Mogaba no estaba de broma.

—Tenemos que evitar que entren en el campamento —espetó Dormilón—. Cueste lo que cueste.

—Yo me ocupo —contestó Swan, aunque no era miembro oficial de la jerarquía.

Usaré los reclutas. Tú agarra a todo el que encuentres.

Salió corriendo. Si Mogaba capturaba el campamento, controlaría el tesoro que habían traído de la llanura reluciente. Eso podría bastar para que ganara la guerra allí mismo, en aquel instante.

Swan comenzó a atajar la confusión en el campamento tan pronto como localizó a los sargentos de Hsien a cargo de la formación. Anunció que el enemigo había lanzado una fuerza de reconocimiento. Algunos elementos podrían intentar alcanzar el campamento.

Una vez que tuvo a los reclutas reunidos de cara al enemigo, Swan envió a hombres de confianza para que ocultaran el tesoro dentro del viejo cementerio militar de los Lugareños de las Sombras. Y lo hizo bien. El ataque de Mogaba fue mucho más vigoroso de lo esperado. Cuando llegó al campamento, los reclutas no lo aguantaron mucho tiempo y permitieron que algunos elementos de Mogaba entraran en él.

Sin embargo, no todo fue bien para el gran general. Poco después de que su propia división atrajera la atención de los enemigos, una segunda fuerza se suponía que tenía que avanzar hacia el este, por la carretera de la Roca, para atrapar a las tropas desorganizadas que fueran hacia la Arboleda de la Condena, en ayuda de Dormilón. El comandante de dicha fuerza, al no estar seguro de si se encaminaba a una astuta trampa, vaciló hasta que su ataque no tuvo oportunidad alguna de éxito. En breve estaría libre para perseguir nuevas oportunidades profesionales. Muchos oficiales menores se le unirían.

En el extremo izquierdo, Aridatha lanzó su ataque según estaba programado.

Su meta inicial era ocupar la Arboleda de la Condena. Entonces se suponía que debía seguir hacia al sur y el oeste y cortar la línea de retirada del enemigo. Pero antes de que la fuerza de Aridatha hubiese realizado la maniobra, recibió un despacho de Mogaba ordenándole que se retirara. El enemigo se había reorganizado. Se esperaba un contraataque en breve. Mogaba temía que si Dormilón descubría a Aridatha lo aislaría y exterminaría su división. Aridatha era novato en el campo de batalla.

CAPÍTULO 85

LA ARBOLEDA DE LA ΚΟΠΔΕΠΑ:

ΥΠΑ ΓΡΑΠ ΣΟΡΠΡΕΣΑ

La Hija de la Noche estaba a punto de gritar por el aburrimiento y la opresión psíquica de vivir en la Arboleda de la Condena. La vida con Narayan no había sido perfecta, pero llegó a entenderlo. La vida con el Khadidas era intolerable. El hombrecillo poseído era insufrible. Cada día, todos los días, había lecciones. Casi siempre sobre cosas que ya sabía. Excepto cuando era algo filosófico sobre cómo debía ofrecerse por completo a la voluntad de Kina, sobre cómo había de luchar por liberarse incluso de los trazos más resistentes de personalidad y convertirse en un recipiente para Kina. Debía de ser, no la Hija de la Noche, sino la Khadidasa.

El Khadidas repetía monótonamente sus argumentos mientras ella se sentaba con los brazos alrededor de las espinillas y la barbilla en las rodillas, en los escalones del templo de los Impostores. Había peregrinos Impostores que iban y venían limpiando el lugar. No les prestaba atención. Recordaba otras ocasiones en las que ella había estado allí con papá Narayan. Al rememorar esos días, sintió como si hubiese llevado una vida normal de familia.

Comenzó a recordar cosas del pasado e inmediatamente se inquietó y se preguntó por qué. No había pensado en los hombres de aquella manera desde que se enteró de la muerte de Narayan.

Alguien bajó desde el templo y pasó a su lado. Se encaminaba a tirar una cubeta de agua sucia. Se escuchó un sonido seco. El hombre del cubo dio un gritito de sorpresa y se tambaleó hacia atrás. Cayó en los escalones junto a la chica y miró a su mesías con ojos de sorpresa. Vio como la luz desaparecía de sus ojos.

De su pecho sobresalía una flecha. Le había atravesado el corazón. La chica no percibió las coloridas marcas en el astil que identificaban la unidad del arquero y a este. Comenzó a mirar a su alrededor. Estaba rodeada por gritos y sonidos secos. Las flechas siseaban cerca y se clavaban detrás de ella en un nuevo compañero. Comenzó a buscar en su interior para liberar el efecto «Ámame». Una flecha roma la golpeó de lleno en el esternón. Una segunda la golpeó más abajo. Se inclinó adelante tratando

de vomitar.

Las primeras flechas parecieron no importunar al Khadidas. Pero siguieron cayendo. Y cayendo. Y entonces aparecieron soldados taglianos por todas partes.

—Cortad las cabezas —gritó un alto oficial—. Nos las llevamos. Dejad los cuerpos en el osario para los cuervos.

Otro oficial avanzó a grandes pasos hacia la Hija de la Noche. Los otros taglianos le obedecían. La primera respuesta de la chica fue comprobar que era en extremo atractivo. Entonces recordó haberlo visto antes, años atrás, cuando estuvo cautiva de la Compañía Negra. Había sido traído para ver a Narayan.

—Mi hermano Aridatha —resolló—. Parece que mi destino es vivir prisionera.

Continuó agarrándose el estómago. Un enorme soldado shadar estaba tras ella, listo para golpearla ante la primera señal de cualquier adversidad.

El oficial tagliano quedó sorprendido, pero solo por un instante. Se quedó con la parte de «hermano».

—Eres la Hija de la Noche. Es mi trabajo asegurarme de que no cumples tu destino.

Miró al ser que estaba junto a ella, quieto, pero no muerto. En el sentido convencional. También había conocido a Goblin aquella noche.

—Este ahora es el Khadidas —dijo ella—, no el mago. No está muerto. Y no puedes matarlo. Tiene a la diosa en su interior.

Los taglianos hicieron rápidos gestos. Los soldados ataron al ser Goblin y lo metieron en un saco de cáñamo tras arrancarle las flechas de la carne.

—Yo no contaría con eso.

—Kina está en él.

—Booboo, supón que lo corto en trocitos. Después hago que mis hombres quemem esos trocitos en lugares separados por cientos de kilómetros. No conocí a mi padre y ciertamente no respeto lo que era. Pero, aun así, esa criatura lo asesinó.

—¿Cómo me has llamado?

—¿Qué? ¿Te refieres a Booboo?

—Sí, eso. ¿Por qué lo has hecho?

Se tuvo que esforzar por retirar la mirada de lo que les hacían a los Impostores martirizados, como también se esforzó por no pensar en la acusación que se había hecho contra el Khadidas.

—Tu padre y tu madre y todos en la Compañía Negra que se preocupan por ti te llaman Booboo. No es tan mayestático como la Hija de la Noche. Vamos. Levántate. Tengo que hacer que estos hombres se muevan. Sin trucos. Si te portas mal, saldrás malherida. Estos hombres te tienen mucho miedo.

Una punzada de sorpresa recorrió a la chica. ¿Se preocupaban tanto por ella como para haberle asignado un apelativo cariñoso? Narayan no se había atrevido a ir tan

lejos, aunque ella sabía que la reverenciaba.

A pesar de la advertencia de Aridatha, trató de activar el efecto «Ámame» sin éxito. No sabía si se debía a estar tan agitada o al Khadidas. El ser Goblin había mostrado la habilidad de interferir con ella antes, normalmente cuando no se ajustaba a las reglas que él establecía.

Por un instante deseó que sus captores destrozasen al Khadidas y asasen los pedazos en estercoleros separados por cientos de kilómetros. Entonces, apartó sus sentimientos personales. No era el momento. Era el momento de concentrarse para asegurar que ella y el Khadidas sobrevivían hasta que encontraran la oportunidad de comenzar su gran obra.

No dudaba de que llegaría tal oportunidad. Kina despejaría el camino. Kina siempre lo hacía. Kina era la oscuridad. La oscuridad siempre llegaba.

La chica se mantuvo totalmente dócil y cooperante. No dejaba de notar lo inquieta que se ponía cada vez que el atractivo general estaba cerca de ella. Pero encontraba demasiado ocupado como para prestarle atención. Había recibido órdenes que cambiaban su misión.

CAPÍTULO 86

¡UNTO AL CEMENTERIO: MÁS CONFUSIÓN

—Hay otra división en algún lugar al este de la carretera de la Roca —informó Swan a Dormilón y al resto de su personal—. Tengo la impresión de que se suponía que iba a penetrar nuestras fuerzas y colocarse detrás de nosotros. Pero de repente se dirigió al norte, sin que tomáramos prisioneros ni fuéramos ayudados por los seres ocultos.

Las Sombras Desconocidas se convirtieron en un tema peliagudo. Quedaban unas cuantas, pero se negaban a ser forzadas a ayudar. Tobe no les había dicho que ayudaran.

Los temperamentos no se apaciguaron durante la reunión. Todos estaban cansados, de mal humor e impacientes. Sobre todo Dormilón. Sin pruebas sólidas, comenzaba a creer que Mogaba había conseguido vencerla de nuevo. Y la cosa no había acabado en absoluto.

El gran general no había roto el contacto por completo. Parecía dispuesto a realizar continuas escaramuzas.

—Creo que hemos tenido una buena actuación —le dijo Swan a todo el mundo—. El índice de bajas va sin duda a nuestro favor.

—Pero, desde un punto de vista estratégico, Mogaba debe de estar celebrándolo —le espetó Dormilón—. Le encanta lo que ha conseguido.

No había modo de que ella supiera tal cosa, claro está. Solo sabía que no estaba contenta. Mogaba había vuelto a sorprenderla.

Había pasado por alto el hecho de que ella había conseguido contener a una fuerza muy superior una vez que comenzó la batalla, que Mogaba quizá había sido demasiado astuto y sutil en esta ocasión.

Sauce Swan no lo pasó por alto.

—Puede que Mogaba vuelva una vez comprenda que nos sorprendió y que podría habernos aplastado si simplemente hubiese cargado, dejándose de tantas maniobras.

Las cabezas asintieron. Un brigadista señaló que si él estuviese al mando del otro bando, atacaría de nuevo aunque supusiese que sus enemigos lo estaban esperando.

Lo haría para ver qué ocurría. Y para hacer que el enemigo creyese que tenía que estar alerta todo el tiempo. Mantenerse listo para repeler un ataque conseguiría machacar a cualquier ejército tras varios días.

Sahra entró tarde y sin interés alguno en la discusión.

—Ha comenzado a llover —dijo a nadie en particular.

Como era algo importante, que podía tener un serio efecto en las operaciones, Swan salió para echar un vistazo.

El cielo estaba nublado. Se podía oler la lluvia en el aire. Pero ni llovía ni parecía que fuese a llover hasta bien entrada la noche, para lo que aún quedaba. Swan volvió a entrar agitando la cabeza.

Que Sahra podía haber estado hablando de manera metafórica o figurativa quedó claro un poco después, cuando una patrulla informó de que la Arboleda de la Condena había sido limpiada de Impostores.

—¿Incluso de la Hija de la Noche y del ser Goblin? —exigió saber Dormilón.

—No encontramos sus cuerpos, capitana, y allí había muchos cadáveres. A todos les faltaba la cabeza. Quizá esos dos lograron escapar.

—Quizá. Ojalá Tobo estuviera de vuelta. Odio estar tan ciega.

—Estás malacostumbrada —le dijo Swan.

—Y me encanta. Tso Lien, más trabajo para tus soldados de reconocimiento. Averigua qué ha ocurrido y averigua si podemos derrotar a alguna unidad sin olvidar que a Mogaba le encantaría conducirnos hasta una trampa mortal.

—Así se hará, mi capitana.

Swan hizo una mueca ante la rimbombante respuesta de Tso Lien. Provenía de una provincia donde los estilos de habla eran tan importantes como lo que se decía. Era otro de esos oficiales profesionales extremadamente competentes que habían elegido eliminar las cadenas feudales de Hsien con la esperanza de hacer fortuna.

Swan se preguntaba si los hombres de la Tierra de las Sombras Desconocidas no comenzarían a concentrarse más en seguir vivos que en ganar una guerra. Sus fortunas futuras ya estaban en manos de la Compañía, ocultas en aquel cementerio.

CAPÍTULO 87

PIEDRA RELUCIENTE: LA FORTALEZA SIN POMBRE

Oh, qué alertas estaban los ojos cuando Dama y yo abrimos la Puerta de las Sombras. Yo añadí algunos pasos innecesarios por crear efectos dramáticos o confusión. Después continuamos avanzando hacia el sur, sobre la carretera protegida, hacia el gran refugio ventoso de Shivetya.

Toda la llanura parecía un lugar helado, gris, inclemente, desprovisto de todo brillo. Las rocas conmemorativas parecían viejas y cansadas, sin interés alguno por esforzarse en proclamar las glorias del pasado. No vi ninguna que fuera nueva. Ni en una sola ocasión fue el viento más cálido que el corazón de un usurero. Vimos zonas de hielo y nieve.

Tobo sugirió que la llanura estaba recibiendo el clima de algún lugar donde la estación era menos cómoda que la nuestra.

—¿Eso crees? —dij e—. ¿Con la Puerta de Khatovar totalmente destrozada?

No había ninguna sensación de amenaza en la llanura. ¿Era posible que quedasen tan pocas sombras?

—Solo que ahora mismo en mi mundo estaríamos en pleno verano —dijo Shukrat.

Resoplé y ajusté mi poste volador para ganar velocidad. Los chicos no tuvieron problema en seguirme. Oí que Dama maldecía a lo lejos, pues la alfombra de Aullador se quedaba atrás. No podía ir más aprisa, ya que su invento casi cubría toda el área protegida. Debía tener cuidado.

Al acercarnos a la fortaleza de Shivetya, Tobo gritó:

—¡Es seguro ascender ahora!

Él y Shukrat salieron disparados hacia el sol. O allí donde habría estado el sol si el tiempo no hubiese sido tan malo.

—¡Ni se te ocurra! —me gritó Murgen.

—Demasiado tarde, amigo. Agárrate.

Ascendimos, aunque no con la alegría de un adolescente inmortal.

—Si no te gusta el paseo, te bajas y te pones a caminar —dije al oír que Murgén se estaba quejando.

En unos instantes, teníamos una visión de pájaro de la llanura reluciente.

Era algo que nunca había visto y que tampoco había oído describir. Desde casi un kilómetro de altura, la llanura se parecía al suelo en el interior de la cámara principal de la fortaleza. Eso no me sorprendió, aunque sí sus límites.

Cada uno de los dieciséis sectores se centraba en una Puerta de las Sombras. Cada uno tenía su propio clima, estación y hora del día, algo que se volvía bastante confuso al acercarnos a los puntos intermedios entre las Puertas de las Sombras.

—Es como mirar al resto del universo desde el interior de una bola de cristal —dijo Murgén.

—¿Por qué nunca mencionaste que tiene este aspecto?

—Porque nunca la vi así. Quizá desde el reino de los fantasmas no se vea así.

Desde lo alto se percibía color en la llanura. Nunca antes había observado tanto color en el lugar de la piedra reluciente.

Tobo y Shukrat pasaron a nuestro lado, hacia abajo, gritando de alegría.

—La diversión se ha acabado —dije.

La alfombra de Aullador ya se veía arrastrándose por la línea del camino que conducía a la Puerta de las Sombras de nuestro mundo.

Entramos en la fortaleza por un agujero en el tejado. Parecía ser el único daño que nunca se reparaba. Quizá el demonio guardián prefería tener un agujero antes que el suelo seco. Ciertamente no tenía preocupaciones con respecto al clima.

Aunque afuera era de día, nuestro agente en la escena, el anciano Baladitya, estaba dormitando. Probablemente ya dormía más horas de las que estaba despierto.

Cuando Murgén y yo nos posamos, Shukrat estaba discutiendo amargamente con Nashun el Investigador y el Primer Padre. Ella y los hechiceros Voroshk hablaban en su lengua nativa, claro está, pero las palabras exactas no importaban.

En el fondo la pelea era tan vieja como la humanidad; viejos anticuados cortos de miras discutiendo contra la juventud omnisciente.

—Aquí huele —observó Murgén.

Un hedor patente. Era evidente que los Voroshk esperaban que el personal de servicio limpiara por ellos.

—Supongo que Shivetya no tiene sentido del olfato. Si yo fuera él, dejaría de alimentarlos hasta que aprendieran a ocuparse de sus tareas.

Baladitya, me fijé, se ocupaba de su parte de limpieza, a pesar de la tendencia hacia el olvido y el despiste.

El alboroto propiciado por Shukrat y sus familiares finalmente alteró los ronquidos del copista.

Era un viejo y peludo espantapájaros que necesitaba ya un cambio de ropa. Sus

rasgadas vestimentas eran, según mi propia experiencia, lo que siempre había llevado. Iba casi peor que el Aullador, aunque envuelto menos densamente.

Tampoco se habría echado en falta un encuentro íntimo con unas tijeras, un peine y una bañera de agua caliente. Por su cabeza y rostro flotaban mechones enredados de fino pelo blanco. Llegué a pensar que algunos saldrían volando, como semillas de diente de león.

El interior de la fortaleza era totalmente espeluznante. Nunca me relajaba en tal lugar. Me daba la misma sensación que tío Doj. Una mala sensación que aunque, tranquila y discreta, hacía que fuese incapaz de calmarme. Baladitya la tomó con Murgen, queriendo saber lo que hacía Dormilón, cómo le iba a su viejo amigo el maestro Santaraksita, cómo estaba Tobo. Tenía la enfermedad del analista. Aunque había elegido llevar una vida intelectual en aquel lugar, echaba de menos a su gente.

Sospecho que los Voroshk no eran gran compañía. Probablemente se quejaban de continuo en un idioma que no entendía, sin hacer otro esfuerzo por comunicarse que gritar en voz más o menos alta.

Miré hacia arriba, preguntándome cuando aparecerían los demás. Entonces me separé unos pasos hasta el borde externo de la cúpula de luz, sin origen aparente, que iluminaba el área de trabajo de Baladitya. Contemplé el enorme volumen impreciso del demonio Shivetya. La oscuridad alrededor del demonio era más profunda de lo que recordaba, más profunda de lo que otros habían contado. El gran trono de madera también estaba borroso. La forma humanoide, clavada al trono por medio de dagas de plata, parecía menos sustancial que en mi memoria. Me pregunté si el golem se hacía más etéreo mientras se dedicaba a sustentar a sus invitados.

Los visitantes han de comer. Shivetya alimenta a sus invitados y aliados exudando tumores de maná con forma de seta. Recuerdo que el sabor es ligeramente dulce y un poco picante, de manera que nunca sabes qué especie lleva. Unos pocos bocados proporcionan gran energía y hacen que suba tu confianza de manera espectacular. Pero nadie engorda comiéndolos; son un poco repulsivos y no te atreves a probarlos hasta que no estás hambriento o enfermo.

Era evidente que tampoco Shivetya iba a estar por siempre gordo.

Vi que sus grandes ojos rojos se habían abierto. Shivetya me miraba con más interés que yo a él.

El golem no hablaba en voz alta. Según creíamos, no podía. Cuando elegía comunicarse lo hacía hablándote directamente a la mente. Algunos no tenían problema con la experiencia. Yo nunca la he sufrido, por lo que no puedo describirla. Si Shivetya invadió mis sueños durante la media generación que estuve encadenado en las cavernas, no lo recuerdo. Es más, no recuerdo nada de ese periodo.

Murgen y Dama sí. Algo, pero no hablan de ello. Prefieren que sean los Anales los que hablen por ellos.

No debió de ser agradable.

Las sombras hacían que Shivetya pareciera tener la cabeza de un chacal o de un perro, y recordé los ídolos de mi niñez. Supongo que era una especie de señor del inframundo. Solo que no reclutaba demasiado.

Un ojo enorme se cerró y volvió a abrirse. El demonio de la piedra reluciente mostraba su sentido del humor. Sabía que aquel guiño me obsesionaría durante días.

Unas manos me agarraron del brazo. Bajé la mirada. Mi amor había llegado y con aquella luz mortecina parecía mucho más feliz y joven.

—Por fin habéis llegado —susurré.

—Aullador se está convirtiendo en un viejecito tímido. Se le ha ocurrido que a lo mejor tiene porvenir.

—Caminemos por ahí un kilómetro y perdámonos media hora.

—Bueno. Estoy tentada, pero me pregunto qué tienes en mente.

Le pellizqué el trasero. Ella soltó un grito y me dio un manotazo en el brazo.

—¡Ay! —dije.

Los ojos de Shivetya se dirigían ahora en nuestra dirección.

—Vaya, eso sí que corta el rollo.

Así era. Tampoco ayudaban las miradas de los reunidos. En particular los jóvenes estaban asombrados.

—Bueno, la vida es una mierda.

CAPÍTULO 88

LA FORTALEZA ΣΙΠ ΠΟΜΒΡΕ: RECLUTANDO ΕΜΟCΙΟΝ

El parloteo entre los Voroshk continuó sin apenas pausas. Sospecho que hubo varias ocasiones en los que los dos hombres quisieron castigarnos, pero estaban siendo vigilados por Shivetya. Tobo no les prestó atención. Estaba ocupado hablando con Baladitya y el golem. Este último parecía estar contribuyendo al arsenal de poder del chico, que ya de por sí era excesivo.

Cuando ya no pudieron más, Arkana y Shukrat se retiraron adonde yo estaba, y se sentaron sobre el suelo, lejos de su familia.

—Te tienen miedo —explicó Arkana—. Piensan que tú eres el terror real y que Tobo no es más que espectáculo. Creen que tú destruiste nuestro mundo.

—Yo no destruí nada.

Curioso. Su acento aquí, donde necesitaba protección, no era tan pronunciado.

—Lo sé. Tú lo sabes. Incluso puede que ellos también. Pero no quieren que sea culpa de ellos. En el fondo son casi tan malos como Gromovol y Sedvod. Durante doscientos años ser Voroshk ha significado ser perfecto, sin falla alguna.

—Entonces, ¿a qué viene tanto discutir?

—Shukrat quiere quedarse con vosotros. Sedvod murió sin los ritos apropiados. No quieren creer que Gromovol hiciese tantas cosas estúpidas, incluyendo que mataran a Magadan. Eso causará terribles problemas políticos y familiares cuando las noticias lleguen a casa. El padre de Magadan es el hermano del Primer Padre y realmente se odian.

Evidentemente los Voroshk supervivientes preferían simular que su familia aún gobernaba en una tierra que no había sido arrasada por sombras asesinas.

—Y ¿por qué os gritan?

Arkana suspiró. Metió la cabeza entre las rodillas, donde no podía estudiar su expresión.

—Supongo que es porque dije algo así como que realmente tampoco quiero volver a casa.

Arkana realmente usaba mucho la palabra «realmente».

—¿A pesar de lo que ocurrió?

—Aún no saben esa parte. Tampoco hace falta que la conozcan.

—De mí no la van a escuchar, pero Gromovol podría...

—Ni siquiera Gromovol es tan estúpido como para mencionarlo. Según las normas de nuestro pueblo, no hay manera de que pueda convencer a nadie de que todo fue por su culpa. Si algo así saliese a la luz, su propio padre lo repudiaría.

Con expresión de algún modo confusa, Shukrat vino hacia nuestra posición. Arkana se retiró unos centímetros e ignoró totalmente a Shukrat. También ella ignoró a Arkana. Shukrat se sentó en el suelo con los brazos alrededor de las rodillas. Había rastros de lágrimas en sus mejillas.

—¿Y bien? —dije—. ¿Tengo que azotar a alguien por haberse portado mal con mis niñas?

Shukrat se rio sin ganas.

—Tendrías que golpearlos unas diez mil veces con el martillo de un herrero.

—Eso solo para que te hagan caso —dijo Arkana.

Colocadas como estaban, era evidente el parecido familiar. Solo cuando se movían siguiendo la dirección de sus distintos caracteres parecían muy diferentes.

Las chicas tenían razón. Ni siquiera la destrucción de su mundo había sido suficiente para sacar a aquellas dos rocas del desierto de su testarudez.

—Arkana, ¿estás mejor? —pregunté—. ¿Querrías traducir para mí?

Podía usar la lengua de Juniper, claro está, pero de este modo podría sentirse útil.

Se lo pensó unos instantes. Intercambió miradas con Shukrat. Ambas chicas me miraron.

—Solo me meteré con ellos un poquito —les prometí.

Los viejos Voroshk se afilaban las uñas regañando a Gromovol. Si el chico no la hubiese cagado de tal forma, habría sentido pena por él. No tenía opción de volver a nuestro mundo. Tendría que aceptar lo que aquellos dos le tuviesen preparado.

—Habéis sido muy duros con mis chicas —le dije al Primer Padre—. Es hora de dejarlo. ¿Se ha molestado alguno de vosotros en volver a comprobar cómo están las cosas en vuestro hogar?

No hubo respuesta. Solo miradas amenazadoras.

—Así que no sabéis cómo están las cosas... —Una epifanía—. Arkana, cariño. Estos han huido. Venir a por vosotros era solo una excusa. Y una vez usada ya no podían volver. Te apuesto algo a que Shivetya no los ha forzado a quedarse aquí.

Recordé que en otra ocasión habían sido tres. Alguien se había marchado. Y quizá no vivió para volver con las noticias.

¿Aquellos viejos eran unos cobardes? Cuadraba.

Por primera vez en generaciones, los Voroshk se enfrentaban a algo que la familia

no podía machacar con la facilidad con la que se pisotea un ratón. Y la única forma que algunos de ellos tenían para lidiar con ello era huyendo.

Estos dos no querrían regresar por si había supervivientes.

—Vuelvo enseguida —dije.

Fui al trote hasta donde se encontraba Tobo, lo interrumpí, y le hice un resumen.

—¿Cuánto permaneceréis aquí? ¿Tengo tiempo de pasar por la Puerta de Khatovar con esos viejos para averiguar lo que las sombras han hecho realmente?

El chico puso los ojos en blanco.

Cuando estaba a punto de abofetearlo para que me prestara atención, volvió a centrarse y me dijo:

—Shivetya dice que eso sería muy arriesgado. Shivetya dice que tienes razón sobre los Voroshk. Huyeron. Shivetya dice que algunos miembros más valerosos del clan aún están activos allí. Shivetya dice que la puerta se está cerrando. Casi todas las sombras supervivientes están al otro lado. Shivetya dice que lo dejes estar. Shivetya dice que sigas adelante con tu plan. Shivetya dice que no te preocupes por Khatovar. No puedes alcanzarla. Intentándolo solo conseguirás matarte. Dice que seguirá allí cuando todo lo demás haya sido completado.

¿Era Tobo el que hablaba o era el demonio el que usaba sus labios?

—Shivetya, me temo, es un mentiroso de mierda.

—¿Crees que no es razonable que sea un poco egoísta con respecto a cómo se hacen las cosas? ¿Considerando la escala de sus contribuciones?

—Farsante.

Volví con Arkana. Me pregunté cómo se suponía que íbamos a matar a una diosa y sobrevivir para que su carcelero pudiese seguir el mismo camino lleno de oscuridad.

—Corazón, diles a esos vejestorios que quiero que vuelen a vuestro mundo conmigo. Que quiero ver lo que ha ocurrido allí. Que realmente quiero ver lo que queda de Khatovar.

Arkana dio varios pasos laterales hasta que se colocó delante de mí, dándoles la espalda a Nashun y al Primer Padre.

—¿Lo dices en serio?

En voz baja, porque el mendrugo de Gromovol parecía interesarse por nuestra conversación, dije:

—Lo que necesitan saber es que hablo en serio.

Los viejos no pusieron muchas excusas falsas por evitar un viaje a casa y descubrir lo ocurrido. Simplemente dejaron muy claro que no iban a ir.

—¿Qué planeáis hacer con vuestras vidas? Shivetya no os va a dejar haraganear aquí para siempre.

Sospechaban que estaban a punto de ser invitados a algo. Tenían toda la razón del

mundo.

—La Compañía siempre tiene sitio para hombres válidos.

O inválidos, según era el caso. No estaba seguro de si esto se aplicaba a cobardes y mediocres, aunque tener un par de hechiceros adicionales hacía que mereciese la pena el intento.

El problema era que si seducía a esos dos, ¿cómo los iba a mantener controlados? Dama tendría que reflexionar sobre aquello un tiempo. Era el tipo de problema con el que había lidiado de forma regular antes de que yo apareciera en su vida.

Podía oír el tictac de un reloj sonando dentro de los cerebros de los Voroshk. Sus pensamientos eran evidentes. Querían decirle cualquier cosa a Matasanos. Decirle lo que quería escuchar. Salir de esta llanura aterradora y cruel. Huir. Encontrar un lugar donde no se hubiese oído hablar de los Voroshk, donde no hubiese grandes magos. Establecerse y montar un nuevo imperio.

Justo lo que habían hecho los Maestros de las Sombras antes que ellos.

—Diles que volveré después de uno o dos días para ver qué han decidido.

—Si acceden a unirse a vosotros, os darán más problemas que Gromovol —afirmó Arkana mientras se retiraba conmigo.

—No me digas. —Elegí un tono que supuestamente le haría saber que no era tan tonto como parecía—. ¿Cómo crees que podemos evitar tal cosa?

Tenía algunas ideas.

—Haced lo que nos hicisteis a nosotros. Desnudadlos. Quitadles sus rheitgeistiden y su shefsepoken. Haced que no puedan volar y que sean vulnerables. Pero prometedles que recuperarán todo cuando os hayan demostrado que podéis confiar en ellos. Llegado el momento, seguid dándoles largas.

—Voy a adoptarte. Serías una hija maravillosa. Oye, futura hija de mente retorcida número dos. Ya has oído a Arkana. ¿Qué opinas?

—Creo que tiene razón —admitió entre gruñidos.

—¡Excelente! Vamos a preguntarle a vuestra malvada madre su opinión.

Encontramos a Dama leyendo lo que Baladitya había estado escribiendo durante sus últimos años, que era, más o menos, la biografía de Shivetya.

—Cariño, he decidido que tenemos que adoptar a estas dos maravillosas niñas. Resulta que tienen el corazón tan negro como queríamos que lo tuviera Booboo.

Dama me premió con una mirada suspicaz y decidió que estaba de broma, pero que iba en serio con lo que decía. Más o menos.

—Contadme.

—Adelante, chicas —dije.

CAPÍTULO 89

¡UNTO AL CEMENTERIO: MÁS CONFUSIÓN

Dormilón sabía que no bastaba con esperar que el gran general siguiese pensando en atacar. Tenía que adelantarse a sus decisiones. Esta vez no podía dejar que Mogaba le ganara por la mano.

Adoptó un enfoque doble hacia la planificación, estableciendo dos grupos distintos. El primero constaba de Iqbal y Runmust Singh, Andarríos, Sahra, Sauce Swan y otros que habían estado con ella desde las guerras de Kiaulune. Incluso convocó a Blade desde Jaicur, pues Blade conocía personalmente a Mogaba y, en otro tiempo, había estado muy unido a él.

El segundo grupo constaba enteramente de oficiales de Hsien. Estos hombres solo conocían a Mogaba por el nombre, como si fuera el hombre del coco. Y no conocían el territorio que los rodeaba más allá de lo que podían aprender de mapas y de exploraciones propias.

Dormilón esperaba encontrar algo en el abismo que se abría entre visiones divergentes.

Mantuvo a la caballería ocupada, explorando, persiguiendo a los exploradores de Mogaba, entablado escaramuzas con patrullas enemigas, tratando de localizar el conjunto de fuerzas del gran general.

Mogaba hacía lo mismo. Ambos bandos confiaban fuertemente en los civiles a los que interrogaban. El tráfico en la carretera de la Roca había disminuido, pero no se había detenido por completo.

Cada grupo propuso varias campañas probables del enemigo. Dormilón hacía que el otro bando estableciese una contracampaña. Y al final, tras casi dos días sin dormir, no se sentía más iluminada que al comienzo. De modo que eligió dejarse llevar por la intuición, que le había servido de gran ayuda durante sus anteriores bailes con el gran general.

CAPÍTULO 90

JUSTO AL CEMENTERIO: ΑΥΤΗ ΜΑΣ CONFUSIÓN

—Me temo que todas estas maniobras les ayudan más a ellos que a nosotros —les dijo el gran general a sus comandantes—. Es evidente que no tienen apoyo místico. Pero cada hora que seguimos con las maniobras, más cerca están de recuperar esa ventaja.

—¿No estamos aún en desventaja en una confrontación directa? —preguntó Aridatha Singh.

—En cuanto a la calidad de los soldados, probablemente. Pero tenemos tres veces más soldados. Y ellos aún tratan de cubrir una línea que va desde la Arboleda de la Condena hasta cerca de su campamento. Demasiado para diez mil hombres.

No surgieron preguntas. Tampoco sugerencias. El gran general casi nunca solicitaba consejo. Cuando Mogaba reunió a sus capitanes pretendía dar órdenes. Su trabajo era asegurarle que serían cumplidas.

—Vuelvo al plan original. Atacaré de frente, justo en el medio, con la Segunda Territorial. Lucharé y mantendré el terreno ganado. Singh, avanza por la ruta previa con la misma misión. Cuando estés detrás de ellos pon tu división en formación de batalla y avanza por la carretera de la Roca. Si el resto hemos hecho nuestro trabajo, solo tendrás que barrer fugitivos.

Mogaba descansaba una mano sobre el hombro de un joven oficial llamado Narendra Nath Saraswati, vástago de tercera generación de una antigua familia aristocrática que sirvió desde las primeras escaramuzas de las guerras de los Maestros de las Sombras. Dos días antes, Saraswati había sido jefe de regimiento con una actitud agresiva. Como el gran general estaba decepcionado por el tímido rendimiento de lo que quedaba de su división, su carácter estaba a punto de ganarse una oportunidad de brillar con luz propia.

—Narendra —dijo el gran general—, tan pronto como yo esté luchando contra el enemigo, quiero que tomes a todo tu regimiento y avances con un frente estrecho por la linde de este bosque.

Aquella división había sido cambiada a la derecha desde la batalla anterior.

—Invade su campamento. No debería ser difícil. Parece que lo defienden reclutas novatos. Una vez que te apoderes del campamento, reforma tu unidad y avanza para golpear el ala izquierda, la retaguardia y la reserva del enemigo. No comiences tu ataque inicial hasta que yo no esté en plena refriega con el enemigo.

»Una cosa más. Quiero que dejéis conmigo vuestros dos estandartes principales. Si el enemigo los ve, quizá crea que estoy concentrando todo en un punto.

Se detuvo. No había preguntas. Todo aquello había sido planificado con antelación. Lo que se necesitaba ahora era un vigor renovado.

—Partiré a media mañana. Tras los exploradores y las escaramuzas. Aseguraos de que vuestros hombres están bien provistos. Estrangularé personalmente a cualquier oficial que no procure el bienestar de sus soldados.

La actitud del gran general era bien conocida, aunque no aplaudida universalmente, por sus oficiales. La corrupción estaba tan enraizada en la cultura tagliana que, incluso tras más de una generación de colisión cultural y de cambios ocasionalmente sangrientos, aún había algunos que no entendían que robar a los hombres que comandas no es una manera aceptable de incrementar tus ganancias.

A pesar de sus diferencias, la Compañía Negra, la protectora, el gran general, todos los norteños que habían alcanzado el poder luchaban por incrementar la eficiencia de su régimen arrancando de raíz los chanchullos y la corrupción. Más que cualquier otra cosa, eso es lo que hacía a los extranjeros tan extraños.

—Aridatha, aguarda. Se me ha ocurrido algo. Si las cosas marchan bien es probable que Saraswati destruya al enemigo antes de que puedas colocarte tras él.

—Estaba pensando en partir durante la noche y ocultarme en la Arboleda de la Condena.

—Buena idea. Lo que estoy considerando entonces es que deberías avanzar en una amplia línea para que puedas atrapar a la mayoría de los fugitivos que huyan hacia el sur. Me interesa especialmente atrapar a esa clase de gente que pasa a la clandestinidad y cinco años más tarde aparece con un maldito ejército.

—Haré lo que esté en mi mano.

Mogaba resopló. No le gustaba ese tipo de promesas. Sonaban como una excusa dada de antemano. Aunque Aridatha no era de los que excusan sus pecados. Era más de esos que encuentran buenas razones de por qué los demás fracasan.

CAPÍTULO 91

ΪΥΠΤΟ ΑΛ ΣΕΜΕΠΤΕΡΙΟ: ΑΪΠ ΜΆΣ ΣΟΠΦΥΣΙΌΠ

—Hoy es el día —dijo Dormilón a sus capitanes—. Lo percibo.

Continuó vilipendiando a Matasanos, a Tobo y a los demás por tardar tanto. Después se puso a decirle a la gente lo que quería que se hiciera. Enseguida surgieron las discusiones.

—Mogaba va a dividir de nuevo su fuerza —dijo—. Y va a pagar por ello. Si queréis discutir conmigo aceptaré ahora mismo las dimisiones. Hay oficiales que harán lo que se les diga y mantendrán la boca cerrada.

Unas horas más tarde el gran general apareció casi donde ella lo esperaba. Tenía a sus tropas extendidas por una gran porción de terreno y mostraba muchos estandartes.

Por un instante temió haberse equivocado y que Mogaba atacase de frente llevándosela por delante. Pero no atacó de manera tan vigorosa como lo habría hecho de haber sido ese el caso.

Dormilón no presionó demasiado. No por ahora. No quería que fuese obvio que tampoco había concentrado sus fuerzas. Entró en escaramuzas y tácticas de acoso, pero se retrasaba cada vez que Mogaba contestaba con fuerza. Él se iba adelantando porque tenía que mantener el contacto y porque Dormilón se retrasaba hacia la segunda mandíbula de su trampa. Mogaba parecía ansioso por seguir ese curso.

Cuando la división del extremo derecho salió de su escondite tras una suave elevación, perdió toda cohesión. Las tropas tenían que cubrir una milla. Su comandante estaba más interesado en golpear antes de que sus enemigos pudieran contestar que en un ofrecer una bonita imagen del avance.

Los hombres de coloridas armaduras que salieron del cementerio oculto marchaban en perfecto orden. Algunos llevaban proyectores de bolas de fuego recién fabricados. Comenzaron a matar a la muchedumbre antes de que los taglianos fueran conscientes de que la fortuna les había dado una carta del fondo del mazo. Duraron lo que duraron por el número que eran.

CAPÍTULO 92

ΪΥΠΤΟ ΑΛ CΕΜΕΠΤΕΡΙΟ: LA CONFUSIÓN SE ΑΜΟΠΤΟΠΑ

—Han comenzado a fortalecerse en su derecha —anunció uno de los compañeros de Mogaba—. Pero empiezan a retroceder en la otra ala.

—Algo va mal —declaró Mogaba—. Debería haber más.

—¿Por qué no nos lanzamos sobre ellos?

—Haz que resuene un avance general. Pero que sea lento.

El primer mensaje confuso llegó minutos más tarde. La división de Narenda Nath Saraswati huía. El propio Saraswati estaba muerto. Casi todos los oficiales de la división estaban muertos o habían sido capturados.

Antes de que le encontrase sentido a aquello, Mogaba oyó los cuernos a su derecha y vio los bloques de diferentes colores, cada soldado con su propio estandarte a la espalda, avanzando. Una ráfaga de caballería iba barriendo a gente perdida, fugitivos y aquellos que se resistían neciamente al paso de la infantería.

El gran general necesitó solo un instante para comprender que Dormilón estaba a punto de darle un puñetazo en los riñones a la Segunda Territorial con lo mejor que tenía.

—¡Ataque masivo! —ordenó—. ¡Una cadencia más rápida!

Si conseguía que los soldados avanzaran antes de reconocer el peligro que corrían, podría usar su mayoría numérica para vencer.

—La bruja finalmente me ha atrapado.

Pero aún estaba Aridatha que se movía por detrás. Aún quedaba por ver quién tenía a quién al final.

Mogaba avanzó directamente hacia el campamento del enemigo. Si pudiese atravesar su empalizada...

CAPÍTULO 93

MÁS ALLÁ DE LA ARBOLEDA DE LA CONDEPA: CRECE LA CONFUSIÓN

Aridatha supo del desastre que se estaba produciendo por medio de unos jinetes vehdna que se habían visto obligados a huir en su dirección, alrededor del extremo oriental del campo de batalla, pues los soldados enemigos ya habían bloqueado la vía norte. Aridatha fue capaz de intuir la verdad a pesar de la confusión de los informes.

Ordenó a su división que formaran para la batalla.

Compuesta por sus propios batallones de la ciudad, la fuerza estaba bien entrenada, aunque no eran veteranos. En dos horas Singh pudo ver al enemigo. Los invasores y sus aliados nativos traidores estaban involucrados en una enorme y cruenta melé con todas las tropas taglianas que Mogaba había sido capaz de reunir y que no habían podido huir. Evidentemente los invasores no se habían preocupado mucho por la división de Singh.

La llegada de Aridatha fue casi una sorpresa absoluta. En cuanto a su efectividad... Sus soldados no tenían experiencia en enfrentarse al terror y todos sabían que sus hermanos en las otras divisiones ya habían perdido sus batallas y estaban ocupados muriéndose.

Los exhaustos ejércitos se separaron con el final del día. Los soldados de ambos bandos habían soportado tanto horror que, gradualmente, dejaron de tratar de interferir con un enemigo que parecía dispuesto a marcharse sin causar problemas.

Pero ¿quién ganó?

Aquel día se podrían haber dado argumentos a favor de cada uno. La determinación final estaría en manos de aquellos historiadores que examinaran el efecto de la batalla en la sociedad y cultura taglianas. Podría ser un hito o nada importante, según lo que siguiera y cómo respondiera la población.

CAPÍTULO 94

¡UNTO AL CEMENTERIO: REUNIÓN DE AMARGURA

Ni siquiera Dormilón tenía la energía mental o física suficiente para hacer nada útil. Se desplomó sobre la silla de un caballo muerto y dejó que el crepúsculo y el cansancio la inundaran. No sentía alegría alguna, a pesar de haber quebrado la espina dorsal del último ejército tagliano y, por primera vez, había sido la que había quedado sobre el campo de batalla al final del día. Mogaba, si vivía, era el que saldría avergonzado en esta ocasión.

Una gran razón para su estado de ánimo era el hecho de que aquel logro, si lo era, se debía tanto a Suvrin como a ella. Él era el único que no había dejado de pensar en la Tercera División tagliana. Había sido capaz de responder con su brigada, débilmente, cuando apareció el resto del enemigo. De no ser por la mente fría del soldado, el gran general estaría aquí, defendiendo el campo de batalla. Aunque el número de muertos y vivos probablemente sería similar.

Suvin se sentó junto a ella. Durante un rato no dijo nada. Tampoco ella. Por primera vez en décadas quería abrazar a alguien y ser abrazada. Pero no actuó según sus necesidades.

—Sauce Swan está muerto —dijo por fin Suvin—. Vi su cuerpo hace poco.

Dormilón soltó un gruñido.

—Creo que va a haber muchos viejos amigos a los que llorar una vez recojamos a los muertos. Vi caer a Iqbal y a Runmust.

—No. Iqbal, no. ¿Quién se hará cargo de Suruvhija?

La mujer de Singh no era muy brillante.

—La Compañía, Suvin. Hasta que ella elija marcharse.

Y Runmust, si había sobrevivido. Era su obligación según las leyes religiosas shadar.

—Ella es uno de los nuestros. Cuidamos de los nuestros. ¿Tenemos a alguien que pueda hacer guardia en la empalizada?

Suvin respondió con un gruñido interrogatorio.

—Ahí fuera está el gran general, Mogaba, el Hombre de Hierro. Si le queda algo de vida y puede organizar algún tipo de ataque nocturno, volverá. Aunque tenga que hacerlo él solo.

Suvrin respiró profundamente varias veces mientras reflexionaba.

—Tenemos a suficientes reclutas que no hicieron otra cosa que ocultarse en el cementerio. A algunos he conseguido avergonzarlos para que vuelvan al campo de batalla.

—No importa que huyan, si lo hacen hacia nosotros.

—Um.

—¿Sauce? Nunca... No encontró su sueño.

—Siempre me lo imaginé como el típico hombre de a pie. Dejándose llevar allí donde las mareas de la vida lo dirigiesen. Despertando a veces, aunque nunca se levantó y agarró las riendas. Puede que también fuese un romántico incurable. Según los Anales, en una ocasión se enamoró de Dama. También se enamoró de la protectora, y tuvo más suerte, aunque posteriormente se arrepintiera de ello. Incluso estuvo enamorado de ti durante un tiempo, o eso creo.

—Éramos amigos. Buenos amigos.

Suvrin no discutió. Pero había un temblor en la voz de Dormilón que le hizo preguntarse si, en alguna ocasión, hubo algo sustancial en aquel rumor.

No era asunto suyo.

—Debería haber evitado este desastre hasta que volvieran Tobo y los demás.

—Mogaba no te lo habría permitido —señaló Suvrin—. Así que no te martirices. Te habría hostigado tratando de aprovecharse de su ausencia.

Dormilón sabía que era verdad, pero la verdad no cambiaba su estado emocional. Mucha gente había muerto. Muchos de ellos habían sido camaradas durante largo tiempo. Era su misión preservarlos, no malgastarlos. Había fracasado.

Y aún quedaba por revelar la dimensión completa de la triste tragedia.

CAPÍTULO 95

LA FORTALEZA SIN NOMBRE: BAJO TIERRA

—Tiene un aspecto tan apacible —comentó Dama.

Estábamos junto a su hermana, en la caverna de los antiguos. Atrapa Almas ocupaba el mismo lugar que había ocupado Dama durante el cautiverio.

Necesité unos instantes para comprender que estaba siendo sarcástica, repitiendo las frases comunes que se repiten en los funerales. Estaba segura de que Atrapa Almas era parcialmente consciente de lo que estaba ocurriendo y no podía interactuar con su hermana de manera más íntima.

—Hemos hecho lo que vinimos a hacer —dije—. Hay que ir pensando en volver a la Compañía.

Aunque estaba tentado a aventurarme a realizar un rápido reconocimiento de la Puerta de Khatovar antes de que sanase por completo.

Y también tenía ganas de echar una ojeada al ser oscuro que había estado jugando con nuestras vidas y destinos desde antes de que escucháramos alguno de sus nombres.

—Sí —dijo Dama—. No hay manera de saber qué maldades han tramado Booboo, el Khadidas y Mogaba ahora que no están Tobo y Aullador haciendo de niñas.

—Si Mogaba se da cuenta de que Dormilón está sin magos, se va a echar sobre ella como una serpiente sobre la mierda.

—Pintoresco y sin sentido.

Pensé que no se había incluido a sí misma junto a Tobo y Aullador. Aunque sospechaba que era capaz de chuparle el poder a Kina como una reina de los vampiros. A veces me preguntaba qué auguraba tal hecho de cara al día que hubiese que pagar a Shivetya lo que se le debía. Odiaba convertirse en algo viejo, regordete, gris que se pareciese demasiado a la madre que apenas recordaba.

—Acaba de venirme a la memoria un sargento de la Compañía de antes de tu llegada. Un hombre llamado Elmo. Tenía una forma de hablar muy particular.

—Te estás haciendo vieja.

—He pasado toda mi vida viviendo en el pasado, cariño. Ensillemos.

Habíamos bajado la larga escalera hasta la caverna a bordo de los postes voladores Voroshk. Qué forma tan espléndida de lidiar con unas escaleras cuando ya no tienes veinte años.

Dama comenzó a darle palmaditas a su hermana en el hombro, una acción bastante común.

—¡No! —grité con tal fuerza que un par de pequeñas estalactitas se cayeron en las profundidades de la caverna.

—Oh. No estaba pensando...

Allí había ancianos recubiertos de escarcha a ambos lados de la caverna. Nadie sabía quiénes eran. Excepto Baladitya, quizá. La mayoría aún estaban vivos. Como Atrapa Almas, eran exiliados de algún poder adverso. Pero unos pocos, incluyendo a demasiados hermanos de la Compañía de la era del cautiverio, estaban muertos. Y lo único que había hecho falta para matarlos había sido un roce descuidado, suave o amistoso.

Dama me apartó para pasar. Contemplé la población local. Como siempre, parecía que todos los ojos abiertos me mirasen. Me crucé con la apagada mirada de Atrapa Almas. Sin razón alguna que entendiera, le guiñé un ojo. Éramos viejos conspiradores. Nos conocíamos de antiguo. La conocí a ella antes que a su hermana, en épocas pasadas llenas de terror.

Puede que fuese un efecto de la luz o mi imaginación, pero pareció haber un aleteo de respuesta.

Cuando volvimos arriba vimos que los demás comenzaban a prepararse para partir. Aullador estaba exultante, radiante gracias a su nueva habilidad para permanecer en silencio. Parecía casi agradecido. Como yo también soy un viejo cínico tengo ciertas opiniones inconmovibles sobre el verdadero valor de la gratitud humana. Es una moneda cuyo valor se hunde constantemente. Aunque totalmente confusos, los dos hechiceros Voroshk también se estaban preparando para el viaje. Lo cual significaba que se habían rendido a las lisonjas de Tobo mientras Dama y yo habíamos estado abajo. Habían entregado sus postes voladores y sus ropas especiales antes que ser forzados a volver a su mundo.

Seguro que habían recibido noticias realmente desagradables.

—¿Entiendes lo que esto significa? —le pregunté a Tobo.

—¿Eh?

El chico se relajaba flirteando con Shukrat. Tuve la impresión de que los dos podían haber comenzado a escaparse a rincones oscuros. Habían desarrollado esa forma bobalicona de mirarse. Y no había forma de que se alejaran el uno del otro.

Aquello no iba a alegrar demasiado a Sahra.

—Significa que también tenemos que meter a Gromovol abajo. O matarlo. Algo que no sería demasiado diplomático. Desde luego no voy a darle la oportunidad de causarnos más problemas permitiendo que venga con nosotros.

—Hablaré con Nashun y el Primer Padre —se giró hacia Shukrat—. Vamos, cariño.

Ja. Cariño.

Una procesión de postes voladores bajó hasta la caverna de los antiguos. Oh, fue mucho más fácil que bajar dando tumbos. Los ancianos Voroshk, con andrajos prestados, iban detrás de Tobo y Shukrat. Gromovol detrás de Arkana. Me imaginé que le debía una. La escayola no le causaba problemas para volar. Pronto se la quitaría.

Gromovol gimoteó y suplicó hasta que todos nos sentimos avergonzados.

Podría afirmar que no tenía piedad, pero no sería verdad. Si hubiese sido realmente despiadado, habría trozos de Gromovol distribuidos por medio mundo tras realizar algún comentario cortante sobre su carácter y mal comportamiento.

Ahora me sentía como un Voroshk. Parecía un Voroshk. También mi amada. El trato con los ancianos establecía que debían de ajustar sus maravillosas ropas negras a nuestras tallas.

Serían unos complementos ideales para las armaduras de Creaviudas y Tomavidas.

Tobo y Shukrat también mostraban un aspecto negro y borroso después de que Tobo se pusiera la vestimenta de Gromovol.

Solo tardamos unos minutos en internar a Gromovol no lejos de los cadáveres congelados de varios hombres que habían sido amigos míos. Sus últimas súplicas aún resonaban cuando le dije a Dama:

—Voy a bajar hasta el fondo de este agujero. Quiero echar un vistazo a esa vieja zorra que nos ha estado jodiendo la vida estos últimos cincuenta años.

—¿Estás loco? —gritó Tobo—. Yo que tú no bajaría. Solo estando aquí ya me pongo nervioso.

—Entonces sube. Shukrat, contesta un par de preguntas técnicas antes de irte, por favor.

La barrera negra que había frustrado a Blade estaba de nuevo activa. Ponía una presión terrible en mi mente. Pero el poste volador no la notaba en absoluto, pues seguía moviéndose. El disfraz Voroshk que llevaba se agitó levemente, protegiéndome de manera más segura.

Aunque ahora conozco los nombres, me niego a usarlos para referirme a la ropa y al poste, son demasiado complicados.

Pasé a través de la barrera. Dama soltó un extraño ruidito al pasar detrás de mí, como cuando hacíamos el amor.

La escena se parecía mucho a lo que habían descrito otros. Una enorme caverna aparentemente abierta sin límites visibles, iluminada por una luz sin fuente aparente, aunque extremadamente débil. Todo lo que podía verse era una enorme y horrenda expansión de carne del color de la berenjena brillante. No se movía, ni siquiera para respirar.

Kina parecía la hermana mayor y fea de Shivetya. Parecía la personificación de todos los oscuros atributos que le eran asignados, bajo todos sus muchos nombres, desde que por primera vez fui consciente de su existencia. Parecía muchas cosas oscuras.

Mis recuerdos de los siguientes minutos no son fiables.

Casi inmediatamente la gran cabeza sin pelo se giró hacia nosotros. La boca de Kina estaba abierta, mostrando unos horrendos colmillos negros. Parecía tener la lengua de una serpiente o de un lagarto. No recordaba que se hubiese informado de tal detalle en cualquiera de los conflictivos mitos, aunque se suponía que su lengua era larga, para chupar mejor la sangre de demonios.

Los ojos de la diosa comenzaron a abrirse.

La inmensidad de su voluntad me golpeó como una gran ola. Las luces se apagaron... para mí.

—Parece que esta vez habéis tenido suerte —me dijo Tobo—. El poste os sacó de allí.

Quise decirle que la suerte no tenía nada que ver en aquel asunto. Lo había planeado así. Lo planeé con ayuda de su novia. Pero apenas tenía energía para seguir respirando.

—¿Dama? —susurré.

Quería saber qué había pasado con ella.

—Mucho mejor que tú. Duerme en este instante. Me dijo que te dijera que descansaras. Toma un poco de maná de Shivetya. Te dará una patada en el culo, si consigues no vomitarlo.

Conseguí girarme para poder ver al demonio.

Shivetya me miraba. Un cuervo blanco caminaba por su hombro. No era el mío. El demonio mostró unos cuantos dientes en lo que parecía una especie de sonrisa. Extraño. No recordaba haberlo visto moverse antes.

Quizá estaba viendo lo que tenía en mi mente. Debía saber que tenía una idea de cómo cazar a Kina.

Esperaba que la diosa no pudiese ver mis pensamientos.

Algún día. En el futuro. Si podía recomponer todas las piezas.

El cuervo blanco me miró con desdén. Creo que esos pájaros pueden hacer tal cosa.

Tobo entendió que ocurría algo, pero no supo qué. Creo que mis nuevas hijas lo entendían mejor que él.

CAPÍTULO 96

LA PUERTA DE LAS SOMBRAS: MUY MALAS NOTICIAS

Estaba en el exterior de la Puerta de las Sombras chismorreando con Hombre Panda y Espectro. Me contaban que mantener vigilada la Puerta de las Sombras era la mejor asignación que jamás habían tenido. El trabajo era sencillo y los lugareños eran simpáticos. Si los feos espantajos de la llanura no estuviesen siempre acosándote...

Tobo y Shukrat la atravesaron.

Casi de manera inmediata, Tobo dejó escapar un grito de desesperación.

—¡Ha habido una batalla! —exclamó.

Un instante después salió disparado por el aire hacia el norte, con la ropa negra aleteando detrás de sí. Inmediatamente, Shukrat salió en su persecución, ganando distancia poco a poco.

—¿Significa eso que debemos preocuparnos? —preguntó Dama entre jadeos.

—Eso creo. El mierdecita seguro que ha recibido noticias de los seres ocultos.

—No deben de ser muy buenas si ha salido disparado de ese modo.

Parecía tan preocupada como yo me sentía.

Nada bueno podía surgir de una batalla que había tenido lugar mientras estábamos ausentes.

—¿No vas a salir corriendo a ver qué ha ocurrido? —preguntó.

—No veo por qué —señalé con el pulgar en dirección a la alfombra que se arqueaba con el peso de unas personas en las que no podíamos confiar—. Tampoco podría hacer nada. Mira eso.

Una onda, una distorsión en el tejido de la realidad, parecía abalanzarse sobre la faz de la tierra tras Tobo y Shukrat.

—Los seres ocultos van tras su héroe.

—¿Por qué estaban aquí?

—Esperando a Tobo.

—Deberían haber estado con Dormilón. No nos aportan nada bueno aquí en la Puerta de las Sombras sin... oh. No les importa lo más mínimo lo que nos pase.

—Exacto. Solo les importa Tobo. Aquello que hacen para beneficiar al resto de nosotros es simplemente para agradarle. Motivo por el cual dos terceras partes del tiempo no se hallan conmigo los dos cuervos que supuestamente han de permanecer posados en mis hombros dándome mensajes y observando allí donde yo no puedo. Siempre se les olvida quedarse conmigo. Salen en busca del chico. Te apuesto algo a que aparecen antes de que alcancemos a Dormilón.

—Me parece una apuesta de mierda.

Tras cruzar el Dandha Presh puse rumbo hacia el norte, tal y como había hecho Dormilón. Cuando Dama me preguntó por qué no me dirigía directamente hacia el norte tan rápido como nos permitiese la alfombra, le dije:

—Porque creí ver algo que no debía cuando vinimos. Tengo que comprobarlo. Espero que fuese mi imaginación.

Pero mi breve conversación con los guardias sugería que la pesadilla podía ser real.

Tenía curiosidad, pero no preguntó. A la velocidad que podíamos alcanzar por el aire, un desvío no nos retrasaría mucho.

Encontré lo que andaba buscando en el camino que Dormilón había tomado desde Gharhawnes, casi en el punto exacto en el que había girado para alcanzar la espalda de Dejagore. Para entonces, mis confederados estaban bastante molestos.

—¡Allí! —le dije a Dama justo al vislumbrar algo que se movía muy deprisa dentro de una arboleda de pequeños robles.

—Allí, ¿qué? —No lo había visto.

—Los nef.

—¿Los nef? Los nef están atrapados en el mundo de los Voroshk.

—No, según cuentan Espectro y Hombre Panda. Dicen que los nef se les aparecen cada noche.

—Vale. Pero ¿cómo han atravesado la Puerta de las Sombras?

—No lo sé.

Ahora volaba en círculos, perdiendo altitud. Cuando estuve al nivel de las copas de los árboles avancé y retrocedí. No vi nada. Tampoco encontré signos cuando descendí aún más y comencé a planear entre los troncos. No encontré nada. Ni siquiera la sombra de nada.

La gente comenzó a gritarme.

De acuerdo, tenían razón. Había cosas que teníamos que hacer al norte de donde nos encontrábamos.

CAPÍTULO 97

¡UNTO AL CEMENTERIO: ENTRE LOS MUERTOS

Hacía más de un día que todo había acabado, pero los cirujanos seguían trabajando duro. Aún había hombres en largas filas esperando a recibir atención médica; gimiendo, gritando, algunos delirando. Y otros muertos. Una cuadrilla funeraria caminaba por entre las hileras, recogiendo a los que habían fallecido. Demasiados de ellos habían muerto solos entre otros cientos, sin consuelo.

La gloria de la guerra.

El miedo definitivo. El mío, al menos.

Comprobé rápidamente que todos se ajustaban a mis normas con respecto a la higiene y la limpieza. Unos pocos de los heridos tendrían más oportunidades si los cirujanos y sus ayudantes seguían las reglas. Incluso cuando estaban cansados, como ahora, y la tentación de tomar atajos se hacía poderosa.

Más allá de nuestros heridos estaban los del ejército de Mogaba. Era probable que no recibiesen tratamiento alguno, excepto el que pudiesen procurarse por sí mismos. Estaba seguro de que nuestras provisiones médicas estaban tan agotadas como nuestro personal médico. Parecía que había sido una batalla mucho mayor de lo que había esperado. O, al menos, un encuentro más desesperado y con más bajas de las que cabría suponer.

Un Rummust Singh con muletas me llevó hasta Dormilón.

Parecía desorientada. Conocía aquella mirada, pues la había sufrido hacía mucho tiempo. Estaba al borde del desplome. No había hecho nada más que pequeñas siestas desde que comenzó la refriega.

—Capitana, no puedes hacerlo todo sola. Serás mucho más efectiva si confías en nosotros para que hagamos algunas cosas y así puedas descansar. Si Mogaba vuelve ahora, no podrás pensar lo suficientemente rápido o con claridad para ayudar a nadie.

Me miró con irritación, pero estaba demasiado exhausta como para discutir.

—Supongo que no has llegado hasta aquí pasando por los muertos.

—Vine a través del área del hospital.

Ella sabía qué era lo que tenía que hacer.

Después de hablar conmigo probablemente me volvería para ofrecer la poca ayuda que un viejo con una mano de mierda y un ojo inservible pudiese aportar.

—Entonces todavía no sabes que no queda nadie en quien pueda confiar mientras me echo una siesta. Swan está muerto, Matasanos. Blade está muerto. Iqbal Singh está muerto. Andarríos está muerto. Añade a la lista a Pham Huu Clee, Li Wan, los dos hermanos Chun y tus viejos ingenieros; Cletus y Loftus. Va a haber muchas oportunidades de ascenso. Di un nombre. Casi todos están muertos o heridos. Demonios, incluso Sahra puede que esté muerta. No hemos podido encontrarla.

—Hemos vuelto —dije esperando que eso quitase un buen peso de sus hombros—. Con éxito, tengo que añadir. ¿Qué hay de Suvrin?

—Suvrin ha sobrevivido. Suvrin fue nuestra salvación. Suvrin y yo hemos acordado turnarnos para descansar una vez que estemos seguros de que Mogaba no va a volver. Justo ahora tomamos turnos tratando de controlarlo todo.

Basándome en lo que había visto y oído, el gran general no retornaría tan pronto... a menos que viniese solo. Sus soldados habían tenido suficiente.

Mogaba ya habría contraatacado si tuviese tropas con las que hacerlo. La precaución y la indecisión no eran características del gran general.

Oí la voz de Tobo en el exterior, en lo alto. Se dirigía a los seres del reino oculto. En poco tiempo supimos todo lo que queríamos saber de la situación actual de Mogaba. En unos instantes miles de seres fantasmales se pondrían a buscar a Sahra y a todos los que aún estaban desaparecidos.

El chico se estaba haciendo cargo.

—No debería haber entablado batalla hasta que Tobo hubiese vuelto —farfulló Dormilón.

Sin ser consciente, repetí comentarios que ya había oído en boca de Suvrin.

—Mogaba no te habría dado esa oportunidad. No tiene nuestros recursos de inteligencia, pero hace uso de los instrumentos que posee. Ese fue nuestro fallo. No recordarlo. No deberíamos haber dejado que pareciese que no quedaba ningún hechicero en el campamento.

Dormilón asintió.

—Agua pasada. Algo que te agradeceré que me recuerdes cada vez que empiece a sentir pena por mí misma y a acusarme de hacer las cosas de forma diferente.

—Eres un pajarillo perdido, chiquilla.

—¿Qué?

—Lo siento. Ultimamente he estado pensando en Un Ojo.

No expliqué más. Si mantenía a mi genio sellado dentro de mi cabeza, había oportunidad de que Kina no descubriese nada de lo que pudiese arrepentirme.

—¿Qué hay de Goblin y la chica? —pregunté—. Si hubo batalla en la

Arboleda...

—Aún no lo sabemos. Asumo que Tobo nos informará. Supongo que todo irá como la seda ahora que Tobo ha vuelto.

Intentaba ser sarcástica, pero no funcionaba. No tenía fuerzas suficientes para hablar sino con tono monótono.

—Dama y Murgen estarán aquí en pocos minutos. Deja que se encarguen de las minucias mientras tú descansas.

Me fui de excursión por entre los muertos sin enterrar, para despedirme. Estaban dispuestos en hileras, esperando recibir sepultura. El tiempo era frío y húmedo, de modo que la putrefacción no estaba muy avanzada, aunque apestaba a sangre y a tripas abiertas. Había pocas moscas, pues no era la estación adecuada. Además los cuervos de cualquier clase eran hoy en día una rareza. Los buitres volaban en círculos, pero no se atrevían a bajar, ya que la bienvenida procurada por los vivos no era alentadora.

Una vez que se identificaba a uno de los caídos, los prisioneros taglianos trasladaban el cadáver al grupo adecuado de ritos funerarios. Los reclutas y otros prisioneros estaban ocupados construyendo ghats, quemando cadáveres, excavando tumbas y rellenándolas, o erigiendo plataformas de exposición para aquellos pocos cuyo destino era abandonar el mundo de ese modo.

Ya se habían ocupado de muchos cadáveres, pero podía ver que, a pesar de la estación, tendríamos que excavar fosas comunes para los caídos taglianos. No habría tiempo para que cada hombre tuviese un funeral decente. Aunque aquellos civiles que habían tenido a familiares luchando junto a Mogaba ya habían comenzado a aparecer con la esperanza de reclamar a sus muertos.

Me pregunté si, de alguna forma mística, se estaban materializando nuevas piedras conmemorativas en la llanura reluciente, sus rostros surcados por letras doradas de recuerdo.

Se me acercó un subalterno de la Tierra de las Sombras Desconocidas. Era obvio que no estaba contento con haber sido asignado a la cuadrilla funeraria. Seguramente habría sido una vergüenza durante la batalla. Aquel trabajo desagradable era su recompensa.

—Señor —dijo con un saludo tan seco que debería haber servido para conmutarle la condena—, sería de mucha ayuda que pudiese ofrecerme preferencias funerarias para sus viejos camaradas.

Había cierto olorcillo repugnante en su, por otra parte, práctico comportamiento.

Me condujo hasta el lugar donde había aislado a los no taglianos que no procedían de Hsien. Mis anteriores secuaces y un par de nyueng bao ocupaban un pequeño rectángulo.

—Los soldados viven —murmuré.

Ahora, de la orilla alejada del mar de los Tormentos solo quedaban Murgen y Dama.

—Enterrad a Swan y a los hermanos ingenieros en el cementerio de allí. Aseguraos de que las tumbas destacan claramente. Quiero encontrarlos más tarde para establecer un monumento adecuado. Se merecen más que una simple mención de despedida en los Anales.

Me pregunté qué pensaría Swan de yacer junto a todos aquellos Lugareños de las Sombras. Él, Blade y Fibroso Mather habían ayudado a poner allí a la mayoría de ellos.

No tenía ni idea de cuáles eran las tradiciones funerarias en el pueblo de Blade. Además, ni yo ni nadie habíamos jamás sabido de dónde procedía.

—Pon al negro en una tumba cerca de Swan. Quizá se hagan también colegas en el más allá. Quizá allí consigan montar la destilería que siempre habían deseado.

El subalterno se quedó desconcertado, pero no dijo nada. Los soldados de la Tierra de las Sombras Desconocidas comenzaban a acostumbrarse a las absurdas costumbres religiosas del nuevo mundo. Caminé por un terreno cubierto de cadáveres de hombres que Dormilón había reclutado durante la época del cautiverio. El número era asombroso. En poco tiempo se encontraría tan aislada de su propia generación como yo lo estaba de la mía.

Sobre la fría y dura tierra también yacían muchos soldados excelentes de la Tierra de las Sombras Desconocidas. Y, para mi sorpresa, también muchos hombres que se nos habían unido recientemente de entre los lugareños. Al ser los peor preparados, no habían tenido la más mínima oportunidad durante la lucha.

Inspeccioné toda aquella muerte y deseé que Dormilón hubiese llegado a un momento decisivo, que de ahora en adelante buscara soluciones que no requiriesen darse cabezazos hasta que uno de los dos cayera al suelo inconsciente. Tampoco tenía la culpa de todo aquello. Basándome en la información disponible, no podía culparla por ninguna de las decisiones tomadas. Era una estrategia mucho mejor de lo que yo había sido.

CAPÍTULO 98

SOBRE EL CEMENTERIO: MOGABA ACCEDE

Veintiséis horas después de su orden de romper contacto, Mogaba abandonó toda esperanza de recomponer un ataque que se aprovechara de la desesperanza y del desorden del enemigo. Sus propios hombres habían sido vapuleados de tal forma que era imposible olvidarse de su desesperación y del subsiguiente caos. Solo la división de Aridatha Singh seguía bien compuesta. Su recompensa fue la de ocultar la retirada del ejército.

Un ejército que estaba constituido fundamentalmente por supervivientes de la Segunda Territorial, de la antigua ala derecha de Saraswati, donde faltaba un hombre de cada diez. La caballería del enemigo seguía siendo muy activa. La capitana no parecía dispuesta a dejar que se acercara de nuevo.

Un par de formas negras como nubes pasaron por encima de sus cabezas e irradiaron un escalofriante chillido psíquico. De repente, de manera instintiva, Mogaba supo que estaba siendo vigilado por algo que no podría ver por muy rápido que girara la cabeza. Supo que su mejor oportunidad ya había pasado. Convocó a sus últimos ayudantes de campo, que habían estado en el puesto tan solo unas horas. Sus predecesores aún yacían sobre el campo de batalla.

—Traedme a los Impostores prisioneros.

—¿Señor?

—Los prisioneros que el general Singh capturó en la Arboleda de la Condena, quiero verlos.

Pensó en ofrecerles un trato. La chica podía simular ser la protectora durante un tiempo. Taglios estaría menos revuelto si la protectora aparecía públicamente.

—Los prisioneros fueron enviados al norte, señor, bajo estrictas restricciones debido a la peligrosidad que, según el general Singh, representan.

—Y estaba en lo cierto. Eso era lo mejor que se podía hacer. No queremos que caigan en manos enemigas.

Públicamente, Mogaba insistía en tratar el reciente encuentro como una victoria.

Esperaba que sus oficiales hicieran otro tanto.

Se pasó un tiempo considerando qué opciones tenía. Tan solo tardó un minuto en concluir que la retirada hacia Taglios era la mejor opción.

Oh, pero cuánto odiaba hacerlo. Sin importar la veracidad de los hechos, los rumores tildarían aquello de derrota y retirada. Sería costoso para él.

El gran general observó a su ayudante. No conocía al hombre lo suficiente como para ser consciente de su estatus familiar.

—Ton-jon, ¿verdad?

—Than Jan, señor. Parece ser que un ancestro remoto mío era nyueng bao. Mi familia es vehdna.

—Excelente. Quizá puedas compartir anécdotas religiosas con la capitana enemiga.

—¿Señor? —Sonó a la par irritado y confuso.

—Te voy a enviar al sur con una bandera de tregua para preparar un armisticio y así poder recoger a nuestros muertos.

Si había algo que le había ganado al gran general el favor de los taglianos eran sus esfuerzos por recoger a los hijos caídos para que las familias pudieran honrarlos con los ritos apropiados.

Esta vez sería un engorro. No había forma de recuperar a todos los taglianos muertos.

—Encuentra sacerdotes. De cualquier clase.

Necesitaba consejo sobre qué hacer con tantos cadáveres estando tan cerca de casa.

La Compañía, de esto Mogaba estaba seguro, arrojaría a los cadáveres taglianos en un gran y horrendo agujero, los cubrirían y los olvidarían.

CAPÍTULO 99

¡JUNTO AL CEMENTERIO MILITAR: PERSONAS DESAPARECIDAS

Tobo estaba consternado. Murgen estaba trastornado. Vagaba chocándose con obstáculos, atrapado en su propio mundo interior. No lo había visto tan perdido desde sus días de analista.

No había rastro de Sahra, ni siquiera con las Sombras Desconocidas en su busca. Hasta entonces Tobo solo pudo determinar que no había caído en manos enemigas. Los taglianos no buscaban. Ni siquiera eran conscientes de que debían guardarle rencor a aquella mujer.

Sahra siempre había tenido la facultad de marcharse sin que nadie lo notara.

—Está muerta —me dijo Dama—. Fue herida, se arrastró hasta algún sitio para ocultarse y allí murió.

Era plausible. Habían sido descubiertos varios cuerpos en circunstancias que correspondían a tal situación. Y Sahra no era la única que estaba desaparecida. Cada compañía del ejército informaba de desaparecidos. La mayoría seguramente había huido o eran prisioneros de guerra. Los seres ocultos siguieron encontrando muertos en lugares en los que todavía nadie había mirado.

Yo tenía la esperanza de que la simple explicación de Dama fuese la correcta. Temía la posibilidad de que Sahra hubiese sido capturada por alguien que la pudiese usar para manipular a Tobo.

El lado positivo era que había escasez de villanos que estuviesen interesados en ello. Mogaba estaba exonerado. Atrapa Almas estaba enterrada. Booboo y el Khadidas estaban enterrados en la gran fortaleza que guardaba los ataques a Taglios desde el sur, tras una puerta que no podía ser abierta por ninguna llave que estuviese dentro del edificio. Otros que podrían haber intentado alguna argucia (por ejemplo, el Aullador o los Voroshk) tenían coartadas perfectas.

De modo que todo se reducía a que Sahra estaba o muerta o perdida y vagando por ahí tan desconcertada que no sabía quién era o de dónde venía.

Dormilón publicó una enorme recompensa por «la captura de una mujer mayor

nyueng bao requerida para ser interrogada con respecto al espionaje de agentes del prahbrindrah Draha». Murgén proporcionó una descripción que incluía la forma y la localización de sus lunares y una marca de nacimiento que nadie más conocía.

—No tiene mucho sentido, ¿verdad? —me susurró mi amada—. La gente se marcha en el momento más extraño y por las razones más oscuras.

—Los soldados viven —murmuré.

—Estás convirtiendo eso en una especie de mantra.

—Te sientes culpable. Te preguntas por qué él y no yo, entonces te alegras de que fuese él y no tú, entonces te sientes culpable. Los soldados viven. Adivina por qué.

—Hay un soldado que vive porque los dioses saben que aún no he tenido mi ración justa de amor. Aparta esa pluma y ven aquí.

—Te has convertido en una tía bastante agresiva con la vejez.

—¿Sí? Deberías haberme visto hace cuatrocientos años.

—Mogaba ha trasladado al Khadidas y a la Hija de la Noche al palacio —anunció Tobo—. En lo que es una coincidencia reseñable, la protectora fue vista públicamente por primera vez en meses unas pocas horas más tarde. Estaba extremadamente enfadada con los taglianos y sobre sus cabezas recayó uno de sus castigos. —Sonríó—. Con toda seguridad tiene que ver con las pintadas que han estado apareciendo. Todos los viejos mensajes: «El agua duerme» y «Mi irredento hermano». Y algunos incluso que no son obra mía. «Yaceréis entre cenizas diez mil años alimentándoos del viento». Me encanta.

Esa última captó mi atención. La había oído antes, en algún sitio. Pero, claro, todas las había oído antes.

—Rajadhama aparece por todas partes. Todo aquel que sabe escribir parece dispuesto a pintarla. También aparece Madhupriya que significa «Amigo del vino» y es un apodo bastante popular de Ghopal Singh. Parece que al señor de los greys le va la uva. El único mensaje que no entiendo, y que parece preocupar a los greys más que Madhupriya, es «Thi Kim se acerca». No tiene sentido. Todo el mundo asume que los nyueng bao están implicados porque Thi Kim solo puede traducirse del nyueng bao como «Paseo de muerte». Solo que allí lo escriben como un nombre propio.

—Si se usa como nombre —dije—, o como título, sería más apropiado que dijera «Caminamuerte» o «Muerte Andante». En los viejos tiempos un Caminamuerte era alguien sospechoso de portar plagas.

—Goblin —dijo Dama—. Son los Impostores anunciando la llegada del Khadidas. Un hombre muerto que camina, por gracia o maldición de Kina. También porta plagas, si tienes en cuenta el aspecto religioso.

—Quizá.

Tobo no parecía convencido. No lo culpaba. Tenía la sensación de que era algo

más siniestro. Aunque no tenía en qué basarme, ya que la sugerencia de Dama era seguramente cierta.

Moví la cabeza hacia donde debía estar Dormilón.

—¿Ha dicho algo sobre lo que está planeando?

—No a menos que te sirvan sus quejas por la lucha absurda a la que ha sometido a nuestros amigos de la Tierra de las Sombras Desconocidas.

Cada comandante de brigada se queja porque necesita reemplazos, pero ninguno quiere reclutas locales debido al problema del idioma antes que a la falta de equipamiento y de formación. Tampoco nadie quiere que se disuelvan sus brigadas para que los soldados cubran los huecos de otras compañías.

Sin embargo, no había otra opción y todo el mundo lo reconocía. La mejor respuesta fue bastante simple. Y Dormilón la encontró sin consultarme.

En lugar de disolver las unidades más tocadas, eligió la menos estresada y distribuyó a su gente entre las demás, manteniendo unidos grupos enteros. Para un soldado es crítico estar con gente que conoces y en la que confías. Se aseguró de que los oficiales conseguían mejores empleos siempre que fuese posible. El comandante de brigada desplazado se convirtió en su jefe de personal, con la garantía de que se le daría mando sobre todas las tropas nativas que consiguiéramos, por muy numerosas que resultasen ser.

El máximo resultado con el menor incordio para unos egos desproporcionados. Solo unos pocos hombres quedaron totalmente desencantados.

La vida se ha transformado en una preocupación constante por los detalles administrativos.

¿Es eso lo que ocurre al envejecer? ¿Te preocupas más por las personas y sus relaciones que por el drama y la violencia y las maldades que comete la gente?

Así somos. La Compañía Negra. Maldades cometidas por poca cosa. Pero ¡maldita sea! Más te convenía aflojar cuando llegaba la hora de pagar. De otro modo, si hemos de hacerlo, volveremos de la propia tumba para asegurarnos de que nuestras cuentas quedan saldadas como se debe.

Dije algo parecido en voz alta una tarde.

—Estás loco, viejo —me dijo Tobo.

—Como un sombrerero. —Se me ocurrió algo—. Lo cual me recuerda una cosa. ¿Sabes lo que pasó con el viejo sombrero de Un Ojo?

Iba a necesitar esa apestosa granja de pulgas muy pronto. De manera desesperada. Un Ojo me lo había dicho, pero no lo había escuchado con la suficiente atención. Había escuchado y entendido que la maravillosa lanza de Un Ojo tenía que ser empleada tal y como el pequeño mago había definido en sus días de juventud. Pero eso era tan evidente y tan ordinario que no había caído en el lugar adecuado de mi mente.

—Puede que esté en mi carreta —me dijo Tobo—. Si no está allí, estará con las cosas de mi madre. —Hizo una mueca, Saha seguía desaparecida—. Nos llevamos todo lo suyo y de Nana Gota cuando abandonamos Hsien.

—Necesito encontrarlo. Cuanto antes.

Tobo se preguntó por qué, pero no realizó la pregunta. Qué chico más bueno.

—Yo en tu lugar comenzaría a recoger mis enseres y me prepararía para ponerme en marcha.

Para este analista toda su basura, papel, plumas, tinta, notas y mil cachivaches más podían alcanzar una montaña que amenazase con derrumbarse.

—Dormilón preferiría quedarse aquí y gastarse parte del tesoro recomponiendo, reclutando, formando y fortaleciéndose, pero la he convencido de que eso no va a funcionar. Las cosas se van a ralentizar en cualquier otra parte. Ahora mismo tenemos a nuestro servicio más magia que nunca antes en la historia de la Compañía.

—Yo mismo he dicho eso.

En más de una ocasión, en jeremiadas que rechazaban como parte de la tradición de la Compañía el depender en demasía del poder y de las habilidades mágicas.

—Sí, lo hiciste. Pero no dijiste nada de que estuviese desapareciendo.

—Claro que sí.

—Quieres que desaparezca. Y lo hará. Pues no son la clase de personas que se van a contentar con hacer lo que nosotros queramos. De modo que debemos usarlos mientras podamos.

—¿Y eso quiere decir?

—Debemos marchar hacia Taglios mientras aún tengamos poder para golpear con fuerza.

¿Comenzaba a sonar un poquitín más engreído de lo normal? ¿Cómo si supiese mejor que la capitana lo que debíamos hacer? ¿Iba a resultar un incordio para Dormilón ahora que su madre no estaba?

Mejor sería mantener vigilado a nuestro chiquitín. Ya debería haber pasado por todo eso.

—Puede que tengas razón —dije.

CAPÍTULO 100

†AGLIOS: EL PALACIO

El informe de Ghopal Singh no era tranquilizador.

—Las pintadas están por todas partes, pero no somos capaces de atrapar a nadie. Es mucho peor que hace cinco años. Ahora, con muchos de nuestro lado, podría pensarse que es fácil obtener pistas, pero todo lo que obtenemos son tonterías sobre fantasmas y demonios y cosas que puedes ver solo cuando no las miras.

Mogaba se colocó sus largos dedos bajo la barbilla.

—El caso es, Ghopal, que he visto demonios y fantasmas con mis propios ojos. Cuando acababa de incorporarme a la Compañía Negra, uno de los magos tenía un demonio como mascota. Más tarde resultó ser nuestro enemigo, pero eso no importa. Era un demonio. Y durante el sitio de Dejagore los fantasmas a menudo iban y venían. Todos los veíamos, aunque casi nadie hablaba de ellos.

—La mayoría de la gente culpa a hechiceros nyueng bao.

—La realidad de los demonios y los fantasmas no afecta a la situación —observó Aridatha Singh—. Ya sean espectros o expertos agitadores los que crean estos mensajes, los mensajes están ahí. Y hay suficiente gente que puede leer como para que toda la población sepa lo que hay escrito.

—¿Qué harías tú? —preguntó Mogaba.

—Seguir buscando vándalos, pero ignorar todo lo demás. Si la gente cree que somos indiferentes a las críticas, tampoco las tomarán en serio.

—Una idea que yo mismo quería exponer —dijo Ghopal—. Pues la gente en la calle no tiene más idea que nosotros de quién está escribiendo todos esos mensajes. Lo cual los pone tan nerviosos como a nosotros.

Mogaba hizo una mueca.

—Aprobado, entonces. Con esta salvedad; algunos de esos eslóganes no se corresponden con los moldes tradicionales. «Thi Kim se acerca». Aún no sabemos qué significa eso.

—La Muerte Andante se acerca —dijo Ghopal—. Hay que suponer que se refiere

al acompañante de la Hija de la Noche.

—¿Crees entonces que es obra de los Impostores?

—Esa es mi opinión.

—Pero Thi Kim es nyueng bao. Nunca he oído que haya nyueng bao Impostores.

Ghopal soltó un bufido. Ese detalle se le había pasado.

Aridatha hizo una broma sobre el asunto.

—Lo sabremos cuando llegue. La gente comenzará a morir.

—Ja, y otro por caridad, ja —contestó Mogaba—. Mientras tanto, necesitamos tomar una decisión sobre nuestros invitados. Vamos a tener muchos problemas para mantenerlos bajo control. Sobre todo al mago, Goblin, que insiste en que se le llame el Khadidas. Ayudó a intimidar al gentío cuando hicimos que la chica simulase ser la protectora. Pero no muestra interés hacia nuestra causa. Nos devorará en el momento en el que ya no nos considere útiles para hacer que llegue el fin del mundo.

Ninguno de los Singh contestó. Cada uno entendió que tras las palabras del gran general se escondía más de lo que parecía a simple vista. Desde el momento en el que quedó claro que nadie más asistiría a la reunión había sido evidente que se iba a tratar algo particularmente delicado.

—Creo que deberíamos librarnos de él. Ahora mismo. Antes de que gane confianza en sí mismo.

—¿Y la Hija de la Noche? —preguntó Aridatha.

—Por sí sola no es demasiado especial.

Con ello quería decir que la Hija de la Noche podía ser ignorada, si eso era lo que quería Aridatha.

—Aunque creo que está demasiado decidida a seguir con su misión como para poder salvarla.

El color de Aridatha era demasiado pálido como para que ocultara su vergüenza.

—No es lo que tenía en mente.

Ghopal acudió en su ayuda al no haber comprendido lo que había quedado en silencio.

—¿Cómo nos acercamos para hacer lo que pretendemos? Nos hará amarla de tal modo que querremos arrancarnos los dedos.

—Debe de haber formas de evitarlo.

—Me alegraría oír sugerencias.

—Bueno, es obvio que no siempre puede realizar el hechizo o Aridatha no la habría atrapado.

—A menos que quisiese ser atrapada.

Mogaba temía que hubiese algo de verdad en aquella sugerencia.

—Y ese poder no funciona sobre armas o venenos.

—La brujería podría ser una posibilidad —sugirió Ghopal—. ¿Crees que alguien

sabe sus nombres verdaderos?

Mogaba agitó la cabeza.

—No creo que ni nuestros enemigos sepan mucho. La chica no ha tenido otro nombre que Hija de la Noche. El ser Goblin son dos criaturas en una, el lado dominado por Kina es el que rige el conjunto. El hombre que conocía los secretos del lado de Goblin está muerto. De modo que podemos centrarnos en la traición y el envenenamiento de inmediato.

—No quisiera insistir —dijo Aridatha—, pero he de recordarle a todo el mundo que los padres de la chica no están tan lejos. Y justo ahora nuestras expectativas no son muy buenas.

Mogaba sospechaba que aquello era una sutil invitación a discutir sus planes. No la aceptó.

No la aceptó porque ya no tenía un plan maestro. Creía que sus días estaban contados, como insistían algunas de las pintadas. «Todos sus días están contados». Pero así era Mogaba, en lo positivo y en lo negativo. Eso era lo que le impulsaba a seguir luchando.

CAPÍTULO 101

JUNTO AL CEMENTERIO:

PLATES

Dama había estado preocupada desde nuestra visita a la fortaleza de Shivetya. Más de lo normal. Un par de veces me topé con ella mientras practicaba magia. No pregunté nada. La respuesta era evidente. Su habilidad para robar poder a Kina había regresado cuando el Khadidas se hizo con el control de Goblin.

La propia Dama se había encerrado bajo un rígido control. Como me había arrastrado junto a ella durante años, sabía que luchaba contra la esperanza.

Era adicta al poder.

Lo había abandonado, no de forma voluntaria, para evitar que aquel viejo horror, su primer marido, el Dominador, resucitase. Entonces, se marchó conmigo, sabiendo que no había forma de que pudiese sobrevivir sin poder en el mundo que ella había creado. Pero recordaba lo que significaba ser Dama. Y con el correr de los años cada vez lo echaba más de menos. Y, creo, lo echó mucho más de menos cuando el infortunio la condujo a encontrarse frente un espejo.

Un afable joven de Dejagore que conocíamos por el nombre de Mihlos Sedona hacía la ronda, convocando a los iniciados a que se unieran a Tobo y a la capitana. El chico solo tenía dieciséis años, pero se había conseguido un trabajo como recadero personal de Dormilón. Una sonrisa y una personalidad arrolladora valen más que el genio y la acritud.

Yo mismo tenía buen concepto de Sedona. No se había olvidado de invitarme a la fiesta.

El campamento estaba alborotado. Dormilón había ordenado que se hicieran preparativos para ponernos en marcha hacia Taglios. Aquellos con la pericia necesaria creaban piezas de artillería o artefactos de sitio para ser ensamblados cuando llegásemos a la zona de guerra. Los que no poseían tal pericia hacían trabajos de carga. Me pregunté por qué Dormilón quería que hiciesen todo aquello si aún no

sabíamos si necesitaríamos el equipo. Supongo que pretendía que todos estuvieran ocupados.

¿Puede un pájaro burlarse o hacer una mueca de desprecio? El cuervo blanco observaba desde el brazo de una catapulta inacabada. Según yo lo veía, hacia ambas cosas.

—Un vuelo largo, ¿eh? ¿Acabas de llegar?

El pájaro saltó, pero no salió volando.

—Sé bueno —le dije—. Sé quién eres y dónde vives.

El cuervo se rio, un poco tenso. Los soldados que recordaban la época en la que los cuervos eran abundantes y peligrosos se detuvieron para mirar.

El pájaro apuntó con un ala el cementerio.

—Creo que nuestro viejo amigo Shivetya no se lo juega todo a una sola carta — dije.

El día era frío, pero el cielo estaba despejado. La capitana parecía pensar que una reunión al aire libre sería buena para todos. Me colé detrás de la tienda que hacía de cuartel general.

Tobo habló el primero.

—El gran general y sus secuaces planean seguir luchando, a pesar de nuestra ventaja. Ambos generales Singh creen que sería mejor reconocer al prahbrindrah Drah y salvar Taglios del daño que supondría una lucha encarnizada. Pero la lealtad es para ellos una cuestión de honor y orgullo.

Y el gran general no es la protectora. Lo consideran su amigo. Mientras siga en pie, me temo que se van a quedar con él.

No había sorpresas. Por no hablar de que Ghopal no tenía mucha elección. Como director de los greys no tenía amigos fuera del actual gobierno. Se había comprometido con el protectorado, no con Taglios.

Aridatha, por otro lado, y a pesar de su participación en la batalla reciente, podría ser considerado como apolítico y comprometido con Taglios. El trabajo que había realizado era el mismo que se le habría exigido estuviese quien estuviese en el poder.

Ese era el consenso. Quizá solo poníamos excusas. Todos los que conocían a Aridatha lo apreciaban y deseaban que le fuera bien.

—Suficiente —espetó Dormilón—. El hombre es un paradigma. De la clase que todos queremos para nuestras hijas. Perfecto, Tobo, sigue adelante.

—Anoche los generales decidieron destruir al Khadidas. Él y la Hija de la Noche no pueden leer las mentes, pero sí percibieron que algo iba mal. Salieron de sus celdas. O sea, que uno de los dos tiene más poder del que han mostrado. Se ocultan en algún lugar abandonado del palacio. Los greys y la guardia del palacio aún no los han encontrado. El Khadidas hizo algo que distorsionó la realidad alrededor de ellos. Ni siquiera los seres ocultos los han encontrado. Al poco de su desaparición alguien

arrasó la cocina robando mucha comida. Después alguien entró en las oficinas del inspector general de registros y robó un montón de papeles y tinta.

—¡Van a rescribir el Libro de los Muertos! —profirió Murgen.

Era la primera emoción verdadera que había mostrado desde la desaparición de Sahra.

—Evidentemente —dijo Dormilón—. No es algo que puedan lograr en poco tiempo, pero sí podrán lograrlo si no interferimos. Y vamos a interferir. Esta noche todos vosotros vais a volar hasta Taglios. Vais a hacer lo mismo que en Jaicur, usando todo el poder que tengáis disponible. Quiero que capturéis a Ghopal Singh y al gran general. Capturad a la chica y a Goblin, y poned al frente a Aridatha Singh. Después desapareced. Comenzaré a avanzar con el ejército mañana. Tan pronto como hayamos atravesado las puertas de la ciudad enviaré a por el prahbrindrah Drah.

Traté de intercambiar miradas con todo el mundo, con cualquiera. Nadie parecía interesado. Todos estaban avergonzados. O algo así. Como si quizá pensasen que Dormilón se había convertido en una ilusa, pero que no era su asunto el señalarlo.

Apostaría a que esa era la sensación que se respiraba alrededor de Mogaba. Y mucho más alrededor de Atrapa Almas antes de la retirada de su ejército.

—Así se hará —entonó el orgulloso nuevo jefe del estado mayor de Dormilón.

Aunque hablaba tagliano, la fórmula procedía de la Tierra de las Sombras Desconocidas.

Echo de menos a Un Ojo. Un Ojo... o Goblin en su época... le habrían dado a aquel inútil pomposo una buena tunda en aquel mismo instante. O quizá una plaga de pulgas del tamaño de un escarabajo.

Aquellos sí que eran buenos tiempos. Excepto que a aquellos tipos no siempre les salía todo bien. La habían cagado y me habían jodido a mí algunas veces.

Hubo un breve debate sobre si incluir o no a los viejos Voroshk en el ataque. Lo que se estaba dejando caer era que Tobo quizá no tuviese lo necesario para mantener vigiladas a tantas personas de dudosa lealtad. Arkana parecía haberse convertido en uno de los nuestros, pero aún no lo sabíamos con certeza. Ella era la que había aconsejado a Magadan que hiciese lo que fuera necesario... Nuestro poder sobre Aullador también se había debilitado. El pequeño hechicero casi se había vuelto invisible, ya que ahora no se anunciaba cada pocos minutos. Los Voroshk mayores, por supuesto, eran fiables solo hasta que encontrasen algún modo de jugárnosla. Como mucho. No parecían más listos que Gromovol.

—No nos volvamos confiados porque hasta ahora todo nos haya salido bien — dije.

No solo Dormilón sino todos los demás me miraron con caras sin expresión.

—Hay muchas oportunidades de tropezar todavía.

Sin duda me iban a contradecir, pero pensaba que nuestro camino había sido

bastante fácil últimamente. Quizá quedasen solo unas horas para el último ajuste de cuentas con el traidor Mogaba y unos minutos para atrapar a Booboo y extinguir las esperanzas de los Impostores. Los sucesos habían tenido cierta inevitabilidad poderosa casi desde nuestros primeros sustos en la Tierra de las Sombras Desconocidas.

—¿Qué?

Pero la pregunta iba dirigida a Tobo, no a mí, y la había hecho una sorprendida Dormilón.

—No podemos salir hasta después de medianoche. Dama va a llevarme a levantar a los muertos. Así podremos saber qué le ocurrió a mamá.

Dormilón quiso protestar, pero entendió al instante que era una batalla que no podía ganar. Tobo haría aquello a la manera de Tobo y con la bendición de Murgen. Además, no era bueno discutir delante de las tropas.

—No tardéis toda la noche.

CAPÍTULO 102

EL PALACIO:

ΥΠΑ CASA ΜΕΙΟΡΑΤΕΠΙΔΑ

El gran general recogió un caparazón de caracol y lo contempló.

—Cada vez hay más cosas de estas por aquí. Pero nunca nadie ve a uno vivo.

—Si yo viviese aquí presionaría al personal de servicio —dijo Ghopal.

Un golpe distante resonó a través de los pasillos. Los greys y los guardias comenzaban a derruir paredes al azar para que fuese más difícil para los Impostores esconderse. En las áreas donde estaban seguros de que no estaban, tenían a albañiles sellando puertas y tapiando pasillos enteros. Además, varios autoproclamados médiums y cazadores de fantasmas se habían unido a la caza.

—Probablemente tengas razón —dijo Mogaba.

Señaló a uno de varios jóvenes que los habían estado siguiendo. El muchacho hizo una rápida reverencia y desapareció. Al poco todos los empleados domésticos del palacio estaban envueltos en una enorme campaña de limpieza casera.

—No podemos aceptar que el lugar parezca una porquería cuando lleguen nuestros enemigos —observó Mogaba.

Un mensajero se hizo presente al instante. La búsqueda había dado con unos cadáveres. De hacía mucho tiempo. Tres hombres que no llevaban otra cosa que taparrabos. Parecían haberse perdido en el laberinto del palacio, pero habían muerto de heridas sufridas anteriormente. Los que buscaban estaban preocupados porque los cadáveres no habían tenido gusanos o una putrefacción normal.

—No hagáis nada con ellos —dijo Mogaba—. Ni los toquéis. Simplemente selladlos donde están. —Se giró hacia Ghopal—. Puede que sean algunos de los Impostores que trataron de asesinar al Liberador y a la radisha cuando aún ibas en pañales. Da igual la prisa que nos demos, vamos a tardar un siglo.

—Tienen que comer.

—En algún momento, sí. Vigilaremos las cocinas constantemente.

Y en voz alta dijo, pues en aquellos días era más seguro comunicarse por notas escritas, que cualquier comida que se pudiese alcanzar fácilmente en las horas de

descanso estaría envenenada.

—Sigue con ello, Ghopal, día y noche. Usa a toda la gente que nos podamos permitir.

El gran general estaba seguro de que sus enemigos vendrían a por él y estaba haciendo preparativos para darles la bienvenida.

Mogaba se retiró a sus aposentos. Allí pasó una hora en una de sus aficiones antes de ir a los aposentos de la protectora para echar una cabezada. Usaba la habitación de ella porque nunca nadie iba allí. Nadie se atrevía excepto el gran general. Nadie sino el gran general podía atravesar los conjuros de protección que la protectora había dejado en el lugar.

Se había convertido en su santuario.

Los exploradores de Mogaba y sus espías habían informado que Matasanos y toda su panda se habían reunido con la Compañía tras volver de donde quiera que hubiesen ido y que poseían aún más armas diabólicas.

La crisis podía llegar en cualquier momento.

CAPÍTULO 103

JUNTO AL CEMENTERIO: BÚSQUEDA DE UN ALMA PERDIDA

Había estado en presencia de operaciones nigrománticas y otras actividades de adivinación anteriormente, pero nunca tan cerca como aquella noche. Espero no volver a estarlo nunca más. Si mi amorcito quiere tener a alguien a mano para que le salve el culo cuando se meta en problemas, ataré una larga cuerda a su tobillo y el otro extremo a un caballo. Si algo va mal, azotaré el trasero del caballo.

Esta sesión de espiritismo no fue bien. Y antes de que acabara tuve una visión horrible de aquel lugar lleno de huesos que se había llevado tantos sueños de Murgen y de mi amada.

El olor era horrible, pero el frío era aún peor. Nunca había sentido tanto frío. Me asé junto a una fogata durante horas una vez que acabó la invocación, aunque las llamas mortales hicieron poco por derrotar aquel frío intenso. Era tan malo que no llevamos a cabo el ataque de la capitana aquella noche, ni siquiera al día siguiente y cuando lo hicimos, fue porque su alteza comenzó a decir públicamente que si estábamos esperando a que llegase el verano.

Murgen, Dormilón y yo estuvimos presentes en la invocación. Nadie más estaba invitado, ni siquiera Shukrat o Suvrin ni ninguno de los amigos de Sahra. La cosa comenzó a ir mal de inmediato. Justo tras empezar, Dama alzó una mano para frotarse la sien derecha. Poco después comencé a percibir presencias invisibles. El frío fue primero, después el olor. Antes de que observara nada hubo momentos en los que perdí el sentido del equilibrio.

Dama cada vez estaba más nerviosa al comprobar que nada sucedía como ella esperaba. Tuvo que volver a empezar en dos ocasiones. Y cuando por fin penetró en la oscuridad, no llegó donde quería llegar. Por último, lo dejó todo. Pero no antes de que los demás hubiésemos percibido una porción de los sueños de muerte de Kina.

—Lo siento —le dijo Dama a Tobo—. Kina trata de llegar hasta mí a través de nuestra conexión. Cuanto más poder obtengo de ella, más fácilmente puede rozarme.

Nada bueno. Podía darse el caso de que tuviéramos a Dama repleta de poder, pero

en manos de la diosa.

Pareció leerme la mente, pues me miró de mala manera.

—Esa perra no se va a apoderar de mí.

Pensé en recordarle de quién estábamos hablando. La Madre del Engaño. Kina no necesitaba controlar aquello que podía manipular. Y podía manipular a poblaciones enteras. Con sus sueños.

—¿Hemos sabido algo acerca de Sahra? —pregunté.

El temperamento de Dama no mejoraba.

—No lo que habríamos averiguado si ese demonio no hubiese decidido arruinar todo el asunto.

Su mente se había visto afectada. Parecía estar borracha.

—No hemos podido levantar a Sahra. Ni siquiera hemos podido tocarla. O sea, que el asunto está en el aire.

Se le trababa la lengua, era consciente de ello, aun así siguió empeñada en usar palabras complicadas.

—Creo que está muerta. Si estuviese viva, Tobo y los seres ocultos la habrían encontrado. Nada se oculta por mucho tiempo de los Sabuesos Negros.

—Los soldados viven —susurré—. No está bien que algo así ocurra.

Pero la fortuna se muestra indiferente. A no ser que con ello se ría del dolor humano.

—Ha de haber otro significado...

—¿Te vas a poner místico a estas alturas, Matasanos? —me espetó Dama—. Tú eres el que siempre dice que nada tiene ningún significado, sino el que nosotros le adjudicamos.

—Sin duda que son palabras propias de mí. Bueno, soltemos nuestras frustraciones dándole una buena tunda al anticuado de Mogaba.

Dormilón nos echó una mirada, pues no quería enviarnos de un humor tan oscuro. Podríamos resultar peligrosos para nosotros mismos.

Tampoco estuvo contenta con nosotros más tarde. No habíamos mejorado. Finalmente, se tragó sus reservas y nos pidió que fuéramos.

Aullador había finalizado una gran alfombra capaz de transportar a veinte pasajeros. Aquella noche transportó dieciséis, además de otras mercancías. Entre los dieciséis estaban los viejos Voroshk, una serie de soldados entrenados como comandos de Hsien y Murgén. Murgén se había comportado como un zombi desde el ritual fracasado de Dama. La había escuchado decir que creía que Sahra estaba muerta.

Le pedí que se quedara atrás, pero quiso acompañarnos.

Debería haber insistido. No iba a ser más que un problema.

Tobo estaba menos distraído. Se encontraba demasiado pendiente de Shukrat

como para obsesionarse con la ausencia de su madre. Aun así, era mejor vigilarlo.

Dama y yo nos pusimos los disfraces y nos echamos las ropas de los Voroshk sobre las negras armaduras de Creaviudas y Tomavidas. Mis dos cuervos nos acompañaban. Arkana volaba con nosotros, a modo de prueba. Lo sabía y lo entendía.

Abajo, los seres oscuros comenzaron a moverse. Habían empezado al anochecer.

Taglios nunca duerme. Aquella noche los que tuviesen que salir habrían de preocuparse por lo que pudiese acechar en la oscuridad. Escucha, Mogaba. Cuidado. La oscuridad siempre llega.

Aún estábamos ascendiendo desde el campamento cuando me coloqué junto a Dama. Volábamos rodilla con rodilla, las ropas Voroshk aleteaban con la brisa, extendiéndose veinte metros detrás de nosotros. Primero comentamos a quién había que vigilar más de cerca y después repasamos por enésima vez el intento fallido de contactar con el espíritu de Sahra.

—Creo que está ahí fuera —insistió Dama—, tan desesperada por contactar con nosotros como nosotros con ella. Pero la horrenda diosa nos quiere mantener separados.

—¿Está Kina despierta?

—Más de lo que lo ha estado en mucho tiempo. Al menos desde que Goblin bajó hasta su cueva. Quizá desde los días en los que supimos de su maldición y comenzó la guerra, otrora contra nos, antes incluso de que llegáramos a este país.

¿Otrora contra nos? Vaya.

—Tengo una pregunta sobre otro tema. Me preocupa desde hace tiempo, pero nunca he podido ponerlo en palabras.

—Artista.

—Adicta al poder.

—¿Cuál es la pregunta, Viejo Estilo?

—¿Qué ha ocurrido con las sombras de Atrapa Almas?

Dama me miró sin expresión.

—Vamos. El viejo cerebro no puede haberse atrofiado tanto. Era una maestra de las sombras. No le quedaban muchas sombras porque las mascotas de Tobo las perseguían sin descanso. Dejó de usarlas contra nosotros. Pero aún tiene algunas ocultas. Para los días de lluvia.

—Pues el tiempo no puede ser peor —gruñó Dama.

No estaba discutiendo. Su mente estaba enredada en la pregunta.

—Apuesto a que las Sombras Desconocidas han acabado con todas ellas. Ya no quedan sombras asesinas. Si las hubiera, nos llegarían noticias de muertes inexplicables.

—Quizá.

Probablemente. Si estaban ahí fuera, el nerviosismo que las sombras crearían

sería mucho mayor que lo que justificaban los números. Los pueblos de los territorios taglianos tienen una larga historia de sufrimientos por parte de las sombras asesinas. A pesar de ello, ascendí hasta volar junto a Tobo, un hecho que Shukrat encontró desagradable, ya que se alejó. Un comportamiento muy adolescente, me dije.

—No planeo controlarte la vida.

Le conté al chico mis preocupaciones. Pareció estar de acuerdo en que eran válidas.

—Averiguaré si hay razones para preocuparnos.

Me retrasé hasta reunirme con Dama.

—¿Qué ha dicho?

—Lo comprobaré.

—No pareces muy contento.

—Lo dijo como cuando le das a alguien la razón para no tener que discutir sobre lo que no te preocupa.

CAPÍTULO 104

†AGLIOS:

VISTA DESDE LA VENTANA DE LA PROTECTORA

Los párpados de Mogaba pesaban cada vez más. En dos ocasiones se durmió por completo para despertarse sobresaltado, en una ocasión por el clamor en la ciudad, y en otra por los gritos que sugerían que los guardias habían visto al Khadidas. Era muy temprano, de mañana, cuando incluso los latidos del mundo tenían dificultades para ponerse en marcha.

No iban a venir esta noche. No vinieron la noche anterior, ni la anterior. Quizá esperaban a una luna mayor.

Algo oscuro apareció en el cristal de la ventana desde donde el gran general observaba sus propios aposentos y la mayor parte de la cara norte del palacio, además de todas las entradas más importantes. Ni siquiera respiraba.

Las Sombras Desconocidas no podrían atravesar el cristal y los conjuros de la protectora. Mogaba continuó respirando. Lentamente, invisible en la oscuridad de la habitación, se alzó y se acercó más al cristal, para poder tener una visión más amplia.

Habían venido. No era el momento que esperaba, pero sí el lugar. El mismo por el que siempre habían llegado sus mensajeros. La cima de una torrecilla.

No se sintió particularmente eufórico. Lo que sintió, de hecho, fue pena. Todas sus vidas, la suya y la de ellos, se reducían a aquello. Por un instante incluso tuvo la tentación de gritar a modo de advertencia. Gritar que el orgulloso necio que había hecho una elección tan estúpida en Dejagore hacía tanto tiempo no había pretendido llegar a aquello. Pero, no. Era demasiado tarde. El dado de la fortuna estaba echado. El cruel juego tenía que ser jugado hasta el final, sin importar lo que nadie quisiese.

CAPÍTULO 105

EL PALACIO:

LOS APOSENTOS DEL GRAN GENERAL

Dama abría el camino, oscura, como siempre que asumía el personaje de Creaviudas. No me gustaba la idea. El primero en bajar las escaleras debería haber sido alguien con más poder. Pero Toba estaba convencido de que debía ir el último. De otro modo, el Aullador y los Voroshk podrían no sentirse motivados a participar. Aullador no podía ir primero puesto que tenía que controlar la alfombra hasta que todos se hubiesen bajado.

La escalera estaba atestada. Nadie quería permanecer en aquella oscuridad, aunque solo Dama, Murgén y yo éramos lo suficientemente viejos como para recordar la época en la que la oscuridad era nuestro peor enemigo. Intenté quedarme junto a Dama, mi estúpida mente estaba convencida de poder protegerla.

Era un chiste de proporciones cósmicas.

Bajamos la escalera sin percances y, a pesar del horrendo estruendo, sin crear alarma.

—Mogaba ha de estar durmiendo el sueño de los inocentes —murmuró Dama—. Todo este ruido debería haber despertado a los muertos.

—¿Eh?

—Sus aposentos están ahí delante.

Lo sabía. Habíamos ensayado el ataque antes de partir. No de manera muy profesional. No de la forma que me habría gustado.

—Duerme profundamente —dije.

Era uno de sus puntos débiles antes de su desertión, eso y una intensidad que incluso su hermano, Nar, encontraba agobiante. Pero le hablaba a la noche, pues Dama avanzaba.

Alguien encendió una luz, una luz tenue que flotaba sobre nuestras cabezas. Parecía algo extraño, por lo que asumí que debía ser uno de los Voroshk. Al crecer la luz, también lo hizo cierta sensación de relajación y confianza.

Quizá uno de los viejos gruñones no era tan obtuso como pretendía.

—La luz es mi familiar —murmuró alguien en el dialecto de Hsien.

La frase poseía el ritmo de un ritual. Más tarde sabría que era parte de un encantamiento para repeler a las Sombras Desconocidas, pues no les gustaban a nadie excepto a Tobo.

Los seres ocultos se hallaban allí, a nuestro alrededor, tan preocupados que incluso yo lo percibía.

—Aquí hay algo extraño —susurró Tobo—. En el palacio había cientos de seres ocultos, pero ninguno de ellos informa de nada. Por lo que sé, ya no están aquí.

Susurró algo más a la espeluznante oscuridad. Unos seres invisibles se movieron alrededor de nosotros, empujándonos desde posiciones a las que no llegaban nuestros ojos. Parte del nerviosismo que me oprimía desapareció.

Dama hizo una señal para que los soldados se adelantaran. Era hora de irrumpir en las estancias de Mogaba. Aunque la expresión implica más fuerza de la que fue necesaria, pues la puerta no estaba cerrada con llave. Según Dama, nunca lo había estado.

Ella y Shukrat se pusieron al frente. Conocían el camino. A menos que el astuto de Mogaba hubiese cambiado los muebles de posición.

Los soldados iban detrás. Los Voroshk y Aullador entraron. Murgén los siguió. Dama y Shukrat comenzaron a discutir agriamente, entre susurros, sobre quién debía encontrar una lámpara. Alguien tropezó con alguien. Alguien cayó al suelo. Otro alguien chocó contra algo. Entonces alguien exclamó de forma categórica:

—¡Oh, mierda!

Arkana estaba entrando en la habitación, delante de mí, cuando Tobo repitió los mismos sentimientos por detrás y comenzó a dar empujones.

—¡Fuera de mi camino, maldita sea!

Un enorme estruendo de vasijas rompiéndose. No sabía que Mogaba fuese coleccionista, aunque hay unos artesanos excelentes en esta parte del mundo...

Un hombre gritó.

Antes de que sus pulmones se vaciaran, otros gritos se le unieron. De los proyectores salieron bolas de fuego. Supe de inmediato por qué tantos hombres gritaban y por qué el pánico había hecho que dispararan a lo loco.

Sombras.

El viejo mal. Las sombras asesinas.

Sombras mortales procedentes de la llanura reluciente. Las sombras que les habían dado el nombre a los Maestros de las Sombras. Sombras del tipo que Atrapa Almas había usado para defender su protectorado hasta la llegada de los aliados de Tobo desde la Tierra de las Sombras Desconocidas.

Ya tenía la respuesta a la pregunta que había hecho a Dama y a Tobo.

A la gente le entró el pánico. Las bolas de fuego comenzaron a volar por todas

partes y causaron más daño que las sombras hambrientas. Una rajó mi capa Voroshk. La capa pareció quejarse, pero me enrolló por completo. Una sombra me golpeó. La ropa la repelió, un hecho que no se me escapó a pesar del caos que iba en aumento. También se deshizo de la siguiente bola de fuego que me acertó.

Vi a Dama ser alcanzada en varias ocasiones. También vi a uno de los Voroshk sucumbir a las sombras.

Traté de gritar en medio de la locura, conseguir aplacarla, pero el pánico se había apoderado de todos. Incluso de Dama y de Aullador.

Shukrat, sin embargo, no había perdido los estribos. Se acurrucó en una esquina y dejó que la capa formara una barrera impermeable a las bolas de fuego y a las sombras.

Los hombres luchaban por salir al exterior. Aullador soltó un conjuro que brilló con tal intensidad que cegó a todos aquellos que no iban protegidos con la ropa Voroshk, incluyendo al propio mago. Su esfuerzo fue inútil. Un momento más tarde gritó con mayor entusiasmo que nunca antes.

—¡Apartaos de mi camino! —gritaba Tobo.

Me apartó de un empujón. Su padre estaba allí dentro.

Antes de ponerme otra vez en pie, la torre crujió bajo la masa psíquica de los amigos invisibles de Tobo. La batalla con las asesinas fue breve, pero llegó tarde. Probablemente fue inútil, pues las bolas de fuego se estaban comiendo vivas a las sombras. Tanto a las Desconocidas como a las tradicionales moradoras de la oscuridad.

No sabía yo si quería levantarme. Todo estaba muy quieto en la otra sala, excepto por el llanto de Arkana. Pero tenía que hacerlo. Teníamos que seguir avanzando. El resto del palacio ya no estaba en silencio. Sonaba una alarma. Vendrían a por nosotros con instrumentos afilados.

Era imposible decidir quién había muerto, quién se moría y quién estaba ligeramente herido. Estaba demasiado oscuro.

Hice que Tobo produjese otra luz. Entonces ordené que llevaran a los caídos a lo alto de la torre. Arkana, Shukrat y los amigos invisibles de Tobo mantenían a raya a la guardia del palacio. Mantuve las emociones bajo control mientras arrastraba los cuerpos. En aquel momento no me podía permitir otra cosa.

—¿Cómo vamos a traer hasta aquí los postes y la alfombra? —pregunté.

Dama, los dos Voroshk ancianos, Aullador y Murgén estaban fuera de combate, así como la mayoría de los comandos.

—Shukrat y yo podemos manejar la alfombra. Tú y Arkana tendréis que remolcar los postes.

—¿Has oído, hija nueva?

Minutos antes había estado a punto de abofetearla para sacarla del estado de conmoción. Pero estaba hecha de buena pasta. Arrastraba a los muertos y a los heridos más calmada que casi todos los demás.

—Lo sé. Necesito algo para usar a modo de soga.

—Encuétralo, rápido. Voy a arrastrar los cadáveres.

La flecha de una ballesta pasó silbando sin herir a nadie. Un instante más tarde la sección de pared de la que había salido se había convertido en un montón de piedras destrozadas y de llamas furiosas. Tobo no estaba de muy buen humor.

—Saca esos postes de aquí ahora mismo —le dije a Arkana—. Todos excepto el mío.

Había conseguido algo de cuerda de la alfombra.

Buena chica, Arkana. Enseguida se puso a trabajar. Como Shukrat, siempre se centraba en la tarea que tenía entre manos.

Es curioso, pensé, que la Compañía siempre atraiga a buenas mujeres.

Los guardias de palacio y un sorprendente número de greys respondieron a la alarma y se negaron a ser intimidados por la violencia de Tobo o de sus amigos apenas visibles. Eran unos hombres valientes. Siempre hay hombres honorables y valientes entre los enemigos. Los misiles zumbaban en el aire. Unos cuantos encontraron su destino.

Comencé a preguntarme si no sería un buen momento para reconsiderar mi eterna determinación de no dejar atrás a ningún miembro de la Compañía.

Pero era incapaz de irme sin mi mujer. Y necesitaba a los viejos Voroshk.

Aunque estuvieran muertos.

CAPÍTULO 106

EL PALACIO: VISTA DESDE UN LUGAR ELEVADO

Mogaba no sentía euforia alguna al contemplar cómo se desarrollaba el desastre. De hecho, se preocupó aún más. Podía ver que habría supervivientes. Aquellos tipos eran capaces de contener a los guardias y a los greys mientras evacuaban las bajas. Eso significaba que, a menos que sufriese un gigantesco cambio de suerte y todos muriesen bajo la lluvia de misiles antes de escaparse, aún le quedaría por delante una batalla final.

Ya no le quedaban ases en la manga.

Las sombras no habían sido del todo efectivas. Lo cual demostraba lo que llevaba sospechando algún tiempo. El enemigo tenía una fuerza similar a su disposición. Y esa fuerza había respondido a tiempo para salvar a algunos de los asaltantes.

Veía que las flechas de las ballestas, los arcos e incluso las jabalinas rebotaban en aquellas criaturas vestidas con las grandes capas negras. Solo uno de ellos resultó herido.

Un fognazo de una bola de fuego, mientras la gran alfombra se retiraba del parapeto, provocó la luz suficiente para que Mogaba vislumbrara la armadura de Creaviudas.

—Dama —murmuró con pasmo.

El mismo fognazo debió reflejarse en sus ojos o dientes, delatando su posición, pues cuando miró a los que montaban postes, aquel que iba ataviado con la armadura de Tomavidas se abalanzaba hacia él y su capa abierta ocultaba el cielo.

CAPÍTULO 107

†AGLIOS:

LOS SOLDADOS VIVEN

Vi a Mogaba tras la ventana. La ira me consumió. Me abalancé a toda velocidad hacia él. Al hacerlo, un diminuto resto de racionalidad se preguntó si lo que había visto era real y no se trataba de mi mente que me mostraba aquello que quería ver. Necesitaba herir a alguien con toda mi alma.

Si el Mogaba que vi era creación propia se deshizo antes de que chocara contra el cristal de la ventana.

El cristal no se rompió. No cedió en absoluto. Mi poste se detuvo de inmediato. Yo no. El poste rebotó. Yo choqué contra el cristal. Entonces reboté hacia atrás y caí. Tuve tiempo de soltar un enorme y entusiasta aullido antes de alcanzar el final de la cuerda y quedar balanceándome tres metros por debajo del poste.

El poste seguía avanzando y rebotando. Intenté volver a trepar, pero no podía hacer nada con una sola mano útil. El movimiento del poste hacía que me meciera como el peso de un péndulo. Con cada vaivén me chocaba fuertemente contra la pared del palacio.

La capa Voroshk me protegía bien, pero terminé por quedar inconsciente.

Aún colgaba al despertarme. El suelo estaba a unos pocos metros y se movía lentamente. Parecía estar volando justo por encima de la carretera de la Roca, evitando apenas las cabezas de los viajeros. Intenté retorcerme para poder mirar hacia arriba, pero no pude. Tenía la sogá atada a la espalda, justo por encima de la cintura. No tenía la fuerza suficiente para girarme.

Sentía dolor al intentarlo.

De nuevo perdí la consciencia.

Cuando volví a recuperarme, estaba de nuevo en el estado natural del hombre: sobre la tierra. Un trozo puntiagudo de sílex intentaba abrir un agujero en mi espalda. Alguien dijo algo en uno de los dialectos de Hsien, después lo repitió en un mal

tagliano. Arkana se materializó en lo alto con el rostro sombrío.

—¿Vas a sobrevivir, papá?

—Con todos los dolores que tengo, seguro que sí. ¿Qué ha ocurrido?

—Hiciste una estupidez.

—Dime algo nuevo —ordenó una segunda voz.

El rostro de Dormilón se materializó frente a Arkana.

—¿Cuándo vas a levantarte? Necesito ayuda. Este espectáculo desastroso que habéis ingeniado está a punto de dejarnos de patitas en la calle.

—Estoy contigo en un momento, jefa. Una vez que desenrede los huesos de mis piernas y enganche de nuevo mis pies a los tobillos.

El esfuerzo de tratar de levantarme (quería encontrar a mi esposa a toda costa) hizo que volviese de nuevo a caer en la oscuridad.

La siguiente vez fue la lluvia en mi rostro la que me despertó. Mis dolores físicos se habían convertido en dolores sordos. Me habían dado algo. Catalogando, decidí que tenía muchos moratones, pero nada roto o permanentemente dañado.

Justo al hacer el esfuerzo de levantarme comencé a flotar hacia arriba. Tras un instante de pánico comprendí que estaba sobre una camilla y que me sacaban de la lluvia. Lo que había interrumpido mi sueño fue el traslado a la camilla, no aquellas pequeñas gotas de lluvia.

Esta vez me sentía mejor. Seguía siendo racional cuando apareció Dormilón.

—¿Cómo está mi mujer? —pregunté con un hilillo de voz.

—Sigue viva, pero su situación no es buena. Aunque es mejor de lo que habría sido si no hubiese llevado la ropa Voroshk. Supongo que se recuperará. Si conseguimos que Tobo siga concentrado en ayudarnos.

En aquellas palabras escuché una oferta de trabajo sin especificar.

—¿Qué pasa con el chico?

—Su padre ha muerto. ¿Dónde estabas?

—Me lo temía —dije con un resoplido.

Quizá había tratado de ignorarlo. Me iba a doler.

Dormilón parecía pensar que no teníamos tiempo para el dolor.

Comenzaba a confiar en sus instintos.

—Tenías razón, Matasanos. Los soldados viven. Solo tres personas salieron ilesas de la batalla. Tobo, Arkana y un soldado muy afortunado llamado Tam Do Linh. Aullador, el Primer Padre, Nashun el Investigador, Murgén y todos los demás soldados, no. El resto estáis heridos. Tobo se siente culpable. Cree que debería haber hecho algo más. Cree que debería de haber sabido que era una trampa.

—Entiendo. ¿Qué hay de Shukrat?

—Hematomas, abrasiones y conmoción emocional. La ropa Voroshk cuidó bien

de ella. La conocía tan bien que se adaptó más rápido que la de Dama. Según creo.

—Murgen podía haber llevado protección Voroshk.

Pero se había negado. Maldito fuese. No había luchado demasiado desde la desaparición de Sahra.

—Quiero que te ocupes de Tobo. Lo necesitamos de vuelta. Necesitamos a las Sombras Desconocidas. Si yo estuviese en el lugar de Mogaba, ya tendría una fuerza de ataque avanzando hacia nosotros.

—No pienso igual.

—Ese no se anda con rodeos, Matasanos. Su primer mandamiento es: toma la iniciativa.

Solo conseguiría ponerme en ridículo discutiendo con una mujer que había luchado contra el gran general más tiempo de lo que yo lo había conocido, que había vivido en Taglios tantos años como yo y mucho más recientemente. Era evidente que yo no era más que otro viejo cascarrabias que quería llamar la atención. Excepto cuando necesitaba algo de mí.

—Será mejor que consigamos que todo se vuelva muy peligroso para él personalmente si algo nos pasa a los demás.

Me sentí estúpido antes de acabar de decirlo. Para Mogaba había pocas oportunidades de que la vida fuese más peligrosa de lo que ya era.

Había olvidado una lección temprana. Intenta razonar como el enemigo. Estúdialo hasta que puedas pensar como él. Hasta poder convertirte en él.

—También tienes que conseguirte un aprendiz si vas a seguir involucrándote en acciones letales —me dijo Dormilón.

En sus palabras se podía oír un «a tu edad»... aunque ella lo expresó de otro modo:

—Se te ha pasado el arroz. Ya no puedes ir por ahí exponiéndote. Es hora de calmarse y de comenzar a transmitir tus secretos.

Dormilón se marchó dejándome lleno de preguntas. ¿A quién se suponía que tenía que explotar? Estaba inclinado a elegir a su perrito faldero, Mihlos Sedona, excepto que el muchacho tenía un defecto enorme. Era totalmente analfabeto. Y yo no tenía ganas de emplear todas las horas necesarias para alterar tal condición.

Entonces el hombre en el que quizá tuviese que estar pensando surgió motu proprio.

—¿Suvrin? ¿Qué demonios se te ha metido en la cabeza? Nos vas a abandonar a todos uno de estos días.

—Quizá haya tenido una epifanía. Quizá necesite aprender los Anales porque he decidido enfrentarme a mi destino.

—¿Me parece que olisqueo la fragancia de una trola en la brisa?

Como era un viejo cínico, supuse que en realidad él creía que al convertirse en mi

estudiante tendría posibilidades de echar algún polvo. Pero no sugerí nada. Tan solo lo acepté y después resoplé al descubrir que el favorito de Dormilón, aquel joven excelentemente educado, ni sabía escribir ni leer tagliano; la lengua de estos Anales durante los últimos veinticinco años.

El libro de Dama fue el último escrito en otra lengua. Y Murgen lo había traducido y actualizado, junto con un par míos que en realidad no necesitaban ser pulidos.

—¿Crees que puedes aprender a leer y a escribir tagliano? —le pregunté—. Quizá nunca necesites hacer ninguna de las dos cosas...

—A menos que quiera leer los Anales. Las sagradas escrituras de la Compañía Negra.

—Sí. Si desaparezco, estarás solo, a menos que Dormilón saque tiempo de algún sitio o Dama se recupere.

Había tenido tiempo suficiente para componer un papel de indiferencia. Pero no convencía a nadie.

Suvrin me miraba esperando el final del chiste.

No lo tenía. Lo que sí tenía que hacer era esforzarse por procurar que yo siguiese vivo lo suficiente para que él desarrollase las destrezas necesarias.

Dos días después de que Suvrin se convirtiera en mi estudiante, Dormilón dirigió una ceremonia que formalizaba su nombramiento como teniente de la Compañía Negra y su aparente heredero.

Estábamos en el exterior de esa fortaleza sin nombre, en la cima de una colina que se alza junto a la carretera de la Roca, de camino a Taglios. Se había alisado y preparado una gran planicie para que las tropas acamparan o practicasen las habilidades necesarias para el éxito en la batalla. También podía usarse como lugar donde las fuerzas que defendían la ciudad podían batallar con un enemigo avanzando.

Allí nadie nos molestaba, aparte de pequeños grupos de caballería Vehda compuestos por jóvenes que querían mostrar su valor. Aconsejé tanto a Dormilón como a Suvrin que no dejaran la fortaleza sin tomar.

Dormilón estaba tan interesada en recibir consejo como antes, pero ahora simulaba escuchar. Su propia estratagema de conquista había sido un desastre que se había visto mitigado por el hecho de que unos pocos habíamos sobrevivido.

CAPÍTULO 108

†AGLIOS: ALGVIEN EN LA PUERTA

Después de batir a un relevo compuesto por tropas de Taglios, el comandante de la fortaleza reflexionó y ofreció rendirse bajo ciertas condiciones.

Quería salvoconductos para él y para casi todos los que habían luchado para tres de los países más cercanos. Algo bastante razonable, estimé, considerando que íbamos a devolver todo aquello al prahbrindrah Drah tan pronto como se cerrase el trato y el príncipe moviera su culo desde Ghoja hasta aquí.

A pesar de todos sus años en el mundo real, Dormilón seguía conservando nociones vehdna de lo que era correcto e incorrecto que no tenían nada que ver con lo que demandaba el momento.

—Aunque este Lal Mindrat sea el peor monstruo humano conocido desde los Maestros de las Sombras, has de considerar lo que tu rigidez moral nos puede costar al resto —le dije.

Era evidente que Lal Mindrat había traicionado a algunos de nuestros aliados durante las guerras de Kaiulune. No había oído hablar de él hasta que Dormilón comenzó a adoptar aires de superioridad, de modo que no podía haber sido una gran traición.

Un buen número de amigos de la Compañía habían sido entregados por la protectora en aquellos días. Atrapa Almas tenía el poder y la riqueza.

—Sé flexible —le aconsejé—. Pero traicionera cuando sea imprescindible.

Entendió. Con cierta ayuda de Tobo y sus amigos, y con las promesas de salvoconductos, Dormilón consiguió que nuestros enemigos evacuaran la fortaleza sin más violencia que el momento en el que Lal Mindrat salió con sus guardaespaldas.

De este modo la capitana arregló las cuentas con un traidor menor de su propia era. Por el momento.

Mogaba convirtió nuestro avance en un infierno, al menos para aquellos de nosotros que hacíamos labores de reconocimiento, éramos piquetes o íbamos en vanguardia. Los jinetes no cesaban de acosarnos. Las chicas Voroshk y yo atacábamos cada vez que el comportamiento del enemigo se hacía abiertamente odioso.

Finalmente alcanzamos la gran Puerta Sur de Taglios que no había existido en mi época. En el presente, una fuerte muralla se extendía a cada lado. Los soldados en el adarve parecían demasiado pequeños. La muralla se alzaba como un vasto acantilado de caliza.

—¡Vaya! —le dije a Dormilón—. Ha habido algunos cambios.

La entrada a la ciudad era en sí una fortaleza, extramuros, pero unida al complejo principal. Desde abajo, no podría asegurarlo del todo, parecía que una estructura igualmente formidable defendía el pasaje desde el interior.

—Ha pasado un tiempo desde que estuve aquí —escupió Dormilón—. Creo que el gran general ha debido conseguir dinero de la protectora. Se han añadido varios metros de muralla y esa barbacana...

Se encogió de hombros.

Por lo que recordaba de la política urbana, las obras públicas eran especialmente vulnerables a prácticas corruptas.

—Alguien en las oficinas del tesoro ha debido adular a gusto a la protectora.

Dormilón soltó un bufido, pues no estaba interesada en mi opinión. Observaba a Suvrin desplegar las tropas de cara a la ciudad, en actitud de batalla. No se esperaba respuesta alguna. Y así fue.

—Al menos no han de preocuparse de la propiedad de nadie —dije.

Más que la inmensidad de la propia muralla, lo que me fascinaba era la existencia de una franja de tierra vacía de trescientos metros de anchura al pie de la muralla. ¿Cómo habían conseguido sacar a la gente de aquel espacio? ¿Cómo los mantenía alejados el estado?

—En unos pocos meses habrá campos de cereales y verduras hasta donde alcanza la vista. Esa rejilla de caminos marca los límites de las granjas. Comenzaron justo después de que Sahlra y yo viniéramos por primera vez a la ciudad.

—Tobo va a estar muy atareado.

Dormilón examinó nuestras fuerzas a derecha e izquierda. No parecían amenazadoras en contraposición a la muralla. Tampoco nadie en la cima de la muralla parecía preocupado.

—Así es. Espero que él y las chicas golpeen duro con todo lo que tengan, y desde el principio, para que la gente del interior se quede impresionada por su furia. ¿Será capaz de hacerlo?

—No puedo garantizarte que esté absolutamente concentrado.

—¿Qué hay de ti? ¿Estás totalmente concentrado?

Suspiré con fuerza.

—¿Qué tal va ella? —preguntó Dormilón.

Otro gran suspiro.

—¿Honestamente? Estoy preocupado. Se debate entre la vida y la muerte. No mejora; no empeora. Comienzo a preguntarme si la conexión con Kina tiene algo que ver.

Fue un gran esfuerzo confesarlo, pues la capitana podía llegar a pensar ciertas cosas si entendía lo que aquello implicaba. De inmediato entendió la situación.

—Si puedo sacar a Tobo de su dolor, quizá pueda descubrir si Kina está controlándola.

Temía la posibilidad de que la Madre Oscura estuviese preparando a mi esposa como ruta de huida alternativa de su antigua prisión. No quería pensar en la posibilidad de acabar con la diosa Durmiente y liberar a Shivetya para tener que ser testigo de que la oscuridad retornaba a través de la mujer que amo.

No hacía falta la Madre de la Noche para conseguirlo. Ella misma estaba dispuesta a dar la bienvenida a su propia oscuridad.

¿Acaso no lo estamos todos?

—No me has dado una respuesta directa —dijo la capitana—. ¿Puedo contar contigo para que prestes atención cuando empiecen a volar las flechas?

Un antiquísimo dicho de cuando era muy joven me vino a la mente.

—Soy un soldado.

Lo dije primero en la lengua original, después lo repetí en el dialecto dejagorano de Dormilón.

—He estado distraído en otras ocasiones y sigo vivo.

—Sí. Los soldados viven. Solo tienes una oportunidad de error, Matasanos.

—No me chupo el dedo, bonita.

No era más que malgastar una expresión subida de tono, pues entre aquella gente no tenía ningún sentido.

—¿Qué es eso? —preguntó Dormilón señalando algo que se alzaba sobre la ciudad.

—Parece una cometa grande de cojones.

CAPÍTULO 109

†TAGLIOS:

ΠΟ ΣΕ ΑCEPTΑΠ EXCUSAS

¡Joder! Por mucho que yo quisiera, Mogaba se negaba a ser estúpido. ¿Qué te enfrentas a problemas potenciales debido a una plaga de magos aéreos? Pues aprovechas los vientos casi constantes de la estación y echas a volar diez mil cometas cubo gigantes, con objetos puntiagudos y venenosos colgando de unas colas realizadas con fibras entrelazadas, y que estas sean tan duras que resulte casi imposible cortarlas.

No iba a haber vuelos llenos de alegría juvenil sobre Taglios. Especialmente al caer la noche. Aquellas cometas no podrían herirnos con la ropa Voroshk, pero nos podían enredar y tirarnos de los postes. Y si alguien se caía de su asiento, alguien tendría que sacarlo de allí. A menos que...

Shukrat una vez me montó en un poste que podía viajar por sí solo cuando su amo no pudiese manejarlo.

Emití una orden.

Unas horas más tardes, el poste de Shukrat trajo a la chica de vuelta virtualmente momificada en cuerdas y agujones mortales que tardamos horas en desenredar. Pero había retirado decenas de cometas.

Hice que Tobo la desenredara. Me era muy difícil que el muchacho volviese a interesarse por la vida, pero Shukrat se suponía que era importante para él.

Así al menos lo pensaba ella. Una vez que acabó de liberarla, demasiado lentamente, le dio un golpe en mitad de la frente con la palma de la mano derecha.

—¿Por qué no simulas al menos estar interesado, Tobo? —Y momentos más tarde—. Estás consiguiendo que me cuestione lo inteligente que soy.

Tobo era un jovencuelo y comenzó a protestar. Intenté advertirle agitando la cabeza. No iba a desmoronarse ahora. Shukrat le cortó, sin ganas de concederle la más mínima excusa. Tras aquello intenté no escuchar lo que decían.

Medité sobre lo fácil y rápido que Shukrat había aprendido el tagliano. Casi no tenía acento. Y parecía igualmente capaz de adaptarse a las costumbres extrañas.

Arkana tenía más dificultades, pero lo estaba haciendo maravillosamente también. Tras dejar un tiempo para que la chica expusiese su opinión, me acerqué a Tobo. —Tobo, necesitamos saber qué está ocurriendo tras esas murallas.

No parecía importarle demasiado.

Shukrat le dio un puñetazo.

—Tienes que superarlo —le dije.

Me miró de mala manera.

—Tienes que dejar de sentirte culpable. No ha sido culpa tuya.

Dudaba que decirle eso fuese a conseguir nada. Estas cosas nunca son racionales. Tu mente persigue lo irracional a pesar de saber la verdad. Si Tobo quería sentirse culpable sobre su padre y su madre, encontraría el modo de hacerlo a pesar de todos los argumentos en contra, a pesar de las pruebas y del sentido común. Lo sé. He sufrido ese estado de ánimo tan oscuro unas cuantas veces.

Sentía algo parecido con respecto a mi esposa.

—El gran general lo hizo, Tobo —dijo Shukrat—. El supremo comandante tagliano. Y él está dentro de esas mismas murallas.

Eso es, chica, apela a la oscuridad en su interior, a la rabia y el odio. Necesitábamos que esas emociones surgieran en el mago más poderoso de este mundo.

CAPÍTULO 110

†AGLIOS: DESGRACIAS

Las Sombras Desconocidas le dijeron a Tobo que Mogaba y sus secuaces estaban agazapados, esperándonos. Pensaban que desapareceríamos en no mucho tiempo, a pesar de nuestras riquezas.

Podían tener razón. A pesar de que a Dormilón le quedaba intacta la mayor parte del tesoro, muchos de los soldados de Hsien habían firmado por solo un año. No dudaba de que casi todos se quedarían siempre que la paga llegara puntualmente, pero tampoco dudaba que la morriña del hogar comenzaría a sangrar nuestras fuerzas.

Retirábamos las cometas más velozmente de lo que Mogaba las hacía volar y atacábamos desde gran altura cada noche. Lanzábamos vasijas de fuego sobre las propiedades de los aliados conocidos de la protectora, el gran general y los greys. Pero el fuego es un aliado cruel e indisciplinado. Algunos de los que iniciamos se extendieron más allá de nuestros objetivos. Más humo del usual se cernía sobre la ciudad.

Un segundo ataque a medianoche sobre la porción ocupada del palacio nos suministró unas noticias no deseadas. Supimos que los esfuerzos de Mogaba por hacerse con nuestro campamento junto al cementerio de los Lugareños de las Sombras, aunque tácticamente desastroso para sus leales, no habían resultado del todo inútiles.

El jefe del Estado Mayor de Dormilón decidió que necesitaba echar un vistazo de primera mano al palacio, con propósitos de planificación. Era un hombre minucioso. A la orden de Dormilón, él y otros elegidos habían recibido instrucción sobre cómo manejar los postes voladores de los Voroshk. Teníamos siete disponibles y solo cinco asignados de manera regular. Dama no usaba el suyo. Dormilón odiaba ver cómo se malgastaban sus recursos. Dormilón era Dormilón.

El jefe del Estado Mayor hizo que Mihlos Sedona se nos uniera. Mihlos era el más competente de los voladores a tiempo parcial, aunque su única excusa para obtener aquella oportunidad era que la capitana lo apreciaba y quería sus

observaciones. De ningún modo iba a volar ella misma.

Fui con ellos para asegurarme de que tenían a alguien para sacarlos de allí si se metían en problemas. También hice que llevaran puesta la ropa Voroshk. Si nos veían, era probable que nos dispararan. La gente de Mogaba nunca dejaba de intentarlo.

Solo se necesita un golpe de suerte.

Mihlos Sedona aún no había comprendido que no era inmortal. Se aventuraba demasiado cerca del enemigo. Entonces, todos supimos en qué medida Mogaba se había aprovechado del desastre.

Una bola de fuego atravesó la oscuridad. El chico evitó lo peor lanzándose a un lado. La bola de fuego le dio de lado, aunque fue suficiente para arrancarlo del poste.

El general Chu ignoró mis gritos y fue a por Sedona, consiguiendo acercarse lo suficiente para atrapar el poste. Mientras, bolas de fuego se acercaban desde media docena de puntos diferentes.

Una de ellas golpeó el poste de Chu de lleno.

La explosión del poste fue tan violenta como para incendiar el otro, y las dos a la vez fueron tan poderosas como para derruir un acre de palacio, como si un pie gigante invisible hubiese aplastado cáscaras de huevo.

Otras zonas del palacio continuaron derrumbándose tras la caída inicial.

Un viento malvado me desplazó como a un diente de león. Perdí el agarre y caí de la montura. Mientras colgaba vislumbré llamas que comenzaban a asomar por entre las grietas de los escombros y vi que el pánico comenzaba a apoderarse de los soldados en la cima del palacio.

CAPÍTULO III

†AGLIOS:

DORMILÓN VUELA

—Vamos a comenzar a desatarte, papá —me dijo Arkana mientras me remolcaba hasta el campamento.

Estaba retirando cometas cuando ocurrió lo de la explosión. Al ir a ver los resultados, casi cayó del cielo debido a un giro inesperado de un poste volador.

—Bájame. Rápido. Hazlo delante de la tienda de la capitana.

Dormilón tenía que enterarse. Además alguien debía ir a vigilar el palacio. Si todo el edificio se hundía... Si Mogaba y sus secuaces morían en el desastre... Si el Khadidas y la Hija de la Noche escapaban gracias al caos resultante...

Comenzaron a arder algunos fuegos poderosos. La muralla de la ciudad se recortaba contra un intenso fulgor.

Seguí explicando la situación una y otra vez con cada nueva llegada de personas a la tienda de la capitana. Y seguí tratando de convencer a Dormilón para que hiciera de inmediato aquello que estuviera pensando. Nunca más estaría el otro bando tan confuso y desordenado como en aquel instante. Accedió, pero señaló que tampoco nosotros estábamos muy bien organizados.

La capitana lidió con el problema de las interrupciones de la manera más sorprendente que pude imaginar. Tras delegar en Suvrin la preparación para el ataque me dijo:

—Llévame allí. Enséñame lo que ha ocurrido.

—¿Tú?

—Yo. Mantendré los ojos cerrados hasta que haya algo que ver. Antes de partir pondré una manta sobre mi asiento para no mojarte el poste.

Agité la cabeza desconsolado.

—Ojalá Swan estuviera todavía vivo. Una frase como esa no debería perderse en el olvido. Hagámoslo.

—Aguarda. Suvrin.

Dio más órdenes para que tuviese algo que hacer en el tiempo libre.

Su ausencia no debía detener nada.

—Átate fuerte —le dije a Dormilón—. Puede que decida hacer algunos giros cuando estemos arriba.

Gruñó como una manada de ratas furiosas y dejó claro que si se caía, mejor sería que no volviese.

—De acuerdo. Pero volver colgando como una carpa del sedal es mejor que la otra alternativa.

—Si no te importa la vergüenza.

—No me importa ponerme colorado con tal de estar vivo.

Una lección que aprendes al envejecer. O al menos deberías aprenderla.

Pasábamos por encima del complejo de puertas cuando comprendí que había vuelto sin detenerme a comprobar cómo estaba mi mujer.

¿No era un poco viejo para sentirme culpable por todo? No iba a marcharse a ningún lado durante algún tiempo.

No era posible acercarse demasiado al palacio. Los fuegos eran ahora enormes. El calor era intenso, a pesar incluso de la ropa Voroshk. Y cuanto más alto volabas, más turbulento se volvía el aire. Ya no había cometas cercanas.

Me imaginé que Mogaba pronto abandonaría las cometas. No nos hacían ningún daño.

Dormilón se aferraba al palo con los nudillos blancos. Me pregunté si necesitaríamos un cincel para soltarla cuando volviésemos a tierra. A pesar de todo, consiguió que su voz sonara normal.

—¿Qué demonios está ardiendo? Eso no es más que un montón de piedras viejas.

Las llamas ya no se limitaban al palacio. Varios fuegos ardían cerca de él. El área completa estaba atestada de gente, la mayoría espectadores que se interponían en el camino de los soldados, oficiales y voluntarios que trataban de hacer algo.

—Alguien sigue pensando —le dije a Dormilón—. Han situado tropas alrededor del lugar.

Bajé más y me acerqué lo suficiente para ver a Aridatha Singh colocando dos delgadas hileras de soldados, una de cara hacia afuera, controlando a la multitud, y la otra, más fuerte, de cara al interior. Esta última estaba fuertemente armada. Cualquiera que abandonara el palacio iba a recibir una buena.

—Espero que el Khadidas y la chica no se hayan escapado antes de que pusieran a esos soldados.

—De vuelta a la puerta. Si hemos de invadir la ciudad, este es el momento.

—¿Has encontrado ya suficientes botes?

Se tensó. No contestó de inmediato.

—Lo has averiguado.

—La lógica sugiere que no tiene sentido atacar esas murallas con los hombres que tenemos. Sobre todo porque Taglios casi no tiene defensas por el lado del río.

Un asunto que seguro también se le había ocurrido al general.

—No hay una forma fácil de entrar —me dijo Dormilón—. Las defensas en el lado del río simplemente no son tan evidentes.

Procedió a relatarme las barreras flotantes y cadenas que controlaban el tráfico, forzándolo hacia estrechos canales alineados por artillería pesada en tierra. Una barcaza cargada de atacantes podría ser convertida en astillas y servir como comida para peces en cuestión de minutos.

—Ya veo adonde lleva todo esto —dije.

—¿De verdad? ¿Atacaré de día o de noche?

—Ahora está oscuro, pero para cuando puedas reunir a todos en el punto de ataque, el sol se habrá alzado.

—Regresemos. Tengo que hacer que todos se den prisa.

CAPÍTULO 112

‡AGLIOS: BAJO SITIO

Ghopal Singh tenía un aspecto horrible. Se había acercado tanto al fuego que se le había chamuscado la barba, tenía ampollas en la cara y en las manos, su turbante había desaparecido y el resto eran harapos humeantes y olor a quemado.

—Nunca pasarías una revista —le dijo Mogaba.

El sentido del humor de Singh se extinguía.

—Dentro lo tenemos controlado. Se extinguirá solo. Aquí en la ciudad... Hay que rezar porque lleguen lluvias fuera de estación.

—La buena suerte no siempre funciona, ¿eh?

Entre protestas, Singh dijo:

—No había forma de que supiéramos qué iba a pasar si una bola de fuego golpeaba a una de esas cosas voladoras.

—No, claro que no. Aquí viene Aridatha, como un cuervo. Va a haber más malas noticias.

Mogaba miró hacia el este. Ni siquiera se acercaba el alba. ¿Por qué duraba tanto aquella noche?

—Tienes una mancha de ceniza en la pernera derecha del pantalón, Aridatha.

El comandante de los batallones de la ciudad se detuvo para ocuparse de aquel asunto antes de comprender que el gran general se estaba burlando de él. Más o menos.

—Intentan aprovecharse de la confusión. Me llegan informes de fantasmas y terrores en la Puerta Sur y en los fuertes del río.

—¿Realmente vienen?

Ghopal Singh no podía creer que el enemigo iba a asaltar Taglios con tan pocos soldados. Había supuesto que esperarían con la esperanza de forjar alianzas con los desencantados de dentro de las murallas.

—¿Dónde?

—El río —predijo Mogaba—. Han tenido tiempo de explorar. Allí es donde

somos más débiles.

—Quizá quieran hacernos pensar...

—Aún no pueden reunir una fuerza importante. Cuando ataquen por el aire sabremos que están de camino y por dónde creen que pueden penetrar.

Minutos más tarde llegaron noticias de que comandos del enemigo habían ascendido la muralla a media milla al oeste de la Puerta Sur, llevados hasta allí por una alfombra voladora. Estaban obteniendo refuerzos rápidamente. Ni los batallones de la ciudad ni los greys tenían demasiada fuerza en aquella zona. El grueso de la Segunda Territorial estaba en el frente del río. La guarnición de la barbacana respondía a la amenaza lo mejor que podía.

Mogaba miró al este. Una vez que llegara la luz, el enemigo perdería la ventaja de sus aliados invisibles. Entonces los defensores de la ciudad podrían aprovechar la gran ventaja de su número.

Diez minutos más tarde llegaron noticias de que nadadores armados con pequeños proyectores de bolas de fuego habían cortado las cadenas y roto las protecciones en el extremo superior de la ciudad. Las bombas de fuego caían entre las piezas de artillería.

—Tenías razón —dijo Ghopal—. Será el río.

—Probablemente. ¿Dónde están sus magos? —quiso saber Mogaba.

Comprendía que los que montaban los postes no tenían por qué ser hechiceros.

—Si no vemos magos, hay que ser escépticos sobre la inminencia de un ataque. Por ahora, no veo más que distracciones.

—¿Vamos allí? —preguntó Aridatha.

—¿Allí dónde? ¿Podrías asegurar que no se producirán pronto nuevos ataques? Este es el mejor lugar donde podemos estar, en el centro de todo.

Se le había ocurrido que estaba siendo observado. Que los planes de la capitana podían quizá girar en torno a su propio comportamiento. Hiciese lo que hiciese, los ataques del enemigo se producirían allí donde él no estaba. Es lo que habría hecho él mismo, dados sus recursos.

—Seguiremos estando en el centro. Hagamos un cordón más firme alrededor de las partes del palacio donde podría estar la chica. Eso nos permitirá liberar a algunos de estos hombres.

Ya habían sido liberados cientos, pues los que se quedaban mirando sin hacer nada habían comenzado a dispersarse en cuanto los fuegos en otras partes resultaron demasiado poderosos para ser contenidos. Tan pronto como hubiese una defensa específica que montar, Mogaba enviaría refuerzos.

Llegaron noticias de fieros ataques aéreos en el complejo de la Puerta Sur. Grandes descargas de bolas de fuego llenaban las murallas de miles de agujeros. El despilfarro de bolas de fuego era lo que más asombraba a la gente.

—Esa es la cuestión —dijo Mogaba—. Esta capitana está más dispuesta a luchar que sus predecesores, pero cuando lo hace eleva el nivel de violencia tanto como puede. Quiere aturdir a sus enemigos para que estén demasiado atontados como para reaccionar.

Una mirada a su alrededor dejó claro para Mogaba que la técnica de la capitana tenía éxito. Además, ninguno de los generales Singh estaba dispuesto a recibir un sermón sobre psicología de combate.

—Y estaremos en desventaja hasta que sepamos qué sonda se convertirá en el ataque auténtico —añadió Mogaba.

Y eso, sospechaba, no había aún sido determinado por el otro bando. Quizá estuviesen tratando de averiguar dónde podrían obtener el mayor rédito por sus inversiones. A los capitanes de la Compañía nunca les había gustado malgastar a sus hombres.

—En este punto dejaremos que los comandantes de distrito respondan a sus propias crisis. Solo los apoyaremos para evitar el desastre. Lo que necesito de vosotros dos son mediciones regulares del estado de ánimo de la masa. Hasta ahora no parece preocuparse, pero no queremos sorpresas desagradables.

—Yo diría que las masas nos favorecen —aventuró Ghopal—. No hemos sido nosotros los que hemos prendido esos fuegos.

Mogaba miró al este. Había cierto color, pero no sintió alegría alguna. Ghopal le había recordado la agobiante cantidad de trabajo que tenían por delante una vez que sofocasen los ataques del enemigo. Los fuegos harían que decenas de miles quedasen sin hogar ni propiedades en una ciudad donde un tercio de la población ya disfrutaba de tal distinción.

Quizá fuese mejor marcharse y dejar todos los problemas a Dormilón.

CAPÍTULO 113

†AGLIOS:

ATAQUE

Me quedó claro que Dormilón quería controlar la Puerta Sur. Lanzaba gente y materiales por todas partes y nos usaba a los que podíamos volar, pero cuando hacías números veías que más de la mitad de nuestros esfuerzos tenían lugar a media milla de la barbacana. La propia barbacana había sufrido intensos ataques desde el aire. Había partes que parecían estar atravesadas por diez mil agujeros.

Yo tenía mejor información que Mogaba. Pero sabía que el gran general pronto lo averiguaría. Poseía un instinto afilado para asuntos de guerra.

¿Cómo de flexibles eran los planes de la capitana? ¿Cambiaría su punto de ataque rápidamente una vez que Mogaba entendiese lo que se proponía? No lo sabía. No había sido invitado a participar en los planes que se habían hecho hasta aquel momento. Solo Suvrin tenía una idea real de todo el asunto. Y yo no estaba seguro de él. Esta capitana se parecía bastante a mí en cuestión de compartir sus ideas.

Parecía ser algo inherente al trabajo. Mis predecesores habían sido iguales. Algún día eso nos perjudicaría.

Era poco más de mediodía. Nuestras tropas, golpeando de repente desde todas direcciones y disfrutando de apoyo aéreo total y de Tobo, irrumpieron en el complejo de la barbacana. La defensa parecía perdida una vez que los equipos de asalto entraron y consiguieron abrir las puertas.

Mogaba no respondió. Las calles cercanas al complejo se vaciaron cuando los civiles decidieron que parecía un buen momento para desaparecer. Bandas de heridos taglianos se retiraban hacia lo profundo de la ciudad. Nadie se adelantó para reforzar o dar descanso a los defensores de la barbacana. Los soldados de la Segunda Territorial de Mogaba comenzaron a proferir insultos contra su jefe.

Había algo que no encajaba. Mogaba se estaba mostrando demasiado pasivo. Seguro que sabía que tenía que hacer algo antes de que volviera la noche y la Compañía se hiciese mucho más poderosa gracias a las Sombras Desconocidas.

Teníamos que estar actuando justo como Mogaba quería, pues no hacía nada para

evitarlo.

Sí. Puedes volverte loco tratando de buscarle sentido a ese tipo de cosas.

Dormilón envió a todos, excepto a Tobo, a intensificar el ataque sobre las defensas de río arriba. Evidentemente habíamos avanzado bastante allí sin demasiados problemas, de modo que la capitana quería aprovecharlo.

Yo había comenzado a sospechar que Dormilón no tenía un plan fijo. Aparte de aprovechar cualquier oportunidad que le brindase Mogaba.

Una hora más tarde, cuando las tropas enemigas respondieron a la amenaza, la Puerta Sur se convirtió de nuevo en el foco de nuestro ataque.

Esperaba que Dormilón se decidiera pronto. Estaba agotado. Y aún quedaban horas de luz.

Había tenido razón desde un principio. Eligió la puerta.

Cuando los hombres en las murallas finalmente entraron a las casas de la puerta, una señal se alzó para alertar a la capitana y al teniente. Había dos casas allí que tenían que controlarse. Una resultó mucho más resistente que la otra. Mientras tanto, todo hombre sin nada que hacer se reunió en el exterior, listo para atacar.

Ahora Dormilón hizo la señal de avance. Los oficiales tenían órdenes de atravesar la barbacana y seguir hasta el corazón de la ciudad. Contaban con guías para mostrarles el camino. La capitana quería que se capturara el palacio rápidamente. Creía que se encontraría con poca resistencia en el resto de Taglios una vez que cayera su simbólico centro neurálgico. Ya había noticias que volaban contando que el prahbrindrah Drah estaba en camino para reclamar los dominios familiares.

Yo habría traído al príncipe conmigo para mostrarlo delante de la muchedumbre en aquel mismo instante. Habría hecho que liderara la carga. Pero ya nadie me preguntaba cómo manejar las cosas.

CAPÍTULO 114

†AGLIOS:

ΜALAS NOTICIAS, CUERVO BLANCO

Mogaba recibió las noticias sobre la Puerta Sur con un silencio ominoso e inexpresivo. No hizo preguntas, solo miró al oeste para ver la luz que le quedaba. Se giró a Aridatha y a Ghopal. Este último asintió ligeramente. Una vez que se fue el mensajero, el gran general preguntó:

—¿Siguen atacando desde el río?

—Un último informe dice que están intensificando el ataque —contestó Aridatha.

—Envía a otra compañía. Su fuerza principal se dirigirá directamente hacia aquí, con todo el apoyo de su hechicería. Un contraataque allí tiene altas posibilidades de éxito.

—¿Y qué hago con los invasores? —preguntó Aridatha.

—Tenemos ese asunto listo desde hace meses. Limítate a seguir el plan, deja que se desarrolle.

Aridatha asintió, deseando a las claras que hubiese una forma de reducir el derramamiento de sangre. Él era menos pesimista que el gran general sobre el resultado de este conflicto. Pero temía que el precio fuese tan costoso como para que la victoria resultase en un mayor mal para la ciudad en conjunto.

—Quiero que vuelvas ahora a tu cuartel general —le dijo Mogaba—. Sigue dirigiendo tus tropas desde allí.

—Pero...

—Si esto va mal y estás aquí conmigo cuando lleguen, tendrás que pagar un precio mucho más cruel del necesario. Haz lo que te digo. Ghopal, tú tomas el mando de aquí en adelante. Nadie entra en el palacio. Nadie sale. Si el enemigo llega hasta aquí asegúrate de que se enteran de lo del Khadidas y la Hija de la Noche. Espero que también tú te apartes. Mejor dar la información a los que llevan esas armaduras tan fieras, Creaviudas y Tomavidas. Ellos te escucharán. Son los padres reales de la chica. Aridatha, ¿por qué estás aún ahí? Ya tienes tus órdenes.

—¿Qué vas a hacer tú? —preguntó Ghopal.

—Prepararé un par de contraataques que hará que estos extraños soldados extranjeros deseen no haber abandonado jamás el lugar donde nacieron.

El gran general proyectaba gran confianza.

No sentía ni pizca de ella en su interior.

No obstante, sus pasos al marcharse del palacio eran los de un arrogante conquistador seguido por un grupo de mensajeros y funcionarios.

Mogaba divisó el cuervo blanco que lo observaba desde una cornisa de piedra. Lo saludó.

—Ven aquí —dijo golpeándose el hombro.

El pájaro cumplió la orden, asustando a la cohorte de Mogaba.

El gran general le preguntó:

—¿Eres quien creo que eres?

CAPÍTULO 115

†AGLIOS:

†AGLIOS: EL EQUIPO ESPECIAL

Había algunas tareas demasiado importantes como para confiarlas a alguien que no fuese de la familia. Los capitanes responsables de la Puerta Sur siempre estaban relacionados con Ghopal Singh, aunque eran oficiales en los batallones de la ciudad. Eran hombres que no se atrevían a ser desleales pues sus pasados estaban entrelazados con los greys, el gran general y el protectorado.

Eran también hombres disciplinados mentalmente como para retirarse sin salir huyendo. Eran hombres que se habían preparado, así como a sus seguidores, para aquel día. Aunque, originalmente, habían esperado que fuese la propia protectora la que entrara en la zona de muerte.

CAPÍTULO II 6

†AGLIOS:

FORȚUNA ATROZ

El paso a través de la barbacana parecía desde el interior un laberinto, aunque solo había media docena de giros. Desde arriba no parecía tan complejo hasta que unos bloques enormes de piedra cayeron desde las paredes bloqueando el camino de la capitana, tanto de avance como de retirada, y atrapándola junto a su personal y a otros doce hombres.

Los bloques caídos desencadenaron una serie de sucesos mecánicos, el primero de los cuales fue el lanzamiento de una tormenta de dardos venenosos. Los caballos piafaron y los hombres maldijeron. Al dirigir mi poste volador hacia abajo para intentar sacar a la capitana de allí, de los agujeros de la muralla cayó aceite hirviendo.

De modo que así trataban de librarse de Atrapa Almas.

El calor hizo que me retirara. La ropa negra Voroshk no podía soportar tanto.

Dormilón había elegido colocarse en mitad de la columna invasora, por lo que nuestras fuerzas quedaron divididas en dos.

Seguramente se produciría un enorme contraataque.

Me elevé hasta colocarme junto a Arkana, que estaba estupefacta por el horror.

—¡Recomponte! Quiero que encuentres a Suvrin. Dile que me haré cargo del ataque de la ciudad. Él puede construir escalones para conseguir que los hombres pasen por este desaguisado. Que use los troncos de las máquinas de asedio. ¡Vamos! ¡En marcha!

No tuve que golpearla para sacarla del estupor.

De nuevo Mogaba nos había mostrado uno de sus mejores trucos. Esta vez las oportunidades de supervivencia no eran buenas.

Deberíamos haber estado preparados. Nos había dicho que había hecho ciertos preparativos.

A veces no escuchas lo que te dicen.

Comprobé el sol antes de llegar al suelo.

Tendríamos que quedarnos un poco más de lo que me gustaba.

—No tardaremos demasiado —les insistí a los comandantes en tierra—. Necesitamos colocarnos en una posición en la que podamos aguantar hasta la noche. Una vez que llegue la oscuridad...

—Las Sombras Desconocidas.

—El reino oculto.

Gritos. Una lluvia de flechas cayó.

—Avanza con una compañía a lo largo de la muralla en esa dirección —ordené—. Quiero controlar aquellos escalones cuando los otros se nos unan.

Tenía que mostrar un optimismo que no sentía. Esperaba que Suvrin siguiera con su parte del ataque.

Ningún hombre podía cuestionar el valor de los soldados de Hsien. Vapulearon de mala manera a los batallones de la ciudad. También a los refuerzos de la Segunda Territorial. Desafortunadamente, los batallones de la ciudad y la élite de la Segunda Territorial de Mogaba también golpearon duro. No se tardó mucho en ver que quizá Dormilón había tratado de abarcar demasiado. El gran general parecía tener muchas reservas, aunque se mostraba parsimonioso a la hora de utilizarlas.

El vigoroso apoyo de Arkan, Shukrat y Tobo evitó que nos sobrepasaran. Una vez que Tobo se despertó lo suficiente como para comenzar a pensar de manera algo más que mecánica, la marea comenzó a cambiar. Una vez que recordó que era bueno para algo más que para lanzar rocas y vasijas de fuego, una vez que añadió sus habilidades mágicas a las más débiles de las chicas, conseguimos insectos mordedores, dolorosos gusanos de fuego y copos de limón y lima que atravesaban armaduras y carne.

No obstante, el enemigo nos mantuvo confinados hasta que llegó la oscuridad.

La oscuridad siempre llega.

CAPÍTULO 117

†AGLIOS:

ΠΟΧΗ ΕΠΙ ΤΗΣ ΠΟΛΕΩΣ

El gran general se hizo cargo personalmente de las defensas del frente del río. Encontró la moral hundida cuando llegó acompañado de reservas de la Segunda Territorial. La larga sucesión de desastres militares hacía que los soldados sospecharan que la derrota era inevitable y que estaban siendo malgastados en una causa perdida.

Mogaba condujo a sus guardaespaldas en un contraataque de tal furia y finura que el enemigo pronto perdió todo lo ganado en un día.

Los invasores no obtuvieron apoyo aéreo. El gran general lo interpretó como que estaban pasando apuros en la Puerta Sur.

No había mucha comunicación entre las fuerzas. Nadie sabía lo que lograban los demás. Lo mejor que podía hacerse era seguir con los planes y esperar que el enemigo no disfrutase de demasiadas ventajas.

Los oponentes de Mogaba trataron de reforzarse con reclutas recientes. No consiguieron demasiado. Los hombres entraron en la batalla en grupos demasiado pequeños como para suponer una auténtica diferencia.

Los últimos atacantes huyeron en las barcazas que habían usado para el ataque inicial, dejándose llevar río abajo pues no tenían hombres suficientes para remar a contra corriente. Todas las barcazas estaban sobrecargadas, uno de ellas tanto que hacía agua con el más mínimo balanceo. No permaneció a flote mucho tiempo.

Mogaba se permitió un largo respiro. Apagó totalmente su mente, cerró los ojos y dejó que el viento lo enfriase.

Cuando se calmó y respiró de nuevo con normalidad, se permitió volver al tiempo presente.

Aún podía aprovechar la situación. Si conseguía trasladar a aquellos hombres a la Puerta Sur y dar un buen golpe, podría dañar al enemigo lo suficiente como para que

su gente tuviera una buena oportunidad de superar la noche. Si lo conseguía, la victoria sería suya. No serían capaces de sobrevivir a todo lo que les iba a lanzar al día siguiente.

Abrió los ojos.

El cuervo blanco lo miraba desde una rueda de carro rota a escasos centímetros de su rostro.

El cuervo comenzó a hablar.

Era mejor mensajero y espía que los cuervos que había conocido antes.

El gran general escuchó por largo tiempo y se preguntó si la mente tras el pájaro era consciente de su deslealtad.

No lo iba a mencionar.

El gran general se puso en pie ignorando la queja de sus doloridos músculos.

—Sargento Mugwarth, haga correr la voz. A todos los oficiales: que reúnan a todo hombre que pueda caminar. Vamos a dar relevo a la Puerta Sur.

La ventaja aérea del enemigo delató la trampa antes de que pudiese cerrarse. Mogaba dejó hacer a los soldados y se dirigió hacia el palacio. Llegó justo cuando el atardecer hacía las sombras más oscuras. La vista desde allí incluía media docena de fuegos aún activos. El humo y las lenguas de fuego se esparcían por las zonas derrumbadas.

Le esperaba la noticia de que el enemigo había reducido la mayoría de las defensas en el extremo de la ciudad de río abajo. Sus fuerzas allí habían aumentado por los supervivientes de río arriba. Estos extranjeros eran guerreros muy tozudos.

—¿Enviamos refuerzos? —preguntó Chopal.

Mogaba pensó un instante. Los extranjeros debían de estar al límite.

—Sí. ¿Todos estos alrededor del palacio son hombres tuyos?

—Pensé que era lo mejor. Son los hombres en los que puedo confiar.

—Deja que los soldados de Aridatha ocupen su lugar, envía a los tuyos al frente del río y reúne a aquellos hermanos y primos que aún estén vivos. Los quiero aquí.

—¿Qué?

—Hazlo. Rápido. Rápido. Reúne todos los lanzadores de bolas de fuego que hemos capturado.

—Creo que hemos usado la mayoría.

—Lo cual significa que todavía quedan algunos. Los quiero todos.

Llegó la oscuridad y pronto el gran general recibió mensajes informando de que sus enemigos dentro de la ciudad se estaban preparando para la noche, en lugar de seguir

avanzando, ahora que sus aliados invisibles podían salir a jugar.

El gran general se negó a que lo intimidara la noche. Con su ejemplo inspiraba a los que le rodeaban. Además, parecía que los espectros del enemigo hacían poco más que gritar «¡bu!».

El gran general reorganizó las defensas de la ciudad, dejando casi toda la responsabilidad en manos de Aridatha. Entonces condujo a Ghopal Singh y a sus familiares, armados con lanzadores de bolas de fuego, hacia el conflicto en el frente del río.

—¿Qué hacemos? —preguntó Ghopal.

—Es una paz falsa —contestó Mogaba—. Han perdido a su capitana esta tarde. La trampa en la puerta funcionó perfectamente. También han perdido a la mayor parte del personal de mando. —No explicó cómo sabía todo aquello—. Necesitarán decidir quién está al mando y qué van a hacer ahora. Quizá incluso decidan marcharse.

Tembló, convenciéndose de no era más que el viento invernal.

Sabía, sin embargo, que Matasanos había sobrevivido. Sabía que la Compañía no se marcharía. Sabía que la sucesión estaba asegurada y que el nuevo capitán trataría de completar el trabajo de su predecesora.

CAPÍTULO 118

‡AGLIOS: ΥΠΑ ΝΕΥΑ ΑΔΜΙΝΙΣΤΡΑΚΙΟΝ

—No estoy listo para asumir el cargo —protestó Suvrin.

—Y yo estoy demasiado viejo para volver —contraataqué—. La única otra persona cualificada está en coma.

Dama no se hallaba en coma, pero el efecto era casi el mismo. No podía hacer nada.

Suvin resopló débilmente.

—Dormilón te eligió. Pensaba que podías hacerlo. Te ha estado dando oportunidades para que le tomes el pulso al puesto.

Dormilón era gran parte del problema. Su muerte, tan repentina y cruel, había conmocionado a todos. La mayoría aún estábamos aturdidos.

—Si nos quedamos aquí mucho tiempo, les daremos a los Hijos de los Muertos una oportunidad para pensar. No nos conviene que reflexionen sobre lo mal que les han ido las cosas desde que entraron a nuestro lado de la llanura reluciente.

Siguió un momento de autorreproche. Esa era la clase de pensamiento que me repugnaba en los empleados de la Compañía.

—No podemos perder el tiempo doliéndonos —reflexionó Suvrin—. Hemos de seguir o abandonar.

—No tenemos tal oportunidad. Hay que seguir adelante. He intentado enviar mensajes a Aridatha Singh. Parece un buen hombre dispuesto a poner a Taglios a la cabeza de sus prioridades. Puede que esté a favor de evitarle más dolor a la ciudad.

—Si puedes convencerlo de que el gran general no nos va a comer vivos... Según cuenta Tobo, Mogaba no está demasiado preocupado.

—Lo estará. Una vez que nos establezcamos aquí, quizá haga que las chicas salgan de caza.

Suvin aún mostraba parte de ese aspecto añinado que siempre había tenido. Necesitaba ponerse a trabajar y adoptar el aspecto pirata y endurecido propio de los capitanes.

—De acuerdo —dijo cediendo a sus deseos ocultos—. Seré el capitán. Pero me reservo el derecho a dimitir.

—Excelente. Haré correr la noticia, después iré a darle una zorra a Mogaba.

Mi odio hacia el gran general ya no era virulento, se había convertido más en un mal hábito.

—Así que ahora soy el capitán. ¿Estoy totalmente al mando?

—Sí —dije con una leve sospecha.

—Entonces, mi primera directiva como capitán es que dejes de ponerte en peligro.

—¿Eh? ¿Qué? Pero...

—Matasanos, eres el único que queda que puede ocuparse de los Anales. Eres el único que puede leerlos en su mayor parte. No acabaste de enseñarme y no has formado a nadie más. No pretendo perder nuestra conexión con nuestra herencia. No en esta última etapa. Por lo tanto, no vas a ponerte en situaciones arriesgadas.

—Hijo de puta. Me has engañado. No puedes hacer eso.

—Soy el capitán. Claro que puedo. Acabo de hacerlo. Haré que te confinen si es necesario.

—No tendrás que hacerlo.

Me trago todo el rollo místico de la Compañía como si fuese una religión. No puedo desafiar las órdenes simplemente porque no me gusten. Ja, ja. ¿Cuánto tiempo me llevaría escabullirme si sintiera una necesidad real?

—Pero ¡yo quería atrapar a Mogaba!

—Lo atraparemos para ti. Entonces podrás despellejarlo o lo que sea.

Salí e hice correr la voz de que teníamos un nuevo capitán y que los oficiales debían ir a ayudarlo. Entonces busqué a Arkana, que estaba en algún lugar malgastando una parte fundamental de su vida durmiendo.

Mientras deambulada, tiritando porque los seres invisibles estaban por todos lados, comprendí que Suvrin, sin ser consciente, me había dado órdenes de vital importancia. Si seguía correteando por ahí, metiéndome en medio de todo y conseguía que me mataran, algo más que los Anales morirían conmigo. También el pequeño plan que había urdido para cumplir nuestro compromiso con Shivetya.

No lo había compartido con nadie y no lo haría a menos que estuviese convencido de que me estaba muriendo.

Las palabras no dichas no pueden ser escuchadas por la diosa Durmiente.

CAPÍTULO 119

†AGLIOS: MENSAJERO

Guiada y oculta por los seres del reino oculto, Arkana penetró en el cuartel general de Aridatha Singh sin ser vista con el poste volador y todo. El general estaba solo. Se había derrumbado por el cansancio una hora antes. Unos subalternos solícitos lo habían acostado y habían dejado centinelas en su puerta para que no lo molestasen.

Arkana entró a través de una ventana abierta, tumbada sobre el poste. No estaba especialmente nerviosa. Confiaba en que podría ocuparse de cualquier problema que se le presentase, al menos hasta que consiguiese escapar.

Le habían dado órdenes de huir ante el menor signo de peligro. Creía en tales órdenes con el fervor de un converso.

Una vez dentro, desmontó y giró el poste para poder salir sin dilación. Se quedó atada al poste para que pudiera arrastrarla afuera aunque no estuviese montada, aunque estuviese inconsciente, quizá incluso aunque estuviese agarrada por tres tipos que tratasen de inmovilizarla.

Encontró una lámpara y la encendió. Entonces, despertó a Aridatha Singh.

El general no se despertó de repente, aunque sí de manera silenciosa y con cuidado, entendiendo que estaba en una situación peligrosa. Quizá fuesen las Sombras Desconocidas. Su presencia se percibía de manera evidente, pues estaban por todas partes.

Singh se incorporó, cruzando las piernas. Se movía con lentitud, con las manos a la vista. Su sola expresión hacía todas las preguntas.

Arkana luchó por ignorar su aspecto. Ya le habían avisado... No era una idiota como Gromovol.

—El capitán quiere saber si has recibido los mensajes del analista. El capitán quiere saber si estás listo para evitar a Taglios las agonías de un conflicto continuado.

Enunció todo con extremo cuidado, pues no quería que hubiera malentendidos.

—Claro que sí. Pero ¿cómo consigo que os vayáis?

No podía distinguir mucho del visitante debido a la ropa Voroshk.

—Una idea: puedes hacer que tus soldados depongan las armas.

Siendo una de los Voroshk, tal tipo de petición dirigida a un extranjero no habría preocupado a Arkana en absoluto. Pero allí, aquella noche, ella no era más que una refugiada mercenaria, una joven con limitada confianza en sí misma. Quizá Matasanos había depositado la suya en la persona equivocada.

Qué viejo tan astuto. Había conseguido que arriesgara su libertad antes que decepcionarlo. Era característico de los viejos. Al menos de los viejos que conocía.

—Hay poco que desee más que acabar con esta lucha antes de que alguien más salga herido, pero no controlo la paz ni la guerra. Tengo obligaciones. He dado mi palabra. Justo ahora Taglios está bajo el mando del gran general. Si él da la orden de dejar de luchar, lo haré de inmediato.

Y no dijo nada más. No podía hablar más claro. Incluso tal claridad molestaba a su conciencia.

—¿Es esa entonces tu respuesta en firme? —La confianza de Arkana comenzaba a crecer.

—No tengo otra opción. Tu capitán lo entenderá.

—Tu honor puede hacer que mueras y no habrá nadie que cante tus alabanzas.

Arkana se marchó antes de que Singh pudiese imaginarse qué quería decir. Pensó que sonaba a alguna expresión extranjera que no se podía traducir fácilmente.

Aridatha se encontraba menos cansado que antes de desvanecerse. Pero no volvió a dormir por mucho tiempo y no era debido a la potente sensación de una presencia extraña que llenaba su dormitorio. Siguió escuchando las últimas palabras de la visitante y recordando a su padre, Narayan Singh. Un hombre de gran honor en su mundo. Ahora sin un alma que cantase sus alabanzas. A menos que su adorada diosa le cantase nanas en sus terribles sueños.

Y el asesino de Narayan aún se ocultaba dentro de lo que quedaba de palacio.

CAPÍTULO 120

†AGLIOS:

†HI KIM SIEMPRE ESTUVO AQUÍ

Mogaba no participó mucho en la lucha.

—El espíritu está deseoso, pero este condenado cuerpo está demasiado viejo y cansado —le dijo a Ghopal—. Me quedaré sentado aquí y te diré qué debes hacer.

En su mayor parte hacía visitas con el cuervo blanco que había estado explorando para él a pesar de la presencia de fantasmas hostiles. El pájaro podía ver los fantasmas con bastante claridad, pues le avisaba siempre que tenía que cerrar la boca.

Cuando Mogaba sugirió que los seres ocultos no parecían estar ayudando a los invasores, el cuervo le dijo que los seres del reino oculto estaban totalmente dedicados a hacer feliz a su amo. Ayudaban solo en respuesta a la voluntad de su mesías, Tobo, al que adoraban casi como a un dios. Para ellos él era Thi Kim que, en el idioma canónico de los sacerdotes que habían creado a las Sombras Desconocidas, significaba El Que Camina con los Muertos.

Sorprendido, el gran general preguntó:

—¿Me estás diciendo que Thi Kim no es nyueng bao?

El título provenía de un idioma cercano al nyueng bao, pero cuatro siglos antes.

—¿De modo que Caminante de Muerte es el muchacho mestizo?

No Caminante de Muerte, sino El Que Camina con los Muertos.

Mogaba estaba demasiado cansado como para cuestionar la diferencia.

—Ve a buscar a Aridatha Singh —dijo Mogaba—. Quiero saber qué está haciendo.

Al ave no le gustaba recibir órdenes, pero fue.

Mogaba llamó inmediatamente a Ghopal.

—¿Cuáles son tus sentimientos hacia esta ciudad?

Lo sabía, pero quería oírlo de su boca.

—No estoy seguro de entender —dijo Ghopal encogiéndose de hombros—. Como todos los que viven aquí, la amo y la odio.

—Nuestros enemigos han reorganizado su cadena de mando. Justo ahora están

descansando. Pero continuarán con el ataque cuando aún haya suficiente oscuridad como para ocultar a sus aliados. Estoy seguro de que nuestras fuerzas sobrevivirán a la noche con la suficiente fuerza como para contraatacar mañana. Creo que podemos dañarlos seriamente cuando atacemos, pero sus malditos hechiceros los salvarán y cuando llegue la noche, sus aliados acabarán con nosotros. —El gran general dijo todo esto sin haber visto prueba alguna de que las Sombras Desconocidas fuesen capaces de realizar actos letales—. Además, creo que Taglios sufrirá mucha más destrucción en ese tiempo. Creo que, finalmente, ambos bandos estarán tan debilitados que, sea quien sea el que gane, ninguno será capaz de contener a las facciones religiosas, como tampoco de contener las ambiciones de los señores, sacerdotes o cualquiera que quiera aprovecharse del estado de desorden. Quizá incluso veamos revueltas entre los seguidores de las religiones más numerosas.

Ghopal asintió en la oscuridad, invisible. Como grey principal, gestionar ambiciones no oficiales había sido su tarea. Se había mostrado especialmente duro con las bandas criminales. Mogaba no había escarbado en busca de detalles, pero sabía que algo en el pasado de Ghopal lo impulsaba a destruir las empresas criminales.

—¿Qué tratas de decir? —preguntó Ghopal.

—Digo que si continuamos esta guerra como hasta ahora, quizá podamos ganar, pero con ello destruiremos Taglios. Y, aunque perdamos, los resultados serán la anarquía y la destrucción.

—¿Y?

—Y a nuestros enemigos no les importa. No vinieron por el bien de la ciudad. Vinieron a por mí y a por ti. Y a por el Khadidas y la muchacha. Sobre todo a por la Hija de la Noche.

Mogaba percibió las crecientes sospechas de Ghopal.

El cuervo blanco pronto estaría de vuelta.

—Creo que deberíamos marcharnos, Ghopal, y ahorrarle a Taglios la agonía. Las guarniciones de las provincias orientales son leales. Podemos seguir la lucha desde allí.

No engañaba a Ghopal. Tampoco puso la objeción de que tenían poca esperanza de éxito contra un enemigo asentado en la capital, armado con magos y bien provisto de fondos.

Ghopal conocía a su comandante desde hacía mucho tiempo. El gran general era un caudillo testarudo, sin debilidad alguna. A menos que esta fuese el secreto amor por su ciudad de adopción que había mostrado recientemente en varias ocasiones. Ghopal no tuvo problema alguno para creer que el gran general prefería marcharse antes que dejar que Taglios fuese destruida como monumento a su ego. Este Mogaba no era el joven arrogante que había defendido Dejagore de los peores ataques de los

Maestros de las Sombras.

—¿Adónde iríamos?

—A Agrá, o quizá a Mukhra en Ajitsthan.

—Ambos son fuertes vehdna, no creo que den la bienvenida a un grupo de shadar heréticos, sobre todo si las luchas crean más tensiones religiosas.

—Podría ocurrir —admitió Mogaba— o no.

—Tampoco hemos hablado de las familias. —La familia era muy importante para los shadar—. Solo tengo a mis hermanos y primos. Pero la mayoría de ellos tienen mujeres e hijos.

—Supongo que podrían quedarse, cortarse la barba y simular que son personas a las que no les ha dado el sol en mucho tiempo —dijo Mogaba—. Ghopal, estoy siendo muy injusto al poner todo esto sobre tus hombros. ¿Quédarse y luchar o marcharse y abandonar la ciudad?

Como para puntuar sus apreciaciones, un hongo de fuego se elevó sobre el corazón de la ciudad. Por un instante, pareció un gigantesco cerebro creciente. Sobre su rostro volaban bandadas de formas.

—La tregua se ha acabado —dijo Mogaba.

CAPÍTULO 121

†AGLIOS: BELLEZA DURMIENTE

Me volvía loco tener que quedarme atrás en territorio amigo observando un asalto aéreo sobre un grupo de edificios que albergaban grupos de defensa que bloqueaban nuestro avance hacia el palacio. Habíamos traído el conocimiento de la guerra a este confín del mundo y habíamos enseñado demasiado bien a nuestros alumnos. Estos taglianos no cedían a pesar de la brujería y de las Sombras Desconocidas.

Alguien había señalado que las tropas de los batallones de la ciudad eran fundamentalmente vehdna y shadar. Ambas religiones aseguran un rápido acceso a ríos de vino y acres de vírgenes solícitas para todo aquel que muera en la batalla. Aunque originalmente eso solo incluía a los guerreros que cayeran en el nombre de Dios.

Me pregunté cómo era el paraíso vehdna para Dormilón.

Aún no habíamos podido identificar su cuerpo. Los cadáveres en el pasaje habían quedado totalmente calcinados.

—¿Por qué no rodeamos a esos tipos? —pregunté.

Y la respuesta fue que no nos lo permitirían. Tenían establecida una buena defensa entrelazada. La única forma de pasar era a través de ellos, o por encima.

Por encima podríamos.

Por encima fuimos. Grupos de veinte Hijos de la Muerte de un valor de locos, con un Tobo tan cansado que casi no podía abrir los ojos.

Las Sombras Desconocidas apoyaban a su amigo desde todas las posibles direcciones, a veces de manera tan evidente que podía verlos claramente desde donde yo estaba parado, sin hacer nada que ayudase a la causa.

Mi mujer estaba en el campamento fuera de la ciudad. Ya había pasado un tiempo desde la última vez que fui a ver cómo se encontraba. Eso podría considerarse algo útil.

De modo que dejé a mis hermanos para visitar a mi esposa mientras se producía una batalla. Una batalla que sería única entre todas las batallas jamás batalladas, de

modo que alguien debería estar allí para registrar cada aspecto de su único ir y venir.

Dama seguía sin cambios. Deambulaba entre la vida y la muerte. Seguía hablando en sueños. Lo que vi no me inspiraba demasiada esperanza. Lo que oía solo conseguía confundirme más, pues en su mayor parte eran incoherencias. Las palabras aisladas que eran reconocibles no conseguían unirse para formar algo con sentido.

Tras unos cuantos minutos recordé por qué siempre me resistía a visitarla hasta el momento en el que olvidaba la desesperación que me inspiraba cada visita.

CAPÍTULO 122

†AGLIOS: SOMBRA DESCONOCIDAS

Solo dos primos segundos solteros de Ghopal eligieron abandonar la ciudad con el gran general y el comandante de los greys. El resto, al tener familias, eligió arriesgarse con los invasores.

Mogaba lo entendió. En la confusión que se avecinaba, decenas de sus aliados cambiarían de aspecto, de raza, mientras los conquistadores exploraban la ciudad en busca de enemigos. Muchos dirían que jamás habían oído hablar de los greys, ni habían ayudado a las opresiones criminales de dicha organización.

—Por aquí —dijo Mogaba liderando el camino hacia un viejo y maltrecho embarcadero—. Este servirá.

Señalaba un bote de seis metros que por su aroma se desprendía que había estado faenando pescado desde principios del siglo pasado.

Mogaba subió a bordo. Ghopal y los otros lo siguieron hastiados. Los shadar y las grandes masas de agua tenían una relación parecida a la de los gatos con las bañeras.

—Desatad esos cabos —dijo Mogaba—. Imagino que sabréis remar.

Ghopal así se lo había asegurado.

—Pero no excesivamente bien —resopló Singh.

Para asombro de Mogaba robaron el bote sin contratiempos. Estaba sorprendido de que un bote tan grande estuviera desatendido. Debería haber habido al menos una familia a bordo. Pero aquella noche todo el río estaba en silencio y despoblado, como si las noches en la ribera fuesen demasiado terribles para ser soportadas.

La lucha interna de Mogaba disminuyó. Se recordó que se hacía demasiado tarde para cambiar de idea, para ceder ante su lado más arrogante y orgulloso. Tal debilidad había provocado estos días finales. Qué diferente habrían sido su vida y el mundo si hubiese sido capaz de controlar sus demonios internos durante el sitio de Dejagore.

No sería un viejo odiado y solitario que solo recordaba servir y desfilar fielmente ante señores despreciables.

El cuervo blanco los encontró cuando trataban de izar la vela latina del bote.

Soplaba una buena brisa, capaz de llevarlos río arriba más rápidamente que la poca pericia con la que remaban.

El pájaro se posó en la jarcia.

—¿Qué haces? No te he dado permiso para huir. ¿Por qué te marchas? No se ha perdido batalla alguna.

Los shadar se quedaron boquiabiertos. Mogaba se señaló el pecho con el pulgar.

—No. Una gran guerra se ha ganado por fin aquí dentro. Ahora me marchó allí donde no pueda causar jamás más daño.

Ghopal pasó la mirada del gran general al cuervo y de nuevo a Mogaba, entendiendo cada vez mejor a cada uno. Entonces se sintió más asustado y nervioso.

El ave era capaz de hacer diversas voces, aunque no era más que un cuervo hechizado.

—Gira el bote hacia la orilla. Ahora. No toleraré desobediencia alguna.

—Ya no me aterrorizas, vieja bruja —contestó Mogaba—. No tienes poder sobre mí. No seré tu juguete esta noche ni nunca.

—No tienes ni idea de cuánto vas a arrepentirte de esto. No estaré prisionera para siempre. Serás la primera tarea en mi lista cuando vuelva. Ghopal Singh. Gira esta repugnante bañera... ¡ah!

Ghopal había golpeado al pájaro con la parte plana del remo. Sacudiéndose, perdiendo plumas, chillando, cayó desde la jarcia hasta el fétido y legamoso río.

—Ese pájaro tiene una lengua extremadamente sucia —comentó el comandante en retirada de los greys.

Sonrió. Entonces comenzó a escarbar en la bolsa que había traído a bordo. Necesitaba un trago de vino. Sus familiares fruncieron el ceño.

—¡Poned la cara que os dé la gana, cotorras! ¡Soy dueño de mi destino!

El tono de la continua cháchara del ave cambió de repente convirtiéndose en puro terror córvido. Aleteó lleno de pánico al ser alzado por la superficie del río. El agua inclinó peligrosamente el bote. Ghopal dejó de agarrar la botella. Uno de sus primos hizo un giro repentino con el remo arrancando un galón de agua de la cosa que se estaba formando. Su esfuerzo tuvo solo un efecto momentáneo.

—¡Joder! —exclamó Ghopal tirado de espaldas—. ¿Qué coño es eso?

Miraba por encima del hombro de Mogaba.

Una figura se alzaba contra la luz de los fuegos que arrasaban la ciudad. Un ser parecido a un enorme pato, capaz de una sonrisa llena de despiadados dientes brillantes. Y el ser no estaba solo.

—¡Oh, Dios! —suspiró uno de los primos de Ghopal—. Nos tienen rodeados. ¿Qué son?

Mogaba también suspiró. No dijo que aquellos monstruos no eran de esa clase que la gente ve y vive para contarlos.

CAPÍTULO 123

†AGLIOS:

CHARLA DE CUERVOS

Aridatha Singh acababa de dormirse cuando un dolor lacerante atravesó el envés de su mano derecha. Dio un respingo y agitó el brazo. Creyó que la lámpara había derramado aceite ardiendo y temió que la cama estuviese en llamas. Pero la lámpara no estaba ardiendo.

No era fuego. Algo lo había mordido. O quizá arañado. Sin embargo, su manotazo había conseguido lanzarlo a través de la habitación donde luchaba débilmente emitiendo débiles sonidos propios de una gallina. ¿Lo estaban atacando? Gritó para que acudieran los centinelas.

Una vez que la luz inundó la sala descubrió que el visitante era un cuervo albino. Uno de los hombres lanzó una manta sobre el pájaro y lo envolvió. Otro examinó la mano de Aridatha.

—Vaya criatura con aspecto más horrible, general. Quizá deba ver a un médico. Puede que tenga alguna enfermedad.

—Haz que traigan agua y jabón... No parece que la piel esté rasgada... ¿Qué es eso?

La manta que envolvía al cuervo había comenzado a hablar.

—Está hablando —dijo el soldado, tan sorprendido que no pudo hacer otra cosa más que declarar lo obvio.

—Sella la ventana. Cierra la puerta. Preparaos para golpearlo con cualquier cosa cuando lo liberemos.

Recordó que uno de los jefes de la Compañía a veces llevaba cuervos en el hombro. Y uno de ellos era blanco.

La huida ya no era posible para el pájaro.

—Soltadlo —ordenó Aridatha.

Parecía como si alguien hubiese tratado de ahogar al cuervo y que después hubiese decidido desplumarlo. Tenía un aspecto horrible.

La demacrada criatura movió la cabeza a derecha e izquierda estudiando la

cámara. Hizo un esfuerzo evidente por apartar su ira y recuperar su dignidad y orgullo.

No creía Aridatha que aquel fuese el cuervo que había visto con el hombre al que llamaban Matasanos. Este parecía más pequeño y más terrenal.

El pájaro estudió a Singh primero con un ojo, después con el otro. Entonces miró a los centinelas. Parecía estar esperando algo.

—Si tienes algo que decir, dilo —sugirió Aridatha.

—Haz que salgan.

—Me parece que no.

Hizo un gesto para que los soldados se colocasen en posiciones donde les fuese más fácil matar al pájaro.

—No tengo la costumbre...

—Ni yo el hábito de hablar con aves. Asumo que traes un mensaje. Entrégalo. O te retorceré el pescuezo y seguiré con mis asuntos.

—Me temo que vivirás para arrepentirte de esto, Aridatha Singh.

En ese momento, gracias a la cambiante voz del pájaro, Singh entendió que estaba en contacto con la protectora. Pero sus enemigos la habían enterrado bajo la llanura reluciente. ¿No era acaso así?

—Espero tu mensaje. Si no es más que una amenaza, haré que Vasudha te pise la cabeza.

—Muy bien. Hasta que llegue el día propicio, Aridatha. Aridatha Singh, eres ahora mi virrey en Taglios. Mogaba y Ghopal ya no están. Te ordenaré los pasos que dar...

—Disculpa. ¿El gran general y el general Singh han sido asesinados?

—Trataron de hacer una estupidez y por tal motivo las sombras los destruyeron. Lo cual te eleva a...

Aridatha le dio la espalda al cuervo.

—Jitendra, haz correr la voz, quiero que toda compañía deje de luchar. La única excepción serán aquellas a las que no se lo permita el enemigo. Haz correr también la noticia de que estoy listo para discutir condiciones.

El cuervo blanco soltó una retahila de insultos.

—Tapa de nuevo esa cosa con la manta, Vasudha. Quizá nos sea útil más tarde, pero ahora mismo no quiero escuchar sus impertinencias.

—Es como escuchar a una esposa, general.

CAPÍTULO 124

†AGLIOS:

LA BARRA DE AREΠA

Ya había historias en la calle de que el gran general se había sacrificado para anular los juramentos y promesas que obligaban a él y a sus aliados y para evitarle a la ciudad más devastación provocada por los rebeldes invasores y extranjeros. Increíble. Acabábamos de tomar el mando y ya había gente que echaba de menos los buenos tiempos del protectorado.

Supongo que es difícil culparlos por ello. La última vez que el prahbrindrah Prah vio la capital desde el interior de sus murallas fue hace una generación.

Era mejor dejar que se sintieran como les diera la gana siempre que no se pusiesen en mi camino.

Tobo y yo sobrevolamos el palacio estudiando las ruinas. Aún salía humo de las pilas de rocas. Cada pocas horas se hundía un poco más. Ya se había hundido un tercio. El tercio que ocupaba casi toda la sección moderna ocupada. Quizá las zonas abandonadas habían sido construidas con materiales más robustos. Habían sobrevivido a generaciones de abandono.

Incluso cuando la lucha fue más encarnizada, Aridatha había usado voluntarios de los batallones de la ciudad para que removieran las ruinas en busca de supervivientes y cadáveres que entregar a los acongojados familiares. Siguió con tal función, ahora reforzada por unidades antes dedicadas a la lucha. En otros lugares, batallones enteros se enfrentaban contra los fuegos más tercos en lugar de contra los invasores.

—¿Realmente crees que siguen ahí dentro? —le pregunté a Tobo refiriéndome a Booboo y a Goblin.

—Sé que están. Los seres ocultos los han visto, pero no recuerdan cómo llegar hasta ellos.

—Por muy extraño que parezca, necesito que salgan de ahí vivos. Sin ellos no puedo mantener mi promesa a Shivetya.

Tobo soltó un gruñido. No lo había incluido en mis planes. De hecho, el círculo interno aún estaba compuesto por un solo miembro. Yo. Y quería que siguiera siendo así. No puede haber traición si no se habla.

—Creo que Arkana está enamorada.

Abajo, la chica Voroshk había inventado otra excusa para consultar a Aridatha Singh.

Tobo volvió a gruñir. Estaba mejor que antes, pero la victoria no le había supuesto satisfacción alguna. Tardaría mucho tiempo en recuperarse de la pérdida de su madre y su padre.

—¿Has encontrado rastro alguno de Mogaba y Gophal Singh? —le pregunté.

Aridatha decía que estaban muertos. Afirmaba que así se lo dijo el cuervo blanco, un testigo precisamente no muy fiable.

El chico me estudió antes de contestar.

—Se ahogaron mientras trataban de huir río arriba en bote. Evidentemente el bote zozobró.

—Entiendo.

Mi tono hizo que me clavara los ojos con furia. Claro que no podía ver su expresión pues la ropa Voroshk la ocultaba, al igual que la mía enmascaraba mis rasgos. Seguíamos vestidos con ella, ya que algunos no aprobaban nuestra conquista. Abundaban los incidentes.

Sin embargo, en general, Taglios había dado un gran suspiro colectivo y comenzaba a seguir con su vida normal. Hasta ahora no había habido retribución para los que habían servido al desgraciado régimen. La mayoría de la gente parecía opinar que los greys habían hecho más bien que mal, ya que habían sofocado el comportamiento criminal con una ferocidad mayor de la que habían mostrado contra el gran general y la protectora.

A grandes rasgos, las masas se mostraban indiferentes ante quien gobernaba Taglios y sus dependencias. Ese «quien» apenas rozaba sus vidas nunca, para bien o para mal.

La especie humana no deja de sorprenderme. Hubiese apostado a que mucha más gente se mostraría preocupada. Pero, desde el interior, nada es como parece desde el exterior.

El grafiti «rajadhama» seguía apareciendo. Algunos nunca están satisfechos. «Thi Kim está aquí», comenzaba a aparecer. No agobié al chico con el asunto. No quería hablar sobre ello.

Lo dejaría estar a pesar de que ese misterio aún no estaba resuelto del todo. Debía de haber algo más en su relación con las Sombras Desconocidas de lo que era obvio.

Dejé a Tobo y recorrí el perímetro del palacio varias veces. Nuestros hombres habían reemplazado a los batallones de la ciudad allí. Conformaban una hilera llena

de color. Las tropas de la ciudad retiraban escombros, sobre todo en las zonas donde los amigos de Tobo creían que había gente sepultada. Había algunos vivos, atrapados en habitaciones que no se habían hundido. La sed era ahora su enemigo más implacable.

Todo iba según lo previsto. Así parecía. Pero no estaba cómodo. Tenía la sensación de que algo iba mal. Cierta intuición basada en pistas subconscientes.

Me alejé del palacio y saludé a Shukrat, que acaba de ver a Tobo tras haber hecho de mensajera para el prahbrindrah Drah y la radisha, los cuales se aproximaban a la capital. Una vez que la perdí de vista, aceleré y me dirigí al río.

Comencé por el extremo inferior de la ribera y fui volando río arriba. No había botes, como si la lucha aún continuase. Pregunté a algunos pescadores horrorizados, sin estar seguro de lo que podría encontrar. La corriente había tenido tiempo de sobra para llevarse cadáveres y restos hasta los pantanos del delta.

O quizá no.

Hay una barra de arena de kilómetros de extensión justo en la orilla norte. Lleva allí tanto tiempo que ya es una isla con hierba en los flancos, arbustos por encima y árboles a lo largo de las zonas más elevadas. El canal en la cara norte es estrecho, bajo y está atestado de barro. Un barco yacía volcado en la boca del canal. En el barro había un muerto tirado. Una docena de taglianos en taparrabos trataban de enderezar el bote para sacarlo del lodo. Ninguno de los hombres mostraba interés alguno por el cadáver. Era evidente que se trataba de un shadar y que ellos eran gunni.

Los carroñeros tenían un claro interés en no quedarse cuando alguien envuelto en largas ropas negras descendía de los cielos. Un par saltó al canal y nadó hacia la orilla norte. Otros corrieron hasta la espesura en la cresta de la isla. Otros pocos trataron de volver al bote que los había traído. Había sido arrastrado cien metros por el barro.

El shadar muerto parecía haber sido un oficial de los greys. Descubrí un segundo cadáver bajo el bote, también shadar. Había cuervos en los árboles cercanos y también en el cielo. Algo interesante, ya que apenas se veían pájaros así.

Pasé por encima un par de veces con tranquilidad y acabé por espantar a los pájaros antes de bajar lentamente a través de las ramas.

Se podía reconocer a Mogaba por el color inconfundible de los trozos de piel que le quedaban. A Ghopal Singh lo identifiqué por deducción. Habían sido torturados de manera terrible y durante mucho tiempo. Mogaba quizá durante días. Su cuerpo no era tan viejo.

Me deslicé río abajo tras la isla y finalmente me reuní con mi gente. Busqué a Arkana.

—Necesitamos hablar, hija adoptiva.

Agité el pulgar hacia arriba, hacia el brillante sol de mediodía.

Ella vio mi preocupación. Ascendimos trescientos metros, hacia el sur, como si

fuésemos a ver el avance del prahbrindrah Drah. De hecho, una considerable nube de polvo se divisaba en el sur.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Creo que Tobo está fuera de control, o casi, pero no hay mucha diferencia. Si no tenemos cuidado, puede que sintamos que su madre no esté aquí para regañarlo y que Murgen y Dormilón también hayan muerto. Puede que ya sea adulto, pero aún necesita que le enseñen el camino.

Le conté lo que había encontrado en la barra de arena.

—¿Por qué me lo cuentas? No sueles contarle nada a nadie, papaíto.

—Porque te he visto poniéndole ojitos al general Singh y él era compañero del gran general y de Ghopal Singh. Si Tobo está desquiciado, puede que vaya a por Aridatha.

—¿Por qué le echas la culpa a Tobo?

Le hice ver mis motivos, que estaban fuertemente basados en lo que sabía del carácter del gran general.

—Mogaba sabía que Aridatha quería librar a Taglios de la guerra. Él también lo quería, pero no podía rendirse. Y el sentido del honor de Aridatha no le permitiría desertar a Mogaba. De modo que Mogaba decidió actuar para que Aridatha no se viese maniatado y Tobo lo alcanzó.

—No me has dicho por qué culpas a Tobo.

—Porque solo Tobo podía haber sabido lo que hacía Mogaba y dónde lo estaría haciendo. Aquella noche algo horrendo ocurrió en el río. Toda la gente de la ribera lo sintió y salió huyendo de la ciudad.

—De acuerdo, supongamos que es verdad. ¿Qué vas a hacer?

—Acabo de hacerlo. Te he dicho que tengas cuidado. Y ahora voy a ver si mi mujer está mejor que esta mañana.

Sabía que no sería así. Había comenzado a perder la esperanza sobre esa cuestión.

CAPÍTULO 125

†AGLIOS:

VIIA TARDE LIBRE

Me llevé a Dama de picnic con un poco de ayuda de mis hijas adoptivas. Tenía la vana esperanza de que la luz del sol y el aire fresco servirían de algo, a pesar de que todos los esfuerzos de Tobo no pudieron conmovier el encantamiento que se había apoderado de ella. Según el muchacho, me tenía que considerar afortunado. Si no hubiese sido Dama, sino una persona corriente, habría muerto mucho antes. Me aseguró que no era el conjuro que se había llevado a Sedvod y que aún atenazaba a Atrapa Almas. No pude ver diferencia alguna, excepto que Dama no empeoraba.

Su mejor consejo fue que hiciese preguntas al perpetrador una vez que lo encontráramos.

Las chicas me dejaron solo con mi amorcito. La cogí la mano y me puse a hablar de un millón de cosas: recuerdos, asuntos actuales, esperanzas. Compartí mis sospechas y preocupaciones sobre Tobo, algo que podía ser peligroso, ya que no sabía quién podría estar escuchando.

Nada de lo que hice la ayudó ni siquiera un poco, tampoco a mí pareció hacerme ningún bien. Luché contra la desesperación lo mejor que pude.

Un delgado y pulcro cabo de Hsien se acercaba al trote.

—Saludos del capitán, señor. ¿Podrías venir al palacio? Creen haber localizado al Khadidas y a la Hija de la Noche.

—¡Maldita sea! Sí. Estaré allí tan pronto como pueda. Diles que no hagan nada. Diles que tengan cuidado. Esos dos son muy peligrosos.

Ya lo sabían, claro está. Y Tobo estaría allí para recordárselo. Pero repetir las cosas nunca hace daño a nadie. No cuando eso te ayuda a evitar la muerte.

Shukrat y Arkana llegaron corriendo.

—¿Qué ocurre? —preguntó Shukrat.

Mientras me explicaba pensé lo bien que se llevaban las muchachas. Parecían haber abandonado los conflictos que habían traído con ellas al ser capturadas.

—¿Querrás volver a tu hogar algún día? —le pregunté a Arkana mientras

preparábamos a Dama para volver a mi tienda.

—¿Qué?

—Tu hogar. Donde naciste. El mundo al que yo solía llamar Khatovar. ¿Quieres volver? Creo que podría conseguirlo.

—Pero si está destruido.

—No del todo. El Primer Padre y Nashun el Investigador así lo dijeron, pero era para excusar su cobardía.

—No estoy segura de querer creer eso que dices.

—Bien. Excelente. Así quiero que sean mis niñas. Escépticas. Esa es la verdad, según Shivetya. Y yo tampoco estoy cien por cien seguro de nuestro demoníaco amigo.

—¿Por qué no me preguntaste si quiero irme? —preguntó Shukrat.

—Porque tú no te quieres ir. Solo quieres estar donde esté Tobo.

—Eso no es un secreto. Tampoco un crimen. Pero no he perdido el juicio. Nunca me verás morir por amor o algo así. Si os vais, decídmelo. Entonces decidiré qué hacer.

CAPÍTULO 126

†AGLIOS:

RE†ORPIO REAL

No fui al palacio. Shukrat llegó antes que yo y volvió enseguida, con instrucciones de dirigirme a la Puerta Sur. El prahbrindrah Drah estaba a punto de llegar y Suvrin quería que hubiese allí alguien para saludar al hombre que habíamos estado vendiendo como el legítimo gobernador de la ciudad.

Siguiendo instrucciones reuní a unos pocos hombres de los batallones de la ciudad, junto con un puñado de sus oficiales, y allí me dirigí gruñendo por el camino. Suponía que la vuelta a casa del príncipe sería un desengaño monumental para él y su hermana.

A Taglios no les importaban.

Les dije a varias personas que hicieran correr la voz, para intentar que sucediera algo. No sirvió de mucho. La ruta hacia el interior desde la puerta apenas estuvo poblada por espectadores y los pocos gritos de júbilo que escuchamos provenían de ancianos.

Odio malgastar pompa y ceremonia. Tampoco es que montásemos un gran espectáculo. Aridatha hizo salir a su banda de marchas un poco tarde. No podría haber sido mejor. Eran horribles. Y no solo porque lo que aquí llaman música sea tan extraña. Me he pasado media vida en este confín del mundo.

—¿Practican mucho esos chicos? —le pregunté a Aridatha.

—Han estado muy ocupados haciendo de soldados.

Aridatha tenía una actitud que me gustaba. Cada uno de sus hombres tenía que ser primero un soldado y después cualquier otra cosa.

—Lo que sí tengo que decirte es que este príncipe no impresiona mucho. Espero que sea mejor gobernante de lo que parece.

Yo ya no estaba tan seguro de que traer de vuelta al príncipe fuese bueno para Taglios. Se habían producido grandes cambios en la ciudad y aún mayores en el hombre. Quizá ya no tuviesen nada en común.

Me encogí de hombros.

—Es muy mayor. Si no tiene lo que Taglios necesita, la ciudad no habrá de soportarlo mucho tiempo más.

En los viejos tiempos, el príncipe y yo nos habíamos llevado bien. Hasta que se puso en nuestra contra. Como oficial bajo mi mando, había mostrado un hambre de conocimiento y celo por hacer lo que fuese mejor en cada momento. Teniendo esto en mente, le dije en cuanto nos encontramos dentro de la Puerta Sur que su primera obligación, ahora que estaba de nuevo trabajando, era establecer una línea de sucesión aceptable. De otro modo, el caos se cerniría tras su fallecimiento.

—Rajadhama, viejo amigo. Hagamos lo que hay que hacer.

Mis palabras solo produjeron un cansado gruñido y poco más. El príncipe parecía agotado. Su hermana mostraba más viveza, pero tenía muchos más años pues no había compartido la estasis de la Cautividad con su hermano. Era probable que muriese primero, a pesar de ser más joven.

En cualquier caso, no podía gobernar en nombre propio. Mientras ejerció el poder todos aquellos años, se produjo una simulación de regencia hasta que el gobernante legítimo pudiese retomar el control, pues el prahbrindrah Drah estaba aún vivo en algún sitio. Ni la costumbre ni la ley permitían a una mujer gobernar por derecho propio.

Arkana vino hacia mí con noticias.

—Es verdad que han encontrado al Khadidas y a la Hija de la Noche, papaíto.

Se mostraba cada vez más dispuesta a seguirme la broma mientras se apoderaba del trabajo de ser mi asistente personal.

Si pudiese enseñarle a escribir tagliano... Sospeché que la frecuencia con la que me cruzaba en el camino de Aridatha Singh tenía que ver con su actitud. Singh, pude ver, reconocía qué bocado más jugoso representaba mi niñita, a pesar de que la ropa protectora Voroshk no era muy halagadora.

Tobo fue paciente hasta que llegué al palacio. Casi. Y solo por cortesía, pues allí estaba mi hija real y mi antiguo amigo.

Mi hija real. Toda una mujer que jamás había visto. Arkana, a la que conocía de tan solo unos meses, era más hija mía que ella. Y Narayan Singh era más padre para Booboo que yo.

Aridatha estaba allí lleno de interés. Me pregunté por qué. Entonces recordé que había visto a Booboo unas cuantas veces antes y esa clase de mujeres tienen la virtud de metérsete en la cabeza sin ni siquiera intentarlo.

No se me ocurrió que podía estar pensando más en el Khadidas.

En un primer momento, el príncipe se quedó desconsolado por la pérdida de interés de todo el mundo hacia él... entonces miró bien lo que le había ocurrido al palacio.

Gimió en voz alta, era como un grito de angustia sacado de un libro. Incluso se

permitió un respetable rechinar de dientes.

Suvrin se adelantó. El regordete podía ser una comadreja manejando a la gente cuando se ponía a ello. Quizá fuese la característica más importante que debe tener actualmente un líder. Me giré hacia Arkana y le di instrucciones especiales. Voló hasta mis aposentos en el edificio que habíamos tomado como cuartel general, que en otra ocasión fue un cuartel de los greys.

La mayoría de los greys habían desaparecido. Simulamos no ver que había un número desproporcionado de shadar en los batallones de la ciudad en comparación con cuando luchábamos contra ellos en las calles.

Aridatha estaba compartiendo su buena fortuna. Aunque había menos inclinación popular hacia la venganza de lo que había imaginado. Y esta estaba principalmente centrada en individuos concretos.

La radisha Drah también dejó escapar un grito desconsolado al descubrir el estado del palacio. Ella y su hermano se quedaron quietos y en silencio durante un tiempo. Entonces rompió la quietud con otro grito de dolor.

—Espero que no les dé por decidir que es culpa nuestra y quieran vengarse —le dije a Suvrin.

No pensaba yo que fuesen tan estúpidos tras haber sobrevivido a lo que habían sufrido por haberse puesto en nuestra contra, pero nunca se sabe con la monarquía. Piensan de modo diferente a las personas normales. El mundo real parece no rozarles nunca.

El humo aún se elevaba de las ruinas en algunos lugares mientras contemplamos una pequeña avalancha de piedras sueltas desmoronarse.

—La piedra debió de sufrir más de lo que pensamos durante el terremoto —observó el príncipe.

—¿Eh? —Había ocurrido hacía tanto tiempo que lo había olvidado—. Probablemente tengáis razón. Además, la protectora nunca se gastó un centavo en mantenimiento mientras estuvo al mando.

Me acerqué a Tobo que seguía de acá para allá impaciente.

—¿Dónde están mis tesoros?

Al preguntarlo, Arkana descendió con la ropa negra aleteando y restallando en el viento. Llevaba la lanza de Un ojo y su viejo y feo sombrero, que aún olía igual que el viejo que lo había llevado.

—Justo allí donde la bandera roja.

Unos postes con pendones de colores indicaban lugares donde las Sombras Desconocidas habían localizado algo humano bajo los escombros. Solo había dos lazos rojos. El resto eran negros. No había prisa en excavar en aquellos. El pendón rojo que Tobo no había indicado era el centro de una actividad frenética.

—¿Qué hay allí? —pregunté.

—De diez a doce personas atrapadas en una de las cámaras del tesoro. Estamos introduciendo sopa y agua a través de cañas de bambú. Van a estar bien.

—Ah.

Podía imaginarme las pesadillas que sufrirían el resto de sus vidas.

—Sigue agarrada a eso —le dije a Arkana.

Estudié la roca que rodeaba la base del poste con el pendón rojo.

—Tobo, ¿están conscientes los de ahí abajo?

—No lo creo.

—Odiaría que estuviesen esperando hacer algo horrible cuando los saquemos.

—Podemos dejarlos ahí. Sin agua morirán.

—Es una solución.

Pero no la que me interesaba, pues solo Booboo sufriría.

—Suvrin, ¿puedo?

Una vez que asintió, hice gestos a varios hombres que esperaban órdenes. Si la chica estaba consciente, seguro que nos daría una dosis de «Ámame» enseguida. Solo aquellos vestidos con ropa Voroshk podrían arriesgarse con la excavación.

El Khadidas y la Hija de la Noche se habían arrastrado hasta una esquina del lugar donde se ocultaban cuando se produjo el derrumbamiento. Las paredes habían aguantado lo suficiente. Pero no habían tenido tiempo de aprovisionarse de agua y comida.

Tristemente, mi niña tenía una lámpara y provisiones, y había hecho un valiente intento de seguir escribiendo los Libros de los Muertos, quizá con la esperanza de conferirle a Kina la fuerza suficiente para salvarla. Por lo demás, no había tenido muchas alternativas.

Pensé mucho en lo que Booboo había sufrido durante su casi cuarto de siglo de vida. Sobre lo que se le había hecho y lo que ella creía que era. La parte cariñosa de mí pensaba que sería un hecho infinitamente piadoso evitarle la crueldad de volver a despertar.

Nunca fue más que una idea. Ningún argumento podría convencer a Dama de que eso era lo adecuado. Quería tener una pequeña Dama a toda costa.

Descubrí a la radisha junto a mí. Era sorprendente lo mucho que había envejecido. Incluso llevaba bastón.

—Es verdad, ¿sabes? —dijo con voz cansada.

—¿Cómo? —Aunque sabía lo que iba a decir.

—La llegada de la Compañía Negra significó el fin de Taglios. No se produjo de la forma que imaginábamos.

—Lo único que queríamos era pasar.

Asintió reteniendo su amargura.

—¿Crees que fuimos duros con Taglios? Considera lo felices que deben de estar los Maestros de las Sombras.

—No habéis acabado con Taglios —observó el prahbrindrah Drah al unirse—. Acabo de oír lo que le ha pasado a Dama. ¿Cómo está?

—Estable.

Era otro de esos hombres que se había encaprichado de mi mujer tiempo atrás.

—Y tienes parte razón. Cuando la gente se mete con nosotros, suele salir herida. Pero no va a durar mucho más. Estamos cerca de donde tenemos que ir.

Me adelanté, hablé a los hombres que excavaban, primero en la lengua de los Hijos de los Muertos, después en tagliano.

—Nos acercamos. Esperad a que los que estamos protegidos podamos ayudar. ¡Tobo! Chicas. Casi hemos acabado.

No demasiado lejos, unos cuantos ladrillos más se rindieron a la atracción de la gravedad.

CAPÍTULO 127

†AGLIOS: Y MI PIÑA

Los soldados crearon una precaria abertura a través de la que alguien podría arrastrarse. Pedí una linterna queriendo entrar el primero, pero Tobo la agarró en cuanto llegó. No discutí, él estaba mejor equipado que yo.

Segundos después de que el chico comenzara a penetrar, un chorro de luz del color de la orina atravesó la apertura. Rebotó en Tobo, golpeó en un bloque de piedra y se desperdigó. Era un chorro potente. La roca se fundió y la metralla alcanzó al prahbrindrah Drah.

Los resultados fueron horribles y fatales.

—¡Eso es todo! —gritó Tobo sin ser consciente del desastre—. Ya no le queda nada más. Se ha acabado. Matasanos, ayúdame a sacarlos.

La radisha comenzó a gemir.

El chico reconoció el alcance del desastre inmediatamente. El imperio tagliano estaba, en aquel instante, sin heredero aceptable. No tenía gobernador legítimo.

—Tendrá que esperar un poco —dije—. El príncipe está herido. Quiero proporcionarle ayuda médica de inmediato.

Quizá pudiésemos simular una vez más que la autoridad suprema estaba bien, aunque no estuviese presente. Atrapa Almas lo había conseguido. El gran general también. ¿Por qué no mi banda de oportunistas?

Temía que hubiese demasiados testigos, aunque Suvrin y Aridatha se pusieron a disimular inmediatamente. La propia radisha se unió a mi plan tras unos breves instantes. Montó un espectáculo bastante creíble amenazándome con pasarlo mal si su hermano moría.

Ahora, consciente de que podía haber un desastre político, Tobo lanzó una distracción deslumbrante a la que presté poca atención porque estaba desesperado por hacer desaparecer al príncipe de los ojos de la gente. Se produjeron muchos fogonazos detrás de mí y las ruinas se llenaron de colores cambiantes. Un gran trozo de piedra se desprendió. Shukrat comenzó a ayudar a Tobo a sacar al Khadidas de

allí.

Los hombres de Aridatha salieron con la camilla del príncipe.

Una vez que nos ocupamos de él, Arkana y yo comenzamos a avanzar por entre los escombros hacia el agujero. Llamé a más portacamillas. Lo que sacaron a la luz no parecía peligroso, sino una versión agotada, envejecida y ya muerta de Goblin.

—¿Quieres seguir? —preguntó Arkana.

—Aguarda un minuto. Traedlo aquí, muchachos. Sobre la camilla. Cuidado. ¡Cuidado! Tobo. ¿Puedes despertarlo un segundo? Lo suficiente para que me reconozca y sepa lo que estoy haciendo.

—Probablemente, si quieres arriesgarte.

La voz del muchacho sonaba ahogada. Miró la lanza y al feo sombrero y quiso creer que yo tenía la manera de alcanzar al Goblin que estaba dentro del Khadidas, el Goblin que siempre había sido para él como un tío.

—Oh, mierda —dije—. ¡Espera, espera!

—¿Qué?

—Se me acaba de ocurrir algo horroroso. Sobre cómo podría reaccionar Kina a través de Dama si sacamos el demonio de Goblin.

Tobo tomó aire y lo dejó salir.

—No veo cómo puede hacerlo. Pero ¿por qué arriesgarnos? Es la Madre del Engaño. Shuke, cariño, hazme un favor. Trae la pequeña alfombra de mi habitación. Dóblala y tráela. La usaremos para transportarlos.

Shukrat saltó sobre su poste y salió como un rayo. Mientras esperaba, Tobo hizo que se erigiera un toldo para evitar que la lluvia pudiese caer sobre Goblin. Entonces volvió al agujero. Como no pidió ayuda me quedé junto a Aridatha y Arkana, con las tripas compungidas, aguardando el primer avistamiento de Booboo.

—Los fuegos bajo los escombros nunca se apagan —le dije a Singh—. ¿Qué es lo que está ardiendo?

—Quinientos años de archivos. Todo lo que pertenecía al inspector general de registros. Será interesante cuando tratemos de recomponerlo todo.

Shukrat, la queridita, sabía rebuscar en la habitación de Tobo. Volvió con una pequeña alfombra doblada antes de que el chico sacase la cabeza del agujero. Con ayuda de Arkana, puso la estructura en posición y tensó la tela.

Arkana finalmente reunió la valentía suficiente para hablarle a Aridatha de algo que no fuese trabajo.

—¿Crees que va a llover?

Se podía ver que quería derretirse como una babosa recién rociada de sal. Tanto trabajo para sacar valor y luego decir algo tan estúpido. Unas grandes gotas de lluvia habían comenzado a caer a intervalos medio minuto antes.

Era una chiquilla.

Tenían al Khadidas sobre la alfombra. Dos soldados, uno tagliano y uno de Hsien, tenían agarrados un par de tobillos.

—¿Estás bien, papaíto? —me preguntó Arkana sujetándome del brazo.

—Parece Dama la primera vez que nos vimos.

En una era de terror.

Aquí había terror, pero de una clase diferente.

—Entonces, tu mujer debió de tener unos hábitos de higiene detestables en los viejos tiempos.

—Ah, pero estaba ansiosa por aprender. Tobo, ¿puedes asegurarte de que Booboo no va a despertar hasta que yo quiera?

No quería tenérmelas que ver con su brujería.

—Y apartemos a estos dos de ahora en adelante. No es bueno que se pongan a idear juntos.

—No los necesitamos. Punto —murmuró alguien.

Comprendí que se trataba de Shukrat. A Shukrat no le gustaba la manera que tenía Tobo de mirar a la Hija de la Noche.

Tampoco le gustaba a mi otra hija adoptiva las miradas contemplativas de Aridatha Singh.

—¡Matasanos! —gritó Tobo—, ¿quieres que la despierte? ¿Por un minuto? ¿Para poder mirarla? ¿Para ver si falta algo o tiene algo roto?

Uno de los soldados de la ciudad le dijo a otro que le parecía que tenía todo lo que tenía que tener. Un poco de jabón y ropas limpias...

Nunca pensé que llegaría a ser padre y tendría que simular no oír tales comentarios.

El hombre tenía razón. Era una chica hermosa. Exactamente como su madre. Y como en el caso de Dama, la mayor parte de su belleza estaba justo en su superficie. Tuve que recordarme que no me dejara engañar por lo que veía o lo que quería sentir. Mis emociones no eran fiables. Quizá no fuesen mías. La Madre del Engaño no había abandonado el juego.

Me arrodillé junto a mi hija. Mis emociones estaban alteradas. Sentí que tenía mil años y que estaba desvalido. Fue un gran esfuerzo tocarla.

Su piel estaba fría.

Tras unos instantes dije:

—Tiene montones de rasguños y moratones, pero no hay daños serios. Nada permanente. Está deshidratada. —Se agitaba cada vez que la tocaba, como si la estuviese masajeando con trozos de hielo—. Se recuperará si nos ocupamos de ella. Ponla junto a Dama.

—Alguien se tiene que quedar con ella —dijo Tobo—. Alguien que pueda controlarla.

—Yo lo haré.

—Yo lo haré.

Tanto Shukrat como Arkana se ofrecieron voluntarias.

Bien. ¿Tan preocupadas estaban por la competencia de una mujer rendida e inconsciente que no sabía nada de hombres?

Apostaría a que Tobo sonreía mientras dijo:

—De acuerdo, señoritas, planificad un horario. Matasanos, ¿qué planeas hacer con Goblin?

Suvrin parecía algo irritado. Los sucesos avanzaban sin que se le consultase nada al nuevo capitán de la Compañía Negra. Pero en materias concernientes a Booboo y el Khadidas no era un experto.

—Encerradlo. Esperaré a estar descansado para ocuparme de él. Mientras tanto, necesitamos a alguien que se arrastre en ese agujero y recoja lo que ha escrito Booboo. Alguien de Hsien, preferiblemente. Alguien analfabeto. No queremos que nadie lo lea. Me ocuparé de ello. Pero ahora mismo voy a echarme un rato. Estoy exhausto.

CAPÍTULO 128

†AGLIOS: OTRO GRAN GENERAL

Estaba preocupado. Daba saltitos como un niño en una boda que necesitase orinar. Había pasado un día y todavía no había comenzado con Booboo y el Khadidas. Si les daba tiempo a ellos y a su diosa, seguramente ocurrirían desgracias.

Pero tenía responsabilidades más inmediatas. La lucha había acabado. Nuestra obligación hacia los muertos tenía que ser atendida. Y una enorme ciudad, con muchos muertos propios, había que ser dirigida con mano de hierro. Los recientes desastres animarían a los conspiradores y traidores.

Los Hijos de los Muertos sabían cómo hacer un homenaje a los camaradas caídos. Unos tambores graves resonaron. Los cuernos conjuraban el espíritu y la tristeza de una mañana fría y lluviosa, a pesar del cielo de invierno despejado y brillante. Los soldados desfilaron con los colores más radiantes y con mil estandartes. Los lugareños estaban impresionados. Despedimos a Dormilón en un estilo que seguramente habría querido de estar viva. Dijimos adiós a mucha gente.

Entonces nos apartamos y rendimos honores mientras Aridatha Singh dirigía unas ceremonias igualmente numerosas, aunque no tan impresionantes, honrando a los que habían caído en nombre del protectorado. Una vez acabadas, nos unimos a los soldados locales y a los hombres más importantes de la ciudad para honrar al prahbrindrah Drah.

Su funeral fue el mayor al que jamás hubiese yo asistido. No obstante, me embargó la sensación de que todos aquellos hombres relevantes se habían reunido para mirarse unos a otros con sospecha, en lugar de para llorar a un gobernante muerto que nadie había visto desde que eran muy jóvenes.

Aridatha Singh era popular entre aquellos hombres. Porque Aridatha Singh había reunido a los leales de los supervivientes de la Segunda División Territorial, los greys, y a los comandantes de las guarniciones rurales más cercanas a la ciudad. Aridatha Singh se había convertido en el hombre más poderoso de los territorios taglianos, a pesar de haber hecho poco para ganar el poder, excepto ser competente y

un buen tipo.

Dicen que, llegado el momento, se ve quién es quién. A veces el destino se confabula para colocar a un hombre honesto y competente en el lugar adecuado en el momento adecuado. Casi de la noche a la mañana, las pintadas comenzaron a darle a Aridatha el viejo título de Mogaba: gran general.

Ojalá consiguiese realizar su labor sin oponerse a los ocupantes.

Intenté mantener vigilado a Tobo, pero era difícil con un chico tan talentoso.

CAPÍTULO 129

†AGLIOS:

†UMBA ABIERTA, OJOS ABIERTOS

Las horas de ceremonias me dejaron muerto. Quería desaparecer para echar otro largo sueño. Pero me negué a darle a la Reina de la Oscuridad un respiro.

—Estos son —me dijo Arkana en un mal tagliano, perfectamente coloquial, señalando ocho barriles de madera—. Ocho hombres diferentes se turnaron, arrastrándose dentro, metiendo papeles y todo lo que pudieran encontrar. Hice que un tonelero analfabeto los sellara tan rápido como los sacaban.

—Eres un tesoro, querida hija. Caballeros, hagamos una buena hoguera.

Había traído un par de carros cargados de leña comprada a un vendedor cuyos clientes habituales eran personas que necesitaban madera para ghats funerarios. Me sorprendió que le quedara género, considerando los recientes sucesos.

Los hombres con los que hablaba procedían todos de Hsien. Solo sabían que los ocho barriles contenían las esperanzas de vida de un monstruo de un corazón más negro que aquellos legendarios Maestros de las Sombras que habían torturado la Tierra de las Sombras Desconocidas. Era todo lo que necesitaban saber.

La pira ardió rápido y los toneles fueron vaciados sobre ella. Una fracción de mí se lamentó por el destino de la última encarnación de los Libros de los Muertos. Odio ver cómo se destruye cualquier libro. Pero no interferí cuando vertieron el aceite y comenzaron a surgir llamaradas de fuego.

Quizá mi reticencia se debía a que Kina trataba de manipularme. Me quedé allí hasta que estuve seguro de que el trabajo de la vida de mi hija natural había sido consumido totalmente por las llamas. En algunos mitos, Hagna, dios del fuego, es el enemigo mortal de Kina. En otros, cuando ella aparece como su avatar Destructor, es su aliado.

Cuanto más aprendo del panteón gunni más confundido me encuentro.

—¿Qué tarea ahora? —me pregunté en voz alta.

Todos, excepto Arkana y unos cuantos niños curiosos, esos casi salvajes llamados jengali, se habían marchado. Un cuervo blanco demacrado y desconcertado también

estaba por el lugar, pero no decía nada. Últimamente había estado por todas partes con el pico cerrado.

—Es hora de despertar a alguien, papaíto. Tu mujer, tu hija o el Khadidas.

Contemplé a los obreros que retiraban los escombros. Ahora casi todos eran civiles supervisados por soldados que estaban allí para evitar que robaran cualquier tesoro que desenterrasen.

Las piedras habían dejado de caer. Los fuegos se habían apagado. El consenso popular era que debería construirse un nuevo palacio una vez que las viejas estructuras fuesen retiradas.

No podía imaginarme los tesoros y sorpresas que podrían surgir si demolían y retiraban aquel intrincado monstruo. Nunca nadie conoció el palacio por completo. Nadie excepto un mago muerto hacía mucho tiempo llamado Humo.

La pira funeraria de los Libros de los Muertos atrajo a más jengali que querían aprovecharse del calor.

Shukrat fulminó con la mirada a Arkana. Parecía que no estaba haciendo su parte en la vigilancia de Booboo. Y a Arkana no le importaba que Shukrat estuviese enfadada.

Noté cierto cambio en Dama. Ya no parecía estar en aquel estado comatoso. Parecía encontrarse bien, aunque dormida profundamente. Abrí una ventana de par en par. Soy un firme defensor de los beneficios para la salud del aire fresco. El desplumado cuervo blanco apareció casi inmediatamente.

—¿Cuánto tiempo lleva ocurriendo esto? —pregunté.

Daba la espalda a Booboo. Limpia, acicalada y con ropa decente era la viva imagen de la Bella Durmiente. Intenté no mirarla durante largo tiempo. Verla aún me partía el corazón.

—¿Qué? —preguntó Shukrat sacándole la lengua a Arkana.

—Los ronquidos. Dama no roncaba antes.

Me refería a que no lo hacía desde que había caído hechizada. Antes de eso, roncaba siempre que dormía conmigo. Aunque se negaba a creerlo.

—Comenzó justo después de que trajésemos a la Hija de la Noche. No le di importancia —dijo Shukrat.

—No tenías por qué.

—Nunca me había fijado en que no roncaba —asintió Arkana.

El cuervo blanco se rio en el marco de la ventana.

—¿Roncaba cuando era niña? —pregunté.

El cuervo hizo un ruido. Las chicas me miraron y después al pájaro. Como no eran tontas, comprendieron de inmediato que no era un simple pájaro albino con malos hábitos personales. Como además eran hechiceras, entendieron que era un cuervo genuino, no una criatura cuya forma usual era amorfa e invisible.

—Si asumimos que está durmiendo, lleva así mucho tiempo. ¿No debería haberse despertado sola?

Toqué a mi mujer con dulzura. No respondió. La agité con menos tacto. Gruñó, murmuró algo, se dio la vuelta y subió las rodillas.

—No me vengas con esas, es hora de levantarse —dije.

Las chicas sonrieron. Percibían mi alivio.

Simplemente dormía. Aunque llevase mucho tiempo, podía seguir un poco más.

—¡Vamos, mujer! Tenemos cosas que hacer. Has dormido lo que diez personas juntas.

—Mi sueño seguro que se lo ha llevado ella.

Dama abrió un párpado y a la vez murmuró algo incoherente que sonó sospechosamente a una de sus tradicionales amenazas mañaneras.

—El descanso no ha mejorado su disposición. Lo recordaré la próxima vez que afirme que su mal humor se debe a la falta de sueño.

—¿Quieres que le eche un cubo de agua fría? —preguntó Arkana.

Cuando se ponía, podía ser una bruja presuntuosa.

—Sí que necesita un baño.

Dama gruñó de nuevo, pero esta vez en un triste intento por parecer alegre.

—Ni si quiera intentes ponerte amable —le dije.

Tal y como funciona el cuerpo humano, es imposible volver de un coma con buen humor.

Tenía la garganta seca y dolorida. Una vez que nos ocupamos de ella, preguntó:

—¿Dónde estamos? ¿Cuánto tiempo he estado convaleciente?

Había perdido la cuenta.

—¿Quince días? Al menos, quizá más —dijo Shukrat—. Has dormido por todos nosotros. Estábamos demasiado ocupados.

Dama examinó lo que la rodeaba. Sabía que no había estado allí antes. No podía ver a Booboo desde donde se encontraba sentada.

—La guerra ha acabado —le dije—. Hemos ganado. Más o menos. Aridatha Singh se rindió. Hemos ofrecido unas buenas condiciones.

Dama gruñó, la mente le iba despacio.

—¿Mogaba le permitió hacer tal cosa?

—El gran general ya no se encuentra entre nosotros.

—Necesito hablar contigo de eso, papaíto —dijo Shukrat—. Fui al banco de arena.

Le hizo un gesto para que guardara silencio. En algún lugar podía haber alguien del reino oculto. Seguí hablando con Dama.

—Hay mucha gente que no está con nosotros. Incluyendo casi todos los que atacaron la ciudad la noche que te alcanzaron. Dormilón también cayó, pero más

tarde, en una emboscada. Suvrin se ha hecho cargo. Le irá bien. Se acostumbrará al trabajo si lo ayudamos.

—No olvides al príncipe y al general Chu —añadió Arkana—. Y a Mihlos, lo echo de menos.

—Porque jadeaba detrás de ti como un perro en celo —dijo Shukrat con desprecio.

—Porque tú lo calentabas.

—Y ¿quién dejaba lo que tenía que hacer para contonearse cada vez que él estaba cerca?

—¿Chicas?

—¿Qué?

—Estoy celoso. ¿Dónde estabais cuando yo tenía la edad de Mihlos?

—¿Qué más necesito saber? —interrumpió Dama.

—El palacio ha caído. Hemos ocupado la ciudad. Aridatha Singh está al mando y Arkana se agita y contonea cada vez que se le acerca. No sabemos cómo irá la sucesión. Hemos capturado a Booboo y al Khadidas. Hemos destruido, de nuevo, los Libros de los Muertos. Booboo está aquí mismo, si quieres verla. —Extendí una mano para ayudarla a levantarse, si es que quería—. Es hermosa.

—Quiero. Pero no puedo estar de pie sin ayuda. No creo que ni siquiera pueda estar sentada mucho tiempo sin ayuda.

El cuervo se burló.

Dama clavó los ojos en el pájaro durante un buen rato. Entonces me miró a mí del mismo modo.

—¿Cómo está tu conexión con Kina? —pregunté.

—¿Qué quieres decir con cómo está mi conexión?

—¿Se entrecorta? ¿Sigue ahí? ¿Es más fuerte? ¿Más débil?

—¿Por qué?

—Porque quiero saberlo. ¿Por qué no me contestas?

Las chicas estaban asombradas. Parecían querer estar en cualquier otro lugar. Se alejaron.

—No se ha apoderado de mí mientras dormía, si es eso lo que estás preguntando. Aunque sí he tenido unas pesadillas horribles. Es como si hubiese estado atrapada en su imaginación durante un siglo. Pero me ignoraba. Tenía algo en mente. —Casi le chirriaban los dientes con cada palabra, no quería hablar en voz alta—. La pesadilla desapareció hace un tiempo.

Lo entendía. El único lugar donde me confieso, aunque sea un poco, es este, donde casi nadie se va a enterar.

—¿Has tenido sensación de tiempo? Creo que quizá algo de lo que ocurrió aquí ha cambiado lo que te pasaba en el sueño.

—¿Sensación de tiempo? Era eterno. Y a la vez fugaz. Kina no experimenta el tiempo como nosotros. No creo. Lo que es seguro es que no le agobia. Vamos, muéstrame a la niña antes de que me caiga.

Luchó por ponerse en pie.

Shukrat y Arkana la agarraron de los brazos y la ayudaron.

—¿Siempre es tan cascarrabias al despertarse, papaíto? —preguntó Arkana.

—Si vais a formar parte de la familia, idos acostumbrando. Si no os lo tomáis por lo personal, lo soportaréis. —Me reí cuando Dama me preguntó qué me parecería si dejaba de ponerse personal—. No está mal hoy.

El cuervo siseó. Era evidente que le daba igual si Dama averiguaba quién era. De hecho, lo que dijo se pareció mucho a «Hermana, hermana». Que era la burla empleada por Dama años atrás, cuando estaba en el cuerpo de otro cuervo.

Los cuervos blancos son curiosos. Ha habido uno alrededor de nosotros de vez en cuando desde el sitio de Dejagore. Por entonces era Murgén la mente detrás de los ojos del pájaro. La mayor parte del tiempo. Pero ¿era Shivetya la mente detrás de las mentes en los cuervos? ¿Podía tener tanto poder como para afectar a sucesos fuera de la llanura reluciente?

Eso explicaría muchas cosas. Quizá incluso las antiguas dificultades de Murgén con su emplazamiento temporal. Pero eso significaría que Atrapa Almas no era responsable de muchos de sus crímenes. No estaba seguro de querer que fuese así.

El cuervo se burló como si pudiese leerme la mente.

Atrapa Almas siempre lo conseguía.

—También hemos perdido a Murgén —dije mientras nos colocábamos uno enfrente del otro, a ambos lados de la chica inconsciente.

—Eso lo he deducido de lo que dijiste sobre cuántos habían caído. Supongo que fueron todos los que no llevaban ropa Voroshk, ¿me equivoco?

—Excepto un soldado de Hsien con una suerte increíble que se las apañó para estar detrás de la persona correcta en el momento preciso. Ahora Afortunado es el mote oficial de Tara Do.

—Debe de estar en la sangre —murmuró Dama forzándose a mirar a la muchacha—. Las mujeres de mi sangre están destinadas a pasar la mayor parte de su existencia atrapadas y dormidas.

Dejó descansar su peso aún más sobre las muchachas y extendió una mano para tocar la mejilla de Booboo. Se puso a hablar en la lengua de las Ciudades Joya.

—Así dormida es como siempre vi a mi madre. Fue la primera sobre la que contaron los cuentos de la Bella Durmiente. Su príncipe azul nunca llegó, sino mi padre. Y se contentó con ella tal y como estaba.

Una esquirla de horror que podía destrozar un cerebro: saber que tu madre ni siquiera era consciente de que hubieses nacido.

Nos gusta quejarnos por lo cruel que es el mundo actual.

Eran gigantes en los viejos tiempos.

Nosotros seremos gigantes dentro de quinientos años.

—Así que esta es nuestra niña —se quedó con los ojos fijos—. Concebida en el campo de batalla.

Se podía ver la emoción en su rostro. Nunca la había visto tan vulnerable.

—Esta es nuestra niña.

—¿La despertamos?

—No me parece buena idea. Al menos ahora mismo. Bastante loca es la vida como para tener más problemas.

No me sirvió la explicación. En absoluto. Dama quería establecer una especie de diálogo emocional con aquella carne de su carne. Por mi parte, encontré que ahora que había estado expuesto directamente, la tensión emocional desaparecía. No creo que mis opiniones estuviesen sesgadas por lo que podría haber sido y lo que hubiese deseado.

Dama concedió que quizá no fuese un buen plan despertar a Booboo sin que Tobo estuviese como apoyo.

No hizo nada indecoroso, pero sí hizo que las chicas se pusiesen nerviosas un tiempo.

CAPÍTULO 130

†AGLIOS:

KHADIDAS

Tobo estaba para ayudar cuando desperté a mi viejo amigo Goblin, que se había convertido en el contenedor reticente del Khadidas.

No fue difícil una vez que los conjuros de control de Tobo fueron cancelados. Tobo zarandó a Goblin. Y, una vez que el cabroncete comenzó a removerse, se apartó mientras yo lo fastidiaba.

Los párpados del hombrecillo se abrieron de repente. Los ojos tras ellos no eran los del cercado mago Goblin. Contemplaba directamente grandes esquirlas de oscuridad. Aquellos ojos parecían querer absorberme.

La boca del Khadidas se abrió lista para escupir alguna infamia o blasfemia. Interpuse el viejo y raído sombrero de Un Ojo entre el esclavo de Kina y yo. El efecto fue eléctrico. El cuerpo de Goblin se convulsionó como si lo hubiese azotado con un atizador caliente. Le puse el sombrero sobre la cabeza.

—Álzalo —le dije a Tobo, que se había colocado a la cabecera del camastro de Goblin, fuera del campo de visión del Khadidas.

Sostuve el sombrero en su lugar mientras Tobo incorporaba a Goblin.

—Funciona. Mejor de lo que esperaba.

—Mejor de lo que yo esperaba, sin duda.

—Un Ojo siempre le quitaba importancia cuando hacía algo bien.

La luz malvada había abandonado los ojos de Goblin. Ahora parecía estar vacío. Ni el más mínimo reconocimiento. Era como si no hubiese nadie en casa.

—Usa la lanza.

Usé la lanza. Pero, joder, qué poco me gustaba confiar en la sabiduría de un hombre muerto a la hora de poner un arma tan potente en manos del diablo.

La coloqué derecha delante de Goblin, con el extremo entre sus tacones. Le puse las manos alrededor de la negra asta. Entonces le encasqueté aún más profundamente la sucia reliquia de fieltro de Un Ojo. Agarré con fuerza sus manos, apretándolas contra la madera plateada y negra.

La vida comenzó a entrar en sus ojos.

—No es tan espectacular como ver a un niño nacer, pero tampoco está mal —le dije a Tobo.

Ni siquiera un bobo como yo necesitaba indicación alguna de que estábamos conjurando al Goblin real.

Un Goblin con un dolor tan profundo que de inmediato comprendí que solo Dama podía saber cómo era.

Me senté sobre un taburete. Tobo condujo a Goblin hasta una silla de respaldo recto, después se colocó en el borde del camastro. Goblin no paraba de mirarnos con los ojos llenos de lágrimas, pero incapaz de hablar por mucho que lo intentase. Extendió una mano en una silenciosa súplica de contacto.

—Cuidado con ese sombrero —dije—. Estoy pensando en clavárselo en la cabeza.

También pensaba en qué amigo tan maravilloso había sido Un Ojo. Había previsto una posibilidad parecida a esta y había gastado sus últimos años en hacer posible un rescate.

Por un momento se me hizo un nudo en la garganta, pensando que nunca había tenido un amigo que hiciese tanto por mí. Entonces recordé que Dormilón había pasado quince años trabajando para exhumar a los Tomados. Y ahora, apenas cinco años después, todos ellos excepto Dama y yo habían desaparecido. Tragados. En el viento. Acabados.

Los soldados viven.

Ni en una sola ocasión actuó Dormilón como si creyese que estaba malgastando su vida. Pero estoy seguro de que lo pensó a veces. Con respecto a algunos individuos.

—Tienes que mantener al menos una mano en la lanza, Goblin —dije.

No habíamos hecho nada para librarlo del Khadidas. El monstruo había sido devuelto al pozo donde había yacido hasta que emergió para tomar el control, pero ahora estaba tras barreras más endebles. El monstruo era mucho más fuerte que Goblin. Tendríamos que trabajar duro para sofocarlo.

—¿Qué vamos a hacer contigo? —pregunté.

Sentí una punzada de culpa, pues ya tenía planes para él. Planes que podrían cambiar el mundo.

—¿Qué opinas, Goblin? ¿Vas a ayudarnos a ayudarte a resistir?

Goblin estaba obteniendo algo de control muscular. Consiguió proferir un débil «Sí», además de asentir con la cabeza.

—Voy a dejar todo en manos de ustedes dos, caballeros —dijo Suvrin moviendo la cabeza con educación en dirección a Goblin—. Apenas conocía a este hombre. Nada

más que como el objetivo de las bromas pesadas que se gastaban él y Un Ojo, por lo que quizá no sea imparcial aunque lo intente. ¿Qué es eso en la base de esa cosa que lleva en la cabeza?

—Pegamento y esa cosa es un sombrero. Seguro que viste a Un Ojo llevarlo. El viejo chocho lo llenó de ciertos conjuros por si ocurría algo parecido a esto.

—Ya me lo has dicho.

—Vale. El pegamento es porque no queremos que se le caiga. Nunca. Si pudiésemos encontrar una forma de que pudiese alimentarse y rascarse el culo sin usar las manos, también se las pegaríamos a la lanza de Un Ojo.

Convertirse en capitán parece que conlleva perder todo el sentido del humor. Le estaba ocurriendo a Suvrin. Ni siquiera sonrió.

—¿Habéis sacado de él información valiosa? ¿Aún no? ¿Cuándo?

—No lo sé. Está volviendo en sí. De verdad. Recuerda que a efectos prácticos ha estado muerto seis años. Está teniendo problemas para entender cómo usar el cuerpo. Sobre todo la lengua. Mientras tanto, el Khadidas sigue en su interior tratando de volver a retomar el control.

—¿Y Dama?

Estaba más preocupado por mi mujer que por Goblin. Actuaba de forma extraña. Parecía una persona distinta. Habían resurgido todas mis preocupaciones con respecto a su conexión con Kina. Kina era la manipuladora y conspiradora maestra. Kina urdía ardidés que duraban edades y que tenían infinitud de capas. Pero Kina era lenta. Muy lenta. Por eso favorecía aquellas conspiraciones que tardaban años en madurar. No era capaz de manejar sucesos cambiantes.

—Dama es ahora mismo un rompecabezas —confesé—. Aunque benigno.

Goblin profirió una especie de gorgoteo. El Khadidas estaba esforzándose porque no hablara.

—¿Sabes algo de los líderes de Taglios? —preguntó Suvrin.

—No de los de la cosecha actual, solo superficialmente. Mi consejo sería, nunca des la espalda a ninguno de ellos. Podrías hablar con Runmust Singh. Si es que sobrevivió a la última batalla. —Tenía la sensación de que estaba con Dormilón en la emboscada—. O pedirle simplemente a Aridatha que te preste un par de consejeros.

Suvin parecía inusualmente proclive a ser aconsejado, algo muy raro entre los capitanes de la Compañía.

—Necesitamos retomar las lecciones —me dijo—. Para que pueda estudiar los Anales.

—Necesitamos algo de tranquilidad para hacer eso —contesté—. Quizá unos cuantos años. Podríamos construir una nueva Compañía mientras nos ponemos a ello.

Goblin gorgoteó de nuevo y asintió.

La pequeña criatura era, de algún modo, como un cachorrillo.

—Necesito hablar con Goblin —le dije a Suvrin.

Una vez que nuestro inseguro comandante salió, dije:

—Tenemos que encontrar la forma de evitar la interferencia del Khadidas.

Asentimiento.

—Y así es como lo haremos, supongo. A menos que pueda controlar algo más que tu habla.

Miré al hombrecillo. No respondió. Comprendí que no había planteado una respuesta que se contestase con un sí o un no.

—¿Puede hacer eso?

No.

—De acuerdo. La pregunta más crítica de todas: ¿Está el Khadidas en contacto directo con Kina?

No. Y sí. Y un encogimiento de hombros. De modo que procedimos a jugar a un juego de mil preguntas, durante el cual parecía que yo siempre iba en la dirección errónea, haciendo que gorgotease lleno de frustración. Sus esfuerzos por hablar apenas producían más que una sílaba identificable.

Finalmente, a pesar de lo obtuso de mi mente, lo comprendí. El Khadidas solo podía comunicarse con la diosa cuando controlaba el cuerpo de Goblin. No podía hacerlo cuando no estaba bajo control.

Tenía sentido. O algo de sentido. Aunque se me había advertido que recordase que el Goblin que estaba entrevistando era de hecho un fantasma que no había sido capaz de escapar de su cuerpo con la muerte y que había sido reanimado por el aliento de la diosa.

—Son unas noticias maravillosas, Goblin. Mira, tengo un plan.

Aunque fue difícil, lo desenterré del lugar dentro de mí donde había estado oculto, con la esperanza de que la diosa no tuviese forma de escuchar. Mi plan dependía por completo de mi conocimiento de Goblin durante tantos años, con la esperanza de que no hubiese cambiado drásticamente en las últimas dos décadas. Un hombre podía cambiar mucho en tan largo tiempo si pasaba parte de él muerto y esclavizado por la Madre de los Impostores.

En la superficie, a Goblin parecía gustarle mi plan. Parecía dispuesto a participar. Incluso parecía entusiasmado con la idea de clavar la lanza de Un Ojo en el corazón más negro.

—No quiero malgastar ni un solo minuto que no sea preciso. ¿Entiendes?

Asentimiento. Incluso articuló un «¡Sí!» de sincero entusiasmo.

—Volveré pronto.

Casi me sentía mal por no haberle contado a un hombre muerto toda la verdad.

CAPÍTULO 131

CERCA DE TAGLIOS: RECONOCIMIENTO AÉREO

Encontré a Arkana y le pregunté si quería ir a volar. Asintió indicando que quería hacer una excursión por los cielos. De cara a los curiosos, mencioné que quería comprobar los rumores que hablaban de tropas leales al protectorado que se dirigían a la ciudad. Una fuerza había cruzado el Principal a su paso por Vehdna-Bota. Otra se estaba reuniendo en el este, cerca de Mukhra en Ajitsthan, donde Mogaba disfrutaba de gran popularidad entre las tribus. Ya que dichos rumores comenzaban a poner nerviosa a mucha gente, nadie se sorprendería de que quisiese echar un vistazo.

Y eso es lo que hicimos mientras volábamos, pues era algo que tenía que hacerse. Además, hacerlo me dio tiempo para hablar con Arkana.

—Veo un gran problema en tu plan —me dijo—. ¿Qué ocurrirá con la llanura y las Puertas de las Sombras? Me preguntaste si quería volver a casa. La respuesta es sí. Aunque no pretendo quedarme. Solo quiero ver qué ocurrió allí. Enterrar a mis muertos, por decirlo de algún modo. Pero no veo cómo eso evitaría que se complicase todo lo demás si tengo que hacerlo antes de que sea imposible.

—Tienes razón. Y he de hacer lo que tengo que hacer tan pronto como pueda. Antes de que Kina se entere.

Si no había previsto ya la posibilidad. O lo sabía gracias a Goblin. O por Shivetya. O por Dama, que era lo suficientemente inteligente como para adivinar lo que yo pensaba. A veces.

—Sobre todo antes de que se entere mi mujer, o comience a preguntarse qué estoy haciendo.

Nos acercábamos al río Principal en dirección a Vehdna-Bota. Había columnas de humo al norte del vado, lejos de los pequeños asentamientos. Pero no demasiadas.

—No es un gran ejército —me dijo Arkana.

—Tampoco parece que tenga prisa por ponerse en peligro. Aún queda mucha luz que podrían emplear avanzando.

No tenían ninguna prisa. Bajamos para echar un vistazo más de cerca y vimos que

los hombres se disgregaban como cucarachas asustadas.

—Alguien se está guardando las espaldas —dije—. Está montando un espectáculo para que se vea que honra sus obligaciones. Ese grupo nunca llegará a Taglios.

Volvimos a ascender. Hablamos, no solo de lo que tenía que hacerse. Arkana parecía que ahora se relajaba. Parecía haber hecho las paces con los malos ratos. Algunos lo consiguen con gran facilidad. Otros quedan afectados de por vida. No son esos los que acaban siendo soldados. Se convierten en antiguos soldados y se hacen amigos del vino y la adormidera.

Le pregunté por la pierna.

—Ahora puedo ser como los viejos y usarla para predecir el tiempo —dijo mientras se reía.

—¿Está bien por lo demás?

—Sí.

—Soy bueno en lo que hago.

—Mucha práctica.

—Es lo que suele pasar en este oficio.

Volamos de vuelta a Taglios, charlando de manera relajada mientras pensaba que así podría haber sido si Booboo hubiese crecido con sus padres. Me engañaba. Ningún crío crecería siendo tan normal como Arkana teniendo a Dama de madre y a mí de padre.

Quizá hubiese encontrado el modo. Adoptarlos tras los años de formación.

Pasábamos al sur de Taglios para explorar las fuerzas que se reunían en Ajitsthan cuando Arkana atisbo una figura que aleteaba y ascendía hacia nosotros.

—Es Shukrat.

—¿Habéis hecho las paces de una vez por todas?

—Así, así. Sobre todo porque solo nos tenemos la una a la otra. No queda nadie de nuestro mundo. Si no fuese por eso, ni siquiera nos hablaríamos. En parte son cosas de familia. Cosas que se hicieron nuestros padres. Y en parte se debe a nosotras mismas. Es demasiado guapa, dulce y tonta como un cubo de piedras. Pero no necesita más que poner ojitos, dar botecitos y poner aspecto de desvalida.

—Y tú eras la lista. Siempre tuviste que averiguar todo por ti misma.

—Sí.

—Bueno, también te estás convirtiendo en la más hermosa. En poco tiempo, Shukrat va a estar llena de pecas y se va a quedar anticuada.

Aminoramos la marcha para que Shukrat pudiese alcanzarnos. Surgió por mi otro costado.

—¿Qué ocurre, otra hija mía?

—Matasanos, quiero hablar sobre lo que les ocurrió a aquellos hombres en la isla.

Me asusta. Mucho. Tobo me gusta mucho —dijo, y yo estaba seguro de que se había puesto toda colorada tras el velo facial, pues se sonrojaba con facilidad—, pero no quiero verme involucrada con alguien capaz de hacer tal cosa.

—Todos somos capaces de hacerlo, Shukrat. En el lugar adecuado, en el tiempo justo y con un motivo. Son la gente que nos rodea la que evita que lo hagamos.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a que Tobo se preocupa por ti. Probablemente más de lo que está dispuesto a admitir. Es un muchacho muy apasionado.

»Por ser lo que es, siempre ha poseído la capacidad de hacer un gran mal, Shukrat. Nadie es malvado desde el principio. Ni los Maestros de las Sombras, ni mi mujer o su hermana, ni siquiera los Voroshk. Pero el poder puede convertirte en un villano. Pues no hay nada que te detenga de hacer lo que te venga en gana, excepto algo dentro de ti. Para Tobo, durante mucho tiempo, ese algo era su amor y respeto hacia sus padres. Se peleaba con Sahra todos los días, pero nunca habría hecho nada para decepcionarla. Mientras estaba viva. Después de que desapareciera, el freno de su lado oscuro fue su padre. Pero ahora Murgén también ha muerto. De modo que solo hay una persona cuya buena opinión es lo suficientemente importante para él como para evitar que se des controle.

Shukrat se quedó pensando por un tiempo. No era ni mucho menos tan obtusa como afirmaba Arkana, pero a veces necesitaba tiempo para que su mente comprendiese temas complejos.

—¿Me estás diciendo que preocuparme por él evitará que haga ese tipo de cosas de nuevo?

—Sí, lo creo. Pero también creo que tienes que enfrentarte a él con tu conocimiento y hacerle entender que no aceptarás excusas ante tal comportamiento. No lo reprendas, no lo critiques, expón tu opinión de manera firme y precisa, después cállate. No negocies. Tienes que señalar un límite que siempre sepa que está ahí. Y sé firme. Tú también has de saber que está ahí.

Shukrat asintió.

Mientras esperaba a ver si lo entendía, le dije a Arkana:

—Puede que resulte muy bueno en el tema de los consejos paternos.

—Sí que sabes manejarlo, sí.

—Muchas gracias.

—Que conste que creo que tienes razón en lo que le has dicho.

—¿Sabes de lo que habla?

—Me advirtió por si quería vigilar al general Singh. No mucho después de que tú me advirtieras. Tenía que ir a ver qué es lo que te tenía tan nerviosa, ¿verdad?

Cada día crecía más mi admiración por la maldita chica.

La fuerza que se reunía en Mukhra era una amenaza mayor que la de Vehdna-Bota. Sería un nuevo problema si Aridatha, como el nuevo gran general, era incapaz de venderles el concepto de paz a los viejos aliados de Mogaba.

CAPÍTULO 132

†AGLIOS: MUJERE HIJA

Dama se sentaba de nuevo junto a Booboo. O aún. Arrimé un taburete frente a ella.

—¿Quieres que te reemplace un rato para que puedas salir a estirar las piernas? La Compañía del Estandarte del Dragón Verde está preparando un guiso de cordero de aúpa. No me preguntes de dónde han sacado la oveja en este manicomio.

Alzó el rostro. Había marcas de lágrimas en sus mejillas.

—Ayúdame, Matasanos. No puedo dejar de pensar lo mucho que se me arrancó cuando Narayan Singh me la robó. Cuánto ese suceso cambió mi vida.

Cambió nuestras vidas. Afectó a todos en este confín del mundo y a cientos de miles en al menos dos mundos más. Pero ahora mismo estaba centrada en sí misma.

—Levántate y sal de aquí —le dije—. Ve a comer algo. Ve volando. Hace un día muy hermoso. Hay signos de que pronto todo va a verdear. Ve a disfrutarlo. Quiero que te contengas antes de que me marche. No quiero dejarte aquí si no crees que estás bien.

—¿Ir? ¿Adónde vas?

—Casi es hora de liberar al primer contingente de los Hijos de los Muertos. Algunos vamos a explorar el camino sur y la llanura. Vamos a hacer que los tipos de las Puertas de las Sombras se pongan a acumular provisiones. ¿Por qué no vienes? Te despejará la mente.

—No. No podría. No hay nadie aquí que pueda ocuparse de ella.

¡Maldición! Ahora veía dónde era vulnerable. Veía la Puerta de la Oscuridad que usaría para entrar, si no lo había hecho ya.

Pero, listo de mí, yo sabía cómo cerrar esa puerta. Para siempre. Y me había propuesto ocuparme de ella sin interferencias.

—Ve a por un poco de guiso. Camina por ahí. Haz que los soldados me odien por tener la suerte de que seas mía.

Hubo un tiempo en que así fue con todos los hombres. Los hombres reaccionaban ante Dama como las mujeres ante Aridatha Singh. Pero tales días habían

desaparecido. Y también todos aquellos hombres excepto yo.

Miré a Booboo, después al cuervo blanco silencioso que se alzaba en la ventana abierta. Parecía cosa de familia.

Ultimamente el cuervo blanco siempre andaba cerca, pero permanecía en silencio. Hasta ahora no había olvidado mirar a mi alrededor antes de decir nada que no quisiese que fuese escuchado. Sin embargo, necesitaba cruzar los dedos de cara al futuro.

Dama vaciló.

—Si no te mueves, voy a llamar a unos cuantos para que te agarren mientras te azoto.

Por un instante, la Dama que amo me miró desde el oscuro lugar, me lanzó una sonrisa y dijo:

—¿Lo prometes? Sería divertido.

Cuando se marchó, cogí la mano de Booboo y me dejé llevar por una desesperación similar a la de Dama. Los dedos de la muchacha estaban fríos como la muerte, pero respiraba.

El cuervo blanco lo encontró muy divertido.

—Te has vuelto enfermizamente casero, amante mío.

Gruñí algo.

—Ah, ya veo. Eras tan testarudo como cuando fuiste mío. Pero sería divertido ver qué ocurriría si alguien dijese que no lo eras, después de tantos años.

Me puse a murmurar.

—Bueno, quizá no sea divertido para ti. —Y, tras un momento, con voz diferente, casi de niña pequeña—. Podría haber sido algo asombroso.

Sin duda. Y probablemente fatal.

CAPÍTULO 133

PIEDRA RELUCIENTE: VII JUEGO PELIGROSO

Solo cuatro de nosotros volamos hacia el sur. Cinco, si se contaba con el perezoso cuervo que cabalgaba en la punta del poste volador de Goblin. El hombrecillo volaba independientemente, pero sus movimientos estaban limitados por una cuerda de remolcar y un arnés de seguridad, cada uno conectado a un compañero diferente. Le dijimos que era por su seguridad mientras aprendía a manejar el poste, pero incluso muerto era listo como para ver que no era verdad. No queríamos que se escapase si el Khadidas retomaba el control.

Goblin era ahora mucho más fuerte. Podía casi cuidarse solo y realizar tareas fáciles. Tenía un vocabulario de unas treinta palabras. Podía dejar la lanza de Un Ojo durante varios minutos sin riesgo de despertar al demonio en su interior.

Avanzábamos a través de cielos azules, con las capas colgando treinta metros a nuestras espaldas, a una altitud tan baja como para asustar a animales y hacer que los niños salieran corriendo para contárselo a sus escépticos padres. Las chicas daban aullidos y alaridos, pasándoselo en grande, sin importarles que sus giros hicieran que Goblin se alzase o se hundiese.

La primavera pronto florecería. Con estas chicas se convertiría en una estación llena de aventuras.

Con la primavera también llegaría la estación de las lluvias. Un tiempo feroz y húmedo.

Hice un par de excursiones no planificadas. La principal fue para echar un breve vistazo a Dejagore. Allí la vida se había calmado, adoptando cierta apariencia de normalidad. Nadie lloraba la muerte de una de las hijas más famosas de la ciudad. Probablemente ni uno entre mil, fuera de la guarnición, sabía que Dormilón era originaria de Dejagore.

Las otras excursiones fueron para buscar señales de los nef en aquellos lugares donde pensaba haberlos visto antes. No encontré nada.

Ya que solo yo había contemplado a aquellos fantasmas de la piedra reluciente,

estaba bastante seguro de que los que había visto no eran los auténticos.

Tobo había expresado la sospecha de que, si no eran imaginaciones mías, lo que había avistado eran parte de sus amigos invisibles probándose disfraces.

Creía que algunos lo hacían por mera diversión. El folclore de la Tierra de las Sombras Desconocidas apoyaba su teoría. De hecho, ese tipo de bromas estaban entre sus favoritas.

De modo que, probablemente, los nef eran un problema menor del que había creído. Pero un problema al fin y al cabo. A menos que estuviesen atrapados en el mundo Voroshk.

Hombre Panda, en la Puerta de las Sombras, me robó esa absurda esperanza.

—Están ahí fuera rogando y quejándose cada noche, capitán.

—Parece que habéis conseguido estar como en casa.

Se habían construido un pequeño villorrio con mujeres y animales de granja. Tanto unas como otros mostraban signos de estar preñados.

—El mejor destino que jamás hemos tenido, capitán.

—Bueno, ahora la cosa se va a empezar a poner difícil.

Solté una retahila de órdenes. Entonces yo y mis hijas, mi colega el cuervo blanco y mi amigo muerto, pasamos por la Puerta de las Sombras. Aunque no podía ver nada, creí sentir la presión de los nef allí dentro.

La llanura mostraba mil parches de nieve sucia. Nieve vieja se agolpaba contra la cara occidental de los menhires. El aire era gélido. El lugar estaba adoptando el clima de algún mundo diferente al mío. Y parecía abandonado. Como si los residentes hubiesen dejado de lado la limpieza y el mantenimiento.

El abandono era menos evidente dentro de la fortaleza sin nombre. El hedor de desechos humanos había desaparecido. Evidentemente Baladitya había limpiado una vez se marcharon los invitados Voroshk de Shivetya. Pero había cierto tufo a carne corrupta.

—Necesitamos un poco de luz —le dije a las chicas.

Aun compitiendo entre ellas en algunos asuntos, ambas se apresuraron a crear esas bolas brillantes como fuegos fatuos que parecen ser el primer truco que aprende cualquier hechicero.

El origen del olor fue evidente de inmediato. Baladitya se había quedado dormido sobre su mesa de trabajo y no había despertado. El aire frío y seco había conseguido preservarlo bastante bien.

Me sentí descontento aunque no sorprendido. Baladitya era ya una antigualla cuando yo nací.

Arkana y Shukrat expresaron dolor haciendo ruiditos.

—Esto no es bueno —murmuré mientras contemplaba los restos del copista—.

Contaba con su ayuda para hablar con Shivetya.

Desde algún lugar en la oscuridad se oyó que el cuervo blanco decía:

—Hola, soldado. ¿Quieres pasar un buen rato?

—Ah, sí, tú. No todo está perdido. Pero tampoco ganado.

Me puse a buscar aceite para rellenar las lámparas vacías de Baladitya.

—¿Qué?

La voz era un chillido agudo. Me pregunté cómo conseguía producir tantos de esos, aunque usara un pájaro para hablar.

—Confía.

Recordé un tiempo en el que cualquier cosa que ella me dijera hacía que me cagase de miedo. Supongo que la familiaridad genera... algo. Casi estaba cómodo con ella.

—¿Por qué demonios esperas que confíe en lo que digas?

Ayudaba a darme valor saber que estaba enterrada en una especie de coma continuo.

—Shivetya no me permite mentir.

Claro. Llamadme cínico, pero tenía la sensación de que el golem había estado con nosotros durante más años que Kina. Tenía la sensación de que sería imposible desenredar sus manipulaciones de las de ella. Una sospecha de que podría ser tan impostor como ella en cuanto a las maniobras para acabar con el mundo.

—De acuerdo. Tenemos tu palabra, ¿verdad? Me vale. Empecemos. ¿Sabe la diosa que estamos aquí? ¿Sabe lo que tengo en mente?

—Su atención está en otro lugar.

Las chicas me relevaron rellenando y encendiendo las lámparas. Eran unas buenas chicas. Habían aprendido a actuar por motu proprio mientras observaban trabajar a su papaíto con respeto y asombro. O, al menos, se preguntaban qué estaba haciendo hablando con un cuervo que parecía enfermo, además de conseguir que el cuervo contestase como si poseyera inteligencia.

—Si supieses leer y escribir tagliano entenderías todo esto ya que estarías al tanto de los Anales.

—No, gracias, papaíto. Ni lo intentes. Dije no ayer, te digo no hoy y oirás la misma respuesta mañana. No voy a ser absorbida por tu pandilla más de lo que ya estoy.

Que es lo que solía decir Suvrin. Suvrin, que comenzó siendo un prisionero de guerra.

—Ni te molestes en mirarme —dijo Shukrat.

No había pensado en ella. Ella no, pero Arkana podría valer si le daba una oportunidad. Tenía la personalidad adecuada para ser uno de nosotros.

—¿Se ha acabado ya la época de reclutamiento? —preguntó el cuervo.

—Por ahora.

Miré la oscuridad tratando de diferenciar más detalles del golem. No había luz suficiente. Pero el demonio parecía estar dormido.

O al menos desinteresado. Lo cual me desconcertaba, pues estaba allí para liberarlo.

Me encogí de hombros. Su indiferencia no me detendría.

Recogí a Goblin y lo conduje por el suelo del vasto salón de Shivetya lejos de otros oídos. Si hubiese llevado una lámpara conmigo, habría podido ver con qué detalle el suelo representaba los accidentes de la llanura exterior.

Le hice un resumen al hombrecillo.

—Kina piensa de manera muy lenta. Necesitamos hacer esto antes de que comprenda que estamos ahí, que pretendemos atacar, y que tenemos un arma adecuada para tal trabajo.

La lanza de Un Ojo no paraba de brillar en aquel lugar. Unos filamentos de fuego se deslizaban por ella, formando patrones impredecibles y urgentes. Los filos de la cabeza rugían al hender el mismo aire. Parecía percibir que había llegado a casa.

Nadie podía negar que la lanza era una obra maestra de artesanía muy peculiar. Nadie podía negar que, al realizar su obra maestra, Un Ojo había alcanzado un nivel de inspiración no visto en ningún otro aspecto de su larga y bastante patética vida. Muchas obras maestras artísticas habían recalado en la misma categoría: el único triunfo del genio de su creador.

—Una vez que lleguemos al velo negro que cruza la escalera comenzará a comprender el peligro. Tendrás que moverte rápido y tomar toda la velocidad que puedas para poder hundir la lanza tan profundo como puedas. La Lanza de la Pasión no era bastante potente. No estaba hecha para matar a dioses. La lanza de Un Ojo si lo está. Podría llamarse Matadioses. Estuviste presente durante gran parte de los años en los que se dedicó a trabajar en ella. Cuando permanecemos en Hsien se convirtió en su profesión.

Goblin había estado allí. Pero aquel Goblin había estado vivo, no era un fantasma aún atrapado en la carne que había llevado en vida. Al menos parte del tiempo este Goblin era un agente del mismo monstruo que iba a matar. O a lisiar. O a irritar.

Seguí hablando mientras las dudas comenzaban a circundarme como los amigos de Tobo del reino oculto, explicando una y otra vez por qué él era el único de nosotros que podía dar el golpe. Y de hecho encontró mis argumentos irrefutables. O si no era así, su mente estaba decidida y las esperanzas y deseos de los demás ya no importaban.

El ser Goblin montó sobre el poste volador.

Yo empujé el mío hacia adelante para poder ver la punta del suyo y asegurarme

que sabía cuál montaba él.

—Vayamos entonces escaleras abajo —dije—. Me situaré justo detrás de ti. Tu poste está encantado, para que vuelva por sí solo si estás inconsciente.

Lo sabía. Había estado allí cuando Shukrat lo arregló para que actuara de tal modo.

—Si eso no funciona, bajaré y te agarraré para sacar tu culo de ahí abajo. Si quieres, he traído cien metros de cuerda que puedo atar a tu arnés de seguridad. Podemos atártela al cinturón.

El hombrecillo me miró como si me estuviera esforzando demasiado. Él mismo había estado preparándose para una misión suicida, convencido de que la destrucción de su carne era el único modo de poder librarse de su parásito y encontrar la paz.

Monté todo aquello sobre la marcha. No tenía idea de lo que Goblin realmente quería o lo que esperaba conseguir con la falsa vida que le había sido dada. Yo no había sido capaz de adivinar mucho sobre él mientras estuvo vivo. Lo único que sabía con certeza era que trabajaba lisiado. Hacer algo sin Un Ojo era, para él, como hacer algo sin uno de sus miembros.

Además quería realmente herir a Kina. De eso nunca hubo duda.

Acabé disgustado, tras una larga y penosa discusión, al comprender por fin que Goblin no estaba especialmente interesado en que lo ayudara si las cosas iban mal. Lo que quería era que lo ayudara para asegurarnos de que se hacía el trabajo aunque él fracasase.

No sé la razón por la que tuve tantos problemas en reconocer y entender el plan de Goblin. Probablemente porque me concentraba en hacer que las cosas fuesen tal y como yo quería. Goblin me había contado casi todo antes, una y otra vez, podía haberle preguntado entonces.

Como no siento inclinación por el autosacrificio, tenía problemas en superar mi naturaleza cínica, especialmente con alguien tan autoindulgente como había sido Goblin durante toda su vida.

Goblin blandía la lanza de Un Ojo y me dijo lo que yo ya le había dicho, pero que no había hecho.

—Es hora de bajar, Matasanos.

Lo soltó de una vez, con tono nítido y resonante.

Me tanteé. Última comprobación. No estaba seguro de estar listo para aquello.

CAPÍTULO 134

†AGLIOS: MEJOR SI SE SIRVE FRÍA

La única vigilancia que tenía Tobo era Dama, que no podía mantener un gran nivel de interés. La única vigilancia sobre Dama era el niño prodigio y él tenía otras cosas en mente. Que en gran medida estaba sumida en la oscuridad.

Sin Shukrat, Matasanos o Dama prestando atención, las noches en la ciudad perdieron su tradicional y ruidoso encanto urbano. Algunos comenzaron a comparar la nueva era con una época en la que la protectora había dejado sueltas a sus sombras asesinas por la ciudad, la misma falta de motivo parecía estar tras la liberación de los horrores que allí había.

El hecho de que hubiese pocas muertes no fue reseñado.

Las Sombras Desconocidas disfrutaban muchísimo atormentando a los vivos. Al igual que Tobo, que se encontró libre para hacer lo que le viniera en gana.

Excepto en sus sueños.

Una mujer había comenzado a habitarlos. Una hermosa mujer nyueng bao que parecía estar imbuida de dolor. Tobo entendía en su corazón que era su madre con el aspecto de su juventud, antes de conocer a su padre. A menudo no estaba sola. A veces aparecía acompañada por una Nana Gota joven y erguida. Y a veces por otra mujer, siempre gentil, siempre con una sonrisa, forjada con acero más resistente que el de Varita de Fresno, la espada de tío Doj. Esta mujer, que debía de ser su bisabuela, Hong Tray, nunca hablaba. Comunicaba más con una mirada de desaprobación que Sahra con cien palabras.

Su venganza era inaceptable para todas aquellas mujeres que lo habían creado y formado.

Tobo no podía decidir si estaba siendo tocado por los dioses de sus ancestros (una posibilidad que entraba dentro de las creencias nyueng bao) o si las mujeres eran el producto de algún recoveco conquistado en su mente por la conciencia. La oscuridad en su interior era lo suficientemente fuerte como para que desease desafiarlas.

Ninguna de ellas quería ser vengada.

—No te herirás solo a ti mismo, cariño —le advirtió Saha—. Si sigues, caerás en una trampa. Aparta tu dolor. Abraza tu verdadero destino y deja que él te eleve.

Hong Tray lo estudió con ojos como canicas de frío metal, afirmando que había llegado a un cruce de caminos, que estaba a punto de hacer una elección que afectaría al resto de su vida.

Sabía, por supuesto, que las palabras que la mujer fantasma decía, así como los propios fantasmas, habían de ser metáforas.

No tenía problemas con su conciencia cuando estaba despierto. De modo que trataba de no dormir.

La falta de sueño aún ofuscaba más su juicio.

Los seres ocultos siempre informaban de lo mismo: Aridatha Singh no abandonaba sus oficinas. Trabajaba día y noche, apenas hacía otra cosa que dar pequeñas cabezadas, mientras trataba de mantener de una pieza el mundo tagliano con su sola voluntad. La lucha por mantener el control debería haberlo destrozado y haber hecho trizas su espíritu. La mayoría de los hombres habrían comenzado a cortar cuellos para facilitar una rápida reconstrucción y para suavizar la frustración. Aridatha aplastaba a la gente mediante la razón y la opinión pública. No trataba con nadie en secreto. Se aseguró de que el mundo supiese cuándo alguien rechazaba tratar los asuntos de la ciudad en público.

Los obstruccionistas comenzaron a conocerse. El estado de ánimo de la gente desplazada por la lucha y el fuego no perdonaba a las tradicionales facciones.

Ocurrió lo impensable. Varios hombres de casta superior fueron apaleados salvajemente. Se vieron shadar entre la multitud alentando la violencia. Nadie se sorprendió y Aridatha Singh no parecía ser consciente de ello personalmente.

Era noche profunda, pero un ligero tráfico continuaba saliendo y entrando de los cuarteles de los batallones de la ciudad, donde estaba el cuartel general de Aridatha Singh. Una oscura niebla rodeaba el lugar. A la gente le entró sueño. Las sombras corretearon entre las sombras. Por un instante, acá y allá, se pudieron ver brevemente pequeñas personas y animales... si hubiese habido alguien despierto para verlos.

Tobo llegó andando entre ellas, tan cansado que bizqueaba, tan seguro de sí mismo que no había traído su poste volador ni se había puesto la armadura Voroshk. Tan seguro de sí mismo que no comprobó los informes de las Sombras Desconocidas.

Esperaba entrar, completar su venganza, e irse sin que nadie se enterara de nada. El destino de Aridatha Singh sería un misterio inconmensurable y terrible.

Los seres ocultos no podían decirle nada del despacho de Singh. No podían entrar. Estaba sellado para que no entrara el aire. Pero los centinelas del exterior estaban

roncando.

Tobo empujó la puerta. Cedió crujiendo, abriéndose hacia adentro. Entró jadeando. Al otro extremo de la sala tres habían caído hacia adelante sobre una mesa de trabajo o estaban despatarrados sobre sillones.

—Esto no es bueno —murmuró Tobo nada contento con la presencia de testigos potenciales.

—Nada bueno —dijo Aridatha Singh alzando el rostro del escritorio.

Tobo solo tuvo tiempo de percibir el silbido del aire detrás de él antes de que algo lo golpeará en la cabeza con tal fuerza como para romperle los huesos. Se sumió en la oscuridad sabiendo que había sido traicionado, que había caído en una trampa. Las Sombras Desconocidas se desperdigaron en todas direcciones, enloquecidas, haciendo de Taglios una ciudad de pesadillas.

Sahra, Gota y Hong Tray aguardaban a Tobo en la otra orilla de la consciencia. Las tres le dijeron que era un desastre provocado por él mismo. Lo podría haber evitado haciendo simplemente lo correcto.

Había sido avisado de antemano. No había escuchado.

El dolor de Sahra era el más profundo que jamás Tobo había conocido.

CAPÍTULO 135

†AGLIOS:

LA ESTACIÓN DE LA LOCURA

Dama lidió fácilmente con la tentación durante varios días después de que Matasanos se marchara. Seguía recordándose que lo único que tenía que hacer era aguantar hasta que él volviese. Para entonces la Hija de la Noche ya no sería la mesías de los Impostores. Simplemente sería Booboo.

El buen juicio le decía a Dama que fuera paciente. Pero las emociones no atienden a razones. Una emoción amenazaba con devorarla. A pesar de su larga historia, la emoción se hizo con el control.

Sucumbió tras solo cuatro días.

Dama echó un rápido vistazo al pasillo para asegurarse de que nadie iba a intervenir, entonces se sentó en un taburete junto a la cama de su hija. Agarró los extremos de los hilos de conjuros que mantenían a la chica dormida y atada. Trabajó con rapidez y habilidad. Había estado estudiando las ataduras de Booboo durante los cuatro días. Los conjuros se desataron casi como si tuvieran voluntad propia.

Dama siguió con una presteza inocente poco común. La parte de ella que se había endurecido y agriado en el mundo real se burlaba de su infantilismo. Este era el mundo. Su mundo. El mundo real. No había razón para esperar nada bueno de él.

Los ojos de Booboo se abrieron con una rapidez mecánica. El color era el correcto, pero no eran los ojos de su familia. Tampoco los de Matasanos. Eran unos ojos más fríos que los de Dama en su momento más cruel. Eran los ojos de una serpiente, una nagá, una deidad. Por un instante Dama se quedó inmóvil como un ratón atrapado bajo la mirada de una serpiente. Entonces dijo:

—Soy incurablemente romántica. La esencia del romance es la convicción inmovible de que la próxima vez será diferente.

Intentó hacerse con el control mientras la chica estaba demasiado débil físicamente como para actuar.

El aura «Ámame» de la chica ya había tocado a Dama de manera tan sutil que siguió sin percibirlo hasta que fue demasiado tarde.

Dama no llevaba el disfraz Voroshk. No había dónde cobijarse de la tormenta.

Una vibración surgió en su interior, a velocidad glacial. Mientras aumentaba, vio como el poder de la diosa inundaba lentamente a la Hija de la Noche. El zumbido dentro de Dama incluía un rastro de alegría. Entendió que sus emociones maternas sin práctica habían sido descubiertas y manipuladas de manera muy sutil durante mucho tiempo. Tan sutilmente que no lo había sospechado. Aún peor, tan sutilmente que no estaba preparada para responder al desastre.

No importaba, era una mujer de voluntad increíble con eones de tiempo para ponerla en práctica.

Quedaba por efectuar un contraataque.

En un instante Dama tomó la decisión más cruel de su vida. Se arrepentiría de ello, pero sabía que aquella elección dejaría unas heridas menos dolorosas a largo plazo.

La Dama del encantamiento tenía siglos de práctica tomando decisiones terribles rápidamente y los mismos años de práctica viviendo con las consecuencias.

De su cinturón, Dama extrajo un recuerdo de su breve paso como capitana de la Compañía Negra. La empuñadura de la daga era una calavera plateada con un ojo de rubí. El rubí parecía estar vivo. Dama alzó la hoja lentamente, con la mirada fija en los ojos de la Hija de la Noche. La sensación de la presencia de Kina se hizo muy fuerte entre las dos.

—Te quiero —dijo Dama—. Siempre te querré. Siempre. Pero no voy a permitir que le hagas esto a mi mundo.

Dama podía hacerlo, a pesar de todo. Ya había matado a seres igual de queridos antes, cuando no era mayor que la chica que yacía bajo su cuchillo.

Y por razones más débiles. Sintió una locura que ascendía en su interior. Trató de concentrarse.

Podía matar porque estaba convencida de que era lo mejor que podía hacer.

Kina y la Hija de la Noche luchaban por quebrar la terrible voluntad de Dama, pero la daga descendía hacia el pecho de la chica en una progresión inexorable. La Hija de la Noche pronto se convirtió en una presa hipnotizada, incapaz de creer que la hoja de Dama seguía cayendo.

La punta del cuchillo tocó la ropa, la atravesó, encontró carne, después una costilla. Dama cambió el peso para poder clavar la hoja entre los huesos.

En ningún momento se lo esperó. El golpe, en apariencia recibido en la parte derecha de su cabeza, fue lo suficientemente poderoso como para lanzarla de lado un par de metros contra una pared. Se hizo la oscuridad. Por un instante, soñó de manera precisa que trataba de estrangular a su niña en lugar de apuñalarla.

La Hija de la Noche sintió que el fuego le abrasaba el pecho mientras su potencial

asesina volaba hacia la pared. Gritó. Pero la agonía que la consumía no era la de la herida. Era una negra explosión dentro de su mente, una ola repentina de fragmentos como cuchillos de miles de sueños oscuros, de un grito más agudo que diez mil piedras afilando espadas, de una rabia tan vasta y roja que podría llamarse Devoradora de Mundos.

La descarga fue tan violenta como para lanzarla hacia arriba. Cayó cuan larga era sobre la forma inerte de su madre de nacimiento. Pero no lo sabía. Estaba inconsciente mucho antes de que la gravedad se hiciera cargo de ella.

Un tufo a vieja muerte, a moho de cementerio, flotaba en el aire de la habitación.

CAPÍTULO 136

LA FORTALEZA SIN NOMBRE: ACECHANDO A DIOS

Goblin estaba demasiado ansioso. En dos ocasiones estuve a punto de gritarle que fuese más lento. Bajaba por la oscura escalera a un ritmo que no podía igualar. Incluso llevando la ropa Voroshk los impactos contra las paredes eran demasiados para mis nervios.

Aún no habíamos llegado a la caverna de hielo donde estaba Atrapa Almas cuando le ordené a gritos que se detuviera. Oh, maravilla, esta vez Goblin me oyó. Y me escuchó. Y respondió cuando le dije que tenía que volver arriba.

—¿Qué?

La palabra pareció convertirse en un largo susurro procedente de una antigua tumba.

—No podemos hacer esto en la oscuridad. Nos daremos golpes hasta caer inconscientes antes de llegar allí abajo. Como poco llegaremos demasiado golpeados como para pensar.

Emitió un sonido que significaba que estaba de acuerdo aunque a regañadientes. También había tenido algunas colisiones bastante desagradables.

—Hemos de conseguir luces.

¿Cómo había pasado por alto algo tan obvio? Supongo que había estado excesivamente atareado tratando de ser sutil y sibilino.

La escalera era demasiado estrecha como para girar los postes voladores. Teníamos que ascender marcha atrás; un proceso lento, humillante y a veces doloroso. Las cosas no mejoraron cuando llegamos arriba.

Las chicas y el cuervo blanco nos esperaban con una actitud tan petulante que podía percibirse a pesar de estar vestidas para la acción. Arkana balanceaba una lámpara de atrás a adelante.

Por un instante sufrí una preocupación totalmente irrelevante por no haber traído mi disfraz de Tomavidas. Parecía adecuado para la situación. Aunque no era en absoluto necesario.

La armadura no era más que un disfraz.

Ahora era Shukrat la que balanceaba una lámpara mientras se reía.

—Ni una palabra —dije resoplando.

—¿He dicho algo?

—Lo estás pensando, querida hija.

Alzó la linterna para ver mejor lo que llevaba puesto. La ropa se movía lentamente, reptando por mí mientras realizaba reparaciones en los grandes daños causados.

—De mi boca no va a salir ni una recriminación, viejito, ya conoces a tu Shukrat. Honra a sus mayores sin falta. Pero me voy a echar a reír. Por favor, no saques conclusiones erróneas pensando que me río de ti.

Arkana se rio aún con más fuerza.

Goblin realizó una serie de ruidos gastando en poco tiempo su vocabulario.

—Tiene razón. Dadnos esas lámparas. Necesitamos terminar el trabajo.

Esperaba que mi estúpido fallo de no pensar en la falta de luz no fuese el causante de nuestra destrucción. También esperaba que fuese la última cosa estúpida que jamás olvidaba.

Goblin agarró la lámpara de Shukrat y volvió a descender. Esta vez no tenía tanta prisa. Probablemente su deseo de venganza había comenzado a enfriarse.

Yo tomé la lámpara de Arkana. El cuervo blanco aleteó en la punta de mi poste. Antes de que acabase de decirle que viajar conmigo quizá no fuese una buena idea, Shukrat tenía otra linterna y estaba ayudando a Arkana a conseguir otra luz.

Las chicas estaban esperándonos.

Discutí con ellas todo el camino hasta la caverna de hielo. Ellas se mostraron divertidas durante el trayecto y se negaron a escuchar mis advertencias.

El cuervo blanco decidió que la caverna de los antiguos era un buen lugar para desviarse.

—¡No toques nada ahí dentro! —grité—. Sobre todo no te toques a ti misma. ¿Cuándo aprenderé a mantener mi boca cerrada? —continué murmurando.

Sería una maravillosa ironía que el roce del pájaro fuese lo que causase la muerte de Atrapa Almas tras tantos años de suerte.

A Goblin le entró de nuevo la prisa. Justo cuando trataba de hacer que fuese más lento me dijo:

—¡Algo pasa con Kina! Comienza a moverse.

—¡Mierda!

Era imposible seguir su ritmo, hasta que por fin alcanzamos la barrera negra. Allí los nervios le fallaron a Goblin. Se quedó congelado, recordando el horror de los años pasados al otro lado.

—Goblin, casi hemos llegado, tenemos que hacerlo. Tenemos que hacerlo ahora.

A pesar de lo obtuso que era en temas sobrenaturales, percibí la proximidad de Kina y su conciencia cada vez más despierta. No podía ser culpa nuestra, su atención estaba fija en otra parte.

—¡Ahora! —dije con más fuerza.

Detrás de nosotros las chicas comenzaron a murmurar preocupadas. Eran mucho más perceptivas que yo.

—Idos arriba, ahora mismo —les dije—. Os garantizo que os alegraréis de hacerlo. Sobre todo si las cosas no nos salen bien. ¡Goblin!

Recuperó el valor, o quizá volvió a encontrar su odio. Su rostro se endureció y comenzó a avanzar.

—No te apures —le susurré mientras atravesaba la barrera negra—. Chicas, lo digo en serio, comenzad a correr. Alguien tiene que sobrevivir.

Penetré la terrible barrera detrás de Goblin, casi cagándome encima del miedo. A pesar de lo que le había dicho al hombrecillo, no era momento de mostrarse lento o dubitativo. Una vez que cruzásemos la barrera, Kina sabría que estábamos allí. Su lentitud sería nuestra aliada.

Una vez que penetré la barrera me lancé hacia la antesala en el exterior de la prisión de Kina. Goblin se preparó para cargar. Tuve que hacer varias cosas a la vez: animarlo, prepararme para soportar lo que estaba a punto de pasar y hacer lo que me correspondía en aquel trabajo suicida.

Tenía que mantener en mente el plan general. Tenía que hacer cada cosa a su tiempo, en el orden adecuado, justo como lo había preparado en los últimos meses.

Cuando Goblin se abalanzó, coloqué mi poste volador en el ángulo donde el suelo se encontraba con la pared de la izquierda, entonces me pegué contra la pared superior y esperé a que la ropa Voroshk crease una costra protectora entre ella y yo. Con una luz que apenas iluminaba, encontré la página correcta en la libreta del Primer Padre. Mantuve mi protección abierta lo justo para ver a Goblin lanzándose contra Kina y, para mi sorpresa, hundir la lanza de Un Ojo en su sien. Había supuesto que apuntaría al corazón.

Completé el cántico que destruiría el poste de Goblin y acabé por cerrar la protección a mi alrededor. Entonces me permití sentirme peor que la mierda de serpiente por lo que estaba haciendo.

Me había esforzado en los últimos meses en justificarme a mí mismo. Pero ahora estaba sucediendo de verdad y cuando acabase tendría que vivir con mis engaños para siempre.

Todo el universo tembló. La caverna donde Kina yacía era grande, pero cerrada. La escalera era la única escapatoria que el producto de tal violencia pudo encontrar. La onda de energía golpeó mi protección.

Me aferré a la pared de piedra bajo capas y capas de material Voroshk mientras el

universo temblaba y aullaba. Juré que si Kina era tan poderosa como para soportar aquello, me alistaría a su servicio, pues lo único más duro que ella serían los tipos que la ataron y no se les había visto en varios milenios.

El ruido comenzó a desvanecerse, pero tuve problemas para escucharlo desaparecer. El estruendo me había dejado sordo temporalmente.

Tenía la esperanza de que las chicas hubiesen vuelto atrás, tal y como les dije.

Suponía que la violencia no había dañado nada más. Un gran terremoto había partido la llanura sin destruir o afectar las cuevas de hielo.

Hice que la ropa Voroshk abriese una rendija por la que pudiese ver. Si era necesario, si Kina había sobrevivido, pero estaba herida, metería allí mi poste y también lo haría volar. Y si yo sobrevivía a una segunda explosión, entonces me preocuparía por no sufrir un ataque al corazón o morir de hambre mientras trataba de escalar las miles de escaleras.

El material que me protegía quedó tan traumatizado que tardó diez minutos en responder. Se retorció, tembló, se arrastró, moviéndose a pequeños impulsos, como si intentase sanarse.

Una vez que tuve un hueco, descubrí que no había nada que ver. Dentro de la celda de Kina aún brillaba una intensa luz. Quizá se estuviese desvaneciendo, pero de manera tan lenta que apenas se notaba nada.

Pasó media hora antes de que pudiese buscar detalles sin que me dañase los ojos. Igual. El mismo tiempo tardó mi ropa protectora en sanarse y relajarse lo suficiente como para permitirme salir de la pared.

Vaya ropa más inteligente. Tardan en recuperarse el tiempo necesario para evitar que hagas algo estúpido.

Me monté en el poste y avancé, sabiendo, al moverme, que mi protección no sobreviviría a otra explosión.

Al principio no pude encontrar nada. Luego, una vez que la luz se desvaneció un poco más, comencé a descubrir trozos de lo que podía haber sido un hueso o diente incrustados en varias superficies. De carne, ya fuese de Goblin o de la diosa, no había rastro.

De hecho, dudaba de que los fragmentos de dientes y huesos pudiesen pertenecer a algo mortal. La explosión había sido demasiado violenta. Más violenta incluso que las que destrozaron la Puerta de las Sombras Voroshk y las que iniciaron el derrumbe del palacio.

La destrucción de Kina había añadido de alguna forma una gran energía a la explosión.

Mi poste no se comportaba de manera normal. Temblaba y respondía de manera muy lenta. Debió de haber sido golpeado contra los muros a pesar de que lo protegí lo

mejor que pude.

Una vez que la luz se desvaneció alrededor de donde había yacido la diosa, vi lo que parecía una gran serpiente negra sobre los escombros del lecho de roca de Kina. Era lo único que no era blanco en el lugar, aparte de yo mismo.

Me acerqué con cuidado. Según sabía yo aquello era el hueso de oscuridad que se había enroscado alrededor del corazón de Kina y estaba preparado para creer que cualquier cosa que viese o experimentase en aquel lugar fuese una ilusión.

Kina era la Madre del Engaño.

Uno de los mayores poderes de los Impostores es su habilidad para que dudes de todo y no te fíes de nadie.

La cosa negra no era una serpiente. Eran los restos deformados de la lanza de Un Ojo. Sorprendentemente, había sobrevivido a la violencia con pocos daños. Simplemente estaba retorcida y ligeramente chamuscada en la superficie. Las capas de metal se habían distorsionado levemente por el intenso calor.

Dios, sin duda había puesto unos buenos conjuros protectores en aquella cosa.

Recogí la lanza y me aseguré de que estaba bien sujeto al poste. Entonces le di la orden de que me llevara al punto base.

CAPÍTULO 137

†AGLIOS:

LA ESPOSA ΜΕΛΑΠCÓLICA

Descendimos del cielo bamboleándonos como una familia de buitres sarnosos. Mi ropa Voroshk aún no se había sanado por completo. Las chicas estaban más vapuleadas que yo. La explosión las había alcanzado mientras ascendían por la escalera. Tenían moratones por todo el cuerpo.

El milagro real era lo bien parados que habían salido los postes, aunque sí mostraban algún desperfecto.

La Arboleda de la Condena se alzó para recibirnos, dándonos la bienvenida como una madre que saluda a sus hijos perdidos.

Pensamientos e imágenes extraños comenzaron a adentrarse en mi mente. Me preocupaban. Me hacían dudar de que Kina hubiese realmente muerto y no estuviese en realidad oculta.

En broma, Shukrat me dijo que de lo que tenía que preocuparme es de que el padre y el marido de Kina quisiesen vengarse. No me reí. Me parecía una preocupación bastante real.

La Arboleda de la Condena estaba vacía, al menos de humanos, pues algunos pájaros ya habían hecho allí sus nidos y ahora había animalillos en la espesura.

Ya no pendía en el lugar la sensación de negrura.

—Lo conseguimos —suspiré—. Por fin. De verdad. Ya no hay Kina que atormente los mundos.

Como no habían pasado su vida bajo la amenaza del Año de los Cráneos, las chicas no estaban tan emocionadas.

El cuervo blanco se posó en una rama cercana y se arrancó una pluma sucia.

—¿Estás seguro?

El animalito se divertía mucho tocándome las narices. Parecía que ella y yo estábamos destinados a tener una larga y desagradable relación, a menos que mantuviese mi promesa a Shivetya.

—Si hay algún lugar en este mundo donde la supervivencia de Kina se

manifestaría con claridad, es aquí. Este lugar casi ha sido parte de ella desde que comenzó el culto. Quizá incluso se inició aquí mismo. No creo que pudiera desvincularse de la Arboleda aunque quisiera.

—Sigamos adelante, entonces —dijo Shukrat.

—Está deseando echarle de nuevo el guante a Tobo —dijo Arkana con sorna.

No iba con mala fe. El contraataque de Shukrat incluyó cierta mención a Aridatha Singh y a la timidez terminal de Arkana. Entonces Arkana se puso seria.

—Oye, papaíto, ¿qué crees que supondrá para la Hija de la Noche que Kina haya muerto?

Andaba con pies de plomo, preocupada por las miradas que había visto a Singh dedicar a la chica, sin creer del todo que el resto de los hombres reaccionasen igual.

—¿Se va a poner normal?

Shukrat también mostró cierto interés.

—No lo sé, preciosa, pero estoy preocupado. Ha estado conectada con Kina desde que fue concebida. Para ella será como si a ti o a mí nos arrancaran el hígado.

Estaba más preocupado por mi mujer. El perder la conexión con Kina la devastaría. Todo lo que era, en su corazón, estaba ligado a la terrible hechicera que había sido. Sin una Kina de la que absorber la energía, no sería más que otra mujer de mediana edad, canosa y regordeta.

El tiempo había sido adverso desde que cruzamos la Puerta de las Sombras. Habíamos tenido que lidiar con tormentas y truenos una y otra vez. Nos había costado más de un día.

Ahora, a tan solo veinte millas, no había forma de evadir el clima, excepto ascendiendo mucho, allí donde el aire era gélido y casi no podías respirar para después zigzaguear entre grandes montañas de nubes mientras eras lanzado y golpeado por las turbulencias. Shukrat y Arkana no querían en modo alguno volar entre aquellos rayos.

—Piensa en lo que ocurriría si te alcanza uno de esos —dijo Arkana.

No lo pensé por mucho tiempo. No quería que mi poste saltase por los aires entre mis piernas. Me dirigí a tierra. Acabamos en una aldea de granjeros gunni, donde los lugareños nos trataron con el mismo respeto precavido que habrían mostrado ante un trío de nagás, el pueblo de serpientes malignas que según los mitos gunni viven bajo tierra, pero que surgen para asolar la humanidad en numerosas ocasiones, siempre a dos o tres pueblos de distancia.

No robamos ninguno de sus bebés o doncellas, ni su ganado sagrado, ni siquiera las ovejas. Me pareció curioso que fuesen flexibles en temas religiosos. Criaban ovejas para luego venderlas a pueblos vehdna, donde serían sacrificadas de inmediato.

Los rayos cesaron poco después de medianoche. Dejamos a nuestros anfitriones con monedas suficientes para que bendijeran nuestros nombres, que nunca mencionamos.

Aunque no había rayos, caía una lluvia fina y constante. La ropa Voroshk ayudaba, pero no demasiado. Estaba helado y destrozado y mi cuervo mascota, que ahora volaba justo delante de mí para resguardarse bajo un pliegue de la capa, estaba tan ensimismado en sus miserias que no se molestaba ni en quejarse.

El cuartel de la Compañía parecía extrañamente silencioso y alerta. Por todos lados aparecían centinelas armados.

—Parece que a Suvrin le preocupa un ataque.

—Debe de haber ocurrido algo.

—¿Lo percibís, chicas?

—Hay algo que no va bien, eso es seguro, pero no sé el qué —dijo Arkana.

—Será mejor que lo averigüemos.

¿Me había ausentado menos de dos semanas y todo se había ido al garete?

Suvrin lo explicó todo. Me controlé y no salí corriendo para ver a Dama hasta que acabó de contar el relato.

—El general Singh tiene a Tobo en una celda aislada para que las Sombras Desconocidas no puedan llegar hasta él en busca de instrucciones. Singh no permite que nadie visite a Tobo. Lo que sí sabemos es que el muchacho está herido.

—Obviamente, o no aguantaríamos esta situación. ¿Intentó una estupidez?

—Evidente. Y me faltan fuerzas para sacarlo del atolladero.

—Ahora no, si es que quieres tomarte la molestia. ¿Qué pasa con Dama?

—No sabemos lo que sucedió. No había nadie allí y no he tenido informes últimamente. Lo último que sé es que estaba consciente, aunque hinchada y no daba respuestas. La chica está peor. ¿Tuvo éxito tu esfuerzo?

—Bastante. Probablemente explique lo de Dama y Booboo. —No me extendí más—. Tengo una sensación espeluznante.

—Es lo mismo cada noche. Los amigos de Tobo no están contentos. Y cada vez lo están menos. Pero Aridatha no se siente intimidado.

—Veremos si podemos cambiar eso una vez que vea a mi mujer.

O a la persona que solía ser mi mujer.

Me llevé a Arkana conmigo, por si acaso.

—No digas nada. Simplemente mantente detrás y cúbreme —le dije.

Había un guardia en la puerta de mis aposentos, pero no estaba allí para evitar que alguien entrara. Quizá tampoco para que nadie saliera. Era una advertencia de Suvrin.

Los dos intercambiamos saludos con la cabeza. Le rompió el corazón a Arkana por no fijarse en que era muy atractiva. Supongo que debía de ser evidente a pesar de la ropa Voroshk.

Dama se sentaba en una mesita. Miraba el vacío. En algún momento había estado jugando al solitario, pero había perdido el interés. La lámpara junto a ella estaba casi sin aceite. De ella ascendía un humo negro. Había que recortar la mecha.

Contemplase lo que contemplase, era evidente que solo veía desesperación.

Había perdido todo interés en mantener las apariencias.

Le puse mi mano buena en el hombro derecho.

—Cariño, he vuelto.

No respondió de inmediato. Una vez que reconoció mi voz se apartó.

—Lo has hecho —dijo como si pensara en voz alta en lugar de dirigirse a mí—.

Tú le has hecho algo a Kina.

Solo expresó cierta emoción humana en el «tú».

Miré a Arkana para ver si prestaba atención. Sería un momento crítico.

—La he matado. Como pactamos hacer.

Si había algún fragmento de la diosa en ella, provocaría alguna reacción. Algo hubo, pero no el intento físico de venganza que habría preferido. Casi.

Simplemente se echó a llorar.

No le recordé que sabía que aquel día llegaría.

—¿Cómo está Booboo? ¿Cómo lo lleva?

—No sé. No la he visto.

—¿Qué? Antes de marcharme era imposible separarte de ella ni para comer.

La presa reventó. Empezaron las lágrimas. Se convirtió en una mujer que nunca antes había visto, abierta en canal, como una fruta demasiado madura.

—Intenté asesinarla.

—¿Qué? —Había hablado en voz muy baja.

—¡Traté de matarla, Matasanos! ¡He intentado matar a mi propia hija! ¡Intenté atravesarle el corazón con un puñal con todas mis fuerzas! Y lo habría hecho si no hubiese recibido un golpe en la cabeza.

—Te conozco. De modo que sé que la razón no fue que te pareciese divertido hacerlo. ¿Qué ocurrió?

Balbuceó. Los años de tragárselo todo finalmente cedieron. La marea lo arrasó todo.

El momento coincidía con mi ataque a Kina. La violenta reacción de Dama hacia Booboo podría haber estado causada por el miedo que emanaba de la diosa. El comportamiento de Booboo también podía haberse visto afectado del mismo modo.

Dama lloró largo tiempo. La sostuve. Temía por ella. Había caído demasiado. Y

yo había sido un lastre durante la caída.

¿Era todo culpa mía? ¿O simplemente se debía a la chispa y la emoción del verano de juventud que se tornaba en la oscura estación de la desesperación propia de la vejez?

Arkana era una buena hija. Se quedó de pie, esperando pacientemente a que amainara la tormenta emocional. Se quedó allí por mí, sin entrometerse en las horas tan tristes de mi esposa. Tras marcharnos le di las gracias de todo corazón.

—¿Crees que podrá recomponerse? —preguntó Arkana.

—No lo sé. No sé cómo hacer que ella quiera. Si ella quisiese, no estaría preocupado. Tiene una voluntad de hierro cuando desea algo. Ahora mismo, voy a tratar de seguir amándola y voy a esperar a que algo ocurra que la llene de cierta esperanza.

—Yo tampoco sé si podría soportar quedarme totalmente impotente. Quizá me mataría.

—Novecientas noventa y nueve personas de cada mil viven toda su vida sin tener una millonésima parte de tu poder. Y sobreviven.

—Solo porque ignoran totalmente lo que se pierden. Nadie llora al perder lo que nunca ha tenido.

Tenía razón.

La medida completa de la melancolía de Dama se me negaría para siempre, pues nunca fui capaz de experimentar la vida tal y como ella lo había hecho. Mientras que ella conocía perfectamente bien mi vida.

Algo que quizá ayudaba a aumentar su desesperación.

CAPÍTULO 138

†AGLIOS:

LA HIJA PERDIDA

Booboo estaba peor que Dama. Estaba perdida dentro de sí misma. Tenía guardias reales que la vigilaban. Me dijeron que no había hecho nada más que mirar el infinito desde que recuperó la consciencia. Ni en una sola ocasión habían sentido el deseo de servirla o violarla.

Uno de los guardias era un shadar que había seguido a Dormilón desde las guerras de Kiaulune.

—Suruvhija Singh y sus hijos cuidan de ella —me dijo.

Sentí una pequeña punzada. La viuda de Iqbal Singh. Favorecida por Dormilón. No había sabido que la familia había sobrevivido a la lucha al sur de Taglios. Me había concentrado demasiado en lo mío como para ocuparme del bienestar de aquellos que dependían de la Compañía Negra.

La Hija de la Noche estaba limpia y bien cuidada y la habían vestido con primor. Se sentaba en una mecedora que, por estos lares, era un mueble bastante inusual. No era consciente de nada fuera de los límites de su mente.

Babeaba sobre su bonito sari blanco, que era ligeramente más pálido que su piel casi albina. Alguien había colocado un trapo para recoger la baba.

Hablando de albinos, el cuervo blanco había conseguido llegar antes que yo. Pero se cuidaba mucho de no enfadarme últimamente.

Había oído lo suficiente como para sospechar que yo iba a tener gran influencia en su futuro.

Shivetya nos había ayudado de manera increíble como pago de nuestra promesa de acabar con su administración de la llanura reluciente. Estaba decidido a cumplirla.

Trato de cumplir todas las promesas de la Compañía. Cumplir nuestras promesas es lo que nos diferencia de gente como la radisha, que tratan de jodernos en lugar de mantener su palabra cuando no les conviene.

Di dos vueltas alrededor de Booboo. No evidenció signos de percatarse de mi presencia. Me arrodillé delante de ella. Tenía los ojos abiertos, las pupilas diminutas.

Sus ojos no se movieron al agitar un dedo de atrás a adelante delante de ellos.

Retrocedí y pensé en mis opciones. Finalmente, conduje a Arkana al pasillo y le conté lo que quería intentar y en qué me podía ayudar.

Volvimos junto a Booboo y el pájaro. Ninguno de los dos parecía haber movido un músculo.

Arkana y yo nos separamos, moviéndonos lentamente, como tratando de colocarnos detrás de Booboo sin que nos viera. Una vez allí, esperamos.

Y esperamos.

Es difícil ser paciente a la edad de Arkana. Finalmente, comenzó a inquietarse, provocando leves susurros de movimiento, tras los cuales incluso dejaba de respirar por un tiempo.

Tras un rato tan largo que incluso yo comencé a agitarme, le hice una señal a Arkana para que se adelantase. Tratando por todos los medios de no hacer ruido, se puso de rodillas a la derecha de la mecedora de Booboo, fuera del campo de visión, tras el oído derecho de la muchacha, pero con el rostro tan cerca que Booboo quizá pudiese notar el calor de su presencia. Yo hice otro tanto a su izquierda. Ninguno de los dos nos movimos hasta que las rodillas comenzaron a torturarme. Tratamos de no respirar en dirección a la muchacha.

Asentí.

Arkana susurró «Sosa, sosa», en voz tan baja que casi no pude escucharla. Tan levemente que incluso alguien que escuchase las palabras susurradas directamente al oído no podría saber qué había dicho.

No tengo ni idea de por qué eligió decir aquello. Me incliné para que el calor de mi presencia fuese más evidente. Asentí.

—Sosa, sosa.

Esta vez más fuerte.

La piel en la nuca de Booboo tembló.

Sonreí en dirección a Arkana y le guiñé un ojo.

La traición siempre sale a la luz.

—Sosa, sosa.

Lentamente, la chica comenzó a girar la cabeza hacia Arkana, como si la niña que tenía dentro fuese incapaz de dominar la curiosidad.

No era que hubiese estado fingiendo, sino que nada demasiado obvio era capaz de penetrar el muro de desesperación.

Me levanté y me moví para que no pudiera descubrirme, a menos que hiciera un gran esfuerzo.

Arkana me miró como preguntando cómo había sabido que podíamos hacer reaccionar a Booboo. Me encogí de hombros. Simple intuición, supuse. Una convicción de que su curiosidad podía ser despertada si se hacía con suficiente

sutileza.

Pero y ahora ¿qué? ¿Cómo mantener su atención fija lo suficiente para evitar que saliese corriendo de nuevo?

Pronto la chica nos veía y oía perfectamente. Pero seguía sin reaccionar. Seguía sin contestar a las preguntas.

No tenía voluntad de vivir. Y yo comprendía por qué. En su vida no había habido otra cosa que Kina y la lucha por liberar a la diosa. Nunca había habido nada más que la misión de provocar el Año de los Cráneos.

Suruvhija apareció. No la había conocido cuando ella y su marido se unieron a la Compañía. Quizá hubiese sido entonces una belleza, pero lo dudaba. Ahora no lo era. Y ninguno de sus hijos te provocaba querer ir a abrazarlos. En cualquier caso, era buena gente, aunque gente triste.

—¿Has conseguido que despierte! —exclamó Suruvhija—. Es fantástico.

—Ahora tenemos que conseguir que siga así. ¿Alguna idea?

—¿Por qué?

Todos nos giramos hacia la chica.

—¿Qué? —pregunté.

—¿Por qué me molestáis? Liberadme. No tengo razones para vivir. No hay futuro. Ya no habrá salvación ni resurrección. No habrá edad de maravilloso renacimiento.

Ahora estaba totalmente despierta, pero deprimida, hundida. Me hincé de rodillas delante de ella, le tomé las manos en un esfuerzo porque siguiera interesada por el mundo externo a su mente.

—¿Qué significa eso que acabas de decir?

Pareció desconcertada por la pregunta. Pasé varios minutos demostrando mi ignorancia acerca de su fe. Mi esperanza era que se animase ante la posibilidad de explicarse.

Aún no me he topado con un verdadero creyente que se resista a una oportunidad de sermonear sobre su verdad particular. Booboo no era una excepción, aunque se mostró muy lenta.

No la interrumpí hasta cerca del final. Hasta ese momento no mencionó nada que no hubiese oído antes en una versión u otra.

—Disculpa —dije—, creo que me he perdido algo. ¿El Año de los Cráneos no es el fin del mundo?

El chico mayor de Suruvhija, Bhijar, llegó con comida y bebida. Me aseguré de que Booboo fuese servida en primer lugar. Bebió una pinta de agua antes de contestarme:

—Sí, es el fin del mundo. De este mundo tal y como es ahora. Se trata de una purificación. Un tiempo en el que todo el mal y la corrupción son barridos y solo

aquellas almas con genuina oportunidad de redención quedan en la rueda de la vida.

Me sentí confuso. Perdido. No entendía. Sabía que los Impostores querían acelerar la llegada del Año de los Cráneos. En eso consistía a grandes rasgos su culto. Sabía que la mayoría de los gunni querían lo contrario, pero creían que la llegada del Año de los Cráneos era inevitable. Algún día. Era una de las Edades de la Creación, la Cuarta Edad, ordenada desde el principio de los tiempos. Pero esta era la primera vez que escuchaba que había algo al otro lado. En especial algo aparentemente positivo.

—Todo mal sufre allí una muerte sin fin —murmuré para mí y luego pregunté—. ¿Me estás diciendo que la tarea primordial de Kina era limpiar la basura humana para que los buenos y justos pudiesen ir al paraíso?

Exasperada por ser tan obtuso, agitó la cabeza con violencia y trató de explicarse.

—Haz que traigan a mi esposa —le susurré a Arkana.

No soy tan lerdo como pretendía delante de mi hija aquella tarde, pero admito que nunca conseguí entender lo que trataba de explicar. Sin embargo, sí comprendí que realmente creía que al destruir a Kina le había sustraído al mundo de cualquier oportunidad de remontar la actual edad de pecado y corrupción hacia una edad de iluminación.

Supongo que Kina se había propuesto devorar de nuevo a todos los demonios, solo que esta vez habrían sido los demonios de la raza humana que reforman la vida y la historia en cámaras de tortura.

Los Señores de la Luz tendrían que retomar el trabajo desde arriba, incubando un plan de redención mundial. Asumiendo que aún estuviesen presentes en algún lugar.

Dama llegó, acompañada por Bhijar. Se derritió en el momento en el que vio que Booboo estaba despierta.

Observé, desconcertado, cómo tomaba mi lugar de rodillas frente a la Hija de la Noche. ¿Era aquella mi esposa? ¿Aquel montón de sentimientos desnudos era la mujer que solía ser Dama, otrora capaz de inspirar terror a un imperio entero con la sola mención de su nombre?

No escuché. He de admitir que estaba avergonzado por su comportamiento. Pues no había comprendido que hubiese tantas emociones torpes embotelladas dentro de ella. A mi alrededor Dama siempre se aferraba a jirones de su antigua imagen... cuando no se encontraba perdida en el reino de la autocompasión.

La escena pareció asombrar a la Hija de la Noche. No supo cómo afrontarla.

Suruvhija también quedó avergonzada. Sacó a sus polluelos de la habitación. Los chicos se fueron deprisa, incapaces de soportar tantos sentimientos. La propia Suruvhija me miró con conmiseración antes de cerrar la puerta.

Traté de decirle a Suruvhija que estaba sediento. Tenía la garganta seca. Fui tras ella. Tropecé al cruzar la sala. No es que fuese algo especial. La torpeza mental era

mi verdadera falla.

Salí al pasillo y llamé a la mujer.

—Por favor, trae más agua. Todos seguimos sedientos.

Asintió. Volvía a estar avergonzada, en esta ocasión porque estaba con un hombre que no era su marido. Estaba a punto de decir algo cuando Arkana gritó mi nombre.

Tardé un instante en volver a cruzar el umbral.

Booboo tenía un rumel, un pañuelo estrangulador de los Impostores, enrollado alrededor del cuello de su madre. Sus ojos estaban empañados por los restos del fantasma de Kina. Su fuerza era, obviamente, sobrenatural. Arkana no conseguía liberar a Dama, y la rubita no era una canija.

No necesitaba morir para ser enviado al infierno. En un instante elegí qué tortura quería sufrir por el resto de mi existencia.

Abofeteé a Booboo con el anverso de mi mano. No se detuvo. Le di un puñetazo. Se balanceó. Le salió sangre de la nariz, pero no aflojó la fuerza sobre el pañuelo de seda amarilla. Saqué la daga que siempre llevo conmigo y que normalmente uso para comer. Alargué el brazo y pinché la piel justo debajo del ojo izquierdo.

Seguía sin detenerse.

—Es la venganza de Kina, Matasanos —dijo el cuervo blanco.

¿Qué coño?

Dama casi estaba muerta.

Apuñalé el brazo de la chica.

Apenas sangró.

La apuñalé de nuevo, apuntando a la articulación del codo.

Sin resultado.

Traté de cortarle los tendones de la muñeca.

Mientras tanto Arkana estaba tratando de separarla desde atrás, romper el agarre del pañuelo de seda o cortar la tela.

Lancé el golpe más violento que pude. Al ver que no sucedió nada y que solo se balanceó la cabeza de la chica hacia atrás, perdí el control. Me puse hecho una furia, como suele decirse.

Cuando Arkana por fin me detuvo, había apuñalado a mi propia hija en más de veinte ocasiones. Pero no la había matado. Todavía. Al menos sí había soltado el pañuelo estrangulador.

Probablemente era demasiado tarde. Dama jadeaba y tosía, aún ahogándose. Me agaché y traté de liberarle la tráquea. Parecía tener dañada la laringe.

Arkana estaba calmada. Pidió ayuda.

—¿De dónde sacó Booboo el pañuelo estrangulador? —pregunté—. No lo tenía antes de que fuéramos al sur.

La habían desnudado, cepillado, y le habían puesto ropa nueva. Después la habían

llevado a su habitación. De modo que alguien le había proporcionado el rumel. Un Impostor secreto.

—Tenemos que averiguar quién la ha visitado.

No quería que fuese Suruvhija, aunque era la sospechosa más probable. Excepto por el hecho de que era una mujer. Hasta entonces, mi mujer y mi hija eran las únicas mujeres que conociésemos que habían sido admitidas en la hermandad secreta.

Aun así, era una época de grandes cambios. El dolor y la lentitud de mente de Suruvhija podían ser falsos.

Por algo se llaman a sí mismos Impostores.

CAPÍTULO 139

†AGLIOS:

EL GRAN GENERAL

El villano después de todo no era un Impostor. Ni siquiera entendía qué era eso. Se trataba del hijo de Suruvhija, Bhijar, a quien Booboo había atraído con su efecto «Ámame» cuando nadie estaba presente. Lo había enviado a un miembro secreto de la hermandad de los Estranguladores. Allí había conseguido el pañuelo asesino. Había ocurrido cuando estábamos volando de vuelta a casa desde la llanura reluciente.

El chico solo recibió el castigo que su madre consideró justo. Sin embargo, el Impostor que proporcionó el rumel, pronto siguió el camino de su diosa. Junto con una serie de amigos. No habría piedad para los Estranguladores hasta que él último de ellos hubiese muerto.

Mientras otros sacaban la verdad a la luz, yo me ocupé de Dama y Booboo. Pronto comprendí que no tenía habilidad para salvar a ninguna de ellas. Convoqué a los mejores médicos de la Tierra de las Sombras Desconocidas. Al unísono me dijeron lo que no quería escuchar.

La hechicería era la única esperanza de aquellas mujeres. Y Tobo era el único que dominaba la magia necesaria. Arkana y Shukrat no eran de mucha ayuda. Sabían poco de las artes curativas.

—Sin tener en cuenta mis motivos personales, el chico es uno de los nuestros —le dije a Suvrin—. No podemos dejarlo en una celda tagliana.

Suvin pecaba quizá de exceso de politiquería. Exceso de esa clase de mente que permite sacrificar a un individuo para que el resto no sea importunado. Quería evitar la confrontación con Aridatha Singh.

—Necesitas leer los anales, capitán —continuó—. Necesitas entender por

completo qué significa ser un hermano de la Compañía Negra.

—Quizá lo haga. Mientras tanto, seguiré dirigiendo todo tal y como hasta ahora.

No discutí. No esperaba otra respuesta. Me encontré con Shukrat fuera y negué con la cabeza. Comprobó el conjuro de sueño sobre los hombres que Suvrin había enviado tras de mí para asegurarse de que me comportaba. El conjuro funcionó a la perfección.

Shukrat y yo fuimos a buscar al gran general.

Arkana voló alto para cubrirnos.

Íbamos a sacar a Tobo a la fuerza.

El fallo del plan era que no sabíamos dónde estaba retenido Tobo, de modo que teníamos que preguntarle a Aridatha. Con más cuidado del que tuvo Tobo cuando llegó para invadir las dependencias del gran general. Shukrat allanó el camino con el conjuro de sueño. Todo comenzó tan bien que me tuve que contener para no ver un lado oscuro y esperar una trampa.

Singh no era fácil de manejar estando inconsciente. Al menos no era fácil para un viejo cascado y una chiquita adolescente. No obstante, lo montamos en mi poste antes de que fuese echado en falta y lo llevamos hacia las nubes y más allá, hasta la luz de la luna.

Hice que Shukrat lo despertara.

—Necesitamos hablar, Aridatha. Y vas a estar tranquilo mientras lo hacemos. Pues estamos a más de un kilómetro sobre el suelo.

Singh era un hombre frío y se recompuso de inmediato.

—¿Qué quieres?

—Tobo. ¿Dónde está? Pregunto considerando que aún te preocupa Taglios. Imagina lo que una nueva batalla haría a la ciudad.

Singh no dijo nada.

—No te va mal domando al tigre. Pero ese tigre tendrá la oportunidad de escaparse si tengo que acabar tirándote desde un kilómetro de altura.

Pensó en aquella perspectiva sospechando que no era un farol.

—Podrías iniciar una nueva guerra.

—Tú también.

—Intentó asesinarme.

—No volverá a hacerlo —le dijo Shukrat—. Tobo y yo vamos a tener una charla. Cuando acabemos, no volverá a hacer ninguna estupidez.

No parecía que tuviera ninguna duda. Sonaba como si a Tobo le esperase una sorpresa.

—Para que tu conciencia esté tranquila —dije—, no me va a molestar lo más mínimo volver a entablar batalla con vosotros. Ya no me queda mucho por lo que vivir. Puedo quemar Taglios sin compasión. A diferencia de otros, no me gusta el

lugar. No ha hecho nada por ganarse mi amor.

—Si te mata no quedará nadie que cuide de la radisha.

La radisha se había convertido en regente a pesar de la tradición porque Aridatha Singh había insistido con fuerza y nadie quería discutir con el gran general. Incluso en las provincias la resistencia al nuevo orden parecía estar debilitándose, como si fuese demasiado problema luchar cuando, por otro lado, las cosas marchaban tan bien.

A Arkana no le importaba lo más mínimo el bienestar de la radisha. Simplemente quería que Aridatha sobreviviese al incidente.

—Solo dinos donde está Tobo —dije—. Shukrat y yo lo sacaremos.

Muy lentamente, incliné el poste hacia adelante. Con perfecta sincronía un hueco se abrió entre las nubes permitiendo que la luz de la luna traspasara y se reflejara en la superficie del río. Descubrimos que, una vez que pudo ver lo alto que estaba, Aridatha Singh tenía vértigo. Resultó ser una de esas fobias que escapan al control de la razón.

Lo dejamos en la orilla norte del río. Arkana se quedó con él. Me pregunté si encontraría el valor para mostrar su interés.

CAPÍTULO 140

†AGLIOS:

CIRUGÍA CEREBRAL

Antes de que Tobo pudiera ayudarme con mis mujeres, yo, con la ayuda de los mejores médicos y cirujanos de entre los Hijos de los Muertos, tuve que sanar su herida en la cabeza. Sus captores taglianos no habían hecho nada por él. Estaba a dos tercios del camino de una tumba solitaria.

Ya no había más nyueng bao en la Compañía. El puñado que había llegado a Taglios con nosotros se había marchado a sus pantanos nativos poco después.

Tobo necesitaba una cirugía delicada para extirpar una docena de esquirlas de hueso de la superficie de su cerebro. Yo hice la mayor parte del trabajo, usando a mis colegas cirujanos como mi mano derecha. La operación duró doce horas. Shukrat estuvo presente todo el tiempo. A veces pensé que el fantasma de la madre del muchacho miraba por encima de mi hombro.

Me desmayé poco después de concluir, pues mis reservas físicas y emocionales estaban totalmente agotadas. Alguna alma caritativa hizo que me llevaran a la cama.

CAPÍTULO 141

†AGLIOS:

ASUNTOS DE FAMILIA

Debía de ser por la tarde. Los truenos de la temporada de tormentas hacían temblar el viejo cuartel greys. El rugiente siseo del diluvio se tragaba casi todos los demás ruidos. El aire era muy frío. Me dije que tenía que disfrutar del frío tanto como pudiese.

Una vez que parase la lluvia, volvería el calor. Y el aire sería tan húmedo como para cocer verduras.

Un rugido diferente, como un martilleo, surgió cuando unos vientos desbocados golpearon y azotaron el cuartel. Comenzó a granizar con fuerza. Las calles se llenarían de niños taglianos queriendo recoger el hielo. Alguno saldría herido, sin duda, debido a los granizos más grandes. Ocurría con frecuencia.

Shukrat entró. No parecía contenta. Suruvhija venía detrás con comida y bebida.

—¿Está muy mal? ¿Hay infección? —pregunté.

Shukrat se quedó desconcertada unos instantes.

—Oh, no. Tobo está bien. Incluso estuvo despierto durante un minuto hace poco.

Así que... ¿por qué no me decía directamente cuál era el problema?

Brinqué de la cama y con la prisa casi me lesiono.

—¡Tranquilo! —exclamó—. No sirve de nada que te pongas en peligro con tantas prisas. —Como vio que no conseguía calmarme, añadió—: No vas a poder ayudar a nadie si estás demasiado desecho emocionalmente.

Tenía razón. Un viejo como yo, en mi profesión, se veía a menudo expuesto a la verdad. No solo el miedo, sino la mayoría de las emociones son las que aniquilan la mente. Hacemos estupideces cuando dejamos que las emociones tomen el control. Después, nos vemos forzados a soportar las consecuencias el resto de nuestras vidas.

Respiré profundamente y bebí agua fría. Me dije que podía manejar incluso las peores noticias pues había estado lidiando con ellas durante toda mi vida.

—Te sigo —le dije a Shukrat.

Los soldados viven. Las malas noticias son parte de la vida.

Arkana y el cuervo blanco estaban con Dama y Booboo cuando llegué. Suruvhija llegó antes que yo. Se marchó enseguida murmurando que estaba agradecida por haber excusado a su hijo de las peores consecuencias de sus acciones.

Tampoco para mí era un buen día físicamente. Tenía que usar bastón.

Mis dos mujeres yacían boca arriba sin hacer ruido alguno. No vi señal inmediata de cuál era el problema. El cuervo caminaba de un lado para otro en un anaquel sobre el camastro de Dama. Arkana se sentaba en una silla junto a mi hija.

Me acerqué primero a mi mujer.

Dama respiraba, a duras penas, con extremo esfuerzo, jadeando y luchando por cada inspiración.

—Quizá tenga que cortarle la garganta por debajo de la obstrucción —dije con un gruñido.

La operación podía salvarle la vida, pero su vanidad se vería puesta a prueba. Los resultados nunca son bonitos.

Me sentí aliviado cuando me giré hacia la chica. Y culpable por sentir alivio.

Los soldados viven.

Booboo había muerto, acababa de suceder.

Me destrozó las entrañas.

—Hubo alguien con ella cada minuto, papaíto —me dijo Arkana—. Es como si ella misma no hubiese querido sobrevivir.

Hizo que me sentara.

—Lo entiendo. No tenía razones para continuar. Le arrancamos todo aquello que significaba algo en su vida. Pero saber aquí —señalándome la sien— que quería marcharse, no alivia el dolor aquí —golpeándome el pecho.

Respiré profundo y dejé escapar un largo suspiro.

—Dile a Suruvhija que vuelva a entrar.

—Compra todo el hielo que puedas —le dije a la pequeña shadar cuando entró—. Quiero envolver a mi hija en hielo.

Toqué a Booboo, aún estaba más caliente que el ambiente exterior.

—¿Qué ocurre? —preguntó Shukrat—. ¿Qué vas a hacer?

—Voy a llevarla a la caverna de hielo.

Teníamos que volver a llevar a los Hijos de los Muertos a través de la llanura y mantener la promesa a Shivetya. Quizá antes mejor que tarde.

El cuervo blanco hizo un ruidito tan solo para atraer mi atención.

—Ella está antes en mi corazón. Si hace falta hacerlo para salvarla, entonces también la pondré allí junto a ti.

Suruvhija se había marchado. Esperaba que no tuviese problemas para comprar el hielo. Si alguien evitaba que consiguiese el dinero, me vería tentado a romper unos

cuantos huesos.

No pensé en cuál habría sido mi respuesta como capitán a un subordinado con mi actitud. Las palabras inmortales son: «Esto es diferente».

El primer hielo llegó poco más tarde. Booboo había elegido la estación idónea para morir. La introdujimos en un cuarto con una tonelada de granizos dentro de unas cuantas mantas pesadas que cosimos hasta que quedaron cerradas. El poste volador de Dama, atado al de Arkana, podía soportar el peso a duras penas.

De repente me quedé indeciso. Quería llevar a la chica a la seguridad de la caverna antes de que la naturaleza siguiera su curso. Pero no quería alejarme de Tobo y de mi mujer y correr el riesgo de que se produjese aquí un desastre.

—Me voy a preocupar de que Tobo esté perfectamente bien —me aseguró Shukrat—. Y tan pronto como sea capaz, haré que ayude a Dama si no has vuelto. Ahora, vete. Haz lo que tienes que hacer.

—Vamos, papaíto —me dijo Arkana—. Una vez que ganemos altitud, el hielo no se derretirá tan deprisa.

—Sí. Shukrat, si algo ocurre... consigue más hielo y vente. Quizá Shivetya pueda ayudar.

Antes de irnos, tuve que visitar a Suvrin para hacerle saber lo que ocurría y disponerlo todo para que supiera qué hacer si los hados ordenaban que esta vez Matasanos no podía regresar.

Incluso cuando vuelas a favor del viento, se tarda bastante en llegar desde Taglios a la fortaleza sin nombre. Parece un tiempo infinito cuando la preocupación es tu compañera íntima de viaje. El cuervo blanco no servía para mucho, solo era una fuente de alimento de emergencia. Arkana era una hija aplicada, ayudando más de lo necesario, pero era demasiado joven. La mayor parte de su conversación era muy simple, incluso estúpida, de modo que me era difícil recordar un tiempo en el que yo tuviese tal edad, aún idealista y lanzándome de cabeza a la vida, creyendo que la verdad y la justicia siempre triunfarían.

Me guardé para mí mis opiniones. Después de todo lo que ya había sufrido, Arkana no se merecía que el optimismo que le quedaba fuese machacado por mi amargo cinismo.

Quizá su superficialidad juvenil era un útil escudo. Podía ayudarle a librarse de sus traumas. He conocido gente así, que solo viven para el momento presente.

CAPÍTULO 142

LA PIEDRA RELUCIENTE: POSTRES AMARGOS

Poco después de colocar a Booboo en la cueva de los antiguos, a pocos metros de su tía, fui asolado por una serie de pensamientos horribles.

Lo que me ponía nervioso, en primer lugar, era la forma en la que la mirada de la prisionera Atrapa Almas parecía seguir mis movimientos cuando trajimos a la chica y la colocamos y mientras Arkana le proyectaba el conjuro de estasis, dictado por el cuervo blanco.

La paranoia se apoderó de mí.

Atrapa Almas controlaba al pájaro. Y sabía la magia necesaria para encerrar a alguien de las cavernas de hielo... o para liberar a un prisionero. Podía estar provocando que la liberáramos.

El pájaro no estaba allí cuando el pensamiento cruzó mi mente o habría sabido que contemplaba tal posibilidad. Me cubrí antes de que se diera cuenta.

Me quedé en la débil luz sin origen, con los ojos fijos, sin ver nada durante mucho tiempo. Mi niña. Difícil de creer.

—No llegué a conocerte, preciosa.

Una lágrima rodó por mi mejilla. Recordé a los hombres duros y fríos que había conocido en toda mi vida y me pregunté qué pensarían si pudiesen contemplarme ahora, convertido en un viejo sensiblero.

El cuervo blanco llegó volando de donde hubiese estado y aterrizó en mi hombro derecho. Las alas me golpearon en el rostro.

—¡Maldita sea!

Nunca antes se había tomado tales libertades.

No sé cuánto tiempo estuve sumido en la autocompasión antes de que el pájaro me sobresaltara. Mucho más de lo que entonces creí. El cuervo me devolvió al mundo de sufrimientos reales y dolores profundos.

—Arkana. Será mejor que volvamos.

Mi separación de Dama sería mayor de una semana antes de llegar a Taglios.

Sería aún más larga.

Arkana no contestó.

—¿Arkana?

Arkana no estaba allí.

El poste volador tampoco.

La emoción destroza la mente.

En mi preocupación por mis mujeres había olvidado que mi hija adoptiva era el único Voroshk con cerebro. La única que había dicho que iba a esperar el momento oportuno y a aprovecharlo.

Parecía que el momento había llegado. No había nadie en la caverna excepto el desaliñado pájaro blanco y yo.

No había sido totalmente cruel. Tomó la llave de la Puerta de las Sombras para que el viejo chocho no tuviese forma de escapar, pero no lo hizo ascender el Gólgota completo, solo parte. Dejó mi poste volador lo suficientemente lejos como para tener unas cuantas horas de ventaja. Lo suficiente para que no tuviera oportunidad de alcanzarla.

El maná de Shivetya es una dieta aburridísima, por muy bien que te sientas a las pocas horas de haberlo comido. La autocompasión y la culpa son amargos postres. Y un cuervo dominado por tu enemigo más viejo y querido no es el mejor compañero de exilio.

Después de que la ira se desvaneciera y la desesperación se aplacase me hice con los materiales de escritura de Baladitya y me puse a trabajar para actualizar los Anales.

En aquel lugar no había tiempo, por lo que no sé cuánto me llevó. Parecía más de lo que probablemente fue. Comencé a preocuparme pues nadie venía a ver por qué no habíamos vuelto. Temía que aquello significase que nadie vendría. Las personas que seguramente no podían venir eran Tobo y Dama, pero Shukrat estaba bien. ¿Por qué no aparecía?

Como no había nadie más, cada vez hablaba más con el cuervo en un esfuerzo por derrotar la desesperación.

Shivetya observaba desde su enorme trono de madera, divertido por mis dificultades. Yo, en cambio, me divertía con Atrapa Almas.

Tenía el conocimiento para liberarse de la caverna de hielo. Simplemente le faltaban manos. Y pensé que era algo delicioso.

Había dormido ya cinco o seis veces durante mi exilio cuando los nef volvieron, en primer lugar, a mis sueños.

CAPÍTULO 143

LA FORTALEZA SIN NOMBRE: DURMIENDO CON EL DEMONIO

Atrapa Almas no paraba de recordarme que estaba en contacto con el demonio. Que, de hecho, siempre que siguiese unida al cuervo blanco no sería más que la herramienta de Shivetya. Aquella información no pareció importante o novedosa hasta que sufrí la visita del washene, el washane y el washone.

No había sido especialmente sensible a ellos en el pasado. Los conocía más por descripciones que por encuentros. Esta vez quedó claro el motivo.

Su fealdad invadió mis sueños, pero solo como una sensación de presencia poco más concreta que las Sombras Desconocidas. Brillos dorados de horrendos rostros como de bestias que apenas atisbaba en mis sueños e intentos de comunicación que apenas eran más que fragmentos de sílabas, eso fue todo lo que recordé tras despertar, sudando y temblando y lleno de un terror indeterminado.

La mirada de Shivetya, dirigida hacia mí, parecía más divertida que nunca.

Pronto aprendí que su diversión tenía límites.

Le había hecho una promesa. Podía mirar en mi interior y ver que tenía intención de cumplirla. Pero también podía ver que pretendía demorarme lo que hiciese falta para disponer mi vida a mi entera satisfacción.

Había sido paciente durante diez mil años. Ahora, de repente, su impaciencia comenzó a marchitarse.

Me di cuenta de ello primero en mis sueños. Una noche en la que los nef casi estaban presentes, mis sueños se llenaron inesperadamente de una presencia que empujaba como una ballena a través de un grupo de delfines. Un enorme ser invisible que se acercaba como la propia oscuridad, pero sin contener ni pizca de maldad. No era más que un ser enorme y lento.

Supe lo que era y entendí que trataba de contactar mentalmente conmigo como lo había hecho con otros antes que yo. Pero mi mente tenía alrededor una dura coraza. Era difícil que las ideas penetraran.

Menos mal que ni Goblin ni Un Ojo estaban vivos. Habrían tenido horas de

regocijo con aquella confesión.

Tras un par de sueños más mi mente se había convertido en un tamiz. Yo y Shivetya bromeábamos como un par de viejos colegas. El cuervo blanco estaba fuera pues ya no tenía trabajo de traductor. Supongo que el demonio tenía la fuerza mental bruta necesaria para contactar con cualquiera.

Aprendí del golem, al igual que Baladitya había aprendido antes que yo. Aprendí a introducirme dentro del sueño viviente del demonio, donde el pasado era casi indistinguible del presente. Donde la historia dolorosa de la llanura y la historia de los países que conectaba eran recordadas con el detalle propio de Shivetya. Había mucho de la Compañía Negra. Había elegido a la Compañía como el instrumento de su huida hace mucho tiempo, antes de que Kina eligiera a Dama para convertirse en su instrumento dentro de las fuerzas enemigas y como recipiente que daría a luz a la Hija de la Noche: el instrumento definitivo de su propia liberación. Mucho antes de que cualquiera de nosotros fuera consciente de los escollos que iba a encontrar en su camino hasta Khatovar. Pero Shivetya eligió mejor que Kina. La diosa no estudió bien el carácter de Dama. Dama era demasiado testaruda y egoísta como para ser el instrumento de nadie durante demasiado tiempo.

Solo éramos siete cuando un impulso inexplicable hizo que me decidiese a cambiar los viejos viajes de la Compañía. Y de esos siete, solo quedo yo.

Los soldados viven.

La Compañía Negra está ahora en manos de Suvrin. Así es. Ahora se dirige al sur, según los sueños de Shivetya, con la venganza cumplida, planeando cruzar la llanura centellante y volver a la Tierra de las Sombras Desconocidas. Solo hay un puñado de taglianos, dejagoranos y sangelis que echarán de menos nuestro mundo. La Compañía se convertirá en algo nuevo en un mundo nuevo. Y el regordete de Suvrin será su creador.

Nunca antes ha habido alguien de la Compañía Negra que haya sobrevivido lo suficiente como para ver qué grandes son los cambios que el tiempo esculpe sobre un grupo determinado a permanecer ligada a su pasado.

Cuando mis pensamientos se adentraban por tales terrenos oscuros, Shivetya siempre llenaba mi cabeza con ondas de diversión. Pues eran cambios casi invisibles comparados con los que él había visto durante su existencia. Había contemplado imperios, civilizaciones, razas enteras, ir y venir. Recordaba a los mismos dioses, los feos constructores de la llanura, y todos los poderes que habían cambiado su tierra y que habían vuelto a desvanecerse. Incluso recordaba una época en la que no estaba solo en la fortaleza sin nombre, una época en la que su devoción hacia el deber causó que sus colegas lo clavaran a su trono para poder desertar sin que él interfiriera.

Con el tiempo comencé a comprender qué le había pasado a Murgén aquellos días

pasados en los que tenía problemas para aferrarse a su lugar en el tiempo. Murgén estaba loco, un poco, y Atrapa Almas estaba mezclada en el asunto, un poco (eran los días en los que Atrapa Almas había encontrado el camino hasta la llanura). Murgén nunca tuvo idea de lo que ocurría, pero detrás de todo estaba Shivetya, estableciendo lentamente su retirada. A menos que demandemos su atención en el aquí, en la vanguardia, flota por todos lados, todos los tiempos, reexperimentando en lugar de recordando.

¡Dios, cómo lo envidiaba! Podía conocer las historias completas de dieciséis mundos. No tanto estudiarlas e interpretarlas, sino vivirlas siempre que le viniera en gana.

Yo tenía una pregunta. Una pregunta de suprema importancia si tenía que liberar al demonio. Tendría que contestarla de manera satisfactoria para que yo cumpliera mi parte del trato.

¿Qué le ocurriría a la llanura reluciente si él ya no estaba para controlarla?

CAPÍTULO 144

LA FORTALEZA SIN POMBRE: EL CUENTO DE ΑΡΚΑΝΑ

Shivetya nunca fue tan poderoso como Kina, pero era mucho más rápido mentalmente. La diosa Durmiente tardó años en afectar al mundo exterior y crear una gran paranoia acerca de la Compañía Negra. Shivetya solo se demoró unas semanas. No habría tardado tanto si no hubiese tratado de alcanzar a alguien con un caparazón mental más grueso que el mío: Shukrat.

Al demonio no le gustaba conectar con Tobo. Tobo había sido su colega antes, pero el reciente comportamiento de Tobo indicaba fallas de carácter potencialmente conflictivas.

Shukrat finalmente comenzó a percibir que podría haber un problema en la larga ausencia de Arkana y su amado papaíto adoptivo. Ni siquiera cuando empezó a preocuparse quiso abandonar a Tobo. Tobo era menos popular entre los Hijos de los Muertos que entre las Sombras Desconocidas. Quizá los hombres de Hsien no se esforzaran lo suficiente en su cuidado.

La salud del muchacho seguía sufriendo continuas complicaciones. Que el ejército estuviese en marcha no ayudaría a su recuperación.

Shivetya podía mostrarme el avance hacia el sur de la Compañía. Y lo hacía regularmente. Pero no podía ver a Dama. La condición de mi esposa era más negra que la de Tobo. No podía hacer nada, pero me removía por dentro, así que no me acercaba a la fuente de mi dolor. A veces no ver es la forma menos terrible de sufrir lo que no podemos mejorar.

Después estaba Arkana.

La rubita había huido según su propia doctrina de vuelta al mundo de los Voroshk. Usó la llave que habíamos traído para entrar en la llanura y alcanzar su salida. Debido al interés de Shivetya la Puerta de las Sombras de los Voroshk, que había estado destruida, casi estaba renovada.

En el hogar de Arkana la guerra contra las sombras continuaba, pero de manera esporádica. Las sombras habían sido diezmadas de su número original. Los Voroshk

habían sufrido mucho. Su mundo casi había sido destruido al completo. Ni uno de cada cien campesinos había sobrevivido a una invasión tan entusiasta que era apenas posible encontrar una sombra en la llanura estos días.

Las sombras matan. Prefieren a las personas, pero pueden atacar a cualquier cosa que se encuentren. Incluso aquello que está debajo de las piedras. Las personas son lo suficientemente inteligentes como para imaginar formas de sobrevivir a la noche. No hay muchos más seres que puedan hacerlo.

Los pocos supervivientes en el mundo Voroshk perecían de hambre. Habían perdido tantos animales de tiro que no podían cultivar. El ganado había casi desaparecido, o por las sombras o por los propios Voroshk. Estos no tenían intención de compartir el sufrimiento común.

Arkana fue, vio y cambió de opinión. No era lo que quería. Pero había esperado demasiado para dar la vuelta.

Fue vista. La familia la rodeó y la privó de su poste y su ropa. Se convirtió en prisionera de sus familiares, que comenzaron a formular grandes planes de reproducción inmediatamente.

El desastre de la Puerta de las Sombras había dejado a los Voroshk con pocas mujeres en edad de quedarse embarazadas.

Arkana fue elegida para ser la reina madre de una nueva camada.

Hizo lo necesario para sobrevivir. De nuevo aguardaría su momento. Sus tíos le habían confiscado la llave de las Puertas de las Sombras, pero no sabían lo que era. Y ella se negaba a hablar. Eran la clase de hombres capaces de abandonar el desastre que habían causado para adentrarse en nuevos mundos que conquistar. Mucho más fácil que la reconstrucción.

Era bueno que Shivetya tuviese el poder suficiente para que la puerta destrozada sanase, aunque eso implicaba que las puertas que no funcionaban se encontraban así por negligencia. De hecho, según recordaba de lo que Tobo y Suvrin habían informado con respecto a sus exploraciones, todas las Puertas de las Sombras estaban más o menos defectuosas.

A Shivetya no le gustaba nadie demasiado últimamente.

—Me quedan por hacer un par de cosas —le hice saber.

Ya que mi mente no era ningún misterio, sabía perfectamente cuáles eran esas cosas y le quedaba algo de paciencia.

Un compañero de crimen bastante indulgente, el viejo demonio.

CAPÍTULO 145

LA PIEDRA RELUCIENTE: ΕΠΤΟΠΙΣΕΣ LLEGÓ SHUKRAT

Shukrat llegó mientras yo dormía, dejándose caer a través del agujero en el techo. Estaba yo tan unido a Shivetya que sabía que estaba allí sin verla o prestar demasiada atención. Mi amigo el cuervo blanco llegó para hacer el trabajo sucio de despertarme. Me incorporé premiando al ave con algunos comentarios soeces.

—Solo intento ayudar. No es que me estés dando mucho que hacer estos últimos días.

—Es curioso cómo ser prisionero reduce tus opciones, ¿verdad? Donde las dan las toman. Pero podemos seguir siendo amigos, ¿no? Hola, hija monísima, por fin has llegado.

Shukrat estaba exhausta, pero dispuesta.

—¿Qué ocurre, papaíto? ¿Dónde está Arkana?

—Bueno. A Arkana le ha dado la ventolera, huyó a vuestro hogar y ahora está de mierda hasta el cuello.

Le expliqué el asunto. Su reacción fue: «¡Puaj!».

—Oye, tú misma podrías ser la chica más popular de la ciudad si les dices la oportunidad.

—Podrían intentarlo. Lo lamentarán si lo hacen. No he estado perdiendo el tiempo con Tobo para nada. ¿Cómo es que sabes todo eso si se llevó tu llave y no puedes ir por ahí a ver lo que pasa?

—Shivetya y yo nos hemos estado conociendo. No hay mucho más que hacer por aquí mientras que esperas a que tu hija más tonta comience a preguntarse si quizá te has metido en algún lío.

—Veo que también has estado escribiendo.

—Me queda poco tiempo, hija —dije revelando un secreto que ni siquiera había compartido con mi mujer—. He tenido tanta suerte durante tanto tiempo que la ley del equilibrio hace mucho que tenía que haberme cazado. Ocurrirá cualquier día. Solo queda un riesgo que esté dispuesto a adoptar. Así que quiero tener todos mis temas

arreglados antes de que suceda algo. Quiero irme sabiendo que hice todo lo que la Compañía puede pedir, y más.

La sensación de que me queda poco tiempo ha llegado a ser la influencia más poderosa en mis pensamientos desde que volvimos de la Tierra de las Sombras Desconocidas. Casi ha llegado a ser una obsesión desde que estoy de vuelta en la fortaleza sin nombre.

Shukrat continuó con las tareas propias del fin de un viaje descargando el poste volador mientras hablábamos.

—Deja que descanse primero y luego iremos a rescatar a ese culo inquieto —dijo mientras dejaba en el suelo un gran saco de cáñamo que traqueteaba—. No es que me importe un pimiento lo que le hagan, ya sabes. Lo haré como favor a mi papaíto.

—Lo entiendo y lo agradezco. Quizá ella pueda hacer lo mismo por ti algún día.

—Sí, eso estaría bien.

—¿Qué hay en el saco?

Pensó en mostrarse evasiva, pero vio que era inútil.

—Conchas de caracoles. Tobo no quiso que viajara sin protección. Se preocupa por mí.

—¿Cómo está?

—Tiene días buenos y días malos. Más malos que buenos, con respecto a su salud y su mente. Me asusta. Nadie me dice si va a sobrevivir. O si estará cuerdo si lo consigue. Me temo que todo depende de su madre.

—¿Qué? ¿Sahra ha aparecido?

—No. Está muerta. Creo. Pero su fantasma, y el fantasma de la madre de esta y el de su bisabuela lo siguen allá donde vaya. En cuanto le da fiebre, las ve. Y le hablan. Lo martirizan, según cuenta. No le gusta. Pero mi opinión es que ya es hora de que las escuche. Pues le dan las fiebres cada vez que comienza a hacer algo que a su madre no le hubiera gustado de estar viva. Aunque no sea nada más que no limpiarse los dientes.

—¿Realmente crees que está siendo rondado por sus ancestros femeninos?

—No importa lo que yo crea, papaíto. Él lo cree. Incluso cuando no tiene fiebre y está totalmente cuerdo, dice que su madre pretende quedarse junto a él hasta que no necesite su guía. Entonces, estará libre para unirse a Murgén. A Tobo le fastidia mucho la insinuación de que no sea maduro y de que su comportamiento provoque que ella no pueda descansar. Sahra, aparentemente, también se muestra enfadada por su inmadurez, pues preferiría estar en cualquier otro lugar que aquí haciendo de niñera para un hombre adulto.

—¿Por qué tengo la sensación de que hay algo más?

—Porque tienes razón. Hay más. Cree que a esas mujeres se les puede agotar la paciencia. Teme que lo arrastren junto a ellas.

—¿Te refieres a matarlo?

—¡No! Es su madre, papaíto. Matarlo no. Llevárselo. Sacarlo de su cuerpo. Como dicen que solía hacer su padre. Solo que no le permitirían volver. Si eso ocurriese, su cuerpo finalmente moriría. Y antes de que me digas que Sahra no permitiría morir a su hijito, déjame recordarte que este fantasma no es la Sahra que conociste. Esta Sahra ha estado al otro lado por un tiempo, acompañada por fantasmas que llevan allí mucho más que ella. Y al menos uno de ellos fue capaz de ver los diferentes futuros potenciales de Tobo antes incluso de que Murgén y Sahra se conocieran.

Sonaba como si Shukrat lo creyera tanto como Tobo.

—De acuerdo, descansa, niña. Ya se me ocurrirá un plan.

Miradme. Un hombretón. Más viejo que el polvo, cojo, con un ojo malo, manco, pero leo y escribo, y estoy hecho un hombretón a pesar de todo.

CAPÍTULO 146

EL MUNDO VOROSHK; FORTALEZA RHUKPIAVR

La Puerta de las Sombras Voroshk estaba siendo vigilada desde el otro lado. Los tíos de Shukrat esperaban que también ella encontrase el camino a casa y se hallaban ansiosos por conseguir otra reproductora.

No nos esforzamos por evitar ser vistos por los vigías. Pero sí accedimos de noche y Shukrat dejó escapar a algunos de sus compañeros más usuales para distraer a los centinelas.

Tobo no fue tacaño al darle Sombras Desconocidas que la ayudaran en sus aventuras en este mundo. Qué diferente de cuando me dio aquellos dos supuestos cuervos que nunca estaban cerca y que llevaba meses sin ver. Le concedió algunos de los seres más grandes, oscuros e inteligentes que la ayudarían y harían todo lo que ella dijese.

Los Sabuesos Negros rodearon a los vigilantes, evitando que volaran el tiempo justo para que pasáramos a través de la Puerta de las Sombras y nos metiésemos en faena. Shukrat pudo dormirlos a pesar del nerviosismo causado por las Sombras Desconocidas.

En unos pocos instantes entendimos por qué.

—¡Son niños! —dije mientras desvestía a uno—. Este no puede tener más de once o doce.

El que desnudó Shukrat era aún más joven.

—Estos dos son los hermanos pequeños Tologev. Hay alguien muy desesperado si están enviando niños cuando aún andan por ahí las sombras.

Pensé que era perfecto. Cuanto menos dispersados estuviesen los Voroshk, mejor.

Dejamos a los dos niños atrás, subidos a árboles por su propia seguridad y confiscamos sus ropas y postes.

Fue un vuelo largo. No avanzamos durante el día. Por el camino, Shukrat me mostró

las ruinas de Khatovar. No me sentía con ganas de explorar. No tenía tiempo. Dentro de mí se estaban produciendo cambios. Tenía que retenerlos hasta liberar a Arkana.

El cuervo blanco se burló de mí y me acusó de engañar a Dama. Se negaba a creer que no era así. Yo ya no discutía. Aún estaba enfadada por no haberme podido apartar de su hermana.

Arkana estaba retenida en una fortaleza Voroshk menor llamada Rhuknavr. Volamos bajo, hasta estar a un kilómetro y medio, después esperamos a que llegara la medianoche y nos dirigimos a las copas de unos árboles que ya eran viejos cuando cayó Khatovar. Colocamos una docena de trampas de sombras que Shukrat había pergeñado según las instrucciones de Shivetya. Sin embargo, una vez que liberó a las Sombras Desconocidas, las trampas no fueron necesarias.

Por insistencia mía, Shukrat se aseguró de que las Sombras Desconocidas entendieran claramente que íbamos a luchar contra personas que tenían amplia experiencia en tratar con criaturas de la oscuridad. Su ventaja sobre las sombras asesinas era que no eran simples manojos de hambre y furia. Eran astutas y malvadas y capaces de razonar, aunque no muy duchos en el terreno de la cooperación.

—¿Crees que podríamos tener más suerte de día, cuando todo el mundo se relaje?
—le pregunté a Shukrat.

—No están tan alerta. No han tenido incidentes por aquí durante algún tiempo.

—¿Cómo lo sabes?

—Simplemente lo sé ahora que estoy tan cerca como para sentirlos.

Probablemente se refería a que estaba recibiendo susurros de las Sombras Desconocidas.

—¿Eh? ¿Estás tan cerca como para que te sientan a ti?

—No, pues estoy sola y voy vestida. Y tampoco están tratando de percibirme.

—Entiendo.

Si no se trataba de nuestros socios invisibles, debía de ser algo parecido al modo en que yo comenzaba a percibir a Shivetya.

—Pajarito, presta atención.

No tenía intención de desperdiciar ningún recurso y el cuervo blanco era uno muy valioso.

—¿Dónde está mi otra niña, Shukrat? Sé tan precisa como puedas, mi amigo emplumado necesita saber cómo llegar allí para decirle que venimos y así que se prepare para marchar.

El cuervo chilló como si hubiese encontrado una serpiente asolando su nido. Protestó de forma tan violenta que la noche que nos rodeaba cayó en un inquieto silencio.

—Tienes suerte de que nadie de por aquí reconozca el tagliano. ¿A qué viene tanto griterío? ¿En cuántos otros sitios te has infiltrado antes?

El cuervo siguió murmurando algo, queriendo decir que esta vez era diferente. La diferencia estribaba sobre todo en quién había pensado en la infiltración. Entendía que estaba muy unido a Shivetya y el golem quizá fuese en gran parte quien decidiese si salía o no alguna vez de la caverna de los antiguos. Cuando consiguió dominar la frustración estuvo lista para moverse.

Hice que Shukrat describiese el interior de Rhuknavr lo mejor que podía. Que no fue mucho, pues no había estado allí en diez años. El cuervo tendría que localizar a Arkana por sí mismo. Shukrat no conseguía ubicarla.

—Simplemente dile que estamos llegando y que se prepare. Y, si puede, que extienda un conjuro de sueño sobre todos los que pueda tocar.

El cuervo se marchó. Esperamos. Miré al cielo. Vi que era mucho más extraño que el de la Tierra de las Sombras Desconocidas. Aparentemente, aquí no había una gran luna. Al menos no esta noche o las noches pasadas. Pero había decenas de otras pequeñas, la mayor quizá era cinco veces de un tamaño menor que la nuestra. Todas las lunas parecían estar terriblemente inquietas, correteando de acá para allá. Cuando se lo mencioné a Shukrat comenzó un relato sobre la astrología totalmente única de su mundo, que descansaba sobre los movimientos de todas aquellas lunas. Incluso tras años de estudio, las lunas seguían causando sorpresas.

—En una ocasión, de niña, dos de ellas chocaron entre sí. Ninguna de las demás ha vuelto a moverse del mismo modo desde entonces. De ellas dos llovieron pedazos durante años. A tan solo ciento cincuenta kilómetros de aquí hay un lugar en el que cayó un trozo enorme. Yo estaba en Junkledesag, que está por ese camino a ciento veinte kilómetros, y aun así fue horrible. Hubo terremotos y ruidos como si se acabara el mundo. Hubo fuegos en el cielo que tardaron toda la noche en extinguirse. Fue como cuando explota uno de los rheitgeistiden, solo que un millón de veces peor. Causó un enorme agujero en la tierra. Ahora el agujero es un lago.

El cuervo blanco apareció de entre las sombras.

—Listo.

—Más fácil de lo que esperabas, ¿eh?

El pájaro gruñó apesadumbrado.

—Muéstranos el camino, intrépido explorador emplumado.

La siguiente etapa fue decepcionante. Rhuknavr estaba de hecho ocupado por tres o cuatro Voroshk. No sé cómo no predije un comportamiento tan humano. Una pequeña facción de supervivientes ocultaba la vuelta de Arkana al resto, para controlar la pequeña ventaja que le daba tener a una reproductora.

Dejamos los postes acariciando la fortaleza junto a una ventana sin cristal al final de un pasillo. El interior era demasiado estrecho como para volar por él. El cuervo mostró el camino hasta la habitación de Arkana. No había barrotes por ningún lado,

pero sí un centinela no Voroshk dormido sobre una banqueta en el pasillo. Simulaban que Arkana era una invitada.

La chica saltó sobre mí en cuanto entramos.

—Sabía que vendrías.

—Ah ¿sí?

—Esperaba que lo hicieras, ¿sabes? Lo siento. Fue una estupidez. Solo quería... tenía que... Gracias, gracias, gracias.

—¿Por qué no te ahorras las palabras hasta que salgamos de aquí? La idea de enviar primero al pájaro era para que te prepararas.

La criatura salió de la habitación aleteando por una pequeña ventana.

Agarró unos cuantos cachivaches, no demasiados.

—No sé dónde están mi rheitgeistide y mi shefsepoke.

—Hemos traído algo para ti. Vámonos.

Todo fue bien hasta que salimos por la ventana. Entonces, un niño, que se frotaba los ojos llenos de sueño, salió al pasillo tras ser despertado aparentemente por algún ruido. Se quedó mirándonos por un instante y cayó por el conjuro de sueño de una de las chicas.

Nada ocurriría inmediatamente. Pero con el tiempo el niño se lo contaría a alguien. A menos que tuviese el hábito de ser sonámbulo.

Una vez en el cielo y de camino al sur, pregunté a Arkana:

—¿Estás embarazada?

No se ofendió.

—No, aún no habían decidido quién sería el primero. Aunque cada vez que me daba la vuelta, había alguien intentando colarse. Como si pensarán que no podría resistirme. He estado en tantas peleas que incluso Gromovol podía imaginarse que meterse conmigo podría ser peligroso... pero estos tipos eran muy optimistas.

Había estado frecuentando a la gente adecuada de la que aprender cómo abrirle los ojos a cualquier tipo que pensase que las chicas son presa fácil.

—Creo que podemos agradecerle a algún dios ese pequeño favor.

—Puedes dar las gracias a Arkana por no soportar sus estupideces.

—Así habla mi florecilla.

Poco después del amanecer Shukrat divisó siete u ocho puntos oscuros que flotaban en el aire tras nosotros.

—Nos persiguen, papaíto.

—Ascendamos un poco más, podremos mantener la ventaja.

Las chicas estaban de acuerdo, pero Arkana añadió:

—No había tantos de la familia en Rhuknavr. Deben de haber pedido ayuda a Junkledesag o Drasivrad. No quedan más de quince o dieciséis vivos de la familia.

—En caso de que comiencen a agobiarnos, ¿tenéis alguna objeción a que salgan heridos?

Arkana me miró con tristeza. A pesar de nuestras horas de vuelo, aún no estaba totalmente rodeada por la ropa tomada a uno de los centinelas de la puerta. Es difícil vestirse cuando montas uno es esos postes y tratas de permanecer oculto entre las copas de los árboles. Por no hablar de que antes de que comenzase a cambiarse tuvo que convencer a la ropa de que ahora le pertenecía a ella, no al chico de la Puerta de las Sombras.

—¿Cómo pretendes conseguirlo, papaíto?

Sonaba suspicaz. Y con razón.

—De la misma forma que usé con Kina, pero tendréis que darme nombres.

Llevaba conmigo el libro del Primer Padre. Había aprendido lo suficiente de la lengua de los Voroshk como para usar los códigos que harían saltar a aquellos tipos por los aires. Siempre que supiese el nombre del que se estaba convirtiendo en una nube de polvo.

—No lo hagas a menos que no tengas otra opción.

Esperé unos instantes.

—Si puedes perdonarlos, yo también puedo.

—En realidad no me hicieron nada.

Lo habrían hecho, pero no dije nada. Estas niñas eran demasiado compasivas y comprensivas. Los tipos que nos seguían habrían hecho con ellas cosas horribles si hubiesen tenido la oportunidad. Conozco a esa clase de gente. Yo he sido esa clase de gente.

Por placer propio, en privado, cuando las chicas no prestaban atención, activé los códigos que harían explotar el poste de Arkana. Estábamos demasiado lejos de Rhuknavr para saber si funcionó. Justo después me arrepentí pues recordé al niño que dormía en el pasillo.

Su recuerdo me obsesionaría por un tiempo.

Llegamos a la Puerta de las Sombras sin demasiado adelanto sobre nuestros perseguidores. La llave me causó muchas molestias, quizá porque tenía mucha prisa.

—Ahora ¿qué? —preguntó Shukrat una vez que estuvimos a salvo de los hombres y mientras los chicos desnudos nos insultaban desde el otro lado de la barrera.

—Supongo que vosotras dos podéis volver al ejército. Yo me quedo. En la llanura. Con Shivetya. Hay algo que tengo que hacer. Una promesa que tengo que cumplir.

Nadie habló hasta que estuvimos cerca de la Fortaleza sin nombre.

—¿Qué pasa con Dama? —preguntó entonces Shukrat.

—Si está lo suficientemente bien, podéis traerla aquí y haré lo que pueda por ella.

Si no, dejadla en paz. Su mayor problema es curarse.

Ambas chicas me miraron como si yo fuera un apestoso monstruo que acabase de aparecer en mitad de una granja de conejos y estuviese degollando sus peludos y suaves cuellos.

—A ver, amo a mi mujer muchísimo. No hay forma de poder explicároslo. Pero el hecho es que todo lo que puedo hacer es amarla. Está loca. Tornando cualquier vara de medir excepto la suya. Y eso no lo puedo cambiar. Si estuviéseis familiarizadas con los Anales lo sabríais.

—¿Nunca te das por vencido? —escupió Arkana.

Esta vez me pilló con la guardia baja.

—La verdad es que no. No estaba pensando en alguien que se ocupase de los Anales. Trataba de clarificar mi relación con mi mujer.

Pero ¿acaso yo la conocía? ¿Tras tantos años? Quizá más importante, ¿tenía ella alguna idea?

Todo aquello parecía importar cada vez menos al acercarnos a la fortaleza sin nombre.

CAPÍTULO 147

LA FORTALEZA SIN NOMBRE: DEJO LA PLUMA

Estaba delante del golem Shivetya, regodeándome de su leve impaciencia. Yo también estaba impaciente. Pero las distracciones del mundo aún me dominaban.

Esa parte de la filosofía gunni tiene fuertes cimientos. Antes de alcanzar algo más que el orden más bajo posible de concentración espiritual, has de aprender a apartar todas las distracciones mundanas. Todas. Ahora mismo. Sin importar qué. De otro modo, siempre habrá algo importante que solucionar antes de seguir avanzando.

Esa cosa para mí era Dama. Mi mujer. Que seguía flotando al borde del abismo sin desaparecer del todo. Para mí era evidente que la medicina que faltaba era el deseo de batallar y el cuervo blanco estaba de acuerdo.

—Déjame que me ocupe de ella —me dijo el pájaro—. En diez minutos estará tan cabreada que derretirá montañas tratando de atraparme y darme una paliza.

—Sin duda. Pero me gustan las cosas tal y como están, excepto por lo mucho que se demoran.

Suvrin parecía estar tardando muchísimo en llegar al sur. Aunque avanzaba más rápido de lo que nosotros avanzamos hacia el norte, ya que nadie trataba de retenerlo.

Pasé mi tiempo explorando las masivas maravillas de los recuerdos de Shivetya... pero evitando aquellos referentes a Khatovar. Khatovar era un postre que pretendía guardar hasta el momento en que no hubiese distracciones. Khatovar era una chuchería especial para cuando cada sabor pudiese ser saboreado.

Finalmente cedí a lo inevitable e hice que las chicas me trajeran a Dama. Quizá mi amigote del trono de madera me diese una pista o dos de cómo conseguir reanimarla.

Los nef aparecieron tan pronto como las chicas salieron por el agujero del techo. Tenían un humor de perros y buscaban pelea. Como no podía comunicarme con ellos mi humor pronto también se agrió. Agarré la lanza de Un Ojo. Si podía ocuparse de

una diosa, debería poder ocuparse de tres espantajos asquerosos e irritantes.

Shivetya me detuvo. Él podía comunicarse con los nef. Indicó que los calmaría con una explicación de lo que estábamos haciendo. Su liberación no los extinguiría. De hecho, estaban a punto de entrar en una nueva fase de existencia. Iban a tener trabajo ocupándose de la llanura reluciente. Había montones de trabajos extraños y limpiezas que requerían especial atención.

Shivetya y yo estábamos tan conectados que podía ver la llanura en mi mente casi a voluntad, y el resto del mundo, a través de sus ojos, con un poco de esfuerzo. Por un tiempo observé a las chicas abalanzarse hacia el norte, divirtiéndose mientras volaban.

Dormí unas horas o una semana. Cuando desperté agarré una lámpara y fui hasta el trono. Llevaba la lanza de Un Ojo bajo mi otro brazo, el de la mano mala. Shivetya y yo nos miramos por un tiempo.

—¿Ha llegado la hora? —pregunté—. ¿Crees que estamos listos para quitar las dagas? ¿Sí? Entonces, solo una cosita más. Tengo que dejar una nota a mis chicas.

Resultó ser una carta. El analista nunca para.

Un pensamiento muy nítido. ¿Has acabado ya? ¿Estás seguro de haber acabado?

—Ha llegado la hora.

Mis damas de honor, los nef, salieron de la oscuridad. Parecían más sustanciales que nunca antes. Ahora por fin les caigo bien.

Dejo la pluma.

CAPÍTULO 148

PIEDRA RELUCIENTE: Y LAS HIJAS DEL TIEMPO

Vimos luces desde fuera. ¿Qué era eso? No hay luces en la llanura reluciente. Ascendimos trescientos metros. Para entonces las luces habían desaparecido, excepto la que salía del agujero en la cúpula sobre la sala del trono del demonio. Antes de que llegáramos también se apagó.

Después estuvimos demasiado ocupadas pasando a Dama y a Tobo por el agujero como para fijarnos en nada más. Los rheitgeistiden son un problema cuando los que los montan no son de ayuda.

Cuando llegamos al suelo encontramos que solo una lámpara de aceite ardía sobre la mesa de trabajo de aquel viejo, el erudito de Taglios. Matasanos había dejado una nota. Y el astuto viejo zorro la había dejado en nuestra lengua. No era perfecta, pero se entendía.

Supongo que sí que tenía el don de lenguas, como siempre decía.

Arkana agarró la lámpara y la usó para encender un par de faroles. Fuimos en busca de Matasanos.

—¿Sabes? —dijo ella—, siempre estaba tomándonos el pelo, pero, tras un tiempo, sí que empecé a verlo como a un padre.

Nunca hablamos de nuestros padres auténticos. Nunca podríamos superarlo.

—Sí, cuidaba de ti. Quizá más de lo que crees.

—De ti también.

Encontramos a Matasanos sentado junto al trono de madera.

—Oye, aún respira.

—No creo... mierda. Mira. Los puñales han desaparecido del demonio.

De hecho, estaban por el suelo.

Justo entonces, los ojos del demonio se abrieron, y los de Matasanos, y parecían confusos y solo entonces entendí realmente lo que Matasanos trataba de decirnos en la carta. No era una confusa despedida religiosa, simplemente le faltaba el vocabulario para decirnos que él y el demonio habían decidido intercambiar sus

vidas. De modo que Shivetya sería un mortal siempre que el cuerpo de Matasanos durase y Matasanos sería un gran dragón marino, viejo y sabio, navegando por los océanos de la historia. Ambos conseguían ir al cielo y los nef estaban felices. Y la llanura continuaba. Y el cuervo blanco seguía dando por culo, sobrevolando el hombro del cuerpo de Matasanos. Y Arkana y yo nos pusimos a discutir sobre quién iba a seguir con los Anales, pues las dos odiamos escribir.

De modo que nos turnamos. Siempre que la zorrита se aparta un poco de Tobo y puede hacer su parte.

Un punto que ha ignorado, pues es quizá demasiado obtusa para darse cuenta, es que Dama se está recuperando. Hace poco la vi tejiendo pequeñas bolas de fuego. Creo que si descubriese la manera de hacerle el amor a ese monstruo enorme, se lo haría tres veces al día. Pues es de él de donde mana el poder. Probablemente sea el regalo más espléndido e importante que nunca le haya dado y con él ella puede ser lo que quiera. Quizá incluso la joven y hermosa y románticamente afligida y remota Dama del Hechizo.

Pero entonces, tendría que liberar a Atrapa Almas para dar equilibrio al mundo.

Me pregunto si tenía razón cuando dijo que dentro de mil años seríamos los dioses que todo el mundo recordaría.

Y me pregunto qué va a hacer con su hija. Con su hija carnal. Creo que no hay esperanza para ella pues ella misma no tiene esperanza, pero también creo que si hay esperanza, papaíto la encontrará.

Suvrin parece impaciente. Quiere ir hasta la Puerta de las Sombras de Hsien. No es Aridatha Singh, pero tendrá que valer.

Supongo que es hora de ir a ver nuestro nuevo mundo. La Morada de Cuervos. La Tierra de las Sombras Desconocidas. Shukrat dice que los nombres le suenan a algo. Como a hogar.

Creo que el hogar es algo que siempre llevo dentro de mí. Soy un caracol con la carne por fuera.

Y es hora de que Shukrat se ponga a escribir de una vez. Esa zorrита vaga y escurridiza.

Unos vientos incesantes barren la llanura. Murmuran a través de la piedra gris, portando polvo de climas lejanos para carcomer eternamente los pilares conmemorativos. Hay unas cuantas sombras ahí fuera, pero están débiles, confusas e irremediabilmente perdidas.

Es una especie de inmortalidad.

La memoria es una especie de inmortalidad.

En la noche, cuando el viento muere y el silencio reina en el lugar de la piedra reluciente, recuerdo. Y todos vuelven a la vida.

Los soldados viven. Adivina por qué.